

VENIR DE BARRIO

**INÉS
GUTIÉRREZ
CUELI**

Estrategias familiares,
espacio y clase en las
periferias neoliberales
de Madrid

**Tesis doctoral
Madrid 2021**

Dirección:
Pilar Monreal Requena
Héctor Grad Fuchsel

Departamento de Antropología Social y Pensamiento
Filosófico Español. Universidad Autónoma de Madrid

UAM

Tesis doctoral. Madrid, 2021

Venir de barrio

Estrategias familiares, espacio y clase en las
periferias neoliberales de Madrid

Inés Gutiérrez Cueli

Dirección:

Pilar Monreal Requena y Héctor Grad Fuchsel

Departamento de Antropología Social y Pensamiento
Filosófico Español - Universidad Autónoma de Madrid



A las hijas de la periferia obrera.
Las que se fueron y las que se quedaron.

A mis padres, Asun y Benito, con amor.

Resumen

Durante la última burbuja inmobiliaria (1995-2007) se levantaron en la ciudad de Madrid, siguiendo las lógicas del urbanismo neoliberal, los barrios de urbanizaciones conocidos como PAUs —cuyas siglas remiten a los Programas de Actuación Urbanística—. En Carabanchel el nuevo desarrollo se construyó como una prolongación de la antigua trama urbana, conectando los barrios de la vieja periferia obrera con la nueva periferia neoliberal. En pleno *boom*, muchos jóvenes nacidos en los vecindarios colindantes —los hijos e hijas de la periferia obrera— se endeudaron para adquirir una vivienda en una urbanización cerrada y mudarse a este barrio residencial. El contexto en el que esta decisión económica y social se torna inteligible está atravesado por las políticas neoliberales y sus transformaciones. El proceso de desresponsabilización del Estado en la reproducción social repercute en las economías domésticas y en sus estrategias, ya que el peso de proveerse de recursos y garantizar el bienestar de sus miembros recae cada vez más sobre el consumo y el endeudamiento familiar. En nuestro país, la propiedad de la vivienda y su ubicación aparecen además en este escenario como recursos fundamentales para las clases trabajadoras.

El trabajo presenta una aproximación etnográfica al proceso de mudanza y a las prácticas que dicho grupo social desarrolla en la cotidianeidad del nuevo barrio, conceptualizándolo como *estrategias familiares de reproducción y movilidad social* orientadas a mejorar las condiciones de vida y la posición social. La movilidad residencial funciona como un paraguas que permite aglutinar diversas estrategias prácticas en el resto de ámbitos, como la socialización, el ocio o la educación de los hijos y las hijas. La investigación centra la mirada especialmente en las experiencias de las mujeres, tratando de mostrar cuál es la especificidad de género que presentan estas estrategias. Todo ello puede entenderse como parte de *luchas por la apropiación del espacio*: luchas para acceder a determinados bienes y recursos, materiales y simbólicos.

Después se analizan las disposiciones sociales que estos sujetos despliegan en diferentes situaciones de la vida en el residencial, explorando también sus tomas de posición cambiantes. Aquí afloran continuas ambivalencias y contradicciones que nos informan del complejo entramado de vínculos y relaciones en el que los sujetos se encuentran inmersos. Podríamos hablar entonces de una situación de *multiposición* de clase social atravesada por una tensión o una doble vinculación entre los espacios físicos y sociales de las viejas y las nuevas periferias.

La etnografía recorre así dos grandes líneas de reflexión: qué papel juegan en el proceso de transformación de la clase trabajadora y sus medios de reproducción las periferias neoliberales de los PAU —la propia transformación espacial y urbanística de los espacios de vida— y qué características presenta la dinámica de reestructuración de las identidades colectivas que lo acompaña.

Palabras clave: neoliberalismo, reproducción social, estrategias familiares, nuevas periferias urbanas, clase social, género.

Índice

Agradecimientos

Introducción	4
I. Un largo proceso de transformación. Clase obrera, reproducción social y neoliberalismo	9
I.I. “Vamos a más”: del desarrollismo franquista a la última burbuja	13
Capítulo 1. <i>Boom</i> inmobiliario y nuevas periferias urbanas en Madrid	26
1.1. La construcción de los PAU y el urbanismo neoliberal de la burbuja	34
1.2. El PAU de Carabanchel, la zona nueva del barrio	46
Capítulo 2. La construcción de una etnografía en un barrio residencial. Trabajo de campo, objeto de estudio y miserias en el PAU	72
2.1. Tristes PAUs. Un trabajo de campo a través del diario	78
2.2. Miserias de posición	93
2.3. Sobre el terreno: el campo y la cocina	99
2.4. Escribir, describir y el proceso de construcción del objeto	105
Capítulo 3. Las estrategias familiares	115
3.1. La compra del piso en un residencial	122
3.1.1. La predisposición a comprar	122
3.1.2. “El residencial que siempre has soñado”. Breve análisis de la publicidad de las urbanizaciones	129
3.1.3. “Quedarse en el barrio en una vivienda nueva”. Familia, hogar y piso en propiedad	143
I. Barrio obrero y trayectorias familiares	144
II. “Nos buscó el piso a nosotros”	149
3.2. Hacia dentro. Vida cotidiana, espacios privados y relaciones vecinales en la urbanización	162
I. La casa y la urba: vida familiar y expansión del mundo privado	165
II. Tras la puerta del patio: trabajo reproductivo y clases de pilates	174
III. “Una microsociedad cerrada”: dispositivos securitarios y el control de los límites del grupo	183
IV. Propietarios y vigilantes: comunidad vecinal y trabajadores de servicios	189
3.3. Las buenas compañías. Estrategias educativas, la urbanización y la escuela	196
I. Crecer en la urbanización cerrada: una socialización controlada	196

II. Privados, concertados y públicos sin problemas	200
3.4. Espacio y diferenciación. Estrategias residenciales para vivir mejor	210
I. Edificios de vivienda pública: “un bloque todo lleno de”	211
II. Pan Bendito y los de fuera	216
III. “Nuestros peores temores”: el centro de acogida	219
Capítulo 4. Venir de barrio y otros asuntos de clase. Ambigüedades, contradicciones y dobles vínculos en la periferia neoliberal	229
4.1. Disposiciones de clase. Decorar, habitar, hablar, viajar	239
I. Decorar. Buda, Klimt y algunos <i>souvenirs</i>	239
II. Habitar, hablar. “¡Marco, sube a comer!”	247
III. Viajar. El turismo desde la piscina	254
IV. Detrás de las apariencias. Apuntes sobre la situación de las economías domésticas	257
4.2. Tomas de posición. La importancia de la contradicción	265
4.2.1. Últimas tardes con Flor. “Un barrio de gente trabajadora con ínfulas de clase media”	268
I. Del barrio a la universidad y las contradicciones de la herencia	269
II. Ambivalencias	277
4.2.2. Últimas tardes con Rosa y Violeta. “Como que has escalado una clase”	285
I. Ambivalencias	286
4.2.3. Subir de clase. Espacio, vivienda y clase social	295
4.3. Dobles vínculos. Entre el PAU y el barrio obrero	298
Capítulo 5. La trampa del obrero. Hacia una comprensión de las estrategias familiares de reproducción en tiempos neoliberales	308
5.1. “Mejorar a través de la vivienda”. Hijas del barrio obrero y estrategias de reproducción social	314
I. Las condiciones sociales	314
II. Unas prácticas razonables	316
III. Entre contradicciones y dobles vínculos	320
IV. Un interrogante final	323
Epílogo. La tesis tras la tesis (o la construcción de unos intereses de investigación)	327
Bibliografía	330

Índice de imágenes y fotografías

Foto 1. Vista aérea del PAU de Carabanchel	6
Mapa 1. Perímetro del PAU de Carabanchel 1991-2018	28
Mapa 2. Programas de Actuación Urbanística en Madrid	36
Foto 2. Ensanche de Vallecas	45
Fotos 3. Obras en dos solares del PAU de Carabanchel	46
Mapa 3. Barrios administrativos del distrito de Carabanchel y el PAU	47
Foto 4. Patio interior de una urbanización	49
Fotos 5. Fachadas de viviendas públicas	51
Fotos 6. Fachadas: residencial y vivienda pública	52
Fotos 7. Fronteras	62
Fotos 8. Fronteras y tendales	63
Fotos 9. Dibujos, mapas y recorridos	98
Imagen 1. Maquetas del <i>Residencial Carabanchel Class I</i>	131
Imagen 2. Maquetas del <i>Residencial Carabanchel Class II</i>	131
Imagen 3. Publicidad del <i>Residencial Vitra Carabanchel</i>	134
Imagen 4. Publicidad del <i>Residencial Jardines de Buenavista</i>	134
Imagen 5. Publicidad del <i>Residencial Athenea</i>	136
Imagen 6. Publicidad del <i>Residencial PAU Carabanchel</i>	137
Imagen 7. <i>Residencial Vitra Carabanchel</i> : “personaliza tu vivienda” y plano de un piso	138
Imagen 8. Interior de las viviendas del <i>Residencial Las Terrazas</i>	140
Imagen 9. Cocinas del <i>Residencial Athenea</i>	140
Imagen 10. Dormitorios principal y secundario del <i>Residencial Athenea</i>	140
Imagen 11. Interior de las viviendas del <i>Residencial Jardines de Buenavista</i>	141
Imagen 12. Publicidad del <i>Residencial las Terrazas</i>	143
Fotos 10. La piscina de un residencial	169
Foto 11. <i>Olimpiade</i>	185
Fotos 12. Escolares con uniforme	207
Fotos 13. Viviendas públicas	213
Foto 14. La churrería del PAU	238
Fotos 15. Buda en escaparates	246
Foto 16. Sillas plegables	248
Foto 17. Calle del Dinero	264

Agradecimientos

Gracias a las vecinas del PAU a quienes debo este trabajo. A mis compañeras de pilates con las que pasé cientos de tardes. Gracias también a Ruth, Ana, Laura, Marisa y Sofía quienes sin apenas conocerme me ayudaron en la investigación y dejaron que me asomara al balcón de su intimidad durante unas horas. A la Asociación de Vecinos de Carabanchel Alto y especialmente a Pedro Casas, por estar siempre por y para las gentes del barrio, y en este caso también para la antropóloga. A Awa, de quien no he vuelto a tener noticias, y a Yuri, con quien hablo de vez en cuando. Gracias por entablar una conversación conmigo cuando era una recién llegada y no conocía a nadie. Vuestros saludos fueron la esperanza de mis primeros meses en el campo. Gracias a María, que me abrió las puertas de su casa y de su corazón. Vivir con ella durante un año no solo me facilitó el acceso a muchos espacios, discretos y cotidianos, también supuso encontrar un lugar cálido y confortable en el que descansar cada noche y levantarme cada mañana. A María siempre le agradeceré haber sido casa. Gracias a mis amigas del club de lectura, con las que me sigo encontrando para leer historias escritas por mujeres. Gracias por acogerme y por ofrecerme desde vuestras experiencias una ventanita al PAU. Pero sobre todo, gracias por hacer brotar en mí el placer por la novela y las lecturas en común.

A todas vosotras, deseo de todo corazón devolveros con este trabajo al menos una mínima parte de todo lo que vuestras palabras le han aportado. Deseo que os sintáis reflejadas en las próximas líneas, que no os defraude ni os incomode en exceso, que alguno de los planteamientos os resulte útil y que no sintáis traicionada la fidelidad de los hechos. Gracias por confiar en las mujeres que escriben e investigan.

Gracias a Pilar Monreal por acompañar esta investigación desde sus inicios y por cuidar mis pasos. Siempre recordaré cuando, recién llegada de Las Presillas, me emocionaba con sus clases sobre historia de la antropología. Seguramente esa fascinación sea parte del impulso que me llevó a embarcarme en una tesis doctoral. Me has enseñado todo lo que sé sobre antropología urbana.

Gracias a Héctor Grad por su apoyo y su ayuda sin condiciones. Gracias por confiar en esta investigación y por empujar la burocracia hasta sus límites para conseguir siempre las mejores condiciones para trabajar en ella.

Aunque no sea una de las directoras de esta tesis, lo cierto es que me resulta imposible imaginarla sin ella. Gracias, Ángeles Ramírez, por ser amiga y maestra. Tus consejos y tu ayuda han acompañado cada una de las etapas de la investigación y también mi proceso de aprendizaje. ¡Y me han sacado de más de un apuro burocrático y etnográfico! Has viajado conmigo, como lo hace un tren de Nador hasta Rabat, ayudándome a pisar firme. Nunca te lo he dicho, pero gracias a ti entendí que para mí solo había una forma de ser antropóloga: siendo antropóloga feminista.

Gracias a Álvaro Pazos por enseñarme las artes del oficio. Espero que encuentres en las páginas de este trabajo, entre sus aciertos y errores, el sendero de migas de pan

que conduce a muchos de tus planteamientos. Los que me abrieron un universo por explorar.

Gracias a Santiago Bachiller por su calurosa acogida en Buenos Aires durante la primavera porteña de 2018. Lo poco que sé sobre informalidad y espacio urbano lo aprendí en aquella estancia: paseando por distintos barrios de la ciudad, escuchando a las que saben, leyendo los textos que Santiago me recomendaba y charlando junto a Cristina Cravino y el grupo de investigación. Gracias también a las gentes de Valencia, Madrid, Granada, Zaragoza y Canarias del proyecto I+D+i *Convivencia y barrios multiculturales* (CSO2014-54487-R). En un momento donde la universidad se torna competitiva e individualista, vuestras ganas de compartir crean espacios de esperanza.

La tesis ha sido, sobre todo, un intenso proceso de aprendizaje. Por eso no puedo desligar esta etapa de mi paso por el Grado y el Máster en el Departamento de Antropología Social de la UAM. Gracias a Virtudes Téllez por su acompañamiento durante los últimos años y por leerme con cariño y contundencia. Gracias a mis profesoras y profesores, que me han acompañado en un recorrido por la que hoy me sigue pareciendo la disciplina más bonita del mundo. Gracias también a todas las compañeras con las que lo he compartido. Ojalá pudiera explicarle a aquella primera promoción del Grado, la que se hizo universitaria con el 15M, cuán presente está en estas páginas. Elena, Carlos, Jorge, Román, Nacho y María, gracias por todo. Deseo que la pequeña Antía encuentre en las ganas de cambiar su mundo una pizca del entusiasmo por el saber que encontramos nosotras.

Gracias a mis amigas, compañeras y escritoras de tesis, Pilar García Navarro, Sergio Moreno Robles, Laura Escudero Zabala, Javier Gil e Iñaki Sagardoy. Por construir amistad y redes de apoyo allá donde se conjugan los verbos en primera persona y donde la precariedad suele dinamitar las alianzas. Gracias por remar a contracorriente. Con vosotras he compartido las horas de biblioteca, las lecturas, los viajes, el vino, los debates y el cariño que sin duda son el caldo de cultivo de la tesis.

A Pilar, mi compañera y confidente, le estaré siempre agradecida por haber transitado conmigo esta etapa, desde el primer día hasta el último, y por seguir agarrando mi mano hacia el futuro. Por su mirada certera y vibrante solo puedo sentir amor y admiración.

Gracias a David Prieto, por cruzarse en mi vida allá por 2015 y no dejar de pensar junto a mí desde entonces. Contigo descubrí las derivas, la fascinación por los pequeños detalles y la importancia, en la ciudad, de mirar al suelo. Contigo he aprendido tantas cosas que no se pueden contar con los dedos de las manos. Gracias también por presentarme a Marina Requena-i-Mora quien, casi sin conocerme, se involucró en mi investigación como si fuera suya. Me regaló su tiempo, sus mejores ideas y su amistad.

Esta tesis siempre estará en deuda con los colectivos y las gentes de Madrid que en tiempos neoliberales cavaron la trinchera del conocimiento y la acción colectiva. Me hice antropóloga urbana no solo en las aulas de las universidades, también paseando las periferias en una conversación infinita junto a Carabancheleando. A Débora Ávila, Sergio García, Javier Gómez, Daniel Parajuá, Laura Escudero, Francisco Gaitán, Elena Pascual y Pablo Lafuente siempre les estaré agradecida por desvelarle a una *chica de pueblo* como yo las historias que envuelven las calles al sur de la M-30. Solo puedo sentir admiración por todo aquello que nace y se reproduce alrededor de

Carabancheleando. Le deseo larga vida a la investigación militante y a la producción de conocimiento colectivo. También me hice antropóloga y vecina de esta ciudad tan grande sentada en las plazas, en las calles y en las asambleas del movimiento feminista de Madrid. Gracias a Haizea Álvarez, Ruth Caravantes, Isabel Cadenas y Justa Montero (y Pilar García Navarro, claro), con las que soñé una huelga. Gracias por enseñarme el valor de la autonomía para transformar el mundo en el que vivimos y por hacer evidente que solo hay un camino: entre todas y desde abajo. Sois arquitectas de futuro.

A todas vosotras y vosotros, que más que la suma de individualidades sois un torrente colectivo, una brisa fresca que sopla para cambiarlo todo, os considero además de compañeras, maestros y maestras.

Esta tesis ha sido posible gracias a la cada vez más maltratada educación pública. También al contrato FPU del que he disfrutado y que me ha permitido dedicarme a investigar durante cinco años. Aún y con todos los problemas que presenta el sistema educativo público, como uno de los mecanismos más eficaces de segregación y de reproducción del orden social dominante, sigo pensando que es la mejor herramienta que tenemos para llegar a todos los rincones, a todas las casas. Tal vez porque soy hija de unos padres que fueron la primera generación de su familia en ir a la universidad y porque fui de las pocas alumnas de aquella promoción del 96 en haber cursado estudios superiores, pienso que no debemos renunciar a que los hijos y las hijas de familias trabajadoras tengan derecho a la educación superior. Para ellos y para ellas deseo el conocimiento más abundante, el aprendizaje más rico, las lecturas más interesantes, los debates más estimulantes, los mejores programas de estudios, la mejor formación.

Gracias siempre a mis padres, Asun y Benito, y a mis hermanos Darío y Adrián, por darme su cariño y su apoyo incondicional; por tenderme la mano para que avance, pero sin apretar. Reconozco en mí vuestro esfuerzo por cultivar, desde los primeros balbuceos, el horizonte de mis ojos y el valor de la justicia social. Tal vez los aprendizajes más importantes, los que requieren de una vida entera para comprenderse. Gracias por vuestras lecturas del trabajo, atentas y curiosas, y por confiar en su importancia más de lo que lo hago yo. Gracias también a mis sobrinos Martín y Pedro por avivar en nuestros ojos adultos la alegría y por recordarnos que en esta vida somos eternos aprendices. Al lado de todos vosotros siempre estará mi casa.

Bego y Alberto, mi familia al borde de un cruce que siempre marca muchos caminos: sois esa amistad que echa raíces y ayuda a mantenerse robusta, erguida y llena de savia corriendo por las venas.

Terminé esta tesis bajo el cielo de Las Presillas, allí donde empezó todo. Cada día sentí el repicar de campanas del *angelus* marcando las doce del mediodía, a sabiendas de que a kilómetros de distancia, al borde del mar Mediterráneo, contaba con compañía. Gracias a Edu, por vivir conmigo esta etapa de principio a fin, repleta de trayectos infinitos de ida y vuelta al PAU, de mudanzas y de cuartos en alquiler. Gracias por leer mis textos y valorar mi trabajo, por entender mis inquietudes y compartirlas, por celebrar mis hallazgos como si fueran tuyos. Gracias por el amor, la comprensión y la ternura.

Gracias a las vecinas y vecinos de Carabanchel Alto, del viejo y del nuevo. Este trabajo es para vosotras.

Introducción

Cuando empecé esta investigación los PAU de Madrid eran prácticamente desconocidos. En el ámbito académico el asunto tampoco suscitaba mayor interés y solo un puñado de personas —desde el urbanismo, la geografía o la antropología¹— habían escrito sobre ellos. Pues bien, los PAU —cuyas siglas provienen de la figura Programa de Actuación Urbanística— son un conjunto de barrios que se proyectaron durante la última burbuja (1995-2007) en las periferias de la ciudad de Madrid. Grandes desarrollos inmobiliarios, en lo que a extensión de terreno y número de viviendas se refiere, muy heterogéneos entre sí pero que comparten un diseño característico: su trama urbana dibuja una cuadrícula de grandes avenidas y urbanizaciones que, abarcando prácticamente el tamaño de una manzana, están cerradas sobre sí mismas y cuentan con diversos servicios privados en el interior. Algunas tienen piscina, pista de pádel, gimnasio, vigilancia 24 horas y zona de juego infantil; y otras, como ya veremos, no tienen nada de eso. Las primeras reciben el apelativo de *residencial*, al que se le añade un nombre propio que identifica cada finca de propietarios: *Residencial Nuevo Carabanchel*, *Residencial El Pinar*, *Residencial Carabanchel Class*. Hacer acopio del repertorio de nombres existentes fue uno de mis grandes pasatiempos durante mi estancia en el campo. Como ya es posible sospechar, esta etnografía se desarrolla al sur de Madrid, cruzando el río Manzanares y la M-30, en el PAU ubicado en el distrito de Carabanchel. Este desarrollo se construyó como una prolongación de las antiguas tramas urbanas de los barrios colindantes, vecindarios populares que podemos englobar dentro de lo que se conocen como *periferias fordistas* o *periferias obreras*. Pero no quiero adelantarme. Por lo pronto diré que, a seis años de los primeros silabeos de mi investigación, escribo las últimas líneas de este trabajo con la sensación de que los PAU o los “nuevos ensanches”, como empezó a llamarlos tiempo después la prensa, están cerca de haberse convertido en una categoría de uso común entre la población madrileña.

Me trasladé al barrio en septiembre de 2017. Y aunque pasé dos años en el PAU y viví en dos urbanizaciones distintas, siempre residí al borde de la misma avenida: la calle Tristes Trópicos². Primero viví en el piso de Omar. Allí estuve once meses y tal vez debí haberme marchado antes. Y después en el piso de María, donde mis días fueron más tranquilos. Tiempo después de mi llegada al nuevo barrio, cuando entendí que ni la estancia en mi primera casa ni la vida en el PAU iban a resultarme fáciles, decidí titular mi diario de campo como “Tristes PAUs”. Cualquiera podría pensar, a dos párrafos del inicio de esta etnografía, que siento una gran devoción hacia Lévi-Strauss, pero lo cierto es que los guiños a las obras colosales de la disciplina fueron más bien intentos desesperados por sobrevivir al que durante mucho tiempo sentí como el trabajo de

¹ El trabajo etnográfico de Sergio García García (2012) que aborda algunas dimensiones sociales del PAU de Carabanchel fue pionero en este sentido, constituyendo uno de los pocos acercamientos cualitativos a la realidad de estos nuevos barrios.

² Con el objetivo de proteger la identidad de las personas que aparecen en esta etnografía he cambiado los nombres de las calles que circundaban las dos urbanizaciones en las que viví. Los he sustituido por otros que hacen referencia a etnografías clásicas de la historia de la antropología. Todas ellas implicaron arduos trabajos de campo en enclaves *exóticos*. Los nombres propios de las personas que protagonizan el trabajo también han sido modificados.

campo más solitario, monótono y aburrido de la historia de la antropología. Como relataré con más detalle en el capítulo 2, experimenté unas grandes dificultades de acceso —fruto de la unión entre las particularidades urbanísticas y sociales del barrio, mis propias características sociológicas en ese contexto y mi condición de etnógrafa ajena al lugar— que me mantuvieron durante muchos meses en un estado de soledad y aislamiento, sin ser capaz de establecer relaciones con los vecinos y vecinas del barrio, más allá de los fríos saludos en el ascensor y el *holayadiós* en las salidas y entradas de las clases de pilates que se celebraban en mi residencial. En los primeros meses de campo mis únicas conversaciones dilatadas fueron con Yuri, el guardia de seguridad de mi urbanización, y con Awa, la mujer que trabajaba pidiendo dinero a la puerta del supermercado. Por suerte para esta investigación y para mi autoestima como antropóloga, poco a poco fui tejiendo más relaciones en el PAU, todas ellas con mujeres.

Cuando me encontraba en mi segundo año como vecina, los resultados de los distintos comicios electorales celebrados en la primavera de 2019 —las Elecciones Generales de abril y las Autonómicas y Municipales de mayo— lanzaron a los habitantes de los PAU al epicentro del debate mediático. La prensa y los especialistas de la opinión pública, en particular el sector comúnmente apodado como progresista o de izquierdas, comenzaron a hablar del fenómeno de los nuevos ensanches de Madrid: aquellos barrios de urbanizaciones en los que Ciudadanos (Cs) había cosechado amplias mayorías. Un partido político que, a falta de otro término más preciso, situaré en una derecha de corte liberal. Estas noticias y reflexiones de actualidad³ han difundido el mensaje de que irse a vivir a un PAU, en tanto barrio de urbanizaciones cerradas, conlleva progresivamente un aburguesamiento y la adopción de una ideología liberal o conservadora que se vería reflejada en el voto. Se representa a sus habitantes como jóvenes parejas con hijos pequeños que han adoptado un “estilo de vida” individualista y consumista, caracterizado por el aislamiento en la urbanización, la importancia de la seguridad, la preferencia por la educación privada y concertada, el endeudamiento para acceder a ciertas comodidades como irse de vacaciones o comprarse dos coches, o contar con las últimas novedades tecnológicas en el mercado. Las distintas argumentaciones parten de la misma ecuación: un barrio de urbanizaciones, piscina, coche y casa en propiedad genera necesariamente una ideología (neo)liberal y un grupo de población que, a través del consumo de esa forma de vida, desea ser clase media. Estas visiones mediáticas han terminado por convertir a los habitantes de los PAU en una suerte de retrato robot del votante medio y en el arquetipo de llamada “clase media aspiracional” —un término que se coló en el debate a raíz de la popularidad de los análisis del escritor y periodista Daniel Bernabé (2018)—. Han fabricado así una representación esencialista que es ciega a la diversidad existente entre los diferentes barrios y a las distintas trayectorias sociales y residenciales de sus habitantes, y que además se apoya en un juicio hacia estos que discurre entre la victimización y la culpabilización.

³ Véase: Plaza y Sánchez (2019, mayo 18), Dioni López (2019, mayo 15), Caballero (2019, junio 9) y Prieto (2019, julio 21) en el caso de las elecciones celebradas en abril y mayo de 2019. Para la repetición de las Elecciones Generales en noviembre de 2019 véase: Barraza (2019, noviembre 11), Prieto (2019, noviembre 12), Maestre (2019, noviembre 12) y Vicente Guisado y Pérez-Guzmán Arbáizar (2019, noviembre 13). Y para las últimas elecciones Autonómicas celebradas en mayo de 2021: Maestre (2021, marzo 23), Dioni López (2021, marzo 27) y Prieto (2021, mayo 11). Todas estas noticias y reflexiones publicadas en diferentes medios y plataformas digitales se analizan en profundidad en el capítulo 5.

Esta investigación se sitúa teóricamente en la intersección entre las transformaciones sociales y espaciales impulsadas por las políticas neoliberales, la configuración del espacio urbano y las dinámicas vinculadas con la clase y el origen social, pero aporta un análisis muy distinto al elaborado por este sector de la opinión pública. El debate mediático generado en torno a los PAU no fue nunca el punto de partida del trabajo ni tampoco el de llegada, pero sirve para aterrizar y condensar algunos planteamientos de la investigación en un debate social, concreto y actual, que tenía lugar durante su propio transcurso. En este sentido tomo las visiones de la prensa, de un modo si se quiere instrumental, para contraponer una elaboración conceptual alternativa del espacio urbano, de la clase social y, en general, de las prácticas sociales —en este caso protagonizadas por decisiones familiares económicas, residenciales y educativas—. Con ello albergo la esperanza de que, para quien lea este trabajo, al menos la mudanza al PAU de Carabanchel y las prácticas cotidianas que se tejen en la vida del nuevo barrio se revelen comprensibles. Que las visiones y decisiones de sus vecinas, con las que he trabajado, puedan pensarse como prácticas razonables en su contexto, fruto de unas condiciones sociales y no de otras. Que emerjan ante el lector o la lectora, incluso, como evidentes.

La etnografía parte, como problema de investigación general, del largo proceso de transformación de la clase trabajadora y sus medios de reproducción impulsado a partir de los años setenta por las políticas neoliberales. En este marco, el Estado experimenta un movimiento de desresponsabilización en lo que a la provisión de bienes y servicios para garantizar la reproducción social se refiere, dinamitando poco a poco los mecanismos de aseguración colectiva y degradando y privatizando los bienes públicos y comunes. Se trata de un proceso que repercute directamente en las economías domésticas y en sus estrategias de reproducción, pues el peso de sostener las vidas de sus miembros y de garantizar el bienestar pasa cada vez más por el consumo y el endeudamiento privado. En nuestro país, la propiedad de la vivienda y su ubicación aparecen además en este escenario como recursos fundamentales para las clases trabajadoras.



Foto 1. Vista aérea del PAU de Carabanchel (Autoría: www.solucionesymediaciones.es)

En este contexto, durante el pasado ciclo financiero-inmobiliario (1995-2007) se planificaron en Madrid como parte de una gran operación urbanística las *nuevas periferias urbanas* de los PAU o *periferias neoliberales*, como las denominaré en este trabajo —a partir de la conceptualización del colectivo Carabancheando (2013a, 2017)—. En el caso de Carabanchel, como ya he dicho, el nuevo desarrollo se ubicó a continuación de los barrios de las periferias obreras pero marcando un contraste urbanístico y simbólico con ellas. Se levantó al lado de unos vecindarios diversos a nivel espacial, económico y sociocultural, que a mediados de los años noventa y principios de los dos mil estaban experimentando las políticas neoliberales aplicadas sobre unas poblaciones cada vez más precarias y heterogéneas.

El PAU comenzó a habitarse en torno al año 2006 por grupos de población con diferentes trayectorias sociales y residenciales, que fueron instalándose en los distintos tipos de urbanizaciones. De todos ellos, esta etnografía se centra en las parejas jóvenes que crecieron en los barrios colindantes de la periferia obrera durante los años setenta y ochenta, y que en el *boom* se endeudaron para adquirir un piso en propiedad en un residencial del nuevo barrio. La mayoría a través de cooperativas de vivienda. Este grupo, que denomino hijos e hijas de la periferia obrera, traza una continuidad sociológica entre los dos espacios físicos y sociales aparentemente alejados.

Mi propuesta —y en este sentido la hipótesis del trabajo— consiste en entender su mudanza al PAU de Carabanchel como parte de un conjunto más amplio de estrategias para mejorar las condiciones de vida y la posición del grupo familiar: para tener una vida con más comodidades, una mayor *calidad de vida*. Lo que he etnografiado entonces son las estrategias prácticas que estos vecinos y vecinas despliegan en la cotidianidad del nuevo barrio y las tensiones y múltiples vinculaciones a las que se encuentran sujetas. Aquí la movilidad residencial funciona como un paraguas que permite aglutinar diversas estrategias en el resto de ámbitos, como la socialización, el ocio o la educación de los hijos y las hijas. Mi interés, y mi objeto, reside entonces en las *estrategias familiares de reproducción y movilidad social* desarrolladas por este grupo social, aproximándome a ellas especialmente a través de las experiencias de las que fueron mis vecinas durante dos años: las mujeres del PAU.

Esta etnografía se compone de cinco capítulos que recorren un trabajo de investigación de más de cinco años y que se organizan de la siguiente manera. En las próximas paginas, como final de esta introducción, realizo una contextualización del objeto de estudio que ayude a situarlo en el curso de algunos procesos sociohistóricos y también en los debates teóricos sobre neoliberalismo, espacio urbano y reproducción social que se dan cita a lo largo del trabajo.

En el capítulo 1 propongo un breve recorrido por las transformaciones de las periferias de Madrid para intentar caracterizar lo que, en un ejercicio de simplificación analítica, denomino *periferias obreras* y *periferias neoliberales*. Aquí me detengo en el proceso de construcción de estas últimas y en los rasgos principales de su diseño urbano, para terminar adentrándome en el que fue mi barrio durante un tiempo: el PAU de Carabanchel.

El capítulo 2 presenta un viaje por las páginas de mi diario de campo con el objetivo de señalar algunas de las claves metodológicas y epistemológicas involucradas en la

construcción de esta investigación etnográfica. En el capítulo doy cuenta, entre otras cuestiones, de las particularidades que rodearon mi acceso al campo y las relaciones que tejí con las vecinas, de los claroscuros del dispositivo metodológico que desarrollé, de algunas operaciones y procedimientos que se vieron implicados tanto en la producción de datos como en la elaboración conceptual, y también de los virajes que ha experimentado el objeto de estudio desde sus primeros bosquejos hasta el proceso de escritura. Al final dejo constancia de algunos límites, vacíos y vías a explorar que se quedan abiertas y que muestran hasta dónde ha sido posible llegar. Ahora puedo confesar que todo el capítulo es en realidad un intento por justificar algo que apunta Jean-Pierre Olivier de Sardan (2018) y que resume a la perfección mi trabajo de campo: “es necesario haber perdido el tiempo, mucho tiempo, una enorme cantidad de tiempo sobre el terreno, para comprender que estos tiempos muertos eran tiempos necesarios” (p. 30). Supongo que desde que me enfrenté a la idea de elaborar lo que suele conocerse como capítulo metodológico, esta afirmación se convirtió en el hilo del que tirar para ir construyendo desde ahí, como capas de hojaldre, el resto de mi exposición.

El capítulo 3 es el más largo, y por eso le pido algo de paciencia al lector o lectora, porque constituye el corazón de esta etnografía: es aquí donde conceptualizo las *estrategias familiares de reproducción y movilidad social* y me centro en tres grupos de estrategias que los hijos e hijas de la periferia obrera despliegan en la cotidianeidad del nuevo barrio. Para ello dirijo la mirada a las experiencias de mis vecinas mujeres, tratando de mostrar a lo largo del capítulo cuál es la especificidad de género que presentan estas estrategias. En primer lugar, abordo el proceso de compra de la vivienda en un residencial y la elección del PAU como nuevo vecindario, intentando restablecer algunas de las condiciones de producción que rodearon esa práctica social y económica. En segundo lugar, exploro cómo se organizan la vida cotidiana y las relaciones vecinales al interior de las comunidades de propietarios. El conjunto de estrategias que se desarrollan en este ámbito guardan relación con la construcción de las urbanizaciones como espacios fundamentales de socialización en el barrio, donde además toma protagonismo la célula familiar. Aquí veremos las consecuencias que entraña para las mujeres que son madres esta expansión del espacio privado y doméstico. En tercer lugar, abordo las *estrategias educativas* que se desarrollan tanto en el ámbito residencial como en el escolar y por medio de las cuales las familias intervienen en el proceso de socialización de sus hijos e hijas. Tras adentrarme en múltiples situaciones cotidianas como las tertulias veraniegas al borde de la piscina, las clases de pilates en la sala de usos múltiples o los encuentros dominicales de un grupo de vecinas en torno a un club de lectura, termino este capítulo argumentando lo siguiente: las estrategias prácticas a las que me refiero están involucradas en una mejora de las condiciones de vida que hunde sus raíces en el espacio social y urbano de los barrios de origen. Esto es, en los barrios de la periferia obrera.

En el capítulo 4 abordo la dimensión de clase social que envuelve las estrategias familiares en el nuevo vecindario. Para ello me aproximo, primero, a las disposiciones sociales que los vecinos y vecinas despliegan en distintas situaciones y eventos cotidianos que se dan cita en el residencial. Me refiero a cuestiones tan dispares como la decoración de los espacios interiores de las viviendas, los temas de conversación en las charlas vecinales, las posturas corporales más discretas o las formas de hablar. Después, me intereso por los significados y las representaciones que las habitantes del

PAU elaboran sobre su propia condición social y la de sus vecinos y vecinas, explorando sus posicionamientos. Aquí adquieren un papel relevante la noción de *clase media* y también las continuas ambivalencias y contradicciones que surgen en relación al barrio obrero de origen y a la periferia neoliberal.

Finalmente en el capítulo 5 aventuro algunas conclusiones que se desprenden del trabajo. Aquí retomo las representaciones mediáticas elaboradas en torno a los PAU para debatir con las concepciones esencialistas y sustancialistas del espacio urbano y de la clase social que estas posturas defienden. Frente a las visiones que culpabilizan a la población de los PAU, que toman cada una de sus decisiones como nuestras inefables de la dominación capitalista y neoliberal —del triunfo del consumismo y el individualismo—, propongo que es posible analizar las prácticas familiares que orbitan en torno a la mudanza a un PAU como estrategias orientadas a la reproducción social. Es decir, como un conjunto disperso y no coherente de estrategias prácticas que, en este caso, una generación de nacidos y nacidas en la periferia obrera madrileña tiene al alcance para mejorar su vida y la de las generaciones venideras. En un contexto urbano, no lo olvidemos, caracterizado por la precariedad, la competitividad y la ausencia cada vez más acuciante de recursos públicos y mecanismos de aseguración colectiva.

Acabo estas líneas introductorias dando paso a una etnografía que empieza *donde las periferias cambian su nombre*. Allí donde “los que venimos de barrio”, como me decía una de las vecinas del PAU, se fueron a vivir.

I. Un largo proceso de transformación. Clase obrera, reproducción social y neoliberalismo

El neoliberalismo puede entenderse como un proyecto político (Harvey, 2005; Wacquant, 2012) que pretende dar respuesta, a partir de los años setenta, a dos fenómenos interrelacionados: la decreciente rentabilidad de las industrias de producción masiva y la crisis del Estado de bienestar keynesiano y sus relativas garantías sociales. Esto es, la crisis del sistema de acumulación fordista y sus formas de regulación. El neoliberalismo se presenta así como un proceso capaz de restablecer las condiciones favorables para un nuevo régimen de acumulación y restaurar el poder de clase de las élites económicas (Harvey, 2005).

Según Loïc Wacquant (2010; 2012), uno de los rasgos más novedosos sería el cambio en la orientación del Estado. En el capitalismo industrial el Estado asumía un rol mediador o regulador en el conflicto capital-trabajo, desplegando ciertas garantías sociales en forma de servicios públicos, cuidando de los salarios y poniendo restricciones al mercado. Cuestiones que se aseguraban, en parte, gracias a la vigilancia del movimiento obrero y otras formas de organización colectiva que gozaban de más capacidad de presión y negociación y de un mayor arraigo en el cuerpo social. Esta suerte de *pacto social fordista* actuaba no solo en el plano del trabajo asalariado —como medio de acceso al consumo, al bienestar y a la reproducción de la vida—, sino

también en la generación de derechos y de acceso a la ciudadanía⁴ (Alonso, 2010), existiendo un acuerdo más o menos generalizado en la intención de sacar la miseria y la precariedad de la vida. El proyecto político neoliberal emerge como una forma de reconstruir este nexo entre el mercado, el Estado y la ciudadanía, buscando el fortalecimiento y la expansión de las lógicas del mercado y el capital. Por seguir la formulación de Wacquant (2012), lo “neo” del neoliberalismo residiría entonces en el rediseño y redespiegue del Estado para imponer al mercado; empleando su capacidad para elaborar las leyes y moldear las subjetividades, las relaciones sociales y las representaciones colectivas para hacer realidad la disciplina de mercado⁵.

De forma general, en la acción de este Estado neoliberal se articulan al menos tres dinámicas. Primero, la *desregulación*, entendida como una re-regulación destinada a promover el mercado y sus lógicas —competición, fragmentación, prestigio de lo individual, mandato de la productividad, etc.— como principios para organizar la diversidad de actividades humanas. En maridaje con esta centralidad del mercado en la vida aparece el impulso por la “mercantilización de todas las cosas”, que dice la antropóloga Dolores Comas (1998), como el principio mediante el cual todo puede ser tratado como una mercancía. Segundo, los ataques al trabajo y la flexibilización del mercado laboral promueven una fragmentación e individualización de la relación salarial y, al tiempo que empeoran las condiciones laborales, consolidan los fenómenos del desempleo estructural, la precariedad y la falta de estabilidad. En paralelo, la retracción de la acción social del Estado supone un abandono del principio de redistribución para fomentar la privatización y la mercantilización de los recursos y los bienes comunes y

⁴ Sin embargo, no conviene magnificar la capacidad inclusiva o integradora de la sociedad fordista-keynesiana. Fuertemente asentado sobre el trabajo productivo formal, remunerado y masculino, como elemento que vehiculaba no solo los medios de vida sino también la ciudadanía y la participación en la sociedad, en este modelo numerosos grupos sociales quedaban marginados y contruidos como minorías por razón de edad, género, procedencia, origen étnico, ocupación, orientación sexual, etc. Aquellas actividades y sujetos que en el imaginario social no se consideraban como contribuidores a la formación de la propiedad social eran relegados a un lugar subordinado (Alonso, 2010). Y, a consecuencia de la violencia simbólica y material impuesta por el *orden de las cosas*, permanecían invisibilizados y discriminados a nivel material y de derechos. Hablamos de las mujeres, las disidencias de género y de orientación sexual, los jóvenes, las actividades de la economía informal o de subsistencia, o de grupos históricamente estigmatizados como los gitanos y gitanas. Los análisis y reclamos elaborados por las feministas desde épocas tempranas muestran cómo la regulación del Estado de bienestar fordista se articulaba sobre un modelo de familia patriarcal y heterosexual que, además de reforzar el control y la subordinación de las mujeres, se aprovechaba de su trabajo reproductivo no pagado (Dalla Costa, 2009; Federici, 2013; Pérez Orozco, 2014). El epicentro de la sociedad era el hombre nacional, adulto, cotizante y contribuyente, empleado en el trabajo formal, heterosexual —o al menos en apariencia—, cabeza de familia y suministrador de seguridad económica y social a todos los sujetos que por género y edad estaban subordinados a él.

⁵ Es importante matizar que no entiendo el neoliberalismo como un proyecto coherente, acabado y homogéneo que se aplica a través una guía rectora en todos los lugares por igual. Me gustaría rescatar el concepto de *neoliberalismo realmente existente* (Theodore, Peck y Brenner, 2009) para señalar que, en contraposición a esa primera aproximación, el capitalismo es un conjunto de relaciones sociales históricamente articulado: un proceso territorialmente arraigado e impulsado mediante la acción política ensamblada de una forma concreta en cada lugar, en función de la conformación y la trayectoria específica de los marcos institucionales locales, las políticas estatales, las particularidades socioculturales y los conflictos políticos y sociales sucedidos a través del tiempo. Así, este concepto llama la atención sobre dos elementos. Primero sobre la dimensión de inserción contextual y multiescalar, y segundo, sobre la dimensión procesual. El neoliberalismo, más que un proyecto coherente y acabado, sería un proceso continuo, inestable y heterogéneo de transformaciones sociales, que explota y al mismo tiempo produce diferencias socioespaciales —de las que, por cierto, se alimenta—. En esta línea, también resulta necesario problematizar las visiones monolíticas sobre el propio Estado neoliberal. Loïc Wacquant (2010), citando a Bourdieu y su noción de “campo burocrático”, recuerda que el Estado no debe entenderse como una formación unívoca, coordinada y armónica, sino como un campo de luchas sociopolíticas. Un espacio donde distintas fuerzas rivalizan por la definición y distribución de los bienes y las políticas públicas.

públicos. Todo ello desemboca en una progresiva destrucción de las protecciones colectivas y en una desresponsabilización del Estado en la provisión de los servicios elementales para sostener la vida. Es decir, una desresponsabilización del Estado en la reproducción social. El resultado es un escenario de precarización de la vida donde la precariedad se convierte, como argumentan Luis Enrique Alonso y Carlos J. Fernández (2013), en una herramienta disciplinaria y en uno de los ejes centrales del modo de regulación capitalista actual. En tercer lugar, hay algo que surge como una consecuencia lógica de este abandono de la responsabilidad social del Estado: el principio de responsabilidad individual y de búsqueda de soluciones atomizadas. Para las clases trabajadoras la acción combinada de la desregulación del mercado de trabajo y el retroceso del estado social deja pocas opciones en lo que a medios de vida se refiere. La provisión de bienes y servicios básicos pasa, además de por la sumisión al empleo flexible, por estrategias cada vez más atomizadas y centradas en el consumo y el endeudamiento familiar. En el caso de las capas más bajas del proletariado urbano esto se combina, además, con una expansión del control punitivo⁶ que va desde el viraje en las lógicas de la asistencia social, hasta la policialización y la judicialización de la desigualdad (Wacquant, 2010; Ávila y García, 2015b; Moreno Robles, 2021).

Lo que me interesa especialmente es el vínculo entre estas lógicas que van penetrando en las políticas públicas desde los años setenta y su relación con la *solución financiera* y la *solución espacial* —por emplear la terminología de David Harvey (2012) [2000]— que propone el neoliberalismo a la crisis de acumulación fordista-keynesiana. La primera cuestión tiene que ver con la centralidad que adquieren los mercados financieros en la economía internacional y también en la vida cotidiana. Mientras que la segunda se refiere a la necesidad que tiene el capitalismo de reorganizar la geografía y el espacio para llevar a cabo sus procesos de acumulación. Mediante las intervenciones en el espacio construido —como la proliferación de viviendas, infraestructuras, redes de transporte y grandes operaciones inmobiliarias— se consiguen movilizar los capitales excedentes que quedan atrapados en las crisis de sobreacumulación (López y Rodríguez, 2013). Ambos procesos, el financiero y el inmobiliario, discurrieron de la mano en el Estado español durante el ciclo de la pasada burbuja (1995-2007), convirtiéndose en sus grandes pilares. Además, desde el punto de vista del proceso de desresponsabilización del Estado, han jugado un papel esencial en la provisión de bienes para la reproducción social: la dupla financiero-inmobiliaria ha contribuido a la penetración del mercado, las finanzas y las lógicas neoliberales en las economías domésticas, adquiriendo un lugar importante en las estrategias familiares de reproducción de la clase trabajadora y promoviendo las soluciones atomizadas que pasan por el consumo y el endeudamiento de los hogares.

Sobre los mimbres de estos arreglos entre el capital y el espacio emerge también el modelo de *ciudad neoliberal*, como una forma de organizar y reestructurar el espacio urbano a través de intervenciones políticas (Theodore, Peck y Brenner, 2009; Harvey, 2013). Se trata entonces de una construcción social —espacial y temporal— que surge de la aplicación de las características del neoliberalismo al desarrollo urbano; y en este

⁶ De ahí que Loïc Wacquant (2010) hable de un “estado centauro”: un estado mínimo en la cúspide de la jerarquía social que practica el *laissez faire* eliminando barreras y restricciones a la movilidad del capital y a los grupos dominantes, y que sin embargo se vuelve más intervencionista y autoritario a medida que descendemos por la estructura social. Penetra en las regiones más bajas del espacio social y urbano para contener los efectos generados por la profundización de la desigualdad.

sentido podemos conceptualizarlo como parte de la reorganización del Estado de la que habla Wacquant (2012). Así, teniendo en cuenta la dinámica de expansión del mercado y el restablecimiento de las condiciones para la acumulación del capital, las ciudades constituirían un espacio social privilegiado para territorializar y encarnar, en la vida cotidiana y los cuerpos de sus habitantes, este proyecto internacional a través de las políticas urbanas.

Como veremos a lo largo de esta etnografía, el modelo de ciudad neoliberal que se consolidó en España durante el ciclo 1995-2007 ha producido múltiples cambios tanto en la fisonomía territorial de las ciudades como en las dinámicas sociourbanas, transformando los barrios y los espacios de vida de las periferias obreras. El capitalismo, como sistema económico y social, necesita de la existencia de un paisaje material, una geografía del capital —un entorno construido a imagen propia—, que resulte funcional a sus propósitos de producción y reproducción. Por ello, los procesos de neoliberalización en curso en las ciudades no implican solo la mercantilización del espacio urbano, como si de un trozo de tierra intercambiable se tratase, sino también un impulso por reorganizar las relaciones sociales y los modos de socialización. Por ejemplo, introduciendo en el espacio físico y social dinámicas de competitividad e individualización, los principios de inseguridad y escasez, o reforzando la disolución de las solidaridades y la expansión de lo privado. Como mostraré en los siguientes capítulos, los barrios que se construyeron durante el *boom* inmobiliario en las nuevas periferias de las ciudades son, en parte, producto de esta transformación física y social estimulada por las políticas urbanas del capitalismo flexible.

Así, los cambios políticos, económicos, y sociales impulsados por las medidas neoliberales a partir de los años setenta motivaron no solo las dinámicas de desindustrialización, cambio productivo y desregulación del mercado de trabajo, sino también una transformación multidimensional de la sociedad en su conjunto. El proceso de neoliberalización ha permeado todas las esferas de la vida generando, allá donde fuera posible, una reorganización de las relaciones en favor de los mecanismos de acumulación flexible: en el consumo, la enseñanza, las formas de organización colectiva y de subjetivación política, las intervenciones en el espacio urbano, las comunidades vecinales y hasta en los afectos. En este marco se inserta el largo proceso de transformación de la clase trabajadora que acompaña la ruptura de los medios de vida y de las representaciones colectivas de este grupo: los medios y los modos para mantenerse y para pensarse. Un fenómeno que algunos autores y autoras conciben incluso como una ruptura de sentido al quedar obsoletos los instrumentos tradicionales de reproducción y representación colectiva (Bourdieu, 1999 [1993]; Sennett, 2001 [1998]; Beaud y Pialoux (2015) [1999]). En la investigación coral *La miseria del mundo*, Pierre Bourdieu (1999 [1993]) alude a esta desestructuración del universo obrero tradicional como el “fin de un mundo”, refiriéndose con ello a la crisis de sentido experimentada por los sujetos de clase trabajadora y cuyos efectos pueden rastrearse a través de las distintas generaciones hasta la actualidad. Como no podía ser de otra manera, este proceso de transformación discurre junto a la metamorfosis de los espacios de vida. Los barrios y vecindarios obreros y populares se complejizan sociológicamente —adoptando por ejemplo la diferente nativo-migrante como división social que tiende a sustituir las oposiciones construidas en torno a la clase— al tiempo que se suceden cambios físicos en el entorno construido.

En esta etnografía me aproximo a las *estrategias familiares de reproducción social* (Bourdieu, 1991 [1979], 2002 [1994], 2018) de los hijos y las hijas de esta crisis del universo obrero y sus modos de reproducción. Me aproximo a esa generación que era niña cuando la España de los años setenta y ochenta se sumía en una profunda crisis económica y social, al tiempo que un repertorio de cambios institucionales y productivos ponían en marcha, poco a poco, un capitalismo neoliberal —sobre la base de una nueva democracia y un débil Estado de bienestar—. Se trata de la generación que nació en los barrios de las periferias, donde las economías domésticas eran casi tan precarias como los servicios y equipamientos públicos, y que creció y se hizo adulta de la mano de unas políticas neoliberales que progresivamente iban transformando la sociedad y también aquellos antiguos barrios obreros. Unos vecindarios, ya de partida heterogéneos, que fueron complejizándose en relación a las múltiples procedencias y niveles de vida de sus habitantes —ya no solo provenientes de todos los rincones del territorio nacional, sino también del mapa internacional—, y que acogieron en su seno un nuevo abanico de expectativas y de trayectorias sociales familiares. En ellos fue penetrando el principio neoliberal de la escasez para fomentar los procesos de inclusión diferencial, la fragmentación de los vínculos comunitarios y la búsqueda de soluciones individuales (Ávila y García, 2015a). Me refiero a la generación de chicos y chicas de barrio que, de acuerdo con el orden de las cosas, cuando llegó a la veintena estaba lista para endeudarse y comprar una de las viviendas del *boom* inmobiliario.

I.I. “Vamos a más”: del desarrollismo franquista a la última burbuja

En el Estado español este proceso sociohistórico, primero la conformación de la sociedad de consumo y más tarde el paso a un orden postfordista y neoliberal, está teñido de particularidades —Alonso y Fernández Rodríguez (2020) aportan un análisis detallado de ello—. La debilidad que presentó desde sus inicios el tejido industrial, el predominio de otras actividades productivas como el turismo y el sector inmobiliario, la dilatada dictadura franquista o la emergencia de un precario Estado de bienestar que echó a caminar prácticamente al unísono de las nuevas políticas neoliberales son algunos de sus rasgos característicos. Todo ello teniendo en cuenta la posición semiperiférica del país tanto en el viejo contexto industrial europeo como en su posterior reorganización neoliberal. Con la intención de dibujar un marco general que sitúe y contextualice el objeto de la etnografía en el tiempo histórico, voy a repasar sucintamente estos elementos basándome en el análisis que realizan Emmanuel Rodríguez e Isidro López (2010) del régimen de acumulación español desde los años sesenta. Lejos de realizar un examen detallado de la cuestión, algo que escapa a mis posibilidades, en este recorrido me detengo especialmente en aquellos elementos que envuelven los procesos de acumulación *en* y *mediante* el territorio. Hay entonces un interés particular por la vivienda y el sector inmobiliario, y su entronque con las economías domésticas obreras y sus diferentes estrategias de reproducción.

En España la implantación de los mecanismos de acumulación y regulación típicamente fordistas estuvo marcada por una larga dictadura y por un sistema industrial deficiente que presentaba un alto grado de dependencia de la tecnología y la inversión extranjeras. Desde una época temprana este modelo industrial convivió con procesos de acumulación relativamente anómalos en el contexto fordista-keynesiano de la época. El

país se especializó en el turismo de masas, presentándose como el lugar ideal de veraneo y descanso para turistas europeos, gestando así un flujo de entrada para las divisas internacionales. Esta actividad económica, que pronto se convirtió en la primera, tuvo dos efectos: el rápido proceso de terciarización de la economía española y la dinamización de la construcción y el sector inmobiliario.

En los albores de los años sesenta —con el Plan de Estabilización de 1959— la dictadura franquista emprende una cierta apertura hacia la economía de mercado con una retórica marcada por la *mitología desarrollista*, la modernización y el progreso. La entrada de capital y de tecnología extranjera activa el crecimiento de la producción industrial, la salarización y se pone en marcha una tímida *norma de consumo obrero* (Ortí, 1987), caracterizada por el relativo acceso entre las clases trabajadoras a bienes como la vivienda, el automóvil, los electrodomésticos y otros equipamientos para el hogar. Esta cuestión no debe desvincularse de la clara apuesta de la dictadura, desde años antes, por la promoción de la vivienda en propiedad entre la clase trabajadora. En 1957 se había creado el Ministerio de la Vivienda con José Luis Arrese a la cabeza, el encargado de llevar a cabo el proyecto político franquista de convertir España en un “país de propietarios, no de proletarios”. Dio comienzo entonces una política de largo recorrido, que ha llegado hasta nuestros días, centrada en la promoción de la vivienda libre y en propiedad —en detrimento de la vivienda social y el alquiler— y acompañada de una escasa regulación de la propiedad privada y la actividad inmobiliaria (Naredo y Montiel Márquez, 2011).

Esta apuesta por la compra de viviendas resultó ser una vía para integrar a una parte importante de la población, aquella que iba ganando poder adquisitivo en los sesenta. Pero no solo eso: incentivar el concepto de propiedad entre la ciudadanía constituyó una forma de sujeción y reproducción social central en la nueva etapa capitalista que se estaba fraguando en el país (Aricó, 2016). Tanto es así, que la vivienda en propiedad continúa siendo el elemento de seguridad por antonomasia para la organización de las economías domésticas obreras. Estimular la compra de la vivienda como elemento básico de pertenencia, sobre todo entre las clases trabajadoras, resultó una forma de vincular a la población de forma estable con la naciente sociedad de consumo, convirtiéndolos en propietarios.

De hecho, es durante la dictadura que se ponen en marcha dos cuestiones que van a sedimentar en las sucesivas políticas de vivienda: el fomento de la propiedad inmobiliaria desde la vivienda protegida y de promoción pública, impulsando las opciones de compra, y la promoción del modelo de iniciativa privada como principal agente urbanizador del país. En relación a esto último, el desarrollo del urbanismo de urgencia durante los años sesenta y setenta como consecuencia de la llegada de inmigrantes rurales a las ciudades, y la necesidad de construir polígonos y barrios de vivienda obrera en las periferias urbanas, se utilizó para crear un generoso nicho de beneficios para el sector privado. Gracias a la construcción de viviendas protegidas, las subvenciones y los apoyos fiscales, no solo se consolidó un modelo de iniciativa privada que iba a perdurar, sino que se formó un grupo de constructoras y promotoras que han sobrevivido hasta la actualidad como grandes grupos empresariales del país.

Según Alfonso Ortí (1987), durante la etapa final del franquismo se consumó una *socialdemocratización material*, es decir, una *norma de consumo obrero* entre unas

capas populares con bajos niveles de vida, integrándolas material e ideológicamente en el modelo de la llamada *sociedad de consumo* y de las clases medias —con todas sus particularidades en el caso español (Alonso y Fernández Rodríguez, 2020)—. Todo ello sirvió para acomodar una estructura social jerárquica a los cambios políticos y del sistema productivo, encubriendo una reactualización de las desigualdades sociales con el discurso de la igualdad, la movilidad social y la modernización. Según Ortí, se trataba de construir una nueva *clase media* tan socialmente heterogénea, en el sentido de composición social, como simbólicamente homogeneizante: los estratos superiores de la sociedad unidos a través de una misma categoría con grupos de clase trabajadora, que a su vez emprenden una lucha por diferenciarse y escapar de las condiciones de vida de la clase obrera. Una dinámica social que afloraba en los grupos de discusión del momento realizados por el propio Alfonso Ortí bajo el expresión “vamos a más”⁷. En palabras del autor (1987: 734-735):

La celebrada ampliación de las clases medias de los años 1960 ha sido fundamentalmente un proceso de ampliación de sus estratos inferiores, mientras sus capas superiores casi no han experimentado variación alguna. [...] Es decir, el proceso de desarrollo económico y la «fortificación» del «centro sociológico» se han consumado mediante la extensión de los escalones intermedios inferiores, pero sin afectar al carácter extremadamente minoritario de las clases medias altas españolas, más próximas o integradas con los círculos [...] del poder y del capital.

La construcción de esta subjetividad de clase tiene cierta importancia desde el punto de vista del Estado (Rodríguez 2016), pues funciona como una suerte de *consenso*: una asunción colectiva en torno al advenimiento de una sociedad igualitaria, a la desaparición de las antiguas fracturas y el conflicto, e incluso a la desaparición de las clases sociales. De algún modo, situarse en la clase media es bastante parecido a no situarse en ninguna clase, como si esta permitiera sortear la estructura de desigualdades a la que aluden otras categorías como *clase obrera* o *clase trabajadora*. Se activa entonces un imaginario de progreso, convivencia, igualdad de oportunidades y movilidad ascendente que refuerza la propia estabilidad del Estado, necesitado de un cuerpo social y electoral que confíe en sus valores democráticos, y convierte ese fenómeno que llamamos clase media en una categoría de pertenencia fundamental entre la población. Por eso, para Alfonso Ortí (1992), la expansión de las clases medias puede entenderse como un proyecto de estabilización sociopolítico cuyo objetivo reside en la formación de un grupo social —que a la vez actúa como un imán para las capas más desfavorecidas de la población— al que se le atribuye una función mediadora —él matiza: mediadora entre el capital y el trabajo—. Esto tiende a convertir a las clases medias en el lugar de objetivación del *consenso*, aglutinándose en torno a unos valores cívicos comunes y encubriendo sistemáticamente las desigualdades y el conflicto social.

⁷ Esta misma formulación que Alfonso Ortí veía repetirse en un grupo de discusión realizado con perfiles de “clase media baja madrileña” en el invierno de 1979, fue utilizada posteriormente por el Partido Popular (PP) en varias campañas electorales. Una coincidencia en la que reparó mi amigo David Prieto. Desconozco si fue o no fruto de la casualidad pero este mismo sintagma, “vamos a más”, se convirtió en el lema de campaña de José María Aznar en las elecciones del año 2000, comicios que ganó con una rotunda mayoría. Pero la historia no se detiene aquí. Cuatro años más tarde, aún en plena fase ascendente de la burbuja inmobiliaria y financiera, Mariano Rajoy volvió a utilizarlo para su candidatura electoral, esta vez con una ligera modificación: “juntos vamos a más”. La consigna no solo le valió al Partido Popular un rifirrafe con la Caja de Ahorros de Sevilla y Huelva, que utilizaba exactamente el mismo eslogan para promocionar una línea de productos financieros (Servimedia, 2004, febrero 26), sino que mucho tiempo después se descubriría que el lema en sí fue un subproducto de la trama Gürtel. Una de las empresas del entramado societario de Francisco Correa se asoció con una conocida firma de publicidad para diseñar varias campañas del PP, entre ellas la del 2004 (Fernández, 2016, octubre 25).

Según Ortí, lo que en la literatura sociológica se ha conocido como “sociedad de clases medias” o “sociedad de dos tercios” no significa ninguna superación radical de la desigualdad. Por el contrario, al negar la existencia de clases, pues todas las personas serían de una clase media convertida en universal, lo que realmente universaliza es la desigualdad.

Así las cosas, la llegada en 1973 de la crisis internacional se recibe en España, desde su posición semiperiférica en el sistema industrial, en un contexto marcado por la relativa incorporación de las clases trabajadoras al consumo, la crisis final de la dictadura franquista y una activa respuesta obrera y popular. Por eso los efectos de la crisis del petróleo no se hacen patentes hasta al menos 1975, cuando da comienzo la oleada de quiebras en el sector industrial, las suspensiones de pago y los despidos. Al tiempo que la crisis se vuelve más evidente, se afianza la transición política y económica del país y en 1977 se firman los Pactos de la Moncloa, acuerdos que sientan las directrices para el nuevo modelo socioeconómico. En esta empresa fue necesario comprometer a los sindicatos mayoritarios y afianzar los consensos cooptando o destruyendo a las disidencias políticas de todo el territorio, y en definitiva, sellando con un pacto de silencio el conflicto social y la historia pasada. Aunque los pactos contemplan una expansión de los principales servicios básicos como la educación o la sanidad, su eje central consiste en la política de rentas y el control de la inflación (Rodríguez y López, 2010). Es decir, los salarios pasan a estar subordinados a la inflación prevista, dibujando a partir de entonces una curva descendente. Algo que en la práctica supone una restricción salarial y el abandono del objetivo del pleno empleo, o dicho de otro modo, la reducción de los salarios y el aumento del desempleo. Esta dinámica se ve reforzada por una restructuración paralela del mercado de trabajo. De acuerdo con los principios de la flexibilización laboral se introducen figuras como los contratos en prácticas y en formación, se rebaja la duración y la cuantía de la prestación por desempleo, se legalizan las Empresas de Trabajo Temporal, se flexibilizan las condiciones de despido y se favorecen los contratos temporales. Todo ello abre la puerta a una creciente precariedad e inestabilidad en el empleo y en la vida.

En 1979, con la segunda crisis del petróleo, el paro no hace sino aumentar. Se suceden las leyes de Reconversión y Reindustrialización —primero la de UCD en 1981 y en 1984 la del PSOE— y las medidas de gasto público para recuperar a las empresas se implementan desoyendo los problemas estructurales que el modelo industrial arrastraba desde el desarrollismo. Sin embargo, según Emmanuel Rodríguez e Isidro López (2010), mientras el contexto de crisis refuerza la posición subordinada de la economía española en la nueva división internacional del trabajo, el sector bancario del país se ve fortalecido. Los grandes grupos económicos nacionales se beneficiaron de la situación en el plano financiero gracias, entre otras cosas, a las medidas de liberalización del sector bancario.

En el plano social las consecuencias de los más de diez años de crisis fueron devastadoras. El fenómeno del paro es masivo y se ceba especialmente con el sector industrial y el de la construcción. Entre los jóvenes que se incorporan en esa época al mercado de trabajo el desempleo es casi generalizado. La destrucción del empleo, la degradación de las condiciones laborales y la disminución del nivel de renta, unidos al incremento proporcionalmente mayor del coste de la vida en las grandes ciudades, hace que la pérdida de poder adquisitivo se viva de forma más aguda en los grandes núcleos

urbanos (Fernández Durán, 1985). En este contexto, tal y como retomaré en el capítulo 1, acontece un fenómeno de división y fragmentación social que echa raíces en los barrios obreros de las periferias (Carmona y Rodríguez, 2007; García, 2012). Se incrementan las diferencias económicas y simbólicas entre personas ocupadas y paradas, entre empleados públicos y asalariados del sector privado, entre trabajadores y trabajadoras de las grandes empresas y de las pequeñas. Distancias todas ellas que resultan perceptibles en la vida cotidiana de los barrios y de las familias. Emergen los dramas silenciosos, especialmente masculinos, en los que la ruptura de trayectorias laborales estables y de largo recorrido desembocan en crisis personales, en frustración y a veces en violencia. Se refuerzan también las largas jornadas de trabajo femenino, que con frecuencia encabalgan el trabajo en casa con empleos domésticos o de costura para llegar a fin de mes, casi siempre en la economía informal. Mientras tanto el precario espacio público de los barrios se llena de una generación de jóvenes expulsada del sistema educativo, sin recursos, sin posibilidad de independizarse y, especialmente entre los varones, con expectativas laborales frustradas (Gamella, 2001 [1990]). Las antiguas trayectorias laborales lineales, muchas veces heredadas de padre a hijo, que garantizaban la incorporación temprana de los jóvenes de clase obrera al mercado laboral ya no son una garantía. Tampoco sus aprendizajes en el universo doméstico y barrial son útiles en la escuela, todo lo contrario. En ese mismo espacio público, en el de unas periferias levantadas con urgencia sin apenas equipamientos y servicios públicos, las mismas que vieron nacer al movimiento vecinal, entra con fuerza la heroína para apuntalar una espiral de sufrimiento social y fragmentación.

Las políticas de corte neoliberal, cuyo marco se asienta con los Pactos de la Moncloa, se refuerzan durante los primeros gobiernos democráticos. El resultado es que los costes de la larga crisis se trasladan a los sectores más vulnerables de la sociedad y, de nuevo, los salarios se convierten en el objetivo de las medidas de recorte de gastos, para aumentar los beneficios y la competitividad del tejido empresarial. El Estado poco a poco deja de asumir la dinamización del desarrollo industrial y se dedica a proteger los sectores estratégicos de los principales capitales nacionales, como la banca, la construcción y las grandes empresas energéticas (Rodríguez y López, 2010). Aunque durante la década de los ochenta se desarrolla un tímido Estado de bienestar que pone en marcha políticas sociales fundamentales como la universalización de la seguridad social y la expansión de servicios como la educación y la sanidad —y también del funcionariado y el empleo público—, su desarrollo se encuentra limitado casi desde el principio. Muestra de ello es que a partir de 1982, con el gobierno del PSOE, se efectúa un estancamiento del gasto social que viene para quedarse.

Merece la pena detenerse en algunos acontecimientos que, a finales de los ochenta y principios de los noventa, se apoyan sobre estas políticas precedentes e impulsan un abanico de dinámicas que resultan fundamentales para la burbuja que años más tarde recorrerá el territorio. Se trata de un ciclo de crecimiento en el que se ensaya lo que se repetirá de forma ampliada durante el *boom* inmobiliario de 1995-2007: a partir de políticas que inciden en la desregulación de los ámbitos financiero e inmobiliario, y por tanto en pos de la movilidad del capital, se va fraguando una estrategia de acumulación basada en las rentas financieras e inmobiliarias (Rodríguez y López, 2010; Observatorio Metropolitano de Madrid, 2013).

En 1986 España entra en la Comunidad Económica Europea —la actual Unión Europea—, desplegando una retórica articulada sobre los valores de la *modernización* y el *progreso*. Esto facilita la incorporación del país a una economía internacional en un momento en el que van tomando centralidad los mercados financieros. Las lógicas neoliberales de la financiarización empiezan así a penetrar con más intensidad en el panorama económico nacional y las políticas del momento son un reflejo de ello. La mayoría de medidas que se aplican en el ámbito inmobiliario —y que en algún caso repasaré con mayor detenimiento en los próximos capítulos— presentan ya una clara orientación financiera y especulativa. Por ejemplo las reformas y la liberalización de los mercados del suelo e hipotecario, el *Decreto Boyer* (Decreto Ley 2/1985) que relanza el mercado de la construcción impulsando una vez más la compra frente al alquiler, las desgravaciones fiscales a la compra de vivienda o la flexibilización de las condiciones para el crédito (Rodríguez y López, 2010; Palomera, 2011; Rodríguez Alonso y Espinoza Pino, 2017).

Como consecuencia de este repertorio de ajustes institucionales y económicos se fomenta un tipo de intervenciones en el territorio que van a estar en el corazón de la estrategia de acumulación del *boom* inmobiliario y que forman parte constitutiva del modelo de ciudad neoliberal que se consolida durante este ciclo. En primer lugar, utilizar el espacio físico como un medio privilegiado para la rotación del capital a través del entorno construido, multiplicando los procesos de mercantilización del espacio. Y en segundo lugar, establecer un escenario en el que las administraciones públicas, a todas las escalas, han de competir por la atracción de capitales, expandiendo las lógicas empresariales a la gestión y las políticas públicas urbanas —lo que se conoce como *empresarialismo urbano*—. Los megaeventos como los Juegos Olímpicos en Barcelona y la Exposición Universal de Sevilla que en 1992 acapararon la atención mediática del país son claros ejemplos de esta lógica de acumulación neoliberal⁸.

La entrada de España en la Unión Europea supuso además la obligatoriedad de cumplir con un paquete de medidas neoliberales fijadas por el Tratado Maastricht e impuestas como condición para la integración en la futura moneda única. A través del Tratado se diseña una política de convergencia de todos los países miembros hacia tres grandes objetivos (Rodríguez y López, 2010): el control de la inflación, fundamentalmente con políticas de control y estancamiento salarial; la reducción del gasto público y la privatización de empresas públicas; y la bajada de los tipos de interés con la intención de establecer un flujo de crédito hacia las familias y las empresas, fomentando su endeudamiento. Este proceso de sustitución del endeudamiento público por el endeudamiento privado está en la base de la burbuja.

⁸ La película-documental *El año del descubrimiento* (López Carrasco, 2020) señala cómo, ese mismo año, mientras los dos megaeventos se utilizaban hacia dentro y hacia fuera como la muestra irrefutable de la modernización de una España recién integrada en la Comunidad Económica Europea, se aplicaba una importante reestructuración y destrucción del tejido industrial nacional bajo los mandatos de Europa. Debido al equilibrio de fuerzas entre el gobierno y las autonomías el peso de la reestructuración cayó íntegramente sobre la región de Murcia, especialmente en la ciudad de Cartagena, donde se localizaban las fábricas. El mandato europeo ordenó destruir prácticamente todo el tejido industrial del que vivían no solo los empleados y empleadas de las empresas, sino la ciudad en su conjunto. En 1992, mientras la atención del país estaba puesta en los Juegos Olímpicos y en la Exposición Universal, en Cartagena el movimiento obrero, con un fuerte arraigo local, tomaba el parlamento autonómico.

Seguramente el rasgo que mejor define el ciclo financiero-inmobiliario 1995-2007, que popularmente conocemos como burbuja o *boom* inmobiliario, es la centralidad que adquiere el mercado de la vivienda tanto en la dinámica económica nacional como en el plano doméstico. Solo para hacernos una idea de las dimensiones del fenómeno, según José Manuel Naredo y Antonio Montiel (2011), España llega a ser el país de la Unión Europea con mayor porcentaje de viviendas ocupadas en propiedad, con más del 80% de los hogares poseyendo al menos una. Como vemos, durante este ciclo la vivienda se posiciona aún más como un recurso fundamental para las familias, algo que, si bien actúa sobre el viejo poso de la propiedad, se incentiva todavía más a través de todo un repertorio de políticas —algunas como la reforma del mercado hipotecario, la modificación de la ley del suelo o los planes de infraestructuras son bien conocidas—. Todas ellas tienen como objetivo apuntalar la reforma financiera y territorial que estaba en marcha. Se consigue así, en pocos años, un crecimiento disparado del precio y del número de viviendas construidas, y también el aumento de la demanda de los bienes de consumo. Tras esta dinámica hay dos elementos que juegan un papel clave: la importancia que históricamente tiene la vivienda en propiedad para las economías domésticas —al actuar como uno de los principales seguros económicos y vitales para las clases trabajadoras desde la época del desarrollismo— y que, por tanto, goza de una relativa extensión por todo el cuerpo social; y los procesos de financiarización de las economías domésticas que en España reposan especialmente sobre lo anterior. Voy a tratar de mostrar la explicación que Emmanuel Rodríguez e Isidro López (2010), desde la economía política, hacen de este fenómeno.

En primer lugar, en el Estado español el principal bien patrimonial que poseen las familias es la vivienda. Desde finales de los años cincuenta, las sucesivas políticas de vivienda, la facilidades para el crédito, las modificaciones de la ley del suelo y la promoción del sector inmobiliario y sus agentes privados tuvieron como principal objetivo extender la propiedad entre la población. Hasta el punto de que, como constataremos en el capítulo 3, para las familias trabajadoras la vivienda no es solo un lugar residencia, sino también un nicho de estabilidad, tranquilidad y la principal garantía de ahorro y de futuro para las siguientes generaciones. De algún modo, en España el acceso a la vivienda, integrando a la clase trabajadora en la propiedad, ha funcionado como una vía de reproducción social disponible ante la progresiva fragilidad de los salarios. Algo que refuerzan las políticas implementadas durante la larga crisis de los años setenta y ochenta. En segundo lugar, en los años noventa se produce un fenómeno de abaratamiento del crédito a nivel internacional —en cuya expansión juega un papel importante el mencionado Tratado de Maastricht y la disciplina exigida por la unificación monetaria en torno al Banco Central Europeo—. Este fenómeno está en la base de la reorientación internacional del proceso de financiarización de la economía hacia los servicios personales y especialmente hacia el mercado de la vivienda (Fernández Durán, 2006); con las hipotecas, por cierto, como vector principal de dicho proceso.

La fluidez del crédito y las expectativas de revalorización del tejido inmobiliario permiten a las familias, tanto si ya eran propietarias como si no, optar a la compra de viviendas, segundas residencias y a la mudanza a otros enclaves de la ciudad⁹. Eso sí, pasando

⁹ Durante los años de prosperidad del ciclo inmobiliario el precio de la vivienda creció en más de un 200%, llegando a experimentar entre 2002 y 2006 subidas de hasta un 30% anual (Rodríguez y López, 2010).

en la mayoría de los casos por el endeudamiento hipotecario. Por ejemplo en Madrid, muchos habitantes de los barrios de las periferias obreras aprovechan para arreglar su piso, para adquirir otro o para mudarse a otros lugares de la ciudad o a las zonas nuevas de su barrio. Un fenómeno que, como veremos más adelante, es el caso de buena parte de los habitantes del PAU de Carabanchel. Las promociones de vivienda unifamiliar, sobre todo adosada, que se extendieron durante los ochenta por los municipios del oeste y noroeste de la Corona Metropolitana de Madrid y que iban dirigidas a sectores más pudientes, empiezan a ser imitadas durante el ciclo de la burbuja en el sur y el este, esta vez para poblaciones de origen trabajador (Díaz Orueta y Lourés Seoane, 2012). En este sentido, algunos PAU madrileños han formado parte de esa difusión entre las clases trabajadoras durante la burbuja de las tipologías residenciales suburbanas antes solo reservadas para sectores con mayor capacidad económica (Gutiérrez Cueli, 2016).

El mecanismo más o menos era el siguiente: la burbuja en el precio de las viviendas genera un incremento del valor del patrimonio de las familias y unas expectativas de revalorización de la vivienda para quien todavía no posee ninguna, y al mismo tiempo las facilidades de crédito —especialmente créditos hipotecarios y créditos destinados al consumo— se apoyan en la propiedad inmobiliaria como garantía y fomentan una espiral de endeudamiento doméstico. Todo ello desemboca en un aumento de los niveles de consumo que se sostiene, en realidad, sobre un crecimiento de la deuda en los hogares y una burbuja del valor inmobiliario. Esto es, un gigante con pies de barro: el efecto riqueza en las familias va de la mano de un crecimiento desproporcionado de su deuda. Por eso en nuestro país el proceso de penetración de las finanzas en las economías domésticas se ha producido utilizando la vivienda como uno de los vectores principales. Se expanden con relativo éxito por el tejido social porque los mecanismos financieros se insertan en una mercancía de primera necesidad como es la vivienda.

Así, siguiendo los análisis de Rodríguez y López (2010), durante el ciclo de la burbuja y en los años precedentes asistimos a una suerte de reinención del keynesianismo a través del endeudamiento privado. Se consigue una expansión del consumo generando un “efecto riqueza” a través de la revalorización de las viviendas y los activos inmobiliarios de las familias —lo que se conoce como *burbuja patrimonial*— y el acceso a productos financieros. Es decir, generando consumo y endeudamiento a la vez. A través de esta dinámica se consiguen aumentar los niveles de consumo sin necesidad de incrementar los salarios; es más, en mitad de un proceso histórico de descenso de los salarios y empeoramiento de las condiciones laborales —hablamos de un estancamiento a largo plazo de los salarios reales de al menos el 60% de la población y de un modelo laboral caracterizado por una intensa precarización (Rodríguez y López, 2010; López Calle, Alas-Pumariño y Fernández Gómez, 2019)—. El efecto riqueza causado por la revalorización de los activos inmobiliarios y los patrimonios familiares permite al mismo tiempo sostener la caída continuada de los salarios y la desinversión social del Estado, en un mapa repleto de despojos y privatizaciones neoliberales. Se produce así una relación entre distintos elementos: el estancamiento de los salarios reales, el alcance de la propiedad de la vivienda en la sociedad española y su

Para hacernos una idea, el valor del parque inmobiliario madrileño se multiplicó por 3’7 (Rodríguez, García y Muñoz, 2013).

revalorización, la facilidad de crédito, la penetración de las finanzas en las economías domésticas y el aumento del consumo y del endeudamiento¹⁰.

Esto explica, en parte, que durante los años ochenta y noventa se mantuviera la noción de clase media como una representación con la que amplios sectores de la sociedad se sentían identificados; aún cuando el desmantelamiento del ya débil Estado de bienestar y la adopción de políticas neoliberales habían ido dinamitando las bases materiales de la precaria mayoría social de las clases medias y estas sufrieran un lento deterioro. Todavía en julio de 2014 y en una etapa avanzada de la crisis, según los datos del CIS, el 72% de los españoles y españolas se situaba en una escala del 1 —muy pobre— al 10 —muy rico— en los escalones centrales 4, 5 y 6 (Hernández, 2014). Aunque es cierto que si observamos la serie “clase social subjetiva” generada por el CIS, encontramos un cierto descenso de la adscripción a la “clase media” a partir del 2012 y un aumento de la “clase media baja”, si bien las identificaciones continúan agrupándose en torno a esa identidad dispersa de clase media. Como explicaré más adelante, durante mi trabajo de campo en el PAU de Carabanchel realizado entre 2017 y 2019 me encontré con que la noción de clase media aparecía una y otra vez en los discursos de sus habitantes, sobre todo a la hora de comparar su vecindario con los barrios próximos de la periferia obrera.

Así, en este proceso de evolución del capitalismo español desde los años sesenta — difícilmente asimilable al modelo etapista que suele utilizarse para pensar el proceso de *descomposición de la clase obrera* en los países con fuerte pasado industrial—, existen al menos tres fenómenos interrelacionados que son relevantes para comprender cómo la vivienda en propiedad va adquiriendo un rol clave en las estrategias de reproducción de las familias de origen obrero, en el marco de un largo proceso de transformación de sus medios de reproducción. Son la promoción de la vivienda en propiedad junto al continuo impulso del sector inmobiliario como eje del sistema productivo, la crisis del trabajo asalariado y la expansión de la financiarización en las economías domésticas y en la vida cotidiana. Estos fenómenos discurren en paralelo a la progresiva neoliberalización del Estado, teniendo como resultado una creciente privatización de la reproducción social.

La adopción por parte de las administraciones de políticas neoliberales se encuentra tras el impulso a la desregulación y precarización del mercado de trabajo, el deterioro y la privatización de los bienes públicos y comunes, y el abandono del compromiso estatal en la provisión de recursos y servicios esenciales para sostener la vida. Algo que en el caso de España, además, se levanta sobre un poso de desresponsabilización histórica del Estado en el aprovisionamiento de vivienda (Palomera, 2011). Es en este marco de desposesión y fragmentación en el que irrumpen con fuerza las finanzas durante el pasado ciclo de la burbuja, introduciendo mecanismos financieros en los espacios y los medios de reproducción social. Es decir, el proceso de financiarización actúa sobre los

¹⁰ Según el análisis de Rodríguez y López (2010: 187) de los datos aportados por el Banco de España, entre el 2000 y el 2007 la deuda de las administraciones públicas permanece estable, mientras la de los hogares y empresas se dispara hasta multiplicarse por tres. En solo siete años la deuda de las economías domésticas crece un 200%. Es interesante observar estos datos al calor de las cifras de préstamos hipotecarios (Op. cit.: 188). En 2007, por ejemplo, el volumen total de préstamos ascendía a 3000.000 millones de euros. Para el conjunto del periodo 1994-2007 las cifras de endeudamiento hipotecario se multiplican por doce.

procesos previos de expolio y privatización de bienes y servicios, antes socializados, que pasan a ser proporcionados por servicios financieros de acuerdo a una lógica de endeudamiento. Cuestiones como asegurarse una vivienda o una pensión son dos de los nichos sobre los que han penetrado estratégicamente las finanzas, justamente porque se trata de bienes básicos de los que es difícil prescindir, poniendo al servicio de la renta financiera antiguos espacios de la reproducción social. Así, la financiarización de la vida se construye sobre la relativa retirada del Estado como el principal asegurador: se degradan los mecanismos de aseguración colectiva y los derechos sociales, al tiempo que se sustituyen por un proceso de responsabilización individual de la reproducción social que recae sobre los recursos y el endeudamiento de los hogares. Ya que, recordemos, el largo camino de la desregulación laboral ha ido construyendo un marco de precariedad y de crisis del trabajo asalariado como forma de acceso al consumo y de mantenimiento de las economías domésticas obreras. Al compás de la depresión de los salarios ha ido creciendo la deuda en los hogares¹¹.

Lo que en otro tiempo constituían derechos sociales que debían garantizarse por el Estado y por estructuras colectivas —en forma de inversión social y políticas sociales, servicios públicos, mecanismos de redistribución, etc.—, se convierten poco a poco en una responsabilidad individual. Y mientras se destruyen los mecanismos de aseguración colectiva, el Estado va perdiendo su responsabilidad en el proceso de reproducción. Emerge así la solución individualizada, en forma de consumo y endeudamiento, casi como la única opción para hacer frente a la ausencia de servicios, recursos y de estabilidad vital. Se trata, como argumentan las feministas argentinas Luci Cavallero y Verónica Gago (2019), de una suerte de *financiarización de los derechos sociales*, en tanto que las unidades domésticas tienen que recurrir a la mediación de los créditos, el consumo y el endeudamiento para obtener recursos básicos para la reproducción como es la vivienda.

En este contexto de privatización en las economías domésticas de la responsabilidad y los riesgos de la reproducción social emerge la centralidad de la vivienda en propiedad en las estrategias familiares, renovada durante el pasado *boom*. En este ciclo, mientras el peso del trabajo y el salario disminuía su importancia en la composición de la renta en las familias, aumentaba en forma de burbuja el valor de la vivienda, en un país donde la mayor parte de la población es o *desea ser* propietaria. Se puede decir, posando la mirada en el tiempo largo, que el peso de la propiedad inmobiliaria en el Estado español ha funcionado como un mecanismo de sujeción y, al mismo tiempo, como un bastón para las clases trabajadoras en los diferentes ciclos de acumulación: un bastón para aguantar la progresiva reducción salarial, el empeoramiento de las condiciones de trabajo, la precarización de la vida y el expolio capitalista de bienes públicos y comunes. Tal vez, un resultado del régimen de acumulación español desde el desarrollismo sea la construcción de un lugar privilegiado para la vivienda en propiedad entre los medios de reproducción de la clase trabajadora: actuando como seguro para el bienestar

¹¹ Según exponen Emmanuel Rodríguez e Isidro López (2010: 248-249) —analizando los datos disponibles del Banco de España para el periodo 1995-2007—, en la evolución del balance financiero de las familias entre los pasivos crecieron más que los activos durante esos años, pero además el 95% del pasivo de las familias correspondía a préstamos concedidos por instituciones financieras, en su mayor parte a créditos hipotecarios para la compra de vivienda. Así, al observar la relación entre la deuda y la renta disponible de las familias encontramos que esta relación toma un perfil casi inverso durante los años de la burbuja. Si en 1995 la deuda representaba el 62% de la renta disponible, en 2008 superaba el 130%. Es decir, el endeudamiento real de las economías domésticas se duplicó.

presente y futuro, como un medio para mejorar las condiciones de vida y la posición social y también, por paradójico que resulte, como un refugio para las embestidas del capitalismo. Como le decía Violeta a Rosa, mientras charlábamos en una cafetería del PAU de Carabanchel: “en general la gente lo que intenta es mejorar en función de la vivienda”. Ese “mejorar en función de la vivienda” condensa, como veremos, no solo una larga historia de políticas y reajustes económicos e institucionales, sino también la constitución progresiva de unas determinadas disposiciones en el espacio social de las clases trabajadoras.

En esta investigación me sitúo en la intersección entre la clase social, el espacio urbano y las políticas neoliberales para acercarme a la generación que, como Violeta y Rosa, nació en las periferias obreras durante la larga crisis de los setenta y ochenta y creció a medida que el proceso de transformación de la clase trabajadora y sus vecindarios iba evolucionando. A mediados de la década de los noventa, muchas de estas personas inician la compra mediante endeudamiento de una vivienda en propiedad y dejan el barrio obrero para mudarse a las nuevas periferias residenciales levantadas por el *boom*. En la etnografía me detengo en un punto de este fenómeno más amplio, en una determinada generación y en un espacio urbano concreto: trato de analizar las *estrategias familiares de reproducción y movilidad social* que los hijos y las hijas de esa crisis de reproducción, nacidas en los barrios de la periferia obrera madrileña, despliegan en el proceso de mudanza al PAU de Carabanchel y en su vida cotidiana en él. Y los complejos vínculos de clase social que en este proceso se ven involucrados.

De este modo, se abren dos grandes interrogantes o líneas que reflexión que recorren el texto y se encuentran entrelazadas con el resto de planteamientos. Parten del largo proceso de transformación de la clase trabajadora y sus modos de reproducción para preguntarse cuál es la relación, en primer lugar, entre dicho proceso y las nuevas periferias residenciales de urbanizaciones y, en segundo lugar, su relación con los cambios en las identidades individuales y colectivas, donde intervienen con cierto protagonismo en el discurso social las representaciones sobre la clase media. Es decir, qué papel juegan en el proceso de transformación de la clase trabajadora las periferias neoliberales de los PAU —la propia transformación espacial y urbanística de los espacios de vida de la clase trabajadora— y qué características presenta la dinámica de reestructuración de las identidades colectivas que lo acompaña. Seguramente el recorrido que esta etnografía propone por estos dos ámbitos de reflexión parte de una convicción que es preciso explicitar: que las transformaciones experimentadas por los sujetos de clase obrera no pueden o no deben desvincularse de las transformaciones en los barrios periféricos que habitan, y viceversa. Que el espacio social y el espacio físico —el *habitus* y el *hábitat*— se encuentran inextricablemente unidos.

Aunque tal vez no haga su aparición de forma explícita hasta el capítulo 4, en este trabajo hay un intento por emplear una noción de *clase social* constructivista y relacional. En primer lugar, la perspectiva constructivista nos invita entender las relaciones de clase social en tanto construcciones socioculturales históricas y contextuales, y a establecer una diferencia fundamental entre esa realidad empírica de referencia —que tiende al infinito en su amplitud y complejidad y por ello resulta inabarcable— y el concepto teórico que elaboramos para analizarla —necesariamente limitado, situado, recortado—. En segundo lugar, la perspectiva relacional ofrece un acercamiento a la multiplicidad de propiedades y dimensiones que conforman la clase. Aquí Pierre Bourdieu (1991 [1979])

elabora una propuesta, a contrapelo de las visiones economicistas que sitúan el trabajo y el salario como el elemento fundante y definitorio de la clase social, y niega la existencia de una propiedad que esté por encima de las otras en la configuración de clase. Bourdieu se pregunta por los obreros a los que les gusta la música clásica; por los chicos de familias humildes que, como él, van a la universidad; por los nuevos ricos que amasan fortunas pero no tienen un gusto refinado y no saben de arte; por las maestras de escuela que cuentan con un amplio bagaje cultural pero con poco capital económico... Frente a las posturas esencialistas y sustancialistas —“estructuras simples de orden de la determinación directa”, dice—, que construyen relaciones lineales de causa-consecuencia, propone una definición de clase relacional, dinámica e histórica, en la que influyen multiplicidad de factores que además pueden ir cambiando en función de las variaciones en los contextos y de las trayectorias individuales y grupales. Según él, la clase no se define por una propiedad esencial —como los ingresos o la posición en las relaciones de producción—, ni tampoco por un sumatorio de propiedades —origen étnico y nacional, género, edad, nivel de estudios, nivel de ingresos...—, ni siquiera por una cadena de propiedades ordenadas a raíz de una propiedad fundamental; sino a través de la estructura que resulta de la relación entre todas las propiedades y que confiere su propio valor a cada una de ellas. Todas a la vez, cada una ocupando un peso relativo en función del *campo*. Podríamos decir entonces que no hay nada completamente independiente a la clase, aunque solo con la clase no pueda explicarse todo. Esta concepción abre un abanico de posibilidades a nivel etnográfico que permite explorar y describir contextos, prácticas y situaciones sociales tan dispares como la situación de las economías domésticas en un vecindario, las trayectorias individuales o familiares en relación al sistema educativo o a la movilidad residencial, y hasta las interacciones de los sujetos en la vida cotidiana, repletas de automatismos corporales, formas de estar, de hablar y de moverse, que podemos analizar a la luz de las *disposiciones* de clase social, tal y como veremos en detalle en el capítulo 4.

Junto a la dimensión relacional aflora también una dimensión conflictiva o, si queremos, dinámica. Si la clase no es una sola cosa, o un conjunto de ellas, y si tampoco es algo que permanezca inmutable y estático, entonces hablamos de relaciones que se encuentran sujetas a luchas y disputas continuas. Luchas por la apropiación de recursos y bienes simbólicos y materiales que permiten mejorías en las condiciones de vida y en la posición social, luchas por nombrar y por nombrarse o por fijar unos usos del espacio y no otros. E. P. Thompson (2012 [1963]: 910), introduciendo esta orientación conflictiva, esboza una imagen que me parece tan bonita como sugerente: “la clase en sí misma no es una cosa, es un acontecer”, dice.

Con esta definición de clase en mente —como concepto construido—, y volviendo al amplio proceso de transformación de la clase trabajadora anteriormente descrito, en este trabajo intento evitar la tentación de tomar la clase social, en su dimensión de “clase percibida”¹², como una identidad social estable y sujeta necesariamente a posicionamientos subjetivos fuertes. En su lugar, trato de explorar el universo de las contradicciones, los *decirse* y *desdecirse*, los deslizamientos y los cambios en las tomas de posición. Aún recuerdo cómo, leyendo a Didier Eribon (2017) y el (auto)análisis sobre

¹² Me refiero aquí a la representación que los sujetos elaboran sobre su propia realidad social y que por tanto forma parte constitutiva de esa misma realidad.

su propia trayectoria social —el hijo de una familia obrera de provincias que ha llegado a los círculos intelectuales parisinos—, me conmoví ante la idea de abrazar las complejidades de la clase trabajadora *realmente existente*, con sus contradicciones, su heterogeneidad y sus cambios a través de las generaciones y del tiempo.

Capítulo 1

Boom inmobiliario y nuevas periferias urbanas en Madrid

En algún lugar leí que en los terrenos que ahora ocupa el PAU brotaban en otro tiempo cultivos de garbanzos. Resulta difícil imaginar que estas grandes avenidas de asfalto fueran en algún momento de la historia tierras fértiles. Una fotografía de 1958¹³ me transporta a ese pasado no tan lejano. En la imagen en blanco y negro un hombre con boina y camisa remangada trabaja la tierra con dos animales y un arado romano. El pie de foto indica la localización de la escena: “Prado Morales, actual ubicación de la M-40 y el PAU de Carabanchel Alto”.

Durante el trabajo de campo cuando hablaba sobre el PAU con algún vecino o vecina de Carabanchel Alto, en su mayoría personas mayores, surgía de forma recurrente la evocación sobre cómo eran antes esos terrenos. En su recuerdo permanecen dos ideas: la imagen de un gran campo y la idea de cambio asociada a la transformación que sufrió este terreno. Una tarde de verano, en el huerto comunitario que hay en el PAU¹⁴, un vecino me contaba lo siguiente:

“Esto ha cambiado mucho”, nos dice [a mi amiga Haizea y a mí], refiriéndose a la zona del PAU. Y continúa, “antes era todo campo de cultivo y solo había tres casas: la de Paco Morales, la de su hermano Enrique Morales y una granja de gallinas”. Mientras, señala con el dedo la ubicación aproximada de cada una de las construcciones que va nombrando. (Fragmento del diario de campo, 23 de junio de 2018)

En diferentes conversaciones algunas personas me explicaron que había trigales, hinojo y otros cultivos, y también gente expulsada de las antiguas casas bajas. En otra ocasión, un vecino me contó que cuando era pequeño vivía en la última casa al sur de Carabanchel Alto —al final de lo que hoy sería la Avenida de Carabanchel Alto, que conecta la zona antigua con el nuevo barrio—. Desde su ventana se podían ver los terrenos sobre los que ahora se levanta el PAU. Donde actualmente se ubica el centro de salud había una laguna a la que iba a pescar ranas.

En los discursos de estos vecinos y vecinas de más edad, que residen en la zona antigua, existe una cierta tensión entre el pasado del barrio y esos terrenos —el límite de la ciudad, el campo abierto, con cultivos y rebaños de ovejas— y la construcción del PAU sobre ellos como una especie de progreso ineludible al que, en su momento, resultaba difícil oponerse. Tal vez uno de los efectos sociales más interesantes del *boom* inmobiliario durante el propio ciclo fue la difusión de una idea que permeó el tejido social: la construcción y el crecimiento de las ciudades como uno de los efectos necesarios e inevitables de la modernización y el progreso. En la entrevista que realicé a Pedro, miembro de la Asociación de Vecinos de Carabanchel Alto, al preguntarle por las

¹³ Fotografía donada por Sonia Dorado Martín y publicada por José Sánchez Molledo. Recuperado 10 de junio de 2020 de <http://especiales.memoriademadrid.es/index/verficha/idpk/125066/id/12/obj/A/idag/28>

¹⁴ El Huerto del Pinar es un huerto urbano comunitario ubicado en el Pinar de San José. El proyecto nace en 2015 vinculado a la Asociación de Vecinos de Carabanchel Alto, por lo que para participar es necesario registrarse como miembro de la Asociación. Se trata de un huerto totalmente autogestionado por los vecinos y vecinas y en él participan personas que residen en la zona antigua de Carabanchel Alto y también algunas familias del PAU.

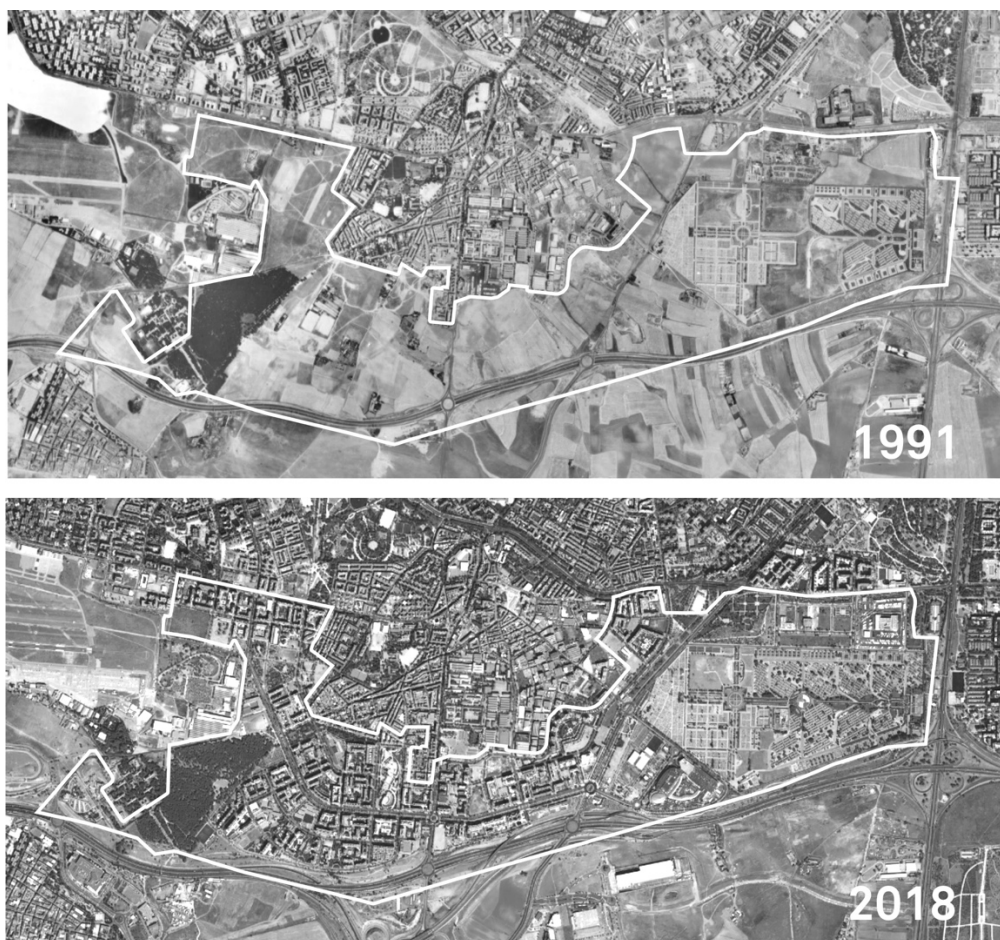
impresiones de los vecinos y vecinas cuando comenzaron a urbanizar el PAU, desplegó en su discurso esta tensión entre un pasado que no vuelve —representado en este caso por las ovejas y los campos— y un progreso que se impone:

Quizá un poco como nostalgia de que por aquí pasaban muchos, bueno muchos, pasaban rebaños de ovejas, entonces por aquí era una zona totalmente salvaje. Estaba bien poderte salir del casco urbano y ponerte a andar pues como si estuvieras en medio del campo, porque en realidad era totalmente campo, ¿no? Entonces, hombre pues, yo creo que un poco la añoranza de decir esto se va. Pero por otra parte no había muchos elementos para poderte oponer, en el sentido que dices bueno, pues sí, pero por tener el capricho de poder ver a ovejas y tal, pues no es una razón muy poderosa como para decir que esto no se haga, ¿no? Porque bueno, por desgracia el progreso te arrolla. Y hombre, si hubiera sido a costa de, por ejemplo, que se hubieran querido cargar el Pinar de San José, pues ahí habría sido otras palabras mayores. Es decir que ahí a lo mejor desde la propia Asociación de Vecinos habríamos mostrado nuestra protesta y vamos, lo habríamos defendido con uñas y dientes. Pero lo otro pues, bueno pues de esto que dices, a ver el progreso va avanzando y bueno, pues qué pena que se pierdan esos, eso que lo tenemos aquí al ladito que lo disfrutamos de aquella manera. [...] Y bueno, otros pensarían que qué bien que viene la modernidad y las casas nuevas y tal, bueno, pues no sé habría un poco de todo, ¿no? Otros que pensarían que se iban a revalorizar sus pisos o no. Quiero decir, que supongo que siempre cuando hay una novedad y una modernización entre comillas, pues hay de todo tipo de especulaciones mentales, ¿no? (Entrevista con Pedro, Asociación de Vecinos de Carabanchel Alto, febrero de 2019)

Con el *boom* inmobiliario llegó la producción de una nueva periferia, unos nuevos barrios que se acoplaron y se entrelazaron de distintas maneras a los ya existentes. Si las periferias eran ya espacios vivos, en proceso de transformación y caracterizados por una gran heterogeneidad, la construcción de estos nuevos enclaves contribuyó a acrecentar su diversidad.

Tanto es así que su complejidad desborda cualquier intento de análisis monolítico y estático. En este sentido creo que las investigaciones colectivas y militantes que se han llevado a cabo durante los últimos años en Madrid ofrecen algunos de los análisis más ricos y reveladores. En este trabajo hago mía la hipótesis desarrollada por el colectivo Carabancheleando sobre la existencia en Madrid de una *triple perifericidad* (Carabancheleando 2013a, 2017; Ávila, García, García, García, Montero y Parajuá, 2015). Aunque los intentos de categorización siempre impongan una simplificación de la realidad social, mucho más rica y desbordante, este colectivo propone una distinción entre tres tipos de periferias que se encuentran superpuestas e interrelacionadas en el espacio urbano: los *barrios obreros*, los *barrios guetificados* y las *nuevas periferias neoliberales*, donde se encontrarían los PAU. A ellas se sumaría una cuarta *periferia informal* que, como ya veremos, presenta algunas peculiaridades. Las diferencias entre todas ellas guardan relación con el momento de su surgimiento, su evolución sociohistórica, las intervenciones superpuestas de distintas políticas urbanas y su composición social y cultural. Voy a repasar algunos de sus rasgos principales (Ávila et. al., 2015) y aprovecharé también para realizar un breve e incompleto repaso por la historia de las periferias madrileñas —algo que Pablo Carmona y Emmanuel Rodríguez (2007) han hecho de forma detallada—. Todo ello conecta con el proceso de transformación de los vecindarios y los espacios de vida de la clase trabajadora al que me he referido en la introducción.

Mapa 1. Perímetro del PAU de Carabanchel 1991-2018



Fuente: Gutiérrez Cueli, Prieto Serrano y Requena-i-Mora (En prensa)

I. Barrios obreros

El surgimiento de estas periferias obreras se remonta a los años cuarenta y cincuenta con la llegada de inmigrantes de la España rural a los polos de actividad industrial. Ante la pobreza material y la imposibilidad de alojarse en otro sitio estas familias empiezan a construir chabolas en torno a los cascos históricos de núcleos como Vallecas, Carabanchel, Usera o Villaverde —pueblos que se anexionan a Madrid entre 1948 y 1954—. Crecieron así poblados con miles de casas de autoconstrucción, sin ningún tipo de servicio o equipamiento. La administración franquista ante el “problema de chabolismo” que no dejaba de crecer implementó una serie de políticas para intentar absorber y detener la expansión del llamado “urbanismo marginal”. A partir de 1955 con el Plan Nacional de Vivienda se construyeron polígonos de vivienda pública con carácter de urgencia, extremadamente precarios y sin apenas servicios (Carmona y Rodríguez, 2007). Una política de construcción de viviendas temporales de baja calidad que se dilatará hasta 1961 con el Plan de Absorción. En 1957 con el Plan de Urgencia Social y la creación del Ministerio de Vivienda se siguió una estrategia más represiva con la población chabolista y al mismo tiempo un viraje en la política franquista para desarrollar el sector privado de la construcción y fomentar la propiedad privada de la vivienda entre las clases trabajadoras. El resultado de esos veinte años fue un gran crecimiento de la

periferia a través de la producción de nuevos espacios urbanos —poblados chabolistas, construcciones de vivienda pública con carácter de urgencia y grandes polígonos obreros edificados por la iniciativa privada— que van a dar lugar a los *barrios* (op. cit.).

Aunque eran espacios heterogéneos tenían en común algunas características sociales y urbanas. En los poblados de chabolas¹⁵ los vecinos y vecinas compartían unas condiciones de vida muy duras —sin luz, agua corriente, baño, pavimento, alejados de la ciudad y desconectados— y también una trayectoria: un viaje del campo a la ciudad para emplearse en trabajos mal pagados, en el tejido industrial, en la construcción, en el servicio doméstico o en tareas de costura. En el resto de la ciudad se generalizó una imagen sobre estos habitantes caracterizada por la suciedad, la pobreza, “los paletos”, la gente de campo, etc., estigmatizando los suburbios y especialmente los de chabolas.

Empezó así a construirse el *barrio* a través de una relación de apropiación con el territorio que tenía como objetivo la mejora de las condiciones de vida (Carmona y Rodríguez, 2007). La cooperación para realizar mejoras en las viviendas, para organizar el transporte a la ciudad o la gestión de las basuras, para conseguir productos de abastecimiento o para cuidar a las criaturas se asentó sobre prácticas de apoyo mutuo y relaciones de vecindad. De esta manera en las zonas chabolistas se inició un proceso de organización que se fue expandiendo a lo largo de los años setenta y ochenta por el resto de barrios de la periferia y que se conoció como movimiento vecinal (Castells, 1986). En un escenario donde la ciudad había crecido de forma caótica, sin servicios y marginando a la mitad de la población, estos vecinos y vecinas demandaban a la administración dotaciones y equipamientos —alcantarillado, pavimento, recogida de basuras, escuelas, centros de salud, transporte público...— y medidas contra la carestía de la vida y la subida de los precios. Estas asociaciones consiguieron importantes conquistas en materia de derechos sociales y en 1979 con el Plan de Remodelación de Barrios llegaron incluso a forzar al ayuntamiento a que les tuviera en cuenta en los proyectos de reconstrucción y mejora de sus barrios y casas¹⁶.

Los avances del movimiento vecinal coincidieron en el tiempo con la ya mencionada crisis de los setenta y ochenta. En 1980 en los barrios de la periferia de Madrid el paro llegó a superar el 30% y entre la población menor de 30 años la tasa rondaba el 50% (Carmona y Rodríguez, 2007). La crisis creó un nuevo escenario de fragmentación social, quebrando la relativa homogeneidad social que tenían los barrios y que funcionaba como un pilar de la lucha vecinal. Incrementó las distancias y las diferencias socioeconómicas dentro de los vecindarios trabajadores. En este contexto la heroína

¹⁵ Se calcula que en 1961 en Madrid había todavía unas 60.000 chabolas, esto supone que cerca de un 15% de la población del municipio vivía en infraviviendas (Carmona y Rodríguez, 2007).

¹⁶ Este largo proceso de lucha vecinal y de transformación urbana, desde asentamientos informales con viviendas de autoconstrucción hasta barrios consolidados, es conocido entre los vecinos y vecinas de Orcasitas con la expresión “del barro al barrio” (Asociación de Vecinos de Orcasitas, 1986). El podcast *En las Encrucijadas* (Prieto, 2015, octubre 27) dedicó uno de sus programas a repasar junto a Félix López-Rey, integrante del movimiento vecinal, la historia de este barrio. Se dibuja un recorrido de Orcasitas desde su origen en el *barro*, como parte del “cinturón de la miseria” de la periferia de Madrid, pasando por el surgimiento de la Asociación de Vecinos durante el franquismo, hasta las conquistas vecinales durante los setenta y ochenta. El movimiento del poblado de Orcasitas actuó como punta de lanza al conseguir el compromiso del ministro Garrigues Walker de construir nuevas viviendas, lo que se terminó ampliando a más barrios dando lugar al Plan de Remodelación de Barrios. Entre otras cosas, consiguieron que vecinos y vecinas pudieran participar y tomar decisiones en los procesos de rediseño de sus casas y calles.

entró con fuerza en las periferias¹⁷ y generó una espiral de sufrimiento social que trajo consigo un cambio en el imaginario. La calle y el espacio público comenzaron a asociarse con el miedo y la inseguridad. Apareció en los barrios y en todas las familias la figura del *yonki* y del *kinki*, y se puso en marcha un proceso de estigmatización de los jóvenes de barrio obrero —en el que, por cierto, los medios de comunicación y la industria del cine tuvieron un rol importante¹⁸—. Como explica Sergio García (2012), la crisis de los años setenta y ochenta, con el aumento de la pobreza y con la violencia generada por la heroína, reforzó la imagen de estos barrios como lugares peligrosos y *culpables*.

En los años noventa la población de las periferias era la mano de obra de un mercado de trabajo cada vez más terciario y desregulado, y sufría las políticas neoliberales de un Estado ya integrado en la Unión Europea (López y Rodríguez, 2010; López Calle, Alas-Pumariño y Fernández Gómez, 2019). Sobre estas bases precarias se reactivó el mercado financiero e inmobiliario y con la burbuja surgieron bloques nuevos en las periferias e incluso barrios enteros como los PAU. La revalorización del tejido inmobiliario y el impulso a la financiarización de las economías domésticas mediante el endeudamiento animaron a las familias, en función de su capacidad económica, a realizar obras de mejora en su vivienda y en sus comunidades, a poner su piso en alquiler y lanzarse a la compra de una segunda casa o a convertirse en nuevos propietarios. Las personas migrantes —esta vez internacionales— que llegaban a la ciudad para emplearse en los puestos de trabajo más precarios se instalaron en las viviendas libres que iban quedando en los barrios (Ávila et al., 2015; Carabancheleando, 2017), fruto del envejecimiento de los primeros pobladores y de los procesos de movilidad social entre algunas fracciones de la clase trabajadora.

Como explican Débora Ávila y Sergio García (2015a), las políticas neoliberales intervienen en este contexto para fomentar, mediante la privatización de los recursos y la precarización de la vida, un marco que introduce el principio de escasez en lo social, y con ello dinámicas de rivalidad, competencia e inclusión diferencial de la población. Se construye así un sistema de jerarquías en los barrios obreros que realiza una división entre por un lado, los grupos que son señalados por sus prácticas y por su identidad —

¹⁷ Aunque la heroína recorrió todas las clases sociales, las dimensiones del fenómeno y sus consecuencias fueron más graves para los jóvenes de clase trabajadora y su entorno social (Gamella, 1997). Se estima que en 1984 en España había 125.000 personas heroínómanas. El 80% eran hombres jóvenes de los barrios de rentas bajas y con nivel de estudios medios-básicos (Carmona y Rodríguez, 2007). La etnografía de Juan F. Gamella (2001 [1990]) ofrece, a través del relato de vida de un joven de barrio, un análisis del contexto social, económico y familiar de las periferias de Madrid y las consecuencias de la droga en las trayectorias colectivas e individuales.

¹⁸ El *cine kinki* generó famosas representaciones sobre estos jóvenes y sus barrios con películas como *La Estanquera de Vallecas*, *Navajeros*, *Deprisa Deprisa* o *El Pico*. Si bien ofrecían un retrato de los barrios en el que muchos y muchas habitantes de la periferia podían verse identificados, generaron una imagen algo mítica y heroica de estos jóvenes y su relación con la droga. El cliché de joven maldito, marginal, delincuente pero al mismo tiempo arrogante, libre y que desafía el poder, es un estereotipo descafeinado que no coincidía del todo con la realidad. Se desterraba de estos relatos los aspectos más duros, relacionados con la pobreza, la desigualdad estructural, la soledad y el aislamiento —primero mediante el distanciamiento con la familia y después con los amigos—, la marginación e incluso la continuidad sociológica entre el barrio y la cárcel. Por su parte, los medios de comunicación estigmatizaban a los jóvenes de la clase trabajadora retratándolos como vagos y delincuentes. Utilizaron también a los actores protagonistas de muchas de estas películas para encarnar en ellos este estereotipo. Una de las escenas que mejor muestra el desprecio y el clasismo con el que se trataba a estos jóvenes es la entrevista que le hizo José María Iñigo a El Pirri, emitida en el año 1982 en Televisión Española.

fundamentalmente adolescentes, personas extranjeras, gitanas y pobres— y los “vecinos y vecinas de toda la vida” —personas mayores, payas y de origen español— que ostentan la legitimidad en los barrios y adquieren un rol victimizado en muchas ocasiones (García, 2012; Ávila et al., 2015).

En la actualidad estos barrios obreros están caracterizados por su heterogeneidad urbana y sociocultural. Mientras que algunas zonas —las más próximas al centro y las que cuentan con suelo industrial barato— llevan varios años experimentando un proceso de revalorización y llegada de nuevos pobladores con más recursos, otras zonas permanecen abandonadas. Como describen Ávila et al. (2015): “del envejecimiento de muchos de sus vecinos a la «huida» de sus hijos; de la llegada de los migrantes al encierro de aquellos que no pudieron o no desearon salir del barrio” (p. 139).

II. Barrios guetificados

Mientras parte de la periferia obrera comenzaba a disfrutar de algunas conquistas sociales y mejoras en la calidad de vida, algunas zonas de esos barrios quedaron atrapadas en un círculo de marginación y estigmatización. El colectivo Carabancheleando (2017) explica cómo esta exclusión social y espacial está ligada a la intervención institucional y las distintas políticas de vivienda. El Plan de Remodelación y Realojamiento de Barrios que se implementó a principios de los ochenta, a la par que contribuyó a mejorar las condiciones de vida de algunos vecindarios generó concentraciones de pobreza localizadas en otros. Por ejemplo las torres de San Cristóbal de los Ángeles en Villaverde, Entrevías en Vallecas, Pan Bendito y el Camino Alto de San Isidro en Carabanchel, Caño Roto en Latina o El Ruedo en Moratalaz (Ávila et al., 2015). En estos realojos se trasladó a la población, mayoritariamente gitana, a las zonas con menos infraestructuras de los barrios, en un contexto que ya estaba caracterizado por la escasez de recursos y dotaciones públicas. Sin tener en cuenta las redes sociales organizadas en los poblados de origen y sin medidas complementarias que facilitarían el tejido de nuevas dinámicas de vecindad. Los habitantes que ya residían en estos barrios reaccionaron por lo general rechazando a sus nuevos vecinos, con sensación de abandono institucional y con el lema, repetido hasta la saciedad, de ser “los que siempre cargan con los problemas que nadie quiere”.

En estos barrios, habitados fundamentalmente por población gitana y paya empobrecida, las inversiones y las dotaciones públicas siempre han sido escasas y los ciclos alcistas y de crecimiento económico han impactado de refilón. Como recogen Débora Ávila et al. (2015), la expresión “aquí siempre hubo crisis” condensa en una frase las dinámicas de (re)producción de la pobreza y la desigualdad a las que están sometidas estas poblaciones.

La policía y los servicios sociales también están en el epicentro de estos procesos generando, como expresan Débora Ávila et al. (2015: 147), barrios sobre los que se acumulan intervenciones desde una óptica securitaria muy marcada por la contención. El efecto no es solo *controlar* a quienes se encuentran en el centro de estos dispositivos, sino también una ratificación de su peligro para las poblaciones vecinas. Por su parte, los medios de comunicación contribuyen a alimentar “la mala fama” y los estereotipos que recaen sobre estos vecindarios empobrecidos. El resultado de esta combinación de

factores es la hipervisibilidad que adquieren algunos barrios como por ejemplo Pan Bendito, cuyas connotaciones negativas han traspasado las fronteras del imaginario urbano de la capital y son conocidas en todo el territorio español.

Así, la (re)producción continua de unas condiciones de vida empobrecidas, fijadas a través del tiempo por políticas urbanas y de vivienda que se superponen, mantienen sistemáticamente a estos grupos de población alejados del acceso y los beneficios de los capitales culturales, sociales y económicos. Según Carabanchelenedo (2013a), esta producción de perifericidad que se perpetúa a sí misma podría explicar la situación actual de estos barrios deprimidos en contraposición a los barrios obreros que presentan mayor heterogeneidad y dinamismo.

Sin embargo, en ambos casos la vida discurre no solo a base de problemas, sino fundamentalmente a pesar de ellos. Como bien ha recogido Carabancheleando (2017) durante estos años de investigación colectiva, las periferias son espacios complejos y ambivalentes donde sus gentes protagonizan vidas duras y procesos de fragmentación, pero también desarrollan dinámicas comunitarias e identidades colectivas. En este sentido la identidad barrial, el orgullo de pertenecer a un barrio y a su historia, es seguramente una contrapartida a las dinámicas exclusión y estigmatización. Por su parte, las relaciones vecinales y las prácticas de apoyo mutuo, aunque amenazadas en tiempos neoliberales, son una forma de organizar la vida en los barrios cuando los recursos son escasos. Y también, por qué no decirlo, una forma de disfrutarla.

Introduzco aquí la cuarta periferia antes mencionada y que Carabancheleando (2017) denomina *periferia marginal*. En la literatura de estudios urbanos estos espacios suelen conceptualizarse como *periferia informal* o *ciudad informal* (Cravino, 2012; Bachiller, 2015) y recientemente algunas investigaciones en distintos territorios del estado Español los nombran como *espacios extremos*¹⁹ (Benach Rovira, 2021; Tapada-Berteli, 2021). Habitualmente se trata de poblados de autoconstrucción, al margen del planeamiento, que a modo de asentamientos móviles se levantan en los espacios intersticiales de la ciudad: entre vías de tren o autopistas a medio construir, en descampados y solares, cerca de vertederos, en zonas abandonadas, etc. Normalmente carecen de todo tipo de servicios como agua corriente, pavimento o alcantarillado por lo que la vida cotidiana se desarrolla en condiciones de pobreza extrema. Sus habitantes, la mayoría migrantes, suelen desarrollar trabajos informales relacionados con la recogida de chatarra, la venta ambulante o pidiendo dinero. Algunos ejemplos de esta periferia en la ciudad de Madrid son El Gallinero, algunos tramos de La Cañada Real o asentamientos ubicados en solares de barrios céntricos y periféricos.

Son espacios altamente estigmatizados, que se consideran peligrosos y que la gran mayoría de habitantes de Madrid no han pisado jamás. La prensa solo se acuerda de ellos para nombrar el tráfico de drogas o las actividades delictivas, estableciendo una continuidad entre la degradación física del espacio y la supuesta degradación moral y cultural de sus habitantes (Monreal, 2014). Por su parte la administración está más bien

¹⁹ El concepto, tal y como lo enuncian Teresa Tapada-Berteli (2021) y Nuria Benach (2021) tiene la potencialidad de señalar que estos espacios, ubicados en las fronteras materiales, sociales y espaciales, son parte constitutiva, y en este sentido necesaria, de la ciudad capitalista.

ausente y suele intervenir solo cuando existe un renovado interés por los terrenos sobre los que se asientan estos poblados.

III. *Periferia neoliberal*

Esta periferia, la más reciente, surge durante el ciclo financiero-inmobiliario 1995-2007. Las distintas modificaciones de los Planes Generales de Ordenación Urbana y también de la Ley de Suelo fueron generando un marco cada vez más propicio para la liberalización de terrenos y la construcción de grandes complejos inmobiliarios. A través de una expansión de la mancha urbana se producen una *nuevas periferias urbanas* que agotan prácticamente el suelo vacante de los municipios. El colectivo Carabanchelendo (2013a, 2017) denomina a estos espacios *periferia neoliberal*, la geógrafa Dolores Brandis (2014) *periferia inmobiliaria* y aunque la arquitecta Isabel Arteaga (2005) no se refiera específicamente a ellos, sino a una dinámica urbana vinculada con la globalización capitalista, podemos incluirlos dentro de lo que denomina *periferia dispersa*.

En el caso de Madrid estas nuevas periferias se identifican fundamentalmente con los barrios de urbanizaciones conocidos como PAUs, 13 nuevos desarrollos —15 si contamos los dos de dedicación industrial— que se proyectaron en los límites del municipio entre 1992 y 1997, y que actualmente presentan distintos grados de finalización y ocupación. También formarían parte de estas periferias las zonas nuevas que se construyeron en los barrios durante el *boom* y que en su mayoría privilegiaron las urbanizaciones como la tipología residencial por excelencia.

Los PAU presentan una gran heterogeneidad entre ellos. Las principales diferencias se tejen sobre la brecha histórica que existe en la capital entre un noroeste con mayores rentas y un sureste empobrecido. Los nuevos desarrollos reproducen de nuevo esta distancia socioeconómica. Así, a los desarrollos del sur como el PAU de Carabanchel o el Ensanche de Vallecas se fueron a vivir muchos jóvenes que habían crecido en la periferia obrera.

En esta etnografía adopto la categoría de *periferias neoliberales* (Carabancheleando 2013a, 2017) porque recoge dos aspectos fundamentales de la producción del espacio en estos nuevos barrios —ambos vinculados con el *urbanismo neoliberal* (Theodore, Peck y Brenner, 2009)—. En primer lugar, se relaciona con el propio proceso que envolvió su planeamiento y su construcción: negocio inmobiliario, especulación del suelo, protagonismo de los agentes privados, promoción de la compra mediante endeudamiento, etc. En segundo lugar, el urbanismo de estos desarrollos y las políticas neoliberales que intervienen sobre ellos, privilegian unas relaciones sociales y unas prácticas cotidianas —manera o modos de habitar— que (re)producen los procesos de neoliberalización. El diseño de estos barrios genera un espacio fuertemente segregado entre urbanizaciones cerradas con servicios privados, vivienda de promoción pública sin servicios, un espacio público residual y unos servicios y equipamientos comunitarios que son escasos e insuficientes. Como veremos, se promueve así una expansión de la esfera privada y privatizada donde la célula familiar se convierte en la unidad a través de la cual se entablan relaciones en el barrio —sobre todo para las mujeres—, la urbanización el lugar por excelencia para la socialización, y una vida cotidiana marcada

por el trabajo, los desplazamientos en coche, la crianza, la *urba* y un tipo de consumo que no es de proximidad, ya que el tejido comercial en el PAU es casi inexistente.

En este capítulo me centro en las nuevas periferias que suponen los PAU para intentar explicar cómo se proyectaron, cómo fue su proceso de construcción y cuáles son las características fundamentales de su particular diseño urbano. Finalmente me detendré en el PAU de Carabanchel, el espacio en el que he desarrollado esta etnografía, para perfilar cómo es este barrio de urbanizaciones y quiénes viven en él. En las próximas páginas los tres tipos de periferias que he mencionado y que analíticamente se mostraban como espacios separados y fácilmente diferenciables, se entrelazarán en el relato dando lugar a relaciones sociales y urbanas mucho más complejas.

1.1. La construcción de los PAU y el urbanismo neoliberal de la burbuja

El *boom* inmobiliario generó una expansión del suelo urbanizable sin precedentes. Por todo el territorio el paisaje construido fue creciendo, a golpe de grúas en el horizonte, en forma de mancha de aceite. En Madrid una de las múltiples consecuencias de este proceso fue la transformación del territorio a través de la construcción de viviendas, zonas comerciales e infraestructuras. Un fenómeno que solo resultó posible a condición de realizar un importante trasvase de recursos públicos al sector privado y de mercantilizar bienes comunes urbanos.

El marco institucional elaborado por los sucesivos gobiernos estatales, autonómicos y municipales sustentó este modelo de crecimiento. Las políticas públicas y las modificaciones del marco legal y jurídico se articularon, entre otros elementos, sobre el incremento constante de la oferta de suelo urbanizable. Este principio de actuación se hace más que explícito con la Ley del Suelo de 1998 en cuya Exposición de Motivos se recoge lo siguiente:

Facilitar el aumento de la oferta de suelo, haciendo lo posible para que todo el suelo que todavía no ha sido incorporado al proceso urbano, en el que no concurren razones para su preservación, pueda considerarse susceptible de ser urbanizado. (...) [Se pretende] La búsqueda de una mayor flexibilidad que, de un lado, elimine los factores de rigidez que se han ido acumulando y, de otro, asegure a las administraciones públicas responsables de la política urbanística una mayor capacidad de adaptación a una coyuntura económica cambiante, en la que los ciclos de expansión y recesión se suceden con extraordinaria rapidez. (Ley 6/1998 citado por López, 2007: 216)

En este contexto podemos ubicar el surgimiento de las *nuevas periferias urbanas*, grandes desarrollos que se construyeron en los márgenes de las ciudades a finales de los noventa y principios de los dos mil. Su ejecución estuvo sometida a la lógica del mercado inmobiliario, en la mayoría de los casos a través de fórmulas de reclasificación, urbanización y construcción que favorecían a los agentes privados. En el caso de Madrid estas nuevas periferias se identifican fundamentalmente con los barrios conocidos como PAUs, por su gran dimensión y la envergadura de su construcción, aunque también se pueden incluir en ellas otros enclaves. Por un lado, encontramos los centros

empresariales y de ocio que se levantaron sobre el suelo periférico vacante²⁰. Y por otro, es posible rastrear cómo durante la burbuja la construcción en el terreno que quedaba vacante en las ciudades se hizo privilegiando el modelo urbano de *ciudad difusa o dispersa*, caracterizado por tipologías edificatorias de baja densidad y especialmente por los modelos de urbanización y urbanización cerrada (Monclús, 1998; Díaz Orueta, 2013). Además de las viviendas unifamiliares y los adosados, durante este periodo se difundió un formato de promoción de vivienda colectiva al estilo de gran manzana con un espacio libre al interior²¹. En unos casos estos edificios salpicaron de forma desordenada la ciudad y en otros se ubicaron en las zonas nuevas.

Algo que he podido observar durante los últimos años es que al explicar a otras personas cómo era el PAU de Carabanchel, o incluso cuando venían amigos y amigas a visitarme durante el trabajo de campo, la mayoría describía zonas de su barrio o ciudad que “se parecían a un PAU”. Algunas lo compararon con los barrios nuevos de ciudades más pequeñas como Guadalajara, Badajoz, Alicante, Valencia, Iruña o Santander. Otras con zonas de reciente construcción en municipios como Getafe, Parla y Alcorcón o en distritos de Madrid como Villaverde y Usera. Incluso los vecinos y vecinas de Nuevo Tres Cantos con los que hablé describían su barrio, que aún se encuentra en proceso de construcción, “como un PAU”. En todos los casos se describían calles más anchas y tipologías de baja densidad, sobre todo grandes urbanizaciones de ladrillo caravista cerradas sobre sí mismas y con espacios interiores.

El *boom* inmobiliario transformó la estructura socio-espacial de la ciudad y dejó como impronta a lo largo y ancho del territorio esta nueva tipología edificatoria que ya forma parte de nuestro paisaje urbano cotidiano. Se ha ido sumando a las construcciones que ya estaban ahí, fruto de otros modos anteriores de producción de la ciudad. Hay una forma relativamente sencilla de comprobar este fenómeno, incluso para ojos poco entrenados en urbanismo: al pasear por una ciudad, se puede jugar a adivinar qué edificios o qué barrios se construyeron durante los años de la burbuja. En la mayoría de ocasiones somos capaces de identificarlos gracias a ese aire de familiaridad que guardan entre ellos.

La dificultad para conceptualizar estas periferias neoliberales surge en primer lugar de su relativa heterogeneidad y dispersión, ya que pueden tratarse de nuevos barrios enteros, pequeñas áreas o incluso un conjunto de varias urbanizaciones. Y en segundo lugar de una cuestión más procedimental: resulta complicado rastrear estos espacios en la bibliografía existente porque los autores y autoras se refieren a ellos de distintas maneras y en la mayoría de ocasiones aparecen de forma secundaria en las

²⁰ Empresas como Unión Fenosa, Indra, Vodafone o BBVA tienen sus sedes centrales en municipios de la periferia madrileña como Alcobendas, San Sebastián de los Reyes, Tres Cantos, Boadilla del Monte o Pozuelo de Alarcón. Dos de los desarrollos más significativos son el centro de operaciones del Banco Santander en la carretera de Boadilla, una auténtica miniciudad de 100.000 metros cuadrados de oficinas con toda clase de servicios, en la que trabajan unas 35.000 personas (Rodríguez, 2007); y la sede de Telefónica que encuentra al lado del PAU de Las Tablas, donde acuden unos 14.000 trabajadores y trabajadoras.

²¹ Este nuevo modelo de promoción de vivienda colectiva es diferente al modelo de manzana colmatada por la edificación característico del Ensanche decimonónico. Se han tomado así algunos elementos de la ciudad clásica pero no su modo de producción, su esquema de usos ni su intensidad edificatoria (Calvo López, García Pérez, Molina Costa, Rieznik Lamana y Sánchez Moya, 2007). Si el modelo anterior se enmarcaba en la estructura de ciudad compacta, el actual se define por la baja densidad y consumo intensivo del suelo.

investigaciones. He podido encontrar análisis parciales sobre estas nuevas periferias, aunque no fueran nombradas así, en trabajos contextualizados en Valencia (Cucó, 2013), en el municipio madrileño de Coslada (López Calle, Alas-Pumariño y Fernández Gómez, 2019) o en reflexiones más generales sobre los procesos de transformación urbanos generados por el *boom* inmobiliario (Díaz Orueta, 2013).

Aunque existan multiplicidad de espacios urbanos que podemos englobar en la categoría *nuevas periferias* voy a centrarme en los PAU de Madrid, por tratarse de una intervención de grandes dimensiones al contemplar la realización de 15 nuevos desarrollos y por la relativa novedad en términos urbanísticos y sociales que estos barrios proponen. Su ejecución es uno de los mayores exponentes del modelo de urbanismo neoliberal en la ciudad de Madrid.

Mapa 2. Programas de Actuación Urbanística en Madrid



Fuente: Gutiérrez Cueli, Prieto Serrano y Requena-i-Mora (En prensa)

El planeamiento y la construcción de los PAU puede explicarse de forma sintética a través de cuatro etapas o procesos que comienzan con el Plan General de Ordenación Urbana de 1985 (PGOU), en lo que se ha conocido como *urbanismo de la transición* (López de Lucio, Ardura, Bataller y Tejera, 2016). En primer lugar, cuando el crecimiento de la ciudad de Madrid se encontraba más o menos detenido, el gobierno municipal opta con el Plan del 1985 por concentrarse en el reequipamiento y la recualificación de sus espacios centrales y de borde. Para albergar el desarrollo previsto en los próximos años también se plantea terminar de construir los bordes inacabados de la ciudad con actuaciones en suelo urbanizable programado, haciendo uso de la figura de Planes de Actuación Urbanística. Inicialmente estos planes, además de contar con una capacidad residencial mucho menor de la que terminó siendo, estaban destinados a obtener suelo abundante para equipamientos y servicios públicos a cambio de operaciones residenciales (Roch, 2004).

Sin embargo, en un segundo momento, comienzan a aparecer discrepancias a este urbanismo de consolidación más que de extensión y en el mismo año el gobierno socialista pone en marcha el llamado *Decreto Boyer* (Decreto Ley 2/1985), que contradice algunas de las medidas fijadas en el plan que se acababa de aprobar. Este decreto estaba encaminado en última instancia a relanzar el mercado de la construcción de viviendas como un sector estratégico, impulsando una vez más la compra frente al alquiler²². Esta reforma actuó como un catalizador del posterior *boom* inmobiliario en la región junto al Plan de Mejora del Transporte para las Grandes Ciudades aprobado unos años más tarde. Este último, más conocido como el *Plan Felipe*, sirvió para desarrollar de forma prioritaria y con fondos europeos las cercanías metropolitanas (Brandis, 2014). Vías como la M-40 y la M-50 se convertirían en el almacén de los desarrollos inmobiliarios posteriores en las periferias de la ciudad.

El tercer proceso se inicia en 1991 cuando el Partido Popular (PP) gana las elecciones municipales y emprende una revisión del planeamiento para establecer nuevas claves urbanísticas. Contrariamente a la lógica del Plan del 85, la estrategia consistió en movilizar de una forma rápida y masiva suelo urbanizable, provocando una expulsión de la población hacia las periferias por el encarecimiento de la vivienda. Es así como se ponen en marcha a partir de 1992 los primeros seis PAU tramitados como modificaciones puntuales del PGOU vigente: Arroyo del Fresno, Montecarmelo, Las Tablas, Sanchinarro y Carabanchel —en suelo reclasificado como urbanizable incorporado— y el Ensanche de Vallecas —como urbanizable programado— (Brandis, 2014). Se trata de una de las mayores intervenciones urbanísticas al margen de lo planeado, con la pretensión de levantar más de 78 mil viviendas sobre más de 2.000 ha de suelo urbanizable no programado, eliminando en consecuencia las reservas forestales que incluía el PGOU (op. cit.).

Por último, este proceso se refuerza en 1996 con el Plan Regional de Estrategia Territorial impulsado por el gobierno autonómico, también del PP, que contribuye a la acumulación inmobiliaria invirtiendo sobre todo en infraestructuras. Y se apuntala con el PGOU de Madrid aprobado en 1997. Bajo este nuevo marco se incluye en el mercado todavía más superficie de suelo llegando al límite de la capacidad física del término municipal. Se pone en marcha otra clasificación masiva de suelo no urbanizable protegido por el anterior plan con el objetivo de levantar en 5.000 ha más de 100 mil viviendas en siete nuevas actuaciones (Brandis, 2014). Nace así el segundo grupo de PAUs: el Ensanche de Barajas, El Cañaveral, Los Cerros, Los Ahijones, Los Berrocales

²² Fernando Roch (2004), establece una comparación entre este decreto y la política de Roosevelt tras la Gran Depresión: “sigue una vieja tradición que tiene uno de sus altares en la política de Roosevelt para remontar la Gran Depresión que, entre otras cosas, situaba la industria de la construcción como un importante motor del despegue económico (*Wagner housing act* de 1937), movilizando la rentas de las clases medias para construir el gran suburbio americano. En esa misma línea, Boyer ofrecía medidas fiscales muy generosas, incluso para la segunda vivienda, para que el ahorro familiar de esas familias con capacidad de acumulación alimentara el sector inmobiliario, que a su vez arrastraría el amplio universo productivo que gira en torno a la vivienda y su equipamiento” (p. 88). En el caso americano las administraciones públicas colaboraron con el sistema financiero y las empresas inmobiliarias para dinamizar la economía. El gobierno federal estimuló la construcción de viviendas y el acceso a la propiedad de los hogares de la población —fundamentalmente blanca—. Para ello se avalaba con fondos públicos la contratación de hipotecas que, con un pago inicial inferior, permitían planes de financiamiento más prolongados (Sorando y Ardura, 2016).

y Valdecarros —en suelo urbanizable programado— y Vadebebas —como urbanizable no programado—. A estos siete desarrollos residenciales hay que añadir dos más de carácter industrial, La Atalayuela y La Dehesa (Ayuntamiento de Madrid, 2006). Mientras que los primeros PAU de 1992 se proyectan junto a la M-40, estos últimos lo hacen sobre la orbital M-50 y la M-45.

De este modo nacieron unos nuevos desarrollos, casi exclusivamente residenciales, desmesurados en superficie y en número de viviendas. Aunque como veremos la crisis frustró el desarrollo y la finalización de muchos de ellos, la previsión inicial contemplaba unas 200.000 viviendas para albergar aproximadamente a 600.000 nuevos habitantes (Calvo López et al., 2007).

Los PAU son un ejemplo paradigmático de urbanismo y gobernanza neoliberal. Se engloban dentro de la tendencia al abandono del planeamiento regulador para abrazar el urbanismo de proyectos, caracterizado por las visiones parciales de la ciudad, la búsqueda de una rápida acumulación de plusvalías y las actuaciones fragmentadas en el marco de un modelo de acumulación flexible (Sainz Gutiérrez, 2006; Abramo, 2012; Cucó, 2013). El proyecto de estas nuevas periferias conecta con la voluntad de generar una rápida y fácil acumulación de capitales para las entidades privadas y un mejor posicionamiento de la ciudad en los circuitos internacionales de competitividad. De hecho, su diseño institucional coincidió en el tiempo con los intereses de dos grupos. Por un lado, con el gobierno municipal popular que necesitaba grandes cantidades de dinero para hacer frente al *Plan Felipe* y pagar las expropiaciones de la M-40. Y por otro, con las grandes empresas constructoras que tras haber terminado las obras del AVE, las Olimpiadas y la Expo 92 necesitaban nuevos nichos de mercado (Leguina, 2004).

El Ayuntamiento promocionó estos nuevos barrios como una oferta asequible y de calidad para la población joven dentro del municipio de Madrid, para esas *nuevas clases medias* que se fraguaban al calor del ciclo de la burbuja. Sin embargo, la construcción de estas miles de viviendas no respondía a un interés social por garantizar el derecho a la vivienda de la población joven, sino a los intereses privados de promotores, constructoras, pequeños y grandes inversores e incluso del propio Ayuntamiento²³. Esto se explica a través de varios procesos interrelacionados.

Los PAU siguieron la larga trayectoria de políticas de vivienda que privilegian la construcción frente a la rehabilitación, la vivienda como inversión frente a la vivienda

²³ Este funcionamiento se observa con claridad en el caso del desarrollo de Valdebebas. En él se ubican dos megaproyectos, la Ciudad deportiva del Real Madrid y el inconcluso Campus de la Justicia. En el año 2000 Florentino Pérez, candidato a la presidencia del Real Madrid, incluye en su programa electoral la construcción de una ciudad deportiva en Valdebebas y también la negociación con el Ayuntamiento para modificar la calificación urbanística de las antiguas instalaciones deportivas de la Castellana. Un año más tarde se firma el traslado de la ciudad deportiva y el acuerdo para construir en los terrenos de la Castellana las Cuatro Torres. Según recoge Dolores Brandis (2014), el desarrollo de Valdebebas tuvo la tramitación urbanística más rápida de la historia, algo que solamente puede entenderse a la luz de las negociaciones entre Florentino Pérez y el ayuntamiento para construir la nueva Ciudad del Real Madrid. Por otro lado, el Campus de la Justicia pretendía agrupar todos los órganos judiciales con sede en Madrid en un mismo entorno. Bajo el mandato de Esperanza Aguirre, este proyecto suponía la construcción de un lugar emblemático que contribuyera a situar la ciudad en los circuitos urbanos de competitividad internacional. Para ello se contaba con un innovador diseño arquitectónico —todos los edificios tendrían formas circulares— y con la participación de diferentes arquitectos del panorama internacional. El complejo, ubicado en Valdebebas debía contar con 14 edificios, con un coste total de 500 millones de euros. En 2014 la Comunidad de Madrid anunció la liquidación de la sociedad encargada de gestionar el proyecto dejando las obras a medio construir y unas pérdidas millonarias (Belver, 2018, abril 19).

como bien de uso —y como un derecho fundamental—, la vivienda libre frente a la vivienda social y la tenencia en propiedad frente al régimen de alquiler. Además, estas nuevas periferias, en tanto que grandes bolsas de vivienda nueva, contribuyeron a la inflación del mercado inmobiliario durante la burbuja. Resulta evidente que, en este contexto, cuanto mayor es el volumen construido más difícil resulta el acceso a la vivienda porque el precio aumenta a través de un continuo proceso especulativo. Por tanto, a lo que contribuyeron los PAU fue al endeudamiento de la población que pudo acceder a la compra y también a la generación de una gran masa de familias que quedaron de nuevo excluidas de este bien o en una situación de gran inestabilidad económica y habitacional. Que los PAU no vinieron a garantizar el acceso a la vivienda para la población que lo necesitaba y que el negocio se encontraba en la construcción y en el alza de los precios, quedó patente con el estallido de la burbuja. La ola de desahucios volvió a dejar a mucha población sin casa y los PAU se caracterizaron por albergar grandes bolsas de vivienda vacía (Calvo López et al., 2007; Brandis, 2014).

Además, el desarrollo de los PAU se encomendó fundamentalmente a la iniciativa privada. Esto fue posible, entre otras cosas, gracias a un cambio en el sistema de gestión de los crecimientos residenciales en la región de Madrid. Para agilizar la construcción de unos barrios de tales dimensiones resultaba imprescindible acelerar los plazos y gestiones urbanísticas y facilitar la acción de los diferentes agentes económicos. Se fijaron entonces unas horquillas de edificabilidad y se otorgó a los propietarios una gran libertad para el diseño de los planes parciales, en detrimento de la acción de la administración en la definición de las directrices del planeamiento, que quedó totalmente limitada (Brandis, 2014; López de Lucio et al., 2016). Así, en 1992 el gobierno popular de la Comunidad de Madrid cambió el mecanismo de gestión de un sistema de consorcio²⁴ a uno de compensación:

Este sistema permite al ayuntamiento evitar el proceso de expropiación del suelo, los concursos y las subastas para la adjudicación de los terrenos. Faculta a los propietarios del suelo a intervenir directamente en la creación de los nuevos barrios y se reduce, en consecuencia el papel de la administración. Para hacer viable la gestión por compensación, solicitada por los dueños de al menos el 60 por ciento de la superficie del ámbito, los representantes de los propietarios deben formalizar un convenio con el ayuntamiento tras haber negociado las cesiones lucrativas, el reparto de los costes de los sistemas generales, el coste de los realojos e indemnizaciones y la localización de las parcelas de vivienda protegida. (Brandis, 2014: 177)

Según me explicó Pedro Casas, miembro de la Asociación de Vecinos de Carabanchel Alto, en el PAU de Carabanchel se formaron tres juntas de compensación: la uno, que englobaba los terrenos más orientales del desarrollo; la dos, en el área central y la tres, en el extremo occidental. En estas juntas el poder y los votos se repartieron en función de los metros cuadrados que aportaba cada propietario, propiciando que los mayores tenedores fueran quienes de facto tuvieran el poder para, por ejemplo, presionar a los pequeños a vender sus terrenos. Además, como recoge el colectivo Carabancheleando (2014), antes de la constitución de las juntas hubo intercambios y compraventa de terrenos por parte de grandes propietarios que contaban con información privilegiada.

²⁴ Desde 1987 el sistema vigente en la Comunidad de Madrid era el de consorcio urbanístico. Con este instrumento la iniciativa era pública y el sistema de actuación se realizaba por expropiación. Su funcionamiento era el siguiente: “El ayuntamiento expropia el suelo a precio convenido y luego lo vende a promotores a un precio político que no admite mejoras al alza, o bien respeta las parcelas de los particulares, pero imponiéndoles los plazos y las condiciones para construir” (Brandis, 2014: 176-177). Con este sistema la administración tenía un mayor control público del planeamiento.

Esto último no constituye un hecho aislado, sino más bien una práctica especulativa relativamente común durante el ciclo. Quienes compraron suelo periférico al inicio de la década de los noventa se llevaron el mayor beneficio con la revalorización posterior de los terrenos. Ya en plena burbuja, entre 1996 y 2002, se registraron subidas desde 400 a más de 600 por ciento en los diferentes PAUs (Brandis, 2014).

En Carabanchel uno de los procesos de especulación con el suelo estuvo protagonizado por la fundación religiosa Instituto San José, propietaria de unos terrenos en el PAU donde se ubica un centro hospitalario concertado con la sanidad pública. Al lado se encuentra un gran pinar, el Pinar de San José, que plantaron los curas a principios del siglo XX. Según me contaba Pedro, cuando se puso en marcha el planeamiento del PAU la fundación aportó ese pinar, una finca de 270.000 metros cuadrados. En lugar de valorarse como una zona verde pública se consideró un aprovechamiento del nuevo desarrollo. Esto les reportó un gran beneficio económico y además, como eran los que más terreno aportaban, su representante fue el presidente de esa junta de compensación.

El sistema de gestión por compensación también permitió que en los PAU se retuviera suelo sin edificar hasta que el mercado ofreciera a los promotores precios suficientemente ventajosos. Como recoge Carabancheleando (2014), en la comercialización de las viviendas de una misma urbanización los primeros pisos se vendieron sobre 160.000€ y los últimos, de las mismas características, por encima de los 400.000€. Además, contrariamente a lo que se argumentaba, el sistema de compensación fue una de las causas de la lenta tramitación de los desarrollos, demorándose durante varios años el tiempo entre la aprobación de los planes parciales y la de los proyectos de urbanización.

En el caso de Carabanchel, a esta demora generalizada se le sumó otro periodo de espera final, cuando en el año 2004 muchas de las viviendas ya estaban construidas pero el ayuntamiento no terminaba de otorgar las licencias de ocupación. Según relatan muchos vecinos y vecinas, la situación por aquel entonces era insostenible: la mayoría estaba asumiendo el alquiler de otra vivienda o residiendo en casa de sus padres y al mismo tiempo pagando la hipoteca de un piso nuevo al que no podían acceder. En algunos casos como el de Ana y Laura la entrega de las viviendas llegó a demorarse 10 años. Esto supone que la mayor parte de los vecinos y vecinas del PAU empezaron a comprar su piso cuando iniciaban la veintena y entraron a vivir en él en la treintena. Incluso, como me contaron Laura y Ruth en sus entrevistas, hubo muchas parejas que se separaron en ese periodo de tiempo.

Durante este tiempo de espera los futuros habitantes del barrio empezaron a ponerse en contacto a través de una plataforma *online* llamada Foro Nuevos Vecinos, que todavía sigue en activo²⁵. Como me contaba Pedro, de la Asociación de Vecinos, en el

²⁵ Se trata de un foro *online* que tiene como objetivo poner en contacto a vecinos y vecinas de un mismo barrio. Para participar es necesario registrarse y vincularse con alguna zona o barrio. Dentro del apartado del PAU de Carabanchel existen multitud de “hilos” de debate, algunos versan sobre temas generales del barrio o sobre acontecimientos sucedidos —sobre el centro comercial, sobre robos en trasteros, opiniones sobre qué colegio es mejor, etc.—, y otros sobre urbanizaciones concretas donde los vecinos y vecinas de esa parcela pueden comunicarse. Esta plataforma que sigue en activo se utilizó en los inicios del barrio, cuando aún no estaban entregadas las viviendas, como un medio de comunicación entre los futuros habitantes.

año 2004 algunas de estas personas se pusieron en contacto con la Asociación para transmitirles su malestar por el retraso en la entrega de las viviendas y los continuos problemas de gestión ocasionados por los promotores y las juntas de compensación. La Asociación les facilitó un local donde convocaron una asamblea y en febrero de ese mismo año se organizó una gran manifestación en los terrenos del PAU.

El 8 de febrero de 2004, me acuerdo la fecha, se organizó, organizamos nosotros una manifestación en los terrenos donde estaba... Sin pedir permiso ni nada, porque claro tú no podías manifestarte en una zona donde está prohibido el acceso. Y bueno, 2.000 personas se juntaron aquí y tuvo mucha repercusión, y fue una clave para desbloquear el tema. La Asociación de Vecinos ayudó, o sea como era una cosa no legal porque no podías pedir permiso, pues no figuraba nadie oficialmente, pero la Asociación de Vecinos pues arropó: llevó los megáfonos, estuvimos con ellos y llegó la policía, identificaron a algunos, estuvimos ahí “que no, que no sé qué”. [...] Con lo cual hay que decir que de alguna manera, curiosamente, el PAU digamos tuvo un movimiento vecinal antes de ocuparse. Un movimiento vecinal importante, fueron 2.000 personas las que, vamos, una cosa espectacular. [...] Ahí se creó una cosa que se llamaba Plataforma PAU de Carabanchel. Entonces los que empezaron, digamos la gente un poco más activa y todo, pues quisieron crear Plataforma PAU de Carabanchel. (Entrevista con Pedro, Asociación de Vecinos de Carabanchel Alto, febrero de 2019)

A raíz de esta movilización se formó la Plataforma PAU de Carabanchel, integrada por futuros vecinos y vecinas del nuevo barrio. A través de ella se convocaron, además de la manifestación, varias acampadas en los terrenos del PAU. La Plataforma comenzó a publicar un boletín informativo digital que se enviaba por correo electrónico y del que también se imprimían algunas copias en la sede de la Asociación de Vecinos²⁶. En los boletines del año 2004 se recogen los principales problemas que presentaba el PAU en aquel momento. Ponían de manifiesto que el bloqueo de las obras tenía el claro objetivo de “presionar a los propietarios y así justificar el incremento del precio de la vivienda”. Los pisos de protección también sufrieron sobrepuestos ya que durante los años de espera la Comunidad de Madrid subió hasta en cuatro ocasiones el precio del módulo de edificación al que estaban referenciados. Además, los boletines denunciaban cómo las juntas de compensación no estaban asumiendo el mantenimiento de los viarios durante las obras ni tampoco la urbanización de determinadas zonas que les correspondían. Esto sucedió, por ejemplo, con el parque Manolito Gafotas, un parque lineal que debía discurrir paralelo a la M-40, y que en la actualidad continúa siendo un descampado porque la Unidad de Ejecución correspondiente eludió su responsabilidad y lo dejó sin urbanizar.

Otros dos elementos que muestran el protagonismo de la iniciativa privada en estos desarrollos son, por un lado, el papel central que jugaron las cooperativas de vivienda y por otro, el proceso de construcción y gestión posterior de la vivienda pública en los PAU.

En primer lugar, las gestoras de cooperativas fueron una pieza clave en la urbanización de los PAU. Las cooperativas de vivienda —reguladas por la Ley 27/1999— son sociedades promotoras que tienen como objetivo proporcionar a sus socios viviendas, locales y otros bienes inmuebles, adquiriendo suelo para construir y urbanizarlo. Al menos en el caso de los PAU, la mayoría de ellas enmascaraban promotoras convencionales: en la práctica implicaba que sus futuros habitantes se convertían en

²⁶ Estoy muy agradecida a Pedro Casas (Asociación de Vecinos de Carabanchel Alto) por darme a conocer este boletín y por compartir conmigo algunos de sus ejemplares. Gracias a él descubrí una parte de la intrahistoria del PAU que hasta entonces era desconocida para mí.

promotores, dando lugar con frecuencia a “falsas” cooperativas cuya función no era más que desplazar el riesgo de la promotora inmobiliaria a los compradores y compradoras (Gutiérrez Cueli, Prieto Serrano y Requena-i-Mora, En prensa). Cuestiones como las subidas de precio, por ejemplo, repercutieron directamente en los futuros propietarios de la vivienda. Esta individualización y desplazamiento de la responsabilidad hacia los compradores se hizo patente cuando al llegar la crisis muchos cooperativistas quedaron en una situación de desamparo. Las promociones no se terminaban de construir, la gente llevaba pagando desde el momento en el que proyectaron los barrios y no podían disolver la cooperativa porque eso suponía recuperar un porcentaje mínimo de lo desembolsado. Dolores Brandis (2014: 179) recoge esta experiencia de angustia y ahogo económico de algunos cooperativistas en el PAU de Arroyo del Fresno:

En el PAU de Arroyo del Fresno hay cooperativistas que han pagado una media entre 66.000 y 180.000 euros, y afrontan desembolsos mensuales, en algún caso, de 900 euros. Solo en concepto de intereses por el crédito obtenido para la compra del suelo; otros abandonaron la cooperativa al resultarles imposible tener que afrontar al mismo tiempo el desembolso de un alquiler y la cuota de la cooperativa.

En la misma línea, Ruth, vecina del PAU de Carabanchel, me explicaba la desesperación que vivió Manuel, su pareja, cuando compró el piso en el que ahora residen. La construcción de la urbanización se retrasaba, había pagado sobre plano — “pagó sobre nada”, me decía ella— y existía la posibilidad de que fuera un timo. Estos compradores y compradoras compartían la sensación de estar atrapados en una especie de huida hacia delante en la que la única posibilidad, para no perder el dinero ya invertido, era seguir pagando. Algo que pone de relieve hasta qué punto estas cooperativas generaban una traslación del riesgo y la responsabilidad hacia los compradores. Mientras tanto, la gente tuvo que desarrollar todo tipo de estrategias para continuar afrontando los pagos y procurarse un lugar en el que residir. Los que pudieron también se lanzaron a segundas opciones de compra. Manuel, que compró la vivienda con su pareja de aquel entonces, durante el proceso de espera compró otra vivienda más con esta persona de la que se terminó separando antes de la entrega del primer piso:

Manu lo compró con su anterior pareja y les dio tiempo a comprarse otra casa entre medias y a separarse, y luego ya les dieron... O sea, tardaron, me parece que se retrasaron 5 años en la entrega de llaves. Claro, Manu estaba desquiciado porque pagó sobre nada, sobre plano. Y estuvo moviendo, tiene un primo que es abogado y lo estuvo mirando con él, de “¿oye, esto puede ser un timo?”. Y le dijeron “pues si en algún momento te dicen que no va para adelante pues dinero perdido”. Luego tuvo suerte y sí que salió para adelante, pero 5 años, o sea que es un poco desquiciante. Y yo cuando me lo contaba, digo madre mía, no sé... O sea lo que hizo al final, pues eso, comprar otra vivienda que luego la vendió entre medias y cuando le dieron la llave venirse para acá. (Entrevista a Ruth, junio de 2019)

En segundo lugar, la construcción de vivienda pública en los PAU y el proceso que muchas de estas viviendas y sus habitantes han experimentado posteriormente desvelan una historia en la que la vivienda pública y protegida se ha utilizado como un vía privilegiada de acumulación de capitales.

Las viviendas protegidas actuaron desde el inicio como una contrapartida, algo molesta, para poder construir y legitimar los productos inmobiliarios más rentables —Vivienda

Libre (VL) y Vivienda de Precio Tasado (VPT)²⁷—. Desde el comienzo, se fue reduciendo progresivamente el porcentaje de Vivienda de Protección Oficial (VPO) asignado a los PAU, que en el PGOU de 1985 era de un 75%, a favor de esos otros productos de mayor rentabilidad económica (Calvo López et al., 2007). Además, el Ayuntamiento popular y las empresas constructoras llegaron a un acuerdo con arreglo al cual se comprometían a urbanizar el suelo cobrando “en especie”: “La fórmula empleada partía del principio según el cual el precio del suelo se cubre con la edificabilidad destinada a actividades productivas y vivienda libre, los urbanizadores obtienen la vivienda de precio tasado [el producto mejor situado para una fácil y rentable colocación en el mercado] y el ayuntamiento se queda con las viviendas de VPO [...] en una proporción escasamente superior a la que le correspondería por una cesión obligatoria de aprovechamiento lucrativo” (Leguina, 2004: 74). Esta fórmula resultaba adecuada también para las cooperativas que se encargaron de edificar muchas de las viviendas VPT.

Una gran cantidad de viviendas públicas, sobre todo de la Empresa Municipal de Vivienda y Suelo (EMVS), sirvieron además como laboratorio de experimentación arquitectónica para promocionar arquitectos y para situar a la ciudad de Madrid en los circuitos de competitividad internacional. En 2013 la historia de estas promociones se complejizó aún más cuando el Instituto de Vivienda de Madrid (IVIMA) a nivel regional y la EMVS a nivel municipal vendieron casi 5.000 viviendas a los fondos de inversión internacionales, abandonando a su suerte a los habitantes de las viviendas sociales y ejecutando una operación necesaria para el inicio de un ciclo de especulación inmobiliaria (Gil, 2020). El proceso por el que han atravesado las viviendas públicas de los PAU desde el planeamiento de los barrios hasta la actualidad está unido por un hilo común: el uso de la vivienda pública como una vía de acumulación disponible en cada coyuntura económica e inmobiliaria. En cada etapa del proceso ha funcionado a modo de comodín para beneficiar al sector privado.

Las nuevas periferias que inauguran los PAU en Madrid pueden considerarse por tanto un producto urbanístico diseñado por y para el negocio inmobiliario. Sin embargo, en 2007 la crisis marcó el fin del ciclo de acumulación financiero-inmobiliario de la burbuja y con él la paralización de muchas construcciones que estaban en marcha. El paisaje urbano antes caracterizado por un bosque de grúas se fue llenando de esqueletos de edificios, carreteras y rotondas que no conducían a ningún lugar, cimientos al aire libre, edificaciones fantasma y solares vallados —eso que en algún lugar bautizaron como *cadáveres inmobiliarios*²⁸—. Como era de esperar, el desarrollo urbanístico de los PAU también se vio afectado. Como la aprobación de los proyectos se hizo en distintos años y las velocidades de urbanización fueron muy desiguales, el resultado fue un panorama muy heterogéneo entre los diferentes barrios, especialmente entre los que se planificaron en 1992 y los de 1997. En la actualidad existe una gran diversidad en lo que a finalización de la construcción, dotación y ocupación del parque de viviendas se refiere.

²⁷ Actualmente la Vivienda de Precio Tasado (VPT) se denomina Vivienda de Protección Pública de Precio Limitado (VPPL).

²⁸ *Cadáveres inmobiliarios* fue una iniciativa para elaborar una base de datos colaborativa con el objetivo de localizar y documentar proyectos arquitectónicos y desarrollos urbanísticos inacabados o vacíos tras el estallido de la burbuja inmobiliaria en 2007. Más información en: <http://cadaveresinmobiliarios.org>

De las más de 200.000 viviendas previstas, en 2014 estaban construidas menos de 80.000 y no todas con licencia de ocupación (Brandis, 2014). Los primeros PAU se urbanizaron en su totalidad aunque existen diferencias entre ellos. Mientras que, por ejemplo, el de Carabanchel está finalizado, en la actualidad los desarrollos de Arroyo del Fresno y el Ensanche de Vallecas son los menos consolidados. En este último abunda el espacio vacante, los solares vacíos y sin urbanizar, y las dotaciones existentes, además de insuficientes para el volumen de población, son menos de las que estaban previstas —algo que lleva reivindicando desde hace años la Asociación de Vecinos PAU del Ensanche de Vallecas—. Es importante señalar que incluso los desarrollos más terminados como el de Carabanchel o Sanchinarro también se vieron en cierta medida frustrados con la llegada de la crisis. En mitad de los barrios han quedado huellas del ciclo de la burbuja que ya forman parte del paisaje cotidiano: edificios y viviendas vacías que no se entregaron, promesas de dotaciones y equipamientos que jamás se cumplieron y solares vallados a modo de vestigios de obras que nunca llegaron a iniciarse. En el PAU de Carabanchel los solares y descampados que están ubicados en los límites sin urbanizar descansan a modo de cicatrices urbanas y reflejan con su fauna y flora silvestre el paso de las estaciones:

Giro a la izquierda por la calle Flautas. Es la primera vez que camino por esta zona. Administrativamente estoy en el distrito de Latina. Al costado derecho de la carretera se suceden unos cuantos solares vallados en los que crecen malas hierbas y plantas. Algunas de ellas tienen tal altura que casi no dejan ver las urbanizaciones de detrás, las que se encuentran en solares que sí se llegaron a construir. Me pregunto si aquí también habrá liebres salvajes²⁹. Es primavera y algunas plantas están en flor, llenando de colores amarillentos y morados estos terrenos inmobiliarios en barbecho. Uno de los solares vacíos, el último antes de tomar la calle Poema Sinfónico, no tiene una superficie llana. Hay un montículo en uno de sus laterales. Tal vez esté originado por la propia orografía del terreno o por algún movimiento de tierra ocasionado por la industria de la construcción de otro tiempo. Este elevamiento del suelo unido al estallido primaveral de la vegetación genera un efecto óptico: desde la acera parece que la superficie del solar llega casi hasta el cielo y cubre por completo mi vista de peatón. (Fragmento del diario de campo, 20 de mayo de 2018)

Los desarrollos de 1997 se vieron aún más afectados por la crisis inmobiliaria y también por el proceso judicial que los paralizó hasta prácticamente 2013. Se inició cuando el grupo municipal socialista recurrió ante el Tribunal Superior de Justicia de Madrid estas actuaciones urbanísticas y la reclasificación masiva de suelo que supusieron (Brandis, 2014). La causa llegó al Tribunal Supremo que en 2007 instó a la corporación municipal a buscar una fórmula para justificar las reclasificaciones. Así, en 2013, la Comunidad aprobaba la revisión del Plan de 1985 y la modificación del de 1997 para reactivar las actuaciones urbanísticas que se encontraban en *stand by* (Sanz, 2013, septiembre 1).

De este segundo grupo de desarrollos los más avanzados son el de Barajas, que aunque está terminado todavía falta parque inmobiliario por ocupar, y el de Valdebebas que combina promociones entregadas y ocupadas con otras en proceso de construcción, junto a solares aún sin excavar. Por su parte, los desarrollos del sureste han corrido peor suerte y mientras que en El Cañaveral ya existen construcciones

²⁹ El PAU está lleno de liebres salvajes. Viven en los espacios liminales y de descampado aunque habitualmente se desplazan por los parques del barrio. Durante mis paseos en las noches de verano pude observar cómo al caer el sol el PAU se quedaba solitario y se llenaba de estos otros pobladores: fauna de descampado, de terreno vacante de la industria inmobiliaria, de límite de la ciudad. A mi paso salían corriendo en estampida. Eran tantos que hubiera resultado inútil tratar de cuantificarlos.

finalizadas, en otros las obras prácticamente ni han empezado. La urbanización de estos últimos desarrollos se ha dilatado aún más al encontrarse con voces discordantes dentro del anterior Ayuntamiento gobernado por Ahora Madrid y también con una oposición por parte de los movimientos sociales de la ciudad. Tras la puesta en marcha de unas mesas de debate organizadas por el Ayuntamiento, en 2019 el consistorio activó el desarrollo Los Berrocales al llegar a un acuerdo con la junta de compensación (Esteban, 2019, enero 24). Por su parte los movimientos vecinales y ecologistas han aunado esfuerzos para denunciar este modelo de producir ciudad basado en el consumo extensivo del suelo, el dispendio de recursos y la construcción de viviendas y nuevos barrios frente a la inversión en dotaciones para los vecinos y vecinas de las proximidades. Su propuesta alternativa para estos terrenos es ubicar en ellos un gran parque que ya han bautizado como “la Casa de Campo del sureste”.

Una característica de estas nuevas periferias urbanas es su carácter inconcluso. De ello se desprende una posibilidad: la ubicación de los PAU en los terrenos periféricos del municipio junto con la existencia de suelo vacante aún por construir deja abierta la puerta a la expansión en futuros ciclos económicos. Tanto es así que desde 2017, cuando la especulación con el mercado del alquiler puso en marcha un proceso de revalorización de la vivienda en propiedad, y con ello de la construcción, en los PAU empezaron a aparecer tímidamente las grúas de algunas obras, fenómeno que ha ido en aumento desde entonces.



Foto 2. Ensanche de Vallecas (Otoño de 2016)



Fotos 3. Obras en dos solares del PAU de Carabanchel (Verano de 2019)

1.2. El PAU de Carabanchel, la zona nueva del barrio

A pesar de los distintos estados de finalización en los que se encuentran los desarrollos, todos ellos comparten un urbanismo característico. Una organización particular del espacio que es perceptible para cualquier peatón que ponga un pie en alguno de estos nuevos barrios. Voy a intentar explicar esta configuración urbanística a través del PAU de Carabanchel.

El PAU de Carabanchel está ubicado al sur del distrito, en el barrio administrativo de Buenavista, que a su vez está integrado por la zona antigua de Carabanchel Alto y por el PAU. Marca también el límite de la ciudad de Madrid puesto que es el remate suroeste de la trama urbana de la capital. El desarrollo tiene forma de “U”, de modo que su parte central y ambos laterales se encuentran abrazando las antiguas tramas de los barrios de Pan Bendito, San Francisco y Carabanchel Alto —del distrito de Carabanchel— y de Cuatro Vientos —del vecino distrito de Latina—. Al sur limita con la M-40. La Avenida de la Peseta que discurre de este a oeste funciona como la vía principal del barrio: la forma urbana del desarrollo se configura en torno a ella como una gran espina dorsal horizontal y a su alrededor se concentran los escasos bajos comerciales y servicios de transporte público. Por ello esta gran avenida es un espacio muy importante no solo a nivel urbano, sino en el transitar de la vida cotidiana de sus habitantes. Tanto es así que ocupa un lugar central en el plano simbólico y en el imaginario del barrio: la parada de metro se llama así, La Peseta³⁰, y muchas personas vecinas y no vecinas del PAU conocen al barrio por el mismo nombre. Es una referencia para los taxistas o para

³⁰ Muchas de las calles del PAU tienen nombres de monedas porque en los albores del año 2000, cuando el PAU se estaba construyendo, España abandonaba la peseta para acoger el euro. Los nombres de los viales nacieron de un concejal del distrito que además de las monedas españolas propuso nombres históricos y de ciudades españolas Patrimonio de la Humanidad (Blanco Oliva, 2017). También hay una calle que toma el nombre de Salvador Allende a petición de la Asociación de Vecinos de Carabanchel Alto.

explicar dónde se vive a alguien que no es de Carabanchel, al igual que el centro comercial Islazul ubicado al este del desarrollo. Ambos nombres se configuran como las referencias básicas de orientación: “vamos a la zona de La Peseta, al lado del Islazul”. Más allá de esta avenida, el PAU se encuentra menos consolidado por su costado este. El área oriental es un espacio árido y solitario, con muchos solares, edificios en construcción y menos parques y zonas verdes.

Mapa 3. Barrios administrativos del distrito de Carabanchel y el PAU³¹



Fuente: www.idealista.com

En su conjunto se trata de un gran desarrollo inmobiliario de 356 hectáreas³² de superficie, en las que se construyeron más de 12.300 viviendas (Brandis, 2014; López de Lucio et al., 2016). Estamos hablando de un barrio nuevo con unos 34.000 habitantes —una población parecida a la ciudad de Teruel— que llegaron a vivir al barrio más o menos al mismo tiempo.

La primera vez que pisé el PAU de Carabanchel fue en 2015. Aunque había leído sobre sus dimensiones y su escala urbana desproporcionada, al llegar me sorprendió de igual modo la anchura de las calles principales, el gran tamaño de las urbanizaciones y la soledad de aquellas aceras prácticamente vacías, sin gente. La trama urbana de estos desarrollos discurre en forma de retícula o cuadrícula. El espacio parece diseñado con escuadra y cartabón: las grandes avenidas separan y ordenan las urbanizaciones con patio interior que están dispuestas en forma de edificios-manzana, la tipología edificatoria característica de los PAU. Esto genera una fuerte segregación entre tres tipos de espacios —*especies de espacios* que diría Georges Perec (2001 [1974])—: el

³¹ En este mapa, tomado del portal inmobiliario Idealista, el PAU de Carabanchel aparece como un barrio distinto de Buenavista —escrito erróneamente como Buena Vista—, cuando en realidad forma parte de él. Esta separación resulta del todo relevante pues justifica la existencia de dos zonas diferenciadas con distintos precios y productos inmobiliarios.

³² El barrio administrativo de Buenavista, compuesto por el barrio antiguo de Carabanchel Alto y el barrio nuevo del PAU, ocupa en su totalidad 561,32 hectáreas (Ayuntamiento de Madrid, 2017). Esto quiere decir que el PAU ocupa más de la mitad de la extensión de Buenavista, más o menos el 63% de la superficie.

espacio privado de la vivienda, los patios interiores de las urbanizaciones y el espacio público de las calles.

Una de las consecuencias inmediatas de esta organización urbana es que los desplazamientos a pie son largos y tediosos. Has de caminar mucho tiempo para poder moverte de un lugar a otro del barrio, incluso para rodear tan solo una de las urbanizaciones. De hecho, cuando regresé al barrio en julio de 2017 para visitar varias habitaciones en alquiler, lo que yo planificaba como una mañana de agradables paseos se terminó convirtiendo en una larga ruta bajo el sol que me hizo regresar a casa con la piel quemada y los pies llenos de ampollas. Son por tanto unos barrios pensados para el coche.

Un dato importante es que su composición es fundamentalmente residencial. En el diseño urbano apenas se contempló la mezcla de usos ni la necesidad de bajos comerciales³³, por lo que es necesario salir del PAU para casi todo. Esto a su vez genera que los desplazamientos dentro del barrio tampoco tengan un sentido funcional más allá del paseo, pues no hay muchos lugares a donde ir. Es más, en el planeamiento de algunos PAU como el de Carabanchel se proyectó la construcción de un centro comercial, el Islazul, que aglutinase toda la actividad de la zona, y al que por cierto la mayoría de habitantes acuden en coche. Lo mismo pasó en Sanchinarro con El Corte Inglés o en el Ensanche de Vallecas con La Gavia. Así, en Carabanchel hay muy poco tejido comercial³⁴ y los escasos locales están concentrados en las inmediaciones de la avenida principal, Avenida de la Peseta. Según comentan los vecinos y vecinas del barrio el alquiler de los locales es muy caro y la falta de vitalidad de la zona genera continuas aperturas y cierres de negocios. Hay muy pocos que sobrevivan al paso del tiempo. Tras llevar unos meses viviendo en el PAU me di cuenta de que una de las “conversaciones comodín” en el barrio era hablar de este tema. En el incómodo viaje de ascensor con un vecino o en los minutos anteriores al inicio de una clase de pilates, siempre existía la opción de comentar la última apertura de un pequeño negocio y elucubrar sobre los meses que duraría abierto. El tipo de negocios que existen en el PAU, aunque algunos van cambiando de dueño, son fundamentalmente bares, farmacias, peluquerías, academias infantiles de inglés, algunos bazares regentados por población china y algunos supermercados. Por su parte, el Islazul se constituye como un espacio comercial y de ocio importante en el barrio, al que por supuesto también acuden personas del resto del distrito.

³³ Según el arquitecto urbanista Ramón López de Lucio (2013) esta escasez de bajos comerciales atiende al menos a dos razones. En primer lugar a la importante reserva superficial y de edificabilidad para el centro comercial Islazul, con 52.000 metros cuadrados. Y en segundo lugar al desinterés de los promotores privados y especialmente de los públicos. Lo argumenta poniendo los siguientes ejemplos en Avenida de la Peseta: “Los edificios diseñados por los equipos de Marañón, García Arévalo/Revuelta y Duró/Ove Arup, todos en el tramo central de la avenida, no cuentan con local comercial alguno; y los firmados por Ahlqvist&Almqvist y Arango [todos ellos de promoción pública] tan sólo cuentan con un local cada uno. En total 2 locales en más de 400 metros lineales de fachada a la avenida. Comparativamente, de las 13 promociones privadas que aparecen en el mismo tramo, 9 cuentan con frentes comerciales corridos a lo largo de la totalidad o la mayor parte de sus fachas en la avenida; y 8 con locales complementarios en las calles transversales. Esta pequeña pero relevante muestra [...], pone en evidencia el escaso compromiso con la configuración de un importante espacio público por parte de la EMVS y de los afamados proyectistas de sus promociones” (p. 263-264).

³⁴ El pequeño comercio es un espacio fundamental de sociabilidad en los barrios. Como muestran las investigaciones de antropólogas como Paloma Gómez (2013), en torno a él se tejen redes de apoyo mutuo y solidaridad, se intercambia información relevante y se crean espacios de encuentro vecinal.

El urbanismo del PAU genera exactamente lo contrario a un “barrio de proximidad”, por ello todo el mundo tiene vehículo privado y lo usa diariamente. No tenerlo constituye uno de los primeros elementos en torno a los que se teje la desigualdad en el barrio y condiciona tremendamente la vida cotidiana. Mayte, vecina de la segunda urbanización en la que residí, decía que lo usaba hasta para hacer la compra en el supermercado que estaba literalmente al lado de nuestro portal e incluso para ir a comprar cigarrillos sueltos a los bazares chinos del barrio. “Sin el coche me muero”, repetía siempre. Otra de las escenas comunes en el PAU es encontrar varios coches aparcados en doble fila frente al cajero del banco. Después de dos años viviendo allí puedo decir que era una de las pocas personas que iba a sacar dinero caminando. El resto se desplazaba, como para todo, en coche. Tanto es así que el barrio administrativo de Buenavista, compuesto por el PAU y el casco antiguo de Carabanchel Alto, en 2017 contaba con 17.179 turismos³⁵, la mayor cifra con diferencia de todos los barrios del distrito de Carabanchel.



Foto 4. Patio interior de una urbanización

La mayor parte de la socialización y el ocio en el PAU se produce al interior de las urbanizaciones. Se levantan como grandes edificios de seis o siete alturas, con fachadas de ladrillo caravista que solo permiten observar el exterior discreto de la urbanización, ocultando el interior. La arquitectura de estos *residenciales* —todos tienen un nombre que comienza por la palabra “residencial” y es así como se nombran en las campañas publicitarias de las inmobiliarias y promotoras— es bastante similar, por lo que generan un paisaje de fachadas que se caracteriza por su relativa homogeneidad, solo interrumpido por los diseños de edificios de vivienda pública. Los patios interiores cuentan con servicios privados como piscina, pista de pádel, zona de juegos infantiles, gimnasio, sala de usos múltiples para celebrar festejos, etc. —servicios que no existen en los edificios de viviendas públicas—. Las urbanizaciones, si bien ya están construidas forjando un cierre sobre sí mismas por el propio diseño de edificio-manzana, cuentan con cerramientos, vallas y dispositivos de seguridad, configurando una frontera con el espacio público de la calle. Los sistemas de seguridad pueden ir desde el control de

³⁵ Ayuntamiento de Madrid (2018). *Distritos en cifras*.

acceso único, videovigilancia y guardias de seguridad 24 horas, hasta puertas blindadas en las viviendas, ascensores que funcionan con código y cámaras de infrarrojos. Las características y la sofisticación de estos dispositivos, así como de los servicios comunitarios, varían según el nivel de recursos —y de impagos— de la comunidad. Así, los residenciales del PAU reproducen algunos de los elementos de estatus presentes en las urbanizaciones cerradas de la clase alta.

En contraste, los edificios de vivienda pública del IVIMA y la EMVS presentan dos grandes diferencias que son perceptibles con un solo golpe de vista. En primer lugar no cuentan con servicios privados en su interior, por lo que las zonas comunitarias habitualmente se componen de áreas con gravilla, plantas secas y algún banco que ha resistido al paso del tiempo. Al contrario de lo que sucede en los residenciales, estas zonas suelen estar a la vista pues los edificios no están construidos a modo de urbanización cerrada. En segundo lugar, los diseños y los materiales que integran las fachadas son claramente distintos al paisaje arquitectónico homogéneo de los residenciales. La mezcla de colores, la fusión de materiales y la combinación de formas novedosas caracterizan los exteriores³⁶. Un diseño que se vuelve aún más espectacular y estrambótico en el caso de los edificios de la EMVS que fueron utilizados por parte del Ayuntamiento como un laboratorio de experimentación arquitectónica.

Las *macromanzanas* (López de Lucio, 2013), con urbanizaciones que pueden ocupar 1 o 1,5 hectáreas (López de Lucio et al., 2016), son las protagonistas de estos nuevos barrios en su dimensión de *espacio construido* y también de *espacio vivido*. El diseño urbano está pensando para concentrar la actividad de la vida cotidiana y el ocio en el interior de los residenciales o en los centros comerciales, relegando al espacio público un papel residual como lugar de tránsito y paso, no de desarrollo de la vida comunitaria. El resultado es un intento de “eliminar la calle” como lugar de sociabilidad y de encuentro. La calle se configura en este urbanismo como aquello que queda entre la urbanización y la carretera.

³⁶ Algo que también he observado en los edificios de vivienda pública del PAU de Carabanchel es que todos tienen ventanas pequeñas, o al menos más pequeñas que las de las urbanizaciones privadas. Este fenómeno todavía resulta una incógnita para mí. No alcanzo a comprender si atiende a un criterio económico, las ventanas grandes aumentan el coste de la construcción, a un criterio estético o una mezcla de los dos. Pero al menos en este PAU los habitantes de viviendas públicas están destinados a vivir en casas con ventanas pequeñas. Por poner solo un ejemplo, el diseño del edificio de protección pública construido por Rafael Cañizares Torquemada está inspirado en el pintor Paul Klee y construido a modo de “caja de colores”, como expresa el propio arquitecto. Toma la forma de un caja de zapatos dispuesta en vertical en cuya fachada se suceden paneles de colores brillantes. El edificio parece literalmente un cubo de Rubik o un bloque de piezas de lego. Las escasas ventanas que salpican el edificio tienen el mismo tamaño y dimensión que los paneles de colores que componen la fachada, de modo que son alargadas y estrechas dificultando hasta la confección de unas cortinas. Además en cada vivienda hay ventanas a dos alturas, unas más bajas y otras más altas, lo que no ayuda a la disposición de los muebles en un piso de tamaño reducido. Así es como definía este diseño de “obra de arte” la publicidad que hizo propio Ayuntamiento en 2010 en su página web: “En la concepción de las fachadas se han utilizado 16 colores que generan una imagen plana multicolor. [...] Se modulan las fachadas para que todos los paneles de revestimiento tengan el mismo tamaño, así como las ventanas, que se sitúan en dos niveles haciendo damero, ventana baja para permitir la visión al exterior y ventana alta para favorecer mayor entrada de luz y crear un diseño más agradable [...]. En el diseño se ha prescindido del tipo de ventana vertical y se ha adoptado la horizontal.”



Fotos 5. Fachadas de viviendas públicas (2015)



Fotos 6. Fachadas: residencial y vivienda pública (2019)

Aflora así un espacio público caracterizado por la existencia de grandes vías donde el protagonista es el tráfico rodado, las fachadas de las urbanizaciones cerradas sobre sí mismas y los espacios de esparcimiento que quedan entre ellas, que pueden ser pequeños parques o parcelas desiertas que no se llegaron a construir. Aunque en la época en la que comienza el buen tiempo se incorpora otro elemento más a la vía pública: las terrazas de los bares. Pero este fenómeno queda reducido prácticamente a la zona central de la Avenida de la Peseta. En general el espacio público permanece bastante vacío y solitario, a lo que puede añadirse el calificativo de desangelado teniendo en cuenta la escala urbana sobredimensionada del barrio. El PAU está habitado por familias jóvenes con niños y niñas, por lo que la ocupación y la socialización en el espacio público está atravesada por los horarios laborales y escolares: durante las mañanas y las noches el barrio está completamente vacío, mientras que en las tardes y los fines de semana hay algo más de movimiento. Conversando con algunas de mis vecinas me di cuenta de que muchas de ellas al referirse a la época en la que estuvieron embarazadas expresaban un cambio en la percepción del barrio. Al estar de baja laboral pasaban más tiempo en el PAU y lo hacían dentro de los horarios de trabajo, por lo que su uso del espacio y sus necesidades se transformaban: tomaban conciencia de la escasez de transporte, de lo solitario del espacio público, de las largas distancias a pie... Ana, por ejemplo, me contaba su experiencia utilizando expresiones como barrio “muerto”, “desierto” o “solo, solo, solo”:

Ana: [...] Tienes que contar con que sí que es un barrio que está bien, pero es un barrio en el que de 8 h. de la mañana a 16 h. de la tarde no hay nadie. Toda la vida he estado trabajando, pero he tenido dos bajas de maternidad y me muevo por aquí y me he movido por aquí, ¡estaba sola! En la de la pequeña no tanto que ya era mejor tiempo pero en el de la mayor, que me cogió en enero, ¡madre mía!

Inés: Es verdad que el barrio por ejemplo los domingos no tiene nada que ver a entre semana. O cuando empieza a hacer buen tiempo a invierno.

Ana: Entre semana está muerto. Incluso ahora, fíjate, si vas a estar algo aquí en agosto vas a alucinar. O sea en agosto... yo cuando ya cierra el bar La Peseta digo, esto es un desierto. ¿Quién quiere estar aquí?

Inés: ¿Sí? Es que nunca estoy en agosto...

Ana: Pues menos mal, menos mal, porque [...] se queda solo, solo, solo. Yo he estado, llevo ya varios años, que soy la única que me quedo de mi bloque.

Aunque parezca una nimiedad, en un barrio con tan poca actividad en la calle, las estaciones del año y el tiempo atmosférico resultan fundamentales en los patrones de uso del espacio público. Cuando me mudé al PAU de Carabanchel llegué en el mes de septiembre y no empecé a ver grupos de personas paseando o niños y niñas jugando en la calle hasta el mes de abril. Mis solitarios paseos por el PAU recorriendo el barrio y sentándome en los bancos de los parques les resultaron tan extraños a mis compañeras de las clases de pilates que me preguntaron con cierta inquietud si me gustaba mucho pasear, haciéndome ver que mi comportamiento era ciertamente atípico. Con la primavera llegaba la buena temperatura y también los habitantes que salían del espacio de sus urbanizaciones. Sin embargo volvían a desaparecer durante el calor del verano madrileño y los meses de invierno.

Así, los pequeños parques que se alternan entre los residenciales generalmente solo se utilizan por las tardes por los grupos de niños y niñas y sus familiares, a la salida del colegio; por las personas que sacan a pasear a sus perros y por algunos chicos y chicas de la incipiente generación de adolescentes del barrio, que acuden a estas zonas un poco más escondidas para escuchar música, beber, charlar y fumar. Hay algunos parques que por su ubicación se utilizan más, como por ejemplo los que están cerca de los colegios, y otros que casi siempre están desiertos. Por su parte los descampados y solares vallados a pesar de ser áreas urbanas aparentemente abandonadas, sin valor inmobiliario, tienen un valor social para los habitantes del PAU: son el lugar de encuentro por excelencia de las personas que tienen perro³⁷. A modo de contrato social implícito, poco a poco han ido adquiriendo este uso, al tiempo que, dentro de su perímetro, se iban formando pequeños senderos que la gente marcaba involuntariamente al caminar. A través de los perros muchas personas del PAU se conocen e interactúan en el espacio público, algo que no es del todo frecuente en este contexto. Sofía, vecina del barrio en construcción de Nuevo Tres Cantos —con un urbanismo muy similar al de los PAU—, me contaba que en este barrio en el que actualmente viven muy pocas personas solamente ha conseguido entablar conversaciones en estos solares:

“Dentro del edificio cada uno lleva su vida totalmente, no... Bueno, te cruzas en el ascensor pero no acabas de enganchar con la gente. Yo engancho más a raíz de pasear al perro [se ríe]. Es que no es ninguna tontería porque al final no es, no son encuentros de “hola” y “adiós” sino que coincides,

³⁷ Además de las decenas de solares que se usan exclusivamente para pasear a los perros, también existen áreas sin urbanizar en las que se dan cita distintos usos del espacio. Son descampados, “bordes de la ciudad” o “espacios liminales” que se usan para pasear o para fumar y beber, en el caso de los chicos y chicas adolescentes. En el PAU de Carabanchel existe además otro espacio con estas características muy particular. Como explica el colectivo Carabancheleando (2014), se trata de un espacio cedido por el ayuntamiento a una comunidad de jugadores de baseball que lo cuidan y mantienen para usarlo como campo de juego. La mayoría son personas migrantes que no viven en el PAU pero que acuden a este espacio los fines de semana para disfrutar de una actividad deportiva y de ocio.

como con José, estás ahí media hora los dos con el perro, pues al final charlas. Igual no todos los días, pero con mucha frecuencia acabas viendo a la misma gente”. (Entrevista a Sofía, vecina de Nuevo tres Cantos, marzo de 2019)

En el PAU de Carabanchel existe otro espacio público importante, el pinar de San José. Un parque de pinos de 27 hectáreas que los vecinos y vecinas, no solo del PAU sino de todo Carabanchel Alto, utilizan para pasear, andar en bici, jugar, descansar... Todas las personas que hacen *running* en el PAU incluyen este espacio verde en su recorrido. En las pequeñas mesas que tiene instaladas a veces hay celebraciones de cumpleaños y durante el verano los habitantes de las promociones de vivienda pública, que no cuentan con piscina en la urbanización, utilizan este pinar para refrescar a los niños y niñas jugando con cubos y botellas de agua.

Por tanto la escasa socialización que se da en el espacio público está sujeta a diversos factores que tienen que ver con “los tiempos” —depende de la estación del año, de los horarios de trabajo remunerado y de la actividad escolar—, “los espacios” —se limita a las terrazas de los bares que ocupan la calle, los parques y los solares o descampados— y determinados grupos sociales o colectivos que son los que hacen un mayor uso del espacio público: los niños y las niñas y sus cuidadores adultos, las personas que tienen perro, los chicos y chicas adolescentes y especialmente las personas que residen en edificios de vivienda pública.

Desde la ventana de mi última habitación, en la que viví desde enero hasta diciembre de 2019, abarcaba una panorámica que recogía a través de ese pequeño rectángulo de cristal todas las *especies de espacios* que constituyen un PAU. Desde ella obtenía unas vistas desoladoras para la vida cotidiana pero *densas* etnográficamente hablando:

Las vistas desde la ventana de mi habitación son muy importantes para mí, no solo por la cantidad de información que puedo recoger observando a través de ella, sino porque constituye el paisaje cotidiano que me acompaña en una rutina solitaria. Mi casa es una habitación, mi *cuarto propio*. Todo mi cuarto y especialmente mi ventana adquiere entonces una dimensión al mismo tiempo emocional y etnográfica que resulta fundamental en mi vida. La ventana de mi anterior habitación era exterior, desde ella veía la calle Tristes Trópicos justamente en su tramo de mayor actividad por la cercanía con el colegio y el supermercado. Mi urbanización actual está en la misma calle, pero ubicada en su extremo sur, y además mi habitación es interior. Por ello tengo vistas al patio pero también al límite de la ciudad: descampados, M-40, vayas publicitarias y al fondo, borroso, Leganés. Subjetivamente este paisaje hace que me sienta mucho más lejos del centro de la ciudad aunque en realidad solo me encuentre a cien metros de mi antigua casa. Con el paso de los días voy encontrando pequeños atractivos etnográficos a esta vista melancólica, que a veces me parece hasta interesante. Desde mi ventana puedo observar algo así como una muestra de casi todas las *tipologías de espacios* que existen en el PAU. El patio interior de la urbanización que en esta época del año solo lo utilizan padres y madres que salen con niños y niñas a jugar a la pista de baloncesto y residentes que practican deporte en la pista de pádel. Un descampado vallado en el que la gente pasea a sus perros y que tiene actividad todos los días prácticamente a cualquier hora —y esto en el PAU es mucho decir!—. Un parque infantil, algo destartado, ubicado entre dos residenciales, y que entre semana por las tardes suele estar ocupado por niños y niñas. Por último, una vista privilegiada a la última calle del PAU en su extremo sur, la calle Islas Trobiand, por la que solamente pasa gente haciendo *running* o paseando al perro. Como telón de fondo, siempre, la M-40 y el sur metropolitano. (Fragmento del diario de campo, 14 de enero de 2019)

Además de la falta de comercio de proximidad, el PAU de Carabanchel presenta una escasez general de servicios y equipamientos. Teniendo en cuenta el elevado número de niños y niñas que viven en el barrio, el PAU solo cuenta con dos colegios públicos frente a dos privados/concertados —a los que hay que sumar los múltiples centros

religiosos que hay en Carabanchel Alto—. Los centros públicos están al límite de su capacidad y de hecho uno de ellos se va construyendo por fases. Lo mismo sucede con el único instituto público del barrio. Como me explicaban Flor y Rosa en sus entrevistas, estos centros educativos se consiguieron después de un largo proceso de lucha y de presión, pues la administración se resistía a invertir en ellos y derivaba sistemáticamente a las familias a los centros privados y concertados. Algo que recalcan ambas es que estas reivindicaciones fueron posibles gracias a la labor de la Asociación de Vecinos de Carabanchel Alto. Según ellas, en las movilizaciones tenían más implicación la Asociación junto con vecinos y vecinas del viejo barrio, que los nuevos habitantes del PAU. Lo mismo sucedió con el centro de salud y la llegada del metro en 2006, tras una lucha histórica por parte del vecindario de Carabanchel Alto —una reivindicación que sigue viva con la intención de mejorar las deficiencias del servicio—³⁸. A esta carestía en los servicios públicos se le suma una ausencia total de dotaciones culturales y de ocio. En el plano deportivo solo existe un polideportivo municipal en uno de los extremos del PAU, en cuya inauguración en el año 2009 el alcalde, Alberto Ruiz-Gallardón, presumía de ser el primero de todo Madrid en ser gestionado de forma integral por una empresa (Europa Press, 2009, enero 14).

Marisa, que tiene dos hijos pequeños, utilizaba la expresión “no hay nada” para referirse a este contexto. Y me explicaba cómo se desplaza habitualmente a Leganés, el barrio del que proviene, para disfrutar de sus servicios y dotaciones municipales:

Marisa: Si estás acostumbrado a una vida muy cultural y social, yo que vengo toda mi vida de estar en Leganés, Leganés es un pueblo que tiene todo tipo de recursos: de ocio, culturales, asociativos, de polideportivos, de todo. Claro, vienes aquí y no hay nada. Vale, hay bares, hay sus terracitas que está muy bien, pero no hay nada más. Entonces la pequeña biblioteca que había en el García Lorca se cierra porque se sustituye por la de la Comunidad de Madrid que está en Aguacate, entonces por ejemplo pues ese pequeño centro cultural chiquitín ya dejaba de existir. [...] Nada de dónde vas con los niños: ni una biblioteca, un taller de lo que sea, un polideportivo... es que no había nada, nada.

³⁸ La llegada del metro a Carabanchel Alto forma parte de las reivindicaciones históricas del movimiento vecinal de este barrio. En la Asociación de Vecinos de Carabanchel Alto explican la historia de esta lucha a través de tres etapas. La primera de ellas llega hasta 1996, cuando una vez conseguido el inicio de las obras de la Línea 11 los vecinos y vecinas descubren que el trazado llega solo hasta Pan Bendito. Ahí se inicia el segundo ciclo de movilizaciones pidiendo que la línea continúe hacia el sur. La Asociación de Vecinos mantiene reuniones y un largo proceso de negociación con la administración y con MINTRA, la empresa constructora dependiente del gobierno de Gallardón. En el proyecto que pretendían aprobar, el trazado de la Línea 11 pasaba de largo por Carabanchel Alto, dirigiéndose hacia la zona de Las Águilas, en el distrito Latina. Gracias a la presión de la Asociación y a las múltiples reuniones mantenidas con los técnicos se consigue aprobar el actual trazado y en 2006 el metro llega a Carabanchel Alto y también al PAU, teniendo La Fortuna como fin de Línea. La sensación es agrídulce: a pesar de haber conseguido la llegada del metro, el servicio es deficiente. La Línea 11 discurre como una especie de “callejón sin salida” que parte de la Línea 6, en la estación de Plaza Elíptica. Esto supone la necesidad de hacer al menos un trasbordo para realizar cualquier trayecto, alargando el tiempo de los viajes y complicando los itinerarios incluso para desplazarse hasta otras zonas cercanas de Carabanchel. Sobre el año 2016 la Asociación reanuda las movilizaciones con el objetivo de mejorar el servicio. Consiguen llevar el proyecto a la Asamblea de Madrid y obtener el apoyo de la Junta Municipal de Distrito. Finalmente Cristina Cifuentes, presidenta de la Comunidad, anuncia en 2017 la prolongación de la L-11 hasta Conde Casal. Esto causa sorpresa entre los vecinos y vecinas de Carabanchel Alto puesto que en las negociaciones siempre se había trazado una continuidad de la línea hacia el norte de la ciudad. Sin embargo en 2017 esta estación aparece como un destino innegociable, por lo que algunas voces en el barrio sospechan que atiende a intereses políticos y económicos del gobierno autonómico. Este último proyecto de obra se somete a información pública en verano de 2019. Para ello la Asociación de Vecinos emprende de nuevo un proceso de participación en el barrio —de alcance limitado— para consultar a los vecinos y vecinas, al tiempo que trabajan con ingenieros afines para buscar otros trazados que sean viables y que contemplen una estación en el barrio de Comillas. En paralelo, la Asociación de Vecinos nunca ha dejado de reivindicar mejoras en la Línea 11 —presionando con recogidas de firmas, campañas, concentraciones, etc.— para que los vecinos y vecinas del sur de Carabanchel tengan un transporte público de calidad.

Y a día de hoy sigue sin haber nada [...]. No hay bibliotecas, tienes que ir a Luis Rosales de Aguacate. El polideportivo, bueno, está un poquito distanciado. Y luego hay pequeños comercios que hacen un poco el tema de ludoteca, pero bueno, que es algo privado la ludoteca. Algunos talleres como de estos de mercería que está allí abajo que es para hacer cosas de textiles, o algún tema de yoga... O sea todo es de la esfera privada, no hay nada público municipal. Son todo parcelas vacías, hay multitud de parcelas sin construir y muchas eran zonas dotacionales, o son zonas dotacionales, entonces pues no hay centros lúdicos o culturales o deportivos para todo el terreno vacío que hay aquí, te tienes que ir al *Islazul*.

Inés: ¿Y en eso tú notas diferencia? O sea por ejemplo, tu vida en un barrio como Leganés, ¿notas diferencia con esto?

Marisa: Muchísimo, muchísimo. Porque yo por ejemplo si quiero ir al teatro con los niños voy a Leganés. Por ejemplo a la piscina antes iba a La Fortuna al polideportivo, a la piscina de invierno. Pero teatrillos o tal, pues me marcho a Leganés, para mi es más cómodo que subir a Madrid porque aparcas, o sea vas con el coche, aparcas, tal. Claro, entonces para muchísimas cosas voy a Leganés.

El transporte público que pasa por el barrio también es deficiente: es escaso y obliga a realizar varios transbordos para poder llegar hasta zonas donde existan más conexiones de metro, tren o autobús. En el metro los trayectos con múltiples conexiones son inevitables ya que la Línea 11 está construida como un callejón sin salida que parte de la Línea 6. Hay dos autobuses que son línea directa con el centro de la ciudad pero ambos realizan un largo recorrido por el distrito de Carabanchel, de forma que el trayecto suele durar una hora. En mayo de 2019 comenzó a pasar por el PAU la línea de autobús E1 que por primera vez supuso una conexión más o menos eficaz con el centro de la ciudad.

El resultado es que cualquier desplazamiento desde el PAU implica una gran cantidad de tiempo y de transbordos entre diferentes tipos de transporte, un trayecto que se hace aún más tortuoso si el destino no es el centro de la ciudad sino otro barrio de la periferia³⁹. Este problema de transporte dificulta y condiciona la vida cotidiana de las personas que viven en el PAU y no disponen de coche propio. Las personas que trabajan en otro punto de la ciudad pueden destinar unas tres horas y media al día solamente en desplazamiento, a lo que se suma el tiempo de las jornadas laborales — y el trabajo reproductivo no remunerado en el caso de las mujeres—. Yo tardaba casi dos horas por trayecto en llegar a mi lugar de trabajo en la Universidad Autónoma de Madrid y cualquier desplazamiento para hacer una gestión o para visitar a mis amistades suponía cerca de una hora de viaje. Por eso disponer de un coche en el PAU es casi una cuestión de supervivencia.

Las escasas dotaciones, la forma urbana y la arquitectura de estas nuevas periferias que he intentado describir a través del PAU de Carabanchel suponen una novedad urbanística, sobre todo en términos de escala y de dimensión. Son macroactuaciones residenciales cuyas dimensiones y número de viviendas alcanzan tamaños inéditos: cada uno de estos desarrollos constituye una pequeña ciudad de 30.000 o 60.000 habitantes (López de Lucio, 2013). Presentan densidades brutas muy reducidas, entre 20 y 34 viv/ha, teniendo en cuenta que las urbanizaciones cerradas en forma de

³⁹ En Madrid la red de transportes es radial, esto hace que casi para cualquier desplazamiento sea necesario pasar por el centro de la ciudad. Es más difícil viajar de barrio a barrio de la periferia, aunque estén contiguos, que de un barrio de la periferia al centro.

macromanzanas son la tipología edificatoria por excelencia⁴⁰ y el espacio público se caracteriza por el sobredimensionamiento de calzadas, aceras y zonas verdes. El segundo grupo de desarrollos, los de 1997, presentan todavía una mayor extensión y exageración de estas características (Calvo López et al., 2007).

Como explicaba anteriormente, la zonificación y la segregación funcional llevada al límite genera una ausencia casi total de usos y actividades de proximidad complementarias con la residencial. Otro de sus rasgos característicos es la insularidad, ya que están ubicados al borde o entre grandes vías como la M-40 y la M-50, lo que genera múltiples problemas de ruido y contaminación. En este sentido el PAU de Carabanchel aparece como una excepción: si bien su límite sur se expande sobre la M-40, el resto de desarrollo conecta con las tramas urbanas de los barrios antiguos.

El arquitecto Ramón López de Lucio (2013) considera que los PAU son una especie de deformación o exageración de los “nuevos ensanches de Madrid”, a los que considera su antecedente urbanístico. Los nuevos ensanches fueron actuaciones residenciales derivadas del PGOU de 1985 que consistieron básicamente en retículas viarias ortogonales delimitando manzanas cuadradas o rectangulares. Se trataba de manzanas cerradas con un espacio interior ajardinado de uso habitualmente privado, pero con calles arboladas y comercio de calle. Como puede verse, los nuevos ensanches incorporaron a su vez algunas características de los ensanches clásicos del siglo XIX, como las calles rectas bien definidas por las edificaciones alineadas. Según el autor, los PAU tomaron este modelo y lo exageraron, llevándolo al límite de sus posibilidades para facilitar la intervención de la iniciativa privada y obtener productos inmobiliarios atractivos y rentables. Así, en estas nuevas periferias podemos encontrar una combinación de elementos urbanísticos y arquitectónicos vinculados con los distintos modos sociohistóricos de producir ciudad: con los ensanches decimonónicos, con el urbanismo moderno funcionalista e incluso con las reacciones contra el Movimiento Moderno que según López de Lucio et al. (2016) supusieron los “nuevos ensanches” del Plan General de 1985, y finalmente con el urbanismo neoliberal. Como ya he explicado, estos desarrollos fueron un producto del *boom* inmobiliario y el ciclo de acumulación vinculado a él, caracterizado por un modelo de urbanismo fragmentado, centrado en los grandes proyectos con escasa visión de conjunto y donde la iniciativa privada tuvo el protagonismo. En la línea de las reflexiones de Elena Vaquerizo (2015), podríamos decir que este modelo de ciudad neoliberal ha hecho uso en los PAU de determinados elementos presentes en otros modelos de urbanismo que resultaban funcionales a los procesos más recientes de acumulación del capital inmobiliario-financiero.

Sin embargo el urbanismo de estas nuevas periferias no es solo interesante por su forma física, sino especialmente por la “sociología” de esta forma física. Es decir, por los

⁴⁰ En el diseño del PAU de Carabanchel existe una cierta diferencia entre las manzanas ubicadas al norte de Avenida de la Peseta y las de sur. Ramón López de Lucio (Ramón López de Lucio et al., 2016) lo explica así: “Al norte de la Avenida de la Peseta, una serie de supermanzanas (de 156x156 m) se subdividen a su vez en cuatro manzanas rectangulares de unos 4.500 m² dispuestas en esvástica en torno a un pequeño espacio central (45x45 m) de equipamiento y/o verde vecinal. Esas manzanas se edifican perimetralmente por bloques exentos que idealmente tienen 7 plantas en su fachada exterior y 5 en la que mira hacia la pequeña plaza central. [...] Al sur de la Avenida de la Peseta, un sistema de grandes manzanas —a veces divididas por “fingers” verdes— propicia promociones inmobiliarias de mayor tamaño (hasta 1 ó 1,5 ha) con menor densidad de viario público y tendencia a mayor introversión (accesos peatonales frecuentemente únicos a nivel de cada manzana, retranqueos en fachadas, grandes espacios libres comunitarios, etc.)” (p. 340).

significados y representaciones sociales que descansan tras ese diseño y que se (re)producen al convertirse en espacio construido. Como apunta Lefebvre (2013 [1974]), el espacio es un producto social que funciona al mismo tiempo como *producto* y *productor*: está producido y atravesado en su concepción por las estructuras sociales, al tiempo que sobre él y a partir de él se desarrollan continuamente relaciones e interacciones sociales. No hay relaciones sociales sin espacio, de igual modo que no hay espacio sin relaciones sociales. Bourdieu (1999 [1993]) lo expresa en términos de *espacio social* y *espacio físico*. Si el espacio social se define por una exclusión o distinción de posiciones, el espacio físico es el espacio social reificado, físicamente objetivado. En la estructura del espacio urbano se manifiestan y se (re)crean las divisiones del espacio social en forma de oposiciones espaciales y estructuras de desigualdad urbana —por ejemplo, la desigualdad de *capitales espaciales*, de acceso a recursos, de cercanía respecto a bienes, servicios y dotaciones, etc.—⁴¹. Con esto no quiero decir que el espacio urbano determine de forma directa y unívoca las relaciones sociales que se desarrollan en él, pues en general en la realidad social hay muy pocos fenómenos —por no decir ninguno— que puedan explicarse a través de una relación causal: el espacio constituye un marco para la experiencia que condiciona y orienta las prácticas sociales y al mismo tiempo es susceptible de ser transformado por estas (Segura, 2015). Pero sí me interesa mostrar cómo el espacio facilita o dificulta la reproducción de determinados significados y usos del espacio, y finalmente la reproducción de diferentes maneras de relacionarse.

De este modo, el urbanismo y el diseño de los PAU se asienta sobre los principios de expansión de la vida y la esfera privada, fomentando las dinámicas de individualización y las relaciones entre grupos socialmente semejantes —entre propietarios y propietarias de viviendas o entre inquilinos e inquilinas de viviendas de protección—. La segregación y jerarquización de los distintos tipos de espacios promocionan los valores de la (in)seguridad y los dispositivos securitarios como elementos de estatus, y desvalorizan los espacios públicos. De igual modo privilegian los servicios y recursos privados como el coche particular o los equipamientos al interior de las urbanizaciones, por encima de los escasos servicios y equipamientos colectivos. La reclusión del ocio y la socialización al ámbito de la familia y al interior de los bloques de viviendas, con sus servicios particulares, propone un modelo de sociabilidad basado en la atomización y en la

⁴¹ Según Bourdieu es en este sentido en el que el espacio físico funciona como uno de los mecanismo más sofisticados de reproducción y naturalización de las desigualdades del mundo social. Al transitar los espacios, al observarlos y nombrarlos o al practicarlos como propios o ajenos, en definitiva, al *vivirlos corporalmente*, incorporamos y al mismo tiempo accionamos las divisiones sociales que los estructuran. Las posiciones sociales objetivadas en el espacio físico tienden a cristalizarse como categorías de percepción y visión del mundo. Como explica el propio Bourdieu (1999 [1993]): “Es indudable que la incorporación [...] de las estructuras del orden social se cumple, en buena medida, a través de la experiencia prolongada e indefinidamente repetida de las distancias espaciales en que se afirman determinadas distancias sociales, y también, más concretamente, a través de los desplazamientos y movimientos del cuerpo que esas estructuras sociales convertidas en estructuras espaciales, y con ello naturalizadas, organizan y califican socialmente como [...] acercamiento o alejamiento con respecto a un lugar central y valorizado. [...] El espacio es uno de los lugares donde se afirma y ejerce el poder, y sin duda en la forma más sutil, la de la violencia simbólica como violencia inadvertida: los espacios arquitectónicos —cuyas conminaciones mudas interpelan directamente al cuerpo [...]— son en verdad los componentes más importantes, a causa de su misma invisibilidad [...], de la simbólica del poder y de los efectos totalmente reales del poder simbólico” (p. 121-122). Es decir, que las divisiones del mundo social, objetivadas en el espacio físico y practicadas por los sujetos en tanto que *espacios vividos* —*espacio físico apropiado*—, devienen progresivamente en categorías y esquemas de percepción y evaluación de la realidad. Se naturaliza así lo que es una construcción social: la desigualdad.

relación entre pares mediadas por la propiedad privada. Además de fomentar, como ya veremos, lo que considero una recomposición del modelo patriarcal de familia tradicional. Movilizan, como diría César Rendueles (2013), una dinámica de prestigio de lo individual y continuo descrédito de lo colectivo característica de nuestras sociedades neoliberales. Como explicaré con más detalle en las próximas páginas, estas nuevas periferias (re)producen principios, valores y formas de organizar la vida social que se encuentran en el corazón de los procesos de neoliberalización.

Por todo ello, aunque estas nuevas periferias estén ubicadas en la periferia geográfica de la ciudad de Madrid —podríamos decir en la *ultraperiferia* en tanto que agotan los límites de la ciudad—, su diseño urbano se asienta sobre una potencial discontinuidad respecto de las obreras. Se trata de una discontinuidad urbanística y arquitectónica, pero también simbólica. Los significados y valores sobre los que descansa esta producción del espacio remiten a un imaginario que no es el que evocan los barrios de la periferia obrera, sino todo lo contrario. Podemos decir que los PAU se construyen sobre una negación o una discontinuidad respecto de los significados atribuidos a las viejas periferias como espacios tradicionalmente estigmatizados: asociados con la precariedad y la pobreza, la falta de formación, la delincuencia, la inseguridad, los recursos comunitarios saturados ante la ausencia de recursos privados, etc. El diseño de los nuevos desarrollos constituye un intento de re-semantizar y dotar de otros valores y significados a estos enclaves. Esta discontinuidad se hace más evidente en los PAU del sur, como el Ensanche de Vallecas y el de Carabanchel, puesto que se ubican geográficamente próximos a dichos barrios. Y más aún en el último caso donde las tramas urbanas del PAU y el barrio antiguo de Carabanchel Alto están conectadas.

En Carabanchel la conexión física que presentan las tramas de la “zona nueva” y la “zona vieja” —como dicen los habitantes de ambos lados— se asienta sobre una discontinuidad urbanística y social que da lugar a espacios fronterizos, de contraste o de transición que en mi trabajo de campo he llamado *fronteras urbanas*⁴². No tenía ni tengo la intención de construir una categoría teórica que aluda a una división tajante entre ambos espacios a modo de polarización o dicotomía. Más bien he querido producir una categoría, casi descriptiva, que surgió en medio del trabajo de campo —*sobre el terreno* (Olivier de Sardán, 2018)— para intentar recoger esta “continuidad discontinua” entre ambos espacios físicos y sociales: espacios que están conectados físicamente y sociológicamente, cuyos habitantes se relacionan de distintas maneras, pero que presentan un conjunto de diferencias heterogéneas, en distintos planos y ámbitos de la realidad social. Al igual que hace el colectivo Carabancheleando (2013b), esta categoría

⁴² Aunque no lo use en ese sentido, el concepto cuenta con una genealogía teórica en los estudios urbanos. El trabajo de Neil Smith (2012 1996) es tal vez la referencia más conocida. Este geógrafo marxista realizó un análisis del lenguaje de la “frontera urbana” que envolvía los procesos de gentrificación durante los años setenta en Estados Unidos. Este vocabulario reproducía una vez más la imagen y el discurso colonizador sobre poblaciones y espacios considerados como salvajes y deteriorados moral y económicamente. Los barrios habitados por las clases populares, abandonados por el Estado, se presentaban como territorios salvajes solamente revitalizados por la acción de los nuevos pobladores y emprendedores urbanos —entendidos como “pioneros”—. Este discurso venía a legitimar los movimientos estratégicos del capital en los distintos espacios de la ciudad. La “ideología de la frontera”, según Neil Smith (Op. Cit.: 53), “racionaliza la diferenciación social y la exclusión como natural, inevitable” y no como una consecuencia de las relaciones de poder socialmente producidas. Sin embargo, en mi etnografía esta noción surge con una intención bastante diferente.

me ha permitido agrupar aquellos objetos, acciones y fenómenos que, estando en el espacio físico, constituyen indicios de divisiones en el espacio social.

Estas *fronteras urbanas* entre la nueva periferia del PAU y los barrios colindantes de la periferia obrera están hechas de contrastes y diferencias entre la anchura de las calles y las aceras, la forma y los materiales de las fachadas o la antigüedad de las construcciones, pero también de otros elementos más sutiles como la presencia o ausencia de ropa tendida visible. En el PAU las viviendas y los edificios están contruidos de tal manera que los tendales siempre quedan ocultos —usando por ejemplo balcones con celosía en las casas— o dan al patio interior, de modo que las huellas de las actividades reproductivas no son visibles desde el exterior. Lo mismo sucede con las cocinas: las estancias que dan a la calle siempre son dormitorios o salones. Además se pueden observar otros contrastes que dan cuenta de la inversión diferencial en recursos públicos que se destina por parte de la administración a unas zonas y a otras de la ciudad. El estado de los parques, la limpieza de las calles o la basura que se amontona en las papeleras son algunos ejemplos de ello. En el espacio también se encuentran indicios de las actividades que realizan sus habitantes y de los grupos sociales que lo pueblan. En la “zona vieja” hay más personas por la calle; se utiliza más el espacio público como espacio de ocio y de estancia y no solo como lugar de paso; aparecen grupos sociales que no son tan visibles en el PAU como las personas mayores, la población migrante o la población gitana; se encuentran camiones de chatarra aparcados en las aceras; aparecen tipos de comercios que no existen en el PAU... Los contrastes entre ambas periferias son tales que en mis paseos me invadía la sensación de encontrarme muy lejos, como si los dos espacios estuvieran separados por grandes distancias.

Cruzo Avenida de la Peseta hacia la zona de Paseo de las Cruces. Esta es una de las áreas donde el PAU se conecta con la trama urbana del antiguo Carabanchel Alto. Recorro la pequeña calle Carolina Baeza y después la calle Piqueñas. La arquitectura de las casas es completamente diferente y aparecen construcciones de distintas épocas: se combinan los edificios de cuatro alturas con construcciones más bajas, pequeños edificios de dos plantas, antiguas casitas bajas, incluso algún chalet con parcela propia. El resultado son unas calles en las que abunda una diversidad de tipologías residenciales que se suceden sin ninguna coherencia estética, formando un mosaico de construcciones heterogéneas que contrastan con la relativa homogeneidad del PAU. Allí los grandes edificios-manzana son indiscutiblemente la tipología predominante. Aún así, comparten otro tipo de elementos que hacen que el paisaje urbano sea reconocible como un “barrio de periferia” —dotándolo de una cierta unidad, de unas características de común—: las fachadas de ladrillo caravista, las alturas reducidas, los balcones con toldos verdes, los tendales a la vista, las calles más estrechas... También hay mucha presencia de pequeño comercio, talleres de reparación, bares y tiendas que no existen en el PAU como mercerías, pescaderías y pequeños negocios de venta de ropa o de muebles.

Lo que hace que todo este compendio de elementos tremendamente heterogéneos y aparentemente dispares —como un tendal, un comercio y un material constructivo— sean reconocibles para cualquiera como indicios de un “barrio de periferia” es, como diría Bourdieu, su “aire de familiaridad” —*l'air de famille*—. Los objetos, las personas, los olores y los ritmos de este espacio social y urbano guardan, incluso en su diversidad, una afinidad de estilo, unas características de conjunto inmediatamente perceptibles y reconocibles con un solo golpe de vista. Forman parte de una agrupación implícita de hechos y fenómenos sociales, fruto de las divisiones sociales, que precisamente por su carácter tácito es tan eficaz: para quien sin saberlo ha incorporado esos principios de visión y división del mundo —lo que Bourdieu (1991 [1980]) denomina *esquemas prácticos*— el paisaje descrito se releva de forma evidente, rápida y certera como un barrio de la periferia sur. Simplemente es algo que se da por sentado, no se puede explicar.

Continúo mi paseo por la calle Marianistas, después por San Olegario y por San Deogracias. El paisaje urbano se mantiene. Por estas calles aumentan los negocios cerrados, los bajos comerciales abandonados y las casitas bajas en mal estado. Parece una zona más deprimida. El antiguo bar Stop Café, que ya ha perdido la letra “a” de su rótulo, y el local que en otro tiempo albergó el bar Bodega 41 son testigos de ello. Justo al final de la calle San Deogracias hay un pequeño descampado que se usa informalmente como aparcamiento. Resulta sorprendente que todo esto esté a escasos metros del PAU. (Fragmento del diario de campo, 7 de junio de 2018)

Muchas calles de la zona vieja se alargan hasta penetrar en la zona nueva, de tal forma que es posible comenzar a caminar por una calle del PAU y poco a poco ir adentrándose en la trama histórica de Carabanchel Alto, viendo cómo se transforma el espacio social y urbano. Esto sucede en la Avenida de Carabanchel Alto que discurre norte-sur para conectar el antiguo barrio con la M-40, una vía por la que yo transitaba diariamente para acudir a la biblioteca o para hacer recados:

Camino por la Avenida de Carabanchel Alto. A medida que avanzo por la avenida el paisaje que me rodea se transforma. Cambian la arquitectura y el urbanismo: la anchura de las calles, la carretera y las aceras se tornan cada vez más estrechas. También los comercios, hay más y con más diversidad. En el PAU solo hay restaurantes, bancos, farmacias, algún centro relacionado con el cuidado del cuerpo y el deporte y academias de idiomas. Reparo en un comercio de marcos fotos, está al lado de la escuela de baile que se promociona como “la mejor escuela de baile de Madrid”. En el escaparate hay expuesta una especie de escuela de Manolo Escobar como parte de los artículos de muestra. La gente que camina por el espacio público también es distinta. Además de haber muchas más personas por la calle, hay gente mayor —en el PAU casi no veo personas ancianas— y muchas más migrantes.

Ya estoy en el antiguo barrio de Carabanchel Alto. Una de las cosas que más me sorprende es que desde la acera se puede ver lo que sucede en las casas y establecimientos, no solo porque las actividades están mucho más a la vista que en las urbanizaciones del PAU, también por la propia escala urbana: todo sucede a menos distancia, es posible acercarse hasta las puertas y las ventanas y tocarlas.

Continúo por la avenida y unos metros antes de la parada de metro paso por delante de un bar que tiene mucha actividad. El negocio parece estar regentado por una persona de Europa del este, tal vez de Rumanía. Siempre hay varios hombres de distintas edades en la acera, apoyados en la ventana que conecta la barra del bar con la calle. Habitualmente sacan un par de sillas de plástico —cada una de un tamaño, forma y color distintos— y las colocan frente al bar, en los huecos que quedan libres entre los coches aparcados. Díganos que improvisan una segunda barra en la calle y una suerte de terraza precaria, sin mesas y entre vehículos. Los clientes se reparten entre la ventana y la terraza *sui generis*, ocupando casi todo el espacio de paso. Un ave doméstica de color verde —tal vez un periquito, un loro o una cacatúa— observa la cotidianeidad del bar y de la calle desde su jaula, situada en un extremo de la puerta. Al lado, una antigua máquina de juguetes infantiles reta a los viandantes a pensar cuándo habrá sido la última vez que un niño o niña se acercó a la máquina para introducir una moneda y sacar un juguete envuelto en una bola de plástico.

A escasos metros de la puerta del bar, a mano izquierda, se abre un pequeño patio. En su interior se encuentran varios portales de un edificio en forma de “U”. La fachada es de ladrillo rojo caravista y en ella se amontonan tendales de los que siempre cuelgan grandes coladas de ropa. Fuera, en la acera, suele haber una mujer gitana vendiendo frutas y verduras. Se coloca delante de una furgoneta negra aparcada justo al lado de la “terrace” del bar. El maletero con las puertas abiertas hace las veces de un mostrador de fruta para enseñar el género a los viandantes. Siempre que paso por delante me ofrece “tomates frescos, niña”. (Fragmentos del diario de campo, 14 de septiembre y 23 de octubre de 2017)



Fotos 7. Fronteras (2019, 2015, 2019)

En otros casos la disposición urbanística genera una *frontera urbana* algo más abrupta. Al caminar por una calle se puede observar a un costado el viejo barrio y al otro el nuevo, pudiendo captar con un solo vistazo las diferencias que existen entre ambos:

Camino por las calles paralelas a Avenida de la Peseta, una de ellas territorializa una clara frontera entre las dos tramas urbanas: a la izquierda el PAU, a la derecha la periferia obrera. Esta última se encuentra inaugurada por un gran descampado amarillento. A mis pies la basura que se amontona por el suelo, en las aceras de adoquines levantados. A un costado hay un camión aparcado, está lleno de chatarra. Encima hay un hombre colocando la mercancía y al pie del vehículo, sentada en una silla de madera, una mujer gitana. Va vestida de negro y con el pelo largo recogido en una coleta. Al otro lado de la calle veo las urbanizaciones colosales de siete alturas y algún que otro edificio de viviendas públicas con fachadas de colores chillones. Veo también los jardines verdes y cuidados del PAU, las aceras impolutas, sin un rastro de papel por las calles anchas y vacías.

Las aceras de los barrios de la periferia suelen estar sucias, y sobre todo, llenas de papeles: anuncios de alquileres de habitaciones, venta de pisos de segunda mano, publicidad de inmobiliarias, de tiendas de informática del barrio o de gente que se presta para trabajos de limpieza, reparación o cuidado de criaturas y personas ancianas. También pueden encontrarse pasquines de trabajadoras sexuales, que en los últimos años han variado mucho en cuanto a su diseño y su contenido. Es muy extraño encontrar algo de esto por las aceras del PAU.

Meses más tarde, durante una noche de verano, me encontré en esta misma zona a una familia de gitanos y gitanas que estaban cenando en la calle. Habían colocado en la acera una mesa con sillas. Al lado tenían el coche aparcado, con la radio a todo volumen y las puertas y ventanas abiertas. Estaban escuchando el partido de fútbol que disputaba esa noche la selección Española. (Fragmentos del diario de campo, 9 de octubre de 2017 y 25 de junio de 2018)



Fotos 8. Fronteras y tendales (Invierno de 2019)

Las diferencias entre la zona nueva y la vieja dan lugar a disputas entre los antiguos habitantes de Carabanchel Alto sobre dónde empieza y acaba *el barrio*⁴³. Por ejemplo, tras llevar treinta años celebrando las fiestas populares en el Parque de las Cruces — recuperadas por la Asociación de Vecinos— hubo que cambiar su ubicación ante los nuevos requerimientos del ayuntamiento. Desde entonces se celebran en el PAU, junto a la salida del metro La Peseta. Todavía algunos vecinos y vecinas de la parte vieja se quejan de esta ubicación que para ellos es nueva: “yo no voy a ir porque eso ya no es el barrio, el barrio es este”. Esto se plasma también en los debates que tienen en la Asociación de Vecinos para decidir cuál es su espacio de actuación. Algunas personas consideran que solo debería centrarse en el casco histórico y no “en lo nuevo”, pues en el PAU viven vecinos recientes, más jóvenes, en una zona nueva que es muy distinta al barrio antiguo.

Una tarde quedé con Flor para dar un paseo por el barrio de Pan Bendito. La urbanización en la que vive está en la zona noreste del PAU, limitando con este barrio históricamente estigmatizado. Al igual que en los casos anteriormente descritos, a medida que nos adentrábamos en el barrio viejo el espacio social y urbano se transformaba. Observamos cómo los barrios de esta periferia distan mucho de ser homogéneos entre sí y al interior de sí. En Pan Bendito también existen contrastes. Por ejemplo, al avanzar por la Avenida de Abrantes encontramos una zona menos deteriorada en comparación con otras áreas: los edificios son más nuevos, parecen tener una mayor calidad constructiva y se encuentran en mejor estado de conservación. Los parques también están más cuidados y las aceras más limpias. Flor percibe estas diferencias y comenta que en esta zona parece existir más poder adquisitivo. Después realiza una observación que me parece brillante: “¿te has fijado en los ascensores?”, me dice. Los barrios de las periferias están llenos de edificios de cuatro plantas construidos entre los años cincuenta y sesenta. Tiempo después, a medida que los vecinos y vecinas de estas viviendas se iban haciendo mayores, muchas comunidades invirtieron en construir un ascensor. Como el tamaño de los edificios era muy reducido hubo que construirlos a modo de apliques en la fachada, así que son visibles desde el exterior. Aluche y muchas zonas de Carabanchel están llenas de esos ascensores. Flor ha observado que en los edificios con estas características de Pan Bendito no había ninguno. Continúa la reflexión diciéndome que puede ser un indicador socioeconómico de cada zona. No todas las comunidades de vecinos y vecinas pueden asumir una derrama para realizar la obra. A lo que se puede añadir otro indicador de la media de edad de los habitantes, pues el contar con un ascensor suele ser, en general, más prioritario para las personas mayores que para las jóvenes⁴⁴.

⁴³ Es cierto que este es un debate frecuente en casi todos los barrios y pueblos. Entre los vecinos y vecinas de casi cualquier unidad territorial suelen existir desacuerdos sobre el punto exacto donde empieza y termina su perímetro. Y aunque no exista una *frontera urbana* tan visible como la que describo entre el PAU y Carabanchel Alto, para los habitantes de un barrio la distancia y las diferencias que les separan de los vecinos del barrio de al lado suelen ser evidentes.

⁴⁴ Carabancheleando (2017) recoge en el *Diccionario de las periferias* una observación muy interesante sobre los ascensores como un objeto cotidiano que condensa buena parte de la historia de las periferias. Funciona como un indicio bastante certero de la evolución de algunos fenómenos sociales en los barrios, ya que la presencia o ausencia de estos aparatos —y el *cómo* son—nos otorga mucha información sobre las dinámicas socioeconómicas, demográficas y urbanísticas experimentadas durante las últimas décadas. Como muestra el relato de Carabancheleando, los ascensores reflejaron la relativa mejora de las condiciones de vida que se experimentaron en los barrios de las periferias durante los años sesenta y setenta —asociadas a lo que Alfonso Ortí (1987) denomina *socialdemocratización material*— y

Con esto intento decir que aunque los barrios de la periferia obrera distan mucho de ser homogéneos entre sí —más bien todo lo contrario—, el PAU se construye en el imaginario del distrito como “la zona pija” o “la zona bien”. Justamente porque muchas de sus características escapan al imaginario tradicionalmente asociado con los barrios de la periferia. En las conversaciones cotidianas muchas personas de Carabanchel o Latina y también del PAU se refieren a este barrio nuevo como una “excepción” o dicen coloquialmente que “no es Carabanchel” o que es “diferente”. Recuerdo una conversación con una chica joven de Carabanchel Bajo que aludía a esa diferencia con la expresión “aquí no hay gente de barrio”. Y para explicarlo ponía el siguiente ejemplo: “yo tengo dos amigas en el PAU y sus padres son médicos”. Como explica Sergio García (2012), el PAU es considerado la “Moraleja de Carabanchel”. La Moraleja, una famosa urbanización cerrada en el norte de la ciudad, funciona aquí como lo opuesto a Carabanchel. Lo rico, lo prestigioso, aquello que está situado en las antípodas sociales, lo contrario a la periferia. Con su visibilización mediática en la época de los noventa se convirtió en el arquetipo de urbanización de las clases dominantes, encarnando la exclusividad y el lujo y sirviendo desde entonces como un contraste sobre el cual construir el discurso acerca de lo que se es (op. cit.). Se utiliza coloquialmente para establecer comparaciones entre barrios y su nivel socioeconómico. Normalmente el polo contrario a la Moraleja lo representan los barrios de la periferia sur como Villaverde, Vallecas o Carabanchel. Así, siguiendo a Sergio García, los habitantes de los barrios obreros desde una cierta “conciencia de escasez” —antes que desde una conciencia de clase entendida en términos marxistas— recurren a este juego de analogías que permite aludir a las diferencias de clase sin nombrarlas: diferencias en el poder adquisitivo, en relación a la atención que como barrio reciben por parte de la administración, a la buena o mala imagen de la que gozan, a los recursos con los que cuentan, etc. No se habla en términos sociológicos de la clase, sino a través de las comparaciones. La Moraleja va perdiendo entonces su estatuto de espacio *real* para configurarse como un espacio mítico, que nunca se ha pisado y que jamás se pisará, y que funciona como una imagen o un modelo con el que compararse. Por ello va a aparecer en más momentos de la etnografía, utilizada de distintas formas por personas que viven en el PAU para *acercarse* o *alejarse* de los barrios de la periferia obrera colindante y de sus connotaciones.

Sin embargo la connotación del PAU de Carabanchel como “zona bien” tiene más sentido entre los habitantes de Carabanchel o de Latina, porque alude a un conjunto de diferencias que prácticamente solo toman sentido dentro del distrito. El PAU ocupa un lugar más significativo en los imaginarios que la gente de Carabanchel tiene sobre su barrio y sus diferencias internas, que en el conjunto de la ciudad de Madrid. Es decir, las connotaciones socioeconómicas y de estatus del PAU se hacen inteligibles dentro del sistema de comparaciones que se establecen en Carabanchel, donde cada zona o cada espacio ocupa una posición —aunque algunos gocen de tal *mala fama* que se

posteriormente en la década de los noventa. Primero al ubicarse únicamente en las nuevas torres de edificios, que ya incorporaban ciertas mejores materiales respecto de las construcciones existentes, y más tarde, constituyendo uno de los motivos a favor de la movilidad residencial de ciertas familias que pudieron irse a vivir a otros barrios o a otras zonas dentro del mismo barrio. Los vecinos y vecinas que se quedaron y contaban con presupuesto construyeron ascensores en la fachada de los edificios viejos. Sin embargo, en aquellos bloques en los que no existían los suficientes recursos para plantearse una obra de estas características o no se veía como una prioridad en la que invertir, no se llegaron a construir. Esta es la historia que explica por qué algunos pisos de Pan Bendito no tienen ascensores.

usen como un modelo negativo inteligible para el conjunto de la ciudad e incluso del Estado, como es el caso de Pan Bendito—. La relevancia y el significado que tiene el PAU de Carabanchel para la gente de Carabanchel no lo tiene para las personas que viven en otros barrios de la ciudad. De hecho, mis amigas que residen en el centro de Madrid interpretaban mi mudanza al PAU, entendido aquí únicamente en su dimensión de *ultraperiferia*, como una bajada de posición social.

Pero, ¿quiénes viven en el PAU?, ¿quiénes son sus habitantes y cómo han llegado aquí? En un ejercicio de simplificación, puede decirse que en el PAU de Carabanchel existen cuatro grandes procedencias o trayectorias sociales:

- I. Grupos con escasos recursos que obtuvieron por concurso público una vivienda del IVIMA o de la EMVS. Algunas personas adquirieron la vivienda en propiedad y a otras se les asignó un alquiler social. En este último caso, los que eran inquilinos e inquilinas de la EMVS vieron cómo en 2013 sus viviendas eran vendidas al fondo de inversión Blackstone y empezaban a ser gestionadas por Fidere⁴⁵, empresa filial de este fondo. Desde entonces han sufrido un continuo proceso de aumento del alquiler y de abandono de los inmuebles que ha generado una cascada de desahucios. En estos edificios que cuentan con numerosas viviendas vacías propiedad de los *fondos buitres* también viven familias que están en situación de ocupación ante la falta de una alternativa habitacional. La situación de total inestabilidad y desamparo provoca una continua rotación, por lo que es habitual que estas viviendas vayan cambiando de moradores cada cierto tiempo. Todos estos grupos tienen en común el no haber *elegido* de forma premeditada su vivienda y el barrio de residencia. En el PAU experimentan una cotidianeidad marcada por la escasez de servicios y equipamientos públicos, el abandono institucional, los procesos de segregación socioespacial y en algunos casos la emergencia habitacional.
- II. Grupos con mayor poder adquisitivo que se desplazaron al PAU buscando tranquilidad, una plaza de garaje, la comodidad de servicios privados y exclusivos en el propio edificio y unas calidades que no era posible tener en el centro de la ciudad. Residen en edificios de vivienda libre con todos los servicios de seguridad, ocio y recreación en los patios interiores, y son propietarios de su vivienda. Seguramente este sea el grupo de población que menos necesita los servicios y equipamientos públicos porque los puede sustituir desahogadamente por soluciones privadas. Este perfil más acomodado y con un alto nivel socioeconómico no es frecuente en el PAU de Carabanchel. Se trata de una trayectoria social y residencial que es marginal en este barrio pero que, como veremos, es mayoritaria en otros PAU del norte.
- III. Grupos pertenecientes a sectores de la clase trabajadora que durante el *boom* inmobiliario se trasladaron al PAU. Residen en edificios de promoción privada, ya sea de vivienda libre o con protección pública —las antiguas VPT actualmente denominadas VPPL—, y a menudo siguen pagando una hipoteca. Este grupo se autodefine como “clase media” aunque no sin fisuras, contradicciones y

⁴⁵ Fidere actúa como la SOCIMI (Sociedad Cotizada Anónima de Inversión en el Mercado Inmobiliario) del fondo de inversión Blackstone. Según lo que he podido hallar en mi trabajo de campo, en el PAU de Carabanchel se vendieron ocho promociones de la EMVS a este fondo internacional.

ambigüedades. Y como veremos, navega entre los servicios privados, el uso selectivo de determinados servicios públicos, la comodidad de la urbanización donde al tiempo existen los impagos y las deudas, y la percepción de haber experimentado un cierto ascenso social. La mayoría provienen de los barrios de la periferia obrera colindante, en los distritos de Carabanchel y Latina, o en municipios cercanos como Leganés.

- IV. A estos colectivos se une un grupo heterogéneo de personas que vive de alquiler en el PAU y que ha aumentado tímidamente durante los últimos años. Este ligero aumento guarda relación con la escalada de los precios del alquiler en Madrid que va expulsando a la población con menos recursos hacia zonas de la ciudad cada vez más periféricas y asequibles. Más allá de los pisos de protección que Blackstone sacó al mercado de alquiler y que se encuentran todos en los edificios de promoción pública, las viviendas de alquiler se reparten de forma desigual por el PAU. Hay urbanizaciones en las que la práctica totalidad de las viviendas son en propiedad, como sucedía en la primera comunidad en la que viví, y otras en las que existen más viviendas en régimen de alquiler, como en mi segunda urbanización.

Esta etnografía se centra en el tercer grupo social. Aunque en el trabajo de campo haya prestado atención a un contexto social mucho más amplio, mi interés está puesto en esos habitantes del PAU que podemos denominar como los hijos e hijas de la periferia obrera. Así, las discontinuidades urbanas, arquitectónicas y simbólicas que he descrito entre el PAU y los barrios antiguos, se acompañan de una continuidad sociológica entre ambos espacios, entre la *periferia obrera* y la *periferia neoliberal*. Pedro, vecino de Carabanchel Alto, ilustra este proceso de la siguiente manera:

“Hubo una continuidad social [...]. Bastante gente que vivía en el barrio pues se cambió. Gente [...] pues que dijo, “coño, pues voy a vender la casa esta y me voy a una casa un poco más cómoda, más moderna, con ascensor” o lo que sea [...]. Otra gente fueron los hijos de gente que vivía aquí los que se marcharon a vivir para allá, y efectivamente también pues iría gente de Aluche y de los alrededores. Entonces hay una parte importante de gente que se fue a vivir ahí que daban una continuidad”. (Entrevista con Pedro, Asociación de Vecinos de Carabanchel Alto, febrero de 2019)

Pero antes de aproximarme a las experiencias y fenómenos que atraviesan la vida cotidiana de este grupo de población, resulta fundamental restablecer el contexto social y barrial en el que se encuentran. Las cuatro trayectorias que he descrito muestran cómo la burbuja inmobiliaria generó una periferia que consigue unir en el mismo espacio físico a grupos sociales con trayectorias y condiciones de vida muy diversas. Bajo su aparente homogeneidad urbanística y arquitectónica, se esconden formas muy distintas de experimentar la vida cotidiana en el barrio. En el PAU, donde los servicios y equipamientos públicos son escasos, el espacio de la calle resulta residual y la socialización se organiza alrededor de los servicios privados de los residenciales, las desigualdades se vertebran fundamentalmente en torno a las tipologías residenciales. A menudo las urbanizaciones de vivienda libre cuentan con servicios privados más exclusivos, que a su vez las urbanizaciones de VPT —en función de las posibilidades de cada comunidad— intentan imitar y con los que no cuentan las viviendas de promoción pública. De esta manera los procesos de jerarquización social y desigualdad adquieren una dimensión de manzana o de bloque de viviendas: los grupos con menos recursos se enfrentan a la necesidad de contar con unos servicios públicos casi

inexistentes, mientras que los grupos mejor posicionados pueden suplir estas carencias con recursos privados. Algunas vidas transcurren en los espacios interiores de los residenciales, entre los desplazamientos al centro de trabajo y las actividades de ocio y crianza en las urbanizaciones. Al mismo tiempo, otros habitantes destinan una gran cantidad de horas semanales en los trayectos en metro o autobús y hacen un uso más intensivo del desagradable espacio público del PAU al no contar con espacios de socialización privados en sus edificios. A modo de dato económico, la distancia en términos de precio de las viviendas cuando se empezó a habitar el barrio a mediados de los dos mil, podía ir desde los 200.000 y 300.000 euros de un bloque de vivienda privada, hasta unos 80 o 90 euros al mes en un edificio del IVIMA para una familia numerosa (Ávila, García, García, García, Montero y Parajuá, 2015).

En este grupo al que me he referido como hijos e hijas de la periferia obrera la tendencia es recurrir a servicios privados ante la escasez de los servicios y equipamientos públicos. Esto se observa, además de en la propia configuración de un barrio formado por residenciales, en diversos ámbitos como en la sanidad, el uso del vehículo privado o la escolarización de los hijos e hijas en centros privados y concertados. Esta tendencia a suplir la escasez de lo público mediante los recursos privados se convierte en “sentido común” —se trata casi de un *sentido de época* ya que forma parte de los procesos de neoliberalización de la sociedad— hasta el punto de que, por ejemplo, cuando le preguntaba a Ana por los servicios que echaba en falta en el PAU, mientras yo esperaba una respuesta encaminada a mejorar las dotaciones públicas, ella me contestaba reclamando una clínica sanitaria privada:

Inés: Antes me decías que echabas en falta más opciones entre los chavales entre 12 y los 14. ¿Y más cosas que echas en falta de servicios y así en el barrio?

Ana: Pues mira aquí al principio había una cosa... Pero claro, si se ha quitado, es porque al final la gente no ha tirado más de ello, pero un centrillo de salud de estos de *Sanitas*, *Adeslas*. Pero qué pasaba, que era tan pequeño, tan pequeño, que entonces ibas, yo qué sé, imagínate, a la ginecóloga, y la ginecóloga te daba volante para irte a otro sitio a hacerte la mamografía, a otro sitio a hacerte la... Entonces no resultaba útil. Pero si hubiera algo así, a mi sí que me apañaría bastante la vida. Por ejemplo ahora, hombre no me coge lejos, pero me he tenido que ir a la *Quirón* a hacerme los análisis. Me pareció ver hace poco que habían puesto uno [...]. Realmente yo creo que al final eso, lo de la clínica esta chiquitita, se fue a la porra porque es verdad que con el Centro de Salud que tenemos ahí, al final... Yo sí que lo echo de menos porque tiro bastante de lo privado, por el horario sobre todo, pero tampoco es algo que vaya a tener buen tirón. Y te digo, muchas veces lo he pensado, ¿qué podríamos poner aquí para los chavales?

En las conversaciones con mis vecinas muchas de ellas no expresaban la ausencia de servicios públicos o si lo hacían era de forma anecdótica porque realmente no los usaban y por lo tanto no los percibían como una necesidad de primer orden. Aunque, de nuevo, se referían a ellos al recordar la época en la que estaban embarazadas. Al estar de baja laboral pasaban más tiempo en el PAU y su uso del espacio y sus necesidades se transformaban. Ruth por ejemplo me contaba su experiencia con el transporte público:

Yo siempre me muevo en coche, la verdad es que... Pero cuando tuve a Lucas, Manu necesitaba el coche para ir a trabajar entonces me movía más en transporte público. Carrito y *el 35*⁴⁶ es imposible, o sea, siempre hay un carro, siempre... es infierno total, o sea lo recuerdo como, vamos. Es que un

⁴⁶ “El 35” es la forma coloquial de referirse a la línea 35 de autobús de la Empresa Municipal de Transportes (EMT) que conecta Carabanchel Alto con el centro de Madrid, llega hasta la Plaza Mayor.

día en el Islazul que lo tenía que coger y me dijo el autobusero “es que hay un carrito ya”. Y yo “mira, son las nueve, está diluviando, no me voy a quedar en la parada”. Entonces le dije a una señora “¿coges al bebé?, que recojo el carro” y ya me vio el autobusero así tan, que me dijo “pasa, pasa, pasa, no desmontes nada”. Y yo “vamos, me la llevo como haga falta”. Así que el día a día, vamos, tiene que ser... (Entrevista con Ruth, junio de 2019)

En la actualidad las reivindicaciones para mejorar los servicios públicos —sanitarios, de transporte, mantenimiento de parques públicos, etc.— son llevadas a cabo por la Asociación de Vecinos de Carabanchel Alto y más allá de las colaboraciones puntuales con el AMPA de uno de los colegios, no encuentran mayor seguimiento entre los residentes del PAU. Las movilizaciones que los nuevos vecinos protagonizaron con la Plataforma PAU de Carabanchel al inicio del barrio se fueron apagando, sobre todo a raíz de la entrega de los pisos, y actualmente están completamente desarticuladas⁴⁷. De hecho, la dinámica de atomización familiar en torno a las urbanizaciones que existe en el PAU ya se avanzaba tímidamente en la presentación de esta Plataforma. Cuando echó a andar, en el primer boletín que editó se aclaraba lo siguiente: “la Plataforma somos vecinos del PAU, como vosotros. Cada uno de los miembros activos de esta organización *sui generis*, tiene afortunadamente, una vida muy similar a la vuestra: trabajo, familia, aficiones, televisor, sofá, cama”.

Por otra parte, lo que sí se reclama con frecuencia en las conversaciones entre vecinos, y no tanto de forma organizada, es el aumento de la presencia policial. Ante prácticamente cualquier molestia se demanda “más policía” o “una comisaría”. Pueden ser molestias vecinales ocasionadas por ruidos en la calle, falta de limpieza puntual de algún parque o por la presencia de personas alojadas en el Centro de Acogida municipal que se encuentra ubicado en el PAU.

Las políticas urbanas neoliberales que han intervenido en estos barrios han fomentado una expansión de la esfera privada y el sector privado y en detrimento de lo público y lo colectivo, generando un espacio en el que las vivencias de cada grupo social son muy diferentes. Se trata de un modelo en el que el Estado y las administraciones parece que no están, pero su intervención discreta consiste justamente en la generación de un marco propicio para la *inclusión diferencial* (García y Ávila, 2015a): un contexto “basado en la multiplicación de dispositivos de segmentación social, que es expresión y causa a la vez de la desigualdad y la competitividad” (p. 23). La desigualdad cotidiana en el PAU se teje en relación a un escaso servicio de transporte público y sus malas comunicaciones, a un barrio proyectado para la movilidad en vehículo privado, a los vaivenes del mercado inmobiliario que generan un aumento del precio de la vivienda y un ciclo sin fin de exclusión residencial, al escaso número de colegios públicos en relación a la proliferación de privados y concertados, a un urbanismo y a unos servicios pensados únicamente para familias jóvenes con trabajos remunerados, y olvidándose

⁴⁷ Como me explicó Pedro, integrante de la Asociación de Vecinos, esta Plataforma pasó por varias etapas. Inicialmente se formó como una herramienta para denunciar los retrasos en la entrega de los pisos, aunque algunos integrantes ya estaban planteándose reivindicaciones más amplias que tenían que ver con los servicios y las dotaciones del nuevo barrio. Pedro comenta cómo en el momento en el que se consiguieron los pisos hubo un proceso de desmovilización general y en la Plataforma quedaron pocas personas activas. Se vincularon con la Asociación de Vecinos de Carabanchel Alto para reclamar cuestiones como la llegada del metro, la urbanización de las zonas verdes fijadas en el plano de usos del PAU, detener la ampliación de la M-40 y la M-45, etc. Pero con el tiempo esta Plataforma se fue desintegrando hasta desaparecer. Pedro, en parte, lo achaca a una cierta reclusión en la vida familiar: “empezó la gente a tener hijos, y entonces también a nivel familiar te cambia un poco la vida esas cosas”.

por ejemplo de las personas mayores o de las implicaciones que esto tiene en términos de sobrecarga del trabajo reproductivo (Gutiérrez Cueli y Martínez Aranda, 2020). La intervención de las políticas urbanas neoliberales ha consistido no solamente en la construcción durante la burbuja de productos inmobiliarios disponibles para todas las clases sociales, sino también en la generación de las condiciones de posibilidad para unas relaciones sociales marcadas por la desigualdad y la competitividad. Este contexto invita a desarrollar entre los vecinos y vecinas vidas paralelas que en pocas ocasiones se cruzan.

Además de las distintas posiciones sociales que existen en el PAU de Carabanchel, al poner este barrio en el contexto de la ciudad de Madrid junto al resto de nuevos desarrollos, aparece otro conjunto de estructuras de desigualdad. Los desarrollos del norte están habitados generalmente por población con un mayor nivel adquisitivo y presentan cifras de renta media más altas que los ubicados en el sur. Valdebebas, por ejemplo, cuenta con residenciales que albergan viviendas de élite —a 5.000 o 6.000 euros el metro cuadrado (Calvo López et al., 2015)— y está ubicado en un enclave que goza de *capital espacial*. En los discursos promocionales del barrio sus promotores inmobiliarios se esfuerzan en recalcar la cercanía con algunos de los más distinguidos complejos empresariales y residenciales madrileños:

“Situado a sólo 10 minutos de la Plaza de Castilla y limitando al norte con La Moraleja y el Encinar de los Reyes, al sur con IFEMA, al este con el Aeropuerto de Barajas y al oeste con Sanchinarro. [...] Más de un millón de metros cuadrados en la mejor zona de la capital, con la mayor proyección de futuro gracias a su ubicación frente al aeropuerto de Madrid y a las modernas infraestructuras que rodean el ámbito. Una zona en desarrollo y una de las áreas más cotizadas de Madrid”. (Fragmento de la página web promocional de Valdebebas⁴⁸)

En su discurso ocupa un lugar central el lema “*fintech district*”, el término que han utilizado para construir la *marca* de Valdebebas a modo de nueva Ciudad Financiera. Se trata de promocionar un modelo que aúna la actividad financiera con un espacio residencial para clases con alto poder adquisitivo⁴⁹: “los negocios y la calidad de vida”.

De vuelta a la periferia sur, el PAU de Carabanchel es un vecindario habitado casi exclusivamente por familias jóvenes con hijas e hijos pequeños o adolescentes. Tanto es así que se ve reflejado en la pirámide de población del barrio administrativo de Buenavista, donde se sitúa el PAU: en comparación con el resto de barrios de Carabanchel, y también con la tónica general de una sociedad española envejecida, su estructura demográfica parece extrema. Según los datos de 2018 aportados por el Ayuntamiento⁵⁰, es con diferencia el barrio más joven de Carabanchel, con mucha población infantil y una edad promedio de 39,24, la más baja de todo el distrito. Además es casi el único con un crecimiento vegetativo positivo.

La mayoría de estos habitantes, que actualmente rondan los 40 años, son de origen español y crecieron en barrios de la periferia obrera colindante, como distintas zonas de

⁴⁸ Página web promocional de Valdebebas: <https://valdebebas.es/la-zona>

⁴⁹ Los medios de comunicación ya relacionan el barrio de Valdebebas con la clase social alta. Durante el confinamiento ocasionado por la COVID-19 en la primavera de 2020, *El País* (Quesada y Viejo, 2020, junio 1) se hacía eco de un hombre joven de Valdebebas que durante el estado de alarma ofrecía sesiones de música desde su balcón para todo el vecindario. Tomaban la noticia del “Dj. de balcón” para parodiar la imagen de los hombres jóvenes de la clase alta de la capital que viven en exclusivas urbanizaciones cerradas, juegan al pádel, han estudiado en colegios privados religiosos y votan a la derecha

⁵⁰ Ayuntamiento de Madrid (2018). *Distritos en cifras*.

Carabanchel Bajo, Aluche o Leganés. Por ello el PAU también presenta el menor porcentaje de personas extranjeras del distrito⁵¹ —con un 12% frente al 20% de barrios como Vista Alegre o Puerta Bonita y siendo casi un 18% la media del distrito—. Se mudaron al PAU alrededor del 2006, cuando tenían unos 30 años. En esa época el barrio aún no estaba finalizado y los efectos de la crisis económica comenzaban a mostrarse tímidamente. La mayor parte de estas personas jóvenes llegaron en pareja, al mismo tiempo y en el mismo punto del ciclo vital. En las conversaciones y entrevistas que he tenido con las mujeres, suelen señalar cómo la población va siguiendo un mismo ciclo de vida. Ana, por ejemplo, usaba la expresión “todos a la vez” para mostrar las diferentes etapas por las que el barrio y sus habitantes han pasado: la compra de los pisos mediante préstamos hipotecarios, los retrasos en las entregas de llaves; unos años de vida en pareja con el piso recién estrenado en un barrio que en esos momentos está aún sin terminar; más tarde los primeros embarazos y nacimientos; y desde hace un tiempo la primera generación de adolescentes y también los primeros padres y madres separados. En paralelo, el tejido comercial del barrio y los servicios públicos, ambos escasos, han acompañado estas transformaciones. Primero solo existían sucursales de bancos —abriendo hipotecas, nuevas cuentas de ahorro, seguros de hogar, etc.—, después guarderías, más tarde las primeras líneas de los colegios, el instituto y las academias infantiles de inglés.

En la actualidad, la vida cotidiana de estas mujeres se teje entre los desplazamientos en coche, el trabajo, el ascensor de la urbanización que comunica el garaje con la vivienda, la crianza y la práctica de deporte —normalmente ellos lo hacen fuera de la urbanización y ellas dentro, en las clases de pilates, yoga o zumba—. En todas las entrevistas que he realizado se repite la secuencia “trabajo, coche, ascensor, casa, niños” como aquello que vertebra el transcurrir de los días. El PAU es un barrio organizado urbanística y socialmente sobre una expansión de la esfera privada y privatizada, por ello las mujeres en tanto que encargadas de la dimensión doméstica y reproductiva se sitúan en un lugar central para comprender los procesos de socialización y la vida cotidiana en él. Como dice Ana, “porque, al final, somos la casa”.

En esta etnografía me aproximo, a través de las mujeres del PAU, a la mudanza que emprendieron estos jóvenes de periferia y a las prácticas que despliegan en la cotidianeidad del nuevo barrio como estrategias familiares orientadas a mejorar sus condiciones de vida y su posición social. La gran expansión de las periferias madrileñas durante el *boom* inmobiliario generó productos atractivos para las diferentes clases sociales, entre ellas para un sector joven de la clase trabajadora que durante la burbuja contaba con cierta capacidad de consumo, ganas de independizarse y expectativas de adquirir una vivienda en propiedad. Pero antes de sumergirme en todas estas cuestiones, explicaré cómo llegué al PAU de Carabanchel y cómo fue mi vida en este barrio durante los dos años que viví en él.

⁵¹ Lo mismo sucede en el caso de los cambios de domicilio desde el interior de la ciudad de Madrid. Al mirar los datos de 2017 desglosados por población migrante y nacional, encontramos que mientras que el resto de barrios presentan más altas provenientes de población extranjera, Buenavista es el barrio con más altas de población española —tiene 2.001 altas, seguido por Vista Alegre con 1884—. Es decir, que mientras que al resto de barrios se muda más población migrante proveniente de otros distritos de la ciudad de Madrid, a Buenavista se desplazan fundamentalmente personas españolas.

Capítulo 2

La construcción de una etnografía en un barrio residencial. Trabajo de campo, objeto de estudio y miserias en el PAU

Mi diario de campo, titulado “Tristes PAUs” —con permiso de Lévi-Strauss—, consta exactamente de cuatrocientas dieciocho páginas escritas entre el 4 de julio de 2017 y el 21 de diciembre de 2020. En él doy cuenta del transcurrir de mi vida y mi trabajo etnográfico durante todos y cada uno de los días de esos años. Me gustaría poder escribir aquí, con ese diario en la mano, que me sumergí en un contexto social vibrante y que fui testigo de acontecimientos dignos de ser recordados, como los que se encuentran en esas etnografías que le cambian la vida a cualquiera que las lea. Que bregué con situaciones límite, que desplegué todo un arsenal de técnicas y estrategias de campo que llenaron mis días de información relevante y de historias —historias de poder y resistencia, de dolor, de dignidad, de grandes desigualdades— y que el curso de los acontecimientos me mantuvo ocupada y entretenida. Pero nada de lo que sucedió fue así.

Esta es una historia bien distinta. Es, antes que un acontecimiento, un evento ordinario. Antes que un hecho extraordinario, el discurrir cotidiano del orden de las cosas. Es sobre las formas de lo común, lo habitual, “lo que ocurre cada día y vuelve cada día”, como dice Georges Perec (2008). Lo que se da por supuesto, por descontado, lo que se da por hecho. El saber hacer. Lo sabido. “Las cosas encasilladas por la rutina en el «eso es evidente»”, como dice Pierre Bourdieu (2006). Y es, antes que una antropología sobre los grupos pobres o excluidos, o sobre los ricos y poderosos, una antropología de la gente discreta. La *gente común*. Esa que se nombra *clase media*. Una antropología de las distancias sociales encarnadas y naturalizadas en el espacio urbano, en el espacio social y en el orden de los cuerpos.

Por eso, en parte, es también la historia de un trabajo de campo que fue más bien monótono, rutinario, aburrido, solitario y lleno de ratos muertos; en un barrio más bien monótono, rutinario, solitario y lleno de calles vacías. En este capítulo voy a intentar explicar cómo fue mi estancia en un vecindario residencial de la periferia sur de Madrid a través de distintos fragmentos del diario de campo escrito en el transcurrir de mi vida cotidiana en dos urbanizaciones.

Para realizar mi trabajo de campo viví en el PAU de Carabanchel durante dos años, interrumpidos por una estancia de investigación que me mantuvo alejada del barrio durante cuatro meses. El primer año, de septiembre de 2017 a agosto de 2018, viví en un gran residencial de ladrillo caravista con piscina, jardín interior, zona infantil de juegos y cancha de fútbol y baloncesto. Me alojé en una habitación alquilada en el piso de Omar, quien, como descubriría al poco de instalarme, en realidad no era el verdadero propietario, sino que subarrendaba habitaciones al margen de la legalidad. Lo que ocurría dentro de aquella casa, tras la celosía que protegía nuestra cocina de las miradas provenientes del patio interior, poco tenía que ver con la apariencia imponente de la urbanización y sus servicios privados. Además de con Omar, ese año viví con otras cuatro personas que en menos de doce meses pasaron por la habitación restante.

La primera fue Alicia. Cuando llegué al piso ella ya estaba ahí. Era una chica de mi edad con la que rápidamente tejí una buena relación. Originaria de Almería, había llegado al PAU dos años antes para vivir con su novio en una de las antiguas viviendas públicas del barrio, ahora alquiladas por Fidere —la filial del *fondo buitre* Blackstone—. Al romper su relación tuvo que buscar con premura un lugar donde quedarse y, a dos calles de su antigua promoción, encontró esta habitación en el piso gestionado por Omar —filial de un propietario que nunca conocimos—. Alicia tenía veintiséis años y dos empleos. Daba clases extraescolares en un colegio y estaba contratada en una empresa de eventos. Realmente trabajaba de sol a sol y cuando tenía ratos libres los pasaba con su nuevo novio, entrenador de gimnasio. Así que nunca estaba en casa. Aunque nuestros encuentros eran fugaces y normalmente restringidos a los fines de semana, por las noches desde mi cama la escuchaba llegar y recorrer sigilosamente el pasillo hasta su cuarto, situado junto al mío. Su entrar silencioso, noche tras noche, siempre me pareció una muestra de cariño. La presencia de Alicia hizo que mis primeros meses en el campo fueran más llevaderos.

Una mañana, sin previo aviso, Alicia recogió sus cosas y se marchó del piso. Llevaba un tiempo discutiendo con Omar por el pago del alquiler. Poco después llegó la Señora C. Una mujer de unos 45 años, profesora interina de instituto, que debía cubrir una sustitución temporal en un centro de la periferia sur de Madrid. Con una burbuja creciente en el precio de los alquileres y su bajo presupuesto, se había visto abocada a arrendar en un piso compartido en el PAU de Carabanchel. Antes de que se cumpliera un mes desde su llegada, encontró un lugar mejor en el barrio de Vallecas y se fue de nuestro piso. Me dejó en la nevera un montón de verduras frescas que cociné con gusto.

Cuando llegó Saúl ya estaba bastante escamada con la fugacidad de los últimos habitantes de la casa y reconozco que durante los primeros días no le hice mucho caso. Pero Saúl me buscaba. Buscaba mi presencia, mi compañía, mi conversación. Estaba muy solo. De modo que enseguida inauguramos la rutina de cenar juntos, charlar un rato antes de irnos a la cama y compartir el desayuno durante los fines de semana. Saúl tenía 34 años y había estudiado derecho. Vivía en Asturias, en un piso en propiedad que continuaba pagando, cuando se quedó sin empleo. Tras un año de búsqueda exhaustiva encontró un puesto en una gran multinacional con sede en Madrid. Puso su vivienda en alquiler, se trasladó a la capital y, de nuevo, la burbuja del alquiler lo trajo hasta el PAU de Carabanchel. Al mes de vivir aquí la empresa le comunicó que no había superado el periodo de prueba y que estaba despedido. Entonces nos dimos cuenta que, en realidad, contratarlo nunca había sido una opción.

Para la selección del siguiente inquilino recibimos muchas visitas, casi todas de hombres jóvenes, policías, que habían sido trasladados temporalmente a alguna comisaría cercana, en los barrios de la periferia colindante. A veces Omar me dejaba encargada de enseñar el piso y yo lo hacía a regañadientes. Finalmente, en el mes de abril llegó Carlos. Fue Omar quien me dio la noticia, ofreciéndome también una breve presentación del nuevo compañero. “Lleva un montón de tiempo de *munipa* aquí en Carabanchel”, y continúa, “ahora se está separando y tiene un crío pequeño”. “Es un golfo”, sentenció riéndose. Sin duda fue una descripción cautivadora. Carlos tenía 43 años. Había crecido en Aluche y llevaba más de diez años trabajando como policía municipal en el distrito de Carabanchel. Con un piso en propiedad hipotecado, su reciente separación y la larga baja laboral en la que se encontraba, nadaba en una

espiral de precariedad, depresión e inestabilidad. Carlos prácticamente no dormía. Solo fumaba, tomaba antidepresivos y bebía. Bebía mucho y a todas horas. Por las noches le escuchaba dar vueltas en su cuarto y cuando amanecía y yo salía del mío, un hedor intenso a alcohol y cenicero me golpeaba la nariz. Las latas de cerveza que llegaban a casa en pequeñas bolsas de plástico no tardaban en aparecer vacías en la papelera. Al principio yo procuraba separar las cajetillas de tabaco de los envases de cerveza para tirar cada desperdicio a su contenedor correspondiente. Pero aquella operación comenzó a entristecerme demasiado y dejé de hacerlo, aunque nadie en casa reparó ni en lo uno ni en lo otro. Carlos prácticamente no hablaba y no miraba a los ojos. Su presencia en el piso era casi espectral, como la de Omar. Se parecían demasiado. A veces su hijo de nueve años venía a casa, y esos días yo intentaba desaparecer. Recuerdo su primera visita. Carlos sentó al niño en la mesa del salón para que hiciera los deberes, sobre el mantel de hule descolorido y manchado. Tenía puesto el uniforme del colegio concertado y las piernas le colgaban de la silla. Omar, a escasos metros, hacía pesas sin camiseta en su banco de ejercicio color granate. Tenía la música electrónica puesta a toda pastilla y la ventana abierta. Los dos hombres conversaban y, de vez en cuando, Carlos apremiaba al niño para que hiciera sus deberes.

La siguiente inquilina en marcharse fui yo.

Mientras viví en ese piso también conocí a las mujeres de las clases de pilates. Éramos vecinas de urbanización porque la actividad se realizaba dentro de las dependencias privadas del residencial. En total éramos ocho, ellas todas madres y propietarias, entre los cuarenta y los cincuenta y tantos. Debo reconocer que me costó entablar una relación fluida y de confianza con el grupo. En las clases había menos interacciones entre alumnas de las que yo esperaba —algo que ahora me parece evidente pues la actividad principal consistía en hacer pilates—, y las salidas y entradas eran más fugaces de lo que había imaginado. De modo que mi relación con ellas tardó varios meses en fraguarse. Prácticamente tuve que esperar hasta la llegada de la primavera para que, con el buen tiempo, los días más largos alargasen también las conversaciones en los ratos de entrada y salida. El ambiente se tornó más distendido y alegre, y los horarios de las cenas menos ajustados, de forma que las charlas podían dilatarse.

Por suerte llegaron los meses de verano y abrieron la piscina de la urbanización. Entonces mi vida social en el PAU mejoró sustancialmente. Las compañeras de pilates me saludaban con cariño cuando nos encontrábamos a remojo o tomando el sol en la zona de césped del patio interior. Hablábamos del trabajo, las vacaciones, el calor que hace en Madrid y “hay que ver que no estoy haciendo nada de deporte”. Ese verano pasé las tardes en la piscina con Pili —de pilates—, y sus vecinas Ángela e Isabel. Juntas formábamos una tertulia pintoresca: ellas eran, superando los 55 años, de las habitantes con mayor edad del residencial, y yo probablemente la vecina más extraña. A veces se unían a nosotras los dos socorristas que trabajaban a turnos. Un chico y una chica que rondaban los 20 años y que encontraban en aquellas charlas ocasionales con las vecinas un pasatiempo para las largas jornadas laborales y una vía para escapar a los continuos reclamos de los niños y niñas más pequeños. Por supuesto, entre sus labores estaba la de reñir a la mayoría de adolescentes, varones, que se tiraban a la piscina haciendo gala de todo lo prohibido —estilo bomba, con voltereta, con carrerilla o de plancha para que suene y salpique—.

Ese año también entablé relación con Awa. En realidad fue de las primeras personas con las que hablé al llegar al PAU. Su edad siempre fue para mí un misterio, a veces me parecía muy joven y a veces muy mayor. Era originaria de Senegal y se desplazaba todos los días desde un municipio al sur de Madrid hasta el PAU para pedir dinero a la puerta del supermercado. Awa no solo hablaba conmigo, saludaba a todas las vecinas, hablaba con ellas y cuidaba de los perros mientras sus dueñas hacían la compra, porque finalmente en eso consistía su trabajo. Durante mis dos años de estancia en el barrio hubo muchos días en los que Awa fue la única persona con la que hablé, aunque solo fuera durante unos minutos. Siempre me llamaba “princesa”.

En el primer residencial conocí a los tres guardias de seguridad que se alternaban para que la urbanización estuviera vigilada las 24 horas. Nicolás era rumano, Fidel colombiano y Yuri natural de Ucrania. Durante muchos meses, antes de que el verano en la piscina alentara mi tímida vida social en el PAU, Yuri fue prácticamente la única persona con la que tuve relación en el barrio —junto con Awa—. Por las tardes, cuando estaba de turno, yo bajaba a su garita y charlábamos. Yuri me contaba historias de su vida, me mantenía al día de las últimas noticias de sus hijos y nietos, y yo agradecía inmensamente su compañía, y claro, también le contaba mis cosas. Cuando me mudé de urbanización no dejé de hacerle visitas.

En esta etnografía Yuri toma este nombre en recuerdo a nuestras conversaciones vespertinas sobre la Ucrania de la Unión Soviética en la que él había nacido. Si Yuri Alekséyevich Gagarin, cosmonauta y piloto soviético, fue el primer ser humano en viajar al espacio exterior, Yuri fue mi primer amigo en el PAU.

A finales de marzo de ese año comencé a participar en un club de lectura organizado por las vecinas de otro residencial del barrio. Un mes antes había tenido la suerte de conocer a Flor en una actividad dinamizada por un espacio activista de Carabanchel en el que yo participaba. Al descubrir que Flor vivía en el PAU me presenté y rápidamente me acogió como su nueva y joven vecina. Casualmente acababa de poner en marcha un club con varias mujeres de su urbanización que se juntaban para comentar libros escritos por mujeres. Nuestro club de lectura, en el que empezamos participando siete, fue creciendo con el tiempo, sumando a más compañeras que ya no vivían en el mismo residencial —viejas amigas, colegas del trabajo, antiguas vecinas—, al tiempo que íbamos añadiendo libros a nuestra biblioteca en común. Virginia Woolf, Fatima Mernissi, Josefina Aldecoa, Doris Lessing, Luisa Carnés. En esta etnografía todas las mujeres del club de lectura tienen nombres de flores porque llegaron a mi vida en la primavera de 2018 y gracias a ellas no solo encontré momentos de inmensa felicidad en el PAU —sintiéndome querida e integrada y disfrutando de su compañía cómplice—, sino que descubrí el placer por la novela, reconciliándome con este género. Gracias a ellas también pude conocer algunas dimensiones más íntimas de la vida en el PAU y de las trayectorias de sus habitantes, que de otro modo probablemente me hubieran quedado vedadas. Cuando las conocí no tenía manera de saberlo, pero Flor, Rosa y Violeta terminaron por convertirse en tres de las protagonistas de esta etnografía.

En agosto de 2018 recogí todas mis cosas y me marché de la que había sido mi primera casa en el PAU, mi primera urbanización. Dejé para siempre el piso de Omar, lleno de habitantes a punto de naufragar, y aquella *habitación propia* que se había convertido en mi búnker. Recuerdo que la cama era tan desproporcionadamente grande que apenas

quedaba sitio para nada más: podía pasar de la cama a la estantería de libros y de la estantería al escritorio sin tocar el suelo. A mi marcha alquilé un trastero en el centro de Madrid en el que guardé todos mis bártulos y cogí un avión con destino Buenos Aires. Dejé todo excepto las pequeñas libretas con notas de campo, que siempre estuvieron conmigo. Mi estancia de investigación en Argentina en compañía de mi amiga Pilar fue maravillosa. Tuvimos la suerte de obtener al unísono una beca de movilidad que nos permitió formar un tándem e inmiscuirnos en la vida política, social e intelectual de la ciudad, en plena ebullición. En el viaje se me rompió el menisco de la rodilla izquierda y el ordenador portátil, me robaron el teléfono y padecí una infección vaginal durante tres de los tres meses que duró la estancia, pero aprendí muchísimo. Y sin duda aquel tiempo alejada del PAU me sirvió para descansar de un trabajo de campo que se había vuelto tan gris y solitario como los habitantes de la primera casa.

En diciembre regresé a España y en enero de 2019 estaba instalándome de nuevo en el PAU. La segunda estancia en el campo duró otro año —de enero a diciembre de 2019— en el que viví en un residencial ubicado en la misma calle que el anterior, la calle Tristes Trópicos. Así fue como llegué al piso de María. Con 43 años, soltera, un trabajo precario y una hipoteca, María se había visto abocada a arrendar una habitación de su casa. Encontré su anuncio en una página de alquileres, me mudé y enseguida entablamos una buena relación. Mi vida se convirtió en una rutina junto a ella. Cenábamos juntas, veíamos la tele, a veces salíamos a pasear o bajábamos a la piscina, y su madre cuando hacía tortilla de patata me guardaba una porción en un táper. Poco a poco María se convirtió en una de las protagonistas de esta etnografía. Y a través de ella pude pasar algunos ratos con otras vecinas del residencial, amigas suyas, como Mayte, Carmen y Paula.

Durante el segundo año en el PAU conocí a Pedro Casas y a más personas de la Asociación de vecinos de Carabanchel Alto. Aunque había asistido a sus convocatorias en múltiples ocasiones, mi petición de hacerles una entrevista supuso salir del anonimato. Fue Pedro quien quedó conmigo para hacer la entrevista. Su extenso conocimiento de la zona vieja y la zona nueva del barrio, como activista vecinal y como sociólogo jubilado, me ayudó a descubrir muchas historias dentro de la historia, y también cientos de fotos, mapas y crónicas que han quedado como parte de un archivo informal del discurrir del barrio a través de los años. Después de aquello, cuando acudía a los eventos organizados por la Asociación —que ciertamente no me reportaban demasiada información para mi trabajo de campo disperso—, los cinco minutos de conversación con Pedro o con otras personas de la Asociación siempre me abrían la puerta a alguna historia, conflicto, rencilla o proyecto que se cocía en el barrio viejo o en el nuevo. Hacer una etnografía supone, ante todo, conocer un montón de cosas, sobre muchos temas, que en realidad no sabes para qué van a servir.

Ese año también contacté con varias mujeres de distintas urbanizaciones del PAU. Ante mi agobio por no haber realizado entrevistas, descubrí que la famosa estrategia de la *bola de nieve* funcionaba cuando, gracias a la intermediación de un amigo del viejo barrio de Carabanchel, conocí a una vecina del PAU que me puso en contacto con más vecinas. Con algunas solo charlé durante unas horas y con otras tuve la oportunidad de entablar una pequeña relación que se dilató más en el tiempo. Lo suficiente como para que, al irme del barrio, sus rostros pasaran delante de mí como recuerdos vívidos y me afligiera un sentimiento de tristeza al saber que no volveríamos a vernos. De todas ellas

—Ruth, Ana, Laura, Marisa y Sofía— me sorprendió su amabilidad y su predisposición para ayudar a una desconocida como yo.

No busco en este capítulo y con estos fragmentos de mi diario elaborar un ejercicio ego-céntrico o autobiográfico, un relato autorreferencial o incluso heroico, ni tampoco una catarsis emocional; sino intentar, en la medida de lo posible, restablecer las condiciones sociales de producción de mi trabajo de campo. Tomar como objeto el propio proceso de construcción del objeto y su conocimiento. Es decir, dar cuenta de las condiciones que rodearon la producción de datos, haciéndolos posible, y al mismo tiempo moldeándolos y condicionándolos en diferentes direcciones. Y hacerlo como parte de un ejercicio de reflexividad y vigilancia epistemológica que, aunque siempre quede incompleto —porque la inmensidad de lo social se nos escurre entre los dedos y la mayoría de procedimientos de investigación escapan a la consciencia—, no deja de resultar imprescindible. Sin restituir mínimamente el particular contexto urbano, habitacional, de género, de clase, de edad, emocional y afectivo en el que desarrollé el grueso de la investigación, no se puede comprender esta etnografía. O al menos su lectura quedaría incompleta.

El hecho de ponerme a mí misma y mi experiencia en el centro de este capítulo no tiene el propósito de trazar un movimiento que comience y termine en mí. Lo que busco es partir de mí, de las experiencias que viví en el contexto social del PAU y las distintas posiciones y relaciones que adopté, para llegar a otro lugar: explicar algunas de las condiciones y decisiones —estrategias y procedimientos conscientes e inconscientes— bajo las que se produjeron los datos y los análisis de la etnografía, y mostrar que el mundo social que presento en este trabajo está irremediamente atravesado por mis presupuestos teóricos y también, como no podía ser de otra manera, por mi particular inserción e inmersión en ese barrio residencial llamado PAU de Carabanchel. Este capítulo se construye entonces sobre la tensión que advierte Bourdieu (1999 [1993]: 8) cuando dice que “la intervención del analista es tan difícil como necesaria: debe, a la vez, manifestarse sin el menor disimulo y esforzarse sin cesar por hacerse olvidar”, para así dejar paso al restablecimiento de los contextos y los puntos de vista de los sujetos, a sus preocupaciones y sus anhelos.

En primer lugar, expongo una serie de fragmentos de mi diario que recogen, de un modo muy pegado a lo experiencial y vivencial, una panorámica general de lo que fue el trabajo de campo. Para después, en los epígrafes restantes, ir desgranando y analizando todo lo anterior como parte sustantiva del proceso de investigación. Así, en segundo lugar, explico las particularidades y dificultades que rodearon mi acceso etnográfico caracterizado, como dice Bourdieu (1999 [1993]), por mi *miseria de posición* y la de mis informantes e interlocutoras. En tercer lugar, me adentro en el ámbito de la “cocina de los datos” para explicar algunas claves de la construcción de mi campo y del dispositivo metodológico empleado. Por último, intento dar cuenta de algunas operaciones y procedimientos implicados en la producción de datos y la producción conceptual de la etnografía —como el trabajo de escritura en el diario, el uso de descripciones, el análisis mediante categorías analíticas y los vaivenes entre lo empírico y lo teórico—, para después elaborar una breve reconstrucción del proceso de construcción del objeto de estudio. Al final, a modo de apuntes, dejo constancia de algunos límites, vacíos y vías a explorar que se han quedado abiertas en esta investigación y que muestran hasta dónde ha sido posible llegar.

2.1. Tristes PAUs. Un trabajo de campo a través del diario

La selección de estos fragmentos concretos del diario atiende a varios motivos. El principal, como se verá más tarde, es explicar el tipo de inserción —y de posición(es)— que experimenté en el espacio social del PAU y de las dos urbanizaciones en las que residí, y cómo fue evolucionando con el tiempo, en función de las relaciones que fui construyendo, de las distintas *especies de espacios* privados a los que fui teniendo acceso, de los vínculos que me llevaron a su vez a nuevos vínculos, del tiempo necesariamente pausado de la observación participante, de mis estrategias en el campo, etc. En esta línea, por ejemplo, los fragmentos que describen el ambiente de mi primera casa y a sus habitantes apenas aparecerán después en el desarrollo de la etnografía, pero resultan cruciales para comprender, en parte, mis dificultades para tender relaciones en la primera urbanización.

Después hay fragmentos cuya inclusión obedece a una disparidad de motivos. Algunos tienen que ver con el intento de rastrear estrategias y procedimientos de investigación más o menos exitosos y más o menos conscientes —estrategias de acceso, las ventajas y los límites de la observación participante en mi trabajo, el ajuste progresivo de las acciones de la antropóloga al orden de la cosas imperante en el contexto local, el restablecimiento de las temporalidades en el trabajo de campo y cómo estas son fundamentales en lo que a la construcción de vínculos de refiere, etc.—. Y otros se vinculan con el vasto universo de situaciones que acontecen en el campo y que guardan relación con las propias características sociales de la etnógrafa —con su género, su clase, su capital cultural, su procedencia, su edad—, que interaccionan de diversas maneras con las características y el origen social de nuestros informantes. Estoy hablando, por ejemplo, del miedo de género incorporado o la complicidad, también de género, que se construye entre algunas mujeres. O de la existencia de relaciones de afinidad y amistad con determinadas personas y, al contrario, de distancia y hostilidad respecto a otras.

Irse al campo. Primeros días de septiembre de 2017

El 1 de septiembre de 2017 me encontré desempaquetando todas mis pertenencias en la habitación de un piso compartido en una urbanización del PAU de Carabanchel. Se supone que los antropólogos y antropólogas viajan al campo con poco. Una pequeña maleta y una mochila en la que caben el mínimo de enseres necesarios para una estancia: algo de ropa, cuadernos, una grabadora —¿un salacot?—. Pero yo viajaba con todo, como hacen los caracoles, porque estaba moviendo mi propia casa al sur de la ciudad. Había vaciado mi antiguo piso en el barrio céntrico de Delicias, donde vivía con mi amigo Alberto y donde disfrutábamos de las visitas de Edu, me había despedido de ambos y en un camión de mudanza me fui con todas mis cosas —incluido un poster feminista, regalo de una querida amiga, que tuve que colocar a escondidas en el fondo de los dos armarios de mis habitaciones en el PAU— a un barrio residencial al borde de la M-40.

Mi nueva urbanización en el PAU está exactamente a 10 kilómetros y medio de mi antiguo piso en el centro. Cuando no hay tráfico, algo que es complicado en Madrid, el trayecto en coche dura escasamente quince minutos. Pero todo apunta a que me he ido muy lejos.

Siempre me ha sorprendido y fascinado a partes iguales la existencia de barrios y vecindarios que, tan solo separados por una breve distancia física —a veces puede tratarse de una calle—, se encuentran tan alejados en el imaginario y el espacio social. Pues bien, algo así sucede con mi antiguo barrio de Arganzuela, un distrito de la almendra central madrileña, y el PAU de Carabanchel, un vecindario de urbanizaciones en la periferia sur. Para mis amigos y amigas me voy a un lugar remoto. Me despiden como si me fuera al Congo.

Primera mañana: despertar aquí. Sábado 2 de septiembre de 2017

Me levanto a las 9:00. La casa está vacía. No tengo café ni nada para desayunar. Voy caminando al Mercadona, está a pocos minutos de la urbanización y he de reconocer que esta cercanía, en cierto modo, me reconforta. Es una emoción extraña, una especie de sensación de familiaridad: aquello que permanece y se mantiene estable aunque todo lo demás cambie.

Paso el resto de la mañana forcejeando con los electrodomésticos en la más absoluta soledad. En esta casa parece que no hay nadie y tampoco se han preocupado de hacerme un pequeño hueco físico. Ignoran mi presencia por completo. Nadie me ha dejado una estantería vacía en la cocina o en el baño, ni siquiera me han dado la clave del wifi o las indicaciones de dónde se encuentra cada cosa en la casa. Poco a poco, mediante ensayo y error, voy procurándome a mi misma un hueco y estrategias de supervivencia. Contaba con que la entrada al campo sería solitaria y con que habría momentos de indiferencia. Lo que no podía anticipar era mi absoluta invisibilidad, incluso en mi propia casa.

Omar y Alicia pasan poco tiempo en el piso y cuando están se encierran en sus cuartos. No hay manera de coincidir con ellos. La nevera y la cocina están prácticamente vacías, así que no deben hacer las comidas aquí —momentos fundamentales para la socialización—. El frigorífico es un desierto, no hay ni un cartón de leche. Cuando lo abro un limón seco me mira fijamente desde el fondo de la última balda. Omar pasa todo el día trabajando y los fines de semana se va a su pueblo.

El día transcurre más o menos rápido, supongo que debido a la novedad de casi todo. Hago la compra, desempaqueto las últimas cajas, observo el patio interior y doy un pequeño paseo por las inmediaciones de la urbanización. Desayuno sola, como sola, ceno sola y me voy a la cama. A las tres de la madrugada me despierto algo sobresaltada con la sensación de llevar unas horas escuchando un ruido que no me deja descansar. Un sonido estruendoso a volumen de discoteca sale del cuarto de Omar, al otro lado del pasillo. Salgo de mi habitación algo asustada y desconcertada. Parece que viene de su televisión. Hay un hilo musical en bucle y cada tres minutos suena una voz en *off*: “somos las mejores chicas, puedes tener sexo con nosotras sin tocarnos, con la mayor intimidad”. Esto me desconcierta aún más. Paso un rato tumbada en la cama mirando el techo de escayola blanca sin saber qué hacer. Vuelvo al pasillo y pego la oreja en la puerta de la habitación de Alicia. Parece que no está. Me siento de nuevo en la cama. La verdad es que tengo algo de miedo. Entablo un diálogo conmigo misma y concluyo que lo mejor será que intente dormir. Respiro hondo, me pongo los tapones que uso en la biblioteca y aunque sigo escuchando la música consigo quedarme

dormida. A la mañana siguiente escucho a Omar caminar por el pasillo. Moquea, sale y entra varias veces de su cuarto, y sobre las 9:30 de la mañana se marcha.

El piso de Omar. Fragmentos entre otoño de 2017 y primavera de 2018

Encontré la oferta de la habitación en alquiler por internet. En la visita que hice al piso Omar no paraba de repetir que trabajaba desde la mañana hasta la noche y que los fines de semana se marchaba al pueblo para ver a su hijo. Semanas más tarde Alicia me contó su historia. Omar había vivido en este piso con su pareja, ambos procedentes del mismo pueblo de Cuenca. Cuando nació su hijo ella comenzó a sentirse muy sola en el PAU, sin red de apoyo y sin familia cerca, y con Omar todo el día fuera de casa. Según Alicia, la relación se rompió y ella se volvió al pueblo con el bebé recién nacido. Él se quedó en el piso, propiedad de un amigo, y desde entonces lo realquilaba.

Omar tiene 37 años recién cumplidos. Es autónomo, tiene una empresa de reparaciones y se pasa el día en su furgoneta blanca yendo de un lado para otro. El primer día que lo vi su aspecto me sorprendió. Me pareció muy alto y corpulento. Los tatuajes en los brazos le asomaban tras la manga de la camiseta. Llevaba unos pantalones vaqueros y en los pies unas zapatillas deportivas. Al cuello una gruesa cadena de plata de grandes eslabones que nunca se quitaba. Tiempo después, en sus momentos de mayor deterioro físico, esa pesada cadena parecía llevarlo a él.

La mentira sobre la propiedad del piso fue la primera de una larga lista. A las pocas semanas de mi llegada el tema del pago del alquiler fue complicándose. Omar nos cobraba cantidades distintas a Alicia y a mí. Yo pagaba una mensualidad mayor y una cantidad fija en calidad de gastos. Y Alicia pagaba menos y los gastos iban en función del consumo de cada mes. Poco a poco empezó a pedirnos más dinero a cada una, rascando de aquí y de allá, y justificando cada cobro con un argumento nuevo. Estaba claro que Omar nos mentía y que tenía problemas de dinero.

Mientras esto sucedía empezaron las llamadas al timbre durante las noches. Al principio eran ocasionales. Algunos días de madrugada sonaba el timbre, Omar salía de su cuarto y esperaba en la puerta a que alguien llegara. Después se volvía a su cuarto. También empezaron a llegar multas de tráfico y cartas de la Agencia Tributaria que se iban acumulando en la mesa de la cocina. Durante aquel año terminé por conocer a todos los carteros del barrio, que ya me saludaban como a una conocida, repitiendo tarde tras tarde el mismo ritual: nombre y apellidos de quien recoge la notificación, DNI, “si paga antes de este plazo tiene este descuento”, “si paga después esto y lo otro”. Junto a las llamadas de los carteros también fueron aumentando las extrañas llamadas al timbre, cuyo origen resultaba fácil de imaginar a estas alturas. Eran camellos que venían a casa para proveer a Omar de sustancias cuyo consumo empezaba escapársele de las manos. Su descontrol era cada día más evidente. Creo que, para mí, el punto de inflexión sucedió un jueves cuando una de esas llamadas sonó por la mañana, sobre las 11:00. Yo me había quedado en casa para trabajar en la preparación de las clases y pensé que, como de costumbre, estaba sola. Cuando llamaron al timbre me levanté para abrir y en ese momento me di cuenta de que Omar estaba también en el piso. Salió de su cuarto en silencio, caminando con dificultad. Tenía unas ojeras que parecían derrames y no levantaba la vista del suelo. Sin decirme nada, ni siquiera un ligero movimiento corporal a modo de saludo, llegó hasta el telefonillo, abrió la puerta, recogió

algo que cabía en la palma de su mano izquierda y regresó a su cuarto con una cadencia lenta y pesada. Era jueves por la mañana y Omar no había ido a trabajar.

Desde aquel día las llamadas se tornaron frecuentes y él cada vez pasaba más días sin ir a trabajar, metido en su habitación. Ya nunca sabía si estaba o no en casa. Con el tiempo aprendí a identificarlo por la intensidad del olor a tabaco que emanaba de su cuarto, impregnando todas las estancias del piso y colándose en mi habitación. Por aquella época, entre otoño de 2017 e invierno de 2018, comencé a dar clases debido a la beca FPU de la que disfrutaba. Recuerdo que cuando llegaba a la universidad podía sentir el olor del tabaco que empapaba mi ropa, mi mochila y mi pelo. No sé por qué, pero era algo que me avergonzaba.

Había días en los que estaba de buen humor y entonces compraba algo de comida precocinada, ponía una lavadora que nunca tendía y hacía pesas en su banco de ejercicio granate. Los otros días se alimentaba de mi propia comida que rebuscaba durante las noches. Galletas, chocolate, pan de molde, frutos secos. Su deterioro físico era rápido y evidente. En pocos meses adelgazó mucho y sus ojos se convirtieron en dos pequeños puntos al fondo de unas oscuras cuencas.

El espacio físico de la casa también era un desastre. Solo yo limpiaba, ventilaba, bajaba la basura y tendía y recogía aquellas lavadoras que Omar ponía de vez en cuando. También me ocupaba de gestionar la comida, a veces en estado de putrefacción, que Omar compraba en sus días de subidón y olvidaba en sus días de bajón. Un día apareció una televisión enorme de pantalla plana en mitad del salón. Era tan grande que no podía abarcar su longitud con los brazos extendidos. “¿De dónde ha salido?”, le pregunté. “Mejor no preguntes”, me respondió. Al cabo de unas semanas, sin más explicaciones, el aparato desapareció dejando en su lugar un corrillo de pelusas.

Empezaron a cortarnos la línea telefónica y el internet. Mi casero estaba lleno de deudas y de multas que no pagaba, de modo que cualquier dinero que llegase a su cuenta era automáticamente embargado. Nunca tenía suficiente para pagar los recibos de la compañía telefónica. Yo prácticamente vivía en la biblioteca de la UAM —que estaba a dos horas, un autobús y dos trenes del PAU— y en la biblioteca municipal de Carabanchel Alto. El wifi de esta última tenía algunas restricciones de uso y muchas de las páginas que necesitaba para mi investigación y para preparar mis clases estaban capadas. Algunas veces tenía que ir a casa de mi amigo Javi, a tan solo una caminata y un trasbordo de mi casa —lo cual era todo un privilegio en el PAU— para usar su internet y conectarme a reuniones online.

Omar me apreciaba. Y, aunque suene raro, yo sentía hacia él una mezcla entre afecto y miedo. Los días en los que estaba bien venía a saludarme, charlábamos y me trataba con cariño. Siempre decía que admiraba todo lo que estudiaba y leía. Le impresionaba que diera clases en la universidad y cuando alguien venía a visitar el piso, por los múltiples cambios de inquilino, le decía que yo era profesora. Omar se sentía mal por el calvario de la casa, porque yo era la única que limpiaba, pagaba el teléfono y mantenía el espacio físico a flote. Y además, claro está, porque me robaba a dos manos con la alta mensualidad que me cobraba de alquiler. A veces insistía en darme 5 euros, “por tenderme la ropa”, o al devolverme el importe de la factura de teléfono me daba algo más de dinero, “por las molestias”. Aquellas escenas, aunque yo sabía que eran intentos

de limpiar su conciencia, me hacían sentir aún peor. Como si el intercambio económico solo hiciera más evidente que me había convertido en una suerte de criada, de madre o de esposa de aquel hombre a la deriva.

En junio de 2018, cuando le dije que en agosto me marcharía del piso, me pidió perdón y me dijo que no estaba pasando por un buen momento. Insistió en que me quedara y me prometió que todo sería distinto. Como quien le hace a una madre o a una esposa una promesa que no puede cumplir.

El robo de llaves. Mayo de 2018

Paso el día en la universidad y cuando llego a casa Omar viene rápidamente a hablar conmigo. Antes de hacerlo se cerciora de que Carlos, el nuevo inquilino, no esté en casa. Llama a la puerta de su cuarto. Abre. No hay nadie. Entonces me pregunta qué me parece el nuevo compañero de piso. Se ha mudado hace una semana escasa. Recibo con sorpresa y agrado la pregunta porque, a pesar de llevar un tiempo viviendo en el piso y de haber pasado por aquí varias personas, jamás se ha interesado por mi parecer. Pero antes de que pueda tan siquiera articular palabra Omar me cuenta lo siguiente.

Nicolás, el guardia de seguridad, asegura que Carlos robó esta tarde de la portería el juego de llaves maestras. Según él, salió de la garita para hacer un arreglo y cuando regresaba a su puesto vio cómo Carlos se asomaba, introduciendo medio cuerpo en la estancia. Después las llaves ya no estaban. Parece ser que Nicolás aún no ha comunicado nada a sus superiores, pero cabría la posibilidad de que al hacerlo la empresa denunciara lo sucedido. Como si de una película de acción se tratase, Omar me cuenta que han empezado a “investigar” al nuevo inquilino. “No sabemos nada de él”, me dice. En un plan que parece no tener fisuras, Nicolás y Omar han abierto dos vías de investigación: una a través de los “contactos” —en palabras suyas— que este último tiene por el barrio y otra a través de dos vecinos de la urbanización que son policías. Como Carlos dice ser un policía municipal que está de baja, pretenden comprobar si es cierto y si existe alguna información más en su expediente que sea relevante.

Yo escucho con cierto estupor el relato del suceso y la pseudotrama que se acaba de urdir. Me pregunto por qué Carlos habrá robado las llaves. No lo puedo entender. Omar me cuenta que le ha visto bajar a la calle a fumar porros en varias ocasiones. En un intento de explicación me dice que si ha fumado y ha bebido algo de cerveza, junto a los antidepresivos que toma, “se le habrá ido la cabeza”. “Este cogería las llaves en su locura y después las tiraría por ahí”, sentencia. Decido no detenerme en los motivos del suceso y le pido a Omar que hable con él, que aclare lo que ha sucedido y que si no encuentra una explicación coherente le invite a marcharse del piso. Y él parece estar de acuerdo conmigo.

A Omar le preocupa que se corra la voz en la urbanización. “Ya lo sabrá todo el mundo”, me dice con una mezcla de turbación y nerviosismo. “A ver, lo sabe el portero, la portera...”. Y yo, que justamente estoy leyendo el libro de Carla Castelo sobre la vida en los *countries* argentinos, no puedo dejar de elaborar todo tipo de comparaciones entre ambos mundos sociales. Voy por el capítulo en el que Castelo explica el asesinato que sucedió en una famosa urbanización cerrada a finales de los noventa, un crimen

envuelto en una trama de justicia paralela dentro del *country*. El robo de las llaves, salvando las distancias, contiene alguno de los ingredientes. En ambos casos el escenario es una urbanización y se produce un intento de resolver los problemas por fuera de la legalidad, a través de los propios cauces de relaciones e informaciones que circulan entre la comunidad de propietarios. Solo que este robo no se ha dado en las altas esferas de la sociedad, es una suerte de versión popular —diría que incluso macarra— donde los implicados lejos de pertenecer a las élites económicas pertenecen a las regiones inferiores del espacio social. Sus redes y sus contactos no están integrados por inspectores, empresarios y políticos, sino por vecinos del cuerpo municipal de policía e informantes de la vida callejera de los barrios del sur de Madrid. En esta ocasión están involucrados un guardia de seguridad migrante; un nuevo inquilino policía municipal que se encuentra de baja y a la deriva; y un casero endeudado que subarrienda habitaciones de forma ilegal y que dice desconfiar del anterior por sus malos hábitos, cuando él transita por unas pautas de consumo igualmente peligrosas. La escena se completa cuando Omar me explica, como para tranquilizarme, que están tratando de conseguir sus datos no solo para cerciorarse de su ocupación y su expediente laboral, sino para saber en qué ambiente se mueve, “dónde para”, como dice él. “Por si pasa algo saber dónde hay que acudir a reclamar”.

El día siguiente amanece sin muchas certezas. Carlos no ha pasado por casa desde el supuesto robo y el guardia de seguridad asegura que lo ha visto merodear por la urbanización. El vecino, por su parte, ha confirmado que trabaja como policía municipal y que es “problemático”. Le digo a Omar que la historia se está enrareciendo y le pido, de nuevo, que hable con él. Me lo asegura.

Por la tarde al salir del portal me encuentro a Omar hablando con Nicolás en la garita. Me invitan a unirme a la conversación. Nicolás se dirige a mí para asegurarme que Carlos robó el juego de llaves, no tiene dudas, pero la cámara no ha grabado la escena al coincidir exactamente con un punto muerto. Después nos cuenta que algunos vecinos ya están enterados y que le han preguntado en más de una ocasión. Sin embargo me sorprende su conclusión final, dice: si no ha dado más problemas en casa, él dejaría el asunto así y “vamos viendo”. Mientras estamos charlando Carlos entra por la puerta de la urbanización que está frente a la garita y nos encuentra a los tres. Ellos dos le ofrecen un saludo desenfadado. Y mi desconcierto aumenta.

Al cabo de los días el tema parece haberse zanjado por sí solo. Ni la empresa de seguridad va a denunciar lo ocurrido, ni Omar ha hablado con Carlos, ni le ha pedido que se marche del piso. Y yo empiezo a entender que lo que sucede es que todas las partes implicadas tienen algo que perder. Por un lado, Nicolás no estaba en su puesto de trabajo y es posible que cometiera una negligencia, por lo que su empresa podría cargar contra él. Por otro lado, Omar subarrienda al presunto ladrón una habitación de manera ilegal, porque esta práctica habitacional está prohibida y porque además el dinero se paga en negro. Ambos se encuentran en una situación precaria, inestable y con algún detalle que ocultar. Es una espiral de informalidad que se retroalimenta y demanda mayor informalidad. Todos tienen algo que perder y es más sencillo hacer la vista gorda para no meterse en problemas. Y yo estoy en medio.

Desde luego este no era el tipo de escenas ni de habitantes que esperaba encontrar cuando decidí hacer un trabajo de campo en un barrio residencial.

Ropa para pasear. Fragmentos entre otoño de 2017 e invierno de 2018

Cuando decidí hacer una etnografía en el PAU y construí mi campo en torno al discurrir de la vida cotidiana de los habitantes en los residenciales, pensé que si quería aproximarme a esos procesos de la realidad social lo mejor sería residir en el barrio. Por suerte, la beca FPU me permitía dedicarme cuatro años a la realización de esta investigación sin necesidad de tener otro empleo. De modo que lo tuve claro: la socialización en el PAU *hacia dentro* de las urbanizaciones, tan pegada a la célula familiar y a los espacios privados, en el marco de un urbanismo disperso que genera amplios desplazamientos y largas jornadas fuera de casa, no me ofrecía muchas posibilidades de acceso más que la mudanza al propio barrio. Mi puerta de entrada, mi estrategia de acceso, consistiría en adoptar el rol de *nueva vecina*.

Así llegué al PAU y empecé a hacer mi vida en él. Simultaneaba mi estancia en el barrio con las obligaciones y vínculos que me seguían manteniendo conectada con las responsabilidades en la universidad, con mis amigos y amigas, y con el movimiento feminista —que por aquel entonces estaba organizando la primera huelga feminista de este país—. Mi estrategia como nueva vecina consistía, en principio, en vivir en un residencial, conocer a los vecinos y vecinas y entablar relación con ellas en los espacios de la urbanización, socializar con mis compañeros y compañeras de piso y, a su vez, a través de ellos acceder a nuevas relaciones en el barrio, usar el transporte público del PAU, comprar en el PAU y pasear por el PAU, etc. A los pocos meses, cuando ya llevaba incluso un tiempo participando en las clases de pilates, el alcance de esta estrategia parecía haber tocado fondo. Mis compañeros de piso eran personas completamente desconectadas de la vida en el barrio, la socialización en la urbanización se producía en los hogares y a través de las unidades familiares, mis compañeras de pilates casi no hablaban entre ellas, en la cola del Mercadona lógicamente no hacía ninguna amistad y en el transporte público solo había adolescentes, niños que iban a los colegios privados y habitantes de las viviendas públicas. Poco a poco mi vida en el PAU se convirtió en un pasar de los días solitario, monótono, aburrido y, a mi parecer, completamente inútil. Me dedicaba a observar el patio vacío de mi urbanización y a dar paseos por el PAU y sus barrios colindantes. Recorrí todas y cada una de las calles, a horas distintas, de lunes a domingo. Las caminé en ambas direcciones. Hice fotografías y dibujé cientos de mapas. Observé las fachadas, los coches, los descampados, los buzones, los negocios que abrían y a los pocos meses cerraban, la concurrencia de cada parque, los horarios de los vecinos y vecinas, los turnos de los servicios de limpieza municipales, las entradas y salidas de los colegios, las entradas y salidas de misa y hasta el sistema de recogida de basuras —diferente en los residenciales y en las viviendas públicas—. Llegué a conocer tan bien el barrio que sabía por dónde tenía que caminar exactamente para que los aspersores instalados en el césped de los parques y de algunas urbanizaciones no me mojaran al pasar. A veces, si hacía bueno, salía a pasear con algún libro y con mis libretas, y me sentaba en los bancos a leer o a escribir.

Entre semana el espacio público del PAU estaba completamente solitario. Por las tardes, con la salida de los colegios, había un cierto ambientillo que tardaba poco en disolverse. Los sábados y los domingos eran completamente familiares y con suerte había gente en los parques, pero en general el espacio estaba más bien desierto. Solo había algunos *runners* y personas mayores, de la zona vieja de Carabanchel Alto, dando su correspondiente paseo.

Recuerdo la primera mañana en la que salí a pasear y a observar. Me puse mi abrigo negro de invierno, largo hasta las rodillas, mi mochila de la universidad y una bufanda. Después de cruzarme con dos personas haciendo *running* y con dos parejas de señoras mayores en chándal dando el paseo de la ruta del colesterol, reparé en mi aspecto. En aquel contexto, un lunes por la mañana, dando vueltas por un pinar ubicado en el corazón de un barrio de urbanismo disperso, iba disfrazada de detective o, en el mejor de los casos, de Harry Potter. Así inauguré una pieza fundamental en mis enseres de trabajo de campo: la ropa para pasear. Desde entonces me vestía con chándal para dar mis paseos y aunque mi soledad fuera la misma y nunca consiguiera interactuar de forma satisfactoria, al menos mi aspecto no estaba tan escandalosamente fuera de lugar. Muchas veces pensé que, por paradójico que fuera, en este contexto mi género me salvaba. Efectivamente, yo era una *rara avis* en el barrio: una chica joven, sin pareja ni hijos, que no vivía en familia, y que pasaba las horas dando paseos solitarios y sentándose a leer en los bancos vacíos. Pero al fin y al cabo mi rareza era del todo inofensiva. ¿Qué hubiera pasado de haber sido yo un hombre de más edad?, ¿cómo se hubieran tomado aquellas madres mi extraña presencia en los parques infantiles y mi insistente merodeo por el barrio?

Fueron pasando las semanas y los meses. Y yo vagaba entre paseos, trayectos interminables a la universidad, clases de pilates dos veces a la semana —de las que había renunciado a sacar cualquier información relevante para mi trabajo—, caminatas a la biblioteca municipal y horas de escritura. Lo escribía y lo describía todo. Al fin y al cabo era la única actividad que se parecía mínimamente a lo que se supone que hace alguien en un trabajo de campo. Si Malinowski escribía diarios, yo escribía diarios. Si Wacquant describía espacios y actividades, yo describía espacios y actividades, por muy repetitivas y tediosas que fueran. He de reconocer que, incluso en mis momentos de mayor “efervescencia” social en el PAU, lo que más abundaron en mi trabajo de campo fueron los ratos muertos, los impases y la pura exploración e improvisación que surgían de la más gris monotonía y de una profunda culpa por sentir que había fracasado como etnógrafa. Esos dos años estuve la mayor parte del tiempo sola.

Un día revisando un texto de Ángel Díaz de Rada (2011: 254) encontré esta frase: “¡qué aparentemente gris es la cotidianeidad!”. Y me agarré a ella como un clavo ardiendo. Después de todo, si hasta Díaz de Rada lo decía, existía una mínima posibilidad de salvar los muebles y hacer de todo aquello un trabajo de campo.

Yuri y las violetas africanas. Fragmentos entre marzo de 2018 y junio de 2019

Conocí a Yuri un domingo a finales de marzo. Hacía una mañana soleada y yo salía como siempre a pulular por el barrio. Al llegar al portal me lo encontré peleándose con la cerradura de la puerta y un destornillador, y en ese momento recordé que a mi nuevo compañero de piso se le había roto la llave, quedándose un fragmento dentro del orificio. Empezamos a charlar sobre lo ocurrido y él, lleno de inquietudes ante mi extraño perfil residencial, no paró de hacerme preguntas. En media hora le conté mi trayectoria habitacional, académica y laboral. Y así fue como conocí a Yuri: siendo entrevistada por él mismo.

Desde aquel día nos saludábamos y a veces me quedaba un rato con él conversando en la garita. Su turno de tarde y noche era el más aburrido. Ya no quedaban tareas de

conserjería por hacer y su labor consistía básicamente en vigilar la puerta de entrada y en hacer rondas por el perímetro de la urbanización durante las noches. De modo que agradecía mis chácharas ocasionales. Me hablaba mucho de Ucrania y le gustaba que le contara cosas sobre el norte de España. Un día, cuando regresaba de Cantabria de hacer una visita a mis padres, traje conmigo una caja de galletas pasiegas de mantequilla. Al llegar al PAU y encontrar a Yuri aburrido como una ostra en la garita pensé que le haría ilusión probarlas y le di la caja. El rostro se le iluminó y me pidió que le mostrase en Google Maps el lugar donde habían sido elaboradas: los Valles Pasiegos. Dos días más tarde vi que me hacía aspavientos tras el cristal de la garita, me saludó con emoción y me dijo que las galletas estaban deliciosas y que a su mujer le habían encantado. Les recordaban a unos dulces muy similares que comían en su país. Me preguntó si se podían conseguir en Madrid y me pidió que cuando volviera a Cantabria le trajera otra caja. Él mismo me la pagaría.

Ese curso le llevé varias cajas de galletas pasiegas que mis padres compraban en un obrador cercano a nuestro pueblo. Y compartimos muchos atardeceres desde la garita, hablando sobre Ucrania, Cantabria, su llegada a España, su trabajo en anteriores urbanizaciones, mi futuro incierto y el fin de su vida laboral. Tenía 57 años y llevaba un tiempo planeando su jubilación. Quería vivir en un lugar pequeño, “más pequeño que Alcorcón”, me decía. Pero no tanto como un pueblo, y matizaba: “porque en los sitios tan pequeños es difícil ser extranjero”. Le gustaba mucho el norte de España, especialmente el País Vasco, porque el clima y el paisaje le recordaban a su tierra. Pero ni el País Vasco ni Cataluña eran para él una opción porque “si no hablas la lengua local te tratan mal” —y nunca conseguí convencerle de lo contrario—. En una ocasión me preguntó si en Cantabria había manzanos. “En el jardín de mi casa crecen dos”, le respondí sin entender muy bien hacia dónde iba la conversación. Entonces Yuri me explicó que allá donde crecieran las manzanas sería un lugar parecido a su tierra y podría vivir bien. Había hecho cuentas y, tras la venta de su viejo piso en Ucrania, quería comprar una vivienda de dos o tres habitaciones. Le mostré varios pueblos en Cantabria que se ajustaban a sus preferencias y el lugar en el que vivía mi hermano Adrián le gustó. Se entusiasmó cuando le dije que pediría ayuda a mi hermano para buscar ofertas de pisos en venta. Entonces me pidió un favor más: me dijo que estaría muy agradecido si mi padre o mi hermano pudieran acompañarlo en el caso de que fuera necesario concertar alguna visita. “La gente me ve grande y extranjero y siente desconfianza”, me explicaba Yuri dejando el último argumento en el aire: “tú me conoces, pero la gente que no me conoce...”. Ese día le aseguré que si necesitaba ayuda la tendría.

Cuando llegó el mes de agosto recogí todas mis cosas para marcharme a Argentina. Mi madre viajó hasta Madrid para ayudarme con las maletas y le presenté a Yuri. La noche antes de mi partida me encontré con un pequeño contrat tiempo. En casa tenía dos violetas africanas, unas plantas que mi madre me había enviado meses atrás para levantar mi ánimo etnográfico. Planeaba dejárselas a Flor, que se había ofrecido a cuidarlas mientras durase mi estancia en el extranjero, pero ese día tuvo un problema en el trabajo y no pudo responder a mis llamadas. Así que, antes de dejar mis lustrosas plantas en el piso de Omar, decidí entregárselas a Yuri. Le indiqué que podía dejarlas en la garita por si algún vecino o vecina las quería o que, si a él le gustaban, podía quedárselas. Me dijo que a su mujer le encantaban las plantas, que tenía muchas y las

cuidaba con esmero, y me pidió que le escribiera el nombre de estas dos en un papel. Le anoté también mi número de teléfono y la dirección de casa de mis padres en Cantabria, junto al número fijo, por si necesitaba ayuda para avanzar en su búsqueda de piso en el norte. Nos dimos un abrazo de despedida y Yuri me pidió que cuando volviera a Madrid regresase a la garita a visitarlo.

Casi cinco meses más tarde volví a la que había sido mi antigua urbanización y allí estaba Yuri con gesto de sorpresa. “Pensé que te habías quedado en Argentina”, exclamó al verme. Me pidió que le hablase de mi viaje, de las cosas que había hecho y después me contó la historia de las plantas. Buscó el lugar más apropiado para ellas en la urbanización para que tuvieran la luz, la sombra y el agua necesarias. Todos los días durante su turno acudía a visitarlas y las cambiaba de sitio en función de las inclemencias meteorológicas. No se las llevó a casa porque pensó que me gustaría tenerlas a mi vuelta y, si se las entregaba a su mujer, después ya no querría deshacerse de las plantas. Sin embargo, aquellas violetas africanas resultaron ser todo un atractivo en la urbanización y a las semanas de mi partida desapareció una de ellas. Unos días antes de mi regreso le robaron la segunda.

Aquella tarde hablamos largo y tendido. Teníamos que ponernos al día de todo lo que había sucedido. Yuri me dijo que Omar había pasado el verano en su pueblo, y que el piso, una vez más, estaba lleno de nuevos inquilinos. Me confesó que el ambiente no le gustaba nada y se alegró al saber que había encontrado un piso nuevo. “Estarás mejor”, me aseguró.

Una vez instalada en mi nueva urbanización seguía haciéndole de cuando en cuando visitas a Yuri, y en una de aquellas tardes pasó algo desconcertante. Estábamos hablando del coche de segunda mano que se había comprado su hija y que él mismo estaba poniendo a punto. Lo tenía aparcado en el PAU e insistía en enseñármelo. A mí no me interesaba lo más mínimo, pero ante su enorme interés accedí a verlo. Salimos de la urbanización y caminamos durante unos minutos por la acera hasta llegar al vehículo. Aunque no nos habíamos ido lejos, ya era de noche y todo estaba oscuro y solitario. El PAU a partir de las 21:00 es un muestrario de calles vacías. Yuri me hablaba del coche, de sus prestaciones y características, y me invitó a que lo viéramos por dentro. Yo intenté llevar la conversación por otro lado para fingir que no había escuchado la propuesta. Pero Yuri insistía y comencé a sentirme vulnerable. No quería subir al vehículo y empecé sentir algo de miedo. ¿Qué tipo de interés podía tener el ver un coche por dentro? Era un coche, ¡sin más! Yuri era un hombre muy fuerte y corpulento, me sacaba por lo menos tres cabezas y a su lado me sentía una mosca. No tenía tiempo para meditar sobre qué hacer y por mi mente solo pasaban dos opciones entre las que debía elegir en cuestión de segundos: o me marchaba, rompiendo toda la relación que he habíamos construido, o me quedaba y entraba al coche, confiando en él y arriesgándome a vivir una situación violenta. Así son las cosas, mi miedo —un legítimo y penoso miedo de género— era a que me retuviera en el coche y arrancase. Finalmente me decidí. Saqué el móvil del bolso con disimulo para sostenerlo en una mano, abrí la puerta del vehículo y entré. Yuri, ajeno a mi miedo y a todo lo que acontecía en mi mundo interior, continuaba hablando del coche. Me mostraba el volante, la tapicería, la radio, la guantera y su elemento preferido: la pequeña palanca de cambios. Según él, esta palanca era pequeña y delicada como la mano de una mujer. Y para testar su argumento posó su enorme mano encima. Sus dedos gruesos y largos

rebosaban la circunferencia de la palanca de cambios, que apenas le ocupaba la mitad de la mitad de la palma de la mano. No pude evitar pensar que su mano era tres veces más grande que la mía y dos veces más grande que mi cara. “¿Ves?, es un coche para mujeres”, exclamó mientras se reía. Su entusiasmo con el vehículo era casi infantil, estaba realmente emocionado. Bromeamos un rato con la palanca de cambios supuestamente femenina y después volvimos a la garita. Solo había sido un susto.

Paseos con Flor. Fragmentos entre febrero y agosto de 2018

Conocí a Flor en el mes de febrero. Tenía 48 años, estaba separada y vivía en un residencial del PAU con sus dos hijos pequeños. Flor había estudiado filología francesa y era una mujer con muchos intereses políticos y culturales. Le apasionaba la literatura, era una gran lectora, disfrutaba del teatro y poseía una gran sensibilidad social.

En aquella época estaba en paro y como disponía de más tiempo libre quedamos para pasear. Mi llegada reciente al barrio se convirtió en una excusa para que en nuestros paseos Flor actuara como anfitriona y me explicara la composición y distribución de los espacios en el PAU, parte de su historia y también me descubriera algunas zonas colindantes.

Flor se mostraba muy cercana y cariñosa conmigo, me trataba con confianza. Tenía una visión bastante crítica sobre el urbanismo del PAU y sobre las dinámicas de socialización imperantes —que me atribuía a mí también como consecuencia del espacio activista en el que nos habíamos conocido—. Era una mujer muy interesante, sensible y feminista. Y yo, que me encontraba tan a gusto en su compañía, sentía que por fin había encontrado un vínculo de afinidad en el PAU, que había encontrado a “una igual”, aunque no fuera del todo así. Sin duda en nuestra relación mediaba también una complicidad de género. Y aunque yo intentaba que nuestra amistad fuera lo más equitativa posible, siempre hubo un cierto poso de cuidado y de protección por su parte.

Cuando me incorporé a la segunda sesión del club de lectura que había organizado con sus vecinas la sensación de afinidad se redobló. Todas eran veinte años mayores que yo, tenían hijos pequeños, estaban divorciadas y eran propietarias de su vivienda. Pero nuestro capital cultural y nuestros intereses sociales y políticos nos aproximaban hasta el punto de sentir una gran familiaridad con ellas. En nuestras tertulias se me olvidaba que estábamos en el PAU. Era como estar en un espacio dentro del espacio. Todas ellas se consideraban feministas y la premisa del club era, justamente, formar un grupo de mujeres que leen libros escritos por mujeres.

Quedábamos siempre en fin de semana, a media mañana para el tentempié o por la tarde para la merienda, alrededor de una mesa que se llenaba de bebidas y aperitivos. Té, café, cerveza, vino, pastas, pequeños sándwiches, delicias de hojaldre, embutido, frutos secos, *hummus*, aceitunas, tortilla de patata. Los análisis de los libros se mezclaban con experiencias vividas, con recomendaciones de series y películas, con reflexiones sobre la actualidad política y con historias que muchas veces ya ni siquiera guardaban relación con la lectura pero a las que habíamos llegado presas del debate y el vino. Y claro, también se daban cita comentarios sobre tal o cual suceso en la urbanización o en el colegio, o anécdotas que informaban sobre sus universos familiares y laborales.

Recuerdo especialmente una noche de verano en la terraza del piso de Flor. La tertulia se había alargado, había devenido en cena y después en velada nocturna. En ese momento, parecía como si todo lo que había vivido en el PAU y en ese trabajo de campo tan desastroso hubiera merecido la pena solo por estar aquella noche allí, siendo feliz en la terraza de una urbanización al borde de la M-40.

La casa de María. Fragmentos entre enero y noviembre de 2019

Cuando regresé al PAU dispuesta a pasar mi segundo año en el barrio organicé la búsqueda de piso en torno a varios criterios. Se trataba de una estrategia de acceso, pero también de pura supervivencia. En primer lugar, viviría únicamente con mujeres. No quería volver a lidiar con la falta de empatía en la convivencia, con la soledad doméstica, la suciedad y el miedo. En segundo lugar, deseaba vivir con una persona que fuera propietaria de su piso, algo que implicaba tener más vínculos con el resto de la comunidad vecinal y también una trayectoria residencial que me interesaba. Por último, el piso tenía que estar en una comunidad con servicios privados. El verano anterior en el PAU me había servido para comprobar hasta qué punto los patios de las urbanizaciones se vuelven lugares clave para socialización durante los meses de buen tiempo. La piscina y la zona de césped eran el epicentro de encuentros vecinales, domingos en familia y ratos de ocio y descanso. Eran un auténtico hervidero de relaciones sociales e información para mi trabajo de campo. No solo por todo lo que allí acontecía, sino también por la predisposición de la gente a entablar relación con nuevas vecinas. Algo que en el PAU resultaba particularmente complicado. Pues bien, el piso de María reunía todas estas características.

El 12 de enero fue el día de la mudanza.

Llego a Madrid a las 13:30. El tren me deja en la estación de Chamartín. Salgo corriendo y llego rápidamente al área de los taxis: “voy a la zona del PAU de Carabanchel, por donde el *Islazul*, calle Tristes Trópicos número 70”. El taxista me pregunta qué salida de la M-40 debe tomar. Lo he olvidado por completo. Balbuceo algunas indicaciones poco precisas: “después del *Islazul*”, “por una salida que va hacia la avenida grande que hay en Carabanchel Alto... ¿cómo se llamaba?”. Finalmente tiene que poner el GPS. Salida número 28. Me sorprende lo rápido que se me ha olvidado todo, no recuerdo ni el nombre de las calles. Durante el trayecto me voy haciendo un examen mental a mí misma: número del autobús que va a Aluche, número del autobús que va hasta Carabanchel Alto, nombre de calle que hace esquina con la calle Islas Trobiand, nombre de la calle paralela a la calle del Kula, nombre de la tercera parada de metro de la Línea 11. Suspendo claramente.

El taxi me deja en la puerta de la urbanización. El guardia de seguridad no está en la garita y me cuelo tras una vecina. Lo hago con tal desparpajo y naturalidad que aparento ser habitante del residencial. María me recibe con prisa, se tiene que ir a trabajar, así que no tardo en quedarme sola en casa. En unas horas he de estar en Atocha con mi amiga Pilar y el señor del camión. Otro trayecto en transporte público. Hacemos la mudanza y Pilar se queda un rato conmigo para ayudarme a limpiar el cuarto. También me ha traído una chocolatina. Sabe que el dulce me pone contenta.

Cuando se marcha siento un vacío en el estómago. De nuevo estoy sola en una casa del PAU. Otra vez. Vuelve la maraña de emociones y recuerdos, casi corporales, que

se activan al volver a este lugar. Siento el aislamiento, la soledad, los domingos eternos, los paseos infinitos para matar el tiempo, la culpa y el aburrimiento. Me veo a mí misma en verano, en otoño, en invierno, en primavera y en verano otra vez. Me veo cumpliendo los 24 y los 26. La ventana de mi habitación no me ayuda, solo hay descampados, ruido de cigarras, la M-40, unas vallas publicitarias y al fondo Leganés. El límite de la ciudad. El culo del mundo. Me arrepiento de estar de nuevo aquí y acto seguido comienzo a desempaquetar cajas para no pensar. Con cada caja que abro despolvo un recuerdo. Intento ser como esos caballos que solo pueden mirar al frente. Coloco y coloco hasta que anochece. Para entonces ya me he percatado de que en esta casa no hay internet y que la persiana de mi habitación funciona con una manivela que está rota. Recuerdo mi última conversación con Ángeles Ramírez. Tuve la posibilidad de vivir en un edificio en la frontera entre el PAU y la zona vieja de Carabanchel Alto, dudé sobre qué hacer y ella me animó a volver a un residencial. Por qué le hice caso.

Al poco rato llega María y todo mejora. Compruebo que es muy agradable, me da conversación, y esto me tranquiliza.

María tiene 43 años y trabaja de cara al público en una empresa de paquetería y envíos. Es propietaria de este piso, que aún no ha terminado de pagar, y tiene que alquilar una habitación para poder vivir con cierto desahogo. Le hubiera gustado formar una familia, casarse y tener hijos. Habitualmente me dice que esta es una situación “que le ha tocado vivir a ella”. Como si se tratase de algo excepcional, una vida que una no elige, o que al menos ella no eligió. También se siente muy estancada en su trabajo, donde no ve posibilidades de futuro. Gana poco y no se siente valorada. El principal apoyo de María son sus padres, con los que tiene una relación muy estrecha y acude diariamente a su casa.

Aunque su situación también la colocaba en una posición algo periférica o subalterna dentro de las dinámicas de socialización del PAU, articuladas en torno a la familia nuclear y las actividades de crianza, María no estaba aislada como los habitantes de mi antiguo piso. Tenía conocidos en la urbanización con los que se saludaba, e incluso vecinas —también solteras y sin criaturas— con las que quedaba de vez en cuando. Como propietaria estaba mejor posicionada en el residencial: conocía su historia, sabía el *quién es quién* de la urbanización, tenía acceso a la información relevante sobre la comunidad y estaba al día de las noticias y decisiones de la junta de propietarios.

Mi convivencia con María era considerablemente distinta a la que existía en el piso de Omar. María me contaba sus preocupaciones y se interesaba por las mías, y disfrutábamos juntas de los espacios comunes de la casa. Nos sentábamos en el salón a comer, cenar, ver la tele y conversar. Ese año seguimos la pista a los concursantes de Operación Triunfo y Supervivientes. También compartíamos algunas comidas y nos hacíamos pequeños regalos cotidianos. Un pintalabios, un paquete de servilletas o *croissant* de chocolate para el desayuno. Por su cumple le regalé un cactus —que murió ahogado a las tres semanas— y ella por el mío me regaló una camiseta y una pequeña cartera con un dibujo de un gato. Cuando quedaba con sus amigas del PAU siempre me extendía una invitación y cuando hacía buen tiempo bajábamos a la piscina, paseábamos juntas por el barrio o tomábamos algo.

Sin embargo nuestra convivencia también tenía sus problemas. María se acostumbró a apoyarse emocionalmente en mí. Me contaba sus preocupaciones una y otra vez, con frecuencia de manera insistente, y me trasladaba todo aquello que le rondaba por la cabeza. Sus padres, ya mayores, constituían casi su único apoyo, por lo que había multitud de cuestiones que no podía compartir con ellos y que deseaba hablar conmigo. Me pedía consejo, buscaba mi opinión y valoraba mi criterio. Hasta el punto de que terminé por convertirme en una especie de hermana mayor. Por otro lado, mi uso del espacio a veces chocaba con el suyo. Yo necesitaba trabajar en casa. Tenía que preparar las clases, corregir trabajos, avanzar en la investigación y escribir los diarios de campo. Y ella cuando llegaba del trabajo, como es normal, deseaba distraerse y charlar conmigo. Se quedaba apoyada en el quicio de mi puerta durante horas, contándome cosas, mientras yo contaba mentalmente el tiempo que faltaba hasta mi próxima clase, que aún no tenía preparada. Recuerdo un fatídico fin de semana en el que se me juntaron una infección en la muela del juicio y amigdalitis, y María tenía un tirón muscular. Ella se quejaba continuamente de su dolor haciendo caso omiso del mío, me preguntaba todo el tiempo por las mismas cosas y me hacía saber de continuo que se encontraba mal. No me dejaba leer ni trabajar y llamaba a mi puerta a cada rato. Mi nivel de desesperación era tal que el domingo por la tarde me planteé seriamente irme a vivir al césped del residencial.

Más allá de que nuestra convivencia implicara lidiar con ciertos asuntos propios del convivir, con María entablé una relación de cariño y confianza que hizo mi vida en ese segundo año mucho más amable. Gracias a ella pude compartir ratos con más vecinas de la urbanización y presenciar, con toda la contundencia de lo cotidiano, las contradicciones asociadas a vivir en el PAU sin tener una familia nuclear.

Y al igual que ocurre en los campamentos de verano de la infancia, cuando mejor se lo empieza a pasar una, llega el momento de despedirse. Siempre he pensado que cuando abandoné el PAU todo estaba dispuesto para empezar el trabajo de campo que yo me había imaginado. Con una red social mucho más amplia, con personas conocidas en diversos residenciales, sin la presión de las clases en la universidad y un puñado de mujeres con las que había tejido relaciones de cariño y afecto.

El día en el que me marché. 21 de diciembre de 2019

El día 21 de diciembre de 2019 empaqueté todas mis cosas e hice la mudanza a Cantabria para escribir mi tesis. Ese día dejé de vivir en el PAU.

María se emocionó con mi despedida y me regaló una colonia y una pequeña bolsa de tela, verde esmeralda, con varias pulseras y collares. Estaban hechos con diferentes piedras y cada pequeña cuenta tenía un significado —la de la esperanza, la del amor, la de la fuerza, la del tesón—. También me regaló el llavero que colgaba de mi juego de llaves de casa: un corazón plateado con una inscripción en letras rojas en las que se leía “Madrid”. De vez en cuando nos escribimos y, a pesar de la pandemia, María consiguió alquilar la que había sido mi habitación.

De las mujeres del club de lectura tuve la oportunidad de despedirme unos días antes de mi marcha, cuando quedamos para ir al teatro. Las abracé y les di las gracias. “¿Por qué nos das las gracias?”, me decían. Ahí comprendí que ellas no tenían forma de saber que la relación que habíamos construido me había ayudado enormemente en el trabajo

de campo. Flor se despidió prometiéndome que una de las próximas sesiones del club sería en Cantabria. Pensé que esas intenciones se desvanecerían con el tiempo pero en enero de 2020 fijaron la siguiente reunión para el día 8 de marzo, con la idea de comer juntas y después ir a la manifestación feminista, haciéndome una invitación especial para asistir. Todas me ofrecieron habitaciones para dormir en sus casas. Después llegó la pandemia, vinieron los confinamientos y nuestras vidas cambiaron mucho. El club de lectura pasó a ser online, así que cada mes y medio me conecto una mañana de domingo con mis antiguas vecinas del PAU para seguir discutiendo libros escritos por mujeres.

De Yuri tuve que despedirme por teléfono. Los días anteriores a mi mudanza no tuve el ánimo suficiente para ir a la garita a visitarlo. Le escribí un mensaje que respondió de un modo afectuoso, haciendo uso de un torpe castellano escrito:

Inés (11 de enero de 2020):

Querido Yuri, soy Inés. Aunque ya han pasado unos días: ¡Feliz 2020! Espero que este nuevo año esté lleno de buenos momentos.

Te escribo para decirte que en diciembre me vine a vivir a Cantabria. Estaré aquí durante este año. Siento mucho no haber podido despedirme de tí.

Si alguna vez vienes por Cantabria avísame. Y si quieres ayuda para visitar algún piso también.

Un fuerte abrazo

Yuri (19 de enero de 2020):

Querida Inés, me alegro mucho escucharte. No te respondí antes porque estaba en mi país con mi esposa una semana. Quiero desearte lo mismo, si te toca venir una vez por Madrid y si te necesitas ayuda, avísame. Todavía estoy buscando el piso, pero todavía no sabemos dónde comprar, por problema de trabajo, para jubilarse, falta cinco años.

Pero si vengo a tu tierra te aviso. Estamos en contacto.

Tu viejo (por edad) amigo Yuri.

Un fuerte abrazo

De Awa no me despedí. Los últimos días en Madrid y en el PAU fueron extraños, una especie de tiempo muerto que me tuvo algo apática y triste. No junté el valor para pasarme frente a la puerta del Mercadona y explicarle a Awa mis inexistentes planes de futuro. Me arrepiento de no haberle dicho adiós y me pregunto qué será de ella.

Los días en Cantabria discurren tranquilos. Los primeros meses hacía recorridos diarios a la biblioteca donde ordenaba y analizaba los materiales del trabajo de campo. Y después mi vida se redujo al perímetro del pequeño pueblo donde nació. El PAU y sus vecinas, a pesar de ser las protagonistas de mis días, parecen estar cada vez más lejos. Llegué al barrio en 2017, tenía 23 años. Ahora tengo 27 y la casa de Las Presillas desde la que escribo está exactamente a 420 kilómetros de mi primera urbanización. Y yo estoy a casi cuatro años de distancia de aquel septiembre en el que me mudé a los Tristes PAUs.

2.2. Miserias de posición

Como se alcanza a ver en los anteriores fragmentos, mi acceso al campo y mi inserción en el contexto del PAU estuvo mediada, entre otras cuestiones, por la particular imbricación entre las características del espacio social y del espacio físico.

En primer lugar, hay una cuestión que tiene que ver con el perfil social de los habitantes y con la forma en la que se desarrollan la socialización y las relaciones vecinales en el barrio. Como explicaré con más calma en siguientes capítulos, el espacio residencial se construye como el epicentro de la socialización. Las relaciones se producen fundamentalmente en torno a los servicios privados de las urbanizaciones y con un gran peso de la célula familiar y las actividades de crianza, que se convierten en auténticos vectores para la relación vecinal. Además, no hay que olvidar que el PAU está integrado en su mayoría por parejas jóvenes con criaturas pequeñas. De modo que las dinámicas de socialización imperantes, así como el propio diseño urbano y de los equipamientos, se encuentran muy vinculados con ese momento del ciclo vital.

Mi posición marginal o periférica no solo guardaba relación con mi condición de antropóloga —una recién llegada que se mantiene en una tensión que podría formularse como *dentro pero fuera*—, sino también con esa configuración sociológica del barrio que me colocaba inmediatamente en un lugar subalterno, fuera de las redes, los canales y los espacios de socialización y de información. Yo era una mujer con una edad, como decían Laura y Ana, “que no existe en el PAU”. Demasiado joven para ser una madre y demasiado mayor para ser una hija. Lejos de ser propietaria, vivía de alquiler arrendando una habitación, ni siquiera una vivienda entera. Y no estaba casada ni llevaba una vida en familia o en pareja en el barrio. Parafraseando a esas dos vecinas, mi perfil social se parecía demasiado a un perfil que no existía en el PAU.

En segundo lugar, la configuración urbanística añadía una capa más de complejidad a mi acceso etnográfico. Los espacios cerrados y privados como los patios interiores o las viviendas constituían espacios particularmente relevantes para el objeto de la etnografía. La mayoría de situaciones e interacciones sociales que más me interesaban sucedían justamente en el interior de estas fronteras privadas de difícil acceso: las relaciones familiares y vecinales, las prácticas de educación y crianza, la configuración y decoración de las viviendas, etc. Al otorgarle tanta importancia a la observación de dichas prácticas cotidianas mi trabajo navegaba sobre una contradicción fundante ya que, como dice Béatrix Le Wita (1988), en nuestra sociedad la vida privada se define justamente por aquello que debe escapar de la mirada exterior. En los espacios de más difícil acceso se desarrollaban las prácticas sociales más importantes para mi objeto de estudio y, a la inversa, los que resultaban más fáciles de transitar apenas me ofrecían información relevante. Digamos que, las *especies de espacios* que configuraban el espacio social y el espacio físico del PAU actuaban también como jerarquías socioespaciales en el acceso etnográfico. Explicaré esto.

En el PAU existía una jerarquía entre los espacios en relación con su grado de privacidad y por tanto de accesibilidad. Su diseño inscribía en el espacio urbanístico las desigualdades del espacio social, pues las personas que vivían en residenciales con servicios, y no en promociones de vivienda pública, contaban con un capital vinculado precisamente con esa expansión residencial del espacio privado disponible. En esta

división, de menor a mayor grado de privacidad, la calle era el espacio más abierto pero en el que menos actividades de socialización tenían lugar. Después el patio de los residenciales, continuando con sus zonas comunes resguardadas —como gimnasios o salas de usos múltiples— y por último las viviendas. Esta jerarquía espacial operaba también como un repertorio de barreras físicas y sociológicas que tuve que ir traspasando y negociando en el trabajo de campo. Tenía un acceso total a los espacios públicos, a la calle, a los parques y a los descampados. Como he dicho, pasé la mayor parte del tiempo paseando y observando, y sin embargo pude obtener una información muy limitada sobre la vida social del barrio. La información que conseguía ahí me remitía de continuo a todo aquello que no podía presenciar desde ahí. Me remitía a la centralidad del espacio privado. Tuve también un acceso limitado a los patios de las urbanizaciones. Las dos urbanizaciones en las que viví y otra que pude visitar con cierta regularidad gracias al club de lectura, me abrieron un universo de interacciones mucho más rico. Por último, el espacio doméstico de las viviendas fue sin duda el más complejo en términos de acceso. Durante el trabajo de campo, además de mis dos viviendas, fui invitada de manera regular a casa de Flor y en dos ocasiones a un piso en un edificio de promoción pública. Por supuesto, dentro de las casas tuve acceso a las estancias transitables para las visitas como la cocina, la terraza, el salón o el baño, pero jamás entré en los dormitorios principales, reservados para el matrimonio o para la dueña de la casa.

Además del asunto del acceso, las características urbanísticas del PAU —la dispersión y segregación de usos y la baja densidad— hicieron de mi vida en el barrio una suerte de distopía cotidiana. La escasez y la poca variedad de comercios, servicios y equipamientos, se conjugaba con una escala urbana de dimensiones y distancias demasiado amplias como para moverse a pie. Para alguien como yo que no disponía de vehículo, el hacer casi cualquier recado, como ir a una oficina de Correos o imprimir unas fotocopias, implicaba invertir una gran cantidad de tiempo y esfuerzo físico, caminando y haciendo transbordos en el transporte público. El PAU generaba lo opuesto a una vida de proximidad y si además no tenías coche el día a día podía volverse demasiado complicado.

Mencionaré dos de estas dificultades cotidianas que entrañaba para mí la vida en el PAU: algo que terminé por llamar la *contradicción tiempo-vida*⁵² y el miedo en el espacio público. La primera cuestión surge vinculada al tiempo necesario para el desplazamiento. Al no disponer de vehículo privado se generan unos largos trayectos en los que se pasa mucho tiempo en *stand by* en el transporte. Esto repercute indirectamente en una extensión de las jornadas laborales y también en una reducción del tiempo personal para el descanso y el ocio. Contribuye a generar un ritmo de vida más acelerado, con menos ratos para descansar y donde se antoja realmente complicado mantener relaciones que no sean las establecidas en el entorno laboral o en el ámbito inmediato de la vivienda —reforzando de nuevo la célula familiar por encima de otros vínculos e intereses sociales y afectivos—. Esta *contradicción tiempo-vida*, común en los barrios de las viejas periferias, se lleva hasta el límite en la periferia

⁵² Agradezco la ayuda de mi amiga Pilar García Navarro a la hora de nombrar esta cuestión. Nuestras conversaciones y reflexiones, y sobre todo el haber compartido la vida en una gran ciudad durante los últimos años, hicieron que este tema aflorase en múltiples ocasiones y que lo pensáramos en común. Además su investigación etnográfica en torno al *conflicto capital-vida* ha influido decisivamente en mi trabajo, no solo en este asunto, sino de manera global en la investigación.

neoliberal del PAU. Y yo, al igual que el resto de pasajeros, ponía en marcha cálculos y estrategias urbanas para conseguir el transbordo más corto, el vagón de tren mejor posicionado, la ruta más rápida o las actividades que pudieran convertir el tiempo de viaje en un tiempo provechoso —para descansar, leer, hablar por teléfono, responder correos o ver series—.

Lo segundo acontecía cada vez que regresaba al PAU de noche, cuando sus calles y avenidas estaban aún más desiertas que a plena luz del día. Yo, que nunca había sentido demasiado miedo al volver sola a casa y que, pensaba, era un tema que tenía bastante controlado, descubrí cómo al cambiar de contexto urbano este sentimiento se escapaba por completo a mi control. La unión entre la monofuncionalidad de usos del PAU y el transcurrir de la *vida hacia dentro* de las urbanizaciones refuerza un vaciamiento del espacio público en el que no existe ningún tipo de cuidado comunitario informal. En la calle no hay literalmente nadie y las viviendas, construidas como grandes fortalezas, quedan demasiado lejos de la vía pública. Es decir, no hay presencia de gente, de vecinos y vecinas, que al transitar el espacio público, al asomarse a una ventana o al salir de un bar se conviertan en una comunidad que cuide, que arrope con su sola presencia y que pueda ofrecer ayuda si alguien la necesita —eso que reclamaba ya en los años sesenta Jane Jacobs (2011 [1961]) y que ha tenido múltiples lecturas, a mi juicio perversas, en clave securitaria—. Así, determinados sujetos a ciertas horas nos volvíamos, o tal vez nos sentíamos, más vulnerables. Por ejemplo, yo volviendo a casa por la noche o alguien con problemas de movilidad que tuviera miedo a tropezar o a caerse.

Tengo cena en casa de unas amigas en Lavapiés y vuelvo tarde a casa. Por suerte alcanzo a coger el último metro y me libro de dar la vuelta al mundo en el N-17 —el bus nocturno—. Al llegar al PAU la calle está completamente desierta, parece otra ciudad. Solo hay un hombre que camina con paso torpe y una bolsa en la mano. La presencia de un tipo con paso poco ágil en cualquier otro contexto no me hubiera intimidado, pero la soledad de estas calles me hace sentir vulnerable. Estamos él y yo solos en este espacio grande y vacío. Solos hasta donde alcanza la vista. Es inevitable: la ausencia total de personas en el espacio público desde que cae la noche coloca a cualquier sujeto que lo ocupe bajo sospecha: ¿quién es?, ¿qué hace en la calle?, ¿por qué? Digamos que, *a priori*, en el PAU el espacio público es un lugar que no se frecuenta. Si este es el punto de partida, su ocupación necesariamente se torna problemática. (Fragmento del diario de campo, 19 de abril de 2018)

En mi diario de campo dejé registrado uno de estos trayectos nocturnos que podría ser la descripción de una vuelta casa cualquiera:

Por la tarde tengo una reunión en Lavapiés que se alarga y regreso al PAU cuando ya es de noche. Podría hacer el camino del metro a casa con los ojos cerrados. Y podría ejecutar también, a ciegas, la *coreografía del miedo* que se repite noche tras noche cuando vuelvo tarde. Abro la mochila, cojo el juego de llaves y las introduzco en mi bolsillo derecho. Las agarro con fuerza, con el puño cerrado, dejando que dos ellas sobresalgan entre mis dedos. Pudiera ser que en los bolsillos de las chicas existiera un universo paralelo. Apago la música, me quito los cascos y guardo el teléfono en el otro bolsillo. Pero no lo bloqueo. Abro la sección de últimas llamadas y localizo el número de alguna amiga que esté despierta. Bordeo el colegio y el patio está lleno de liebres salvajes. Los animalillos se quedan inmóviles al verme, petrificados. Me siguen con la mirada, entornando los ojos sin mover ni un ápice la cabeza. Yo camino ligera en línea recta. Voy a paso rápido pero silencioso, como quien quiere escapar de un lugar sin ser visto. Digamos que no camino, se podría decir que huyo. A mi paso las liebres no escapan, solo me observan. Este universo nocturno es más suyo que mío. Miro hacia atrás. No viene nadie. Camino diez metros y vuelvo a mirar. Nadie. Paso por delante de mi antiguo residencial, pero por la acera que está alejada porque si pasase junto a la puerta de entrada causaría un pequeño desconcierto en el guardia de seguridad: ¿es vecina?, ¿no lo es?

Parece que hoy Yuri no está de turno. Lo cierto es que al pasar por delante, aunque entre acera y acera haya más de treinta metros de separación y esté oscuro, y el guardia casi no me vea, siento una pequeña tregua. Unos segundos de tranquilidad que duran lo que tardo en dar cuatro zancadas. Al menos hay alguien, existe una compañía virtual al otro lado de la calle. Es paradójico este asunto: en el PAU las garitas de seguridad me dan más seguridad cuando transito el espacio público que cuando habito el privado. Miro hacia atrás. No viene nadie. Ya estoy cerca de mi *urba*. El camino desde el metro se me hace eterno. Me da vergüenza reconocerlo pero los últimos metros siempre los hago corriendo. Si en este tramo hubiera conejos se asustarían. Miro por última vez hacia atrás e introduzco la llave en la cerradura. Entro. Me detengo unos minutos en el patio del residencial y repaso con la mirada la formación de ventanas. En algunas aún hay luz. Lo que daría por saber qué hay tras cada una de ellas. Me encuentro con un grupo de palomas torcaces bebiendo en la piscina y me da un poco de asco la escena. Ya he llegado. (Fragmento del diario de campo, 3 de junio de 2019)

Este conjunto heterogéneo de factores, que iban desde mi relativa condición de *outsider* en tanto antropóloga, hasta la propia configuración del espacio social y urbano del barrio, con mi perfil sociológicamente *fuera de lugar*, daban como resultado que mi posición en el PAU fuese algo así como una *miseria de posición*⁵³ (Bourdieu, 1999 [1993]). Mi imposibilidad para contar con los recursos y generar las condiciones para participar más cómodamente del espacio social del barrio, y en concreto de las dos urbanizaciones, me ubicaba en un lugar relativamente subalterno o marginal. Un lugar que era a la vez causa y consecuencia de mi acceso, pues mis informantes eran también, en este sentido, *marginales* —lo que en la literatura etnográfica se ha recogido como *informantes marginales* (Rabinow, 1992 [1977]) o *informantes umbrales* (Cuesta Ávila, 2004)—. Las personas con las que mantuve una relación más estrecha eran sujetos que en general ocupaban posiciones relegadas o intersticiales en el espacio social del PAU, aunque las causas eran muy distintas. Mis compañeros del primer piso eran hombres separados que estaban envueltos en una espiral de autodestrucción, o personas que vivían de alquiler en el PAU porque era lo mejor habían podido encontrar con su escaso presupuesto, pero que no tenían, ni querían, vínculos y relaciones en el barrio. En el residencial la existencia de estos habitantes era prácticamente invisible y el resto de vecinas no podían ni imaginarse que esa realidad sucedía al otro lado del descansillo, puerta con puerta. Mis otros dos conocidos, Yuri y Awa, eran un guardia de seguridad y una mujer migrantes que pedía dinero a la puerta del supermercado. Y mis compañeras del club de lectura eran vecinas, propietarias, que no estaban aisladas o marginadas en el PAU, pero que establecían tomas de posición más o menos críticas con su comunidad vecinal y se distanciaban de ella. Habían tejido su propia red de afinidad y contaban además con un capital cultural que las unía. Mientras tanto, otras mujeres con las que tuve relación, como María y Ana, al no vivir en pareja o no ser madres, encontraban algunos problemas a la hora de acceder a ciertos espacios y redes de relación, quedándose en muchos casos fuera de las dinámicas imperantes de socialización en el barrio.

Me gustaría detenerme en la situación de estas dos últimas mujeres porque, tal vez aquí, eso que Bourdieu (1993) denomina *miserias de posición* pueda resultar útil para

⁵³ Bourdieu (1999 [1993]) utiliza este concepto para iluminar las experiencias de injusticia, insatisfacción y relegación presentes en entornos sociales relativamente privilegiados, o que al menos no podemos incluir asimilar a las grandes desigualdades sociales, que se producen en un contexto en el que determinados sujetos o grupos no cuentan con los recursos y las condiciones necesarias para participar cómodamente de ese espacio social.

iluminar posiciones como las suyas. María no tenía pareja ni hijos, algo que ansiaba y por lo que sufría. Se sentía sola y echaba en falta esa compañía para compartir la cotidianidad, los ratos de ocio y la vida. Además con frecuencia señalaba que en la urbanización tenían más poder las familias con niños porque efectivamente eran mayoría, priorizando en el espacio residencial sus intereses y necesidades a las de aquellas personas que no tenían criaturas. Por su parte, Ana estaba separada del padre de sus dos hijas. La separación había supuesto la frustración de muchas de las estrategias familiares de reproducción y también tenía consecuencias para su vida cotidiana en el barrio. Separarse e iniciar una andadura como madre soltera implicaba para Ana sentirse incómoda o desplazada en múltiples ocasiones, y en nuestras conversaciones utilizaba la expresión “en tierra de nadie” para explicar esta situación que describía entre experiencias de soledad y aislamiento. En un lugar como el PAU, en el que la vida y la socialización de todo un barrio está organizada en torno a la familia nuclear, experimentar una ruptura generaba para ella al menos dos efectos. Primero, se derrumbó el pilar sobre el que se habían construido muchas de las estrategias familiares de reproducción y con él se tambalearon otros tantos elementos, como la vivienda compartida, la socialización que se había desarrollado en pareja, la economía familiar, los bienes como el coche e incluso la trayectoria laboral de Ana. Segundo, estar separada en un barrio en el que la socialización es básicamente familiar, supone encontrarse en una situación de soledad, aislamiento y finalmente de anomalía, como me hizo saber Ana en su entrevista.

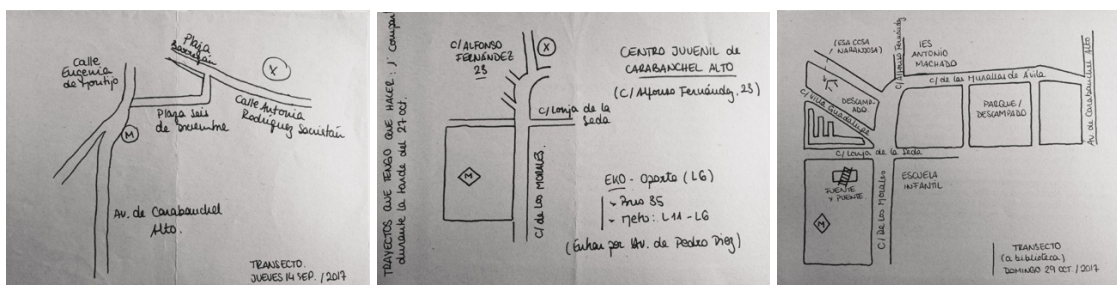
De este modo, si el perfil central en el barrio eran las parejas que vivían en pisos en propiedad en residenciales y tenían criaturas pequeñas, yo tuve acceso fundamentalmente a sujetos que por distintos motivos no se encontraban en esa situación. Seguramente las vecinas compañeras de pilates con las que me terminé relacionando, y mujeres como Marisa y Ruth a las que pude entrevistar, fueron las informantes mejor posicionadas en el universo de relaciones del PAU.

Llegados a este punto resulta evidente que, además de su condición más o menos *umbral* o *marginal*, todas mis informantes o interlocutoras fueron mujeres, a excepción de Yuri. Durante el trabajo de campo era consciente de que no estaba siendo capaz de acceder a los hombres del barrio, y por tanto a sus experiencias, representaciones y puntos de vista. Es decir, a su visión de la crianza y de la vida en familia, a sus representaciones sobre la periferia obrera o a sus discursos sobre la elección del PAU y el proceso de compra del piso. Digamos que, sin proponérmelo, estaba construyendo un barrio a través de sus mujeres. Mi propia condición de género facilitaba que tuviera mayor contacto con unos sujetos que con otros, con un género que con el otro, pero también era el resultado de mis propias decisiones en el campo. Por ejemplo, en la búsqueda del segundo piso decidí que no viviría con más hombres por una cuestión de bienestar doméstico y también como una elección estratégica, pues sabía que me iba a resultar más sencillo hacer buenas migas con alguna mujer que, a su vez, me abriera paso a nuevas relaciones en el residencial. Y a veces en el campo el optar por una vía —tomar una decisión, establecer una alianza o relacionarse con tal o cual grupo o sujeto— implica necesariamente elegir un camino y no otros.

Cuando cerré el trabajo de campo y abandoné el PAU, mientras estaba inmersa en la organización de todos los materiales, algunas conversaciones con mis profesoras me invitaron a ahondar más en esta cuestión. Me pregunté por el lugar que tenía el género

en mi objeto de estudio y esto marcó el inicio de una reflexión que fue tomando forma con la escritura: mi acceso exclusivo a mujeres en el campo guardaba relación con el uso diferencial y *generizado* del espacio que existía en el PAU. Como veremos con más detalle en siguientes capítulos, eran las mujeres y las criaturas los grupos que hacían un mayor uso de los espacios y servicios de la urbanización, pasando más tiempo en las zonas comunes y realizando una parte importante de su ocio ahí. Por tanto eran ellas las que mayoritariamente estaban en la piscina y en el césped en verano, las que asistían a las clases de pilates y las que organizaron un club de lectura entre vecinas. Al mismo tiempo, sus redes vecinales establecidas para la crianza —que constituyen un circuito en términos de capital social— me ayudaron a entrar en contacto con más mujeres. Por ejemplo, conocí a Ana y a Marisa porque, tras la entrevista con Ruth, esta pidió ayuda por un grupo de *WhatsApp* de madres organizado en torno al colegio, y así pude concertar más entrevistas. Lo que inicialmente constituía un hándicap en el acceso etnográfico terminó por convertirse en una problemática específica de género en mi objeto de estudio. La expansión del ámbito privado y doméstico que se produce en el PAU, con la consecuente dilatación del trabajo reproductivo y de crianza, convierte a las mujeres en las grandes protagonistas de la *vida hacia dentro* de los residenciales. Es decir, en los agentes principales del que he definido como uno de los ámbitos fundamentales del despliegue y el desarrollo de estrategias familiares de reproducción social y movilidad social: el espacio residencial.

Sin embargo, algo de todo esto aflora en el texto final a modo de costuras que revelan cosidos y puntos de sutura. Al tratarse de una reflexión que se ha ido construyendo mediante el proceso de escritura, pueden observarse ciertas confusiones en torno al grupo social al que me refiero en cada ocasión y también problemas de generalización al tomar, a veces, la parte por el todo. En algunos momentos del trabajo no queda claro si estoy aludiendo a los hombres y mujeres hijos de la periferia obrera, o si solo me remito a ellas. Mientras que en otros se produce una suerte de *sesgo femenino*, ya que sin ser consciente de ello utilizo los datos producidos a partir de las experiencias y vivencias de las mujeres para elaborar generalizaciones sobre las dinámicas de socialización de todo el grupo social en el PAU, extensibles por tanto a ambos géneros.



Fotos 9. Dibujos, mapas y recorridos

2.3. Sobre el terreno: el campo y la cocina

Me gustaría presentar ahora, de forma escueta, qué espacios, qué gentes y qué lugares pude etnografiar durante el trabajo de campo y cómo lo hice; aunque sin duda esto se comprenderá mucho mejor a lo largo del texto, cuando las técnicas de investigación se mezclen con las situaciones de campo y con los análisis conceptuales.

El acercamiento a las formas de lo ordinario adquiere un lugar central en mi objeto de estudio, puesto que intento analizar las estrategias de reproducción y movilidad social de los vecinos y vecinas del PAU —particularmente de aquellas que nombro como hijas de la periferia obrera— en tanto prácticas que se despliegan en la cotidianeidad del nuevo vecindario. En primer lugar, he podido etnografiar las “maneras de hacer” (De Certeau, 2007; De Certeau, Giard y Mayol, 2010) de dichas estrategias —ya fueran, por ejemplo, residenciales, matrimoniales, educativas o de inversión social—. Es decir, sus características y su despliegue en situaciones de la vida cotidiana como las interacciones vecinales en los patios interiores de las urbanizaciones, los tiempos de ocio, las actividades de crianza, los desplazamientos, el uso del espacio público o la organización de las viviendas. Me he interesado entonces por las prácticas más ordinarias, y en ese sentido más invisibles y naturalizadas de la vida social, y el modo en el que se desarrollan, atendiendo especialmente a las tensiones de clase social que las atraviesan. Estas estrategias de reproducción acabaron por condensarse en tres grandes grupos —el proceso de elección y compra del piso, la socialización en el espacio residencial y la educación y escolarización de los hijos e hijas—, pero dicho ejercicio de síntesis solo pudo suceder al final del proceso de investigación, tras un trabajo de campo cuyo ejercicio principal consistió precisamente en el contrario: perseguir la multiplicación y la proliferación de prácticas, situaciones y espacios sociales. Y es que la construcción del campo —como parte de un ejercicio de especificación del objeto de estudio— y del dispositivo metodológico es un proceso que en etnografía se caracteriza por su apertura, por su tendencia al desborde. De hecho, es posible que en cada interacción y observación una se encuentre construyendo y reconstruyendo el campo y que, inmersa en cada situación cotidiana, se vea ampliando el reservorio de estrategias, técnicas y procedimientos más o menos inadvertidos de producción de datos.

En segundo lugar, hay otra dimensión del objeto de estudio que hasta los últimos meses en el campo no fui capaz de identificar y otorgarle la importancia que merecía: la perspectiva diacrónica o procesual de las estrategias. Una dimensión que había aflorado cientos de veces en el campo sin que yo le prestara la suficiente atención. Así, me he aproximado también a las trayectorias sociales y residenciales de las vecinas del PAU. Por ejemplo, a los discursos sobre su infancia y juventud en el barrio obrero, los recuerdos sobre su unidad familiar y las trayectorias de sus padres, la evolución de los vínculos familiares y amistosos, su paso por el sistema educativo, los cambios de residencia o cómo se transforman las estrategias a medida que avanza el ciclo vital. Utilizando como detonante la vida en el PAU, he intentado restablecer las trayectorias de algunas mujeres haciendo especial énfasis en los barrios habitados y sus realidades sociales de clase. Apareció entonces todo un conjunto de espacios, agentes y situaciones pasadas que, aunque no *estuvieran* en el contexto inmediatamente etnografiado, se encontraban comprometidos en él. Eran necesarios para restablecer

las condiciones sociales de producción de las estrategias de movilidad y reproducción social que se desarrollaban en el presente.

Las características del objeto y del campo, y sus particularidades en el acceso, dieron como resultado un trabajo de campo en el que la observación y la conversación informal fueron los dos modos principales de indagación empírica. Como ya he dicho antes, la observación —más o menos participante en función de los espacios y las situaciones— se ganó el protagonismo de mis días. Observaba la calle, los trayectos en el transporte, las salidas y entradas de los colegios y los tiempos muertos de los familiares esperando, los coches aparcados, la arquitectura de los edificios, las interacciones en la fila del supermercado, las clases de pilates, los cuerpos tomando el sol en verano, las formas de hablar y de moverse, el aleccionamiento de una madre a su hijo en el jardín del residencial o eventos como las fiestas del barrio. Una observación que suponía un acercamiento a lo ordinario, a los *modos de hacer* de los sujetos tal y como se producían en cotidianidad.

Más allá de que la observación participante sea la forma privilegiada de *inserción e inmersión* en el campo y de que, en principio, constituya el marco general desde el que se articula la producción empírica en etnografía, en mi trabajo de campo la indagación a través de la observación y los datos observados ha jugado un rol determinante. En parte, claro está, por el hermetismo y las dificultades de acceso que he señalado, pero también —y esto tiene que ver con el objeto de estudio— porque algunas de las prácticas y dimensiones de lo social que más me interesaban formaban parte de lo prediscursivo o lo infradiscursivo, incluso del silencio, lo informable o lo indecible (Olivier de Sardan, 2018). Como señala Jean-Pierre Olivier de Sardan recordando al sociólogo alemán Stefan Hirschauer, seguramente el rol de la observación en etnografía sea el de describir las dimensiones silenciosas de lo social. Solo por poner un ejemplo, las *disposiciones* de clase social, en las que me detendré en otro capítulo, requerían de una observación minuciosa de cuestiones como el aspecto y la apariencia de los vecinos y vecinas, sus gestos corporales más automáticos, la pronunciación y la entonación al hablar o el modo en cómo alguien se relajaba al estar en su espacio social.

Las potencialidades de la observación residían, primero, en su idoneidad para ajustarse a la naturaleza de mi objeto y a las dimensiones y formas de lo social en las que se concretaba. Segundo, en su conversión en una técnica que podía ser la mejor aliada de una antropóloga cuya *miseria de posición* no le permitía participar de la vida en el barrio más que desde la barrera. Y tercero, en su dimensión de dispositivo que, de algún modo, fuerza a la apertura en la indagación y la imaginación en la producción empírica. Abre temas, dimensiones, sujetos, posiciones, espacios e interrogantes. En este sentido la observación —que con el tiempo se ha convertido en un clásico algo denostado o reducido a la anécdota, en favor del privilegio de lo discursivo— anima a (re)inventar continuamente nuevos acercamientos y a bregar con una producción de datos sumamente ecléctica.

En el marco de mi observación participante desarrollé la escucha, pues escuché cientos de conversaciones ajenas —teniendo en cuenta que pasé mucho tiempo a solas rodeada de gente—, y también la conversación informal interaccionando con vecinas y trabajadores de los residenciales. Este tipo de conversación me daba acceso a los discursos dialógicos que se producían en el transcurso de situaciones cotidianas y que

en el contexto de mi investigación resultaban pertinentes, no solo porque me ayudaron a integrarme mínimamente en la vida vecinal, sino porque me permitieron identificar los intereses de los propios agentes sociales, los diferentes puntos de vista en relación a diversos temas y los modos de manifestarse y posicionarse ante diferentes cuestiones. A través por ejemplo de los temas que se repetían una y otra vez o sobre los que recaía un silencio unánime, o del entretrejimiento que se producía entre la dimensión comunitaria de las relaciones vecinales y las historias personales. De hecho, gran parte de esta etnografía hunde sus raíces en las conversaciones de las tardes de verano en torno a la piscina del residencial, escuchando a las vecinas y charlando con ellas.

Durante mi estancia en el PAU desarrollé también, sin andar buscándolo, un tipo de conversación informal que se producía en los paseos con determinadas vecinas —con las que mantenía una relación estrecha—, y que me brindó la oportunidad de ensayar una faceta más sistemática de la conversación (Devillard, Franzé y Pazos, 2012). En los meses de buen tiempo María y yo salíamos de vez en cuando a dar paseos, algo que también hice con Flor en la época en la que ella estaba en paro. En estos encuentros se imbricaban la práctica del caminar y el pasear, con la práctica de la conversación. Junto a Flor recorrí distintos espacios del PAU, sus fronteras y también algunas zonas de los viejos barrios colindantes, y pronto descubrí que al pasear se generaban discursos relativos a aquello que observábamos. Contenían la realidad inmediata y al mismo tiempo la rebasaban, poniendo en relación espacios, historias colectivas e individuales, vínculos afectivos, etc. El caminar tenía la capacidad de evocar recuerdos y de hacer surgir comentarios, posicionamientos y apreciaciones en un ambiente que además era cotidiano y familiar. Estos momentos se volvían incluso tiempos idóneos para las confesiones y con frecuencia surgían, tanto por su parte como por la mía, comentarios de mayor calado emocional sobre tales o cuales preocupaciones, problemas con la familia, quejas, dudas y temores. Me di cuenta entonces de que esos paseos constituían una ocasión para entablar conversaciones informales que requerían de una preparación y atención más sistemáticas por mi parte, ya que sin abandonar la lógica conversacional —y sus características de no directividad, improvisación, surgimiento libre de temas, total disposición a las interrupciones— a ratos se convertían en una entrevista *sui generis*. Tras dar con las reflexiones de Marie José Devillard, Adela Franzé y Álvaro Pazos (2012) sobre este asunto, me puse a elaborar pequeñas guías de conversación para algunos paseos, pensadas como estrategias o recursos de conversación.

En estos encuentros con María y con Flor pude experimentar también la elasticidad de las técnicas de investigación en etnografía. El caminar y el conversar con ellas cumplía diversas funciones en el contexto de mi trabajo de campo y, además, se generaba un encabalgamiento de técnicas que yo, sin ser del todo consciente, iba desarrollando en el curso de la interacción; cuando nos encontrábamos paseando y al tiempo entablando una conversación que de pronto parecía convertirse en una entrevista y más tarde, al encontrarnos con otra vecina, se tornaba en una charla a tres. El resultado solía ser el mismo: una articulación de técnicas en la que hubiera resultado imposible cualquier intento por distinguir dónde comenzaba el paseo, dónde la conversación y dónde la entrevista informal. Al fin y al cabo las técnicas de investigación son prácticas sociales que se desarrollan en situaciones sociales y que, como no puede ser otra manera, están supeditadas a las contingencias de la vida. Recuerdo, por ejemplo, mi primer paseo con

Flor, al poco de conocernos. Cuando hablamos por teléfono para concretar la cita le propuse quedar en su calle, añadiendo al final de mi intervención una frase que fue del todo casual: “así me enseñas el barrio, que no lo conozco bien”. Algo que era tan fortuito como buscar rápidamente un lugar donde quedar dio pie a que Flor actuara aquella tarde como una anfitriona, explicándome la composición y distribución urbana del PAU y parte de su historia. Y aquel paseo acabó siendo, a los cinco meses de mi llegada al barrio, una entrevista panorámica.

Cuando una vive durante un tiempo en el campo, por mucho que lo intente, no siempre se encuentra alerta, no registra todas y cada de una de las observaciones o conversaciones, y hay miles de detalles que se le escapan. Había días en los que no me apetecía sacar el cuaderno de notas —o en su lugar el teléfono, donde registraba la mayor parte de inscripciones rápidas—, tardes en las que solo quería tenderme al sol y bañarme en la piscina olvidándome de todo lo demás, y domingos infinitos en los que deseaba con todas mis fuerzas estar en cualquier otro lugar. Pues bien, incluso en esos momentos en los que se está “lejos de los corpus” (Olivier de Sardan, 2018) los efectos de la *inmersión* están teniendo lugar. En el trabajo de campo existe un conocimiento que podemos llamar “de telón de fondo” y que se genera al empaparse día tras día de lo cotidiano, lo ordinario, del ruido de fondo: lo que Olivier de Sardan (op. cit.) denomina *impregnación*. Se trata de un conocimiento sensible, flotante, que muchas veces permanece más allá de lo consciente y que nace de la familiarización con un contexto social. Los horarios, los olores, los silencios, los saludos y los temas más habituales de conversación, los cotilleos y rumores, lo que entra dentro de lo posible y lo que no, los miedos más comunes... Todo ello influye en un conocimiento general del espacio social que a menudo pasa desapercibido, pero que resulta fundamental para la antropóloga. No solo porque, claro está, facilita su propia integración en el lugar, también porque se une al marco interpretativo desde el que se producen y analizan los datos. Contribuye a configurar esos límites, que están latentes y son difíciles de explicitar, que al escribir o analizar guían y orientan la práctica investigadora: esa especie de voz interior que se inmiscuye en los procesos analíticos e interpretativos y que dice “esto es verosímil, esto me cuadra, esto no me cuadra o esto no es del todo así en el caso del PAU”. En palabras de Olivier de Sardan (2018: 36):

Aquello que observa, ve o escucha durante una estancia sobre el terreno, así como sus propias experiencias en sus relaciones con los demás, todo ello va a «entrar» en esa caja negra, va a producir efectos dentro de su máquina de conceptualizar, analizar, estimar, evaluar e interpretar y, por lo tanto, va a «salir» de dicha caja negra para estructurar en parte sus interpretaciones [...]. Este dominio que un investigador adquiere del sistema de sentido del grupo sobre el que investiga se obtiene, en gran medida, inconscientemente, como una lengua, mediante la práctica.

Como señala el autor, este proceso de impregnación produce “efectos silenciosos” que no se asimilan a los corpus, entrevistas o datos más o menos objetivables, por eso es tan difícil de explicitar y rara vez se tiene en cuenta en los planteamientos sobre la reflexividad. Lo mismo sucede con el tipo de *vigilancia rutinaria* que se desarrolla en un trabajo tan intensivo como el etnográfico, donde se producen de manera cotidiana microajustes y pequeños tanteos que conectan con un ejercicio de reflexividad continuado, que se desarrolla *en* el terreno y *sobre* el terreno. Me refiero, por ejemplo, a la capacidad de improvisación y de adaptación a diferentes situaciones, a las estrategias para reparar un malentendido en el curso de una interacción o para acomodarse al tono de una conversación. Se trata de un control discreto sobre los

modos de producción de datos que discurre en el plano del *saber hacer* del oficio y que también forma parte del trabajo de vigilancia epistemológica de una investigación; más aún cuando la investigación cualitativa suele estar caracterizada por procesos dubitativos, improvisados y erráticos, antes que lineales y coherentes.

En mi segundo año en el barrio realicé también varias entrevistas, ocho en total, la mayoría de ellas localizadas en los últimos meses del trabajo de campo, y de cuyas particularidades doy cuenta a lo largo de la etnografía. Lo que aquí me gustaría analizar, porque considero que es productivo a nivel metodológico, es por qué pienso que me equivoqué en la gestión de las mismas. Antes incluso de comenzar el trabajo de campo, ya tenía muy claro que deseaba realizar una etnografía con un amplio proceso de inmersión en el que predominase la observación participante. No se trataba en absoluto de perseguir una ilusión naturalista o un *empirismo radical* (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1976 [1968]), sino más bien de ensayar un trabajo de exploración, sistemático y concienzudo, en el que desarrollase procedimientos y técnicas de producción de datos muy pegadas a las formas de lo ordinario⁵⁴. Era algo que me estimulaba a nivel epistemológico y metodológico y en lo que tenía ganas de trabajar. Pensaba que al disponer de una beca de cuatro años era el momento idóneo para implementar un acercamiento etnográfico de este tipo, ya que, casi con total seguridad, no volvería a contar con un periodo tan amplio para investigar a tiempo completo. Además, como ya he mencionado, la idiosincrasia de mi objeto de estudio y de mi campo se acoplaban a la perfección a este modo de indagación. Pues bien, reconozco que este planteamiento que en efecto resultó estimulante y especialmente productivo durante una primera etapa, fue adquiriendo con el tiempo visos de terquedad y obstinación por mi parte, hasta el punto de generar una cierta resistencia a la realización de entrevistas; cuando estas resultaban, a todas luces, complementarias con el dispositivo metodológico anterior. Pensaba que, al haber optado por una inserción en el campo como vecina y haber construido mi rol y mi participación como investigadora desde ahí, el plantear una situación experimental del tipo entrevista podría resultar disruptivo. Tenía miedo de que causara rechazo entre mis vecinas y que hiciera mella en la relación cuidadosa y a fuego lento que había construido con ellas. Ya la sola posibilidad de que valoraran la petición como una práctica extractivista o interesada por mi parte me generaba un gran malestar.

Al final hice entrevistas. Empecé por sujetos relativamente periféricos en relación con mi objeto, después por vecinas del PAU con las que no tenía una relación previa y finalmente entrevisté a personas como Flor, Rosa y Violeta con las que compartía vínculos muy estrechos. En ninguno de los casos se produjo una situación de desagrado o de quiebra de la confianza, sino que, contrariamente a mis temores, las entrevistas me permitieron tender nuevos lazos con quien no los tenía y afianzar los anteriores. Ruth, a quien acababa de conocer, se involucró en ayudarme y me consiguió más contactos; con Ana tejí una buena relación que sobrepasó los límites espaciotemporales de la entrevista y se expandió; y con mis queridas Flor, Rosa y Violeta compartí unas horas de cierta intimidad y apertura que consiguieron acercarnos un poco más, o al menos de un modo diferente. Tras el aprendizaje que supone un trabajo de campo —el

⁵⁴ Cualquier técnica de investigación genera situaciones de experimentación ficticias en tanto que parte de una cierta problematización teórica de lo social. En este marco, la observación se coloca de entrada en una posición más favorable para no *romper* con lo ordinario porque justamente ese es su objetivo y su objeto: restituir las formas de lo ordinario.

primero— puedo decir que, sin saberlo, durante mucho tiempo camuflé con explicaciones metodológicas lo que en realidad era un temor, por lo demás muy común, a romper el hielo y realizar entrevistas, a molestar a la gente y demandarles su tiempo, y a meter la pata. Si pudiera dar marcha atrás y volver al campo con lo que ahora sé, haría más entrevistas —tal vez no a más personas, sino que tendría más encuentros con las mismas— y desde antes. Fueron una vía para conocer a nuevas vecinas, no resultaron en absoluto disruptivas en mis relaciones previas y, enmarcadas en un dispositivo metodológico como el mío, con un gran peso de la observación participante, se mostraron particularmente fructíferas. Es más, como explicaré después, me permitieron acceder a otras dimensiones que eran fundamentales para mi objeto de estudio —como la profundización en las trayectorias residenciales, escolares y familiares, y en la evolución de las estrategias a lo largo del tiempo— y a las que llegué algo tarde.

Quiero pensar que todo ello guarda relación con el carácter artesanal de la socioantropología (Sennett, 2013; Olivier de Sardan, 2018), con su ausencia de estandarización y por tanto de técnicas que puedan reproducirse una y otra vez del mismo modo. En una etnografía se moviliza un conocimiento que está en la dimensión del *saber hacer*. Una destreza técnica que se adquiere con el tiempo y con la práctica, que se aprende y se prueba. Según Sennett (2013), es destinando horas de trabajo y dedicación al ensayo de la técnica que se llega a conocer en profundidad sus ventajas y sus inconvenientes. Y cuanto más desarrollamos una destreza, más conscientes somos de los problemas que genera, de sus limitaciones y sus puntos ciegos. En consecuencia, durante la investigación cualitativa se pone en marcha un trabajo con cada elemento que resulta único e irrepetible, igual que el artesano o artesana trabaja de manera distinta cada pieza en función de su volumen o de las vetas de la madera. No hay dos entrevistas iguales ni dos trabajos de campo idénticos. Y esto es algo que requiere, necesariamente, de una implicación que es al mismo tiempo personal, profesional, política y corporal (Esteban, 2011).

En mi caso la construcción del campo y del dispositivo metodológico consistió en un proceso lento, con grandes dosis de improvisación, de intuición, de ensayos y de errores. Y sobre todo de aprendizaje sobre la marcha. Un trabajo que estuvo repleto de infinitas líneas de reflexión y operaciones de producción de datos que se quedaron por el camino, como vías muertas o como crisálidas que después se convirtieron en otra cosa; y también de muchas otras cuyo encaje en la investigación solo he podido encontrar tiempo después, ya lejos del campo. Creo que Olivier de Sardan (2018: 30) tiene razón cuando dice que “es necesario haber perdido el tiempo, mucho tiempo, una enorme cantidad de tiempo sobre el terreno, para comprender que estos tiempos muertos eran tiempos necesarios”. Pero cuando escribí *Tristes PAUs* no lo sabía.

2.4. Escribir, describir y el proceso de construcción del objeto

Cada vez soy más consciente de la importancia que tienen en mi trabajo de campo dos elementos: por un lado, el paso del tiempo y por otro, esa disciplina sumamente aburrida y sistemática que me autoimpongo para registrar mi monótona vida en este barrio.

Ahora me doy cuenta de algo que, aunque parezca mentira, he tardado más de un año en ver con claridad. Mi observación participante en la mayoría de situaciones cotidianas discurre de la siguiente manera. Primero comienzo a observar y a participar en una actividad, ya sea asistir a un curso de pilates o bajar a la piscina de la urbanización por las tardes. Apunto en mi diario de campo todos y cada uno de los detalles que soy capaz de retener, hasta el punto de que las hojas se llenan de inscripciones que, realmente, me parecen irrelevantes. Diría que incluso ridículas. Poco a poco la actividad comienza a hacerse rutinaria y con frecuencia las anotaciones toman un esquema común. Casi sin querer comienzo a describir los eventos siguiendo un mismo orden: quiénes estábamos, cómo se relacionaban entre ellos y ellas y cómo lo hacían a su vez conmigo, de qué temas se hablaron... Al cabo de unas semanas empiezo a preguntarme qué demonios hago ahí, asistiendo de forma insistente a esos espacios y eventos, y perdiendo una gran cantidad de tiempo en registrar aquello que observo y comento con mis vecinas, y que parece carecer de todo tipo de interés en relación con mi objeto. A veces, si tengo suerte, sucede algo extraordinario: un comentario o expresión, una conversación que escucho, un saludo de una vecina que se interesa por mi vida. Y eso despierta en mí una emoción desproporcionada y el sentimiento —fugaz— de que he hecho un hallazgo magnífico. Recuerdo la alegría que me invadió una tarde de julio en la piscina cuando Pili dijo: “como somos pobres no hacemos lista de regalos en las bodas”. Ese día me sentí Bourdieu registrando aquel posicionamiento subjetivo de clase.

Una vez les conté a mis estudiantes de primero de Antropología que para mí los estados más comunes en el trabajo de campo eran la soledad y el aburrimiento. Intenté darle al asunto una pátina epistemológica y metodológica: “esto guarda relación con el tipo de acercamiento que practicamos a la vida común, a lo cotidiano, a las conversaciones y situaciones del día a día en un determinado espacio social”. Me respondieron que en el capítulo introductorio de *La Muerte sin Llanto* que acababan de leer Nancy Scheper-Hughes relata cómo tuvo que asistir a una parturienta nada más llegar al campo. Y la verdad es que me hicieron polvo. ¿Es realmente mi trabajo de campo el más aburrido de la historia de la antropología?

Al punto al que quiero llegar es que, en todos los casos, tras llevar meses participando en determinadas actividades y registrando a través de meticulosas descripciones aquello que he observado, de pronto, cuando menos me lo espero, se desencadena un proceso en el que los datos comienzan a ordenarse y cobran un sentido. A veces sin ser muy consciente del desencadenante —otras veces sí—, empiezo a ordenar toda esa retahíla de informaciones dispersas, fragmentarias y poco agradecidas, de forma que puedo ver en dichos acontecimientos una determinada cadena de relaciones, unas dimensiones y conexiones entre fenómenos que hasta el momento no había sido capaz de vislumbrar. Esos datos se ordenan, claro está, en una dirección determinada, que es la dirección de mi mirada y de mi proceso de reflexión. La dirección, o direcciones, que señalan mi disperso objeto de estudio, que al mismo tiempo, en ese preciso instante y a través del mismo proceso, está construyéndose y reconstruyéndose. Lo que se desencadena entonces es un proceso de enlace con otros “algunos” anteriores, generándose un movimiento de atribución de significados que de momento solo tiene sentido para mí. Y entonces me parece completamente alucinante no haberme dado cuenta antes de aquello que había tenido delante de mí durante meses. Normalmente lo que ocurre después es que no sé bien cómo diantres encaja eso en lo que se supone que es mi objeto de estudio, cómo se estabiliza esa nueva información, pero confesaré que momentáneamente siento un gran alivio.

Este desencadenante al que me refiero es distinto en cada caso, pero todos vienen a interactuar con un sedimento que es el mismo: múltiples descripciones extendidas a lo largo del tiempo que aunque estén incompletas y deshilachadas, forman parte del mismo proceso de reflexión general. Es decir, vienen a topar con un proceso de escritura constante. A veces el detonante es la celebración de un congreso en el que me he inscrito y para el que me veo obligada a buscar un desenlace provisional a mis planteamientos enmarañados. Otras veces se trata de un comentario que hace una vecina en la situación más cotidiana —y que me hace pensar “¡ahí está!”— o una frase que encuentro en un

artículo o en la prensa y que me transporta al nudo de mis intereses en tal o cual momento. La clave de esos “comentarios generadores” reside en otro lugar fuera de ellos. Reside justamente en el proceso continuado de reflexión y escritura al que me refiero.

En mi trabajo hay un ejemplo paradigmático de esta odiosa ecuación entre el paso del tiempo en el campo, el registro sistemático y disciplinado de las observaciones y los pequeños hallazgos: las clases de pilates.

Al poco de instalarme en el PAU ocurrió algo fantástico para una antropóloga recién llegada: vi al guardia de seguridad de la urbanización entregarle a una vecina un folleto titulado “clases de pilates en la urbanización”. Sentí que mi objeto de estudio se revelaba ante mí y pensé que todo lo demás iría rodado. Semanas después me encontraba vestida de una forma bastante ridícula a la puerta de la sala de usos múltiples de la urbanización. Me apunté a la actividad pensando que por un lado me proporcionaría mucha información sobre lo que en aquel momento había definido como “formas de distinción” y que, por otra parte, me serviría como un punto de acceso al barrio y a la urbanización. Así comencé a destinar las tardes de los lunes y los miércoles a participar en la actividad. El tiempo fue pasando y tras llevar varios meses acudiendo a las clases y registrándolas en mi diario de campo, empecé a sentir que estaba perdiendo el tiempo. El aula en el que hacíamos la actividad no era esa sala exquisitamente equipada que yo me había imaginado, las alumnas apenas hablaban entre ellas y cuando lo hacían era sobre temas que me parecían particularmente aburridos e irrelevantes. Mis compañeras se alejaban mucho de ser esas señoras *snob* que yo había imaginado y dedicaban las sesiones a quejarse sobre sus malestares corporales. Las clases transcurrían de forma monótona, las salidas y las entradas eran fugaces y prácticamente no se formaban corrillos en los que se distribuyera información. Allí no pasaba *nada*.

Para no caer en la desesperación me consolaba pensando que al menos estaba haciendo ejercicio. “Mal no me vendrá”, pensaba. Y durante mucho tiempo me abandoné a la actividad física en sí, olvidando toda pretensión de relacionar lo que allí ocurría con mi objeto de estudio. Aunque nunca dejé de registrar las sesiones en mi diario, supongo que para tener la sensación de que estaba haciendo trabajo de campo. Con el objetivo de que esta práctica no fuera tan desesperanzadora decidí ponerle un nombre especial a mis descripciones de las clases: “el templo del pilates”. Pensé que si seguía alguno de los trucos de Loïc Wacquant tendría mejor suerte. Después de todo, en la etnografía que lleva por título *Entre las cuerdas* él entró al *gym* buscando un punto de acceso al gueto negro de Chicago y terminó entregándose por completo al boxeo. Pensé que si el *gym* pudo convertirse en un “templo pugilístico” para Wacquant, la modesta sala de usos múltiples de mi urbanización podría ser, aunque solo fuera en las ensoñaciones de mi diario, un “templo del pilates” y yo misma una antropóloga cuya estancia en el campo tuviera sentido.

En la primavera de 2018, empujada por un seminario etnográfico que impartía Álvaro Pazos, empecé a darme cuenta de que mi participación en las clases de pilates estaba dando sus frutos. Pude identificar múltiples procesos y dimensiones en aquella actividad que de alguna forma se revelaban como indicios de dinámicas sociales relevantes para mi objeto de estudio. Recuerdo en particular una de las sesiones de pilates, cuando de pronto aquello a lo que llevaba días dándole vueltas *apareció* en el campo. Y no es que apareciera, sino que el encuentro entre lo empírico y lo conceptual estaba produciendo un dato.

El templo del pilates, lunes 23 de abril de 2018

Cuando llega Sole ya estamos calentando. Se disculpa por llegar tarde y explica que estaba en el partido de fútbol de su hijo mayor. Entre penalti y prórroga se le ha hecho tarde. “Vengo ya caliente” nos dice con tono burlón, insinuando que no le hace falta calentarse y dejando entrever su cansancio y su hartazgo. Y su comentario provoca una carcajada colectiva. Alguien responde, tirando del hilo de la ironía: “vienes ya calentita”. Entonces Sole nos relata lo que le acaba de suceder. Antes de venir a clase, al terminar el partido, habló con su marido. No consigo escucharlo bien, pero parece que le propuso salir a dar un paseo. Él se negó y entonces ella respondió: “ale, pues me voy a pilates”. Begoña, desde el fondo de la sala, argumenta que las clases están para eso, para distraerse un poco. “Así pasas un rato pensando en ti misma” añade Cristy, la profesora. Y con este comentario se hace silencio y empezamos la clase.

Ahora, pasado el tiempo, sé que aquello supuso el inicio de toda una línea de reflexión sobre el trabajo reproductivo y las dimensiones de género de la vida en el PAU. (Fragmentos del diario de campo, mayo de 2019)

Estas reflexiones dan cuenta de algunos procedimientos que se han visto involucrados en el proceso de producción de datos y de producción conceptual de mi investigación, en este caso contextualizados en un ámbito de observación participante como las clases de pilates. A la pregunta de cómo se producen los datos y el análisis, o más bien, de cómo ha sido en mi etnografía, solo puedo responder parcialmente, pues si algo se advierte en las líneas anteriores es la cantidad de operaciones y dinámicas movilizadas en los procesos de conocimiento que se escapan a la vigilancia epistemológica —al conocimiento sobre la producción del propio conocimiento—. En este epígrafe voy a detenerme en algunos procedimientos que, con toda seguridad, puedo decir que formaron parte constitutiva del trabajo empírico y conceptual de esta etnografía.

En primer lugar, el diario de campo desempeñó para mí un papel central. Cuando hay una dilatada observación participante la escritura se vuelve necesariamente la herramienta que organiza y registra lo observado, que lo convierte en texto y con ello en material de análisis. Como dice Ángel Díaz de Rada (2011), el diario pasó a ser mi “mesa de trabajo”. Al ser el espacio físico donde se manejan los datos *brutos*, el diario funciona como soporte del proceso interpretativo que es continuo y solitario. En él se vuelcan los debates conceptuales que van, vienen y mutan, las dudas metodológicas que surgen o las diferentes direcciones teóricas que puede tomar un mismo registro empírico. Todo ello se recoge a modo de diálogo interno en el diario y es a través de este proceso continuo de escritura que se va alimentando un hilo de reflexión y al mismo tiempo dejando un registro de la evolución de la interpretación. Es decir, hay un proceso de explicitación interpretativo y conceptual (Olivier de Sardan, 2018). Por eso Olivier de Sardan advierte que el diario de campo cumple una función, si se quiere, *terapéutica*, que también es epistemológica. Es la hoja en blanco sobre la que volcar ocurrencias, atrevimientos, errores y quejas, pero también es el interlocutor mudo —y en este sentido es casi un hablar consigo misma en lenguaje escrito— con el que se entabla una reflexión constante sobre las interpretaciones en el campo. Es prácticamente el único espacio que tuve para explicitar y verbalizar la evolución de mis interpretaciones sobre el terreno.

En segundo lugar, y como parte de las operaciones involucradas en el diario de campo, practiqué, tal vez más que cualquier otra cosa, la descripción. Las descripciones no tienen solo una función de registro, sino que constituyen una primera forma de análisis —análisis descriptivo o sinóptico (Passeron, 2014 [1991]; Olivier de Sardan, 2018)—. Organizan aquello que se ha observado, lo criban y lo diseccionan en unas direcciones pautadas por los intereses de la propia investigación. En la etnografía he trabajado con cientos de descripciones, fragmentarias e incompletas, que siempre tuve la sensación de que constituían la masa madre de mi producción y análisis etnográfico. Había además una cuestión procedimental muy interesante en ellas —que se recoge con más claridad en los últimos capítulos de la tesis—. Yo trataba de describir las “formas de hacer”, las prácticas cotidianas en las que se concretaban las estrategias de reproducción social de las vecinas del PAU y la dimensión conflictiva de clase que las atravesaba. Y cuando me puse a describir esas dimensiones de clase social me sorprendí a mí misma echando mano de estereotipos y nociones de sentido común para

nombrar las cualidades de las situaciones sociales o de los sujetos. En mi diario escribía afirmaciones como: “todo el mundo en el metro tenía un aspecto trabajador” o “era una mujer de barrio”. Fue a través de la descripción como me di cuenta de que necesitaba operacionalizar y definir mejor ese concepto de clase social abstracto y sociológicamente amorfo (Passeron, 2014 [1991]) que estaba manejando sin apenas problematizar. De alguna forma las exigencias que imponía el ejercicio descriptivo me obligaban a identificar distintas dimensiones y aristas en los hechos sociales observados. A buscar los múltiples rasgos, dimensiones y características de los fenómenos y a aprender a describirlos como indicios del origen social de los sujetos sin caer en esencialismos, en juicios de valor y en prenociones que, a modo de atajos, parecían explicar lo que en realidad debía ser explicado.

Ya en una etapa más avanzada, cuando me enfrenté al proceso de redacción final de la tesis, decidí apostar por un estilo de escritura en el que hubiera una presencia importante de inscripciones y descripciones del diario, introduciendo fragmentos literales que recogieran escenas y reflexiones concretas del campo y que estuvieran elaboradas sobre el campo. Tomé esta decisión por varios motivos. Primero porque, claro está, esas descripciones me ayudaban en el plano argumentativo a explicar lo que quería decir. Segundo, porque muchas de ellas dejaban traslucir entre los contenidos sustanciales algunos elementos pertenecientes al contexto en el que habían sido producidas. Mostraban, por ejemplo, los diferentes registros y texturas en una interacción, los estados de ánimo de los sujetos o los míos, el ambiente que rodeaba una situación o determinadas comparaciones rápidas entre fenómenos que se me ocurrían mientras registraba un acontecimiento. Por último, a nivel estilístico pero también epistemológico, deseaba que la multitud de fragmentos descriptivos desperdigados por el texto etnográfico me ayudasen a restituir la importancia de la indagación empírica en mi proceso de investigación y cómo esta ha dialogado continuamente —no solo en la etapa de redacción final— con las elaboraciones teóricas. Es decir, tras esta elección de escritura hay un intento por hacer que la forma y el contenido viajen de la mano, generando un estilo —casi de bricolaje o de almazuela— en el que se entrelacen al mismo nivel descripciones de situaciones, observaciones, citas bibliográficas de autores y autoras, diálogos con vecinas, *verbatim* de entrevistas o reflexiones *en crudo*.

En la misma línea, adelante ya que a lo largo de la etnografía aparecerán entre esos fragmentos discursos escritos como mensajes en foros online, anuncios publicitarios de inmobiliarias o circulares vecinales de los residenciales. He querido respetar en cada caso su redacción original por el interés que suscita para mi trabajo tanto el contenido de los mismos como la forma en la que están escritos. Las expresiones utilizadas, el léxico que se moviliza o las faltas de ortografía son indicios de las disposiciones sociales de los sujetos, de su capital lingüístico y su capital cultural.

En tercer lugar, hay otra característica de la investigación socioantropológica que se desprende de lo anterior. Se trata del proceso continuo de vaivén entre la producción conceptual y la producción empírica, algo que Olivier de Sardan (2018) denomina *iteración*. Esta dimensión que, por lo demás, atraviesa el proceso etnográfico de principio a fin, se me antojó especialmente evidente a través de un ejercicio de análisis que comencé a desarrollar en mi segundo año de trabajo de campo. Influida por los seminarios que impartía Álvaro Pazos, donde conocí la existencia de la *teoría fundamentada* de Glasser y Strauss, y por algunas publicaciones de Ángel Díaz de Rada

(2011), empecé a poner en relación de un modo más sistemático los planteamientos conceptuales de mi objeto, con la elaboración de las guías de campo —como intentos por delimitar unidades empíricas que guardaran relación con aquellas unidades de análisis— y con las inscripciones y descripciones en el diario de campo. Gracias al trabajo de conexión entre esos elementos se establecía, de un modo esclarecedor, un viaje de ida y vuelta entre la producción empírica y conceptual: los planteamientos teóricos modificaban las guías de observación y por tanto los *observables* en el campo, y a su vez los hallazgos empíricos abrían nuevas dimensiones conceptuales que obligaban a diseñar cambios y ajustes en las categorías teóricas. Este proceso, más intrincado y caótico de lo que puedo mostrar aquí, me resultó sumamente útil en la etapa de trabajo de campo pero también cuando llegó el momento de clasificar y sistematizar todos los materiales producidos. Ahí el proceso de *glosar* o etiquetar (Díaz de Rada, 2011) cada fragmento empírico —ya fuera de una entrevista, la descripción de una observación, el recorte de una noticia de periódico o el registro de una conversación informal— con conceptos y categorías analíticas me ayudó también a organizar la ingente cantidad de materiales heterogéneos y dispersos.

Si entendemos la etnografía como un trabajo en el que también se producen conceptos —alejándonos de la perspectiva de “aplicar conceptos o teorías” o “falsarlas” (Passeron, 2014 [1991])—, emerge un proceso de trabajo conceptual que atraviesa todas las fases de la investigación y que dialoga de distintas formas con las exigencias empíricas⁵⁵. No es posible separar, o no debería serlo, el diseño de la investigación, del trabajo de campo y de un eventual momento final de análisis, como si de etapas separadas y autocontenidas se trataran. Por este motivo decidí, volviendo de nuevo al tema de la escritura, ensayar una forma de escribir que se fue perfilando poco a poco y que perseguía la intención de no desarraigar la producción teórica de la producción empírica. Comencé a escribir prácticamente sin índice, centrándome en la elaboración de cada capítulo sin pensar demasiado en la estructura general —un atrevimiento que debo a mi amiga Laura Escudero Zabala, quien me habló de esta posibilidad—. Esto entrañaba el riesgo de perderse, de dispersarse y de tirar de hilos que en ocasiones resultaban poco productivos. En consecuencia, de escribir cientos de líneas y muchos subepígrafes que finalmente no han formado parte de este texto. Pero tenía la ventaja de ir construyendo una argumentación a través del uso de todos los materiales que fueran necesarios, ya se tratase de elaboraciones teóricas ajenas o propias, de materiales empíricos o de reflexiones que surgían al calor de la propia escritura. Digamos que permitía una escritura imaginativa, de código abierto, expansiva. Y esto facilitaba una segunda cuestión: trabajar los desarrollos teóricos a medida que iba escribiendo cada capítulo. Por eso muchos de los conceptos centrales de la investigación están definidos en las

⁵⁵ Para Jean-Pierre Olivier de Sardan el tipo de trabajo y de aporte conceptual que se realiza en socioantropología está delimitado por su condición de “teorías fundadas en investigaciones y en teorías”. Y esto tiene consecuencias en términos del tipo de *rigor* al que están sujetas (Passeron, 2014 [1991]). Olivier de Sardan lo explica así (2018: 13): “Las interpretaciones teóricas enraizadas en el trabajo de campo simplemente se imponen más obligaciones que las que no lo están. Son también «teóricas», pero de manera distinta, y lejos de construir sus teorías únicamente a partir de libros y reflexiones, las construyen también, y a veces principalmente, a partir de investigaciones. En otras palabras, son más exigentes, lo que las hace a menudo menos populares en el mundo académico. Si existiese una oposición, definitivamente es la distingue *de facto* entre «teorías fundadas en teorías» y «teorías fundadas en investigaciones y en teorías». El mercado científico y universitario tiende frecuentemente a privilegiar las primeras, que, además, requieren una menor inversión intelectual y personal. [...] El exceso de generalidad [...] no es en sí mismo un signo de calidad teórica”.

páginas iniciales de cada capítulo, pues al tener que enlazarlos con los materiales surgía la necesidad de explicarlos y también afloraban sus dimensiones y características principales. Así, opté por no escribir un capítulo de “marco teórico” como tal e introducir las elaboraciones conceptuales a medida que se hacían necesarias para la argumentación y la exposición. Era ahí cuando tomaban enjundia y fortaleza en compañía de los datos y era ahí, en realidad, donde me despertaban una suerte de imaginación sociológica. Casi al final del proceso de escritura añadí un apartado en la introducción que, a modo de estado de la cuestión, ayudara a contextualizar el objeto de estudio de la tesis en el marco de algunos procesos sociohistóricos y de ciertos debates teóricos; procurando una vez más no incurrir en elaboraciones teóricas que se alejaran demasiado de la investigación.

Una consecuencia de este *modus operandi* es que se somete a los planteamientos teóricos a una criba —cuando habitualmente solo pensamos en una criba de los materiales empíricos—, porque finalmente solo se utilizan, al menos de forma explícita, aquellos que han sido necesarios para la exposición, y aparecen además en el momento del texto en el que se hace uso de ellos. Contra la proliferación de teorías en abstracto, hay un intento por buscar *le mot juste*, los conceptos necesarios. Y contra la inercia de colocar los planteamientos teóricos en un marco acotado al inicio del texto, hay un intento por emplearlos en el momento en el que resultan pertinentes, en su contexto, hilvanados con los datos. Además en mi etnografía el objeto de estudio estuvo definiéndose y redefiniéndose hasta el último momento, sobre todo durante el proceso de escritura, por eso en realidad me hubiera resultado imposible trabajar con un índice estable y presentar un marco teórico cerrado, estático y coherente.

Este vaivén o *iteración* implica entonces un movimiento continuo de construcción y redefinición del objeto de estudio. Muchos de los diálogos entre la producción de datos y la elaboración conceptual se producen a modo de ajustes más o menos discretos y rutinarios que permanecen como diálogos internos de la investigadora o como tales o cuales cambios en una guía de campo o de entrevista. Pero a veces, tal vez como un efecto de acumulación de lo anterior, una se sitúa de diferentes formas “ante un papel” para trazar un cambio o un viraje más pronunciado del objeto —y, aunque no sea así, siempre tiene la sensación de que todo lo anterior ha sido en vano—. En mi investigación puedo identificar cinco de esos momentos o virajes. Voy a elaborar una breve reconstrucción del proceso de construcción del objeto para dar cuenta de estos cambios y desplazamientos teóricos, tomando ahora como objeto el estudio del propio objeto.

En primer lugar, mi Trabajo Fin de Máster en el año 2016 consistió en una indagación teórica sobre algunos procesos de transformación vinculados con el modelo de ciudad neoliberal, ya entonces localizados en el PAU de Carabanchel como una *realidad de referencia* que tenía toda mi atención. Se trató de un trabajo iniciático que casi consistió en un ejercicio de encaje o engranaje conceptual con algunos intentos de concreción, pero que se convirtió en la construcción inicial de un problema de investigación. Con este caldo de cultivo elaboré ese mismo año el proyecto doctoral con el que conseguí un contrato FPU para realizar, esta vez sí, una investigación.

En esta propuesta ubiqué las *nuevas periferias urbanas*, de las que el PAU de Carabanchel formaba parte, como un producto del modelo de desarrollo urbano de la *ciudad neoliberal*. Algo que, argumentaba, no tenía solo consecuencias en el ámbito

urbanístico, sino también en el impulso de unos modos de sociabilidad funcionales al propio modelo político-económico. El objeto se centraba en indagar tres de estas formas de sociabilidad en el PAU: los procesos de individualización y atomización, el protagonismo de la (in)seguridad y las lógicas securitarias, y las expectativas de movilidad social hacia las clases medias.

Un año después y tras llevar varios meses viviendo en el PAU, algunos de mis planteamientos cambiaron. Sobre el terreno me había centrado en las dimensiones de clase social porque realmente era lo que más interés me suscitaba, y mis lecturas y observaciones ya estaban de hecho priorizando esa línea. Desarrollé entonces el segundo viraje del objeto y elaboré una rearticulación de las problemáticas de investigación. Me propuse explorar lo que en aquel momento llamaba las “expectativas de movilidad social hacia las clases medias”, integrando las otras dos dimensiones —la individualización y las lógicas securitarias— como parte de los contenidos o las formas de ese ascenso social. Ya había podido identificar varias trayectorias sociales y residenciales entre los habitantes del PAU y mi atención estaba puesta en aquellos sujetos que provenían de los barrios de la periferia obrera. De modo que en el campo trabajaba con aproximaciones a las “estrategias de distinción” desplegadas por ese grupo social, y utilizaba conceptos como “estrategias”, “formas de distinción” o “estilo de vida de clase media”.

Cuando faltaban cuatro meses para mi partida del campo, y animada por la escritura de un texto colectivo que tenía como base mi investigación —junto a Marina Requena-i-Mora y David Prieto—⁵⁶, decidí sistematizar algunos materiales y comenzar a redactar a modo de borradores algunas líneas argumentales. Aquí redacté una propuesta que constituyó el tercer viraje del objeto de estudio. Me centré en los “proyectos de movilidad social” de los vecinos y vecinas del PAU, hijas de la periferia obrera, como estrategias familiares para mejorar la calidad de vida. La mudanza al nuevo vecindario, y lo que denominaba su “estilo de vida de clase media”, constituía entonces una oportunidad para escapar de los espacios y las condiciones de vida que caracterizaban a los barrios colindantes. Una mudanza que, sin embargo, no estaba exenta de contradicciones en relación a la relativa precariedad de las economías domésticas, a un cierto *habitus* de clase o a las relaciones ambivalentes que se establecían con el espacio social y urbano del barrio de origen.

Gracias a la escritura colectiva y a los procesos de retroalimentación que se generan cuando otros y otras leen, se produjo un cuarto viraje del objeto. En esta ocasión organizado en torno a dos reorientaciones que fueron evolucionando y consolidándose desde los últimos meses en el campo. Por eso estuve a tiempo de incorporar la nueva perspectiva en las dos últimas entrevistas que realicé en el PAU, con Flor y con Rosa y Violeta.

⁵⁶ Esta experiencia fue particularmente enriquecedora. A raíz de una propuesta para escribir un capítulo para un libro, tuve la oportunidad de que mis amigas sociólogas Marina Requena-i-Mora y David Prieto Serrano trabajasen junto a mí, utilizando como base algunos de mis planteamientos y materiales de campo. Al pensar en colectivo la imaginación sociológica se multiplicó y afloraron propuestas de análisis, conceptos y dimensiones en unos materiales que parecían cobrar nuevas vidas. A consecuencia de lo mismo se desvanecieron otros tantos hilos conceptuales que no resistieron la prueba de la sistematización, la explicitación y la escritura. Siempre les estaré agradecida por hacer posible durante un tiempo la fantasía de una investigación colectiva sobre *mi* investigación.

La primera redefinición se puede resumir de la siguiente manera: del *salir* o *huir* de un lugar y un origen social, al espacio conflictivo de las contradicciones. Mi objeto reposaba sobre el paradigma de *huir* de una clase y un espacio social para ser sustituido por otro —lo que no deja de ser el planteo dominante en los estudios sobre movilidad social—. El barrio obrero por el PAU, el origen trabajador por el estilo de vida de clase media. Frente a este planteamiento, que tenía muy bien estructurado teóricamente pero que no terminaba de encajar en el plano empírico, opté por una dimensión más conflictiva que se detuviera en las contradicciones en lugar de en las relaciones directas y lineales —a menudo superficiales—. Se abrió así un universo a explorar en torno a fenómenos como la *multiposición*, las dobles vinculaciones y las tomas de posición cambiantes y ambiguas en relación a los espacios sociales y urbanos de la periferia obrera y la periferia neoliberal. En consecuencia, la noción de “clase media” y “estilo de vida de clase media” que había tenido un gran protagonismo en el objeto se reconfiguró, dejando de ser una identidad fuerte y estable para convertirse en una representación que formaba parte de ese universo conflictivo de clase.

El segundo cambio puede enunciarse de este modo: de los *proyectos de movilidad social* a las *estrategias familiares de reproducción social y movilidad social*. Aunque no lo formulara así, estaba trabajando con la cuestión del ascenso social en tanto plan o proyecto diseñado de manera más o menos consciente por los sujetos, y compuesto por estrategias que tenían direcciones y propósitos premeditados. Por un lado, la noción bourdiana de *estrategia social* me ayudó a trabajar con el planteamiento contrario, reintroduciendo en el análisis la importancia de los aprendizajes sociales incorporados y la posibilidad de establecer prácticas, adaptadas a contextos y condiciones de vida, que no fueran el fruto de una estrategia consciente, cerrada y coherente. Por otro lado, puedo decir que le puse nombre a algo en lo que llevaba tiempo trabajando pero que no había formulado como tal: la *reproducción social*. Finalmente mi objeto de estudio se centraba, en el marco de un largo proceso de transformación de la clase trabajadora y sus vecindarios, en las estrategias familiares de movilidad social y reproducción social desplegadas por los vecinos y vecinas del PAU, hijos e hijas de la periferia obrera.

El quinto viraje del objeto no es en realidad ni *uno* ni *viraje*, sino más bien una sucesión de redefiniciones y concreciones conceptuales que se desencadenaron con el proceso de escritura final. Los continuos deslizamientos del objeto me obligaron a realizar una relectura imaginativa de algunos materiales empíricos a la luz de los nuevos planteamientos. De modo que, al reorientarlos, estaba produciendo datos distintos a partir de las mismas situaciones de campo, de la misma materia prima empírica. Además, la escritura es un ejercicio de apertura y de cierre simultáneo: tener que argumentar y exponer me obligaba a definir con más claridad, a afinar, a abrir nuevas vías y a desarrollar nuevos diálogos entre lo empírico y lo conceptual, al tiempo que escribir fijaba, acotaba, cristalizaba. Pondré algunos ejemplos de estas redefiniciones del objeto que se dieron en y a partir del propio proceso de escritura.

El primer ejemplo tiene que ver con dos inquietudes que me turbaban al empezar el trabajo de sistematización de los materiales, que no sabía cómo iba a resolver y que con el proceso de escritura acabaron por definirse y desarrollarse de forma que yo jamás hubiera podido anticipar. Eran la duda de cómo salir del *individualismo metodológico* al analizar las estrategias de reproducción y cómo hacer para convertir mi acceso exclusivo a mujeres en una problemática específica dentro de mi objeto. Lo primero se

resolvió gracias a la relectura imaginativa de los materiales de la que hablaba antes. Me di cuenta de que entre mis datos de campo, leyendo entre líneas, tenía una gran cantidad de información para restablecer el contexto más amplio de los sujetos, su mundo social relacional en el PAU y en su barrio de origen. Su familia y amistades organizadas sobre todo en torno al nuevo barrio y al antiguo. En lo relativo a mi acceso etnográfico, como he explicado en páginas anteriores, tirar del hilo de las clases de pilates constituyó un ejercicio fundamental para elaborar una problemática específica de género. Mediante el propio proceso de escritura se produjo un encuentro entre las elaboraciones que yo hacía sobre la dimensión de lo privado en el PAU y la centralidad de la célula familiar como vector de socialización, y las reflexiones sobre las clases de pilates como tiempo de descanso para las mujeres. Esto desembocó, sobre la marcha, en un planteamiento mucho más complejo sobre la dilatación del espacio privado y doméstico, y por tanto en las mujeres y niños y niñas como los sujetos protagonistas de la *vida hacia dentro* de los residenciales.

El segundo ejemplo tiene que ver con la cuestión de la movilidad social. Cuando terminé el trabajo de campo estaba aún muy centrada en las *estrategias de movilidad social*, entendiéndolas como parte de un conjunto más amplio de *estrategias familiares de reproducción social*. Al progresar con la escritura el primer concepto se fue englobando en el segundo, hasta subsumirse en él, y terminé planteando una duda sobre la idoneidad del propio término de “movilidad social”. Este movimiento en el objeto se puede identificar a medida que se avanza por la lectura de la tesis, ya que en los capítulos iniciales hablo de “estrategias familiares de reproducción y movilidad social”, mencionando los dos elementos pero sin terminar de diferenciarlos, como si la cuestión de movilidad fuera un tipo o matiz dentro de las estrategias generales de reproducción —definidas como estrategias para mejorar las condiciones de vida del grupo familiar y su posición social—; y en los últimos capítulos ya casi no utilizo el término “movilidad social” y voy desprendiéndome de él. En el capítulo final, e influida por las reflexiones de Bourdieu —que voy leyendo y releendo mientras escribo, en una lectura cada vez más centrada y filtrada por un objeto de estudio que al tiempo se va consolidando—, acabo elaborando una crítica al uso dominante de este concepto y planteándome su productividad teórica. Digamos que, en este caso, no es que la escritura haya discurrido en paralelo al proceso de construcción del objeto, sino que el propio objeto ha ido reconstruyéndose —clarificándose, tomando opciones y elecciones analíticas— mediante y a través de la redacción, del tipo de procedimientos y operaciones de cierre y apertura que se tejen sobre los mimbres de la escritura.

Tras unos cuantos años, después de vivir dos inviernos y dos veranos en el PAU de Carabanchel y de haber experimentado múltiples cambios y deslizamientos en el objeto de estudio, quedan todavía en esta investigación muchos vacíos, límites, vías por explorar y dimensiones a las que no he podido llegar. A sabiendas de que mi cercanía con el asunto me impedirá ver muchos de ellos, puedo identificar al menos tres límites.

Primero, como ya he mencionado, las características de mi acceso etnográfico y sus limitaciones dieron lugar a una indagación empírica con sujetos *marginales* o con posiciones más o menos periféricas en el espacio social del PAU. Faltan entonces experiencias, representaciones, discursos y puntos de vista de sujetos con posiciones más centrales en el barrio. Segundo, la apuesta metodológica por la observación participante y la conversación informal tuvo grandes ventajas —en términos de

aproximación a lo ordinario, a nivel de los registros y texturas que pude recoger en los discursos y en las interacciones cotidianas, etc.—, pero como advertí en otro lugar, también tuvo sus inconvenientes. La herramienta de las entrevistas junto a una perspectiva más sensible a las dimensiones procesual y conflictiva —que llegó relativamente tarde con los virajes del objeto— me hubiera permitido explorar mejor el ámbito de las trayectorias sociales y la evolución de las estrategias a lo largo del tiempo. Y también las tensiones y contradicciones surgidas en esos procesos. Por último, a nivel teórico llegué tarde a algunos cuerpos bibliográficos, algo que repercutió en mi falta de bagaje y de soltura conceptual en algunos campos. Me refiero a la vasta producción sobre reproducción social y también a los trabajos de sociología del consumo —especialmente los realizados en torno a la escuela de sociología crítica madrileña— que han pensado de múltiples maneras, y en el contexto español, la transformación de la clase trabajadora y sus medios de vida en relación con los cambios en el trabajo, el salario y el mercado. Fruto de ello es, por ejemplo, el desajuste que se puede observar entre el nivel de importancia que se le otorga en el capítulo introductorio a la dinámica de financiarización de las economías domésticas y su presencia más bien secundaria en el resto de la etnografía. Tomé conciencia de la relevancia de esta cuestión durante los últimos meses de escritura, cuando la redacción de la tesis estaba ya muy avanzada y no disponía del tiempo necesario para revisar materiales empíricos a la luz de ese proceso neoliberal que de pronto se revelaba tan importante para mi objeto de estudio.

Posiblemente este no sea un capítulo metodológico al uso en una tesis doctoral. La elección no es casual. Con esta reflexión, que es también una rendición de cuentas, he querido mostrar que el empleo de técnicas de investigación en un trabajo etnográfico nunca está desconectado de las experiencias en el campo y de la modificación de los planteamientos teórico-conceptuales que surge al compás de aquellas —y en todas las direcciones—. El uso y el ensayo de tales o cuales técnicas, el desarrollo de los múltiples procedimientos de recopilación y de análisis que se ponen en marcha, el curso de los hallazgos empíricos, el trabajo de escritura, los planteamientos teóricos que cambian y las reelaboraciones del objeto de estudio que se hacen necesarias, son procesos todos ellos que discurren en paralelo. Y aunque, claro está, sea posible separarlos analíticamente, en este capítulo he optado por ponerlos a dialogar para explicar cómo desarrollé mi investigación etnográfica. O al menos cómo ha sido todo aquello que no se me escapa.

Capítulo 3

Las estrategias familiares

En esta etnografía me aproximo al cambio residencial de una generación de jóvenes de barrio desde el punto de vista de las estrategias —que en un primer momento podríamos llamar de movilidad social—, para tener una vida con más comodidades. O como se suele decir, una mayor *calidad de vida*. Estas estrategias, recordemos, se despliegan en un marco social y urbano neoliberal que impone lógicas de precariedad, inestabilidad, competitividad y soluciones individuales.

Comenzaré diciendo que las estrategias de movilidad forman parte de un conjunto más amplio de *estrategias familiares de reproducción social* orientadas a mejorar la posición y las condiciones de vida de todo un grupo familiar. Por ello, para entender las prácticas que desarrollan estos sujetos y familias jóvenes en el PAU de Carabanchel resulta fundamental tener en cuenta las condiciones de vida que rodearon y rodean sus unidades domésticas de origen, así como las estrategias de reproducción que pusieron en marcha sus progenitores. Es decir, pienso que solo podemos comprender la mudanza al PAU por parte de estos hijos de la periferia obrera y las estrategias de movilidad social que se desarrollan en el nuevo barrio, a condición de restablecer las condiciones sociales y de vida que rodean su contexto de origen. En cierto modo es posible trazar una genealogía que ponga en diálogo las inversiones en vivienda o en educación de estos sujetos, con los esfuerzos y expectativas que depositaron sus progenitores para que tuvieran una vida mejor que la suya: con más comodidades, con mayor *calidad de vida*. La “patada en el culo” de una generación a la siguiente, que dice Brigitte Vasallo (2021). La patada hacia arriba, hacia delante.

Tomo prestada la noción de *estrategias de reproducción social* de Bourdieu (1991 [1979], 2002 [1994], 2018), conservando en algunos aspectos su sentido original y reformulándolo en otros para poder dar cuenta de las características específicas de estos procesos en el PAU. Bourdieu (1991 [1979]: 122) define las *estrategias de reproducción* como un “conjunto de prácticas fenomenalmente muy diferentes, por medio de las cuales los individuos y las familias tienden, de manera consciente o inconsciente, a conservar o a aumentar su patrimonio, y correlativamente, a mantener o mejorar su posición en la estructura de las relaciones de clase”. Estas prácticas son heterogéneas, se solapan unas con otras y se desarrollan de forma cotidiana en diferentes ámbitos como el consumo, el empleo, el ocio, la elección de un lugar de residencia o la compra de una vivienda. Aunque en el plano de la realidad social se muestren interdependientes e imbricadas, Bourdieu (2018) distingue algunos *tipos* de estrategias —a los que iré añadiendo más a lo largo del trabajo, como categorías que han surgido en esta etnografía—:

- I. *Estrategias de inversión biológica*. Pueden ser prácticas orientadas a controlar el número de hijos y de hijas que se tienen, algo que suele ir

íntimamente unido a la condición de los recursos disponibles⁵⁷, o prácticas para asegurar la salud y el bienestar físico y emocional de los y las integrantes de la familia. Estas actividades para mantener la salud y el bienestar cotidiano son tareas reproductivas relacionadas con el cuidado que, como han puesto de manifiesto los feminismos, realizan fundamentalmente las mujeres, algo sobre lo que insistiré más adelante.

- II. *Estrategias sucesorias*. Son prácticas que apuntan a garantizar la transmisión del patrimonio material y simbólico entre las generaciones de una familia.
- III. *Estrategias educativas*. Surgen de la preocupación por el porvenir de los hijos y las hijas y pueden consistir, por ejemplo, en la inversión de esfuerzo y recursos para que socialicen en determinados ambientes y se relacionen con unos grupos y no con otros —de ahí vienen las famosas expresiones como “esa gente no te conviene” o “esas influencias no son buenas”—. Entre estas prácticas se encuentran las *estrategias escolares* vinculadas a la importancia que le otorga cada familia al sistema educativo formal y a la cantidad de recursos que pueden invertir en él.
- IV. *Estrategias de inversión económica*. Son prácticas que tienden a conservar o aumentar el capital en sus diferentes formas. Por ejemplo, las estrategias orientadas hacia la instauración o el sostenimiento de relaciones sociales de amistad, vecindad, laborales o de compañerismo —*estrategias de inversión social*—. O los matrimonios y noviazgos entendidos como una forma de mantener o incrementar el capital social y económico.

Sin pretender adentrarme en la complejidad de los planteamientos de Bourdieu, me gustaría señalar tres propiedades de las *estrategias de reproducción* que desarrolla el autor y que resultan de utilidad para caracterizar las prácticas sociales que intento comprender en el PAU. La primera tiene que ver con la noción de *estrategia* y su carácter eminentemente práctico, la segunda con el tipo de relación que guardan estas estrategias con la dinámica general de reproducción social y la tercera con el papel central que toma la familia como sujeto colectivo.

En primer lugar, el uso del término *estrategia* no alude a la existencia de un proyecto consciente y acabado por parte de los sujetos. No estamos hablando de algo así como un plan que se diseña previamente de manera racional y para el que se formulan diferentes actuaciones. No es este el nivel de la realidad social al que me refiero. Aquí las reflexiones de Bourdieu sobre el *conocimiento práctico* resultan útiles para iluminar el tipo de *estrategia* del que hablo: una *estrategia práctica*, que no implica de manera forzosa una lógica racional instrumental, sino que la relación entre medios y fines alude a conductas por las que se opta ante determinadas limitaciones de la estructura social (Perona y Schiavoni, 2018). El propio Bourdieu (2018) lo define de la siguiente manera:

La noción de estrategia [...] tenía como primera virtud notar las *coacciones estructurales* que pesan sobre los agentes [...] y a la vez la posibilidad de *respuestas activas* a esas coacciones [...]. Como

⁵⁷ Dos etnografías que abordan de forma exhaustiva la relación entre el contexto socioeconómico, los recursos de un grupo social y sus estrategias de fecundidad y crianza son *All our kin* de Carol Stack (1975) y *La muerte sin llanto* de Nancy Scheper-Hughes (1997).

indica la metáfora del juego, en gran medida esas construcciones están inscritas en el capital disponible (bajo sus diferentes formas), es decir, en la posición que cierta unidad ocupa en la estructura de la distribución de ese capital, y por tanto, en la correlación de fuerzas con otras unidades. En ruptura con el uso dominante de esta noción, que considera las estrategias expectativas conscientes y a largo plazo de un agente individual, yo utilizaba este concepto para designar los conjuntos de acciones ordenadas en procura de objetivos a más o menos largo plazo, y no necesariamente planteados como tales, que los miembros de un colectivo tal como la familia producen (p. 34).

Los habitantes del PAU y sus familiares no diseñaron conscientemente una estrategia de largo recorrido para aumentar sus *capitales* que contemplase la mudanza a la nueva periferia. No existía ni existe entre ellos y ellas una serie de actividades planeadas temporalmente a modo de hoja de ruta. Lo que yo estoy conceptualizando como *estrategias* son decisiones o acciones *prácticas* que estos hijos e hijas de la periferia obrera —y sus redes familiares— han ido desarrollado en determinados campos y que son fruto de necesidades, gustos, aspiraciones e intereses que se han gestado en contextos sociales particulares. La metáfora del juego que usa Bourdieu es útil para señalar de qué manera estos habitantes al mudarse de la periferia obrera a la nueva periferia, al comprar un piso en una urbanización cerrada o al escolarizar a sus criaturas en determinados centros educativos, inscriben en sus prácticas tesis sociales o fines sociales que no se plantean como tales. No actúan en tanto que sujetos frente al problema de la clase social o la movilidad social. Tal y como sucede con un partido de baloncesto, “los agentes sociales que tienen el sentido del juego, que han incorporado un sinfín de esquemas prácticos [...] que funcionan en tanto que instrumentos de construcción de la realidad, [...] no necesitan plantear como fines los objetivos de su práctica. No son como sujetos frente a un objeto (o, menos aún, frente a un problema) que estaría constituido como tal por un acto intelectual de conocimiento; están, como se dice, *metidos de lleno en su quehacer*” (Bourdieu, 2002 [1994]: 145). Se trata de evitar analizar sus trayectorias sociales como proyectos conscientes.

Esta perspectiva no implica abandonar toda posibilidad activa o inventiva de estas estrategias. Más bien se trata de ubicar al agente social como productor de prácticas con capacidad de improvisación, teniendo en cuenta que su margen de maniobra depende de las condiciones sociales y de su posición relativa en el espacio social en el que estas prácticas estén comprometidas (Gutiérrez, 2003). Ahora bien, estas *estrategias de reproducción* pueden desarrollarse en paralelo a otras estrategias conscientes, individuales o colectivas, que ponen en marcha los sujetos de forma planificada. Aunque con relativa frecuencia este tipo de estrategias conscientes no suelen tener los efectos deseados, sobre todo para los grupos sociales que poseen menos recursos.

En segundo lugar, el término estrategia al remitir a la idea de “agencia” o de “capacidad de acción” puede llevarnos a equívoco y sugerir que este conjunto de prácticas constituyen forzosamente un intento de resistencia o de confrontación con las relaciones de poder (Mahmood, 2008). Estas estrategias para mejorar la calidad de vida no desafían necesariamente el orden dominante, ni tienen esa voluntad. Antes bien, contribuyen a su reproducción. Retomando a Bourdieu, cada estrategia se produce en un *campo* determinado en el que los agentes hacen uso de los recursos —*capitales*— disponibles. Hay que tener en cuenta las condiciones estructurales que delimitan las oportunidades y posibilidades de desarrollar unas u otras prácticas, y que las

habilidades y recursos puestos en juego por cada grupo remiten a las singularidades de sus integrantes y al modo en que estos organizan los recursos de los que disponen⁵⁸ (Perona y Schiavoni, 2018). Como las estrategias de reproducción tienen por principio lo que para Bourdieu son las *disposiciones del habitus*, tienden a reproducir las condiciones de su propia producción, es decir, las condiciones sociales en las que se han gestado. Se ven insertas en una dinámica a través de la cual perpetúan las propias jerarquías, distancias y relaciones de orden, contribuyendo a la reproducción del sistema de diferencias que constituye el orden social. Así, considera que estas estrategias al mismo tiempo constituyen y perpetúan el orden social.

Por ejemplo, como comprobaremos a lo largo del trabajo, el PAU es una de las zonas con mayor renta del distrito de Carabanchel, donde además la estructura del barrio se teje en torno a urbanizaciones, una tipología residencial que se asocia al estatus social. Sin embargo al comparar el PAU con otros barrios de urbanizaciones del norte de Madrid encontramos una mayor cercanía sociológica y económica con Carabanchel. De esta manera, los habitantes del PAU estarían reificando la misma distancia social que les impulsa a mudarse de la periferia obrera a la nueva periferia: el barrio que eligen y el resto de estrategias que desarrollan —de consumo, educativas, laborales, matrimoniales...— contribuyen a fijar la misma distancia social que otorga mayor prestigio a las urbanizaciones de la clase alta del norte de Madrid, pues reproducen el esquema de diferencias que instalan estas clases más pudientes a su favor y sitúan a los habitantes del PAU más próximos a su origen social.

En tercer lugar, la familia adquiere un lugar central en las estrategias de reproducción actuando como una suerte de sujeto colectivo. Pero para llegar a este punto es necesario resaltar antes el carácter de constructo social de la familia.

La familia es una *ficción social*, un principio de construcción social que es contextual e histórico y se encuentra atravesado por las distintas configuraciones específicas de poder y dominación⁵⁹. Es el contexto político, sociocultural y económico el que contribuye a dar una forma u otra al significado dominante de familia en cada momento.

Bourdieu (2002 [1994]) señala que esta ficción social, sea en el contexto que sea, se instituye en el plano de la realidad social a través de las múltiples prácticas que desarrollan de forma continua y a lo largo de su vida los miembros de la familia. Lo que llama *trabajo de institución* consiste en esas acciones que apuntan a instituir de forma duradera en cada uno y una de estos miembros los sentimientos, solidaridades y afectos

⁵⁸ Para Bourdieu las estrategias de reproducción dependen de algunos elementos. Alicia Gutiérrez (2003) realiza un repaso sintético de ellos (para un desarrollo en profundidad de estas cuestiones realizado por el propio autor puede consultarse: Bourdieu, 1979). En primer lugar, el volumen y la estructura del capital. Es decir, del conjunto de bienes, entendidos en un sentido amplio, que el grupo de agentes posee y de su trayectoria, ello define la posición que cada familia ocupa en el espacio social. En segundo lugar, dependen del estado del sistema de los instrumentos de reproducción, institucionalizado o no, como puede ser el mercado de trabajo o mercado escolar. Aquí habría que tener en cuenta algunas cuestiones como la distancia geográfica, es decir, la distribución del grupo en el espacio y su ubicación con respecto a los centros de producción y distribución de los diferentes tipos de bienes, y también las posibilidades para apropiarse de dichos bienes. En tercer lugar, de los *habitus* incorporados por los agentes sociales, entendidos como esquemas de percepción, apreciación y acción.

⁵⁹ Sobre este tema, ya clásico en antropología, han incidido especialmente las antropólogas feministas. Pueden consultarse los trabajos de Carol Stack (1975), Jane Collier y Michelle Z. Rosaldo (1981), Henrietta L. Moore (1991) o Nancy Scheper Hughes (1997).

adecuados para asegurar la creación y la permanencia de esa unidad. Es decir, un “espíritu de familia”.

Precisamente por esto, según el autor, se produce una suerte de dependencia entre ambos elementos: “sin familia, no habría estrategias de reproducción; sin estrategias de reproducción, no habría familia” (Bourdieu, 2018: 48). La condición de posibilidad de las *estrategias de reproducción* son las prácticas familiares, al mismo tiempo que las estrategias son un requisito para la perpetuación y la creación de la propia familia. Las familias intentan acumular recursos para transmitirlos a través de las generaciones y así poder asegurar la pervivencia del grupo doméstico y sus miembros a lo largo del tiempo: salvaguarda su unidad por y para la transmisión, a fin de poder transmitir, y porque ella es en tanto que transmite (Bourdieu, 2002 [1994]). Por eso toma un protagonismo central en la mayor parte de las *estrategias de reproducción*, actuando más como una suerte de sujeto colectivo que como un simple agregado de individuos. Como veremos más adelante, esta cuestión se observa con claridad al analizar actos económicos importantes del ciclo vital como la compra de una vivienda. Cuando las vecinas del PAU me hablaban del proceso de compra de su piso, en todos los relatos aparecían miembros de la familia que intervinieron para prestar dinero, dar consejos y asesorar en la compra o ayudar en la puesta a punto de la nueva casa.

En esta dimensión de sujeto de estrategias la familia funciona como una red de recursos y de aprovisionamiento, especialmente en los espacios sociales donde los recursos del estado no llegan o son insuficientes y donde los vaivenes del mercado condenan siempre a la precariedad. En nuestras conversaciones María decía mucho una frase que yo siempre tomaba como una broma, pero que en el fondo condensa esta idea: “los pobres no nos podemos separar”, solía repetir. Más allá de su visión ciertamente conservadora de las relaciones y del matrimonio, hay algo de todo esto. En muchas ocasiones me contó historias de conocidas que habían roto con sus maridos pero tenían que continuar viviendo en la misma casa porque no contaban con recursos para marcharse. Valoraba estas situaciones de modo que a su concepción tradicional y patriarcal de la familia le añadía una cierta lectura práctica de clase en la que ella se posicionaba del lado más humilde de la escala social, como “pobre”: “si todavía eres rico y vives en una casa de tres plantas en la que ni te cruzas...”, argumentaba.

La familia es un principio de organización social tan importante que no solo se erige como uno de los elementos fundamentales para (sobre)vivir en nuestra sociedad, sino que además el deseo de pertenecer y formar una familia se ubica en el epicentro de nuestras expectativas y esperanzas de futuro más íntimas, en la proyección que hacemos de nosotras y nosotros mismos hacia el futuro. Nada parece más natural e inocente que —querer— una familia. Posiblemente la familia se constituya como la más natural de las construcciones sociales. Por eso en el PAU me encontré con mujeres, como María, que sufrían por no haber formado la familia que deseaban, algo que en muchas ocasiones se vivía con culpabilidad y con un cierto sentimiento de incapacidad; o por haber experimentado separaciones de sus parejas y por tanto rupturas del núcleo familiar, como le sucedió a Ana.

María, que estaba soltera, describía continuamente un sentimiento de soledad y de frustración por no haber podido formar la familia que deseaba. “Estoy cansada de estar sola. ¿Con quién vas a ver una película?, ¿a quién le comentas que te ha gustado? O

vas a visitar algo y ¿vas sola?”, me explicaba. A punto de cumplir los 44 años seguía contándome que quería buscar a alguien con quien casarse y tener hijos, biológicos, pues las otras opciones no eran concebibles para ella. En otras ocasiones hablaba de sí misma de modo diferente, como si lo anterior ya no fuera posible, poniendo siempre en relación su edad con el paso del tiempo.

Ahora bien, la familia no puede romantizarse como una colectividad estática y armónica desprovista de conflicto. Históricamente las feministas han señalado que la familia es un espacio atravesado por relaciones de dominación donde además hay tensiones para conservar o transformar esas relaciones de fuerza. Volviendo al mencionado *trabajo de institución* necesario para mantener la unidad familiar y sus estrategias de reproducción, es importante mencionar que este trabajo se desarrolla principalmente gracias a las tareas cotidianas de cuidado y cohesión familiar que realizan las mujeres. Desde una perspectiva feminista marxista, se podría añadir que este trabajo reproductivo no pagado está en la base de la reproducción del propio sistema capitalista, además de constituir uno de los pilares del patriarcado (Federici, 2010 y 2013). Es decir, que la familia es una categoría social que forma parte del sentido común y compartido del mundo, pero involucra de distinta forma a mujeres y hombres y se sustenta sobre relaciones de dominación. Por eso en las conversaciones con las mujeres del PAU y en las descripciones sobre la vida cotidiana en el barrio veremos cómo ambos géneros ocupan lugares diferentes en las estrategias de reproducción, que a veces tienen incluso su traducción en una ocupación diferencial de espacios físicos.

En resumen, las reflexiones de Bourdieu me sirven para conceptualizar tres propiedades o características de las *estrategias familiares de reproducción social* que intento analizar en el PAU de Carabanchel: no son proyectos conscientes, acabados y planeados en un sentido explícito, sino *estrategias prácticas*; no desafían necesariamente el orden dominante, sino que más bien contribuyen a su reproducción; en ellas juega un papel central la familia actuando como una suerte de sujeto colectivo, sin olvidar que la familia constituye a su vez un campo que no es armónico e igualitario, donde imperan las relaciones patriarcales.

En mi trabajo me aproximo a las estrategias de movilidad y reproducción social de los habitantes del PAU desde las prácticas cotidianas que despliegan en el barrio. Estas estrategias son más amplias porque se desarrollan durante toda la vida y en distintos ámbitos sociales. Sin embargo la etnografía se detiene en un espacio social y urbano que es el PAU de Carabanchel, el barrio donde viven, y en un momento determinado. Intento asumir aquí la advertencia del antropólogo argentino Ramiro Segura (2015: 33) ante la tentación *barrio-centrista*, aunque a veces mi etnografía peque de ello:

Al estudiar un sector periférico de la ciudad no podemos suponer que ese recorte sea relevante *per se* para los actores sociales involucrados, así como tampoco esperemos que agote la vida urbana de esos actores [...]. Las personas residen en espacios particulares, pero también se mueven y desplazan por la ciudad y por otros dominios vinculados con el trabajo, la recreación, los lazos de parentesco; es decir, los roles que desempeñan en su barrio son solo uno de los que potencialmente ocupan en los distintos dominios de la ciudad y, por lo mismo, el barrio puede ser un espacio socialmente relevante de su acción como puede no serlo, o serlo para algunas actividades y no para otras.

Lo que puedo recoger entonces es un punto en estas trayectorias que forman parte de un proceso más largo y que se desarrollan en contextos que desbordan los límites

geográficos del PAU. El barrio no resume ni agota la vida de los sujetos y sus estrategias, pero en este caso es el espacio desde donde me ubico para analizarlas.

Como expliqué en el capítulo 1, el modelo urbanístico del PAU rompe con la periferia obrera precedente, dando paso a una discontinuidad tanto material como simbólica. Para muchas personas que crecieron durante los años setenta y ochenta en los barrios colindantes, la mudanza al PAU de Carabanchel forma parte del conjunto de estrategias para tener una vida con más comodidades. En este capítulo me centro en tres tipos o grupos de estrategias familiares de reproducción y movilidad social que estos hijos e hijas de la periferia obrera despliegan en la cotidianeidad del nuevo barrio, atendiendo a las experiencias y discursos de mis vecinas mujeres. En primer lugar, abordo las *estrategias residenciales y económicas* involucradas en la compra de la vivienda y la elección del vecindario, intentando restablecer algunas de las condiciones de producción que rodearon dicha práctica social y económica: la orientación de la política de vivienda en el Estado español, las disposiciones en materia habitacional de este grupo de clase trabajadora y la oferta inmobiliaria de residenciales en el PAU de Carabanchel durante la burbuja. Lo que intento entonces es *comprender* sus motivaciones como jóvenes de barrio para mudarse al PAU, aproximándome al *por qué* compran esa vivienda, un piso en un residencial con servicios privados, y *cómo* la adquieren. En segundo lugar, me inmiscuyo en la cotidianeidad de las urbanizaciones para explorar cómo se organiza la vida y las relaciones vecinales en estas comunidades de propietarios. El conjunto de estrategias —*residenciales, de inversión social, de cuidados...*— que se desarrollan en este ámbito guarda relación con la construcción de las urbanizaciones como espacios fundamentales de socialización en el barrio. Se articula una suerte de *vida hacia dentro* donde toma protagonismo la célula familiar y donde los dispositivos securitarios, los servicios de uso exclusivo y la propia organización de las comunidades funcionan como herramientas para controlar al grupo de residentes-propietarios y vigilar sus límites. En tercer lugar, abordo las *estrategias educativas* que se desarrollan tanto en el espacio residencial como en el escolar y por medio de las cuales las familias intervienen en el proceso de socialización de su hijos e hijas. Una dimensión fundamental de las estrategias de reproducción y de movilidad social es precisamente su carácter intergeneracional: su razón de ser está íntimamente ligada a la posibilidad de dejar como herencia a los hijos e hijas las mejores condiciones posibles para desarrollar su vida en un futuro. Y no solo en un plano netamente económico o material, sino en un acervo de recursos formativos, morales, culturales y sociales —que por supuesto en cada contexto y posición social toman una forma distinta—. Mi propuesta es que todas estas estrategias, desplegadas en diferentes momentos y ámbitos de la vida cotidiana, están involucradas en una mejora de la *calidad de vida* que, como veremos, hunde sus raíces en un espacio social y urbano determinado: los barrios de la periferia obrera madrileña.

3.1. La compra del piso en un residencial

3.1.1. La predisposición a comprar

La compra de un piso en propiedad en la nueva periferia del PAU es una decisión económica que depende de múltiples factores. Como indica Bourdieu (2016 [2000]), las decisiones económicas en materia de vivienda —como alquilar o comprar, adquirir un piso antiguo o de nueva construcción, preferir un bloque de viviendas o una urbanización cerrada— dependen por un lado, de las disposiciones socialmente constituidas de los agentes, es decir, de sus gustos, sus preferencias, sus medios económicos, etc.; y por otro lado, del estado de la oferta de viviendas. Y advierte que ambas cuestiones se encuentran a su vez influenciadas por todo un conjunto de condiciones económicas y sociales producidas por la política de vivienda. De modo que, “por medio de todas las formas de reglamentación y de ayuda financiera destinadas a favorecer tal o cual manera de satisfacer los gustos en materia habitacional, ayudas a constructores o los particulares, como los préstamos, las exenciones, los créditos baratos, etc., el Estado —y quienes están en condiciones de imponer sus puntos de vista a través de él— contribuye muy vigorosamente a producir el estado del mercado de la vivienda” (p. 31). Como expone Jaime Palomera (2011), es a través de los mecanismos directos como los planes de vivienda o las leyes sobre arrendamiento, y otros indirectos como las medidas fiscales y la regulación de las condiciones de acceso a los créditos financieros, que el Estado y sus políticas públicas influyen en el mercado inmobiliario.

Como ya expliqué con anterioridad, si hay algo que caracteriza las políticas de vivienda que se han desarrollado en el Estado español durante los últimos sesenta años es la promoción de la vivienda libre y en propiedad, en detrimento de la vivienda social y en alquiler, acompañada de una escasa regulación de la propiedad privada y la actividad inmobiliaria (Naredo y Montiel Márquez, 2011). Recordemos que esta genealogía que discurre desde el desarrollismo franquista hasta la actualidad ha ido convirtiendo a la propiedad privada en la única vía de acceso a la vivienda para la mayoría de la población.

Una de las vías más fructíferas para integrar a la clase trabajadora en el mercado inmobiliario de la propiedad ha consistido en la conversión de vivienda protegida en productos rentables para las constructoras e inmobiliarias y al mismo tiempo en bienes en propiedad para la población (Carmona y Rodríguez, 2007), algo que también ha sucedido en el PAU de Carabanchel. Ya en el Plan de vivienda 1961-1976, apoyado en los Planes de Desarrollo Económico y Social, podemos encontrar un impulso para que en los nuevos conjuntos residenciales destinados a la clase trabajadora predominase la vivienda protegida en régimen de propiedad (Palomera, 2011). Es decir, que la mayoría de polígonos de vivienda obrera que se levantaron en los barrios de las periferias materializaron el acceso masivo a la vivienda de protección en propiedad construida durante el desarrollismo.

La aplicación de estas políticas públicas solo puede entenderse en diálogo con la conformación de determinadas disposiciones sociales entre la clase trabajadora. Unas disposiciones que esas mismas políticas han contribuido a (re)producir durante un periodo histórico de sesenta años (Palomera, 2011). Al estimular el acceso a la propiedad, el Estado transforma su responsabilidad social de garantizar el derecho a la

vivienda en una responsabilidad individual a cargo de las unidades domésticas. Por ello la compra de una propiedad no solo se convierte prácticamente en la única forma de acceso a la vivienda, sino también en un seguro para las familias obreras. Como explica Jaime Palomera (op. cit.), esa consolidación de la estructura objetiva de acceso a la vivienda ha tenido efectos sociales duraderos en la clase trabajadora de nuestro país: ha intervenido de lleno en sus medios de vida y en sus estrategias de reproducción. Y recalca que poblaciones que en otro contexto hubieran sido proclives a adherirse a una política de creación de viviendas públicas en régimen de alquiler entran de lleno en la dinámica de acumulación de un patrimonio económico, que se entiende como transmisible y a la vez como una mercancía con valor de cambio. Como afirman Lundsteen, Martínez Veiga y Palomera (2014: 114), “pasan a vincular el propio hogar, el espacio de vida, con una forma de patrimonio transmisible entre generaciones, incorporando así la lógica de la pequeña acumulación a la de la reproducción doméstica”. Se produce entonces una relación de *incrustación* entre la lógica del mercado inmobiliario y los modos de reproducción familiares (op. cit.), donde la propiedad de la vivienda funciona como la espina dorsal de esa relación. Hay que añadir además, que este proceso va acompañado desde los años ochenta de una penetración gradual de la lógica de las finanzas en las economías domésticas. La incorporación de los productos financieros —como los créditos, las hipotecas o los planes de pensiones— en las formas de ahorro y consumo de las familias ha normalizado el estado casi perpetuo de endeudamiento en el que se encuentra la población. Todo ello explica por qué el piso en propiedad, mediante hipoteca, se encuentra en el centro de las estrategias de reproducción y movilidad social de la clase trabajadora en el contexto español; un mecanismo, recordemos, que se vio reforzado durante la pasada burbuja por el incremento del valor del patrimonio inmobiliario de las familias.

Así, las disposiciones en materia de vivienda que muestran las clases trabajadoras en este país, y que se han fraguado al calor de más de sesenta años de políticas incentivando la propiedad y la lógica del beneficio inmobiliario, cristalizan en prácticas cotidianas que podemos recoger bajo el nombre de “cultura de propietarios”. Se trata de un conjunto heterogéneo de prácticas, creencias y discursos que se derivan de esta centralidad de la propiedad promovida por las políticas públicas. Alude a cuestiones tan dispares como certezas de sentido común convertidas en retahílas populares, hasta prácticas *desde abajo* que utilizan la vivienda como un valor de cambio o un activo financiero. En mi trabajo de campo identifiqué varias dimensiones o ámbitos en los que se desplegaba esta “cultura de propietarios”.

Primero, la compra de una vivienda adquiere en nuestra sociedad una dimensión de *rito de paso* hacia la adultez y la independencia. Adquirir un piso en propiedad se convierte en un objetivo y en un deseo vinculado a un momento del ciclo vital —una combinación entre la edad, encontrarse en pareja y haberse iniciado en el mundo laboral—. En las conversaciones con las mujeres del PAU era frecuente el uso de expresiones como “ya tocaba” o “teníamos una edad”, que dan cuenta de esta especie de decisión ineluctable que llega en un momento de la vida. Se constituye además una suerte de *sentido común anti-alquiler* al considerarse que alquilar es tan solo un paso indeseado hacia la compra y por tanto es “tirar el dinero”. Pareciera como si la vivienda que se alquila para cubrir una necesidad habitacional a corto plazo perdiera su valor de uso inmediato al no estar

destinando ese dinero a una compra en propiedad a largo plazo —“lo que pago de mensualidades lo podría estar pagando de hipoteca”—.

Segundo, la vivienda en propiedad se convierte en el Estado español en una garantía de estabilidad y por tanto en un espacio seguro para la crianza de los hijos. Además, como ya he mencionado, su carácter de bien transmisible lo convierte en una primera forma de acopio familiar de cara a futuras herencias. Muchas familias trabajadoras piensan que lo único que podrán dejar como legado a sus hijas e hijos es “el piso pagado”, sin nada a deber. María, por ejemplo, que al inicio de la veintena no mostraba mayor interés en ser propietaria, me explica que pasados los años, cuando su padre ya había iniciado la compra del piso para ella, intentó convencer a su pareja de aquel momento para que comprara una vivienda. Para ella el piso funciona como una condición básica para la crianza y para el futuro de los hijos. “Le tenía que dar un futuro a su hijo”, argumenta María, “su niño no podía estar viviendo toda la vida de alquiler”. Su pareja que, en plena burbuja inmobiliaria se mostraba reticente a endeudarse, en torno al año 2005 terminó comprándose un piso de tres habitaciones en un municipio del sur de Madrid.

Tercero, además de su valor de uso como espacio de vida, la vivienda en propiedad alberga siempre un posible valor de cambio y es fácilmente convertible en instrumento financiero. Este marco propicio es utilizado por las economías familiares para mejorar su situación y conseguir, por ejemplo, una vivienda mejor. Especialmente durante la burbuja se generalizó el discurso de la compra inmobiliaria como una “oportunidad” — algo que analiza con detenimiento Jaime Palomera (2011) entre los habitantes de Ciutat Meridiana en Barcelona—. Debido a las expectativas de revalorización, parte de la población se animó a realizar cálculos para vender o alquilar su vivienda y comprar otra, o para adquirir una propiedad con la esperanza de poder venderla con el paso del tiempo por una cantidad superior —conocido popularmente como el fenómeno del “piso-puente” (op. cit.)—. Flor y Rosa me explicaron que esta práctica es relativamente común en el PAU por la gran bolsa de viviendas de cooperativa en régimen de protección, fundamentalmente VPT. Esto ha permitido a varios vecinos de su urbanización que adquirieron su piso en torno al 2006 por un precio algo inferior al del mercado en aquel momento, vender su vivienda en 2017 por un monto superior. Ambas me contaban cómo una vez pasado el periodo de protección de las viviendas ha comenzado un movimiento de mudanzas en la urbanización. “La gente estaba deseando que descalificaran la VPP para venderlo al precio del PAU y forrarte y poder ir a otra casa más grande todavía”, me explica Rosa. Muchos vecinos y vecinas han utilizado esta estrategia especulativa para adquirir viviendas mejores, más grandes o en otros barrios de la ciudad con mayor capital simbólico como Las Rozas o Majadahonda.

Flor: Tú te compras una casa como puedes en las condiciones que puedes. Mucha gente que tenía casas, a lo mejor de dos habitaciones, ha tenido dos críos, niño y niña, pues ha tenido que buscar una casa. Luego ha habido mucha gente que ha especulado: se ha comprado casas en cooperativas porque eran baratas, tenían dinero, y en cuanto han podido han vendido las casas con el *boom*, lo han vendido a dos churretos más y cuando ya la cooperativa ha dejado de ser cooperativa... Y antes también, la verdad. O sea se ha hecho... la verdad es que se ha hecho lo que se quiere con el rollo de la vivienda en Madrid. Pero hay mucha gente que han tenido críos y ha vendido la casa, y luego ha habido mucha gente que ha comprado la casa a un precio irrisorio, o sea irrisorio, un precio de cooperativa, y la ha vendido tres veces más

Inés: Vaya tela. Y se han ido, ¿no?

Flor: Sí, sí, de esos hay mucha gente. En mi comunidad hay mucha gente, mucha gente. Y en todo el PAU, ¿eh? Hombre, las casas libres menos porque en su momento ya costaron un dineral, claro, pero las casas de cooperativa sí que han ido... De hecho en mi comunidad yo veo muchas caras, muchas, muchas, desde hace... sobre todo desde hace dos años. La casa nos la dieron en [...] el 2006. [...] Entonces qué pasa, que pues claro, diez años, cuando se ha liberalizado el precio. O sea, cuando ya se ha podido, creo que eran diez años.

Inés: Ah, el margen para vender de la cooperativa.

Flor: Sí, sí, sí. Yo creo que diez o quince.

Inés: Que además es el momento en el que vuelven a resurgir... que se revaloriza la vivienda.

Flor: Claro. Pues eso, desde hace dos años se ha notado una huida, una huida. [...] Sí, se ha vendido mucha vivienda de... pues eso, justo, 2017-2018. Desde hace dos años yo he notado, a ver siempre hubo separaciones y cosas pero vamos, el notar caras nuevas y decir, “ostris, ha habido una emigración de este barrio a otros”.

Podríamos decir que son prácticas de especulación *desde abajo*, en el sentido de que no se realizan con grandes bolsas de vivienda y son ejercidas por unidades domésticas que no acumulan grandes capitales con su pequeño patrimonio, sino que están destinadas a la reproducción del grupo familiar y a la mejora de su bienestar presente y futuro. Es una “lógica de la pequeña acumulación” (Martin Lundsteen, Ubaldo Martínez Veiga y Jaime Palomera, 2014) orientada a la reproducción, extendida y normalizada entre las capas de población trabajadora que han tenido acceso a la propiedad, y que da cuenta del uso de la vivienda como un instrumento financiero disponible para las economías domésticas. No estamos entonces ante el tipo de acumulación capitalista que podría desarrollar una empresa, antes bien, se trata de estrategias de reproducción que buscan conseguir y administrar pequeños capitales y propiedades familiares en un contexto en el que la propiedad de la vivienda es uno de los pocos seguros contra los vaivenes del mercado y en el que el Estado ha abandonado su responsabilidad social en la provisión de bienes y recursos básicos. Ruth y Ana me explicaban, por ejemplo, cómo en el PAU durante el periodo de tiempo que medió entre la compra de los pisos hasta la entrega de llaves, muchas personas “invertieron” —como dice Ana— en una segunda vivienda. Existía la necesidad de vivir en algún lado durante esos diez años de demora y el temor de que finalmente no se produjera la entrega, por ello quien pudo se aseguró su existencia y su futuro con una segunda propiedad que después alquiló o vendió, como hizo la pareja de Ruth.

Esta lógica del mercado inmobiliario imbricada o *incrustada* en una lógica de reproducción familiar (op. cit) (re)produce una normalización de las dinámicas financieras y especulativas con la vivienda que pasan a formar parte de la vida cotidiana y el lenguaje común. Por ejemplo durante las entrevistas palabras del ámbito financiero como “invertir” aparecían de manera recurrente. En otro medio como el Foro Nuevos Vecinos también es común encontrar comentarios de personas que piden consejo y asesoramiento a otros vecinos para sus cálculos especulativos con la vivienda. Así, las estrategias de reproducción familiar que necesariamente se urden y se despliegan en un contexto de acumulación capitalista neoliberal, emplean herramientas y desarrollan prácticas que se encuentran en la base de la (re)producción de este sistema. Como apunta Susana Narotzky (2004: 221), “deben entablar una o varias de las relaciones específicas que, a su vez, producen y reproducen la mirada de formas de un sistema capitalista. En la actualidad, la reproducción personal (identidad) y la reproducción social

(sociedad) están inextricablemente vinculadas a la reproducción de un sistema capitalista (capital)”. De hecho, dos elementos centrales en las estrategias familiares que he etnografiado son la compra de la vivienda y la adquisición de bienes de consumo vinculados a la nueva vida residencial y familiar. Pero esto no quiere decir que la lógica de la reproducción desaparezca o se subsuma de forma irremediable en la acumulación⁶⁰. Pienso que el universo a explorar surge precisamente de esa necesaria yuxtaposición entre ambas, de la aparente contradicción de nuestro tiempo —la contradicción capital-vida—: muchas de las estrategias de reproducción están preñadas de dinámicas que contribuyen a reproducir el movimiento de acumulación capitalista que, a su vez, trata de dinamitar las bases del bienestar y la buena vida.

Esta tensión es entonces consustancial a nuestro tiempo y se desprende, entre otras cuestiones, del rol ambivalente que tienen las economías domésticas en el contexto neoliberal: como principales encargada de sostener de la vida y el bienestar de los sujetos y al mismo tiempo como reproductoras del sistema. Las políticas neoliberales generan un contexto de precariedad, de privatización y mercantilización de los derechos y los servicios más básicos como la vivienda, la educación, la sanidad y los bienes comunes, obligando a las familias a asumir progresivamente que tendrán que pagar por estos bienes y servicios. De este modo son las economías familiares las que asumen la carga de sostener las vidas de sus miembros, de gestionar la precariedad y también de proveerse de recursos para conseguir un cierto bienestar. Se trata por tanto de una privatización o atomización —en tanto que soluciones individuales— del bienestar en las redes familiares cuando el Estado ya no funciona como una institución mediadora que garantiza ciertos servicios y recursos para la vida. Por tanto es la crisis de esta función mediadora de las instituciones que discurre paralela a la neoliberalización de todos los ámbitos de la vida, la que reintroduce con fuerza el peso del hogar y la familia como agentes encargados de proveer el bienestar (Gago, 2015).

Por ejemplo, Violeta, que no vive en el PAU sino en la zona antigua de Carabanchel Alto, me explicaba cómo durante los años de la burbuja sus conocidos les presionaban a ella y a su pareja para que adquirieran otra vivienda. Se extrañaban ante su decisión de no cambiar de casa, algo que según cuenta, han hecho muchas de sus amistades:

Violeta: Es verdad que dentro de mi red de amigos muchos de ellos no están en la primera vivienda que ellos optaron, o sea ellos se han ido moviendo. Nosotros hemos optado por no hacerlo, o sea yo podía haberlo hecho y no lo hice, de hecho todo el mundo me decía, “¡pero vende tu casa!”. Recuerdo conversaciones de: “¡especula, especula, que todo el mundo está especulando!”. Yo es que compré el piso en pesetas. [Imitando terceras personas] “Tú has comprado tal, ahora tu piso está a nosequé”.

⁶⁰ Hay una economía capitalista pero en ella se dan distintas lógicas, no solo existe el mercado y el homo *oeconomicus*. No pretendo aquí adentrarme en el largo debate en antropología económica sobre la articulación de las lógicas de acumulación y de reproducción, pero sí quisiera detenerme en una apreciación que realiza William Rosberry (2014 [1989]). El autor advierte que en el plano empírico nunca podremos demostrar qué lógica prima en cada momento, si la acumulación o la reproducción —si es que puede pensarse en un plano empírico tan siquiera la existencia de dos lógicas separadas como tal—. Se trata entonces de un debate metido en un callejón sin salida empírica. A menudo los sujetos, en distintos momentos, desarrollan prácticas diferentes: montan un negocio, compran una casa pensando en su bienestar y en el de sus hijos, invierten en su futuro, venden la casa y se compran otra mejor, piden una hipoteca, se endeudan, alquilan una habitación abusando del precio del alquiler... Es decir, la tesis que puede resultar más fructífera en el plano empírico pasa por comprender que en la vida social de los sujetos ambas lógicas son absolutamente complementarias y se desarrollan de forma yuxtapuesta.

Algo que se deja entrever en el discurso de Violeta es cómo la lógica de la pequeña acumulación con la vivienda y la práctica de la movilidad residencial está en la base de muchas estrategias familiares de ascenso social.

En Madrid, por ejemplo, la compra de segundas residencias en la playa ha funcionado desde los años setenta como un vector de diferenciación social en los barrios de clase trabajadora. Las familias que podían juntar algo de dinero lo invertían con mucho esfuerzo en una vivienda en la costa —algo que muchas también hicieron en el pueblo de origen, arreglando y modernizando las casas familiares—. Esta propiedad facilitaba el irse de vacaciones a toda la familia, un acontecimiento que de lo contrario resultaba demasiado caro, y a un lugar que no fuera “el pueblo” —consecuencia del origen migrante rural de gran parte de la población madrileña—. Además muchas de estas casas han quedado como herencia para las siguientes generaciones que todavía las siguen usando como seguro para sus vacaciones. Flor y su hermano continúan acudiendo todos los veranos a la costa alicantina a la casa que con tanto esfuerzo compraron sus padres. Al igual que muchas de las familias que se van en agosto, cuando las urbanizaciones del PAU se vacían. Como me explicaba la misma Flor, la adquisición de estas viviendas en los años setenta por algunas familias fue uno de los detonantes de la diferenciación social al interior de los barrios. Mientras que algunas podían huir del calor madrileño en verano, otras se quedaban atrapadas en el asfalto de la ciudad con la única posibilidad de mandar a los niños al pueblo con los abuelos. Así, la pequeña acumulación inmobiliaria por parte de las unidades domésticas trabajadoras —es decir, orientada a la reproducción— ha funcionado durante décadas como una de las pocas garantías de bienestar y también de descanso.

Su uso como valor de cambio también lo convierte en un recurso familiar disponible en épocas de precariedad. Algo que de nuevo conecta con la condición de seguro y de garantía que adquiere la propiedad inmobiliaria en España. Como sostiene Javier Gil (2019), tras el estallido de la crisis de 2008, en un contexto generalizado de crisis de reproducción social donde la precariedad y la inseguridad vertebran la vida cotidiana de gran parte de la población, la vivienda —para quien ha tenido acceso a ella—, ha funcionado como uno de los recursos fundamentales de las economías domésticas para garantizar la supervivencia o para intentar mantener el nivel de vida. Por ejemplo, poniendo el piso en la plataforma Airbnb —fenómeno que ha analizado de forma exhaustiva Javier Gil (2019)—; alquilando habitaciones para poder hacer frente a la hipoteca, como el caso de María, mi casera; subarrendando de manera informal habitaciones de un piso que ya se está arrendando, como hacía Omar con la primera casa en la que viví; o alquilando la casa en propiedad hipotecada mientras se reside con los padres o se alquila una habitación barata, como es el caso de Carlos, uno de mis compañeros en el piso subarrendado por Omar. Carlos había sido víctima del timo de las hipotecas multidivisa⁶¹ y, en una espiral de endeudamiento, se había visto obligado a alquilar su piso en Alcorcón y a vivir en una habitación en el PAU.

⁶¹ La característica de este producto financiero es que la hipoteca se vendía en otra divisa distinta al euro, en ese momento más débil, con el objetivo de pagar tipos de interés más bajos. La mayoría de los préstamos se comercializaron en yenes o en francos suizos. Las personas que firmaron estas hipotecas no sabían que la cuota hipotecaria se calculaba en función de cada mes y que además se recalculaba todo el capital pendiente de pago (Díaz, 2017, octubre 16). Es decir, que cuanto más se depreciase el euro mayor sería la deuda contraída, como sucedió a finales de 2008. La consecuencia directa es que a pesar de llevar varios años pagando la hipoteca, la cantidad que se debe puede ser mayor que la inicial. En el caso de Carlos, la

Además en el PAU pude observar cómo especialmente entre las mujeres que rondaban la cuarentena la dimensión de la propiedad privada en tanto que seguro de vida adquiriría otro matiz más. María y Mayte, que no estaban casadas —Mayte con una pareja estable y María sin ella—, le daban mucha importancia a la cuestión de tener una casa propia, algo que formulaban siempre con la expresión “tener tu casa”. Cuando hablaban de mujeres que no estaban casadas o no tenían parejas estables este era un tema fundamental. Aquí la propiedad inmobiliaria se valora como un recurso propio, para ellas, que funciona como una garantía para “no quedarse en la calle” si la relación se termina, y como un colchón material que facilita la toma de decisiones. Estas mujeres eran conscientes de que la propiedad privada suponía para ellas una cierta garantía de independencia y autonomía, sobre todo a la hora de relacionarse con sus parejas hombres. Aunque la relación se rompiera su estabilidad estaba a resguardo. Sin embargo en el caso de María, este planteamiento que ponía en valor su independencia no estaba en absoluto reñido con sus ideas conservadoras sobre la familia y el matrimonio como una unidad fuerte e irrompible.

Lo que trato de mostrar con este repertorio heterogéneo de prácticas es de qué manera en nuestra sociedad, y en concreto entre estos hijos e hijas de la periferia que ahora habitan en el PAU, existe una predisposición hacia la propiedad privada inmobiliaria que tiene su encaje en las dinámicas de reproducción familiar. En las conversaciones más cotidianas aparecían con frecuencia discursos y prácticas que se mostraban como indicios de disposiciones sociales proclives a la compra de vivienda, un elemento que ha nucleado las estrategias familiares de reproducción y movilidad social de este grupo. La dimensión de seguro económico y vital que adquiere “el piso”, o el grado de normalización que alcanza la dinámica de la pequeña acumulación y el uso de la vivienda como valor de cambio iluminan hasta qué punto las disposiciones en materia de vivienda de las clases trabajadoras se han fraguado al calor de políticas de vivienda que han privilegiado la lógica del mercado inmobiliario.

Así, regresando al planteamiento inicial de este epígrafe, es necesario enmarcar la decisión de comprarse un piso en el PAU en la ecuación entre las disposiciones sociales de estos hijos e hijas de la periferia obrera, las políticas públicas de vivienda y el estado de la oferta de viviendas en el PAU de Carabanchel. Este barrio nuevo ofrecía unos productos inmobiliarios caracterizados por el protagonismo del modelo de urbanización cerrada con servicios, unos precios asequibles y una ubicación cercana a los barrios de origen en la periferia colindante. Todos ellos elementos que, como veremos, valoraban positivamente los nuevos vecinos y vecinas y que se encontraban en consonancia con sus gustos en materia habitacional y sus medios económicos. Además, las estrategias publicitarias de los promotores y agencias inmobiliarias se encargaron de halagar las disposiciones de estos potenciales compradores, contribuyendo al mismo tiempo a moldearlas.

hipoteca adquirida fue de 30 años, con unas mensualidades superiores a los 1000 euros. Me cuenta que lleva 16 años pagando y aún le queda una gran suma por abonar. En 2015 una sentencia del Tribunal Supremo declaró la nulidad por abusividad de estas cláusulas, obligando a los bancos a devolver el dinero cobrado de más a los clientes, aunque la sentencia está recurrida.

3.1.2. “El residencial que siempre has soñado”. Breve análisis de la publicidad de las urbanizaciones⁶²

En el PAU de Carabanchel las urbanizaciones toman el nombre genérico de “residencial” seguido de su nombre propio. Por ejemplo, *Residencial El Pinar* o *Residencial Los Morales*. Estos nombres lucen en letras negras o metalizadas en los muros exteriores de las urbanizaciones y hacen visible el nombre de la comunidad al tiempo que se oculta su interior a los viandantes. En algunos casos su origen es fácilmente reconocible, pues toman prestado el nombre de la cooperativa de vivienda o de la zona en la que se ubican, mientras que en otros la conexión no es tan clara y se abre un campo imaginativo de posibles asociaciones —como ocurre con el *Residencial Athenea* o con el *Residencial Nuevo Carabanchel*—. También los hay en inglés, aunque en menor cantidad, haciendo uso de la lengua con capital simbólico por excelencia, siempre impregnada de un cierto prestigio. Este es el caso del *Residencial Carabanchel Class*.

Los discursos publicitarios de estos residenciales contienen una gran cantidad de información sobre aquellos productos que promotoras e inmobiliarias intentan vender, pero también sobre los gustos y preferencias en materia habitacional de sus potenciales compradores. Es decir, sobre las disposiciones de los y las habitantes del PAU. Además su análisis ayuda a restablecer algunos elementos que rodearon las condiciones sociales de producción de esa práctica económica: comprarse una casa en un residencial del PAU.

Como explica Bourdieu (2016 [2000]), si las preferencias y expectativas que rodean la elección de una vivienda están diferenciadas de acuerdo con la posición ocupada en el espacio social, el campo de la publicidad y la oferta del mercado inmobiliario generan diferentes productos adaptados a las distintas clases sociales y a sus gustos —que al mismo tiempo contribuyen a (re)crear—. Bourdieu sostiene que los anuncios publicitarios más exitosos funcionan porque halagan las disposiciones preexistentes de sus compradores, poniéndoles frente a sus expectativas y exigencias bajo la apariencia de servirlos. O, en su caso, desarrollando estrategias comerciales para transformar ciertos gustos de sus compradores potenciales y reparar el desfase entre el producto ofrecido y el esperado. Se trata de “convencer al cliente de que el producto propuesto está hecho para él y que él está hecho para ese producto” (p. 70). Por ejemplo, en la comercialización del *Residencial Jardines de Buenavista* existió durante los meses de noviembre y diciembre de 2019 una promoción por el *Black Friday* que aplicaba un descuento al precio de las viviendas. Este contraste, entre un residencial que se presenta a sí mismo como “edificio exclusivo” y al tiempo aplica unos descuentos propios del capitalismo de consumo *low cost*, es antes que una contradicción un indicio del perfil social de comprador al que va dirigido el producto inmobiliario: alguien a quien no solo no le suponga un impedimento un precio rebajado por un bien supuestamente exclusivo, sino para quien esto constituya un atractivo. Esta estrategia es exactamente la contraria a la utilizada en las urbanizaciones cerradas y los complejos residenciales

⁶² Agradezco a Marina Requena-i-Mora su ayuda especialmente en esta parte del trabajo. Ella me animó a realizar este ejercicio de análisis y me dio el primer impulso con la búsqueda de algunos anuncios publicitarios. Aunque estoy segura de que sus conclusiones hubieran sido mucho más ricas que las mías, este análisis es deudor de su desbordante imaginación sociológica, su generosidad y de su proceder artesanal que tanto admiro.

de alto standing, donde disponer de grandes cantidades de dinero es la condición para poder acceder tan solo a la visita de la vivienda que se desea comprar. El alto precio a pagar es precisamente aquello que garantiza la criba social y la tranquilidad de todos sus habitantes al poner a salvo el capital simbólico del que gozan individual y colectivamente.

Otros ejemplos de esta relación de vaivén o de retroalimentación entre la publicidad de los residenciales y los gustos y necesidades de sus potenciales habitantes se encuentran en pequeños detalles que pasan desapercibidos. En el dossier del residencial comercializado por el *Grupo Vivir* se puntualiza lo siguiente: “el ascensor comunicará directamente con las plantas de garaje, el portal, y las plantas de vivienda”. Para un lector poco familiarizado con el PAU la mención al ascensor puede parecer una cuestión anecdótica pero, como ya he señalado, se trata de un elemento clave en el transcurrir de la vida en el barrio y aparece continuamente en los discursos de las vecinas sobre sus jornadas cotidianas.

De esta forma todos los elementos presentes en los discursos publicitarios que voy a mencionar guardan relación con este juego entre la comercialización de unos productos inmobiliarios —algunos de mayor calidad y precio que otros—, y los gustos y disposiciones en materia habitacional de los y las habitantes del PAU. ¿Qué tenían y tienen de atrayente estas viviendas para sus compradores?, ¿a quiénes están dirigidos estos productos inmobiliarios?, ¿qué características del PAU y de las urbanizaciones se realzan y promocionan?, ¿qué estrategias publicitarias se utilizan para magnificar algunas de esas características y ocultar otras?

Realicé la búsqueda de estos anuncios entre 2019 y 2020, de modo que solo pude acceder a promociones inmobiliarias que en esa época estaban en proceso de comercialización y también a un número reducido de anuncios más antiguos que habían dejado su rastro por internet. Aunque estos residenciales en concreto no sean las urbanizaciones en las que viven las protagonistas de la etnografía, pues llegaron al PAU más de diez años antes, su análisis ayuda a identificar igualmente cómo se publicitan las urbanizaciones y a qué valores y gustos apelan en sus anuncios. Además, con mis dos cambios de casa en el PAU realicé búsquedas exhaustivas de las pocas habitaciones que se alquilaban en el barrio⁶³, la primera de ellas en verano de 2017 y la segunda en invierno de 2018. Para mi sorpresa, en estos anuncios de particulares que arrendaban habitaciones de su casa encontré elementos coincidentes con los discursos publicitarios de los nuevos residenciales en venta. Los vecinos y vecinas, en calidad de caseros, destacaban de sus viviendas y urbanizaciones aquello que la publicidad de inmobiliarias y constructoras había resaltado previamente durante su proceso de comercialización: fundamentalmente los dispositivos securitarios, los equipamientos privados comunitarios y la tranquilidad del barrio.

Así, lo primero que aparece en todos los anuncios, tanto en los residenciales de nueva construcción como en las habitaciones de alquiler, es la referencia a los sistemas de

⁶³ El PAU es un barrio muy familiar que se encuentra alejado de los espacios de la ciudad donde se localizan los empleos, el tejido productivo, las universidades y la red de transporte público, por lo que la mayoría de ofertas de alquiler son de viviendas enteras y no de habitaciones. Es realmente una zona muy poco atractiva para estudiantes o personas que compartan piso mientras trabajan, por eso en las dos búsquedas de piso solo encontré 15 y 24 anuncios respectivamente —en los buscadores de Idealista y Milanuncios—.

seguridad y a los servicios privados comunes. Aquí se introduce la primera y más visible diferencia en la jerarquía económica y de estatus entre residenciales —que en ocasiones atiende a su condición de Vivienda Libre o VPPL, la antigua VPT—. Mientras que algunas cuentan con dispositivos securitarios más sofisticados y completos y con equipamientos privados de todo tipo, otras no tienen tantos servicios o con el tiempo se han tenido que cancelar ante la imposibilidad de pagar su mantenimiento. Por ejemplo en el *Residencial Carabanchel Class I*, cuyas viviendas oscilan entre los 310.000 y los 380.000 €, se anuncia “una gran dotación de zonas comunes compuestas por piscina, zonas ajardinadas, juegos infantiles, gimnasio, gastrobar y control de acceso”. En el *Residencial Carabanchel Class II*, una propuesta algo más *premium* de la misma constructora donde las viviendas llegan hasta los 460.000 €, se ofrecen además de los anteriores servicios, pista de pádel y circuito de running. Por su parte, el *Residencial Pirámides*, entregado en 2006, ofertaba servicios algo más exclusivos, además de prometer durante la comercialización un servicio de metro que aún no había iniciado sus obras cuando comenzaron a construir el residencial:

Residencial Pirámides consiste en una urbanización cerrada, con acceso peatonal controlado por conserjería. En ella hay ciento cincuenta viviendas: estudios y pisos de uno y dos dormitorios, bajos con jardín y viviendas en planta tipo con excelentes terrazas, todas ellas con trasteros incluidos en el precio; la plaza de garaje es opcional. Cuenta con zonas comunes ajardinadas, piscina, área de juegos infantiles, gimnasio, sauna y spa.

Ubicación. Esta promoción de viviendas está situada en el Plan de Actuación Urbanística (PAU) de Carabanchel, en la unidad de ejecución 1, en la Calle del Euro, 19. La zona tiene excelentes comunicaciones por carretera (está muy cerca de la M-40, A-42 y la A-5). Además, dispone de acceso al centro de Madrid mediante transporte público: autobuses y Metro, merced a la futura ampliación aprobada de la línea 11.⁶⁴

Imagen 1. Maquetas del *Residencial Carabanchel Class I*



Imagen 2. Maquetas del *Residencial Carabanchel Class II*



⁶⁴ Respeto la redacción literal de todos los anuncios para mostrar no solo su contenido, sino también la forma en la que están escritos. Las palabras elegidas, el orden de la información, la puntuación o las faltas de ortografía otorgan tanta información sobre las disposiciones sociales de quien escribe el anuncio y de sus potenciales lectores como el propio contenido del mismo.

En el *Residencial Los Robles*, que inició su comercialización en 2006, la complejidad de los dispositivos securitarios se refuerza en la publicidad haciendo uso de tecnicismos y palabras exóticas que revisten de sofisticación al producto. Se apela siempre que sea posible a cuestiones tecnológicas, algo que parece otorgar un plus de garantía, calidad e infalibilidad: “Estos inmuebles cuentan con un completo sistema domótico con alarmas de presencia y de detección de humo, gas y agua. Además, la puerta de acceso a la vivienda es acorazada y tiene bisagras antipalanqueta y cerradura de seguridad”. El *Residencial Jardines de Buenavista*, en actual proceso de construcción, hace uso de la misma estrategia discursiva:

Además, Jardines de Buenavista cuenta con un parking exclusivo para bicicletas cubierto y taquillas electrónicas Citibox de forma totalmente gratuita. Por último, la seguridad en Residencial Jardines de Buenavista está completamente garantizada gracias a la puerta de entrada de seguridad blindada y la conexión constante con la vivienda a través de Wifi y aplicación en smartphone.

Urbanización cerrada con acceso único con cabina de control, acondicionada para conserje. Puerta de entrada de seguridad blindada. Compuesto por cámaras de infrarrojos y sensores de movimiento con grabación 24 horas y con posibilidad de conectarlos a una central receptiva de alarmas.

En relación a los equipamientos privados comunitarios el *Residencial Jardines de Buenavista* se esfuerza en mostrar cómo su oferta es de las más exclusivas, describiendo minuciosamente cómo son y cómo se pueden usar. No solo da cuenta de los servicios en sí, sino que trata de evocar en el posible comprador o compradora las experiencias asociadas a su uso y disfrute:

Cómodas y modernas zonas comunes. PISCINA: Una piscina tipo spa en la que disfrutar todos los días del año de un buen baño, tanto para descansar como para practicar deporte. GIMNASIO: Disfruta de una magnífica sala de gimnasio polivalente pensada para que puedas cuidarte cómodamente a cualquier hora del día. SALA MULTIUSOS: Sala Gourmet para celebrar los momentos más especiales como cumpleaños o aniversarios, adaptada para diversos usos. ZONA INFANTIL: Zona infantil especialmente diseñada para los más pequeños, con protección de suelo y equipo adecuado según la normativa vigente.

En los anuncios de habitaciones en alquiler los particulares hacen lo propio intentando sacar partido de los sistemas de seguridad y los servicios privados comunitarios que funcionan como reclamo. Una vez más, aparece el contraste entre residenciales que se exponen como productos inmobiliarios más o menos exclusivos y con todas las comodidades, junto a muestras de las disposiciones y del origen social popular de sus habitantes. La forma en la que están escritos estos anuncios es absolutamente relevante, no solo por aquello que dicen sino por cómo lo dicen.

Anuncio de habitación en Calle del Kula, diciembre de 2018:

Alquiler de habitación en el Pau de Carabanchél. Se alquila habitación desde el 1/09/18 en 4ºPiso con ascensor, con vistas a zona ajardinada en Urbanización privada con piscina privada, pista de Pádel y zona verde. La Urbanización tiene portero físico 24 horas. Salón común con mesa comedor, televisión, calefacción y aire acondicionado. El piso tiene tarima flotante. Los gastos no esta incluidos en el precio (son aparte). Las habitaciones son muy luminosas, con cerradura propia y armario empotrado. El piso esta amueblado y la cocina tiene todos utensilios de cocina. El piso tiene lavadora, lavajillas, nevera, microondas y secadora de ropa. Fianza de 1 mes. A 5 minutos del metro San Francisco. Supermercados y centro comercial Isla Azul cercanos. El piso consta de 2 habitaciones. La otra habitación está ocupado por un señor tranquilo. Buscamos persona tranquila y respetuosa. También hay posibilidad de alquiler de plaza de garaje (60€). Contactar por Whatsup.

Allá donde existe se remarca la presencia de seguridad 24 horas y en algunos incluso se comentan detalles adicionales de los servicios comunitarios para infundir mayor sensación de exclusividad, como por ejemplo especificar los tipos de pistas deportivas —de pádel, de baloncesto, de futbito— con los que cuenta la urbanización o puntualizar la longitud o la modalidad de cloración de la piscina:

Anuncio de habitación en Calle del Potlatch, julio de 2017:

La urbanización dispone de piscina de cloración salina, pista de padel, sala de gimnasia (con clases), portero 24h, etc. Aunque es muy fácil aparcar, dentro de la urbanización suelen ofrecer plazas de aparcamiento en alquiler. [...] Si deseas tranquilidad con muchos extras a tu disposición, eres una persona ordenada y no quieres acabar en un "cuchitril" no dudes en ponerte en contacto.

Otro de los elementos que se encuentra en la publicidad de los residenciales es la familia. Siempre en su versión normativa y heteropatriarcal, con un padre y una madre jóvenes y esbeltos y con hijos pequeños. La unidad familiar se erige como uno de los grandes protagonistas de los anuncios, ya sea emergiendo de forma explícita en fotografías e imágenes familiares, como en el *Residencial Vitra Carabanchel* (Imagen 3), o de modo evocativo. Aparece de forma implícita en los tamaños y la decoración que presentan las habitaciones en las maquetas —la habitación grande con baño siempre para los padres y las más pequeñas para los hijos, en azul o rosa dependiendo del género— o, como hace la publicidad del *Residencial Jardines de Buenavista*, ofreciendo servicios comunitarios personalizados para cada miembro de la familia. En este último caso, en el apartado del dossier de comercialización en el que se muestran los servicios comunes (Imagen 4) aparece la fotografía de un niño pequeño al lado de un gimnasio con máquinas de deporte —para él— y pelotas de yoga y pilates —para ella—. En la imagen no se muestra ninguna familia pero implícitamente hay una, con los servicios y espacios generizados y personalizados para cada miembro de la unidad. Tampoco es casual que estos dos equipamientos se publiciten de forma conjunta, “la zona infantil”, perfectamente acondicionada para que los niños y niñas puedan jugar a su aire, y el “gimnasio privado”: “te ofrecemos una sala de gimnasio polivalente para que puedas ejercitarte y darle el cuidado necesario a tu cuerpo con total privacidad. [...] No te preocupes por los pequeños, ellos podrán jugar y divertirse en su zona infantil, diseñada especialmente para ellos con el equipo adecuado y la protección del suelo de amortiguación adaptados a la normativa vigente”, dice la publicidad.

Al juntar ambos elementos y ponerlos uno al lado de otro se consigue evocar la unidad familiar pero también unos servicios que ofrecen a los adultos la posibilidad de disponer de tiempo para uno mismo, algo complicado cuando se tienen criaturas pequeñas. La publicidad del *Residencial Jardines de Buenavista* intenta vender a sus futuros compradores un producto inmobiliario que permite desarrollar una vida en familia pero también actividades deportivas y de ocio individuales. Una combinación que parece imposible y por ello resulta perfecta.

Imagen 3. Publicidad del Residencial Vitra Carabanchel

Imagen 4. Publicidad del Residencial Jardines de Buenavista

Además la tipología edificatoria del residencial está diseñada para un estilo de vida en familia, haciéndose cargo de sus intereses y necesidades. Por ello todas las viviendas incluyen garaje y trastero, algo que no se olvidan de mencionar en la publicidad. “Viviendas de 3 dormitorios, todas ellas con un trastero y con una plaza de garaje vinculadas a las mismas como anejos inseparables”, subrayan los anuncios del *Residencial Athenea* y el *Residencial Las Terrazas*. La plaza de garaje es necesaria para el coche, que en el PAU de Carabanchel se convierte además en un elemento indispensable para la vida cotidiana. El trastero se vuelve igualmente necesario para almacenar otros tantos bienes de consumo que se van acumulando en la familia: bicicletas, maletas, juguetes, ropa, muebles antiguos, etc. Según me explicaron varias vecinas de mi urbanización, hay familias que también aprovechan para conectar un segundo congelador o nevera y así disponer de más espacio cuando el frigorífico de la vivienda se queda pequeño. Esto causa múltiples disputas en las comunidades vecinales, pues encarece el precio de los suministros vinculados a los garajes, recibos que se pagan conjuntamente.

Vinculado con el campo semántico de la familia aparece otro elemento clave en estos discursos publicitarios: el *hogar*. Lo que se pretende promocionar es la experiencia de un hogar familiar. La compra de una vivienda es seguramente una de las decisiones más importantes de todo un ciclo de vida y en el contexto del capitalismo español se

convierte casi en un rito de paso obligado hacia lo que se considera la independencia o la adultez, constituyendo el primer seguro económico vital. Los anuncios van dirigidos a esas personas jóvenes que se inician en la propiedad y por eso están repletos de mensajes que se muestran comprensivos con la gran inversión —en términos económicos, vitales, afectivos, logísticos— que están haciendo estos compradores. Utilizan el sentimiento de *sacrificio* que se tiene al invertir tal cantidad de esfuerzo en comprar una casa para mostrar que la suya es la mejor vivienda en la que pueden invertir. Uno de los lemas del *Residencial Jardines de Buenavista* lo dice explícitamente: “Elegir una casa es la elección de vida más importante y por eso hemos diseñado cada espacio de manera especial para que vivas cómoda y tranquilamente en tu nuevo hogar”.

Un hogar es aquel lugar donde se construye y se cohesiona la familia y por tanto está directamente relacionado con su permanencia en el tiempo. A través de la compra de una vivienda se afirma la voluntad de crear un grupo familiar, un proyecto vital en común que necesita de un espacio propio para reunirse, encontrarse y alimentar los lazos afectivos. De modo que los anuncios procuran resaltar el carácter de nueva construcción de estas viviendas “a estrenar” —compradas “sobre plano” como me explicaba una de las vecinas del PAU— invocando esta dimensión del hogar como espacio de reproducción de la unidad familiar: un piso nuevo donde empezar a construir una familia, sin olvidar que él mismo funciona como un elemento central del patrimonio familiar. Un patrimonio que ha de perdurar para constituirse como herencia transmisible a los hijos e hijas. “Viviendas a estrenar, la mejor opción para construir tu futuro”, subraya el anuncio del *Residencial PAU de Carabanchel*. “Pisos nuevos en pleno Madrid”, apunta la publicidad del *Residencial Jardines de Buenavista*.

Así, el hogar se erige como el espacio propio e íntimo por antonomasia. Como decía el famoso lema de la empresa de muebles Ikea: “la República Independiente de tu Casa”⁶⁵. En los discursos publicitarios la palabra hogar va acompañada de otros elementos que se repiten y tratan de evocar esa esfera privada de recogimiento en un residencial donde la calidad de vida está garantizada. Aquí se activan términos como “confort”, “bienestar”, “tranquilidad”, “privacidad” e “intimidad”.

En la publicidad del *Residencial Athenea* (Imagen 5) —por cierto, una promoción de Viviendas de Protección Pública de Precio Limitado (VPPL)— se utiliza la estrategia de comercializar más que una casa, un hogar. Se apela al “confort” y al “bienestar” y se inducen las representaciones más tradicionales de la casa, como el sentimiento de *calor hogareño* escenificado en el salón-comedor, con la chimenea, que es el espacio por excelencia de reunión familiar. La chimenea funciona aquí como un símbolo que evoca el imaginario del hogar tradicional asociado con las grandes casas de pueblo, aisladas, recogidas sobre sí mismas, con una chimenea de leña en torno a la que reunirse y cohesionarse.

⁶⁵ La propia ortografía del lema, donde la casa deja de ser un sustantivo simple y pasa a ser un nombre propio, ya indica la construcción de un hogar como un estado independiente, con un gobierno y unas normas propias: el gobierno de la propiedad privada. Remite a un espacio rodeado de un halo de privacidad, inviolabilidad, sin Estado ni otros agentes, solo la familia nuclear.

Imagen 5. Publicidad del *Residencial Athenea*



Residencial ATHENEA

Promoción de 11 viviendas de VPPL ubicada en el PAU de Carabanchel (Madrid), concretamente en la Avenida del Euro nº 47.

La promoción se desarrollará en régimen de **PROMOCIÓN DIRECTA**. Viviendas de 3 dormitorios, todas ellas con un trastero y con una plaza de garaje vinculadas a las mismas como anejos inseparables.

La urbanización contará con zona común dotada de piscina, solarium y zona ajardinada.

Un proyecto moderno que será un referente en la zona, con un diseño arquitectónico actual. Viviendas muy funcionales con una especial optimización de los espacios interiores, con miradores que llenarán de luz la vivienda y con un añadido y aliciente que las hará únicas en su entorno: amplias y espaciosas **TERRAZAS**.

Una memoria de calidades cuidada al detalle y con la posibilidad de personalizar la vivienda a precio de coste en cuanto a mejoras en acabados interiores se refiere, los cuales incluyen entre otros, tarima alemana con lamas de gran formato, libre elección de alicatados, techo con foseado perimetral, sanitarios suspendidos de diseño, grifería de alta gama, motorización de persianas, sistema domótico y hasta iuna chimenea en el salón-comedor!

También dispones de otras dos opciones de mejoras adicionales también a precio de coste: amueblamiento de baños con instalación de mamparas de la marca Duscholux incluida y 3 opciones de amueblamiento de cocina con electrodomésticos incorporados.

Pensando en tu confort y bienestar. Bienvenido a tu hogar.

¡Vive tus sueños!

Las referencias constantes a la *privacidad* y la *intimidad* también son fundamentales. Además de movilizar los significados y valores históricamente burgueses de la casa, que más adelante explicaré en detalle, toman una relevancia particular en el contexto de los residenciales. Las viviendas que se comercializan se encuentran en urbanizaciones cerradas que cuentan con equipamientos privados al interior. Como se aclara en el dossier del residencial del *Grupo Vivir*: “la urbanización de la parcela se ha diseñado para uso y disfrute exclusivo de los vecinos”. El hecho de que estos servicios sean inaccesibles para los que no pertenecen a la comunidad —cerrados, privados, restringidos— forma parte del contenido de su exclusividad. Algo que es público, abierto y gratuito no puede ser exclusivo. Y además está en el centro de lo que se considera “calidad de vida”: servicios de ocio, deporte y esparcimiento a su disposición, en su casa, en su comunidad de propietarios. Esto, tratándose de personas que han nacido y crecido en los barrios de la periferia obrera de Madrid, donde los servicios y equipamientos públicos son escasos, suelen encontrarse en malas condiciones y están saturados, tiene una importancia crucial. En verano, cuando el sol cae a plomo, no es lo mismo hacer cola en una piscina municipal abarrotada que poder pegarse un chapuzón a escasos metros del portal de casa. Por eso no es de extrañar que en la mayoría de los anuncios se añada tras la palabra “piscina” el adjetivo “privada”.

A esta cuestión se le suma un elemento más: la *tranquilidad*. Como comentaré con mayor profundidad más adelante, el término *tranquilo* está cargado de significación en el PAU. Es un adjetivo que sus habitantes utilizan con frecuencia para describir el barrio y del mismo modo hace su aparición en la publicidad de los residenciales de nueva construcción y en los anuncios de alquiler de habitaciones. Por un lado, alude a una dimensión de la “calidad de vida”, como la posibilidad de vivir sin imprevistos, sin

sobresaltos, con capacidad para planificar y con bienestar: *vivir tranquilo*⁶⁶. Todo ello conecta con la citada noción de hogar que la publicidad se esfuerza en remarcar. Por otro lado, en el contexto del PAU el uso del término tranquilidad también se vincula con la ausencia de conflicto en el espacio público sobre el que se construye el PAU en contraposición con la periferia obrera. Si los barrios de la periferia colindante están caracterizados por las calles y las casas ruidosas, la ocupación de las calles y el estallido de los problemas sociales⁶⁷, el PAU se muestra como un barrio contenido, “en el que nunca pasa nada”. Podríamos decir que la tranquilidad es una consecuencia deseada de esta negación del conflicto en el espacio público, y en ocasiones también una forma algo eufemística de referirse al ambiente solitario y desértico del PAU. Como figuraba en uno de los anuncios de habitaciones en alquiler: “si no conoces la zona, es de fácil aparcamiento, tranquila, muy bien comunicada con M40 y A5”.

Así, las estrategias publicitarias de inmobiliarias y constructoras incorporan a las viviendas una serie de asociaciones atrayentes para sus posibles compradores como la construcción de un hogar familiar o unos servicios privados con todo tipo comodidades, pero también tratan de hacerles olvidar el alejamiento de la residencia con respecto al centro de la ciudad y los centros productivos y de trabajo. Parafraseando a Bourdieu (2016 [2000]) en su estudio sobre la venta de casas unifamiliares en Francia, se podría decir que invitan a hacer de la necesidad virtud y a convertir la relegación en un suburbio en un desplazamiento electivo a una zona más exclusiva de la periferia.

Imagen 6. Publicidad del *Residencial PAU Carabanchel*



El residencial que siempre has soñado

Magníficas viviendas de calidad de 2, 3 y 4 dormitorios con terraza. Las plantas bajas, además, disponen de jardín.

- Áticos de 3 y 4 dormitorios.
- Amplios salones muy luminosos.
- Armarios empotrados en todos los dormitorios.
- Todas las viviendas incluyen plaza de garaje y trastero.
- Gran zona común con piscina comunitaria, pista de pádel y jardín privado.

Ubicadas en un lugar tranquilo y agradable, dotado de todos los servicios y a 10 minutos del centro comercial Islazul.

El residencial PAU CARABANCHEL está ubicado dentro del PAU de Carabanchel, la zona más privilegiada de Carabanchel.

→ [Etiqueta energética](#)

⁶⁶ En el plano económico esta cuestión se escenifica en la diferencia entre “vivir al día” o “vivir al mes”, cuando se tienen escasos recursos, o por el contrario, la posibilidad de planificar, prever y anticipar que se condensa en la acción por excelencia de la subjetividad neoliberal: “invertir” o “emprender”.

⁶⁷ Se puede consultar la etnografía de Sergio García (2012) para analizar con mayor detenimiento estas representaciones y estigmas volcados históricamente sobre los barrios de Carabanchel, cuyos habitantes reproducen en mayor o menor medida, y cómo han ido evolucionado con el tiempo, a medida que el contexto social, cultural y económico se transformaba.

Imagen 7. Residencial Vitra Carabanchel: “personaliza tu vivienda” y plano de un piso

PERSONALIZA TU VIVIENDA

En esta promoción de **VITRA**, cada socio podrá **PERSONALIZAR LAS CALIDADES DE LA VIVIENDA** en el diseño de acabados, eligiendo entre las siguientes opciones:

- ☑ 2 revestimientos cerámicos de primera calidad para pavimentos y revestimientos en suelos de Baños, Aseo y Cocina.
- ☑ 2 para carpintería interior, roble o lacada en blanco, en puertas interiores y armarios empotrados.
- ☑ 2 para acabados en paredes de vivienda (blanco o color a determinar por Dirección Facultativa).
- ☑ Bañera o plato de ducha en Baño Principal.

SUPERFICIES:	91,99 m ²
• CONTROLADA CERRADA:	
• CONTRIBUCIÓN TOTAL ESPACIOS EXTERIORES:	5,74 m ²

La siguiente noción que aparece en los discursos publicitarios es la de *calidad*. Los anuncios tratan de revestir sus viviendas de una atmósfera de calidad en relación al diseño de las construcciones, los materiales empleados y los acabados. “Magníficas viviendas de calidad de 2, 3 y 4 dormitorios”, publicita el *Residencial PAU Carabanchel*. “Las mejores calidades para tu hogar”, refiere el dossier de comercialización del *Residencial Jardines de Buenavista*. Incluso uno de los lemas de Vitra, la cooperativa de viviendas del *Residencial Vitra Carabanchel* —cuya empresa gestora especializada en la gestión de cooperativas es GPS Gestión— es: “Experiencia, calidad y garantía”.

Como mostraré más tarde, las referencias a la calidad también aparecen de forma casi unánime en los discursos de las vecinas sobre la compra de sus pisos. Cuando explican los motivos por los que decidieron adquirir una vivienda en el PAU y mudarse a este nuevo barrio la mayoría de ellas establece una valoración calidad-precio para mostrar que estos pisos eran nuevos —la importancia de la vivienda nueva, a estrenar—, más grandes y modernos que los disponibles en los barrios de la periferia obrera, y más asequibles que las promociones recientes ubicadas en las zonas nuevas de otros municipios cercanos.

En los anuncios publicitarios las alusiones a la calidad suelen ir vinculadas a la arquitectura y el diseño *moderno* e *innovador* de los residenciales y sus viviendas: “proyecto moderno”, “será un referente en la zona”, “diseño arquitectónico actual”, “únicas en su entorno”, “moderna urbanización”, “modernas zonas comunes”. Todas estas frases movilizan dos significados fundamentales. Por un lado, que los residenciales cuentan con diseños y dispositivos completamente actualizados que incorporan las últimas innovaciones en el mercado residencial, a lo que se le añade la connotación estética del término *moderno* repetido hasta la saciedad. Y por otro lado, que son unos productos inmobiliarios, de nuevo, exclusivos, entre otras cosas porque su diseño presenta características que los hacen “únicos en su entorno”, “referentes en su zona”. Se amplía así el significado de exclusividad para añadir un matiz de unicidad.

Adentrándonos en el espacio interior de la vivienda, la mayoría de residenciales ofrecen la posibilidad de elegir algunos materiales y acabados bajo el lema “personaliza tu

vivienda por dentro”. Se publicita como una ventaja para acondicionar la casa “a tu gusto”, según las preferencias del comprador o compradora, y al mismo tiempo como una oportunidad para tener, una vez más, una vivienda no solo “personal”, sino “única”. Busca contrarrestar el hecho de que todos pisos vengan ya construidos y diseñados en bloque, con el mismo patrón —atendiendo solo a las diferencias de tamaño de las viviendas—, para introducir un componente de individualización, de elaboración “a medida”. Si el dinero no alcanza para construirse una vivienda nueva o para acondicionar y reformar otra por completo, al menos existe la posibilidad de distinguirse del vecino en los pomos de las puertas, en el color de las cenefas de los azulejos del baño o en el tono de la tarima flotante. En el *Residencial Athenea* (Imagen 5) puede verse un ejemplo de cómo se exponen y detallan las opciones de personalización, siempre incluidas junto a las descripciones de los espacios interiores y eligiendo cuidadosamente términos que remiten al estatus: “tarima alemana”, “libre elección de alicatados”, “sanitarios suspendidos de diseño”, “grifería de alta gama” y “¡hasta una chimenea en el salón-comedor!”.

En las descripciones se repiten algunos elementos como la fórmula “salón-comedor” o la alusión a marcas específicas de productos y materiales para el hogar. En la publicidad del *Residencial Los Robles* se menciona explícitamente que el pavimento de los baños y la cocina es de la marca Porcelanosa, una de las más caras y con más prestigio del mercado. Cuando en verano de 2017 acudí a un residencial del PAU para visitar una habitación que estaba en alquiler, el dueño de la vivienda insistió en la misma cuestión: “la ducha tiene hidromasaje y el baño es de Porcelanosa”, puntualizó.

Estas referencias tan concretas como el uso de una marca de productos o el concepto de “salón-comedor” como espacio central de la casa no son casuales. Aluden a modas que se difunden en un determinado contexto y entre ciertos grupos de población para los que dichos productos infunden estatus. En muchas ocasiones estas modas se popularizan y llegan a las clases sociales menos pudientes cuando para las clases altas ya no gozan de valor, puesto que han encontrado otros elementos que por un tiempo serán bienes solamente al alcance de los más privilegiados. En este proceso cíclico, las modas llegan a las capas trabajadoras de la población no solo cuando existen bienes de consumo accesibles a sus bolsillos, sino también cuando han desarrollado el gusto y la apetencia por dicho producto. Por poner un ejemplo relacionado con el consumo de bienes para el hogar, Luis Enrique Alonso, Calos J. Fernández y Rafael Ibáñez (2011) recogen en su investigación con grupos de discusión cómo durante los años de la burbuja la cocina con barra americana —como en el *Residencial Jardines de Buenavista* (Imagen 11)— o con el fogón en el centro de la estancia se pusieron de moda entre algunos sectores de la clase trabajadora, entendidas como un símbolo de estatus. Muchas personas hicieron obras en sus casas para tener una cocina “con isla” o con barra americana.

En el residencial comercializado por *el Grupo Vivir* encontramos otro ejemplo de esta cuestión. Aquí el gran espejo que va colocado en el portal constituye un detalle que aporta “mayor distinción” al espacio y sus habitantes, según se afirma en su dossier: “la colocación de una pieza de espejo aproximadamente de 2.00x1.00 m. para conseguir una mayor distinción en este espacio, de acceso principal a los pisos”.

La publicidad de los nuevos residenciales está repleta de imágenes de los interiores de las viviendas —a modo de maquetas digitales, pues los pisos están aún por construir— que presentan una estética y decoración muy similares. En las paredes y muebles predominan los colores blancos, el hueso, tonos crudos y tierra, contrastados por los tonos metalizados y oscuros de algunos materiales. Infunden sensación de amplitud, luminosidad y diseño. Los muebles son del mismo estilo, modernos y de líneas rectas, con una decoración que tiende a lo minimalista. La similitud entre las imágenes de las viviendas es tal que resulta relativamente sencillo confundirse entre un residencial y otro. Hay muebles como las lámparas, las mesas o las sillas que son prácticamente iguales, y no puede faltar una pequeña planta verde en el espacio de la cocina.

Imagen 8. Interior de las viviendas del *Residencial Las Terrazas*



Imagen 9. Cocinas del *Residencial Athenea*



Imagen 10. Dormitorios principal y secundario del *Residencial Athenea*



Imagen 11. Interior de las viviendas del *Residencial Jardines de Buenavista*



Si las viviendas disponen de terraza los anuncios realzan estratégicamente este elemento: “amplias y espaciosas terrazas”, “excelentes terrazas”, “terrazas de uso privativo”. Incluso hay una urbanización llamada *Residencial Las Terrazas* —cuya sociedad promotora es la misma que desarrolló el *Residencial Athenea*—. En algunos residenciales solamente cuentan con ellas los pisos de la última planta, los envidiados áticos. Una vecina me explicó que entre los habitantes del PAU las viviendas con terraza y los áticos son muy codiciados porque abren la posibilidad de ampliar unos metros más la casa al cerrar estos espacios y convertirlos en otra estancia. Por el mismo precio se puede tener una habitación más, argumentaba. Los anuncios tampoco se olvidan de remarcar debidamente aquellas promociones en las que existen plantas bajas con jardín. En ambos casos se especifican los metros exactos de esparramiento.

Todos los anuncios deben hacer una referencia obligada a la zona en la que se ubican los residenciales. Cada promoción despliega entonces unas estrategias discursivas para presentar el PAU de Carabanchel. En primer lugar, todos coinciden en describir el PAU como un “barrio consolidado” con todos los servicios, incluso los anuncios de particulares que alquilan habitaciones. Para maquillar las evidentes carencias del PAU en esta materia se eligen elementos clave como el rápido acceso a la A-42 y la M-40 —obviando el hecho de que un gran número de residenciales se levantan a escasos metros de estas grandes vías— y la cercanía con el centro comercial Islazul, que parece estar “a 10 minutos” de todas las urbanizaciones. También se suele mencionar la existencia de algún supermercado y el famoso ambiente tranquilo del barrio.

En segundo lugar, algunos anuncios intentan ubicar estratégicamente al PAU en el contexto social y geográfico de Madrid, tomando distancia o cercanía con distintas zonas de la ciudad y sus connotaciones de clase social. Aquí encontramos al menos dos posiciones discursivas diferentes. En la primera se borra por completo cualquier rastro del distrito de Carabanchel para tratar de asociar el PAU con el centro de Madrid. Este es el caso del *Residencial Jardines de Buenavista*: “¡Vivir en Madrid es posible!”, “pisos nuevos en pleno Madrid”, “vive en Madrid, a tan solo 10km del centro de Madrid”. Además de las continuas menciones al centro de la ciudad, se sirve de la referencia al barrio de Buenavista para evitar nombrar Carabanchel. Buenavista es el barrio administrativo donde se ubica el PAU, pero nadie lo llama así, todo el mundo lo conoce como Carabanchel Alto. Funciona así como un comodín, un nombre sin apenas connotaciones de clase que permite cortocircuitar la relación entre el PAU y la periferia sur para asociarlo al centro de Madrid.

La segunda, donde estarían el *Residencial PAU Carabanchel* y el *Residencial Vitra*, alude explícitamente al PAU como la mejor zona de Carabanchel.

Está ubicado dentro del PAU de Carabanchel, la zona más privilegiada de Carabanchel. (Publicidad del *Residencial PAU Carabanchel*)

CARABANCHEL necesita escasa presentación. De todos es conocido como uno de los barrios con más arraigo madrileño, con más tradición y en el que las raíces de las familias que viven en él, hace que a cualquiera de sus componentes le cueste mucho irse a otro sitio. El PAU de Carabanchel es una opción consolidada para muchos que buscaban, sin renunciar a su barrio, tener la alternativa de una moderna urbanización, con amplias avenidas y carriles bici, combinada con todas las dotaciones que ofrece Carabanchel. Por eso también es un polo de atracción para muchos que, procediendo de otras zonas, encuentran aquí lo que buscan para vivir. (Publicidad del *Residencial Vitra Carabanchel*)

Sin embargo existe una diferencia entre la publicidad de ambos residenciales. Mientras que el primero realiza una clara diferenciación entre Carabanchel y el PAU, para promocionar la zona nueva como "la zona más privilegiada", el segundo trata de eludir las connotaciones negativas de la periferia obrera de Carabanchel para rescatar algunos elementos pintorescos y amables de la cultura popular. Es decir, sorteando las realidades conflictivas de este contexto social y moviliza la raigambre, los afectos y las experiencias positivas que despierta el barrio entre sus habitantes. El objetivo es presentar el PAU como la combinación perfecta entre esa cercanía con el barrio y las comodidades de un residencial. Este anuncio apela directamente a esos hijos e hijas de la periferia obrera que encontraron en el PAU un lugar donde poder adquirir una vivienda nueva, moderna, grande, con todas las comodidades de los servicios privados, y al mismo tiempo cerca su barrio de origen, al que siguen volviendo para visitar a su familia y a sus amistades o para usar sus recursos. Es aquí cuando la publicidad resulta más exitosa y eficaz, cuando consigue conectar directamente con las disposiciones de sus compradores y compradoras potenciales, cuando complace sus gustos y necesidades. Cuando viene, como se dice popularmente, *como anillo al dedo*.

Precisamente por esto último Bourdieu (2016 [2000]) considera que la publicidad apela a efectos *poéticos* porque, al igual que sucede con la poesía, juega con las connotaciones del mensaje y usa la facultad de este lenguaje para evocar las experiencias vividas, al mismo tiempo individuales y colectivas, únicas y comunes. Como pone de manifiesto el análisis de los discursos publicitarios de los residenciales, los anuncios movilizan determinadas imágenes y significados y hacen resurgir las experiencias sociales ligadas a la casa y al hogar, procurando que estas vayan en la dirección de los gustos, expectativas y aspiraciones de sus futuros compradores: servicios privados y exclusivos, un entorno familiar, el ambiente de intimidad y privacidad, etc. Bourdieu lo explica de la siguiente manera:

El efecto simbólico del anuncio es el producto de una colaboración entre el autor, que abreva en su patrimonio cultural palabras e imágenes capaces de despertar en su lector experiencias únicas, y el lector, que contribuye a conferir al texto inductor el poder simbólico o, mejor, el encanto que ejerce sobre él: munido de todas sus experiencias anteriores del mundo corriente y también del mundo literario, el lector proyecta sobre el texto-pretexito el aura de correspondencias, resonancias y analogías que le permiten reconocerse en él; y puesto que se reencuentra, como suele decirse, en la pequeña mitología privada del mundo doméstico que se le propone, puede hacerla suya, apropiársela dejándose poseer por ella: "El sistema de los anuncios, en suma, funciona como lo haría una trampa selectiva cuyos mecanismos sirvieran para orientar las diferentes categorías de víctimas hacia sus respectivos lugares de cautiverio" (Augé, 1989: 79). La magia y el encanto de las palabras participan directamente de la magia y el encanto de las cosas que evocan: el placer que el lector experimenta al habitar sus casas de

palabras, [...] no es más que una anticipación simbólica del placer de habitar, de sentirse "en casa" en un universo de cosas que es siempre indisociable del universo de las palabras necesarias para llamarlas y dominarlas; en una palabra, para *domesticarlas* (pp. 39-40).

Así, los lemas de las campañas publicitarias de los residenciales del PAU ponen palabras e imágenes a los sueños que se hacen realidad, al futuro soñado y deseado. Aluden a una compra preñada de futuro, un futuro familiar, social y residencial. “¡Vive tus sueños”, “El residencial que siempre has soñado”, “La mejor opción para construir tu futuro”, “Para que disfrutes de la casa que siempre has soñado”, “Un lujo a tu alcance”. Estos lemas tal vez se hagan más comprensibles al retomar la propuesta analítica que abre el capítulo: aproximarse a la mudanza al PAU como parte de las estrategias de movilidad social de estos hijos e hijas de la periferia obrera.

Imagen 12. Publicidad del *Residencial Las Terrazas*



3.1.3. “Quedarse en el barrio en una vivienda nueva”. Familia, hogar y piso en propiedad

En los discursos publicitarios de los residenciales tienen un papel protagónico la familia, la compra de una vivienda nueva como el lugar donde empezar a construir un hogar y el modelo del residencial como una garantía de comodidad y calidad de vida. Precisamente estos elementos ocupan un lugar central en las estrategias familiares de las protagonistas de la etnografía. Cuando mis vecinas me hablaban de su llegada al PAU y de los motivos por los que decidieron comprarse una casa en este barrio, en todos los discursos aparecía un compendio de relaciones entre la familia —tanto la que se espera formar como las unidades domésticas de origen de los miembros de la pareja—, la compra de una vivienda como un paso consustancial a un momento del ciclo vital, y la relación entre el precio del producto inmobiliario, sus características y su ubicación. Voy a analizar cada uno de estos elementos tratando de observar qué lugar ocupan en las trayectorias sociales de estas mujeres, en los motivos que describen para explicar la compra de su vivienda en PAU y en algunas de sus prácticas cotidianas en el barrio.

I. Barrio obrero y trayectorias familiares

Como explicaba anteriormente, la familia adquiere un rol determinante en las estrategias de reproducción siendo el sujeto principal de estas. Por un lado, la mayoría de las mujeres con las que hablé iniciaron la compra de su piso con sus parejas cuando no superaban los 25 años. No tenían hijos y muchas aún no estaban casadas, pero la compra de esa casa se hacía en pareja y suponía asegurar una vida futura que se pensaba en familia, como el inicio de una nueva unidad doméstica. Por otro lado, las unidades domésticas de origen, tanto de ellas como de sus parejas, también resultan fundamentales para comprender esta compra. Cuando estas mujeres me explicaban cómo llegaron al PAU y cómo fue la elección de la vivienda, en sus relatos aparecían a menudo figuras familiares que habían intervenido en este proceso: brindando información sobre las cooperativas de viviendas, asesorando en la decisión, ayudando en el plano económico y en la puesta a punto del piso o proporcionando un lugar donde vivir mientras se realizaba la entrega de la vivienda. Es decir, las redes familiares y también las redes de amistades vinculadas al barrio obrero jugaron un papel crucial en la elección y el proceso de compra. Es en los actos económicos socialmente relevantes, como la compra de una casa, que la dimensión de la familia en tanto que sujeto colectivo de estrategias de reproducción se puede observar con mayor claridad. Como explica Bourdieu (2002 [1994]) contradiciendo uno de los pilares del economicismo clásico:

Un número considerable de actos económicos no tiene por “sujeto” al *homo oeconomicus* singular. En estado aislado, sino a colectivos, uno de los más importantes es la familia, ya se trate de la elección de un establecimiento escolar o de la compra de una vivienda. Por ejemplo, tratándose de viviendas, las decisiones inmobiliarias de compra movilizan generalmente a una gran parte del linaje (por ejemplo, los parientes de uno u otro de los cónyuges que prestan dinero, y que, como contrapartida, dan consejos e influyen sobre la decisión económica). Bien es verdad, en este caso, que la familia actúa como una especie de “sujeto colectivo” [...] y no como un simple agregado de individuos. Pero este no es el único caso en el que la familia es el ámbito de una suerte de voluntad trascendente que se manifiesta en decisiones colectivas, donde sus miembros se sienten llevados a actuar como partes de un cuerpo unido (pp. 133-134).

Una noche, mientras veíamos la televisión en el salón de nuestro piso en el PAU, María me contó cómo fue el proceso de compra de su vivienda en el PAU y por qué terminó viviendo aquí:

Anoche después de cenar nos sentamos en el sofá para ver un rato la tele, algo que solemos hacer muchas noches. No habíamos tenido un día particularmente especial ni distinto, simplemente un día más. Corriente, cotidiano. No recuerdo si zapeábamos o veíamos Supervivientes cuando de pronto, María, sin yo pedirlo ni sugerirlo, empezó a relatarme el proceso de compra de su piso. Y así, de forma totalmente inesperada y en un ambiente de relajación tan cotidiano que hubiera sido imposible de simular, se formó una conversación sobre una de las cuestiones que más me interesan en el trabajo de campo. En pijama y con un sueño que no me permitió retener todos los detalles de la historia, María me contó que fue su padre quien inició la compra de su piso. Ella tenía ventipocos años y “no tenía eso en la cabeza”, dice. Me explica que era “joven y hippie” y no estaba pensando en absoluto en comprarse una casa. Sin embargo su padre lo tenía muy claro: se apuntó a la cooperativa de viviendas y compró este piso sobre plano. (Fragmento del diario de campo, abril de 2019)

En su relato se muestra la importancia de la familia como un sujeto colectivo que desarrolla estrategias para asegurar el bienestar de sus miembros. En este caso el padre lidera la decisión económica —a pesar de que suelen ser las mujeres las encargadas de la gestión económica cotidiana— de comprar una vivienda a su hija

cuando esta cumple la veintena. “El piso”, como se suele denominar entre las clases trabajadoras (Alonso, Fernández e Ibáñez, 2011), se convierte en el contexto español y especialmente entre las clases populares en un seguro económico y vital básico. Proporcionarle a su hija cuando aún es joven una vivienda supone un intento de garantizar su bienestar futuro e invertir en una primera forma de atesoramiento. En paralelo, sus padres que vivían en el barrio de Lucero —distrito Latina— adquieren también una vivienda en otra urbanización del PAU. Se establece así un paralelismo entre la trayectoria residencial y de clase de las dos generaciones, la de los padres y la de su hija. Mientras que ellos, ya al final de su vida laboral, se mudan del barrio obrero a la nueva periferia y se compran un piso en un residencial, realizan un esfuerzo y una inversión para que su hija menor pueda hacer lo mismo y comience su vida como adulta independiente en este nuevo barrio.

Por su parte, Ana, que creció en Carabanchel Bajo, me contaba que su expareja y ella se enteraron de la existencia de los pisos nuevos del PAU gracias a sus suegros, que vivían en Carabanchel Alto. Según ella, en el PAU se instalaron “los de aquí”, la gente de su generación que vivía en los barrios de alrededor y que tenía acceso a las redes de información sobre lo que se estaba construyendo en la zona. Usa el verbo “quedarse” cuando me habla de la ocupación del PAU, estableciendo una continuidad sociológica y geográfica entre la periferia obrera de Carabanchel y la nueva periferia:

Ana: De la parte de Carabanchel Bajo, que es de donde es mi madre, sí que nos vinimos muchísimos y durante mucho tiempo nos hemos estado encontrando. [...] De mi edad más o menos todos. Pues justo, porque eran los veinte y pico años, que ya te empiezas a plantear tener una casa y supongo que les pasaría un poco como a mí: van a hacer muchos pisos, vamos a apuntarnos.

Inés: Sí, yo la verdad... Esto era una cosa que yo no tenía ni idea y hablando con gente: “pues yo soy de Aluche”, “yo soy de Leganés”...

Ana: Es muy endémico, muy endémico. Nos quedamos prácticamente los de aquí. [...] De hecho es raro, si conoces a alguien que te dice “no, yo es que vivía en Moratalaz”. Es muy raro. A lo mejor como mucho de Leganés, de Alcorcón quizás. La mayoría, esto fue los que estábamos aquí fuimos los que optamos. Tampoco fue un PAU publicitado en ningún momento. Yo porque se enteró mi suegra, desde luego, si no yo a lo mejor no me hubiera enterado. [...] Eran muy andarines. De hecho, mi suegro se venía a estos terrenos a coger hinojo.

En ambos casos se puede observar cómo la decisión de comprar el piso y la elección del lugar se fragua en el contexto familiar, social y económico del barrio obrero, lugar de origen de estas nuevas vecinas. No solo por las ayudas y el asesoramiento más o menos explícito de la redes de familiares y de amistades, también por las propias disposiciones sociales que guían esa práctica económica. Es decir, la elección del tipo de vivienda, el lugar, los gustos en materia habitacional, las expectativas que se tienen depositadas o las necesidades, tanto de las personas que compran la casa como de las que asesoran, se han fraguado en un espacio social determinado. Es el contexto familiar, social y económico de los barrios obreros el ambiente en el que se construyen y florecen estas estrategias de movilidad social y reproducción social. Así, en la decisión de adquirir una vivienda en propiedad entran en juego una multiplicidad de factores que no nacen exclusivamente en la coyuntura inmediata de la compra, sino que se movilizan trayectorias sociales sedimentadas que funcionan como guías incorporadas para la acción. El piso que resulta atractivo y deseable, lo que se espera de una vivienda o lo que se busca en un barrio, se construye a través de un proceso de socialización que en este caso se contextualiza en los barrios obreros de la periferia sur. Por tanto, las

disposiciones y trayectorias familiares de clase social no solo están influyendo en la compra de una vivienda cuando los padres intervienen explícitamente, sino también — y seguramente con mayor éxito— a través del repertorio de disposiciones sociales incorporadas que estas jóvenes de periferia despliegan en el proceso.

Un dato interesante es que las mujeres con las que tuve relación en el PAU tenían maridos o parejas que también provenían de barrios de la periferia obrera, en ocasiones hasta del mismo barrio, y con los que compartían un origen social trabajador —eso que Didier Eribon (2017) denomina las “leyes de la endogamia social”—. Los lugares que se frecuentan, las aficiones y los intereses o los grupos de amigos y amigas, convierten en más probables una relaciones amorosas que otras. No solo por la mera probabilidad de encontrarse en el espacio físico y gustarse, algo que ya es bastante decir, sino también por la aceptación de esa relación por parte del entorno. Las redes de amistades y sobre todo la familia ejercen una labor de vigilancia informal sobre los límites del grupo de forma que el capital social que se comparte individual y colectivamente esté bajo control. Por ello los emparejamientos y matrimonios suelen contar con una celebración en sociedad que cumple la función, entre otras cosas, de presentar la pareja al grupo. En la introducción de nuevos miembros a una familia se pone en juego la definición de todos sus integrantes, su identidad y sus límites. Como dice Bourdieu (1991 [1980]), el amor socialmente aprobado suele ser un amor que viaja de la mano del propio destino social⁶⁸.

Todo sucede como si la dimensión más privada y más íntima, la elección que parece más personal como formar una pareja o elegir una casa, formara parte también del mundo social al que se pertenece. No deja de resultar ciertamente sorprendente, reflexiona Didier Eribon (2017), la forma en la que lo íntimo nos reinscribe en el comportamiento del espacio social del que venimos. En sitios, en gustos y en decisiones marcados por la pertenencia de clase. “En una topografía donde lo que parece corresponder a las relaciones más profundamente personales nos sitúa en una historia y geografía colectivas” (p.20), dice el autor. Y continúa: “como si la genealogía individual fuese inseparable de una arqueología o topología sociales que cada uno lleva dentro de sí, como una de sus verdades más profundas, si no la más consciente” (op. cit.).

La trayectoria residencial de Marisa condensa bien esta dinámica a la que me refiero. Sus padres vivían en Vallecas y al casarse compraron un segundo piso en Leganés. Pasados los años, cuando Marisa entró en la veintena y conoció a su pareja —también natural de Leganés—, decidieron irse a vivir juntos al piso que sus padres conservaban en Vallecas. Esta propiedad familiar permitió a la nueva pareja tener un lugar donde vivir y poder ahorrar mientras compraban su vivienda nueva en el PAU y esperaban la entrega de llaves:

⁶⁸ Lo explica así (Bourdieu, 1991 [1980]: 263-264): “La primera educación, reforzada por todas las experiencias sociales, tiende a imponer unos principios [...] de percepción y apreciación, en una palabra, unos *gustos*, que se aplican, entre otros objetos, a las potenciales parejas [...]: el amor socialmente aprobado, predispuesto por tanto al éxito, no es otra cosa que este amor al propio destino social, que reúne a los *partenaires* socialmente predestinados por las vías aparentemente azarosas y arbitrarias de una elección libre”.

Inés: ¿Y vosotros antes de llegar al barrio dónde vivíais?

Marisa: Pues vivíamos en... O sea mis padres cuando se casaron tuvieron un piso en Vallecas que era un edificio que bueno, era como más facilitador para empleados de la EMT [Empresa Municipal de Transportes de Madrid], de transportes, que mi padre trabajaba allí y luego cuando yo nací se mudaron a Leganés, pero ese piso lo conservaron siempre. Entonces cuando yo conocí a mi pareja, en esos momento no estaba alquilado ni nada, y nos fuimos para allá. Entonces estuvimos tres añillos ahorrando hasta poder venir aquí a la entrega de llaves. [...] Viviendo independizados pero sin pagar dinero porque era una vivienda familiar.

Además iniciaron la compra del piso por mediación de su padre, que trabajaba en Carabanchel Alto. Cuando comenzaron las obras del PAU se enteró rápidamente de las nuevas promociones y decidió apuntarse en una de las cooperativas de vivienda que finalmente dio lugar a la compra del piso de su hija.

Más allá de la función de la familia como red de recursos y como sostén —y en este sentido como grupo de estrategias de reproducción social—, existe un cierto paralelismo entre la trayectoria residencial y social de Marisa y la de sus padres. Es decir, una similitud entre las estrategias de movilidad social y reproducción social que desarrollan Marisa y su pareja, y las que desarrollaron sus padres en un tiempo pasado. En ambos casos se mudan de un barrio consolidado de la periferia a un nuevo desarrollo residencial. A inicios de los dos mil Marisa compra junto a su marido una vivienda en el barrio de nueva construcción de Carabanchel. En torno a los años setenta sus padres, que vivían en Vallecas, compraban un piso en Leganés, seguramente en alguna de las zonas recién urbanizadas del barrio y consideradas “ciudades dormitorio”. Leganés experimentó una transformación en los años sesenta cuando el Plan de Ordenación del Área Metropolitana inició la tendencia a desviar la concentración poblacional urbana de Madrid hacia los municipios de la primera corona. A consecuencia de ello en la década siguiente se construyeron en Leganés nuevos núcleos residenciales que pronto se convirtieron en los más habitados, como Zarzadquemade o El Carrascal. En sus inicios estos nuevos “barrios dormitorio” presentaban un panorama en algunos aspectos muy similar al del PAU en la actualidad: con escasez de servicios públicos, con poco tejido comercial, con desplazamientos cotidianos de sus habitantes a la ciudad de Madrid para acudir a los empleos, etc.

Por lo que me cuenta Marisa, parece que sus padres experimentaron una trayectoria de cierta movilidad social, con la propiedad de una segunda vivienda en el núcleo de este ascenso. Pasaron de vivir en la periferia obrera de Vallecas a ser propietarios de dos viviendas y mudarse a una zona de nueva construcción a las afueras de la ciudad. Hay que tener en cuenta la compleja situación por la que atravesaban entonces los barrios de la periferia sur de Madrid como Vallecas. Aquí el impacto de la crisis azotó con más fuerza en las casas y vecindarios, al tiempo que la heroína se expandía entre los más jóvenes generando a su paso conflictos vecinales y familiares, miseria, inseguridad en el espacio público y desconfianza. Además esta trayectoria social y residencial social va a facilitar la propia movilidad de su hija tiempo después: el piso en propiedad que poseen en Vallecas actúa como colchón familiar para que ella y su pareja puedan vivir ahí mientras les entregan su nueva vivienda en el PAU.

Encontramos otra conexión entre ambos procesos en algo que menciona Marisa cuando explica los motivos por los que vinieron al PAU. Entre otros elementos, como el precio o la disponibilidad de viviendas de nueva construcción, define Vallecas como un lugar

que “se estaba empezando a convertir en un barrio que no molaba mucho”, empezaba a “fastidiarse”. Mientras que en los años setenta, momento en el que sus padres se van del barrio, el vecindario estaba atravesado por un empobrecimiento de parte de la población —especialmente de aquellas familias que experimentaron pérdidas de empleo— y por el estallido de conflictos al interior de las barriadas y los hogares; al final de los años noventa Marisa alude a la llegada de inmigrantes como el factor que “empeora” el barrio:

Marisa: [...] Vallecas se estaba empezando a convertir en un barrio que no molaba mucho, porque ya estaba empezando a llegar etnia rumana y ya estaba la cosa un poquito... Si ya el barrio de por sí estaba un poco ya fastidiado, pues ya peor. Y fatal, ¿no? La verdad es que Vallecas tiene, pues sí que tiene un barrio pues con todo su tema de equipación de salud, deportiva, o sea las calles pues eso, llenas de vida, con canchas de baloncesto, con mucha vidilla vecinal, con columpios tal, el parque... O sea que a mi lo que es físicamente me gustaba mogollón, pero es verdad que el vecindario no molaba mucho. Entonces nada, pues fue decir, venga nos venimos para acá.

Este cierto paralelismo entre la trayectoria de Marisa y la de sus padres no parece casual. Las estrategias de movilidad social siempre tienen un componente intergeneracional. Los cambios que puedan realizar en términos de mejora de la calidad de vida unos padres o madres, suelen albergar un deseo de proyección futura a la vida de sus hijos e hijas. Poder escolarizarles en lo que parece un buen colegio, por ejemplo, se considera una garantía de futuro para sus vidas. Tendrán buenos compañeros y compañeras, amistades que formarán sus redes de contactos y de apoyo, contarán con una buena formación que les garantizará —suponemos— un buen lugar en el mundo laboral... Lo mismo sucede con el resto de ámbitos de la vida social como la elección del barrio donde vivir o el tipo de vivienda.

De esta forma, los hijos e hijas, en su trayectoria vital y en especialmente en su adultez, tomarán decisiones prácticas que en muchos casos estarán cumpliendo con los deseos que albergaban sus padres, con las proyecciones que hacían de ellos y ellas y de su vida futura —con “la patada hacia adelante” que decíamos al inicio del capítulo—.

Me referiré a esta dinámica con el nombre de *socialización en la movilidad social*, como ese proceso a través del cual los hijos e hijas, sin ser necesariamente conscientes de ello, cumplen en parte con las expectativas de movilidad social de sus padres. Esto sucede al menos por dos cuestiones. En primer lugar, por el trabajo constante y acumulado que hacen los padres y madres a lo largo de su vida para invertir —material y simbólicamente— en su bienestar, en el modelaje de sus gustos, sus modales, su educación, etc. Y en segundo lugar porque, en consecuencia, esta generación de hijos e hijas ha sido socializada de múltiples maneras en esas estrategias hasta el punto de asumirlas como propias, en el sentido de incorporarlas a sus deseos y necesidades e incluso a su propia visión de sí mismos en el futuro. Los deseos, las expectativas y el capital acumulado familiar con frecuencia se reproducen a través de las acciones y decisiones que realizan las siguientes generaciones⁶⁹. Aunque, como mostraré en el capítulo 4, a veces en esa *herencia* afloran los distanciamientos y las incomprensiones,

⁶⁹ De esto no se desprende necesariamente que las siguientes generaciones experimenten mejoras significativas en sus condiciones de vida y en su posición social. De hecho, hay periodos, como las crisis socioeconómicas, en los que suele ocurrir justamente lo contrario: los hijos e hijas viven peor que sus progenitores y es posible que vean sus trayectorias laborales frustradas.

sobre todo en aquellas trayectorias de hijos e hijas marcadas por la acumulación de capital cultural.

Se puede comprender entonces que las estrategias de movilidad social, como adquirir un piso en propiedad en una urbanización del PAU, se fraguan en trayectorias familiares que se contextualizan en la periferia obrera. Poder comprarse un piso de nueva construcción, en un residencial con servicios y en la nueva periferia, seguramente cumple con las expectativas no solo de estas mujeres sino también con las de sus padres y madres: con su impulso constante por conseguir un buen futuro para sus hijas, una vida con más comodidades de la que tuvo la anterior generación. De hecho, durante los años que viví en el PAU me di cuenta de que era relativamente común, no ya tener familiares que también residieran en el PAU, sino en la misma urbanización. Dentro del grupo de vecinas con las que tuve más relación hay numerosos ejemplos. Ana y Laura tienen cada una hermanos mayores que residen en el barrio con sus respectivas familias. Flor vive en la misma urbanización que su hermano y Rosa en la misma urbanización que su exmarido, y ambas me contaron que en su residencial viven varios vecinos que son primos. La madre de una de mis compañeras de pilates vivía en una urbanización a dos calles de la suya, y otra vecina —“de Aluche de toda la vida”, como decía ella— me contaba cómo su hermano y su cuñada “se terminaron mudando también al PAU”. Este fenómeno guarda relación con las estrategias familiares de reproducción social que he mencionado, pero también con el tipo de productos inmobiliarios que el PAU ofertaba: cercanos al lugar de origen de estos hijos e hijas de la periferia, atractivos y accesibles económicamente.

II. “Nos buscó el piso a nosotros”

La vivienda es un bien material en el que el componente simbólico cumple un papel especialmente relevante (Bourdieu, 2016 [2000]). En primer lugar, el *ser social* de su propietario o propietaria —sus medios, sus gustos, su espacio social— se expone de manera más duradera que con otros bienes. Es decir, el tamaño de la vivienda, su apariencia, su ubicación, su estado, su luminosidad y su decoración, otorgan mucha información sobre la clase social y el sentido del gusto de sus habitantes, además de suponer horas de trabajo y esfuerzo, no solo para juntar el dinero necesario para la compra, sino también meditando la elección, buscando el piso o decorándolo.

En segundo lugar, supone una gran inversión en el sentido económico, pero también en el social y afectivo: se movilizan recursos económicos —presentes y también futuros a través de productos financieros como préstamos e hipotecas—, se depositan esperanzas, se toman decisiones en el plano laboral, en el de la ubicación geográfica, etc. Por todo ello es una de las decisiones más difíciles y llena de consecuencias de todo un ciclo de vida. Esta compra se asocia socialmente con el sentimiento de ilusión: *la ilusión de comprarse una casa* —un significado que, como hemos visto, explota convenientemente la publicidad del mercado inmobiliario—. Como escribió un miembro de la antigua Plataforma PAU de Carabanchel en la *Revista Barrio*, editada por la Asociación de Vecinos de Carabanchel Alto: “cuando uno se compra una casa, se está comprando ilusiones para toda una vida, y ayer nuestras ilusiones comenzaron a echar raíces en el PAU”. Esta expresión coloquial da cuenta de una inversión que no solo se realiza en el plano económico, sino que conlleva una importante carga afectiva y es el epicentro de numerosas apuestas y sacrificios.

Por ejemplo, cuando Ana se compró el piso con su exmarido esa inversión implicó tomar decisiones en diferentes ámbitos de su vida. Renunció a un buen puesto laboral fuera de Madrid, lo que para ella suponía una oportunidad de ascenso y mejora en este plano, y además durante los más de nueve años que tardaron en entregarles el piso tuvieron que reducir su gasto económico al mínimo para ahorrar de cara a la futura hipoteca y al desembolso inicial que implicaba una vivienda nueva —muebles, decoración, utensilios de hogar, etc.—.

Ana: [...] Tuve ahí un conato que casi me fui a vivir fuera porque aprobé unas oposiciones para un puesto de trabajo en Andalucía. [...] De hecho yo no firmé porque ya me iban a hacer contrato, hice el curso y no firmé [...]. Y yo: “¡ay, mi piso, que ya va a avanzar!”. Y dije que no en el último momento, pero la pobre de recursos humanos me sacaba clínex, me decía “toma, pero no llores mujer”. Y yo “¡ay, que oportunidad estoy perdiendo más buena” [se ríe]. Y me vine para acá otra vez. Pero yo creo que todavía seguían sin empezar a construir los pisos y digo, encima me tienen aquí esperando los juicios. Es verdad que ya a última hora nos moríamos de ganas. Empecé con mi ex con 20 años y me pude venir para acá con 30. [...] Es que te cambia mucho la vida y pues las circunstancias, todo, todo [...]. Es que 10 años de relación... cuando llegamos aquí ya estábamos hartos. Porque además tampoco... sí, ganabas el dinero, trabajas y tal, pero tampoco lo podías invertir porque sabías lo que te venía encima. Entonces pues haciendo el mona todo el invierno te tirabas, sin irte a ningún lado. Una pesadilla, la verdad.

Por su parte, Mayte, vecina de la urbanización, nos explicó a María y a mí un día que salimos a tomar algo el momento por el que estaba atravesando. Vivía de alquiler con su pareja que se encontraba opositando. En lo que pareció un arrebato de sinceridad propio de una conversación con personas a las que no se conoce demasiado, donde la distancia permite la confesión, nos habló de él como alguien “aburrido” pero a quien admiraba por su perseverancia estudiando la oposición: “es mucho más aburrido que yo, pero trabaja mucho, estudia todos los días”, decía. Mayte describía esa época de su vida y de su relación como un “sacrificio” para vivir mejor en un futuro: para contar con una fuente estable de ingresos, comprar un piso y vivir con mayor desahogo.

Además, “el piso” como propiedad supone satisfacer las necesidades habitacionales inmediatas al tiempo que constituye una de las primeras inversiones en el sentido patrimonial, pues habitualmente se espera que su valor aumente en el tiempo y que perdure para constituir una herencia transmisible a los hijos e hijas.

Así, tal y como resaltaba la publicidad de los residenciales, el piso está directamente ligado a la familia y a su permanencia en el tiempo. Podemos decir que el piso es indisociable del hogar que se funda o se pretende fundar en él, como un grupo social duradero, y también del proyecto colectivo que trata de perpetuarlo. A través de la compra de una vivienda se afirma la voluntad de crear un grupo familiar, un proyecto vital en común que necesita de un espacio propio para reunirse y cohesionarse afectivamente. De hecho, como explica Bourdieu (2016 [2000]), el propio proceso de compra y acondicionamiento del piso forma parte ya de las acciones que, al realizarse en conjunto con una orientación de apuesta colectiva sobre el futuro, construyen hogar y unidad doméstica:

La empresa misma consistente en elegir juntos una casa, acondicionarla, decorarla, en síntesis, de hacer de ella un “hogar” que sentimos “bien nuestro” —entre otras razones porque amamos en él los sacrificios de tiempo y trabajo que costó y también porque, en cuanto testimonio visible del éxito de un proyecto común cumplido en común, es la fuente siempre renovada de una satisfacción compartida—, es un producto de la cohesión afectiva que redobla y refuerza la cohesión afectiva (p. 36)

El piso está ligado a un proyecto de reproducción de la propia unidad familiar: es al mismo tiempo producto y productor de estrategias familiares de reproducción, ya que funciona también como una condición de posibilidad de la unidad doméstica. Por ello supone una inversión económica y social, una apuesta sobre el porvenir de la familia y en este sentido, como afirma Bourdieu (op. cit.), es parte integrante de ella. De ahí que la elección del barrio donde se ubica la vivienda tampoco sea casual.

Una noche, Andrea, una chica joven que vivía de forma temporal de alquiler en el PAU, me invitó a cenar con su amiga Cecilia. Conocí a las dos cuando estudiábamos en la universidad y al saber que Andrea estaba residiendo en el PAU entré en contacto con ella. Esa noche quedamos en un restaurante del barrio y a la cena acudieron un par de conocidos más. Ambas, que rondaban los 27 años, estaban en proceso de comprarse una vivienda, por lo que el tema ocupó gran parte de la conversación. Andrea con la ayuda de sus padres había empezado ya a pagar su piso en una urbanización de nueva construcción en Villaverde, realizada mediante cooperativa y en régimen de vivienda protegida VPPL. Estaba ubicada en una zona que ella describía como “similar al PAU”. Cecilia vivía de alquiler con su pareja en Pozuelo y estaban buscando un piso para comprar. Nos contaba que el centro tenía unos precios prohibitivos y que dentro del municipio de Madrid solo podían acceder a viviendas en la zona de Aluche. También habían buscado en Brunete, municipio del noroeste cercano a su lugar de origen, donde habían encontrado precios asequibles para pisos “como el que todos querríamos tener”, decía, “con plaza de garaje, ascensor y servicios comunitarios”. Porque Cecilia al plantearse la compra de la casa también estaba valorando otros factores como el lugar apropiado para la crianza de sus futuros hijos. Esto dio paso a una conversación sobre la elección del barrio de residencia y aquello que valoraba cada una de ellas. A Cecilia la zona de Aluche no le gustaba, “ya sé que esto que voy a decir suena muy elitista, pero me preocupa con quién se vaya a juntar”, explicaba. Para Andrea, también natural de un municipio del noroeste de Madrid, los barrios de la periferia sur de Madrid, como el PAU de Carabanchel o las zonas de nueva construcción de Villaverde, eran buenos lugares siempre que fueran “seguros”. “Mientras sea seguro no hay problema”, detallaba. Y argumentaba que para ella era importante que sus hijos “vieran de todo”, aludiendo a la realidad social de los barrios de la periferia.

En esta conversación se puede apreciar que el piso, con sus características y su entorno, se vincula con la reproducción de la propia unidad familiar. Así, en la mudanza a los PAU se puede observar cómo la compra de una vivienda en un barrio de urbanizaciones por parte de sectores sociales que provienen de la periferia obrera se enmarca en un conjunto más amplio de estrategias que ponen en relación el piso, con la construcción de un hogar⁷⁰, con un periodo de crianza y un ambiente de socialización y de ocio, entre otras cosas.

⁷⁰ Las empresas de seguridad, al igual que las inmobiliarias, conocen bien esta relación y la usan a su favor en los discursos publicitarios. Securitas Direct, seguramente la empresa de este campo que ocupa mayores espacios publicitarios en los medios de comunicación nacionales, emplea la palabra *hogar* como una forma de remitirse a la vivienda e indisolublemente a la unidad familiar que reside en ella: la familia y su espacio propio, íntimo. “Porque la seguridad de tu hogar y de los tuyos es algo esencial” [anuncio de junio de 2020], asegura una de las campañas. Lo que se ofrece entonces es la “tranquilidad”, palabra clave en todos los anuncios, que discurre paralela a la comercialización de la (in)seguridad. Como se dice en otros dos anuncios de la misma empresa: “Si no es por lo que se puedan llevar, es la tranquilidad que te da el que no entre nadie en tu casa” [anuncio de enero de 2020], “así dormimos hoy tranquilos” [anuncio de noviembre

Cuando las mujeres del PAU me hablaban de la compra de su piso mencionaban un repertorio de circunstancias y motivos que les condujeron hacia las viviendas de este barrio. La mayoría coincidían en señalar al menos tres cuestiones: (I) buscaban adquirir un piso en propiedad; (II) el PAU les ofrecía productos inmobiliarios que por un precio accesible para ellas y sus parejas les permitía tener una vivienda de nueva construcción, con servicios en la urbanización y en un ambiente tranquilo; y (III) valoraban positivamente su ubicación en una zona nueva cercana a su barrio de origen. Voy a ir desgranando cada una de estas cuestiones a través de las entrevistas y conversaciones informales que mantuve en distintos momentos con Ruth, Ana, Laura, Marisa y Flor.

En sus discursos la compra de una vivienda en propiedad aparece como una decisión económica ligada a un momento del ciclo vital. A finales de los noventa estas mujeres se encontraban en la veintena, tenían pareja, habían terminado los estudios superiores y se incorporaban al mercado laboral. La compra de una casa, y la predisposición a endeudarse para ello, aparece entonces como una decisión lógica, que va de suyo, que se da por supuesta. Enmarcada en la citada “cultura de propietarios” esta decisión se entiende un paso coherente y esperado, que se da en pareja, hacia la adultez y la independencia respecto de la unidad doméstica de origen.

Ana empezó a salir con su expareja cuando tenía 20 años. Al poco tiempo iniciaron la compra de su piso en el PAU y durante los años de espera hasta la entrega de llaves se casaron. Ana me explica que en el momento de la compra, en torno al año 1997, acababa de empezar a trabajar y tenía “algo de dinero”, mientras que su pareja aún no trabajaba. En su discurso las expresiones como “era la edad que nos tocaba ya meternos en el lío” muestran el grado de naturalización que alcanza en nuestra sociedad la compra de una vivienda como una inversión ineluctable y vinculada al devenir del ciclo vital, sobre todo en la época del *boom* inmobiliario. También podemos observar esta cuestión en las referencias a su contexto próximo, cuando indica que sus amigos y en general los miembros de su generación hacían lo mismo:

Ana: Pues mira yo me vine aquí porque justo fue cuando empecé a trabajar y empezaba a tener algo de dinero, ya tenía mi novio, cuando salió la oportunidad de los pisos. Entonces más o menos estaban muy bien de precio, era la edad que nos tocaba ya meternos en el lío y tiramos para delante. Yo era muy de Carabanchel, la verdad es que me había gustado y él también era de Carabanchel y nos gustaba. Teníamos muchas ganas de quedarnos por aquí y un poco fue eso. Luego pues ya sabes, lo que te hemos contado todos, los retrasos enormes que hubo...

Inés: En la entrega de pisos...

Ana: Ajá. Nosotros no invertimos en nada más con lo cual tuvimos que estar esperando hasta... Mira, me casé en julio y hasta enero no me pude venir a vivir aquí, o sea que... Fuimos de los que aguantamos hasta el final. Luego hubo otra gente que se compraron pisos entre medias y pudieron arreglarlo un poco mejor. Pero nada, nosotros tuvimos que esperar desde el principio al final. Así que luego estuve tres años aquí que hacía poca vida por aquí porque, bueno, pues nos dedicábamos todos los fines de semana que podíamos a salir. Y ya a los tres años fue cuando tuve a los niños y ya empecé...

Inés: Claro [silencio]. Y cuando decías que os vinisteis a vivir aquí, ¿por qué elegisteis este barrio y no otro sitio?

de 2019]. Los videos publicitarios pueden consultarse en [recuperado 6 de agosto de 2020]: <https://www.youtube.com/watch?v=bRNF6FHF0oY>

Ana: Pues la verdad es que nos cogió justo en ese momento antes de empezar a plantearnos comprar un piso. Acabábamos de empezar a trabajar los dos. Bueno, yo creo que él ni siquiera trabajaba. Y yo sí que acababa de empezar a trabajar y fue justo cuando salió esto. Entonces llegó su madre: “mira, meteros aquí, no sé qué”. Y claro, yo veía a amigos que se estaban comprando casas por 30 millones de pelás y esto salía por 14, en el barrio y... [...] Y más nos buscó el piso a nosotros que nosotros al piso, porque a lo mejor hubiéramos esperado un año más en empezar a buscar un piso. Porque ya quería salir de casa lo antes posible, en casa era un rollo, yo no me podía ir de vacaciones con mi novio, no se qué... Ya sabes, los padres de los de antes [...]. Entonces dije “buaah, pues ya de cabeza, ahora mismo me cojo el piso”.

La compra de una vivienda se presentaba como una opción más factible y rentable que el pago de un alquiler, hasta el punto de que Ana y su pareja nunca lo valoraron: pasaron directamente de sus casas familiares a su piso en propiedad. Laura, que compró su casa en torno al año 1998, tampoco llegó a alquilar pero sí trajo a colación este tema en la entrevista, sobre el que tenía una reflexión elaborada. Se decidió por la compra “por una cuestión económica”, porque “podía pagar mejor una letra que un alquiler”. Aparece así una de las ideas clave de la “cultura de propietarios” y su *sentido común anti-alquiler*, donde alquilar siempre se muestra como un cálculo poco rentable. Emerge el convencimiento de que es un dinero que se pierde, que no es acumulativo, que se podría estar empleando en el pago productivo de cuotas hipotecarias para al final “tener tu piso”. De nuevo la propensión hacia la adquisición de una vivienda entre los sectores populares se vio particularmente refrendada durante el ciclo financiero-inmobiliario de la burbuja por unas políticas financieras y de vivienda que empujaban a la población hacia la compra. La convergencia entre la construcción masiva de nuevas viviendas, el empeoramiento paulatino de las condiciones de alquiler para los y las inquilinas, la revalorización de la vivienda, la facilidad de crédito y el impulso al endeudamiento de las economías domésticas generó un panorama en el que alquilar no era ni una garantía de estabilidad vital ni una opción económicamente atractiva. Una situación que Laura, en parte, es capaz de objetivar en su discurso al vincular su decisión de compra con la política de vivienda del momento: “reventaron los alquileres para que la gente se hipotecara”, argumenta. Laura es una mujer muy activa políticamente que participa en un espacio activista de la ciudad —algo que menciona continuamente en la entrevista—, por ello vincula su acción individual con una dimensión colectiva que hace referencia a las dinámicas del mercado inmobiliario.

Laura: Yo estuve buscando en la anterior burbuja, empecé a buscar casa. Bueno es un poco parecido a lo que está pasando ahora, ¿no? Reventaron los alquileres para que la gente se hipotecara. Yo de hecho el motivo por el que me compro una casa fue porque yo podía pagar mejor una letra que un alquiler. O sea entonces, porque claro ahora ya es hasta barato, pero entonces un alquiler costaba 500€ y yo pagaba de letra 300€. Yo no podía pagar 500€ de alquiler, entonces me decidí más por la compra por una cuestión económica. O sea no... yo de hecho hubiera alquilado y me decidí a comprar más que nada por una cuestión... Que es lo mismo que está pasando, están reventando los alquileres para que la gente empiece a comprar otra vez. [...] Los alquileres estaban reventados, pero es que también el precio de la vivienda. Esta burbuja yo creo que el precio de la venta se ha mantenido un poco mejor, o sea ahora lo que están haciendo es reventando realmente los alquileres porque no hay tanta gente... O sea es una situación económica diferente a la que había entonces. Entonces la situación económica de las personas no era como la que hay ahora, no había tanto paro... o sea era un poco diferente. El paro vino mucho después, como un par de años después. Entonces, ¿qué pasó? Lo que hicieron fue reventar la burbuja del alquiler para que la gente se hipotecara, pero el precio de la vivienda ya de por sí estaba también inflado. Total que yo estuve mirando y no encontraba nada que me interesase, [...] y de repente me echaron una publicidad en el buzón. El piso de cooperativa no sé qué, digo, ¡joder! Desde, ya no me acuerdo ni la pasta... desde 70.000 euros.

Tanto en la entrevista con Laura como en el resto de conversaciones el precio que tenían las viviendas del PAU se nombra como un factor muy importante en los motivos para mudarse a este barrio. Consideran que en comparación con los precios del mercado inmobiliario de aquel momento estos pisos eran baratos y accesibles para su economía, rondaban los 14 millones de pesetas⁷¹ —aproximadamente entre los 80.000 y los 85.000 euros—. El motivo que nombran todas ellas para explicar la reducción del precio son las cooperativas de vivienda. De hecho, todas las mujeres con las que pude conversar sobre la compra de su piso vivían en urbanizaciones que habían sido construidas por cooperativas. Para acceder a ellas había que “apuntarse”, un verbo que se conjuga en todos los tiempos en las conversaciones sobre el inicio del barrio —“apuntarse a la cooperativa”, “nos apuntamos”, “vamos a apuntarnos”—. La gente se inscribía en las sociedades, algo para lo que había que “llegar a tiempo”, y mediante el pago de una fianza inicial o mediante un sorteo, dependiendo del funcionamiento de cada sociedad, se entraba a formar parte del grupo de futuros propietarios y propietarias.

Marisa me explica cómo a finales de los noventa los precios de la vivienda estaban demasiado altos. El centro de la ciudad le resultaba prohibitivo para su economía y las promociones en los barrios nuevos en Leganés, su barrio de origen y el de su pareja, además de caras estaban ya agotadas. En paralelo el barrio de Vallecas donde vivía con su pareja en un piso familiar empezaba a transformarse, según ella, debido a la llegada de etnia rumana. En este contexto se refiere al piso de cooperativa en el PAU como una de las pocas opciones viables: era un barrio nuevo, existía disponibilidad en la oferta, se ajustaba a sus medios económicos y estaba cerca de su lugar de origen.

Inés: Me preguntaba por qué pensasteis en venir a este barrio y no a otro, o qué...

Marisa: Ah, bueno, pues en mi caso, nada hija, yo fue un poco por... bueno, obligación, a ver, yo me hubiera gustado quedarme en Leganés que es donde siempre me ha gustado vivir. Lo que pasa es que cuando, en la época en la que yo me emparejo, [...] el tema es que en Leganés todos los barrios nuevos que ya se estaban planificando se habían agotado, o sea se habían agotado o había previsión de que esto fuera bueno, pues igual infinito, que tardara mogollón de años en construirse los barrios, ¿no? Y además a unos precios ya bastante importantes para ser Leganés. Entonces bueno, mi padre que curraba aquí en [...] Carabanchel Alto, se enteró de estas promociones y se apuntó, se apuntó. Es un piso de cooperativa por sorteo, entonces tocó y entramos en la cooperativa. Entonces pues bueno, fue un poco decir, bueno pues ya que está esto aquí, pues vale vamos a ello, ¿no? Porque Leganés ya estaba prácticamente descartado y Madrid, claro, ni de coña claro, Madrid capital imposible. Vallecas se estaba empezando a convertir en un barrio que no molaba mucho, porque ya estaba empezando a llegar etnia rumana, etnia rumana, y ya estaba la cosa un poquito... [...] Entonces nada, pues fue decir, venga nos venimos para acá.

[Pablo, su hijo pequeño que está con nosotras, ha terminado de comer el croissant y le pide a su madre que le ayude a limpiarse. Marisa lo hace sin dejar de hablar conmigo]

Marisa: Luego como la distancia a Leganés [...], está aquí al ladito, pues dices, bueno pues es verdad que tampoco hay tanta diferencia con... entre vivir en, yo qué sé, en Ópera, o en la calle Toledo, y vivir en Leganés. Mira, la mayoría de nuestros amigos viven en Fuenlabrada porque Leganés estaba imposible, unos precios desorbitados, ¿eh? Y te estoy hablando del 98-99. Entonces la gente se marchó a vivir a Fuenlabrada, nosotros somos de los poquísimos que vivimos en Madrid capital. [...] Bueno yo, mis vecinos casi todos son de Leganés o sí, de la zona de Carabanchel Bajo, de Aluche sí, las Águilas... gente de por aquí que se enteraron. Claro, es que esto son muchísimas viviendas, ¿no? Y había mucho de cooperativa, o sea mi casa es de VPO, o

⁷¹ Estas compras y las firmas de las hipotecas se realizaron en la segunda mitad de los noventa, todavía en pesetas.

sea de Protección Oficial de cooperativa. Entonces que sí que es verdad que de lo que había en ese momento era lo más accesible económicamente, además porque te daba la opción de, no era comprar inmediatamente el piso, sino ir dando entradas poco a poco, o sea que bueno, que había cierta... O sea éramos gente con 23-24 años, que tampoco tenía la expectativa de irse ya a independizarse ya, que aunque los pisos tardaran 4 o 5 años la gente antes de los 30 tampoco se planteaba tener hijos y tal, muy pocos vecinos han venido ya con los hijos puestos, ¿sabes? [...] Pero es que Madrid capital era imposible, era imposible. Y ya te digo, la gente pues de Leganés era la que antes había pillado las nuevas urbanizaciones en Leganés, ¿no? Entonces la gente que estábamos por aquí, pues eso, el PAU de Carabanchel. Porque Las tablas, Sanchinarro igual, aparte de... bueno, los precios un poco más caros que esta zona, pues gente que, o sea la gente se va a vivir más o menos cerca de donde ha vivido toda la vida, ¿no?

Las cooperativas son por tanto un elemento clave para comprender la configuración inmobiliaria y sociológica del PAU. Como ya expliqué anteriormente, en la planificación urbanística de los nuevos desarrollos estas sociedades promotoras se encargaron de edificar la mayoría de viviendas protegidas en régimen VPT. Gracias, entre otras cosas, al acuerdo llevado a cabo entre el Ayuntamiento y las constructoras mediante el cual el precio del suelo se cubría con la edificabilidad destinada a actividades productivas y a vivienda libre, los urbanizadores obtenían la vivienda de precio tasado —el producto mejor situado para una fácil colocación en el mercado— y el ayuntamiento se quedaba con las viviendas de VPO en una proporción escasamente superior a la que le correspondería (Leguina, 2004). Mediante la fórmula de las cooperativas, y siguiendo en la mayoría de los casos las lógicas de las promotoras convencionales, se sacaron al mercado viviendas protegidas en forma de productos inmobiliarios en régimen de propiedad. Productos que seguían las tipologías constructivas y los modelos de residencial cerrado de la vivienda libre pero a precios más reducidos y con servicios más modestos.

En las conversaciones con las mujeres del PAU el tema del precio, que asocian directamente con la construcción mediante cooperativas, se pone en relación con algunas características de las promociones y del barrio en sí. Es decir, en sus discursos hacen una valoración entre el precio, la calidad y las características de las viviendas para explicar que eran una buena opción de compra. Valoraban que fueran pisos de nueva construcción —“a estrenar”, como publicitaban los anuncios de los residenciales—, y por tanto modernos y en buenas condiciones, algo que resultaba difícil de encontrar en los barrios de la periferia colindante a un precio accesible. Además todas mencionan como algo positivo el que estuvieran cerca de sus barrios de origen, donde se encontraban sus redes de amistades y familiares.

Laura, por ejemplo, se reclama una y otra vez durante la entrevista como “vecina de Carabanchel” —algo que hace para desvincularse de sus vecinos y vecinas del PAU que intentan distanciarse de los barrios obreros— y me cuenta que su intención inicial era comprar un piso por la zona de Carabanchel Bajo, su barrio “de toda la vida”. Todo lo que encontraba era caro, viejo y en malas condiciones. El piso de cooperativa en el PAU, que por cierto conoció a través de un anuncio publicitario, se presentó como una oportunidad de tener por un precio reducido “una casa nueva y encima en el barrio”:

Laura: Yo estuve buscando casa en Carabanchel Bajo, como te he dicho yo tengo 42 años y soy vecina de Carabanchel desde hace 42 años, o sea yo he vivido toda la vida en Carabanchel. [...] Me quería quedar en Carabanchel, que es mi barrio de toda la vida, y estuve mirando en Carabanchel Bajo que es el barrio donde yo he vivido y la zona que me gustaba. Miré cerca de la plaza de toros, imposible. Marqués de Vadillo menos, además coincidió con la época en la que empezaron a soterrar

la M30 con lo cual aquello se empezó a poner todavía más caro. Y nada, seguí buscando en Carabanchel y la verdad que todo lo que encontraba estaba muy hecho polvo, pero el caso que yo quería seguir mirando allí...

Inés: ¿Igual eran pisos más viejos?

Laura: Sí, pisos viejos, pisos pues a lo mejor de los años 60. Carabanchel Bajo más o menos casi todos los pisos son de los 60. Y nada, claro, encima estaban... o sea la burbuja estaba ya a tope. Los alquileres estaban reventados, pero es que también el precio de la vivienda. [...] Total que yo estuve mirando y no encontraba nada que me interesase, hasta que bueno ya, al final, cerca de donde vivía mi madre en Carabanchel Bajo encontré un piso que me gustaba. Total que lo fui a ver, lo volví a ir a ver, y ya como que estaba decidida y de repente me echaron una publicidad en el buzón. [...] Y yo decía "joder, una casa nueva... una casa nueva y encima en el barrio, por el mismo precio". Total que fui a verla a la, era una gestora, esto fue en régimen de cooperativa. Fui a verlo, fui a ver el plano, la maqueta que allí tenían, me encantó. Y al final me decidí por este. Me lo compré con mi expareja... que ya no es mi pareja [se ríe]. Porque lo que se suponía que iba a empezar en 6 meses y la entrega de la vivienda iban a ser 2 años, se convirtió en 10 años. Yo estuve 10 años pagando [...].

Inés: Por un piso que no tenías, que no estaba...

Laura: Que no estaba. Y que esto no estaba ni urbanizado. [...] A ver, yo tengo una casa aquí que yo no podría tener en otro sitio, por ejemplo. Y me la compré muy barata, me costó 70.000 euros. Que tú una casa con tres dormitorios, dos cuartos de baño, da a la Avenida de la Peseta, con un montón de luz, orientación sur... o sea que yo tengo una casa que no podría tener en otro sitio. Y mi casa me encanta.

Laura considera que tiene un piso en el PAU que no podría permitirse en otro lugar. Es amplio, luminoso, con buena orientación y lo compró nuevo. A pesar de que los elementos que describe suponen una mejora significativa de las condiciones habitacionales que caracterizan los barrios de la periferia obrera, al menos en lo que en materia de vivienda se refiere, valora la cercanía del PAU con "el barrio", del que no se quería ir. Su hermano mayor que vivía con su pareja y sus hijos en Carabanchel Bajo también se terminó mudando al PAU y compró un piso en la urbanización de al lado, gestionada por la misma cooperativa que la de Laura.

Flor también creció en un barrio próximo, Aluche, y antes de comprar su piso en el PAU estuvo viviendo unos años en Usera en otra cooperativa de viviendas con su anterior pareja, igualmente originario de Aluche. Cuando la relación se rompió adquirió una vivienda en el PAU, de nuevo por cooperativa. En nuestra conversación reflexiona sobre los factores que influyeron en esta decisión y nombra especialmente dos, la cuestión económica y la proximidad respecto a la familia. La fórmula de la cooperativa brindaba la posibilidad de adquirir un piso a un precio económico y el PAU le permitía estar cerca de su madre, que vivía en Aluche, y de su hermano, que acababa de comprarse un piso en la urbanización que finalmente eligió Flor. Aunque no lo nombra en este fragmento de la entrevista, Flor estaba embarazada cuando realizó el cambio residencial, por lo que la cercanía con la red familiar se tornaba especialmente relevante. Por lo demás, es consciente de que una parte importante de los habitantes del PAU son de su barrio y de otros vecindarios próximos: "luego ya pues, te das cuenta cuando estás en tu casa y en el PAU que ahí todo el mundo es del barrio", comenta.

Flor: En un principio no pensaba quedarme en el barrio, de hecho fui donde las circunstancias me llevaron. Hay gente que sí, amigas, gente del cole, gente de Aluche, que sí que tenía claro que se quería quedar por la zona. Yo no lo tenía claro... no es que no lo tuviera claro, tenía una pareja, nos

dijeron que existía una cooperativa de viviendas en Usera que estaba muy bien y nos fuimos a Usera.

Inés: ¿Él era también de...?

Flor: Él era de Aluche. Y bueno pues, nos dijeron que había una cooperativa en Usera, estábamos buscando casa y decidimos esperar un par de años o tres, porque nos salía muy, muy, muy bien de precio. O sea que también era una cuestión económica. Y nos fuimos a Usera. Después a los cinco años esa pareja se deshizo. Entonces pues claro, en todo este trayecto que yo estaba viviendo en Usera mi hermano se compró la casa en Carabanchel, donde yo vivo, al lado. Entonces ya dije "joer, para qué me voy a ir más lejos ya, si realmente más cerca de mi hermana, más cerca de mi madre...". Entonces ya no se me ocurrió comprarme una casa en otro barrio que no fuera cerca de Aluche. Entonces había esta cooperativa en Carabanchel y decidí que me venía a Carabanchel. Fue por economía, también era cooperativa, si no seguramente me hubiera seguido buscando la vida más lejos. Lo que pasa es que era cooperativa y me venía muy bien, y también ya por afinidades familiares porque tenía a mi madre en Aluche que tardo andando media hora y en coche tardo quince minutos. Entonces esa fue la historia y luego ya pues, te das cuenta cuando estás en tu casa y en el PAU que ahí todo el mundo es del barrio, hay mucha gente del barrio. Pero bueno, en principio fue una cuestión más económica que... [...] Entre Aluche y Carabanchel estamos todos colocados por aquí. Y entonces pues por eso, [...] fue económica pero contó mucho el tema familiar, sí, sí, sí.

Ruth no es de la zona, creció en otro espacio periférico, en San Fernando de Henares: el área obrera industrial por excelencia en Madrid. Llegó al PAU en el año 2005, donde vive con su compañero y su hijo en el piso que él, Manuel, compró con su anterior pareja. En la entrevista realiza una suerte de valoración calidad-precio de la vivienda. Piensa que los pisos están hechos "sin cariño" porque no se cuidaron demasiado los acabados y los detalles como un buen atornillado de los muebles, pero no considera que sea una mala vivienda. "Yo creo que al final sí que salió bien", añade.

Ruth: Hombre, yo creo que por el precio que tenían y luego como... a ver, no están hechos con mucho cariño los pisos pero no considero que sea una mala vivienda. Yo creo que al final sí que salió bien.

Inés: A ver, bueno, desde fuera es como la típica...

Ruth: Sí, lo que pasa es que luego... Los amigos estos que viven aquí al lado, bueno, pues es como esta urbanización, los pisos son idénticos a estos. Y ellos un día estaban durmiendo y de repente escucharon un ruido en la cocina y se levantaron y nada, un bote que se ha caído. Se volvieron a meter en la cama y "¿cómo se ha caído un bote? Qué cosa más rara. ¿Por qué saltan los botes?". Y se levantaron otra vez y vieron que todo el mueble de la cocina se había caído y se había quedado la Thermomix, me parece, y la freidora. Y es que los tornillos que han utilizado son así [enseñándome con los dedos una longitud muy corta] cuando tendrían que ser el triple de grandes, entonces si metes mucho peso en los armarios pues puede que en algún momento caiga. Y preguntó "¿todos los tornillos son iguales?", [imitando un diálogo] "pues sí, han debido de utilizar...". O sea, yo no sé si en algún momento nuestra cocina también dirá "¡hasta luego!" [nos reímos]. [...] Vamos, le pasó hace un montón de tiempo pero dices, joer, que todos los pisos tengan esto mal. No he oído... tampoco hablas con más vecinos, y muchos han hecho reforma luego y han cambiado un montón de cosas, pero esto me pareció como súper gracioso. Joer, ¿cómo puedes equivocarte en unos tornillos? O sea, poner unos de broma.

Inés: Ya ves, además para un mueble de cocina que tampoco es una cosa súper rara que digas...

Ruth: Ya, que no es algo como, "yo no sé cómo poner esto". Es un mueble de cocina, ¡lo pones siempre" [nos reímos]. Pero vamos, más o menos yo no creo que estén muy muy mal hechas, tienen pues, los defectos de todas las casas. Se hace sin cariño. Pero bien.

Ruth me explica algunos episodios de ese proceso de compra que Manuel, natural de Carabanchel Bajo, emprendió con su ex. Como en la mayoría de casos, se enteraron

de la construcción de los pisos a través de las redes de información vinculadas al barrio de origen. Una pareja de amigos que también iba a comprar un piso en el PAU les avisó. En nuestra conversación Ruth intenta reconstruir algunos de los motivos por los que su pareja se mudó a este enclave. Ella está muy contenta en el PAU: “me parece ideal”, dice. Considera que es una zona muy “tranquila”, con espacios amplios y donde la vida es fácil. Un ambiente que contrapone al barrio de Carabanchel Bajo de donde es Manu, “el mogollón de abajo”, que describe como más agobiante. Piensa que el contexto del PAU y sus viviendas de construcción nueva pudieron ser un atractivo para la compra:

Ruth: Yo siempre he vivido en San Fernando que es donde he nacido y vivía ahí. Entonces conocí a Manu y él ya tenía esta casa. [...] O sea fue un poco de rebote, no fue que lo eligiese yo personalmente porque ya está, pero la verdad es que me gustó un montón desde el principio. O sea siempre, cuando vine aquí decía, jo qué sitio más, por lo menos tan... Hombre, a ver, cuando empecé a vivir aquí que solamente estábamos Manu y yo y salíamos bastante, sí que había veces que veía que estaba como un poco alejado de todo, pero ahora en la situación actual, vamos, me parece fenomenal. Me parece ideal el barrio. Entonces no sé si lo hubiera tenido que elegir, pues no sé ni si hubiera llegado a... no tengo ni idea. Pero como impuesto me parece muy buen regalo [se ríe].

[...]

Inés: Y, Manu... Es que una de las cosas que me cuenta la gente con la que he hablado, es que mucha gente que nació en barrios cercanos de por aquí, pues Aluche o bueno por Las Águilas o en Carabanchel, en el momento en el que consiguieron unos ahorritos y querían comprarse una vivienda, como que esta zona mucha gente la eligió para quedarse. ¿Manu es también de aquí?

Ruth: Sí, Manu es de Carabanchel Bajo [...]. Y yo creo que él sí que pudo elegir el... porque vives en el barrio pero no es el mogollón de abajo. Yo cuando bajo por esa zona [...] el aparcar es un infierno, o sea es todo un rollo, creo que hay mucha... Y cuando vienen amigos aquí como “joer, qué zona más guapa, qué tranquila”. Y es nada, son 15 minutos de distancia. Entonces yo creo que sí que lo hizo un poco así, con... igual no con expectativas de voy a tener hijos o... pero sí voy a quedarme en el barrio en una vivienda nueva, de construcción nueva.

Inés: Claro. Sí, eso me llamó la atención, que mucha gente cuando preguntas, “ah pues Aluche, pues mi familia es de no sé dónde”.

Ruth: Como que todos son de la zona, ¿no? [...] Pues yo la verdad es que con la gente que me muevo sí que es verdad que son del barrio. O sea que son... “ah pues mi colegio es que era este”. Quiero decir que... yo eso, porque vine de rebote de otro sitio.

Esta idea del PAU como un barrio nuevo que ofrece una mejor calidad de vida que los barrios de la periferia obrera también es sugerida por Ana. En la entrevista me cuenta que muchas personas de su generación en el barrio se compraron un piso en el PAU, mientras que las generaciones anteriores ya estaban “colocadas” cuando lo empezaron a construir. Este es el caso de su hermano mayor que vivía en Carabanchel Bajo con su pareja —también del barrio— y sus hijos. Sin embargo en torno a 2006 decidieron mudarse al PAU. Según ella, el barrio cambió y se afeó. Me habla del cierre de comercios, del envejecimiento de la población, la llegada de inmigrantes y de su transformación en un lugar “viejo, “antipático”, “sucio y feo”. Su hermano y su cuñada se plantean entonces marcharse de este contexto que se percibe como deprimido y comprar una vivienda en otro lugar de la ciudad. Para hacernos una idea del tipo de barrios que barajaban, las opciones que Ana menciona apuntan hacia enclaves con un mayor capital simbólico —si uno decide cambiar de casa es para *mejorar*, no para *empeorar*—. Pero las viviendas en sitios como Boadilla o en el centro de Madrid tenían unos precios que no podían permitirse. Entonces Ana les recomienda el PAU: es un

barrio nuevo, con urbanizaciones que tienen servicios al interior y que son una buena opción para la época de crianza. “Si te cambias y piensas tener niños pues vete al PAU, si es que la piscina, el barrio nuevo... te va a dar muchísima vidilla”, opina Ana.

Ana: Nos quedamos casi todos por aquí [en el PAU]. Más mayor que yo no, mi hermano... Mi hermano tiene 50 años y él ya estaba súper colocado antes de esto. [...] Y luego sí que se vino aquí. Lo hizo un poco porque se quedó en Carabanchel, en un barrio que se hizo por donde el metro de Carabanchel, que de repente en 15 años el barrio pegó un cambio. Se hizo viejo, antipático, vino muchísima inmigración... se afeó muchísimo. Se afeó muchísimo, por la inmigración no se afea, pero... se afeó. Pegó un cambio muy feo. Todo lo bonito, que tenían muchos comercios, cerraron todos y se quedó un barrio sucio y feo. Entonces se empezó a plantear cuando más altos estaban los precios de los pisos, se empezó a plantear cambiarse. Claro, en aquel momento ni se podía ir a Boadilla, ni se podía ir... tampoco él era centro. No tenían especial intención, porque su mujer también era de Carabanchel, tampoco tenían una especial intención de irse más lejos y un día hablando con él le dije: “hombre, si te cambias y piensas tener niños pues vete al PAU, si es que la piscina, el barrio nuevo... te va a dar muchísima vidilla”. Y se vino para acá.

Inés: Y al final también si te estás planteando tener niños, estás...

Ana: Estás con la cabeza en urbanizaciones.

Como vemos, en los discursos de estas mujeres ocupa un lugar importante la relación entre el barrio obrero de origen y el PAU. Es una cuestión que directa o indirectamente aflora en la mayoría de conversaciones sobre la compra de sus viviendas. Todas ellas valoraban positivamente que su nuevo piso estuviera próximo a su barrio, un lugar que les gustaba y donde permanecían sus redes sociales y familiares. Pero al mismo tiempo algunas describen los barrios de la periferia obrera como entornos que han cambiado, se han “afeado” y han empeorado debido a la inmigración, como también expresa Marisa. Se describen como espacios que se han transformado y se encuentran envejecidos y sucios. Ruth, por ejemplo, usa la expresión “mogollón” para referirse a un ambiente de caos y barullo. Además se empieza a vislumbrar algo que retomaremos en el siguiente capítulo: cómo los recuerdos y las experiencias de infancia y juventud en el barrio obrero están teñidas de una cierta idealización. Con frecuencia se describe un contexto algo idílico que *ya no es*, donde la llegada de población migrante internacional emerge como uno de los vectores de esa transformación, tal y como analiza Sergio García (2012) en su etnografía. En paralelo, el PAU supone una oportunidad para vivir en un piso de nueva construcción, más grande y luminoso, situado en una urbanización, a un precio que en otro lugar de la ciudad no podrían asumir por una vivienda de semejantes características. Además ofrece un entorno tranquilo y amplio, en una urbanización con servicios que se presenta como una comodidad para la época de crianza, pero que al mismo tiempo se encuentra a muy poca distancia de ese contexto barrial y social que continúa siendo importante para estas mujeres y sus familias. Como dice Ruth: “Y es nada, son 15 minutos de distancia. Entonces yo creo que sí que lo hizo un poco así, con... [...] voy a quedarme en el barrio en una vivienda nueva, de construcción nueva”.

Emerge así una ambivalencia, una aparente contradicción, que se percibe bien en la conversación con Ana. Primero me cuenta que cuando estaba buscando piso con su expareja querían que fuera por Carabanchel, el lugar de origen de ambos: “Yo era muy de Carabanchel, la verdad es que me había gustado y él también era de Carabanchel y nos gustaba. Teníamos muchas ganas de quedarnos por aquí”. Me dice, además, que continúa pasando mucho tiempo en su barrio de Carabanchel Bajo. Pero más tarde, en

la misma conversación, me explica que su hermano mayor decidió mudarse al PAU porque el barrio “se afeó” y “se hizo viejo, antipático, vino muchísima inmigración”. Esta ambivalencia, lejos de ser una inconsistencia a eliminar o una confusión que vela la coherencia de su discurso, constituye un elemento fundamental: es una característica de las estrategias de movilidad social y reproducción social de estos hijos e hijas de la periferia obrera. La forma en la que se despliegan esas estrategias, la fisonomía que adquieren en forma de prácticas cotidianas —que van desde cómo decorar el piso, hasta cómo son las relaciones vecinales en las urbanizaciones o dónde se escolariza a los hijos e hijas—, está atravesada por esa tensión en la que indagaré a lo largo de la etnografía.

Una dimensión de este proceso que parece interesante es cómo las disposiciones en materia de vivienda de estas jóvenes de origen trabajador y sus parejas se encontraban en consonancia con la oferta inmobiliaria que ofrecía el PAU. Existía una gran bolsa de viviendas disponibles que cumplía en muchos sentidos con sus medios y necesidades, y que, de algún modo, conectaba con las estrategias de reproducción y movilidad social de este grupo.

De hecho, en el imaginario del PAU y también en el de los barrios colindantes existe un “perfil PAU”, como dice Violeta, algo así como un prototipo de persona que reside este nuevo barrio. Una mañana, mientras estábamos en una reunión de nuestro club de lectura, Violeta —que reside en la zona vieja de Carabanchel Alto— nos contó que muchas veces la confunden con una vecina del PAU. En la entrevista le pido que me lo explique mejor. “Se considera que yo soy perfil de PAU y no perfil del barrio de Carabanchel Alto”, aclara. Para ella ser “perfil PAU” significa varias cosas: encontrarse en una determinada franja de edad —rondando los 40 años—, tener pareja e hijos y ser originaria de los barrios aledaños. Ella y el resto de vecinos perciben lo que podíamos llamar el *perfil sociológico del PAU* y, por contraste, el de los barrios aledaños de la periferia obrera. Este último estaría compuesto por un grupo heterogéneo de personas mayores de origen español y payas, población gitana, migrantes y un conglomerado de población con bajos recursos. Esta categorización *práctica*, basada en la experiencia, es la que sirve de base para identificar rápidamente a alguien que podría vivir en el PAU y también para (re)producir estereotipos sobre unas u otras poblaciones.

Violeta me habla de la época en la que comenzó a urbanizarse el PAU y, efectivamente, la construcción y la oferta inmobiliaria de este desarrollo estaba presente en su contexto social, barrial y familiar, por lo que esa categorización práctica no se encuentra tan desencaminada. En aquel momento “estaba en la edad de meterse” en la compra de un piso, tenía pareja y a través de sus redes familiares y amistades le llegaba información sobre las nuevas viviendas del PAU. “En el barrio se hablaba de esto”, dice. Finalmente su pareja y ella accedieron a un piso de alquiler a través de una bolsa de viviendas de la Comunidad de Madrid y años más tarde compraron su piso actual. Ambas viviendas están en la zona oeste de Carabanchel Alto, justamente en la triple frontera entre Aluche, la zona antigua de Carabanchel Alto y el PAU.

Inés: Me llamaba la atención una cosa que decías el otro día, Violeta. Decías, “yo cuando digo que vivo en la zona de Carabanchel se piensan que vivo en el PAU”. ¿Y por qué crees que te pasa eso?

Violeta: Porque por la edad que tengo y un poco el, sí, por... tengo familia, tengo dos hijas, un poco por la edad yo creo, se considera que yo soy perfil de PAU y no perfil del barrio de Carabanchel Alto.

Yo sí lo que puedo contar un poco es cuando se creó el PAU, yo era... O sea cuando se empezó a hablar que el PAU iba a existir y tal, yo estaba en edad de poder apostar por el PAU y gente cercana a mí, no de mis amigos más cercanos pero sí de gente conocida, empezó a... cuando empezaron las viviendas que estaba sin construir y empezaron con las cooperativas y todo eso. Yo no me metí en eso porque... [...] Yo sabía que la gente se movía en eso y no me metí en eso, no estaba yo en esa...

[...] Alguien muy cercano, el hijo de los mejores amigos de mis padres, sí que se metió. Y a mi sí me dijeron “oye, pues Fermín, tal, tal, las cooperativas”. Yo no le hice mucho caso porque yo soy muy clásica y yo no me compro algo que no he visto. Básicamente, alguna vez de haberlo hablado y tal, es como ¡puff!, me dio como un poco de vértigo. Pero es verdad que en el barrio se hablaba de esto y entonces el PAU se ha llenado de la gente de Carabanchel Alto antiguo y de los alrededores: Leganés, de Aluche hay mucha gente, toda la zona. Porque era la manera de estar cerca de tu barrio, si querías seguir en tu barrio, a un precio asequible cuando te metías en las cooperativas. Si ya no tenías esa opción porque no la barajabas, y en mi caso nosotros no la barajamos, o sea yo sabía que existía pero ya está, cuando tenías la edad de tener piso yo no podía comprarme un piso en el PAU.

Esa categorización práctica del “perfil PAU” —que no deja de ser un estereotipo— en el que engloban equivocadamente a Violenta revela cómo un sector de la generación de hijos e hijas de la periferia obrera se mudó al PAU. Es decir, da cuenta en cierto modo del ajuste entre las disposiciones de este grupo social, la oferta de viviendas existente en esta nueva periferia y el contexto político e inmobiliario del momento.

Esto no quiere decir que los habitantes del PAU tuvieran un proyecto de movilidad social consciente y diseñado previamente para mejorar su calidad de vida, en el que PAU se proyectara como el escenario perfecto para llevarlo a cabo. Lo que intento decir es otra cosa. Primero, cómo en la decisión económica de comprarse un piso confluyeron sus disposiciones sociales con la disponibilidad de productos inmobiliarios en el PAU —cuyos compradores potenciales eran ellos y ellas, y las estrategias comerciales y publicitarias estuvieron orientadas a satisfacer o ajustarse a esas disposiciones—. Es decir, que la oferta de viviendas que ofrecía el PAU de alguna manera conectaba con sus medios económicos, sus gustos en material de vivienda, lo que valoraban en la compra de un piso en propiedad, sus experiencias previas, su contexto familiar, etc. En las entrevistas estas mujeres muestran la impresión de que el PAU era prácticamente la única opción viable. La que mejor se ajustaba a su situación. Esa sensación que popularmente se describe como “venir como anillo al dedo” puede entenderse como un indicio de hallarse en su espacio social, en un ambiente y en un espacio en el que se encaja. La expresión que usa Ana en un momento de la conversación también se puede interpretar en esta línea: “Y más nos buscó el piso a nosotros que nosotros al piso”, apunta.

Y segundo, cómo una vez comprado el piso, en este barrio que se comienza a habitar y en el que se desarrolla la vida cotidiana continúan tejiéndose y (re)elaborándose estrategias familiares de movilidad social en múltiples ámbitos como el consumo, la socialización al interior de la urbanización, la educación y escolarización de los hijos e hijas, el ocio en familia, etc. En relación a las estrategias familiares el famoso verso de Antonio Machado “se hace camino al andar” puede convertirse en una máxima: no es que el PAU encajase en las estrategias de movilidad social diseñadas por sus habitantes, es que es *mediante* las decisiones y las prácticas que se van desarrollando en ese *habitar* el barrio que se conforman esas estrategias. No se pueden entender de

ningún modo desarraigadas de los distintos contextos sociales en los que desarrollan. Ambos elementos se constituyen mutuamente.

Lo que intento mostrar es cómo la compra de una vivienda en una urbanización del PAU y la mudanza a este barrio nuevo se puede entender como parte de estrategias familiares de reproducción social, en concreto como estrategias de movilidad social. Esa mejora de las condiciones de vida moviliza varias cuestiones. En primer lugar un piso en propiedad, que se adquiere siempre mediante hipoteca, y que se sitúa en el centro de las estrategias familiares al garantizar la propia unidad familiar y su reproducción. Un piso de nueva construcción, relativamente grande y en buenas condiciones, que se ubica en una urbanización con servicios de un barrio nuevo. Con esta compra aparece también la inversión en determinados bienes de consumo indisociables y orientados a la vida familiar, como el coche —que de nuevo van a suponer en muchos casos un endeudamiento mediante crédito financiero—. Así, esta mudanza supone, en parte, mejorar determinados aspectos que rodean la vida en la periferia obrera. Aunque esos mismos barrios en tanto que lugares de origen continúan siendo importantes y son visitados con frecuencia. Como mostraré en los epígrafes que vienen a continuación, la mudanza a esta nueva periferia de urbanizaciones funciona como un paraguas capaz de aglutinar múltiples de estrategias de movilidad social en otros ámbitos de la vida. Me detendré particularmente en dos: el desarrollo de la vida cotidiana y la socialización en la urbanización, y la educación de los hijos y las hijas.

3.2. Hacia dentro. Vida cotidiana, espacios privados y relaciones vecinales en la urbanización

Pocas cosas me hacían más ilusión durante el trabajo de campo que conseguir entrar a una urbanización. Al atravesar los muros y vallas exteriores, y al poder posar la vista más allá de la espesura de los setos y las infranqueables puertas de entrada, se abría un espacio que me resultaba tan inaccesible como relevante para comprender el transcurrir de la vida cotidiana en el PAU: los patios interiores.

Aunque todos los residenciales sean bastante similares en su aspecto exterior, una vez te introduces en su universo interior es posible apreciar diferencias en la organización y la distribución de los patios, así como en las características de sus dotaciones privadas.

La urbanización en la que vivo —la segunda desde que resido en el PAU— está formada por tres bloques de edificios dentro de una gran parcela rectangular cerrada. Cuenta con tres entradas de garaje, una por cada bloque, pero hay un único acceso peatonal, de modo que si no tienes coche y te encuentras en uno de los laterales del residencial tendrás que caminar un gran trecho hasta llegar a la puerta de entrada.

Algunas urbanizaciones fueron desarrolladas por varias constructoras a través de un sistema donde cada una se encargaba de edificar uno de los bloques⁷². Siempre he sospechado que esta urbanización se construyó así porque, aunque la arquitectura de los tres edificios y las fachadas de ladrillo caravista parezcan iguales, una atenta mirada sabe descubrir que no son idénticas.

⁷² Un sistema que generó numerosos problemas como el desfase entre los tiempos de finalización y entrega de las viviendas: mientras que los pisos de un bloque ya estaban acabados, los pisos del bloque contiguo en la misma urbanización aún estaban en construcción.

Los bloques están dispuestos abrazando el patio interior. Hay dos sobre la calle Tristes Trópicos, uno a cada lado de la puerta de acceso y la garita de seguridad, y el otro enfrente, al otro lado del patio, sobre la calle de Los Nuer. En mi anterior urbanización el patio interior quedaba completamente rodeado por edificios en sus cuatro costados. Formaban un rectángulo cerrado de ladrillos y ventanas que tenía como único punto de fuga, sobrevolando los tejados, el recorte de cielo. En esta urbanización, sin embargo, hay dos costados que quedan libres de edificaciones. Tan solo están perimetrados por el muro que rodea el residencial. Desde dentro, al alzar la vista por encima del muro, se puede observar la M-40 y los descampados que anuncian el final de Madrid. Tal vez por este motivo el patio me parece más desolado, más vacío, más lejos de la ciudad.

La urbanización cuenta con varios equipamientos privados y espacios de estancia. En la zona central del patio hay un pequeño parque infantil con columpios. A su lado se encuentra la piscina y, junto a ella, una zona de césped con varias sombrillas de rafia de imitación tropical que permanecen instaladas durante todo el año. Desconozco cuál es su nombre oficial como mobiliario de jardín pero en mi lenguaje interior siempre me refiero a ellas como “las palapas”. Bordeando uno de los costados de la zona de piscina se sitúan la pista de baloncesto y fútbol, a la que solo dan uso los niños y las niñas de la urbanización, y la pista de pádel, que solo usan los adultos. En la planta baja de uno de los edificios contiguos, entre los portales, se encuentra la sala que la administración de fincas en sus circuladas conviene en denominar “el gimnasio de la comunidad”. El local, acondicionado con espalderas de madera y espejos, actualmente se encuentra cerrado ante la falta de presupuesto para insonorizarlo y solo se utiliza para las reuniones de la junta de propietarios.

Desde que me he mudado a esta urbanización la anterior me parece mucho más acogedora, un adjetivo que cuando llegué al PAU jamás imaginé que terminaría usando. El otro día, en una de mis visitas a Yuri —el guardia de seguridad—, el patio de mi antigua *urba* me resultó por primera vez un espacio confortable. Había más trajín, más vitalidad, mayor movimiento. Es posible que solo se tratase de una cuestión de familiaridad con un espacio que se ha *vivido* y que el cuerpo reconoce como propio, pero incluso la luz y la temperatura me parecieron más agradables y cálidas, seguramente debido a la vegetación del patio interior. El césped y los frondosos árboles que lo rodean aclimatan el espacio.

Por el contrario, el patio de mi actual urbanización es grande, solitario y árido. Por su extremo con vistas a la M-40 asoma el característico paisaje liminal de malas hierbas amarillentas y el sonido de los coches por la autopista se convierte en un eco que, a fuerza de repetirse, termina por resultar inaudible. Dentro, el suelo está rematado con un adoquinado blanquecino que refleja los rayos del sol como lo hace la nieve y en los momentos del día de mayor claridad el efecto es cegador. Tampoco cuenta con mucha vegetación, tal vez por ello instalaron las famosas “palapas”. Supongo que en el patio de mi residencial el hormigón le ha ganado la batalla a la clorofila. (Fragmentos del diario de campo, mayo de 2019)

El segundo grupo de estrategias familiares que identifiqué se localiza en el espacio de la urbanización y en la vida cotidiana que sus habitantes despliegan aquí. Los residenciales están contruidos sobre un cierre, sobre una separación física que como veremos también es social. Esta separación, que genera un *adentro* y un *afuera*, conforma una comunidad cerrada y controlada socialmente con unos servicios privados de uso exclusivo para residentes. Lo que intento mostrar entonces es por qué la vida en la urbanización, y particularmente las características de la socialización que se produce en estas comunidades vecinales, puede entenderse como parte de las estrategias familiares de movilidad social.

En las conversaciones que mantuve durante el trabajo de campo observé que varias personas coincidían en utilizar la expresión “hacia dentro” para referirse a la vida en el PAU. Esto sucedió con algunas vecinas del barrio como Flor, pero especialmente entre los habitantes de la parte antigua de Carabanchel Alto. Violeta, que es una mujer muy andarina, me contaba que cuando sale a pasear por la zona nueva nunca se encuentra a nadie. “Es que la gente no anda”, dice, “como salen en coche o están dentro de su

urbanización yo no veo a gente pasear". Desde *fuera*, como vecina de la periferia obrera colindante, su percepción es que en el PAU "en general se vive muy hacia dentro". "Yo lo viviría mal, pero creo que la gente lo valora como algo positivo", concluye. Pedro, miembro de la Asociación de Vecinos de Carabanchel Alto, utilizaba la misma expresión para referirse al PAU como un barrio en el que apenas existe un uso de la calle. La vida discurre fundamentalmente en la urbanización y las relaciones vecinales quedan también reducidas a ella. Según él, esto constituye un reto para la Asociación, que intenta organizar actividades para promover el tejido de relaciones y un mayor uso del espacio público y común.

El problema es que casi todas las urbanizaciones [...] son como ciudades dentro de la ciudad. Que tienen su pista de pádel, que si tienen su piscina, que tienen su zona infantil... [...] ¿Pero qué significa esta forma de organizar la vida? Que muchas veces tú de la casa sales para bajar al sótano, coges el coche, sales del garaje, vas a donde sea y vuelves. Quiero decir, no pisas la calle. [...] En la parte antigua tú tienes que salir a la calle salvo raras excepciones que tengan algún garaje. Entonces eso hace que la vida sea una vida muy de puertas hacia dentro, ¿no?, con vigilantes jurado en las puertas y tal. Entonces eso, eso se nota. O sea a nosotros nos cuesta... fíjate que hacemos las fiestas aquí en la parcela esta donde está el metro, y no va mucha gente. [...] Pero yo creo que hay un, digamos se ha configurado una vida un poco hacia dentro y no tanto hacia fuera, ¿no? Y eso pesa, está ahí condicionando. [...] La gente pues se conoce entre los de su colonia pero poco más. [...] En fin, nosotros precisamente tratamos todo lo contrario, es decir, que la gente viva pues un poco en la calle, que nos relacionemos. [...] Tú puedes perfectamente vivir en el barrio y no pisarlo. (Entrevista con Pedro, febrero de 2019)

En distintas ocasiones al quedar con mujeres del PAU para hacerles una entrevista su primera reacción era la misma: al explicarles que estaba haciendo una investigación sobre el barrio me advertían de que posiblemente ellas no fueran a servirme de gran ayuda debido al poco tiempo que pasaban aquí. Cuando me cité con Ana sucedió lo mismo. Nada más sentarnos en la terraza de la cafetería en la que habíamos quedado a desayunar me dijo que no sabía si iba a poder ayudarme⁷³: "Nunca estoy aquí [...]. Es venir, salir del garaje, ir a trabajar, volver, coger a los niños, meterme en el Mercadona y subir para casa". Por tanto, ese "vivir en el barrio y no pisarlo" al que se refería Pedro es una sensación que me relataron varias mujeres, de diferentes formas, a través de sus experiencias cotidianas.

Así, tomo prestada la expresión *vida hacia dentro* para tratar de conceptualizar las dinámicas de socialización cotidiana que se producen en las comunidades vecinales de las nuevas periferias neoliberales. Lo que denomino *vida hacia dentro* consiste en la construcción del espacio residencial de la urbanización como el epicentro de la socialización en el PAU. Voy a explicar cuatro de sus características. Primero, se produce una atomización en la célula familiar. El ámbito de la vivienda, el hogar, se erige como un espacio de vida fundamental. La vida familiar toma tal centralidad que las relaciones vecinales, tanto en el barrio como en la urbanización, se organizan a través

⁷³ Es cierto que la propia situación de entrevista, como una situación social, no se puede desterrar de la explicación de este fenómeno. Por un lado, esa primera reacción que consiste en mostrarse como una persona no experta en el tema, que no sabe demasiado, y que además considera su testimonio como irrelevante o carente de valor, es una actitud frecuente entre sujetos con poco poder social. La situación de entrevista puede intimidar y generar un contexto en el que las entrevistadas sientan que se están poniendo a prueba sus conocimientos y, ante ello, tiendan a adoptar una posición humilde o insegura. Por otro lado, su predisposición a colaborar con la antropóloga y a hacerlo lo mejor posible también infunde una cierta presión. Se trata de un compromiso con la entrevistadora que no es abstracto, sino que se concreta en la voluntad de, en este caso, unas mujeres adultas que intentan colaborar con una mujer joven que les ha pedido ayuda para su investigación.

de ella, especialmente en torno a las prácticas que envuelven la crianza. Además, gran parte de las actividades de ocio y socialización se desarrollan en el residencial, en sus espacios y servicios privados, y por tanto, en detrimento del espacio y los bienes comunes y públicos. Segundo, esta expansión de lo privado y lo doméstico tiene consecuencias para las mujeres y repercute en una sobrecarga de trabajo reproductivo que se ensambla de diversas formas en la vida cotidiana de los residenciales. Tercero, la constitución de las urbanizaciones como espacios cerrados con un repertorio de dispositivos securitarios alienta las dinámicas de atomización, facilitando el control de la propia comunidad vecinal y de sus límites. Se produce entonces una socialización controlada, en un espacio privado-cerrado y con grupos sociales que se (re)conocen y se entienden como semejantes. Cuarto, en estos modelos de residencial que generan una gran cantidad de tareas y servicios se urde también una red de empleados y empleadas que trabajan para la comunidad de propietarios. Todo ello se ve involucrado en los significados de *calidad de vida*, en ese mejorar las condiciones de vida en relación al contexto de procedencia.

Esto, que sin duda es relevante en el mundo social de los adultos, lo es aún más en el caso de los niños y las niñas que nacen y crecen en estos residenciales, pues sus espacios elementales de socialización primaria y secundaria se ubican en este contexto y (re)producen dichas dinámicas de socialización. Es en este sentido que la *vida hacia dentro* adquiere un rol importante en el espacio de las estrategias familiares de reproducción y movilidad social, teniendo en cuenta además la proyección intergeneracional de la que están preñadas este tipo de estrategias.

I. La casa y la urba: vida familiar y expansión del mundo privado

Ya he comentado anteriormente que las rutinas y los horarios en el PAU están marcados por los tiempos laborales y de crianza. Cuando charlaba con las mujeres sobre su cotidianeidad, en sus relatos se repetía una y otra vez la misma secuencia. Ruth me explicaba que en el día a día, después del trabajo, su agenda está marcada por las necesidades y las actividades de su hijo de 8 años. Entre semana y durante los meses de curso escolar la vida se desarrolla entre el coche y la casa:

Ruth: Es que al final mi agenda es la de Lucas. Es él el que me dice los eventos a los que tenemos que ir, entonces sí que es verdad que lo veo todo muy familiar y con la gente con la que yo me junto siempre es como, “me voy corriendo a por la niña a la extraescolar de no sé qué”. [...] Y aquí en la urbanización, o sea es que, en octubre dejas de ver a los vecinos y les vuelves a ver en junio, porque el resto del tiempo ni se baja a la calle, ni te les cruzas, porque es que te metes en el garaje, subes con el ascensor a tu casa que no para en ningún lado, o sea no ves a nadie, no ves a nadie.

Durante los días de rutina escolar y laboral la urbanización suele convertirse en un territorio mediador entre el coche y la vivienda. El ámbito de la casa, del hogar, se constituye entonces como uno de los principales espacios de vida y articuladores de existencia. Como me contaban muchas vecinas, a veces pasan semanas sin “pisar la calle” e incluso sin “bajar a la urbanización”.

Las tardes, los fines de semana y sobre todo los meses de verano son los momentos de mayor uso y ocupación de los patios interiores. Es decir, los tiempos en que los adultos en su mayoría no trabajan y las criaturas no están en el colegio. Los niños y las niñas suelen ocupar todo el espacio de los patios como zona de juego: las aceras, el césped, las canchas de fútbol y baloncesto y las áreas de parque infantil. Mientras que

las personas adultas utilizan las pistas de pádel, el gimnasio de la comunidad o la sala de usos múltiples, que en algunas urbanizaciones acoge las clases semanales de zumba, pilates o yoga —actividades a las que, de facto, solo acuden mujeres—.

Es posible reservar la pista de pádel simplemente para jugar un partido con vecinos o con amigos invitados, o para recibir clases. Algunas personas contratan a profesores particulares que se desplazan hasta las urbanizaciones para impartirlas, algo que aumenta aún más el componente de relativa distinción que aporta la práctica del pádel⁷⁴. Los vecinos de la segunda urbanización en la que viví también aprovechaban la pista para organizar torneos. Durante dos años consecutivos se celebró el “Open Padel Comunidad de Propietarios Tristes Trópicos”⁷⁵. En la garita de seguridad de la urbanización se podía consultar el tablero de clasificaciones. Colgaron un esquema con los partidos y los resultados de la competición donde también aparecían los nombres variopintos de los equipos. Luis Word, España, Los del quinto, Domingos, Los paquetes y los clásicos nombres resultantes de la fusión de dos nombres propios como Freman —de Fredo y Manoli— y Silvicris —de Silvia y Cristina—. Lamentablemente quitaron el cartel antes de que pudiera descubrir el equipo ganador del torneo.

Son muchas las ventajas de contar con estos servicios privados a los que tiene acceso un número limitado de personas. Están disponibles todos los días de año prácticamente a cualquier hora y tan solo bajando las escaleras de casa. En un tiempo en el que el mercado de trabajo experimenta un proceso continuo de desregulación y empeoramiento de las condiciones laborales, los horarios del empleo se expanden y ocupan cada vez más horas del día. Además son inestables y pueden variar cada semana e incluso cada jornada. Los turnos pueden ocupar las mañanas, las tardes y también los fines de semana, y la temporalidad laboral ocasiona cambios frecuentes que ponen a prueba cualquier posibilidad de rutina o de planificación a largo plazo. Cada

⁷⁴ El pádel es un deporte que cuenta con cierto aire distintivo. Está tradicionalmente vinculado a las clases dominantes tanto por las propias características de la actividad física como por las condiciones que rodean su práctica. Bourdieu (1991 [1979]) desarrolla ambas dimensiones para el caso de otros deportes como el golf, el tenis, la navegación, la equitación o el esquí, pero pueden aplicarse también a la práctica del pádel. “Todas las características que percibe y aprecia el gusto dominante se encuentran reunidas en unos deportes como [estos] [...]. Practicados en lugares reservados y separados (clubes privados), practicados en los momentos en que apetece, solo o con compañeros elegidos (características todas ellas opuestas a las disciplinas colectivas, a los ritmos obligados y a los esfuerzos impuestos de los deportes colectivos), al precio de un coste corporal relativamente reducido y en cualquier caso libremente determinado, pero al precio también de una inversión relativamente importante [...] en tiempo y en esfuerzos de aprendizaje específico (lo que les hace relativamente independientes de las variaciones del capital corporal y de su decadencia con la edad), estos deportes sólo dan lugar a competiciones altamente ritualizadas y regidas, más allá de los reglamentos, por las leyes no-escritas del *fair-play*: el intercambio deportivo reviste en ellos la apariencia de un intercambio social altamente civilizado, que excluye toda violencia física o verbal, todo uso anómico del cuerpo (gritos, gestos desordenados, etc.) y sobre todo cualquier especie de contacto directo entre los adversarios (separados con frecuencia por la propia organización del espacio de juego y por los diferentes ritos de apertura y de clausura). [...] Resulta comprensible el hecho de que los obstáculos económicos por muy importantes que sean [...] no basten para explicar la distribución de estas prácticas entre las clases: son unos derechos de entrada mucho mejor ocultos, como la tradición familiar y el aprendizaje precoz, e incluso la compostura (en el doble aspecto de “corrección de las maneras” y “manera de vestirse, aspecto externo”) y las técnicas de sociabilidad de rigor los que excluyen de estos deportes a las clases populares y a los individuos en ascensión de las clases medias o superiores [...]” (p. 214). Algunas de estas cuestiones han cambiado desde el contexto de la Francia de los años setenta en el que escribía Bourdieu. Al menos en nuestro país, se ha experimentado un cierto proceso de difusión del pádel entre otras clases sociales, sobre todo a raíz del aumento de las pistas para jugar a este deporte en las instalaciones polideportivas municipales.

⁷⁵ Tristes Trópicos es el nombre de la calle en la que se ubica la urbanización, nombre que ha sido modificado en esta etnografía.

vez resulta más complicado comprometerse con un horario fijo de clases para practicar ejercicio y también adaptarse a los horarios de apertura de los centros deportivos privados o municipales. Cuestión que añade todavía más dificultad a la práctica de deportes en equipo o en grupo: si organizar el tiempo de una vida ya resulta un ejercicio de ingeniería, cuadrar las agendas para encontrarse con otras personas y comprometerse con ellas de forma estable parece toda una quimera. A esta individualización y “desregulación” de la práctica deportiva se le suma otro elemento. Los polideportivos municipales de la periferia, además de externalizados en su gestión, se encuentran completamente saturados y no resulta nada sencillo encontrarlos disponibles cuando se goza del tiempo para usarlos. De esta manera, los servicios privados de la comunidad, como la pista de pádel, emergen como una gran comodidad. Aportan ventajas y facilidades a ese encaje de bolillos entre los horarios laborales, la vida familiar, el ocio y la práctica deportiva en tiempos neoliberales.

Además de las actividades deportivas, en las urbanizaciones suelen existir una o dos salas, habitualmente apodadas “salas de usos múltiples”, que están a disposición de los vecinos y vecinas. En ellas se organizan eventos familiares como fiestas y cumpleaños infantiles y también se celebran las reuniones de la junta de propietarios. Al menos en la primera urbanización en la que viví, para usar la sala era necesario reservarla previamente y pagar un importe en concepto de alquiler. El uso y la gestión de estos espacios es una fuente habitual de conflictos en las urbanizaciones: porque algunos los usan demasiado, porque lo dejan todo sucio, porque no recogen bien, porque hacen mucho ruido... En las clases de pilates era un tema recurrente que solía sacar Pili, la vecina más mayor. “Se han tirado todo el fin de semana ocupando la sala y el patio porque les ha dado por sacar las sillas y las mesas. No entiendo para qué reservan la sala si luego se pasan todo el tiempo fuera”, se quejaba una tarde mientras calentábamos los tobillos antes de la clase. A medida que íbamos ascendiendo por las partes del cuerpo —tobillos, rodillas, cadera, hombros, brazos y cuello— su enfado iba aumentando. Le molestaba que la gente ocupara el espacio exterior de la sala por dos motivos. En primer lugar, “si cada uno se sacase su silla al patio y se pusiera como en una terraza...” y en segundo lugar, “se les cae la comida al suelo y después se queda la grasa”.

Cuando llega el calor del verano y el sol cae a plomo en Madrid, pequeños, mayores y adolescentes —que se dejan ver poco por el residencial ya que habitualmente transitan en grupos por los parques del PAU— se dan cita en las piscinas de las urbanizaciones. Sin duda el servicio comunitario de los residenciales que recibe mayor uso y en grupo, en forma de evento social vecinal. El patio interior que de septiembre a mayo permanece algo desolado, el 15 de junio —“fecha oficial informal” de apertura de las piscinas en el PAU— se llena de vecinos y vecinas.

El día 15 de este mes abrieron la piscina. Por la tarde se llena de chavales y chavalas que se tumban en el césped en grupos. Escuchan música, comen patatas fritas, se hacen fotos con los móviles y despliegan todo tipo de rituales juveniles de erotismo y heterosexualidad adolescente. Es habitual verles ocupando una parcela de césped que está fuera del recinto de la piscina, al otro lado de los setos, lejos de la mirada de los adultos. Antes de la apertura de la piscina no me había encontrado con ninguno por la urbanización, siempre me los cruzaba en los parques exteriores.

En el perímetro de la pileta y en la zona de césped que lo rodea también hay niños y niñas que gritan y corretean en todas las direcciones, como electrones alrededor de un núcleo atómico. Los adultos,

más estáticos, permanecen sentados en sillas plegables de distintos modelos y vigilan con más o menos atención a los pequeños.

Las personas adultas suelen estar en grupos de tres o cuatro y a veces hasta de ocho. Normalmente se juntan con los mismos vecinos y vecinas porque tienen mayor afinidad o porque coinciden en el mismo horario, y es común que cada grupo se sitúe día tras día en la misma zona. Los espacios de sombra son sin duda los más codiciados. Yo “bajo” —en el PAU siempre se usa la expresión “bajar a la piscina”— en el grupo de las 15:00 cuando la piscina y el césped están prácticamente vacíos porque la gente está comiendo o descansando. En este turno coincidí con Pili, mi compañera de pilates, y Ángela, vecina que terminé conociendo en el turno de las 15:00.

Junto a cada uno de los portales se amontonan grupos de sillas plegables que los vecinos y vecinas dejan ahí durante los meses de verano para no tener que subirlas y bajarlas todos los días. En eso mi portal es especial: sea porque es el más próximo a la calle o porque en la escalera así lo han decidido, en mi portal las sillas se guardan en los rellanos, junto a cada una de las puertas de las viviendas. Mis vecinos del 1ºB tienen las suyas a la puerta y en una han escrito con rotulador “Manolo 1ºB”. (Fragmentos del diario de campo, junio de 2018)

La piscina funciona como un espacio fundamental de socialización dentro de los residenciales. Al ser uno de los pocos lugares donde se reúnen los vecinos y vecinas en grupo es posible encontrarse con personas que hace tiempo que no se veía, obtener información sobre nuevos residentes y ponerse al día de lo acontecido durante el resto del año. Aunque, como ocurre en la mayoría de espacios e interacciones sociales, la gente suele juntarse con su grupo de afinidad. Pude comprobar el rol tan importante que desempeñaba la piscina como lugar de ocio y relación vecinal durante mi primera semana de verano en el PAU: lo que hasta entonces habían sido notas lastimeras en mi diario de campo sobre la falta de información acerca de la vida cotidiana en el barrio y mi total incapacidad para relacionarme con sus habitantes, se convirtió en una explosión de apuntes sobre las *formas de hacer* de mis vecinos y vecinas —sus conversaciones, su forma de estar en la piscina, los planes para las vacaciones, los juegos infantiles de los más pequeños, los comentarios sobre el cuerpo de tal o cual vecina, los recuerdos sobre aquel monitor de zumba, etc.— y en una oportunidad para intimar un poco más con las compañeras de pilates que me encontraba y que, a su vez, me presentaban a sus vecinas. Al mismo tiempo, las disputas en las comunidades sobre el mantenimiento de las piscinas o sobre las obras de acondicionamiento que hay que ejecutar cada cierto tiempo se convertían en un tema clásico de conversación. Sin duda uno de los mayores temores es el fantasma de las obras estivales en la piscina: “ya verás como nos toquen obras este verano y no se pueda abrir la pisci”.





Fotos 10. La piscina de un residencial (Verano de 2018)

Así mismo, contar con una piscina privada durante el verano resulta todo un lujo en Madrid. O mejor dicho, en un barrio de la periferia sur madrileña. En el verano de 2018 en el distrito de Carabanchel, el distrito más poblado de la capital con más de 260.000 habitantes, solo había dos piscinas municipales al aire libre y una de ellas estuvo cerrada por obras durante varios meses. Como puede imaginarse, estas piscinas se encuentran abarrotadas y hay que hacer cola y compartir el espacio del agua, los vestuarios y el césped con la heterogeneidad de pobladores de todo un barrio de periferia, con sus hábitos y costumbres. Por ello tener una en la urbanización supone no solo contar con un espacio de ocio durante el verano, cuando el calor en ocasiones se hace insoportable y las alternativas para padres y madres con criaturas son escasas, sino que constituye toda una marca de distinción en este contexto sociourbano. Aquí, en los barrios de la periferia obrera, las piscinas son un medidor de clase social⁷⁶. Mayte, vecina de la urbanización y originaria de Carabanchel Alto, nos contó a María y a mí que cuando llegó a este residencial —donde vivía su pareja— lo primero que pensó fue: “pádel, clase de zumba y piscina, ¡ni la reina Letizia!”.

De esta forma los valores históricamente burgueses de privacidad e intimidad que en nuestra sociedad permean el significado dominante de la casa y el hogar (Löfgren, 1984; Davidoff y Hall, 1994 [1987]), se refuerzan y se expanden aún más en un barrio como el PAU. La rutina dedicada al vaivén entre los desplazamientos al trabajo y las actividades de crianza, la socialización al interior de las urbanizaciones y el propio diseño de los residenciales cerrados sobre sí mismos magnifican la dimensión del espacio doméstico y privado. Se puede decir entonces que el PAU está construido a través de una hipertrofia de la esfera privada, una expansión de lo privado en términos físicos y sociológicos.

En primer lugar, las urbanizaciones y los patios interiores cuentan con unas grandes dimensiones físicas y concentran en su interior la mayor parte de la actividad que se desarrolla en el barrio. Mientras el espacio público se configura como una zona de paso, residual, y no de estancia y encuentro. Este diseño urbano y la centralidad que toman los dispositivos securitarios en la vida cotidiana del PAU —muros, vallas, controles de

⁷⁶ La entrada “piscina” en el *Diccionario de las periferias de Carabancheleando* (2017) explica con más detalle esta cuestión.

acceso, recintos cerrados— consiguen que se normalicen prácticas que, como hemos visto, revalorizan continuamente lo privado y que además se encuentran vertebradas por la lógica securitaria. Por poner algún otro ejemplo, a pesar de que en el PAU hay mucho espacio de aparcamiento libre y gratuito y prácticamente todas las calles tienen zonas de estacionamiento con línea blanca, los vecinos y vecinas de los residenciales se muestran reticentes a dejar sus coches en la calle. Muchas familias que tienen dos vehículos y solo cuentan con una plaza en el parking de la urbanización desarrollan todo tipo de estrategias para hacerse con otro hueco en el parking y no estacionar el segundo coche en la calle. No lo hacen tan solo por una cuestión de comodidad —no tener que buscar aparcamiento, poder bajar en ascensor directamente al parking, no tener que caminar hasta el coche, etc.—, también porque consideran que durante las noches el barrio está muy solitario y el vehículo corre riesgo en la calle. Un vecino de la primera urbanización en la que viví me contó que a lo largo del día se asomaba varias veces a la ventana para vigilar que su coche estuviera donde lo había dejado. O como me contaba Sofía —refiriéndose a su barrio de Nuevo Tres Cantos pero en una dinámica extensible al PAU de Carabanchel—, la atomización en el residencial es tal que hay vecinos que van a tirar la basura en coche, sin necesidad de pisar la calle:

Sofía: Yo creo que para mí hay una imagen que lo ilustra todo y es que la gente va a tirar la basura con el coche. Claro porque tú, yo bajaba a tirar la basura en pijama con las zapatillas, entonces aquí como el coche lo tienes en el parking en la -2 del edificio tú bajas con tu bolso, te metes en el coche, sales del garaje y cuando pasas por delante de la zona de contenedores lo tiras a la basura. Entonces eso lo puedes llevar a cualquier escala.

Inés: Claro, el uso del coche...

Sofía: Para todo. El uso del coche y la... no me sale la palabra, es que me sale en inglés [se ríe], la *isolation*...

Inés: ¿El aislamiento?

Sofía: Eso. Suena muy *snob* cuando digo “es que solo me sale en inglés”. Es que curro todo en inglés entonces se me... Pues eso, ese es el aislamiento urbano que no hay relación más allá de lo que te encuentras en el ascensor.

En segundo lugar, se lleva al extremo lo que Begoña Pernas (2002) denomina “sociedad de los hogares”, como el proceso histórico de “formalización del espacio privado y la elevación de la familia como única satisfacción de las necesidades de relación de los individuos”, en detrimento de otras dimensiones y espacios de socialización como el ámbito político o sindical, el espacio público o el barrio⁷⁷. En la cotidianeidad del PAU la vida social se organiza a través de la célula familiar y fundamentalmente en los espacios de la vivienda y la urbanización: llevar o traer a las criaturas al colegio y a las actividades extraescolares, acompañar su tiempo de juego en el patio de la *urba*, el ocio en familia los fines de semana, pasar la mañana en la piscina comunitaria o jugar al pádel en el recinto de la urbanización.

⁷⁷ Begoña Pernas (2002) señala como parte de este proceso general —que como digo adquiere características específicas en el PAU— dos movimientos que han discurrido en paralelo. Por un lado el relativo aumento del tamaño de las viviendas de la clase trabajadora, que paradójicamente ha ido de la mano de la reducción del tamaño de las familias, y por otro la disminución, el deterioro y la desvalorización de los espacios públicos y comunitarios. Algunos directamente han desaparecido como los tenderos comunitarios y los lavaderos públicos.

Muchas madres me explicaban los beneficios de la urbanización cuando se tienen niños pequeños. Existe, al menos entre ellas, una valorización de la urbanización cerrada como el mejor espacio para la crianza. Para Ruth todo son ventajas: su hijo se entretiene en la piscina jugando con sus vecinos de *urba*, en un lugar que es “cerradito” y con gente conocida. Ese espacio cerrado y controlado le reporta “tranquilidad”. “Esto que es cerrado, o sea a mí es que me da la vida”, me confiesa en esta conversación:

Inés: [Los niños] se pasan todo el día en la piscina, claro.

Ruth: Sí, la verdad es que eso no lo cambiaría... O sea, además es que cuando lo hablo con una hermana de Manu que “pues nos gustaría comprarnos una casa”, y yo, “piscina, piscina”. Es que teniendo niños, piscina.

Inés: Sobre todo es que Madrid en verano...

Ruth: Pero ya no por el... o sea es por el rollo de los niños. Esto que es cerrado, o sea a mí es que me da la vida. El sábado hicimos su cumpleaños, nos quedamos hasta tarde con amigos y el domingo por la mañana me bajé a la pisci y luego nos fuimos a comer y me dijo Lucas “me bajo a la piscina”, digo, “vale, me voy a echar un rato la siesta”. A las 20:00 abrí los ojos y dije, yo tengo un hijo [nos reímos]. Me asomé por la terraza y, “ah, sí, sigue ahí, vale”. O sea que te da una tranquilidad...

Los niños que estaban jugando cerca de nosotras se vuelven a la zona de césped y nos despiden. Van saltando encima de las toallas y Ruth les indica que no lo hagan. Después continúa hablando conmigo.

Ruth: Para el tema de los niños es un gusto, vamos, es que cerradito, que luego al final pues siempre conoces a vecinos que te van a mirar los peques, ¿sabes? Me parece lo mejor.

Inés: Y él [refiriéndome a su hijo] también tendrá sus amigos y amigas aquí...

Ruth: La cuchipandilla. Bueno, amigos y enemigos a la vez. Pero los mismos, ¿eh? Los mismos son amigos y enemigos al mismo tiempo [se ríe].

Inés: Sí, además de un día para otro [riéndome].

Ruth: [...] Además cuando dieron las casas sí que estaba la piscina pero toda esta zona no era habitable, tenía como piedra suelta, era el tejado del garaje y no se podía andar por aquí. Y no estaba cerrado todo, ni estaban hechos los trasteros, entonces se decidió luego el cerrarlo. Bueno, el cerrarlo nos lo obligó el ayuntamiento. ¿O sí que estaba cerrado esto? No me acuerdo ya. [...] Se hicieron los trasteros y el solar este y poner la zona infantil y todo eso, que a nosotros nos vino guay porque fue justo cuando tuvimos a Lucas, o sea que nos pareció guay. Y con la piscina es que da mucha más vida, vamos, que lo tienes ya... el completo.

“El completo”, que dice Ruth, parece aludir al *pack completo* que proporciona el residencial como un espacio cerrado, privado, con servicios, donde el ocio y la socialización de las criaturas y también de las personas adultas se desarrolla de forma controlada, cómoda, y en una comunidad con grupos sociales que se reconocen como semejantes.

Como digo, la socialización se organiza fundamentalmente a través de la célula familiar y las actividades de crianza. Es cierto que la propia composición sociológica del barrio, donde la mayor parte de sus habitantes son familias jóvenes con niños y niñas, facilita la existencia una dinámica familiar. Pero lo interesante reside en las dimensiones y las características que cobra este fenómeno en el PAU: la casi inexistente diversidad en los grupos de edad hace que todo un barrio se encuentre en el mismo momento del ciclo

vital y la configuración urbanística y social en torno a la vivienda y la urbanización genera una expansión de las actividades familiares y de crianza. Por ello, tanto las mujeres que tienen hijos como las que no, me hablaban con frecuencia de la dificultad de tejer relaciones vecinales si estás soltera o si no tienes criaturas. Como le comentaba Mayte, nuestra vecina de urbanización, a María: “yo como no tengo hijos no me entero”. Y Laura me explicaba lo mismo en relación a su comunidad: “ellos [sus vecinos] bajan con los chiquillos y tal, ellos se conocen todos y yo no conozco a nadie porque yo nunca bajo a nada”. Vivir en un residencial y no ser madre implica, en la práctica, encontrarse fuera de las principales redes vecinales de información y también de las prácticas y los modos de socialización imperantes. Flor y Marisa eran conscientes de ello aunque fueran madres. Esta última lo explicaba así:

Marisa: Los vínculos realmente los empiezas a tener cuando tienes hijos que ya, claro, pues es bajarte al patio, bajarte al parque, o juntarte con la gente de los coles. O sea el momento en el que tienes hijos es cuando te quedas más en el barrio, obviamente.

Inés: Sí, ¡lo noto! Se lo decía el otro día a Ruth. Digo, Ruth, es que no consigo contactar, ¡no hago amigos!

Marisa: Porque además, claro, son parcelas muy cerradas. Si hubiera parcelas más abiertas pues la gente, yo qué sé, la verías más, pero es que claro... [...] Yo tengo una amiga que es soltera, que no tiene hijos tampoco [...]. Y su vidilla es en Madrid, o sea se va a Madrid capital, claro. [...] Entonces bueno, es que no hay planes para gente soltera, por así decirlo. [...] No hay un sitio donde puedas compartir inquietudes o compartir cosas, con lo cual...

Incluso la oferta de actividades de ocio y deporte que existe en el barrio, que ya es escasa de por sí, refleja esta centralidad de la vida familiar. Por poner solo un ejemplo, desde hace casi seis años sigo un grupo de Facebook de vecinos y vecinas del PAU en el que prácticamente solo hay dos tipos de publicaciones: anuncios publicitarios o preguntas relacionadas con los comercios que abren y cierran en el barrio, y ofertas de ocio en familia.

Esta idea de no estar completamente integrada en la vida del barrio y de las comunidades al no participar de sus principales espacios y actividades de encuentro se repetía en mujeres que no tenían hijos, como Mayte, Laura y María. Pero también en otras que, como Ana, habían experimentado una separación. En su caso, la ruptura con el padre de sus dos hijas había tenido un doble efecto en su vida cotidiana. Primero, la separación había supuesto la frustración de muchas estrategias familiares compartidas. Al deshacerse la pareja se tambalearon otros elementos como la vivienda y el coche familiar, la red de amistades en común, los apoyos de la familia extensa o la propia trayectoria laboral de Ana, que tuvo que reajustarse cuando se quedó al frente de una casa con dos niñas pequeñas. Segundo, la separación también trajo consigo una reubicación en las redes de sociabilidad del barrio. A veces, en los tiempos de socialización en familia, Ana se encontraba incómoda o desplazada, sin encontrar su lugar. Y al mismo tiempo pensaba que en el PAU tampoco había alternativas de ocio para “las divorciadas”, como ella decía. En nuestras conversaciones utilizaba la expresión “en tierra de nadie” para explicar esta situación que describía entre experiencias de soledad y aislamiento. Me confesó también que sentía miedo por su futuro, cuando sus dos hijas se hicieran mayores: “voy a tener cada vez menos autonomía y más soledad porque te necesitan, pero de vigilante. [...] Tú tienes que estar ahí pendiente de cuando entran, salen, haciendo todas tus cosas de la casa. Y todo ese

tiempo, que yo ahora lo cubro con ellas, [...] pues ya no voy a estar con ellas. Entonces voy a estar ahí más tirada que tirada”.

El contrapunto sociológico a estas situaciones de *miseria de posición* (Bourdieu, 1999 [1993]) —como me referí a ellas en el capítulo 2— tal vez lo constituya Ruth. Si aquellas se caracterizan por experiencias de insatisfacción, relegación o incomodidad en un contexto social determinado y por parte de sujetos que no cuentan con los recursos o las condiciones necesarias para participar satisfactoriamente de él, Ruth definía el PAU como un lugar especialmente cómodo e idóneo para su actual vida en familia. Con espacios de juego controlados y acotados para las criaturas, zonas de esparcimiento y lugares para correr al aire libre o pasear al perro. “Creo que hay muchos menos inconvenientes que ventajas”, me decía.

De vuelta al espacio de la urbanización, esta centralidad de la vida familiar es también el origen de muchos conflictos vecinales en las comunidades. Una de las tensiones más frecuentes es la que se produce entre “las familias” y el grupo de “solteros y solteras”. Los primeros suelen reclamar silencio en los horarios de sueño infantil y se quejan de las fiestas que los solteros organizan puntualmente o de que en verano beban alcohol en las zonas comunes, alrededor de la piscina. Los segundos suelen quejarse de las molestias que causan los gritos de los niños y sus juegos, de la falta de control por parte de los padres y además consideran que las familias generan más molestias vecinales pero al ser mayoría no dan su brazo a torcer⁷⁸.

En la segunda urbanización en la que viví, tal vez porque había una mayor cantidad de viviendas en alquiler, existía un grupo de solteros y solteras que se formó cuando el residencial comenzó a habitarse. Se hicieron amigos y desde entonces, durante estos

⁷⁸ En agosto de 2020, mientras el fantasma de un segundo confinamiento por la COVID-19 sobrevolaba los ánimos sociales y yo me encontraba inmersa en el proceso de escritura, se formó un acalorado debate en el grupo de Facebook del PAU sobre las molestias ocasionadas por los niños y niñas en las urbanizaciones. El detonante fue el comentario de un vecino —soltero— que se quejaba de los juegos y gritos infantiles que no le dejaban conciliar el sueño por las noches: “A los padres que dejan a los niños sueltos por las urbanizaciones pegando voces como cochinos hasta las tantas: algunos nos levantamos a las 5 de la mañana, sería un detalle, que por respeto a la gente, sacrificaran un poco de tiempo (independientemente de lo que dice el BOE sobre que los niños pueden hacer ruido hasta las 23:00) de jugar en las urbanizaciones privadas (que encima muchos ni son de aquí), y dejaran a la gente descansar. Solo basta con esforzarse un poquito y enseñar respeto a vuestros hijos, por que, a ustedes también les gusta que se les respete, verdad? Gracias”. A raíz de este comentario se organizó un debate online en el que terminaron participando más de una treintena de vecinos y vecinas del PAU. En esta discusión, que seguí con mucho interés a cientos de kilómetros de distancia, pude identificar cuatro grandes puntos de vista o posiciones discursivas que son los que habitualmente afloran en este conflicto vecinal entre familias y solteros/as. Primero, las personas solteras que se encuentran visiblemente molestas y que construyen un discurso en torno a tres ideas —aquí se enmarcaría el anterior comentario—: los niños molestan, supone una falta de educación y es responsabilidad de los padres que no les educan y además se desentienden de ellos. El segundo punto de vista es el adoptado por las familias que se encuentran molestas con la actitud de las personas solteras en las urbanizaciones. Su discurso pivota sobre la idea de que “también molesta la gente que no tiene niños”. Por ejemplo este comentario: “cuando no tienen niños no se acuerdan cuando bajan con minis a la piscina y se les caía el alcohol al suelo, eso no pasaba nada”. El tercero es un punto de vista que se muestra comprensivo con los distintos tipos de molestia vecinal. En su discurso se buscan las causas que hacen comprensibles cada conducta y se relativiza su importancia. Por ejemplo, este comentario que intenta explicar la actitud de los niños tras el confinamiento de la primavera de 2020: “se han tirado meses encerrados”. O este otro: “es verano y están de vacaciones, muchos no han ido más que a la urba. Deberíamos intentar ser más tolerantes”. Por último, está el punto de vista formalista o legalista que ante cualquier tipo de molestia vecinal siempre propone como solución el acudir a la policía o a la empresa administradora de fincas. Por ejemplo: “te aconsejo hablar con los administradores de tu finca y si están haciendo algo ilegal que lo comunican a través de cartelería”, “vivir en una comunidad cerrada implica respetar y cumplir las normas aprobadas en los estatutos”, “llama a la policía”, “si es dentro de la comunidad creo que la policía no puede hacer nada, sería hablar con el presidente o el administrador”.

más de diez años, habían mantenido el contacto, aunque muchas personas no vivían ya en la urbanización. Gracias a este grupo de personas que rondaban la cuarentena y que no estaban casadas ni tenían hijos, descubrí que existía todo un submundo en mi residencial donde solteros y solteras tenían sus relaciones paralelas, sus encuentros y desencuentros. Durante los primeros años se congregaban en el gimnasio de la comunidad y en las clases de zumba, organizaban fiestas veraniegas en la piscina, tuvieron sus relaciones amorosas cruzadas y también algunos enfados que aún pegan sus últimos coletazos.

Retomando el planteamiento inicial de este epígrafe, es importante señalar que eso que he denominado *la vida hacia dentro* es consustancial a la expansión y el sobredimensionamiento de la esfera privada que se produce en el PAU. Tal y como he mostrado, esto se efectúa sobre una retracción del espacio y la dimensión pública, y en paralelo, sobre una recentralidad del hogar y la célula familiar en detrimento de otras relaciones sociales que no involucren la identidad familiar. Apenas existe un uso colectivo y comunitario del espacio público —salvo en el caso de los y las adolescentes—, escasean las apropiaciones informales del espacio y se desvaloriza lo público y lo común como aquello *restante* o *sobrante* —lo que queda fuera de lo privado y lo cerrado— o que se relaciona con *la falta* —hace uso de lo público quien no habita en un residencial con servicios, quien tiene menos recursos, quien no tiene más opciones—.

II. *Tras la puerta del patio*⁷⁹: trabajo reproductivo y clases de pilates

El espacio privado se construye socialmente como un espacio *generizado*, un espacio femenino —porque las divisiones de género y las divisiones espaciales se constituyen mutuamente (McDowell, 2000)—. Se encuentra vinculado con el trabajo reproductivo que habitualmente realizan las mujeres. Como he mostrado, los PAU son barrios articulados a través de una expansión del ámbito privado en términos de la organización física y también de las relaciones sociales. Entonces, ¿qué consecuencias tiene esto para la vida cotidiana de hombres y mujeres?, ¿en qué posición quedan ellas cuando lo privado y lo doméstico/familiar se expande y lo público/comunitario se desvirtúa?

Se puede decir que el patio interior y en general los espacios comunes del residencial se convierten en una prolongación del ámbito doméstico. Lo doméstico se dilata, se estira, rebasa las fronteras de la casa y se desparrama por la urbanización. Esto se traduce en una mayor carga de trabajo reproductivo para las mujeres, especialmente de todo lo que tiene que ver con el cuidado de hijos e hijas: se expande el tiempo del cuidado.

⁷⁹ Este epígrafe toma prestado el título de la publicación de Ursula Kingsmill Hall *Tras la puerta del patio. La vida cotidiana de las mujeres rifeñas* (1998). Conocida como “la mujer del antropólogo” David Montgomery Hart, esta etnógrafa penetró en la vida doméstica y cotidiana de las mujeres de una comunidad campesina del Rif, al norte de Marruecos. Al cruzar el umbral de la puerta del patio, la frontera entre lo público y lo privado, entre lo productivo y lo reproductivo, Ursula tuvo acceso a todo un mundo femenino de relaciones sin el cual no era posible entender la sociedad rifeña. Se trata de esa mitad de la historia que la mayoría de antropólogos hombres habían olvidado. Gracias a Ángeles Ramírez por enseñarme el trabajo de Ursula y, en general, por descubrirme toda una genealogía de antropólogas que, nombrándose feministas o no, se interesaron por las prácticas, las necesidades y los problemas de las mujeres. En parte gracias a ella, y a ellas, me resultó imposible no mirar *tras la puerta del patio* de las urbanizaciones del PAU.

Muchas madres aprovechan los servicios que ofrece el residencial para realizar su ocio dentro de la urbanización, como las clases de pilates, de yoga o de zumba. Voy a intentar detallar algunas de las formas en las que se produce esta expansión del trabajo reproductivo a través del análisis de las clases de pilates, actividad en la que participé durante un curso. Al mismo tiempo esta práctica deportiva puede entenderse como parte de las estrategias que las mujeres desarrollan para lidiar con la sobrecarga de responsabilidades reproductivas, encontrando un tiempo para ellas e invirtiendo en su cuidado y presentación corporal.

Llego a la urbanización y justo delante de mí entra una mujer de unos 47 años. El guardia de seguridad que nos ha abierto la puerta se dirige a ella desde su puesto en la garita:

- Señora, ¿ya le han dado lo de pilates?
- A mí no me interesa, gracias.

Inmediatamente me acerco al guardia de seguridad y le digo que yo sí estoy interesada. Sin mediar palabra estira la mano y saca un papel del montón de cuartillas que tiene frente a él encima de la mesa. Se trata de un tríptico fotocopiado en blanco y negro que contiene información sobre las clases de pilates y un formulario de inscripción. “Aquí tienes”, me dice.

En la portada aparece la foto de una mujer de unos 40 años haciendo pilates. Va vestida con unas mallas negras y una camiseta de tirantes que le cubre el torso, en una imagen atlética pero no demasiado juvenil. En su mano izquierda luce un anillo colocado el dedo anular —como las madres casadas, supongo—. “Disfruta de un momento para ti”, “libera tu mente con el ejercicio sin salir de la urbanización”, dice el mensaje publicitario. En la parte inferior se indica el nombre de nuestro residencial.

En las siguientes páginas vienen algunos datos de interés sobre la actividad: precio, horario, contacto, método de pago... Las clases se celebran dos días a la semana, una hora cada día —de 19:30 a 20:30— por 21 euros al mes y tienen lugar “en la sala de usos múltiples de su urbanización”. (Fragmento del diario de campo, 22 de septiembre de 2017)

A estas clases, ofertadas exclusivamente para residentes⁸⁰, acude un grupo social bastante concreto —del que da cuenta de forma certera el folleto publicitario—: mujeres de entre cuarenta y cincuenta y tantos años que son madres y vecinas propietarias. Para ellas resulta muy cómodo realizar una actividad física “sin salir de la urbanización”, ya que facilita la organización entre las responsabilidades laborales y reproductivas. Como la actividad está literalmente “debajo de casa”, como ellas dicen, solo se ausentan —estando presentes— durante una hora. No hace falta desplazarse y a las 20:30 de la tarde ya pueden estar en casa haciendo la cena. Durante el tiempo que dura la clase, sus hijos e hijas suelen estar en actividades extraescolares, en casa o jugando en el mismo patio interior. De modo que si en ese intervalo de tiempo pasase algo ellas estarían al lado. Estas clases les permiten realizar ejercicio al tiempo que están al cuidado de sus hijos e hijas y de la casa.

Hoy asistimos a la clase todas, estamos las ocho alumnas. Cuando ya nos encontramos en la sala con las esterillas desplegadas el tiempo comienza a revolverse fuera. Se levanta algo de viento y truenas, parece que va a haber tormenta. Mientras dura el calentamiento Pili comenta en varias ocasiones que tiene la terraza de casa abierta y que le va a entrar agua. Unos minutos más tarde, cuando ya estamos en el segundo ejercicio, se levanta y sale a toda prisa del aula para cerrar la terraza. Mientras Pili sube y baja las escaleras hasta su piso, Cristy, la profesora, dice que más que

⁸⁰ En algunos residenciales se contrata a una empresa de deportes que funciona como intermediaria y en otros las vecinas pagan directamente a una profesora.

una clase de pilates “esto parece una clase de *step*” y añade que es la segunda vez que sube a su casa durante la sesión de hoy.

Al ser la última clase del curso hemos acordado quedarnos después a tomar algo por el PAU. Pero cuando acabamos Begoña y Sole se despiden, dando a entender que deben hacerse cargo de sus hijos pequeños. Algunas veces al terminar la clase se dirigen a la cancha de fútbol del patio interior donde están jugando. Hoy Sole nos cuenta que sus dos niños han estado malos y señala al pequeño, que en ese momento está jugando al fútbol a escasos metros. “Si el mío estuviera en la pista me daría tiempo a tomar algo con vosotras”, apunta Begoña. (Fragmentos del diario de campo, mayo de 2018)

Tanto es así que las clases de pilates siguen el calendario escolar, comienzan a finales de septiembre y terminan a finales de mayo, sorteando las vacaciones y los periodos de jornada reducida en las escuelas. “En junio no hay colegio por las tardes y la mayoría de actividades extraescolares se terminan”, explicaba un día nuestra profesora confirmando esta sincronización.

Los hombres, por su parte, rara vez practican actividades de ocio y deporte dentro de los residenciales, excepto en aquellos que tienen salas de gimnasio con máquinas o pista de pádel. Normalmente hacen *running* al aire libre, ciclismo o acuden a gimnasios exteriores. En mi clase de pilates se contaba la anécdota de que en una ocasión el marido de Pili se animó a practicar la actividad, fue a una sesión y no volvió más. Así, mientras que los hombres que practican deporte suelen hacerlo fuera de las fronteras del residencial, el ocio de las mujeres al interior de la urbanización se produce de forma simultánea a las actividades de crianza. Los servicios privados les permiten compaginar las tareas reproductivas y de ocio, de modo que el tiempo propio y el del cuidado se solapan —aunque ahora explicaré que lo hacen de una forma particular— y el trabajo reproductivo y la esfera doméstica se expanden.

Esta dinámica encuentra una traducción en términos de ocupación diferencial de los espacios porque, de hecho, son las mujeres y las criaturas quienes hacen un mayor uso de los espacios comunes de la urbanización. Como me explicaba Flor, aunque “ya hay mucho padre que sí asume su paternidad estupendamente [...] yo sigo viendo en mi patio a las madres que son las que están al pie del cañón con los críos”. Al ser las mujeres las que más tiempo pasan en la urbanización, y además lo hacen socializando en torno a la crianza o la actividades deportivas, juegan un rol protagónico en el mantenimiento de las relaciones vecinales. Algo que supone un aporte a la unidad doméstica en términos de red de amistades y de capital social. La siguiente conversación cotidiana que presencié en un autobús muestra esta relación: cómo son ellas las encargadas de organizar el trabajo reproductivo de la familia y cómo los espacios de socialización en el residencial, vinculados a ese trabajo y también a las clases deportivas, generan una red de amigas o conocidas que además sirve para compartir información relevante sobre asuntos de la comunidad de propietarios.

Son los primeros días de junio y las clases de yoga, pilates y zumba de las urbanizaciones ya se han terminado. Es viernes y por la noche he quedado con algunas amigas por Lavapiés. Como siempre, tengo por delante un largo trayecto en autobús. Unos segundos antes de que el conductor arranque entra en tropel un grupo que me va a procurar un viaje mucho más ameno. Son cinco mujeres, de entre 40 y 48 años más o menos, y su monitor de zumba. Vienen muy arregladas porque van a salir a tomar algo por el centro —lo que en la periferia se conoce como “subir a Madrid”—. Hablan muy alto, se ríen y gritan entre conversaciones cruzadas. Charlan sobre los hijos, los suegros, el trabajo y los asuntos de la urbanización. Otra vecina no ha podido venir porque “tenía a su suegro enfermo”. Todas ellas van repasando y comentando las tareas familiares que deben hacer

al día siguiente, por eso esta noche no podrán regresar muy tarde. Hay que planificar el medio de transporte y el horario. Una de ellas tiene que madrugar para llevar a su hijo mayor a un partido de fútbol. Juega en la posición de portero. Otra va explicando su último enfado con la “gestión de la comunidad”. La reflexión viene a ser la siguiente: si fulanita no quiere asumir los pagos de la derrama para arreglar la piscina, no podrá beneficiarse de su uso en verano. Las cavilaciones sobre la gestión de la urbanización continúan —al mismo tiempo que mi capacidad antropológica para fisgar profesionalmente se afina—: “nuestra comunidad es de un banco, yo cuando vi que nuestra comunidad tenía un saldo de 55.000€ con la cantidad de cosas que hay que arreglar”. En un momento las distintas conversaciones convergen y surge un pequeño espacio para analizar su relación como vecinas y compañeras de zumba. “Somos vecinas de toda la vida, como quien dice”, apunta una. “Ya son dos años compartiendo, que hay confianza”, responde el monitor. Otra de ellas, haciendo una comparación con un programa de televisión, exclama: “¡parecemos La que se Avecina!”. El grupo rompe a reír en una carcajada colectiva —que yo tengo que contener—. Me bajo en Palos de la Frontera sin poder saber en qué parada se apean y cómo continuará la conversación. Les dejo en mitad del griterío. (Fragmento del diario de campo, 7 de junio de 2019)

En las clases de pilates pude observar además otra dimensión. Constituyen un ejemplo de la expansión del espacio doméstico y reproductivo pero también se configuran como un “tiempo para una misma”. Las mujeres parecen usar este espacio para tener un rato para ellas, como una vía de escape a la rutina del cuidado familiar y la vida laboral. Cuando entran a la sala de usos múltiples del residencial y la puerta se cierra, realizan una actividad en la que no están encargándose del cuidado o del bienestar de nadie más que del suyo propio —aunque indirectamente sí lo hagan, en una posición de retaguardia, porque se hallan en una prolongación del espacio doméstico del que ellas son responsables—. Como decía atinadamente la publicidad del curso de pilates: “disfruta de un momento para ti”, “libera tu mente con el ejercicio”. A través de mi participación semanal pude identificar dos dinámicas que forman parte de esta dimensión a la que me refiero. Una tiene que ver con la preocupación por el cuerpo, la salud y el peso, y otra con la configuración de dichas clases como un “espacio de la queja”.

En primer lugar, el cuerpo adquiere una gran centralidad en las clases, hasta el punto de volverse el protagonista de las mismas. Esto tiene que ver, por un lado, con el modo en que lo corporal se involucra en una actividad física como el pilates, donde la actividad en sí consiste en ejecutar determinadas respiraciones y posturas. Durante las sesiones todos los ejercicios, indicaciones y correcciones van dirigidos a centrar la atención sobre el cuerpo-propio. Y por otro lado, con la existencia entre estas mujeres de una preocupación constante por el cuerpo, su cuidado y su aspecto. En las clases la mayoría de conversaciones y comentarios, tanto de la profesora como de las alumnas, versan sobre lo corporal, los problemas de salud y los temas que pivotan entre la estética y la medicina. Se comparten continuamente remedios, consejos, tratamientos de todo tipo —cremas, vitaminas, acupuntura, fisioterapia—, indicaciones y contraindicaciones, etc. Con frecuencia estos discursos revestidos de una retórica de salud integral esconden una preocupación por la apariencia y el estado del cuerpo: por su peso, su vigorosidad y su juventud. Es decir, aflora una dimensión en la que las clases de pilates suponen un “tiempo para una misma” que se dedica, entre otras cosas, al cuidado y modelaje del cuerpo propio. Forman parte de las *estrategias de presentación de sí* (Bourdieu, 1991 [1979]) que estas mujeres ponen en práctica a través de las clases pero también de otro tipo de consumos como ciertos gastos en alimentación o en productos y servicios de belleza.

Lo interesante de este tipo de consumos, al menos entre las mujeres del PAU con las que me relacioné, es que no son en absoluto ostentosos y no implican una gran inversión económica. Por el contrario, se persigue que sea baratos y accesibles. De hecho, en las conversaciones puede mencionarse abiertamente lo que ha costado el producto en cuestión para mostrar lo bien que está de precio. También es bien recibido el que se pueda conseguir en un supermercado o en una gran cadena *low cost*. Recuerdo una tarde en la que vino a casa Paula, una amiga de María que había vivido de alquiler en nuestra urbanización. Había comprado un tinte de pelo en Mercadona y venía para que María se lo aplicara, algo que obviamente resulta mucho más económico que acudir a un establecimiento. Tras la sesión de peluquería casera Paula se quedó a cenar, había traído comida para invitarnos:

Paula ha comprado en el Mercadona hummus de lenteja, palitos de zanahoria ya cortados, sushi y unos fideos con verduras. Todo viene precocinado y envasado con múltiples envoltorios de plástico. Ambas comentan lo “sanísima” que es esta cena. Paula insiste en explicarnos que lleva a cabo una alimentación muy sana y cuidada y pone los siguientes ejemplos: toma leche de almendras, pan integral, arroz integral, pasta de lentejas... Todos ellos productos que compra en Mercadona, de la marca blanca del supermercado —y por tanto accesibles de conseguir y comprar—. Para ella no existe ningún tipo de contradicción entre lo que enuncia como “comer muy sano” y comprar una gran cantidad de productos precocinados y envasados. (Fragmento del diario de campo, 16 de marzo de 2019)

En otra ocasión, bajé con María a la piscina y allí nos encontramos a Carmen —una de las integrantes del antiguo grupo de solteros y solteras de la urbanización—. Carmen tiene 38 años, está separada y no tiene hijos. María la tiene como un ejemplo de superación porque “ha adelgazado muchos kilos haciendo dietas y deporte”. En la mañana que pasamos juntas en la piscina uno de los temas principales de conversación fue precisamente el de las dietas y el ejercicio, siempre con el objetivo de adelgazar. Carmen nos cuenta que ha contratado un dietista a domicilio:

Ha empezado con un dietista que viene a su casa. “Es comodísimo”, asegura. La primera consulta son 50€, después las sesiones cuestan 35€ y son cada quince días. Nos dice que antes comía poco y con alimentos demasiado ligeros, como ensaladas y verduras, de modo que cuando salía a correr no aguantaba el esfuerzo. Se sentía débil y se fatigaba con facilidad: “no le daba al cuerpo energía”, explica. Ahora, en su dieta actual, contempla alimentos más energéticos como pastas y carnes para poder aguantar el ejercicio. Después María explica su plan: nos cuenta que el año pasado se castigó en el gimnasio y no vio los resultados —siempre medidos en términos de peso y aspecto—, por lo que este curso ha decidido abandonar el ejercicio. Su propósito es comer menos y caminar. (Fragmento del diario de campo, 8 de septiembre de 2019)

Así, las clases de pilates forman parte de ese conjunto heterogéneo de estrategias de *presentación de sí* que en el actual contexto neoliberal pasan por la práctica de ciertos deportes⁸¹ que se han popularizado durante los últimos años como el *running*, el yoga

⁸¹ El análisis de las prácticas deportivas a la luz del contexto neoliberal es un tema tan interesante como complejo que no puedo abordar en esta etnografía por cuestiones de espacio. Luis de la Cruz (2016), en un ensayo que tiene como epicentro el *running*, explora las transformaciones que ha experimentado el deporte en paralelo a la hegemonía de las políticas neoliberales, e identifica una propensión hacia actividades en las que los riesgos dejan de ser colectivos y pasan a ser privados e individuales. En este sentido señala ciertas tendencias como: el incremento de licencias individuales, la conversión de deportes clásicos de grupo en prácticas cada vez más individualizadas, la progresiva corporativización, el aumento de ejercicios que refuerzan el valor de la mercancía-cuerpo como el *fitness* o la musculación, el desplazamiento de la práctica del deporte desde las canchas y los polideportivos a los gimnasios o al ámbito urbano, etc. En el marco de estas tendencias me llama poderosamente la atención la difusión que han experimentado durante los últimos años el yoga o el pilates, prácticas antes solo reservadas para clases más pudientes. A medida que han ganado en accesibilidad y popularización han ido perdiendo su halo

o el pilates y también por el consumo de productos de alimentación y cuidado corporal que se comercializan bajo el discurso de “lo bio”, “lo orgánico”, “*real food*”, “*plant based*”, “bajo en azúcares”, “sin aceite de palma”, etc. Elementos todos ellos que ya son accesibles para algunos sectores de la clase trabajadora.

En segundo lugar, las clases de pilates se constituyen como un “espacio de la queja” para estas mujeres: un espacio en el que pueden mostrar abiertamente sus malestares. En cuanto entran por la puerta da comienzo un intercambio y volcado de preocupaciones y quejas que versan fundamentalmente sobre dos ámbitos: la familia y las responsabilidades —la falta de tiempo, los deberes de los niños, los horarios de sus actividades extraescolares, el partido de fútbol de los domingos— y los problemas de salud, dolores y malestares físicos —dolor de espalda, fascitis plantar, kilogramos que sobran, falta de hierro, una lesión de muñeca mal curada—. La forma en la que se ponen en común estas quejas es absolutamente relevante y siempre se produce de la misma manera. Tal vez por eso nunca pude dejar de ver en todo ello un componente casi ritual.

Nos colocamos en el aula formando una especie de semicírculo, cada una con su esterilla rectangular. Todas las sesiones dan comienzo con el mismo calentamiento que finaliza al aviso de “colocamos el cuerpo y vamos respirando”, la señal de Cristy, la profesora, para iniciar la tabla de ejercicios del día. Después realizamos al unísono las posturas que ella nos indica. De fondo suena la música que sale de su *tablet*, siempre con la misma lista de reproducción —donde no pueden faltar los grandes éxitos de Yann Tiersen—. Mientras practicamos esta rutina colectiva, las alumnas van comentando sus quejas y malestares del día. Hay clases en las que hablan todas y otras en las que solo intervienen una o dos. Es frecuente que en este “volcado” de malestares nadie responda o solo lo haga la profesora; por ejemplo cuando alguien, en mitad de un ejercicio, se queja de su rodilla algo atrofiada o del poco tiempo que tiene durante la semana. En raras ocasiones se establecen diálogos o conversaciones sobre las quejas entre las alumnas, excepto para dar consejos concretos sobre posibles tratamientos. A veces si la queja es graciosa, como suele pasar con Begoña, la respuesta colectiva es una carcajada. Todo sucede como si cada alumna le concediera a las otras un espacio para verter sus malestares, escuchándolos en silencio, y a la vez se concedieran un tiempo para ellas mismas donde es posible quejarse y lamentarse ante conocidas desconocidas. Se trata, por tanto, de una forma de socializar entre las mujeres de la urbanización que consiste en poner en común de una manera muy particular —donde prima la escucha— algo, en principio tan privado y tan íntimo, como la queja: los dolores, las preocupaciones, el cansancio. Seguramente todo aquello de lo que no pueden quejarse en sus casas y en el ámbito familiar.

original de exotismo y distinción. Por último, una de las ramificaciones más interesantes de esta *adaptación* neoliberal del deporte se encuentra en su conversión en una potente herramienta de subjetividad neoliberal. Al promocionarse como una realización práctica de los valores del emprendimiento, la competitividad, el sacrificio y el reto personal se utiliza con frecuencia en el ámbito de la empresa y, en general, en el mercado managerial del *mindfulness* y la autoayuda. El poder del ejercicio físico en este contexto reside no solo en la transmisión de unos valores en consonancia con la racionalidad neoliberal, sino también en su eficacia para soportar el estrés y la presión laboral. Muchas empresas, conocedoras de estos beneficios, llevan ya unos años pagando parte del sueldo de sus empleados y empleadas en gimnasios. También se ha puesto de moda en el mundo empresarial el presionar —sutilmente— a los trabajadores y trabajadoras para que participen los fines de semana en carreras de “*running* solidario”.

Este componente tan rutinario y repetitivo de las clases —se repite la disposición en el aula, el orden de los movimientos, la música, los temas de los que se habla, etc.—, con la actividad física y corporal como epicentro y las quejas de las mujeres sobrevolando el silencio de la clase, me transporta a los análisis de Ernesto De Martino (1999 [1961])⁸². En muchas ocasiones, y arriesgándome a sobreinterpretar, tengo la tentación de analizar las clases de pilates como formas socialmente controladas que permiten explotar, descargar, estallar y aliviar los malestares de estas mujeres que tienen su origen en desigualdades sociales, concretamente en desigualdades patriarcales. La sobrecarga de trabajo reproductivo que ha de compaginarse con la vida laboral y los tediosos desplazamientos urbanos genera un marco en el que las actividades físicas feminizadas sirven, entre otras cosas, para encontrar un “tiempo para una misma” donde se moldea el cuerpo y su aspecto, se libera estrés y se vuelcan los problemas.

Como ya he comentado, cuando empecé a participar en las clases bauticé el aula en mi diario de campo con el nombre de “el templo del pilates”. Aunque aquello consistió más bien en una estrategia de supervivencia en el campo —creerme dos veces por semana Loïc Wacquant en el gueto negro de Chicago para no salir corriendo del PAU—, esas repetitivas y rutinarias inscripciones en mi diario fueron tomando sentido. También lo hicieron los propios objetos que había en la sala, con su aire familiar y doméstico —las cortinas confeccionadas a mano, los vestigios de una fiesta de cumpleaños infantil, el suelo de baldosa tan frío y poco distinguido—: de algún modo presentaban una continuidad con el mundo de las mujeres del residencial.

La sala es cuadrada y algo pequeña, más o menos de unos 30 metros cuadrados. Cuando asistimos las ocho alumnas entramos a duras penas. La puerta, que es de cristal, y las dos ventanas que hay junto a ella actúan como los únicos puntos de luz de la estancia. Están cubiertas por unas cortinas blancas que tienen bordadas pequeñas flores amarillas. Están bien cosidas y rematadas, ajustadas perfectamente al tamaño de los cristales, por lo que parece que estas cortinas son producto de un trabajo manual de costura. La sala es diáfana y en ella predomina el color blanco. En mitad de la estancia hay dos columnas estrechas que la dividen en dos. El suelo de baldosa, un material que resulta muy frío para practicar pilates, ejercicio que se hace descalza y fundamentalmente tumbada en el suelo. Además la manecilla de la puerta no cierra del todo bien por lo que durante los meses de invierno, entre el suelo y la puerta, pasamos bastante frío.

Cuando empecé a participar en las clases solo había tres tipos de objetos en el interior del aula: unas diez sillas de plástico verde amontonadas al costado izquierdo de la puerta; un armario de plástico gris ubicado al fondo, donde se guardan las esterillas, y cuatro fotografías repartidas por las paredes de la sala. Son imágenes de la urbanización cuando estaba recién construida. En la clase del 23 de octubre de 2017 aparecieron otros dos tipos de objetos que se quedaron en el aula desde entonces. Cuatro guirnaldas de cumpleaños colocadas por las paredes y el techo —en una de ellas pone “feliz cumpleaños” con letras brillantes de colores—. Y una pequeña nevera blanca ubicada

⁸² Ernesto de Martino (1999 [1961]) analizó el fenómeno de la *tarantella* entre las mujeres del contexto rural y empobrecido del sur de Italia. Tras la supuesta picadura de una araña venenosa estas mujeres entraban en una suerte de trance que duraba varios días. A modo de acontecimiento social, en torno a él se daban cita la música, el baile, la religión y todo un *ritual* que entrañaba varias fases hasta el exorcismo final. Ernesto de Martino, acompañado de un equipo interdisciplinar, se aproxima a este fenómeno como una forma socialmente controlada de liberar conflictos y malestares procedentes de desigualdades sociales de clase y de género. A modo de instrumento de reintegración al orden imperante, la *tarantella* entre las mujeres podía interpretarse como un mecanismo de estallar individualmente y de un modo controlado, para disciplinar una posterior vuelta al orden. Algo que, de no ser así, podría devenir en un conflicto de dimensiones colectivas, visibilizando un problema social y no individual. Como apunta el propio De Martino (1999 [1961]): “El dispositivo de evocación y alivio, es decir, el exorcismo en acción, podía no funcionar; pero el dispositivo como tal no era una “enfermedad”, sino un instrumento de reintegración, un orden tradicional de posibles eficacias simbólicas, que disciplinaba la crisis, le asignaba lugares, tiempos y modos determinados, y trataba de reconducirla hacia un nuevo equilibrio” (p. 57).

junto al armario de plástico. Cuando apareció, Pili nos explicó que normalmente estaba en la otra sala de usos múltiples y que seguramente se había traído a esta con motivo de algún cumpleaños. En el interior del pequeño frigorífico alguien había olvidado un paquete de chorizo: oferta de 1 euro en el Mercadona. (Fragmentos del diario de campo, abril de 2018)

Todos estos análisis fragmentarios sobre la *vida hacia dentro* que se establece en los residenciales y sobre la vida cotidiana de las mujeres en ellos, me conducen a una reflexión más general. Casi a modo de hipótesis o de pregunta abierta, considero que en el espacio social del PAU y sus residenciales podría existir un proceso de refuerzo y rearticulación del modelo conservador patriarcal de familia y de feminidad. La configuración urbanística y la morfología de las relaciones sociales dibujan un contexto en el que se expande el espacio privado y el trabajo reproductivo, se genera una tendencia a la atomización en la unidad doméstica, una centralidad de la familia y las actividades de crianza en los procesos de socialización, y un ocio femenino caracterizado por su localización dentro de los muros del residencial.

Incluso el escaso tejido comercial del barrio retroalimenta este modelo, reflejando y reforzando al mismo tiempo dichas dinámicas⁸³. Más allá de los negocios dirigidos al sector infantil —como particulares, academias, peluquerías infantiles, etc.—, los establecimientos que ofrecen ocio y deporte para los adultos están enfocados exclusivamente a las mujeres en tanto madres y sujetos del mundo doméstico. Por ejemplo, un centro de pilates ubicado en Aluche organizaba algunas clases al aire libre en el PAU durante la época de buen tiempo. Las sesiones comenzaban quince minutos después de la entrada a los colegios y estaban promocionadas como una actividad de tipo familiar, de modo que el precio contemplaba un suplemento de dos euros si se acudía con un niño o niña. Igualmente, otro establecimiento se dedicaba únicamente a ofrecer actividades para las madres y sus hijas e hijos —incluidos bebés de corta edad—, ofertando cursos vinculados con las tareas de reproducción y el cuidado del cuerpo como manualidades, yoga para madres e hijas y costura.

Me pregunto entonces si nos encontramos ante una rearticulación del modelo de familia conservador y patriarcal, eso sí, bajo la apariencia y las condiciones de rasgos modernos del neoliberalismo, pues hablamos de mujeres relativamente jóvenes que cuentan con empleos remunerados fuera de casa, tienen cierta formación, conducen, hacen deporte, etc. Todo ello es compatible además con una creciente sensibilización

⁸³ La organización de los artículos y revistas en el único kiosco que del PAU también reproducía de forma silenciosa esta organización social y de género —que por lo demás da cuenta de la estructura patriarcal dominante en nuestra sociedad—. Una tarde paseando por con mi amiga Haizea Álvarez reparamos en el kiosco situado en Avenida de la Peseta. Ella, por su trabajo, recorre muchos barrios distintos de la ciudad y gracias a sus dotes de observadora urbana se había dado cuenta de que la organización de los artículos en los kioscos depende en buena medida del espacio urbano en el que se ubiquen. Mientras que en zonas empresariales se le otorga más importancia a la prensa del día y a las publicaciones sobre negocios, la organización y el contenido de los artículos es bien distinto en los barrios residenciales de la clase alta, y por supuesto, difiere de lo que se expone en las zonas más turísticas o en los barrios con más población migrante y trabajadora. Me explicó que en el centro, debajo de la ventana por la que se asoma la tendera, se colocan los artículos que más se venden en cada lugar y, por tanto, los que deben ser más vigilados. En el kiosco del PAU este lugar estaba ocupado por las revistas femeninas del corazón más populares y por algunos artículos infantiles. Todo el lateral derecho se encontraba dedicado a las revistas para mujeres, ordenada por moda, salud y decoración. En el lateral izquierdo se ubicaban la prensa y las publicaciones para hombres: deportes, locomoción y viajes. Mientras que el espacio para *ellas* estaba protagonizado por el espacio doméstico y el ámbito del cuerpo y la estética, mezclado con los artículos infantiles; el espacio para *ellos* reunía el ocio en el exterior vinculado con el deporte, los viajes y la locomoción. (Fragmento del diario de campo, septiembre de 2017)

feminista de la sociedad⁸⁴. En el trabajo de campo observé cómo muchas mujeres mostraban actitudes y opiniones que podían considerarse feministas, nombrándolas incluso bajo esa palabra, al mismo tiempo que desplegaban formas de organizar el ámbito familiar y la vida cotidiana que eran eminentemente machistas y patriarcales. Por ejemplo, María discutía habitualmente con su padre porque consideraba que los hombres tenían que hacerse cargo de las tareas domésticas como si también fueran una responsabilidad suya. Decía sentirse “muy radical y muy feminista” cuando debatía sobre estos temas, ante los cuales obtenía una total incompreensión por parte de su familia. Sin embargo, en las mismas conversaciones podía explicarme también que a ella le encantaba “servir a los hombres” cocinándoles platos elaborados. Del mismo modo, durante el verano de 2018, en mitad del ciclo de movilizaciones feministas por el juicio de *La Manada*⁸⁵, escuché en repetidas ocasiones conversaciones sobre este tema en la piscina. Las mismas mujeres del residencial, mis vecinas, debatían e intercambiaban opiniones, algunas de ellas de contenido feminista. Lo que quiero decir es que la rearticulación del modelo de familia conservador al que me refiero no se hace necesariamente desde principios ideológicos conscientemente machistas o patriarcales, sino todo lo contrario. Convive sin contradicción con prácticas y posicionamientos feministas y, en general, da cuenta del arreglo patriarcal dominante en nuestra sociedad que adquiere esta forma concreta en el PAU.

Tampoco quiero decir, ni mucho menos, que en el barrio y en los residenciales no se establezcan prácticas, puntuales o continuadas, que escapen a este modelo de socialización. Por ejemplo, el club de lectura en el que participé era un lugar de encuentro entre vecinas de la misma urbanización y de otros lugares que se reunían para leer y comentar novelas feministas y/o escritas por mujeres. El club era un espacio informal dedicado abiertamente a la reflexión en común, al ocio y a la amistad entre mujeres, marcando una ruptura con las dinámicas de socialización atomizadas y organizadas en torno a la unidad familiar y la crianza. Pero lo cierto es que espacios como el club de lectura feminista no son frecuentes en los residenciales del PAU. El hecho de que al organizar su primer encuentro les arrancasen los carteles que habían

⁸⁴ Esta sensibilización feminista de la sociedad a la que me refiero es un proceso que en el Estado español se inicia tímidamente a partir de las movilizaciones feministas de 2013 contra la reforma de la ley del aborto conocida como *Ley Gallardón*. En este contexto, el movimiento feminista consiguió generar una apertura y situar la cuestión de los derechos sexuales y reproductivos en el epicentro del debate mediático y social. Este proceso de relativa difusión de los planteamientos feministas adquiere además una dimensión internacional, sobre todo a partir 2015, cuando emerge una constelación de luchas feministas por todo el mundo —el movimiento Ni Una Menos, los paros y huelgas feministas, la Women’s March, las luchas por el derecho al aborto en Polonia y en Irlanda, etc.— (García Navarro y Gutiérrez Cueli, En prensa). La maquinaria capitalista, a su vez, va convirtiendo estas tendencias sociales en nuevos nichos de consumo que, en una dinámica no exenta de contradicciones, contribuyen a domesticar y mercantilizar una parte del empuje feminista, al mismo tiempo que participan de su extensión por el cuerpo social. En el marco de esta etnografía, lo relevante es que el trabajo de campo se realiza entre 2017 y 2019, justo en el periodo de mayor masividad y legitimidad social de las movilizaciones feministas tanto a nivel estatal como internacional.

⁸⁵ En noviembre de 2017 se celebró el juicio por la violación múltiple a una joven durante las fiestas de Sanfermines. El estallido de indignación aparece tras la aceptación como prueba en el proceso judicial de un informe sobre la vida privada de la chica. Este informe tenía como objetivo mostrar que la joven no cumplía con los comportamientos que supuestamente tiene que presentar “una víctima de violación”, poniendo en duda su testimonio. A partir de aquí se inicia, además de una cascada de movilizaciones bajo el lema “la manada somos nosotras, un gran debate social sobre el carácter eminentemente patriarcal de la justicia española, los límites del consentimiento en las relaciones sexuales, la culpabilización de las mujeres, el control de la sexualidad femenina, etc.

colocado por la urbanización muestra hasta qué punto este grupo estaba en disonancia con el discurrir de la vida cotidiana en las comunidades de propietarios.

III. *“Una microsociedad cerrada”: dispositivos securitarios y el control de los límites del grupo*

Las urbanizaciones están proyectadas sobre la lógica del *adentro* y del *afuera*, marcando una separación entre lo público y lo privado-cerrado a través de su diseño arquitectónico y del resto de dispositivos securitarios. Esto convierte el acceso a su interior en una cuestión absolutamente relevante, en forma y contenido: solo se puede entrar si tienes permiso, si te han dado acceso. Una vez atravesada la puerta de entrada a la urbanización —puerta que solo están autorizados a abrir los residentes, ya que los guardias de seguridad y conserjes lo tienen prohibido— se inicia una secuencia de rituales securitarios y barreras físicas que hay que sortear. Por ello no es extraño encontrarse por el patio de la urbanización a repartidores desorientados que buscan el portal correcto o salir a buscar a las visitas para que no se pierdan.

He quedado a las 18:00 con Nacho, el propietario del piso, para que me enseñe la habitación en alquiler. Solo me ha indicado la dirección de la urbanización, sin decirme el número y la letra del piso, así que al llegar decido llamarle por teléfono. Me pide que espere y baja a buscarme a la entrada. No sé si lo hace para evitar darme la dirección completa de su casa o por facilitarme el acceso, ya que desde la puerta del residencial hasta la puerta de la vivienda me espera una carrera de obstáculos de seguridad que resulta difícil atravesar para alguien que no conoce el edificio. En primer lugar se encuentra la puerta vallada que da acceso a la urbanización, ubicada frente a la garita. Esta da acceso al patio interior donde hay una piscina —“a veces se organizan clases de aquaerobic”, me indica Nacho—, una zona de césped, unas cuantas mesas de ping-pong bajo los soportales y una pérgola al aire libre “donde se imparten clases de yoga”, según me informa el propietario. Cruzamos el patio y llegamos al portal. Tras abrir la puerta que da paso al descansillo de su edificio, Nacho me conduce a una segunda puerta que es necesario abrir para acceder a las escaleras. Como vive en un primero subimos andando. Mientras, me pregunto en mi diálogo interior si también será preciso introducir alguna llave en el ascensor. Finalmente llegamos a su casa.

Al tiempo que me enseña la vivienda me cuenta que hay mucha seguridad en el edificio. “Con vigilancia 24 horas”, puntualiza. Y me confiesa que para su gusto algunos vecinos están algo obsesionados con el tema de la seguridad. A Nacho le parece que es una zona bastante protegida y que es “muy difícil *entrar*” —a robar, supongo—. Entonces me conduce hasta la cocina y me muestra las protecciones que existen a ambos lados de la vivienda, ubicada en un primer piso: por el costado que da la calle hay rejas instaladas en las ventanas, y por el otro se encuentra el patio interior al que solo es posible acceder tras pasar la puerta vigilada 24 horas. De todas formas me tranquiliza diciendo que en casa su pareja y él tienen la alarma conectada. “El otro día sonó una alarma por aquí y llegaron cuatro coches de policía derrapando, como en las películas”, me dice. (Fragmento del diario de campo, 15 de julio de 2017)

El acceso no solo resulta aparatoso para los visitantes, para algunas residentes también acaba por convertirse en una fuente de incomodidades cotidianas, especialmente cuando se llega cargada con la compra, con un carrito de bebé o con criaturas pequeñas. “Hay puertas para todo”, explica Sofía, quien se queja del cierre con llave de todos los accesos, pero sin renunciar en su discurso a la presencia de un guardia de seguridad. Para ella no es necesario cerrar todos los pasos si existe un vigilante.

Sofía: A mí me cabrea mucho el que haya puertas para todo. Dicen “hombre, pero es por seguridad para que no se cuele nadie a la urbanización”. Se cuelen o no se cuelen pero a nivel práctico es un horror: volver con el coche cargada, primera puerta para coger el ascensor, el ascensor no vale con dar al botón tengo que tener la llave especial y meterla, luego otra puerta, luego no sé qué. Es como, joder, nadie ha pensado que esto... igual se cuele un tío un día pero es que para el día a día es

horrible [se ríe]. Yo es que donde vivía antes [una urbanización en otro PAU] tenía varias puertas pero teníamos portero 24 horas, entonces la principal siempre te veía y te la abría, con lo cual no tenías que andar con la llave. Y luego las de acceso al portal estaban abiertas, hay un portero que la gente que venía nueva pensaba que tenía que llamar pero da igual, se abren. Entonces como que todo era: “bueno, tengo un tío fuera vigilándome no pasa nada porque esto ande abierto”. Era todo mucho más fluido.

Inés: ¿Y no tenéis portero en esta?

Sofía: Por las mañanas viene un rato, está hasta el mediodía. Antes sí [en su anterior urbanización], teníamos todo 24 horas, turno de mañana y de noche.

Tras llevar unos meses viviendo en el PAU me di cuenta de que no todos los vecinos y vecinas tenían la misma relación con los dispositivos de seguridad. Mientras que para la mayoría la presencia constante de un guardia de seguridad infunde tranquilidad y seguridad, para algunas personas, cuya posición en la urbanización es subalterna, se revela un asunto más complejo. Recuerdo que durante mi mudanza, cuando solo había pisado el residencial en un par de ocasiones, al entrar por la puerta principal el guardia me reconoció al instante. En ese momento me di cuenta de que conocían a todos los habitantes: sus horarios, sus trabajos, rutinas, aficiones, amores y desamores. A los pocos días, tras haber pasado mi primera noche en el PAU, Fidel, el mismo guardia de seguridad, me llamó a la garita. “¿Su habitación da al patio interior?”, me preguntó con tono inquisitivo. Yo, sin poder ocultar mi nerviosismo, me di cuenta rápidamente del motivo del interrogatorio. La noche anterior Omar, mi casero, se había dormido con el volumen de la televisión muy alto. Lo cierto es que el sonido era tan estruendoso que me despertó a mí y a varios vecinos que fueron a quejarse. Estaba claro que Fidel quería encontrar al causante de aquel acontecimiento nocturno y yo, que era una recién llegada, era la primera sospechosa. Tras preguntarme por la ubicación de mi cuarto y por el de mi otra compañera comprende que el escándalo proviene de la habitación de Omar. Al llegar a este punto, “al propietario” —como él dice, sin saber que Omar subarrenda— el interrogatorio se detiene y yo me marché.

Poco a poco empecé a sentirme intimidada y controlada cuando entraba y salía de la urbanización. No solo por dicho acontecimiento, que no tuvo más consecuencias para mí, sino por el hecho de que siempre hubiera una persona en la puerta cuyo trabajo era vigilar esos movimientos. También me fui sintiendo cada vez más incómoda cuando mis amigos hombres venían de visita o avergonzada los días en que llegaba tarde a casa, como si la masculinidad y la nocturnidad me señalasen con el dedo. Aunque yo rehusase aceptar esas barreras y pudiera identificarlas perfectamente como dispositivos sociales de control del cuerpo, la vida y la sexualidad de las mujeres, aunque no las hubiera sentido en mis anteriores viviendas, aquí, en el trabajo de campo, empezaron a pesarme como losas. Al cabo de un tiempo me di cuenta de que a Alicia, mi compañera de piso de por aquel entonces, le pasaba lo mismo. Alicia tenía veintiséis años, era rubia, alta y muy estilizada. Trabajaba por las tardes como azafata en una empresa de eventos y regresaba a casa de noche, pasadas las once. Muchas veces, cuando su trabajo lo requería, venía muy arreglada y maquillada. “¿Qué pensarán de mí los guardias de seguridad?”, decía. En un tono de broma que a veces se tornaba preocupación, Alicia veía caer sobre ella el estigma de *la puta* y me lo repetía una y otra vez. Gracias a mi experiencia y a la suya, empecé a observar cómo el acceso único y la figura de los guardias —ambos parte del repertorio de dispositivos securitarios de la urbanización— ejercía sobre algunas mujeres un poder específico de control de género.

Ambas éramos mujeres jóvenes, solteras, sin hijos, llegábamos tarde a casa, teníamos amigas y también amigos, y vivíamos de alquiler. A nosotras los dispositivos de seguridad del residencial no nos daban seguridad, por el contrario, nos hacía sentirnos intimidadas y fiscalizadas. El residencial, como un espacio cerrado, privado y estructurado por el control de accesos, generaba para nosotras un marco en el que las normas dominantes de conducta social estaban más presentes. Nunca tuve la ocasión de comprobarlo, pero si esto era así en nuestro caso, es posible que otros sujetos con posiciones subalternas en la sociedad y en el residencial experimentaran algo similar. Pienso, por ejemplo, en los y las adolescentes, en mis vecinos y vecinas homosexuales declarados y en los que no, y pienso también en las mujeres mayores que inician una relación sexual o amorosa cuando se supone que ya solo pueden ser madres.

Como se puede ver, el tema de los guardias de seguridad durante 24 horas no es baladí. Más aún cuando se trata de un servicio que da verdadero caché y estatus a las urbanizaciones. Cuando lo hay se recalca su existencia, por ejemplo indicándolo en los carteles disuasorios instalados en las puertas y vallas exteriores. Resulta muy costoso económicamente, ya que la empresa de seguridad debe cubrir varios turnos de trabajo con distintos empleados, por ello muchas comunidades no pueden mantenerlo y reducen la vigilancia de 24 a 12 horas diarias. Esto sucedió en mi segunda urbanización donde el número de impagos era tan alto que la comunidad tuvo que reducir algunos servicios ante la falta de presupuesto. María me contó que la presencia de un guardia durante todo el día le daba “seguridad”. “Entonces vivía sola y me daba tranquilidad”, puntualizaba, como dándome argumentos que apoyasen su postura.



Foto 11. *Olimpiade* (Invierno de 2019)

En la carrera por limar el agravio comparativo entre los residenciales de vivienda libre y los que cuentan con protección —las antiguas Viviendas de Precio Tasado (VPT)—, en las juntas de propietarios de estos últimos suele llevarse a votación la instalación de servicios que normalmente ya traen incorporados los residenciales más caros, como por ejemplo las cámaras de seguridad o, como se denomina en la jerga securitaria, los “circuitos cerrados de videovigilancia”. Laura, por ejemplo, me contaba que en su urbanización habían tenido disputas por poner cámaras.

En una conversación sobre el PAU que mantuve con Violeta y Rosa, esta última nos contó con mucha desazón cómo funcionaban las cosas en su comunidad de

propietarios, con la que se mostraba muy crítica. Según ella, sus vecinas y vecinos tienen una “obsesión por la seguridad” y con que no entre “gente de fuera”. Por eso son muy mal acogidas las visitas de amigas y amigos que recibe, y también sus múltiples intentos de organizar actividades lúdicas, culturales o deportivas dentro del residencial, como una ludoteca o clases de taichí. Piensa que los locales de la urbanización están infrutilizados porque “solo se quieren utilizar para cosas privadas”, como cumpleaños o festejos familiares, y nunca para acoger actividades colectivas como las que ella propone. Flor, que vive en la misma urbanización que Rosa, un día mientras paseábamos por el barrio se refirió a esta tendencia a impedir cualquier intento de espacio o actividad colectiva que rompa con la atomización como “miedo a lo común”. Rosa lo define como una “microsociedad cerrada”, “un avispero” o un “sistema cerrado”, donde se sanciona la apertura hacia personas de fuera y también la generación de espacios comunes. La urbanización se erige así como el epicentro de la socialización de vecinos y vecinas que se relacionan fundamentalmente en familia y entre ellos, de forma atomizada, y en torno a los servicios privados. Explica también que existe un fuerte “control social” —y utiliza este término— entre sus vecinos para hacer cumplir la disciplina securitaria, un control del que ella es víctima.

Rosa se distancia continuamente de los intereses y preocupaciones de sus vecinos, según ella demasiado centrados en cerrar la urbanización, en el aislamiento, en controlar los accesos para que nadie entre y en negarse sistemáticamente a las nuevas propuestas. Aunque más adelante analizaré esta cuestión en términos de posiciones conflictivas en el espacio de la clase social, por el momento resulta interesante observar cómo marca una distancia con el resto de su vecindario. Para Rosa, sus vecinos defienden una forma de vida “cerrada” y “obsoleta”, que define empleando términos como “control social”, “microsociedad cerrada”, “cotilleo”, “avispero” o “sistema cerrado y enfermo”.

Rosa: Una característica que me llama mucho la atención de este tipo de barrio y de la configuración de la vivienda, que es vivienda cerrada en urbanización y tal, es la obsesión por la seguridad, ¿no? Que todo esté cerrado, que haya un portero 24 horas, que no pueda entrar nadie a la piscina de tu urbanización... que va contra mis principios sociales de vida. Y no entiendo ese temor de dónde viene porque yo creo que basta que pongas más medidas de seguridad para que la gente las boicoteé más y se las salte. [...] Y luego me llama poderosamente el control social que se establece en este tipo de viviendas cerradas, donde aparentemente todos somos muy modernos y muy progres y de una clase social elevada, pero todas mis vecinas se saben si tú eres abogado, si tú eres... [...]. Aquí yo lo que veo es que existe mucho control social dentro de los vecinos, mucha crítica, que eso también lleva mucho cotilleo y mucho cuidado con que nadie entre a tu urbanización. Y si eres como yo que invito a mogollón de gente pues te miran mal y si hubiera más gente como yo...

Inés: ¿La gente se molesta?, ¿por qué?

Rosa: La gente se molesta porque es tuyo, lo pagas tú, entonces no lo puedes compartir porque es un espacio común al que solo puede acceder la gente que paga. Entonces si hubiera más gente que hiciera lo que yo, que es invitar a mucha gente, se establecería un control de acceso porque eso se ha planteado ya en varias juntas de la comunidad, que por ejemplo en verano pues que no pueda venir determinada gente a la piscina. De hecho en otras urbanizaciones de aquí tú tienes un carnet y puedes invitar a dos personas, no puedes invitar a más. Entonces yo cuando, primero fui inquilina y luego he sido propietaria, pues cuando he podido votar, claro, he votado que eso no se haga. O luego por ejemplo la utilización de los espacios comunes, como locales que tenemos infrutilizados porque no se utilizan para nada, solo se quieren utilizar para cosas privadas, cumpleaños familiares y tal. Yo por ejemplo que planteé una actividad deportiva, ya que teníamos el espacio, de contratar a una persona y tal, me costó un huevo convencer a la comunidad pues que pagando una cuota

pudiéramos pagar a su vez a una profesora que viniera a dar un deporte, que además era un bien común, ¿no? También intenté que hubiera un espacio de ludoteca cuando los chicos eran más pequeños, los niños y las niñas, y por supuesto se me dijo absolutamente que no, que eso era una actividad empresarial encubierta.

Inés: ¡Que querías forrarte! [riéndome]

Rosa: Claro, como que íbamos, no yo sino que la persona que venía, iba a obtener un beneficio económico de un suelo común... ¡mira! Entonces yo que lo he utilizado mogollón los dos espacios, pues yo que sé, porque una amiga mía da taichí y nos quiere hacer una muestra, se alquila el local y no he podido invitar a gente de la urbanización que no sean íntimas amigas mías o amigos míos, porque a lo mejor es una actividad que les hubiera abierto la puerta a algún conocimiento, ¿no? No se permite porque es como: todo lo que viene de fuera es malo y además es una utilización de mi espacio, que yo pago. Pues es un poco, a mi me parece que empobrece mucho, como que se genera una microsociedad cerrada donde nadie puede entrar porque esto es nuestro, entonces me parece algo obsoleto y de mal, ¿no? [...] Y bueno, yo la verdad es que huyo un poco. Al principio tenía como una ilusión de que era un espacio para generar actividades, interrelaciones... y luego me di cuenta pues que era un avispero, porque cuando no entra aire de fuera y todo es una microsociedad tan cerrada, pues. Y al final también te desanimas, ¿no? Yo al principio organizaba la fiestas de verano, las fiestas de invierno, con los niños [...]. Y ya me di un poco de bruce con la realidad y bueno, me conformo con haber generado el espacio del yoga y que los años que realicé actividades pues han quedado en el recuerdo y en el recuerdo de nuestros chicos y nuestras chicas. Pero me parece un sistema cerrado un poco enfermo. De hecho luego detecto que la gente que no ha salido y ha entrado, y ha generado su vida social aquí, solamente aquí, han tenido muchos conflictos, porque claro al final tanto... y esto pasa en otras urbanizaciones [...]. Yo lo he hablado con más amigas mías que viven en otras urbanizaciones, que al final tanto roce, tanta cercanía y tal, pues ha generado problemas, ¿no? Yo por ejemplo mi hija, eso se dio cuenta, dice: "mamá, ¿tú te das cuenta que hay niños y niñas que no salen de aquí en todo el verano?". Digo, bueno, "también a lo mejor no tienen condiciones económicas para poder irse de vacaciones". Me dice, "no lo creo" [se ríe]. Y es verdad porque no salen de aquí. Nosotros bajamos algún día pero siempre pues nos vamos a ver a un amigo, viene gente... Y luego digo, ¿esta gente tendría amigos antes de venir aquí?, ¿sabes? Como que inician las relaciones sociales aquí, ¿no? También tiene sentido porque tienen niños y niñas pequeñas de la misma edad, es fácil, te facilita el ocio pero...

[...] Ahora te voy a contar yo una cosa de la entrada y salida de esta urbanización. O sea, en teoría cada portal tenía una puerta de acceso hecha, porque a mi por ejemplo me molesta mucho en verano tener que pasar por delante de todas mis vecinas y mis vecinos y que me vean porque hay días que no me apetece. Y tengo una puerta de salida en cada portal pero se logró que se cerraran y todo el mundo entrara y saliera por la puerta que está el portero, no vaya a ser que haya un filtro en la seguridad, ¿sabes? Y hasta lograron que el Ayuntamiento autorizara solo esa entrada y esa salida, en increíble.

Algo que pone de relieve el discurso de Rosa es la relación que existe entre, por un lado, la comunidad vecinal en tanto grupo de personas propietarias que se (re)conocen, se relacionan en el espacio de la urbanización y comparten unos servicios privados y, por otro lado, los dispositivos securitarios como parte de las estrategias de control de esa comunidad —control de su imagen hacia fuera, del comportamiento de sus miembros hacia dentro y de los límites del grupo—. Es decir, que los dispositivos y las lógicas securitarias sirven para evitar que accedan a la urbanización personas y grupos indeseados y al mismo tiempo para gobernar su interior. Constituyen una herramienta que la propia comunidad utiliza para controlarse a sí misma y para mantener el *status quo* imperante dentro de ella.

La vigilancia 24 horas, la importancia del acceso único, la existencia de múltiples barreras de entrada e incluso el control social al que se refiere Rosa forman parte de esta dinámica. El control de accesos y la importancia que recibe en los residenciales del

PAU consiste no solo de una forma de mantener cerrada la urbanización, sino de mantener bajo control quién entra a la comunidad y por tanto quién forma parte de ella en tanto grupo social restringido. Como explica Rosa, en muchas urbanizaciones existe hasta un código de pulseras de colores para identificar quién entra a la piscina en verano. Este sistema tiene una doble función: al otorgar a cada vivienda propietaria un número limitado de pulseras que puede repartir refuerza el papel de vigilante del grupo en cada miembro de la comunidad —no puedes desperdiciar una pulsera—, y al mismo tiempo, permite reconocer de un solo vistazo a las personas “de fuera”. Quien no lleve pulsera se habrá colado en una propiedad privada y quien la lleve pero tenga un comportamiento inadecuado podrá ser expulsado, convirtiendo a todos los propietarios a su vez en vigilantes de sus propios vecinos —¿quién ha dejado entrar a esa persona?—. El estatus de cada miembro y del grupo en su conjunto se pone en juego con cada uno de los individuos a los que se les permite acceder a la urbanización, es decir, al espacio restringido que territorializa la comunidad. Por decirlo en otros términos: lo que se dirime en la cuestión del control de accesos, lo que está en juego, es el *capital social* de la comunidad de propietarios que se define por la suma acumulada de los capitales individuales. Por eso resulta fundamental vigilar los límites del grupo que es finalmente el que ha invertido, en tanto que colectividad, un determinado capital económico y social. Como explica Bourdieu (2018: 222):

La existencia de una red de vínculos no es un dato natural, ni siquiera un “dato social” [...], sino producto del trabajo de instauración y de mantenimiento necesario para producir y reproducir vínculos durables y útiles, adecuados para procurar beneficios materiales o simbólicos. En otros términos, la red de vínculos es producto de estrategias de inversión social consciente o inconscientemente orientadas hacia la institución o la reproducción de relaciones sociales de utilidad directa, a corto o a largo plazo; es decir, hacia la transformación de relaciones contingentes, [...] en relaciones simultáneamente necesarias y electivas. [...] El intercambio transforma las cosas intercambiadas en signos de reconocimiento y, por medio del conocimiento mutuo y del reconocimiento de la pertenencia al grupo que aquel implica, produce el grupo y determina a la vez los límites del grupo, es decir, los límites más allá de los cuales el intercambio constitutivo [...] no puede producirse. Así, cada miembro del grupo se ve instituido como guardián de los límites del grupo: y dado que la definición de los criterios de ingreso está en juego en cada nuevo ingreso, puede producir cambios en el grupo al modificar los límites del intercambio legítimo [...].

Si se tratase de un espacio abierto y accesible, ¿qué sentido tendría la inversión económica y social que realizan sus habitantes? Como expresa Rosa, “la gente se molesta porque es tuyo, lo pagas tú, entonces no lo puedes compartir porque es un espacio común al que solo puede acceder la gente que paga. [...] No se permite porque es como: todo lo que viene de fuera es malo y además es una utilización de mi espacio, que yo pago”. Pagar, ser propietario, es lo que da acceso a la urbanización. Son los propietarios y propietarias quienes únicamente están autorizados para dejar entrar y salir a terceras personas del residencial, y finalmente, para tomar las decisiones. Tanto es así que en las convocatorias de las juntas de propietarios suelen detallarse con claridad que aquellos que no se encuentren al corriente de los pagos comunitarios no tienen derecho a voto⁸⁶.

⁸⁶ En las circulares se incluyen mensajes como este: “Se hace constar que aquellos propietarios que no se encuentren al corriente de pago de los recibos comunitarios podrán participar en las deliberaciones si bien no tendrán derecho de voto conforme disponen los Artículos 15.2 y 16.2 de la vigente Ley de Propiedad Horizontal”.

De igual modo, a través de mecanismos formales e informales —como las normas de convivencia o el control social entre vecinos y vecinas—, la comunidad y quien ostenta el poder dentro de ella, controla el comportamiento de sus miembros y con él la imagen que se proyecta de la comunidad hacia dentro y hacia fuera, su capital simbólico. En los portales y en los ascensores de las dos urbanizaciones en las que viví se colocaban continuamente circulares y notas informativas firmadas por la “Junta de Gobierno”, integrada en cada caso por la empresa administradora de fincas y la presidencia de la comunidad. En una de ellas en la que se pedía a los vecinos que cuidaran de las zonas comunes, se podía leer: “Cabe recordar que viven en comunidad y se espera de los comuneros una actitud cívica y educación al menos mínimos para una normal convivencia. La imagen de tales acciones por parte de la persona o las personas que las realicen desmerece la de la comunidad y la de las personas que si tienen respeto por las cosas y por sus vecinos”.

IV. *Propietarios y vigilantes: comunidad vecinal y trabajadores de servicios*

Otra dimensión de las relaciones vecinales es el modo en que se organizan las comunidades de propietarios. Cada urbanización cuenta con una administración de fincas, empresas que se dedican a gestionar la globalidad de asuntos financieros, legales y de convivencia que puedan surgir. Se encargan de tareas como llevar las cuentas o realizar los trámites para denunciar a los propietarios morosos, hasta de convocar las reuniones vecinales y redactar circulares con las normas de uso de los espacios comunes. La empresa que administraba la primera urbanización en la que viví publicitaba sus servicios en su página web como una forma de ganar en calidad de vida. Decía así: “Le ofrecemos un trato personalizado con visitas continuadas a las fincas. Todo ello contribuye a que tanto los propietarios como los representantes de la comunidad ganen de forma directa, práctica y cotidiana una mejor calidad de vida”⁸⁷.

Las comunidades también contratan a empresas de seguridad que se encargan del mantenimiento y control de los dispositivos y de la contratación del personal de vigilancia. En las urbanizaciones los guardias de seguridad realizan una gran cantidad de tareas. En mi primer residencial, además de las funciones como vigilantes —control de las entradas y salidas, rondas nocturnas, observación de las cámaras— también cumplían con las funciones de conserjería y mantenimiento: recogían los paquetes, atendían las demandas de los vecinos y vecinas, hacían arreglos y reparaciones en la finca, se encargaban de sacar los contenedores de basura y de limpiarlos, custodiaban las llaves de los espacios comunitarios, etc. Sin embargo, en el segundo residencial tenían los roles divididos, los guardias de seguridad realizaban las tareas de vigilancia y conserjería, mientras que había otra persona encargada únicamente del mantenimiento. En todos los casos los guardias cumplen además con otro rol: devienen en mediadores de las relaciones entre vecinas y vecinos. Los habitantes de la comunidad delegan de un modo informal en estos vigilantes la responsabilidad de mantener el orden en la urbanización y de hacer cumplir las normas, y esperan que sean ellos quienes riñan a los niños y niñas cuando hacen travesuras o que llamen la atención a los vecinos que molestan. Cuando alguien está haciendo demasiado ruido o se encuentra incumpliendo alguna de las normas de convivencia, el resto en lugar de

⁸⁷ Página web de la empresa Ortiz y Calle. Recuperado 10 de octubre de 2020, de: <https://www.ortizycalle.es/portfolio/administracion-de-fincas/>

comunicárselo a su vecino directamente acude al guardia de seguridad para que este actúe como intermediario. Así los vigilantes se convierten en una figura a caballo entre “la policía de la urbanización” y un mediador vecinal.

Sobre las 20:00h regreso a la urbanización. Es junio y el patio interior, al borde de las vacaciones escolares, rebosa vitalidad. Hay niños jugando un partido de futbol en la cancha, niñas correteando por los soportales y mujeres sentadas en los bancos. Fidel, el guardia de seguridad colombiano, me saluda amablemente y luego se gira para llamar la atención a un niño que está golpeando el balón contra la pared. En un tono de broma le digo: “no riñas a los chavales, hombre”. Fidel se vuelve hacia mí y con gesto serio me responde que si no les llama la atención luego será él el que tenga problemas. “¿Y eso por qué?”, le pregunto extrañada. Me explica que hay un grupo de vecinos y vecinas que le presiona para que mantenga a los niños a raya. “Los que siempre están sentados ahí en la esquina”, me indica señalando con el dedo un costado del patio interior. Por eso debe salir de vez en cuando de su garita para hacer la ronda, vigilar lo que sucede en el patio y llamar la atención a quien no esté siguiendo las normas. (Fragmento del diario de campo, 12 de junio de 2018)

En algunos sentidos el funcionamiento de estas comunidades de propietarios se asemeja al de una empresa. En un organigrama ficticio, en la cúspide de la jerarquía se encuentra la “Junta de Gobierno”, que en algunas urbanizaciones recibe el nombre de “Junta Directiva”. Este órgano está integrado por una representación de la empresa administradora de fincas y por la presidencia de la comunidad. Se supone que su cometido es ejecutar las decisiones tomadas y refrendadas en las juntas de propietarios a través de sus reuniones periódicas, ordinarias y extraordinarias. Cuando algún vecino o vecina se da cuenta de la conveniencia de un arreglo en las instalaciones o de la necesidad de comprar algo, se usa la expresión “pedir a la comunidad”. Es decir, elevar esa petición a la junta de propietarios para que se apruebe. Algo que parece una tarea complicada porque siempre va acompañada de la máxima “no hay dinero”.

En las comunicaciones y circulares a los vecinos y vecinas, apodados indefectiblemente como “propietarios”, la Junta de Gobierno asume un rol de jefatura benevolente, recordándoles de continuo las normas de convivencia y amenazando con hacer caer sobre ellos todo el peso de su incumplimiento. Los distintos anuncios y carteles que aparecen semanalmente pegados en los ascensores, portales y tablones se usan como un medio de comunicación privilegiado entre el órgano directivo y los habitantes del residencial, al tiempo que funcionan como recordatorios normativos —que al nombrar la norma la performativizan— que contribuyen a (re)crear y gobernar la comunidad. Por eso el análisis de estos carteles que, reconozco constituyó uno de mis mejores pasatiempos durante mi solitario y hastiado trabajo de campo, da como resultado una preminencia de las palabras “propietarios”, “convivencia”, “cívico” e “incívico” como aquellos términos que se repiten en la mayoría de los escritos. Además siempre están redactados en términos de llamadas de atención, prohibiciones, amenazas y proscipciones. También es habitual que aparezcan garabateados con diálogos, mensajes burlones o insultos —“cabrones” suele ser el preferido— que dan cuenta de las tensiones y conflictos existentes en la comunidad, como la mala gestión de la empresa administradora o la existencia de propietarios que no están al corriente de los pagos.

En los residenciales interviene también otro colectivo: los trabajadores y trabajadoras de servicios —o *servoproletariado*⁸⁸ (Rodríguez, García y Muñoz, 2013)— que acuden a las urbanizaciones con asiduidad para desempeñar la gran cantidad de trabajos que en ellas se generan. Aquí se engloba la propia empresa de administración y los guardias de seguridad, pero también socorristas y empleados de empresas para la limpieza y el mantenimiento de las piscinas, jardineros, limpiadoras, albañiles... A estos servicios comunitarios se suman los requeridos de forma individual por los habitantes, como profesores y profesoras de pádel y pilates, o profes particulares de inglés que van a los domicilios, empleadas domésticas, cuidadoras de niños, etc⁸⁹. Esta masa heterogénea y dispersa de trabajadoras comparte una ocupación en las tareas de menor cualificación y remuneración y, seguramente por ello, un origen que al menos en las dos urbanizaciones en las que residí se localizaba en los barrios de la periferia obrera o en la migración internacional. La chica y el chico socorristas procedían de Móstoles y Villaverde y la profesora de pilates de Carabanchel. Las limpiadoras, españolas o latinoamericanas, residían en los barrios aledaños. Y los guardias de seguridad eran de América Latina o de Europa del Este, lo mismo que los operarios de la empresa de mantenimiento de piscinas, que hablaban en rumano con un vigilante de mi urbanización.

Es decir, que los trabajadores y trabajadoras de los residenciales habitan los mismos barrios de la periferia en los que nacieron los propios vecinos de las urbanizaciones. Esta mano de obra vecina se emplea en los servicios personales, de mantenimiento y seguridad de una fracción de la clase trabajadora que vive en residenciales pero que, en muchos casos, tiene unos trabajos en puestos poco más cualificados del sector servicios, pero al alimón precarios. Así, se produce una vez más la relación ambivalente de continuidad y discontinuidad entre la periferia obrera y la periferia neoliberal del PAU de Carabanchel, en esta ocasión localizada en el origen social de los habitantes de los residenciales y el proletariado de servicios que trabaja en ellos —algunos nativos y otros migrantes— y las relaciones que existen entre estos grupos.

Algunos de estos trabajadores fueron especialmente accesibles para mí, como la socorrista o Yuri, uno de los guardias de seguridad. En su jornada laboral pasaban muchas horas a solas, con ratos muertos, y yo era una *rara avis*, sin matrimonio y sin hijos, deseosa de entablar conversación. Durante algunos meses fueron las únicas

⁸⁸ Emmanuel Rodríguez, Beatriz García y Óscar Muñoz (2013) utilizan este concepto para referirse al creciente grupo de trabajadores y trabajadoras de servicios que surge en las grandes ciudades como Madrid —o *ciudades globales* en la literatura urbana— a raíz de los procesos de neoliberalización, terciarización de las economías metropolitanas y polarización social. Se trata de un numeroso proletariado de servicios vinculado a las tareas de menor cualificación y remuneración, y empleados en las actividades de comercio, hostelería, empleo doméstico, servicios personales, limpieza, mantenimiento de edificios y seguridad, además de importantes estratos del empleo administrativo de las empresas. “Resulta así una masa social diversa y compleja, con distintas posiciones profesionales, de mercado, formativas y subjetivas, pero para la que las expectativas de promoción laboral y social no parecen tener un recorrido muy amplio, y en la que el capital cultural y formativo es o bien pequeño, o bien ha perdido (por muy diversas razones) valor de mercado” (p. 135). Este segmento comparte la precarización de sus condiciones de vida y unas trayectorias laborales marcadas por la temporalidad y la alta rotación. También su composición fundamentalmente migrante y feminizada.

⁸⁹ Los tabloncillos de anuncios de los residenciales están llenos de papeles y folletos promocionando este tipo de servicios, algunos elaborados con más medios y otros hechos de forma completamente artesanal. Este es un mensaje, por ejemplo, de una trabajadora doméstica: “Chica colombiana muy limpia y responsable se ofrece para limpieza, labores de la casa en zona Carabanchel-Aluche. Actualmente limpio en varias viviendas del Pau (Pinar de San José, Jacobeo, Los Morales, cuevas de Altamira) donde se pueden pedir referencias sobre mi trabajo, flexibilidad horaria...”.

personas con las que podía desarrollar charlas más o menos profundas sobre sus vidas e intereses y, en el caso de Yuri, una amistad que aún perdura. Aunque en mi diario de campo existan cientos de registros que versan sobre ellos y ellas y sus trayectorias familiares y laborales, para los objetivos de la etnografía exploraré brevemente el tipo de relación que existe entre los vecinos y vecinas del residencial y estos trabajadores.

De los empleados y empleadas en los servicios de la urbanización, los que más tiempo pasan en el residencial y tienen una relación más estrecha con la vecindad son los socorristas y los guardias de seguridad. Sin embargo, la naturaleza del trabajo y el tipo de relaciones que se establecen con la vecindad son muy distintos en el caso de unos y de otros. Los socorristas están en la urbanización durante tres meses el año y al verano siguiente pueden no regresar, se dedican exclusivamente a las tareas que tienen que ver con la piscina y establecen con los vecinos y vecinas relaciones cordiales pero superficiales. El suyo es un trabajo acotado en tiempo y funciones. Por el contrario, los guardias de seguridad —siempre hombres— pasan muchas horas al día en la urbanización, son la primera cara que te encuentras al llegar a casa y la última que ves al salir, te abren la puerta del residencial todas y cada una de las veces durante los 365 días del año —también esos días en los que llegas cansada, triste o con dos copas de más—, y desarrollan una multiplicidad de tareas que son centrales en la vida cotidiana y algunas de ellas de contenido muy sensible, como la seguridad o la mediación entre vecinos. Además suelen tener un cierto poder sobre el resto de trabajadores que llegan a la urbanización, pues les indican qué tarea tienen que realizar, les conducen al lugar, les explican el funcionamiento, etc. Durante mi estancia en el PAU pude identificar dos dinámicas que caracterizaban la relación entre el vigilantes y personas propietarias.

Primero, a la jerarquía existente entre propietario y vigilante de su propiedad privada, se le suma una relación de poder que versa sobre la condición migrante de la mayoría de los guardias. Las empresas de seguridad tienen algunas normas muy estrictas para evitar fisuras en el sistema de seguridad y también para cubrirse las espaldas. Por ejemplo, los guardias no pueden abrir la puerta del residencial a ninguna persona que no sea vecina y tienen terminantemente prohibido entrar a las viviendas. Lo interesante es que muchos vecinos interpretan estas normas en otro sentido: como una forma de blindarse ante los posibles actos delictivos de estas personas migrantes. Se vierten sobre ellos estereotipos y especulaciones racistas sobre su virtual contacto con bandas en el caso de los vigilantes de Europa del Este o sobre su pertenencia a clanes familiares en el caso de los latinoamericanos. En una ocasión cuando llevaba pocos meses viviendo en el PAU, y desconociendo por completo que me hallaba incumpliendo una de las normas del residencial, invité a uno de los guardias de seguridad a pasar a casa, algo que estuvo a punto de costarme un disgusto con mi casero Omar y que le dio la oportunidad de desplegar todo un arsenal de desconfianzas sobre estos trabajadores:

Al llegar a casa, Fidel, el guardia de seguridad colombiano —Omar dice que es cubano— me llama desde la garita. Me dice que se le ha roto el microondas y que estaba esperando a que llegase “alguien de confianza” para pedir que le calentara la cena. Me sorprende que me incluya en esa categoría porque tan solo llevo cuatro meses viviendo aquí y hasta la fecha siempre había pensado que le caía mal. Honrada por esta repentina muestra de afecto le invito a que me acompañe. Mientras nos introducimos en mi portal Fidel me va contando que cocinó a las 12:00 del mediodía y que la comida ya está fría. Yo, al tiempo que le doy conversación, busco mentalmente explicaciones sobre esta relación de confianza que acabamos de entablar. Para cuando llegamos a la puerta de

casa ya tengo la respuesta: Fidel sabe que vivo de alquiler en una habitación subarrendada, mi situación precaria dentro de la comunidad de algún modo nos equipara. Entonces se queda parado frente a la puerta, inmóvil. Yo alegremente le invito a entrar: “pero pasa, hombre, no te quedes ahí fuera”. Con gesto serio me indica que lo tiene prohibido y se queda esperando en el quicio de la puerta. De modo que meto el táper en el microondas y cuando está listo le saco la comida y un sobao pasiego que conservaba de mi último viaje a Cantabria. Mientras intento explicarle que se trata de un dulce de mi tierra, Fidel, visiblemente inquieto, desaparece rápidamente escaleras abajo. Perpleja ante lo que acaba de suceder cierro la puerta de casa y doy inicio a un nuevo baile de hipótesis en mi cabeza: ¿será que no puede dejar la garita sola durante mucho tiempo?, ¿no habría cerrado con llave?, ¿le habrá molestado algo?

Al día siguiente al llegar a casa coincido un rato con Omar y, sin darle más importancia, le cuento lo sucedido. Su reacción me sorprende:

Omar: Tienen prohibido entrar. Mejor que no pase a casa, aquí han pasado muchas cosas.

Inés: ¿Cuáles?

Omar: Han entrado a robar a las casas.

Inés: ¿Pero guardias de seguridad?

Omar: Sí. Rumanos y gente de fuera —me dice que “con la gente de otros países nunca se sabe”, que “es diferente”—. Es mejor que no entren por si ven algo que les llama la atención y ya ves que aquí no tenemos nada... (Fragmentos del diario de campo, enero de 2018)

Existe entre algunos vecinos y vecinas un poso de desconfianza sobre ellos por el mero hecho de ser migrantes y al tiempo la certeza de que este conjunto esencialista de características les convierte en la mejor mano de obra para desarrollar el trabajo de vigilancia. El mismo origen que les delata para algunas cuestiones, se convierte en una cualidad para otras: cuando se trata de lidiar con las supuestas poblaciones que amenazan a los residenciales.

Mientras estoy en la cocina haciéndome la cena viene Saúl [compañero de piso en la primera urbanización]. La verdad es que me apetece cenar sola y además no me gusta nada el espacio de la cocina —hace frío, está más transitado y la mesa siempre está más sucia gracias a la basura expansiva de Omar—, así que cuando termino de cocinar me voy al salón con la esperanza de poder cenar tranquilamente. Saúl viene detrás de mí y se sienta en el sofá reclamando compañía. Desisto en mi empeño de estar sola y me esfuerzo por mantener una buena conversación. Hablamos de su trabajo y de asuntos de actualidad. En un momento de la charla hace un comentario sobre Yuri, el guardia de seguridad de origen ucraniano, sin saber que es de los pocos amigos que tengo aquí. Primero repara en su físico, diciendo que es muy alto y que tiene una imagen imponente. “Tiene aspecto de matón rumano”, apunta, y después comenta lo positivo que esto resulta ávida cuenta de “lo que tenemos al lado”, refiriéndose a Pan Bendito. (Fragmento del diario de campo, 14 de marzo de 2018)

A través de la trayectoria migratoria y laboral de Yuri, descubrí que muchos de estos hombres que habían llegado a España en la primera mitad de los años dos mil para emplearse en la construcción, tras la crisis de 2008 tuvieron que ubicarse en el sector de la seguridad. Yuri, a punto de cumplir los 57 años, fue la mano de obra que construyó estos barrios y urbanizaciones durante el ciclo financiero-inmobiliario y ahora es la mano de obra que los vigila. Su horario laboral, siempre en el turno de noche⁹⁰, discurre de

⁹⁰ En una ocasión le pregunté a Yuri si no sentía miedo al trabajar siempre de noche y tener que hacer rondas nocturnas por la urbanización. Se echó a reír y me contó que en su vida había pasado por situaciones mucho más peligrosas. “¡Estuve en el ejército soviético!”, exclamó. Desde aquel día en muchas de mis visitas dedicábamos un rato a buscar en internet fotos de uniformes del ejército soviético. Nunca se lo confesé, pero mi antigua militancia en un partido comunista, de orientación marxista-leninista, me

siete de la tarde a siete de la mañana. Me cuenta que tiene suerte porque su compañero, que le da el relevo a primera hora de la mañana, siempre llega con quince minutos de antelación, de modo que Yuri puede estar pronto en su casa. Llega, se da una ducha y se acuesta. Sobre las dos del mediodía se levanta para comer con su mujer y cuatro horas más tarde, sobre las seis, ya está preparándose para una nueva jornada laboral.

El segundo elemento que me llamó la atención de la relación entre vigilantes y propietarios fue la existencia de unas dinámicas que, en algunos sentidos, encuentran resonancias en el clásico tema en antropología del *patronazgo* (Contreras, 1991). Partiré de dos situaciones concretas para tratar de explicar este fenómeno.

Nicolás —cuyo nombre rumano es en realidad Neculai—, ronda los 40 años y es el guardia que más tiempo lleva trabajando en el residencial. Hasta el punto de que la comunidad de propietarios pone como condición a las distintas empresas de seguridad que han dado servicio a la urbanización que le contraten. Además es el único guardia que siempre tiene turno de día, con horario fijo, porque la vecindad así lo desea: conocen a Nicolás y le tienen como referencia. Lleva tanto tiempo que sus dos hijas pequeñas están escolarizadas en uno de los colegios públicos del PAU, al lado del puesto de trabajo de su padre, y compartiendo centro educativo con niños y las niñas de la urbanización. A veces sus hijas vienen al residencial y pasan tiempo en la piscina o en el jardín, sobre todo en las épocas de buen tiempo. Los vecinos y vecinas las conocen y las saludan con afecto.

Yuri, cuyo nombre nadie conoce en mi urbanización debido a su horario de noche, trabajaba anteriormente en un residencial en Alcorcón. El presidente de aquella comunidad era un hombre jubilado que vivía solo. Por las noches acostumbraba a lidiar con sus problemas de sueño bajando a la garita de seguridad. Durante las largas noches le brindaba a Yuri su visión sobre las noticias de actualidad, su análisis sobre las clasificaciones deportivas y le confesaba sus problemas. Y según Yuri, también le ordenaba numerosas tareas, manteniendo una esquizofrénica relación entre la amistad, la confesión y la jerarquía laboral.

Un elemento común a las dos situaciones y, en general, a las relaciones entre las comunidades de propietarios y estos guardias, es la existencia de vínculos de confianza, afecto, cercanía e incluso amistad que se generan sobre la base de un desequilibrio mediado por un contrato laboral operario-cliente y al mismo tiempo sobre otras diferencias de poder y estatus: por un lado, la relación vecino o vecina y empleado —no son empleados domésticos pero sí trabajan en el espacio ampliado de la vivienda y por tanto se ven involucradas lógicas de servicio personal—, y por otro, la relación nativo y migrante. Se produce así una suerte de “reciprocidad asimétrica”, característica de las relaciones de patronazgo, donde se genera un vínculo social estable y cotidiano entre individuos con diferente estatus y poder. Además, la comunidad de propietarios no es exactamente el jefe de los guardias de seguridad, sino el cliente, ya que el servicio está externalizado y quien contrata a los trabajadores es una empresa de seguridad. Esto da lugar a un intercambio informal mediante el cual el empleado —el guardia de seguridad— debe mantener contentos a los vecinos y vecinas para que no se quejen a

proporcionó una colección de datos anecdóticos sobre la Unión Soviética que en este contexto —¡quién me lo iba a decir!— se reveló de lo más útil.

la empresa y le sigan reclamando, y la vecindad por su parte, le devuelve sus favores protegiéndolo frente a la empresa y asegurando así su trabajo año tras año. Lo cual no es óbice para que los vecinos y vecinas actúen en la cotidianeidad como si fueran sus jefes, ordenando y reclamando servicios que en muchos casos están fuera de su desempeño laboral, como portear muebles en las mudanzas. De esta manera la comunidad de propietarios cumple en ciertos aspectos con la clásica figura del *patrón* (Contreras, 1991), jugando el papel múltiple de sostenedor, intermediario y aliado.

Retomo entonces la pregunta que inauguraba este epígrafe —el 3.2.— y que lo articula. La organización de la socialización que se genera en los residenciales se vincula con las estrategias familiares de reproducción y movilidad social en varios sentidos. En primer lugar, la urbanización con sus servicios se construye como el espacio de socialización fundamental en el PAU. En un día a día marcado por los desplazamientos urbanos, las actividades laborales y la casa, los residenciales reavivan la centralidad de la célula familiar y las actividades de crianza. En segundo lugar, se produce una expansión de lo privado y lo doméstico que tiene consecuencias concretas para las mujeres: se traduce en una sobrecarga de tareas reproductivas. Las clases de pilates a las que asistí pueden tomarse como un ejemplo de dicha expansión, porque en ellas se ejerce un trabajo reproductivo que podemos denominar de retaguardia, pero al mismo tiempo pueden considerarse como parte de estrategias que las mujeres desarrollan para lidiar con esa sobrecarga de trabajo. Constituyen un “tiempo para ellas mismas” en el que cuidan su cuerpo e invierten en su presentación. En tercer lugar, los dispositivos securitarios y la propia organización de las comunidades de propietarios refuerzan una socialización muy atomizada en un espacio cerrado, privado, y con grupos sociales que se reconocen como semejantes. Por ello se despliega un abanico de mecanismos, algunos más formales que otros, para controlar al grupo de vecinos-propietarios y vigilar sus límites. Por último, estas tipologías residenciales generan una importante demanda de trabajos y servicios en los que se emplean las capas más precarias de la clase trabajadora. En las relaciones con estas personas, la mayoría migrantes y/o de los barrios de la periferia obrera, se reproducen algunas continuidades y discontinuidades sociales sobre las que se asienta la periferia neoliberal del PAU en relación a la periferia obrera. Todas estas cuestiones, junto a las estrategias que influyen más directamente en el plano educativo y que mostraré a continuación, se encuentran involucradas en ese mejorar las condiciones de vida.

3.3. Las buenas compañías. Estrategias educativas, la urbanización y la escuela

Las estrategias familiares de reproducción y de movilidad social tienen un componente intergeneracional fundamental: uno espera dejar como legado a sus hijos e hijas, si es que los tiene, las mejores condiciones de vida posibles. Incluso en algunas ocasiones y en determinados ámbitos, cuando no se ha conseguido experimentar mejoras de posición en la experiencia finita de una vida, solo resulta posible su consecución a condición de alargar dicho esfuerzo a través de las generaciones de una familia. Como esas madres, por ejemplo, que teniendo estudios básicos, luchan durante toda su vida para que sus hijos e hijas puedan avanzar por la senda de un sistema educativo que quedó vedado para ellas.

Esta preocupación por el porvenir de los hijos y por sus condiciones de vida futuras se traduce en múltiples estrategias familiares, entre ellas educativas, que tratan de moldear sus gustos, sus valores, su formación, sus amistades y sus compañías. En este epígrafe voy a centrarme en dos tipos de *estrategias educativas* que las familias del PAU despliegan para intervenir en el proceso de socialización de sus hijos e hijas: aquellas que discurren en el espacio de la urbanización cerrada y aquellas otras que se vinculan con la escolarización y la elección del centro educativo. Estas estrategias, que atañen procesos tanto de inversión en capital social como de inversión escolar, se desarrollan en los dos ámbitos elementales de socialización primaria y secundaria durante la infancia y la primera juventud: la familia y su entorno —la casa, la urbanización y el barrio— y la escuela.

1. Crecer en la urbanización cerrada: una socialización controlada

Como analizaba en el epígrafe anterior a través de discursos como los de Ana o Ruth, las madres del PAU coinciden en resaltar las ventajas de las urbanizaciones cerradas para la época de crianza. Hablan de la comodidad y la tranquilidad que les infunden los espacios privados del residencial donde los menores pueden entretenerse y jugar en un espacio que se conceptualiza como seguro en términos físicos —está acotado, cerrado, lejos del tráfico— y sociales —existe un control *a priori* de las personas que lo pueden ocupar y con las que se van a relacionar sus criaturas—.

Algunas empresas de deporte y tiempo libre aprovechan esta cuestión para ofrecer campamentos dentro de las urbanizaciones durante las épocas de vacaciones escolares. La misma empresa que organizaba las clases de pilates para adultos en mi residencial ofertaba en su página web⁹¹ una actividad denominada “campamento en casa”:

La diversión sin moveros de vuestro entorno, además de una excelente opción para conciliar la vida familiar y laboral en períodos vacacionales y festivos escolares. Aprovechando la cercanía y tranquilidad de realizar las actividades en un entorno controlado y conocido por los propios chavales.

Información general: Se proponen campamentos y convivencias dentro de las urbanizaciones de vecinos. Esta propuesta está orientada básicamente a los más pequeños y jóvenes (niños y adolescentes) y tiene como objetivos principales, poder ofrecer una serie de actividades de tipo

⁹¹ Página web de la empresa JC Madrid Deporte y Cultura, recuperada el 2 de noviembre 2020 de: <https://jcmadrid.com/>

lúdico, deportivo, formativo, etc., en periodos festivos escolares pero laborables para los padres y madres facilitando de este modo la conciliación de la vida laboral con la familia.

Instalaciones: Se emplearán las instalaciones de propia de la urbanización pudiendo realizar actividades de piscina si fuera posible. El aprovechamiento de las zonas comunes crea buen ambiente vecinal y estrecha relaciones.

Las vacaciones escolares no tienen por qué suponer un problema de conciliación familiar. Se pueden organizar campamentos en casa.

Lo interesante de este mensaje es que recoge por lo menos cuatro ideas clave que aparecen también en los discursos de las madres: la actividad se presenta como una solución ante el problema de la conciliación laboral y familiar, se apela a la tranquilidad y la seguridad de la urbanización como un “entorno controlado”, no hace falta desplazarse porque la actividad se celebra “en casa” —el espacio de la urbanización como una prolongación del ámbito doméstico— y promueve el “buen ambiente vecinal” contribuyendo a “estrechar relaciones” entre los hijos e hijas de los habitantes-propietarios. Los campamentos en casa explotan lo que se consideran las ventajas y los valores de los residenciales, que al mismo tiempo se erigen como las principales preocupaciones de padres y madres. De alguna forma apelan a una suerte de sentido común en el que los barrios suburbanos de urbanizaciones se construyen como un entorno privilegiado para la época de crianza y la vida familiar. Una creencia que Sofía, que no tenía hijos, identificaba en muchos de sus amigos y amigas. Parejas jóvenes que al tener criaturas se estaban mudando a este tipo de vecindarios:

Sofía: Yo con amigos que vivían en el centro y de “yo voy a vivir en el centro toda la vida”, llega un momento en que no pueden seguir viviendo en el centro por precio, por mil cosas. Dicen “no, es que vamos a tener un niño” y al final te los acabas encontrando en una urbanización en Las Rozas. ¿Tú eras la que iba a vivir siempre en el centro, verdad? [se ríe]. [...] Tanto que, en generaciones anteriores ocurría que los chavales estaban en la calle daba igual que fuese el centro de Madrid o Aluche, los críos jugaban en la calle. Ahora se percibe como súper peligroso. [...] Los padres yo creo que piensan en, bueno, en una urbanización cerrada todo está más controlado. [...] Y que la gente se quiere seguir yendo, entramos en eso de: “no, es que prefiero la urbanización con la piscina, con el...

Así, la tendencia a renunciar a la calle como espacio de juego infantil, concentrando este en los límites de la urbanización, se desarrolla de forma conjunta a un control sobre las relaciones sociales de los menores que solo van a coincidir con grupos y colectivos semejantes. Se produce entonces una socialización infantil fuertemente controlada. Además hay que tener en cuenta que la mayoría de los niños y niñas de los residenciales acuden a los mismos colegios situados en el PAU —más tarde explicaré en detalle cuántos hay y cómo son— por lo que se establece una continuidad entre los colegios y las urbanizaciones. Los vecinos y vecinas del residencial suelen ser también compañeros de clase e incluso pueden encontrarse tras la jornada escolar en alguna de las múltiples academias de inglés que pueblan el barrio.

Una mañana de verano pude charlar un rato sobre este tema con Raúl, el hijo mayor de Marisa. Raúl tiene 12 años y siempre ha vivido en el PAU de Carabanchel. Cursa 1º de ESO en el único instituto público que hay en el barrio. Cuando le pregunto qué suele hacer con sus amigos en los ratos libres me habla de “las parcelas”:

Inés: Y por ejemplo cuando... bueno, ahora igual estás un poco más ocupado porque el instituto es diferente que el colegio, pero a la hora de encontrarte con amigos o con amigas o de pasar un rato, ¿dónde soléis reunirlos los chavales?

Raúl: ¿Del exterior o de...?

Inés: Como, ¿a qué cosas vais?, ¿dónde os reunís?

Raúl: A ver por aquí [...] la cosa es las parcelas, cada uno se queda en la suya, tiene sus propios amigos así. Bueno, pues prácticamente solo, en las casas de la gente... Porque después hay otros grupos que ya es la gente más mayor que ya, bueno, salen más, se encuentran en estos parques también, algunos también hacen pellas por así decirlo...

[Estamos charlando en un parque del PAU donde hay una patrulla del ayuntamiento segando el césped. En un momento la segadora se acerca tanto que casi no podemos escucharnos. Le propongo que nos cambiemos a un banco más alejado, aunque el ruido sigue siendo molesto. Mientras nos estamos moviendo me dice: "yo no conozco mucho esa vida". Nos sentamos y continuamos con la conversación. Cuando faltan escasos minutos para que nos despedamos le pregunto qué cosas le gustan del PAU]

Inés: Oye y qué cosas, algo que te guste mucho del barrio, por ejemplo.

Raúl: Bueno como te he dicho antes, yo no tengo mucha vida de barrio porque, bueno, es que no veo... A ver están las canchas y todo esto, pero ahora en verano hace mucho calor. Como te he dicho antes, mis amigos suelen estar o de vacaciones o en casa, y tampoco tenemos mucha vida de invierno. Entonces a ver, a mi del barrio me gusta, yo qué sé, el ambiente que es tranquilo [...].

Que la mayor parte de la niñez discorra entre los muros de un residencial es algo tan normalizado en el PAU que en las conversaciones con las madres muchas veces utilizaban, en referencia a sus hijos y sin darse cuenta, la expresión "bajar a la calle" refiriéndose en realidad al patio de la urbanización. Es relevante entonces preguntarse qué supone para estos menores el crecer y socializar en un contexto así desde el punto de vista de su maduración y de la concepción de la sociedad en la que viven y en la que participan, ahora como niños y niñas y en un futuro como adultos y adultas. Su red de relaciones entre pares, su mundo social relacional, se restringe a un grupo de criaturas que tienen unas condiciones de vida muy similares, residen en el mismo tipo de viviendas, acuden prácticamente a los mismos centros escolares y desarrollan un ocio muy parecido. Seguramente como los niños y las niñas de cualquier otro barrio, pero con las siguientes particularidades: se trata de un contexto en el que apenas aflora la diversidad cultural y las condiciones económicas de las familias son relativamente similares; los espacios privilegiados de juego y socialización son el patio cerrado del colegio y el patio cerrado de la urbanización; el espacio público no se transita como un lugar de estancia, esparcimiento y encuentro con otros grupos sociales, etc. Estos niños y niñas, no lo olvidemos, viven en Carabanchel, donde a escasos metros del PAU la realidad social es bien distinta.

En los últimos años ha crecido además la primera generación de adolescentes. Son aquellos niños y niñas que nacieron cuando las primeras parejas jóvenes comenzaban a habitar el barrio hace ya unos quince años. De la misma forma que, en general, se considera que el PAU y sus residenciales componen un contexto más que propicio para la primera infancia y la niñez, muchas madres no esconden su inquietud ante la inminente adolescencia de sus hijos y la falta de actividades y espacios adecuados para pasar la etapa juvenil en el PAU. Ana y Marisa, la madre de Raúl, comparten esta preocupación. Sus hijos mayores tienen doce años y se encuentran iniciando la

secundaria. “Ahora empiezan los primeros niños ya a dar vueltas, a hacer el tonto, de esa edad. Que los empieza a haber porque hasta ahora nada, era todo carritos de bebé”, me cuenta Ana sobre los primeros grupos de adolescentes en el barrio. Después lanza una pregunta al aire: “A la mía la tengo ahí muy justa ya, que estoy viendo la adolescencia y digo, ¿y qué va a hacer aquí todo el día sentada?”. Las dos mujeres señalan una falta de dotaciones y espacios de ocio para los chicos y chicas de entre once y quince años, que tienen autonomía para salir de la urbanización pero no la suficiente como salir del barrio y moverse con cierta libertad por la ciudad —como “ir a Madrid”, por ejemplo—. Ana considera que el PAU presenta numerosas carencias en este sentido: “Para mí el barrio tiene muchas carencias para los niños a partir de los 12 años. Como no vayan al McDonalds o al Islazul a dar vueltas no hay nada. [...] A dar vueltas porque no tienen dinero para meterse a tomar nada, o que se vayan ahí al McDonadls. ¿Qué hacen?”. Ambas madres se refieren literalmente a la cuestión de “dar vueltas por el centro comercial” o “matar el tiempo dando vueltas” como las únicas opciones que tienen los chicos y chicas de esa edad, queriendo mostrar que esta forma de pasar el tiempo socializa a los muchachos en unos valores que no son buenos, que no son positivos.

La adolescencia se construye en nuestra sociedad como una etapa crítica en la que se debaten cuestiones fundamentales para el futuro de los y las jóvenes. Vinculada a la representación de este periodo de vida como un momento en el que se toman decisiones cruciales —académicas, sexuales, amistosas, profesionales— emerge una multitud de presiones tanto en los progenitores como en los y las adolescentes. Es la época por excelencia en la que “las compañías”, “las amistades” y “las influencias” adquieren mayor importancia social porque se trata del periodo en el que parecen dirimirse muchas de las claves del futuro de los chicos y chicas: su transición hacia la vida adulta. Por eso, los padres y madres sienten una especial preocupación por las compañías que tienen sus hijos, por quién o quiénes están influyendo en su vida, en sus gustos y decisiones. Todo sucede como si al tratar de obtener un cierto control sobre sus amistades y su ocio, consiguieran un cierto control sobre el tipo de personas adultas que serán algún día —proyectando, en cada caso, una determinada imagen laboral, académica, residencial—. La preocupación por el porvenir y las influencias de los hijos, y el intento más o menos exitoso y más o menos consciente de controlarlo por parte de sus progenitores, constituye un elemento más de las estrategias familiares de reproducción.

En paralelo a la preocupación por la falta de alternativas de ocio, surgen las primeras quejas vecinales sobre las molestias que empiezan a ocasionar estos jóvenes en el barrio, algo que también pone en alerta a algunas madres. Ruth me explicaba que ya había escuchado rumores sobre la celebración de “macrobotellones” y también sobre pequeños robos:

Ruth: Lo que sí que me han comentado ahora, que eso nunca, que ya hay como grupillos de adolescentes haciendo el macarruzo, robándose entre ellos y... Los colegas estos que te decía, ellos tienen una peque de 16 años y ella juega mucho al Pokemon. Entonces queda con la gente en la Peseta [...] y como están todo el rato en parques sí que les conocen, ya saben quiénes son los que roban. Escuchó, “pues ayer me hice con 20 móviles”, o sea que... Y son chavalillos que son menores, o sea que están empezando ahora. Y eso hasta ahora, vamos, aquí yo no había oído ni robos ni nada, cero, cero.

Esta primera generación de adolescentes es seguramente el grupo social del PAU que hace un uso más intensivo del espacio público. Se reúnen en las zonas apartadas o en las áreas verdes que hay entre urbanizaciones para escuchar música, charlar, fumar y beber. Sobre ellos —y ellas en menor medida— empiezan a crecer los fantasmas del botellón, las peleas y los robos. Este fenómeno, que por lo demás es un conflicto vecinal bastante habitual en las ciudades, adquiere una particularidad en el PAU: estos adolescentes no son asimilables a los “ni-nis”, a los hijos de población migrante o a “las bandas latinas”, como sí sucede en otros barrios de Carabanchel (García, 2012). Por el contrario, son *sus* hijos.

II. Privados, concertados y públicos sin problemas

Actualmente en el PAU hay dos colegios públicos de educación primaria y dos privados/concertados que también ofertan secundaria y bachiller. En las inmediaciones del barrio, situados en la zona antigua de Carabanchel Alto, hay además otro colegio público y un puñado de concertados religiosos.

La historia de estos colegios es la historia de unas políticas autonómicas que han fomentado la enseñanza privada y concertada en todo Madrid, pero especialmente en las nuevas periferias. Cuando el PAU comenzó a habitarse se generó una importante demanda de escuelas infantiles y centros educativos que dieran cabida al gran número de niños y niñas que estaban naciendo en el barrio y que previsiblemente solo podía aumentar. Por aquel entonces no existía ninguna escuela infantil pública y solo estaba previsto un colegio, el CEIP Pinar de San José, que desde sus inicios se encontró saturado. La única solución que ofrecía la administración era matricularse en la privada y concertada, generando un escenario en el que la creciente presión en la demanda educativa se derivaba a la extensa red de centros privados, que ya empezaba a expandirse también por el PAU. Como he mencionado anteriormente, gracias a las protestas vecinales —en las que desempeñó un rol importante el vecindario de Carabanchel Alto y su Asociación de Vecinos— se consiguió la construcción de otro colegio público en el PAU, el CEIP Maestro Padilla, y posteriormente del instituto Francisco Ayala. Sin embargo el problema continúa. La escasez de recursos a la que se somete la educación pública se materializa en la situación de presión que viven actualmente los centros del PAU: mientras que el Pinar de San José se encuentra al límite de su capacidad siendo un “línea 4” —hay cuatro grupos por nivel educativo—, el otro colegio y el instituto tienen que ampliar su infraestructura año tras año, a medida que se hace necesario abrir nuevas líneas y la saturación aumenta, de modo que prácticamente cada verano se hacen obras. El instituto cuenta con cursos de hasta ocho grupos y clases que en ocasiones superan los treinta estudiantes.

Rosa, cuya hija fue de las primeras promociones en acceder al nuevo colegio y al instituto, me cuenta la historia de luchas y reivindicaciones. En su explicación se puede atisbar la dirección que han tomado las políticas educativas de la Comunidad de Madrid en este barrio, primero provocando la casi total ausencia de centros y después apostando por una línea de desfinanciación y abandono de la escuela pública. Todas estas estrategias que de un modo indirecto fomentan la estabilidad y el crecimiento del sector privado y concertado.

Rosa: Un problema gravísimo que hubo y hay en el PAU es el tema de las dotaciones: de centros de salud, colegios, institutos... O sea cuando ya mi hija empezó la etapa escolar yo no pude acceder

a una escuela pública porque tampoco había. Tuve que tragar con una privada y cuando ya empezó la etapa escolar pues yo quería que mi hija fuera a una escuela pública, entonces no había. No había, entonces solo había un colegio para todo el barrio que es el Pinar de San José. Tampoco nos derivaban a los colegios de, a los pocos públicos que hay en Carabanchel y entonces nos quedamos en una situación de indefensión total. El tema de... o sea, todas las familias que nos encontrábamos en esa situación, ¿no? Entonces ahí la Asociación de Vecinos de Carabanchel [...] se solidarizaron con nosotros mogollón. Iniciamos una lucha por un cole público que nos tuvimos que ir a sentar en la DAT [Dirección del Área Territorial de educación], hacer manifestaciones [...]. Hasta que nos construyeron que nos costó Dios y ayuda, porque lo que te venían a decir era pues que te metieras a los concertados, ¿sabes? Y yo no quería meter a mi hija porque la mayoría de los concertados de aquí son religiosos y a mí no me apetecía pues que tuviera una educación religiosa en ese momento. Entonces tuvimos una lucha de años, de años, de manif... Porque luego nos empezaban a hacer un pabellón, no terminaban el otro. Bueno, ha sido...

La política de privatización de la Comunidad de Madrid se ha sostenido en la ampliación de la figura legal de la enseñanza concertada⁹². Se trata de centros privados, muchos de carácter religioso, que reciben fondos públicos a cambio de la supuesta gratuidad de la enseñanza en los tramos obligatorios. Como analiza Emmanuel Rodríguez (2007), la escuela concertada funciona en los barrios trabajadores como un refugio para las familias mejor situadas. Familias que, en estos contextos locales, no suelen contar con demasiados recursos y realizan un gran esfuerzo económico. Este fenómeno cobra especial entidad en Madrid, donde la promoción de la privada/concertada y la degradación de la pública han sido particularmente intensas. La huida al sector privado tanto de las clases acomodadas como de las familias trabajadoras mejor situadas genera un concentración en la enseñanza pública de las poblaciones con menos recursos. Esta dinámica se apuntala con la capacidad de selección del alumnado que tienen los centros concertados, aplicando criterios de admisión como ser hijo de un antiguo alumno o solicitando a las familias importantes desembolsos económicos, no solo en cuotas sino también en concepto de uniformes, material, actividades extraescolares semi-obligatorias, etc. Gastos todos ellos que se alejan de la supuesta gratuidad de la enseñanza⁹³.

Además desde el año 2013 existe en Madrid la “zona educativa única” (Blasco, 2013, abril 11). El gobierno de Esperanza Aguirre cambió la política de acceso a los centros para que dejara de primar el criterio de cercanía de la residencia familiar, instaurando así una dinámica competitiva de libre elección. Con el nuevo sistema existe, por ejemplo, un punto de libre disposición que los centros pueden otorgar a las criaturas que vengan de ciertas guarderías —privadas— seleccionadas. Este sistema busca, en última

⁹² La historia de la enseñanza concertada en el Estado español se remonta a los años ochenta. En aquel contexto la financiación con fondos públicos de la enseñanza privada fue la fórmula que encontró el gobierno del PSOE para fomentar un cierto proceso de universalización de la educación (Fernández Enguita, 2008). Lo que supuestamente iba a ser una medida transitoria terminó por acoplarse a una larga tradición franquista de subvención a los colegios religiosos, algo que ningún gobierno posterior se ha planteado desmantelar. Como explica César Rendueles (2016), la red de enseñanza concertada funciona como soporte de la transmisión del patrimonio social y cultural de grupos sociales privilegiados.

⁹³ Además de la propia criba económica que deja fuera inmediatamente a la población con menos recursos, los centros concertados ponen en marcha más estrategias para ahuyentar a otros estudiantes que resultan “molestos”. Por ejemplo, en el caso de niños y niñas con trastornos del espectro autista o con alguna diversidad funcional motora o cognitiva, convencen a sus familias de que en los centros públicos recibirán una mejor atención al contar con servicios y especialistas en pedagogía terapéutica, audición y lenguaje, fisioterapeutas de la red pública, etc.

instancia, facilitar la elección a aquellas familias que quieran escolarizar a sus hijos e hijas en determinadas escuelas⁹⁴, fomentando la agrupación de población con pocos recursos y en situación de vulnerabilidad en determinados centros públicos. Se trata de un mecanismo de segregación y concentración de la pobreza en los mal llamados “colegios con problemas”.

El resultado de este proceso multidimensional de privatización es una degradación de la escuela pública y su especialización en los sectores de menor renta y con mayores problemas sociales. Como explica Emmanuel Rodríguez (2007) en una dinámica extensible a la sanidad, las rentas altas y medias abandonan los servicios públicos generalistas, contratándolos en un sector privado que además se nutre con financiación pública. Aparte del efecto de segregación por clase social en el acceso a los servicios básicos, “estas políticas apuntan en una dirección que podríamos llamar disciplinaria, en tanto que el acceso a unos servicios no masificados pasaría por distintas fórmulas de pago” (p. 123).

Como digo, esta dinámica también fomenta un sistema de clasificación y jerarquización al interior de la red de centros públicos, favoreciendo una dinamización hacia arriba de algunos centros y concentrando a los grupos de población en situación de vulnerabilidad en otros, especialmente a la población migrante y gitana. Esta cuestión es clave para comprender la dinámica de escolarización que se da en el PAU de Carabanchel. Aquí, a pesar de que los dos privados/concertados absorben a una gran cantidad de escolares, muchas familias no encuentran inconveniente en matricular a sus hijos e hijas en los dos colegios públicos del barrio. Estos centros tienen un porcentaje de población migrante y gitana sensiblemente inferior al resto de colegios de un distrito como Carabanchel —las familias migrantes que hay provienen fundamentalmente de las viviendas de promoción pública que se ubican en el barrio—. De esta manera, la mayoría de niños y niñas viven en urbanizaciones bastante similares y, en este caso, asistir a la escuela pública no implica compartir aula con grupos sociales estigmatizados. Estamos entonces ante unos colegios públicos “sin problemas”.

En la entrevista con Ruth, cuando le pregunto por las familias migrantes que acuden al colegio de su hijo, apunta varias cuestiones clave: dice que suponen un porcentaje muy pequeño y se refiere a los “edificios” —de promoción pública— donde viven; lo compara con la composición del alumnado del colegio público Antonio Machado, que está en la zona antigua de Carabanchel Alto; y menciona de pasada la “elección libre” —la famosa zona educativa única—.

Inés: Yo cuando salgo por las mañanas a currar me como la entrada del cole y me llamó la atención ver a familias migrantes que van al cole.

Ruth: Sí que... porque sí que hay edificios que hay más [migrantes]... Y sí que hay, vamos, yo sí que veo que hay, en un porcentaje bastante pequeño, diría.

Inés: Ya, que igual menos que los de Carabanchel, ¿no?

⁹⁴ Así lo planteaba abiertamente Esperanza Aguirre durante la campaña electoral. En un acto celebrado en el año 2011 en Pozuelo de Alarcón —el lugar es relevante ya que se trata de la segunda localidad con mayor renta per cápita de todo el país— prometía eliminar la zonificación educativa si volvía a ganar las elecciones y lo justificaba de la siguiente manera: “hay padres que pueden preferir que sus hijos vayan al colegio que les gusta por cómo enseñan o lo que enseñan y queremos ayudarles a que tengan ese derecho” (González, 2011, mayo 4).

Ruth: Y el Antonio Machado que ahí debe de, fíjate que está aquí al lado. Pero que ahí sí que se ha debido de notar más. También igual, como tienes la elección libre de, pues también si... [...] Pero en el cole de Lucas yo, en su clase sí que puedo ver que igual, yo qué sé, ¿3% de los niños son de fuera?

Cuando tuve esta conversación con Ruth yo aún no conocía la existencia de una segregación entre los colegios públicos del PAU, por lo que no pude captar el trasfondo de lo que me decía. Todas y cada una de sus frases entrecortadas escapaban a mi comprensión. Tiempo después, gracias a mis encuentros con Rosa y con Marisa, pude recomponer el puzle. En el barrio existe una jerarquía no oficial entre los centros. Dependiendo de su ubicación y composición social unos gozan de mayor estatus que otros. El Maestro Padilla, el más nuevo, se ubica en el extremo este del PAU, donde casi no hay presencia de viviendas de promoción pública. El Pinar de San José, el primer centro público que se construyó, se encuentra próximo a la zona con mayor número de viviendas sociales, por lo que hay familias de origen migrante aunque en una baja proporción. Por último, el Antonio Machado, el más antiguo de todos, se ubica en la frontera con el barrio de Carabanchel Alto, donde el perfil social cambia: al acudir mayoritariamente alumando de la zona vieja, hay más población migrante y gitana y en general las familias provienen de un contexto socioeconómico más perjudicado. Marisa me explicó abiertamente cómo funcionaba esta jerarquización. Para ella el primer centro es el más “elitista”, el de “la clase media alta”; el segundo, donde acuden sus hijos, tiene un nivel económico “medio” y el último es el “más pobre”:

Marisa: Sí que hay una, entiendo que hay una diferencia, entre las familias con un nivel medio por un lado y familias que están aquí ubicadas que son viviendas sociales, bien de la vivienda municipal o bien de la de vivienda IVIMA, ¿no? También es verdad que a veces, pues, hombre también yo trabajo en servicios sociales, o sea que enseguida capto a lo mejor la tipología de vivienda o la tipología de la gente, pues veo un poco por dónde va. [...] Pero de lo que yo conozco que es del cole, en el cole en general las familias son bastante normalizadas, con un nivel medio, yo creo que no conozco que tengan esa necesidad. Es verdad que, a ver, los coles están un poco clasificados, es una pena pero desde la comisión de escolarización hombre, no es oficioso, no es oficial, pero sí que hay una criba de alumnado. Entonces el colegio Antonio Machado digamos que es el más pobre de los del barrio, el medio es el Pinar de San José y el elitista, el de la clase media alta, es el Maestro Padilla, por ejemplo, ¿no?

Inés: No sabía...

Marisa: Sí, hay una segregación en las familias. Entonces geográficamente es verdad que el barrio viejo tiene otro tipo de población económicamente un poco más perjudicado que va al Machado. Y yo creo que el Pinar están un poco más disimulado, un poco tal, más equilibrado, y el Padilla va un poco más de pijo, ¿no? Y luego aparte el Ártica y Ábaco [concertados] también, bueno que se lo reparten un poco y tal.

Inés: Claro es que yo al lado del Pinar de San José y es verdad cuando me lo decías digo, claro, es que yo siempre veo a los del Pinar. El Padilla me queda súper lejos.

Marisa: Sí, bastante normalito, o sea que... Y bueno pues un nivel medio, porque sí que muchas veces la gente que va a las reuniones [...] o tal, conversamos, pues la mayoría, las madres son trabajadoras y además, pues eso, todas tienen profesiones. Muchas con el tema de la educación o de la salud, ¿no? O sea que somos familias potentes, con ambos progenitores con estudios y con trabajo y tal, o sea que...

Rosa también me habló de los contrastes entre los centros educativos, dejando al descubierto algunas diferencias entre los discursos de las dos mujeres. Al charlar con ella sobre el instituto público del PAU, que recoge a estudiantes procedentes del barrio

nuevo y de las proximidades del barrio viejo, coincide con Marisa en señalar la diferencia entre las dos procedencias sociales del alumnado: entre “los chicos del otro lado” —que en un momento define como un contexto con “más realidad”— y los del PAU. Y aquí sucede una cosa interesante. Rosa, para caracterizar este perfil social del PAU, habla del colegio Maestro Padilla, donde cursó la escolaridad su hija, como un centro al que acuden “familias con un nivel medio”. Se trata del colegio que Marisa, quien a su vez se sitúa también en el eslabón “medio” de la jerarquía, califica como “elitista” y de “clase media alta”. Es decir, ambas mujeres nombran el contraste social entre el PAU y el barrio de la periferia obrera colindante, y ambas sitúan a las familias de su colegio de referencia —como una forma de situarse a ellas mismas— en la posición media, en la “clase media”.

Rosa: Entonces ahora mi hija que va al instituto, que va a otro instituto súper masificado porque es el único que hay, que hay 8 primeros que es vergonzoso, 8 primeros [lo repite con énfasis]. Que el otro día, fijate yo me siento una *rara avis*, en ocasiones hay veces que me callo ya porque dices, no voy, estoy agotada de luchar, ¿no? Nos cita la tutora del instituto y nos cuenta que, “que la clase se porta fatal, que es un caos”. Una clase con 33 niños, con 8 primeros. Es que, es que es un hervidero y es un problema político real. Una cosa es la Consejería de Educación que le importa una mierda la educación y hace un centro masificado, con profesores que no se sabrán ni el nombre de las clases de la cantidad de alumnado que tienen. A mi el problema real me parece que está ahí, o sea no el real, el germen, ¿no?, del problema. Pero la gente ve que claro, tu hijo es tripitidor y es de una familia mala. No perdona, el problema es político, de las políticas que se hacen y luego, al menos para mi. Me voy a callar porque es que... Para mi el problema está en eso, ¿no? Y ahí sí que hay más realidad: hay chicos del PAU y muchos chicos del otro lado, del otro lado.

Inés: ¿En el cole no pasaba? En el Padilla.

Rosa: No, porque en el Padilla iban solo niños del PAU. Hombre había... es verdad que la realidad económica de aquí yo creo que es media, no alta. Tampoco la gente sabe lo que es alto aunque se lo crean. [...] Es verdad, cuando estás con gente con pelias de verdad lo ves. Es clase media, gente con profesiones liberales de nuestra edad pues que les han venido las cosas bien dadas y bueno. Pero es verdad que los niños y niñas pues son de aquí, no han metido a niños de otros barrios, ¿sabes?

Más allá de las tomas de posición en el espacio social de cada una de las mujeres, sus discursos muestran que los colegios públicos del PAU están integrados, en términos generales, por familias en las que ambos progenitores tienen empleo e incluso estudios superiores. Algo que contrasta con la realidad de las escuelas en la periferia obrera colindante.

Resulta muy interesante analizar las estrategias de distinción que desarrollan las familias del PAU que matriculan a sus criaturas tanto en los colegios privados/concertados como en los públicos y qué discursos articulan para justificar su decisión. La enseñanza es uno de los temas estrella en el foro Nuevos Vecinos, en particular la cuestión de la elección de centro. Uno de los hilos de debate más activos versa sobre las cuotas de los colegios privados/concertados de la zona, especialmente del Ábaco y el Ártica, los dos que se encuentran en el PAU. La mayoría de comentarios son preguntas y respuestas sobre la cuantía real de los gastos a abonar, pero algunos también introducen valoraciones y comparaciones sobre los centros. Un padre (padre 1) que lleva a sus hijos al colegio Ábaco indica las posiciones ocupadas por los distintos centros de la zona en un *ranking* —los resultados en las pruebas de sexto de primaria— para poner de manifiesto la excelencia educativa en este colegio privado. Un dato, según él, mucho más relevante que la cuantía económica. Una madre (madre 1)

responde a este mensaje proponiendo otro *ranking* que para ella es mejor, más completo: las notas medias de los últimos años en el examen de sexto de primaria.

Padre 1:

Si lo que baremas son los precios, piensa en un público. Si lo que piensas son otras cosas, mira las Pruebas 6º Primaria (Colegio y puesto en la Comunidad de Madrid): Pinar San Jose: Puesto 643; Maestro Padilla: Sin calificar; Abaco: Puesto 19; Artica: Puesto 701 [...].

Madre 1:

En la web colesyguardes.es podéis ver para cada cole las notas medias de los últimos tres años en el examen de sexto de primaria así como el número de alumnos presentados que para mí es más importante que el ranking..

A esta cuestión responde otro padre (padre 2) que dice llevar a su hija a uno de los colegios públicos del PAU. Tras calificar a los anteriores participantes de “nuevos burgueses” que solo buscan un colegio con “glamour”, despliega toda una justificación de su decisión y una defensa *sui generis* de la educación pública cuyo contenido es fundamentalmente elitista. Primero pone de manifiesto que en su centro la mayoría de familias tienen “un nivel de estudios alto” y que él mismo y su pareja son ingenieros. Y después asegura acudir a la enseñanza pública “por ideología”.

Padre 2:

Ahí le has dado, ese es el kit de la cuestión. La mayoría de los nuevos burgueses, (que en muchos casos no saben hacer la o con un canuto), buscan para sus hijos un colegio con glamour, es decir, que no se mezcle con extranjeros ni según ellos españoles de clase baja. Pues yo llevo a mi hija al Pinar de San José, los dos padres somos Ingenieros, y la mayoría de los padres del resto de los compañeros de mi hija tienen nivel de estudios alto. Ellos al igual que nosotros les llevamos a la pública, no por que no podamos pagar un concertado, no, les llevamos a la pública por ideología, porque no queremos que nos “saquen” dinero encubriendo una mejor educación.

por cierto, mi hija ya empezó a leer a los 3 años en Infantil, cosa que molestaba mucho a algunas vecinas que sus hijos van al Ábaco, y que parece que desean que los niños de la pública no aprendan nada.

Creo que debe haber variedad en la oferta educativa, religiosos, publicos, privados,...etc.

Otra madre que también lleva a sus hijos a un colegio público del PAU —el Maestro Padilla— plasma sus argumentos, y al final de su mensaje indica que en el centro se usa uniforme, uno de los símbolos de estatus social más visibles de la escolarización privada. Lo interesante es que en este colegio público se dio un largo debate sobre el uso del uniforme, en el que, por cierto, la directora del centro se posicionó abiertamente a favor del mismo. Finalmente el acuerdo, o la falta del mismo, terminó en la elaboración de un chándal que las familias podían adquirir voluntariamente —un sistema que también existe en el otro CEIP del PAU—. Lo que imita esta madre, por tanto, son algunas de las estrategias de distinción características de la privada/concertada para argumentar a favor de la conveniencia de un centro público.

En otro hilo del foro Nuevos Vecinos titulado “¿Colegio Ártica o Ábaco?” las familias intercambian información y valoraciones sobre los dos centros concertados del PAU. Muchos padres y madres que están indecisos acuden a este espacio en busca de las experiencias y recomendaciones de otros progenitores. El bilingüismo es el elemento sin duda más mencionado, como aquello que parece valorarse casi en primera instancia —algo que también se recalca en las valoraciones de los centros públicos volcadas en

este foro—. Como en la Comunidad de Madrid casi todos los centros cuentan ya con programa bilingüe, los colegios privados añaden algunos elementos que garantizan un plus de distinción y competitividad: profesores nativos, inmersión desde infantil, gran número de horas a la semana, etc. El colegio Ábaco, por ejemplo, promociona sobre manera en su página web⁹⁵ el sistema no ya de bilingüismo, sino de multilingüismo. Oferta un programa multilingüe donde los estudiantes “piensan en inglés, francés y español”, las clases están impartidas por “profesores nativos y bilingües” y se somete al alumnado a “pruebas externas de reconocido prestigio internacional” para acreditar el nivel —haciendo de nuevo su aparición la lógica neoliberal de la *rankinización* y la evaluación por parte organismos privados externos—. Además el colegio ofrece la organización de estancias en el extranjero. Al asunto del bilingüismo y el multilingüismo se le añade algo que ya señalé con anterioridad. Tanto los centros como las familias enfatizan la cuestión de los proyectos educativos innovadores como la piedra angular donde reside la excelencia pedagógica de cada centro privado en cuestión —“estrategias didácticas más naturales”, “innovadores en métodos de enseñanza”, “innovación en el aula”—. Como no podía ser de otra forma, en este campo ocupan un lugar privilegiado las nuevas tecnologías, ya integradas en el aula y en los métodos de aprendizaje. Por ejemplo, el colegio Ábaco cuenta con un sistema llamado *Ábaco high tech performance* que se promociona como una herramienta que por sí sola fomenta el pensamiento crítico: “el aprendizaje digital que adquieren los alumnos fomenta el pensamiento crítico, la comunicación, la cooperación y la creatividad, preparándoles para afrontar los retos de la Sociedad Futura”.

En estos comentarios del hilo “¿Colegio Ártica o Ábaco?” puede observarse la importancia que adquieren ambas cuestiones —el bilingüismo y los proyectos educativos— para las familias, que como parte de sus estrategias de distinción imitan los discursos de los propios centros:

Madre 3:

Me gustaría llevar a mi hijo a uno de estos dos colegios, creo que son los dos únicos bilingües del barrio, tengo buenas referencias del ABACO, pero no conozco a nadie que tenga hijos en el ARTICA ¿Qué diferencias hay entre estos dos colegios, a parte del precio?

Madre 4:

Hola, te comento con respecto a los coles, creo que el Pinar de San José este curso (2011-2012) comenzaba con el bilingüismo desde infantil.

Por otro lado, te puedo decir algo más del Ártica, ya que por la misma razón intenté que mi hija entrara allí. Nosotros estamos encantados, tienen un proyecto educativo muy bueno, con profesores de inglés nativos. No usan libro de texto en infantil porque prefieren que aprendan a través de estrategias didácticas más naturales, como por ejemplo canciones. Tienen clase de inglés todos los días una hora y el día que tienen artes plásticas, y/o musicales tienen dos horas ya que esa materia la imparten los profes de inglés (al menos eso es lo que llevo viendo yo estos dos años) [...].

Madre 5:

Mis dos niños van al colegio Artica desde pequeños. Empezaron en cero años y siempre nos ha ido muy bien. Estamos muy contentos con el colegio. [...] Son muy innovadores en métodos de enseñanza. Los pequeños al menos, no sé los mayores, aprenden divirtiéndose. También fomentan mucho la interactividad entre los niños dentro de clase, se ayudan unos a otros. [...] Las extraescolares no sé. Nunca los he llevado.

⁹⁵ Página web del colegio Ábaco, recuperada el 8 de noviembre 2020 de: <http://colegio-abaco.com/>



Fotos 12. Escolares con uniforme (Otoño de 2019)

Sin embargo, para no llevarnos una imagen equivocada de estas familias, es importante tener en cuenta algo que analicé con anterioridad: el lugar que ocupan los centros concertados en el espacio social de las clases trabajadoras, donde las familias mejor situadas acuden a estos colegios no solo en busca de un cierto estatus, sino en el marco de estrategias de reproducción y movilidad social. Al matricular a los hijos en lo que se considera un buen colegio se alberga la esperanza de que con ello reciban la mejor educación posible y en compañía de las mejores amistades posibles. Significa, más allá de los contenidos que reciben en las aulas —que por cierto, se promocionan como los mejor adaptados a los requerimientos del mercado laboral de la “Sociedad Futura”—, el tener compañeros y compañeras que se suponen de grupos sociales semejantes y superiores. Niños y niñas que irán a sus cumpleaños, que integrarán su círculo de amistades y de influencias y que, con suerte, se acordarán de ellos y de ellas en el futuro laboral. Se trata de una inversión familiar a largo plazo —invirtiendo recursos económicos, afectivos, en tiempo, etc.— que reposa sobre la esperanza de poder garantizar un futuro mejor a los hijos e hijas. Por todo ello, muchas de las familias del PAU que matriculan a sus criaturas en los colegios privados/concertados realizan un gran esfuerzo económico que en ocasiones tampoco están en disposición de permitirse. Solo por poner un ejemplo, los gastos en un colegio como el Ábaco ascienden a unos 360 euros mensuales —con los servicios de comedor, horario ampliado de tarde y desayuno—, más 168 euros aproximadamente de importe anual —incluyendo el seguro escolar, el material que se compra cada trimestre y el uniforme que se adquiere en el colegio—. De ahí la multitud de mensajes en el foro Nuevos Vecinos pidiendo información desglosada sobre los gastos, preguntando por la posibilidad de solicitar becas o buscando uniformes de segunda mano “en buen estado”. De ahí también la cantidad de comentarios de madres que no dejan a sus hijos al comedor ni a las actividades extraescolares, servicios que se pagan aparte. Todos estos mensajes constituyen indicios del sacrificio económico que realizan muchas familias. Su escasez de capitales —en un sentido amplio, no solo económico— y su origen trabajador se advierte en algunas intervenciones del foro, no solo en aquellas que hablan explícitamente de los gastos, sino también en la forma en la que muchas están escritas —con faltas de ortografía, con errores en la redacción, sin signos de puntuación—. Un lenguaje que deja al descubierto el capital social de las familias.

Otro indicio de esta cuestión reside en algo que me contó Raúl, el hijo de Marisa. Me dijo que desde que habían implantado el programa bilingüe en el instituto público del PAU muchos chicos y chicas de los centros privados/concertados se habían cambiado. Un fenómeno que, de nuevo, pone de manifiesto dos cosas: que los recursos económicos de las familias son limitados y la gran importancia que se le otorga a la cuestión del bilingüismo.

Merece la pena detenerse en el asunto del bilingüismo. Más allá del mandato —neoliberal— de aprender inglés⁹⁶ y de las distintas estrategias de los centros privados para usarlo como un reclamo, la penetración de los programas bilingües en la enseñanza pública es un fenómeno clave del contexto educativo que trato de restablecer. La Comunidad de Madrid es pionera en este terreno, siendo una de las regiones donde primero se instauró y donde más rápido se ha extendido por la red de centros. Actualmente la mayor parte de colegios de educación primaria son bilingües, hasta el punto de existir distritos enteros donde no queda ni un solo colegio que no lo sea, y los centros que aún no han abrazado la norma sufren fortísimas presiones de la administración para hacerlo (Rendueles, 2016). Esto se explica porque el sistema bilingüe ha demostrado ser, además de extraordinariamente poco eficaz a nivel didáctico, una potente herramienta de clasificación y segregación del alumnado y los centros públicos.

Los programas bilingües cumplen una función de criba social del alumnado desde etapas tempranas de la escolarización. Ayudan a clasificar y separar a los “buenos estudiantes” de los “malos estudiantes”, cuya dificultad educativa suele residir en el origen socioeconómico de sus familias. Como explica César Rendueles (2016), este sistema al implantarse desde primaria permite que al llegar a la educación secundaria los estudiantes puedan ser fácilmente distribuidos en función de su nivel de inglés. Esto es, en función de su grado de éxito en el sistema escolar. En muchas ocasiones, aquellos niños y niñas que, aún siendo buenos escolares, no cumplen con el “perfil bilingüe” —es decir, el perfil de clase social y origen sociocultural— son apercibidos por el instituto para no seguir este itinerario. Es así como las *leyes del destino social* hacen su magia y, a modo de profecía autocumplida, los hijos y las hijas de las familias más pobres y con menos recursos culturales nunca están en las aulas bilingües, aunque ya hablen varios idiomas como el rumano o el *dariya* —es sabido que solo el inglés y el francés convalidan bilingüe—. La implantación del bilingüismo en la enseñanza pública

⁹⁶ El inglés es desde hace unas décadas el lenguaje de los negocios, de la globalización neoliberal, el lenguaje del capital —del económico y del simbólico—. En este contexto, donde la precariedad de las condiciones de vida se ha convertido en una forma disciplinaria de gobierno (Alonso y Fernández Rodríguez, 2013), existe una creciente presión y obsesión por ser una persona productiva. Tener trabajo, buscar trabajo, hacer deporte, hacer cursos, hacer tutoriales, estar disponible y contactable siempre, 24 horas al día. La subjetividad neoliberal de nuestro tiempo se traduce, entre otras cosas, en un continuo mandato de productividad. Es en este marco donde el aprendizaje de idiomas y su correspondiente acreditación oficial se vuelve prácticamente una obligación: no solo para ser competitivo en un mercado laboral caprichoso e incierto, sino para rellenar ese tiempo que no puede dejar de ser productivo —que no puede ser libre—. No hay más que ver la actividad-comodín por antonomasia para las personas que se quedan en paro o para los y las jóvenes —y no tan jóvenes— que habitan la continua incertidumbre vital: “al menos aprendo inglés”. Estudiar inglés se ha convertido posiblemente en una de las formas más legítimas y políticamente correctas de *pasar el tiempo* en nuestra sociedad: nos convierte en sujetos más empleables, más competitivos, más formados, con más competencias, con el *curriculum vitae* más largo. Tal vez estudiar inglés sea uno de los grandes consensos sociales de nuestro tiempo.

se ha convertido, por tanto, en un instrumento que viene a perfeccionar los mecanismos de (re)producción de las desigualdades sociales ya existentes en el sistema educativo.

Flor me cuenta cómo en el colegio de su hijo, ubicado en Aluche, al implantar el sistema bilingüe todos los niños y las niñas de origen migrante y gitano se fueron marchando en cascada. “No queda ni uno”, afirma. Y me explica cómo los propios docentes y la dirección hablaban con las familias que no querían irse para aconsejarles la matriculación en otros centros no bilingües. Así, este sistema supone también un refuerzo de las ya citadas lógicas de clasificación y jerarquización al interior de la red de centros públicos. Los equipos directivos lo utilizan como una estrategia para escalar posiciones y deshacerse de la población más molesta.

Además de todo esto, el sistema bilingüe tal y como se ha implementado ha resultado ser un fracaso a nivel pedagógico. Algo que ya empieza a estar asumido incluso por las familias y que causa quebraderos de cabeza en aquellas casas con mayor capital cultural donde la escolarización es un asunto central. Azucena, una de las compañeras del club de lectura, vivía con mucha preocupación el paso de su hija del colegio al instituto. Nos contó que los niños y las niñas que realizan la primaria en el programa bilingüe después encuentran muchas dificultades en bachillerato y en selectividad porque tienen un menor conocimiento que sus compañeros y compañeras no bilingües en las materias troncales. El resto de mujeres del club de lectura compartían este sentir y todas ellas daban por sentado que el bilingüismo implicaba una clara reducción de los contenidos en aquellas materias que se cursan en inglés. Por tanto, aunque muchas familias ya sepan que con los programas bilingües se sacrifica el aprendizaje y la cuestión didáctica, la eficacia de su razón de ser sigue funcionando a pleno rendimiento: en tanto que mecanismo de segregación, a estas familias no les queda otra opción que continuar en la rueda del bilingüismo si no quieren que sus hijas e hijos terminen en la clase de “los malos estudiantes”.

En paralelo a su implantación en la enseñanza formal, y a la creciente importancia del aprendizaje del inglés en la sociedad neoliberal, las familias desarrollan múltiples estrategias educativas para proporcionar a sus hijos e hijas el conocimiento de este idioma. Diría que este mandato formativo en algunos contextos se vive casi con obsesión y con angustia. No hay más que ver la cantidad de escuelas infantiles de inglés que hay en todos los PAU. De hecho, en mi visita a Valdebebas en junio de 2018 solo encontré en todo el barrio, a modo de único tejido comercial, dos bares —uno de ellos cerrado—, un bazar de alimentación, una sucursal de banco y una academia de inglés; por cierto, de la misma franquicia que algunas existentes en el PAU de Carabanchel. Así, las familias en función de sus capacidades desarrollan estrategias que van desde ponerles a los niños los dibujos animados y las películas en inglés, hasta pagar clases particulares, estancias en el extranjero o campamentos y extraescolares en inglés —actividad de cocina en inglés, baloncesto en inglés, campamento en inglés—. En el grupo de Facebook del PAU es frecuente encontrar mensajes de madres que buscan profesores particulares que acudan a casa, intentando brindar a sus criaturas una educación intensiva e individualizada.

Aún recuerdo algo que presencié en mi primer día de trabajo de campo en el PAU, en julio de 2017. Estaba buscando habitaciones en alquiler para mi inminente mudanza y había ido al barrio para visitar un par de pisos. Cuando enfilé la calle Tristes Trópicos

para acudir a la urbanización que tiempo más tarde se convertiría en mi casa, justo frente a uno de los edificios de vivienda pública vendidos a Blackstone, viví una escena que me pareció casi poética:

He quedado con Omar a las 14:15 horas. Voy caminando por Avenida de la Peseta hasta la calle Tristes Trópicos. Cuando giro la esquina observo a un hombre gitano con un niño pequeño en las escaleras de entrada de uno de los edificios. Están hablando y riendo, muy alto. Lo cierto es que me sorprende la imagen, no esperaba encontrármela en medio de esta galaxia de calles en escuadra y urbanizaciones residenciales. Pienso que puede tratarse de una promoción de vivienda pública. Levanto la vista y observo la arquitectura y el estado del edificio: la fachada es oscura, la zona inferior está rematada con paneles de un color naranja chillón y un material metálico recubre ventanas y balcones. El acabado es diferente al del resto de edificios de la calle, donde predominan el ladrillo caravista y los colores sobrios, incluso las escaleras de hormigón que dan acceso al portal son distintas, menos cuidadas. La urbanización tampoco está cerrada. La puerta de entrada es metálica y deja a la vista un patio interior desangelado en el que solo crece asfalto y un puñado de malas hierbas. La gente, la arquitectura del edificio y su estado, así como la ausencia de determinados servicios —garita de vigilancia en la entrada, piscina y jardín interior, muro perimetral, etc.— indican que se trata de un edificio de vivienda pública. Al llegar a casa descubriré que este inmueble es uno de los que puso en venta la EMVS en 2013 y que actualmente pertenece a Blackstone.

Pero volviendo a la calle —regresando a la observación de aquel edificio, de sus gentes y su forma de *estar*—, justo mientras paso por delante del portal, el griterío del niño y su padre se mezcla de pronto con una voz aguda: “Lucas, *come here!*”. Me giro rápidamente. Por la acera, detrás mi, vienen una chica joven, tal vez de unos 25 años, rubia y con ropa de piscina, y un niño que se ha puesto a corretear por las escaleras de acceso al edificio. Lucas hace caso omiso a la orden de su profesora de conversación y dilata durante unos segundos la persecución urbana. Finalmente el niño obedece y, toalla en hombro, entran en la siguiente urbanización cerrada. (Fragmento del diario de campo, 4 de julio de 2017)

3.4. Espacio y diferenciación. Estrategias residenciales para vivir mejor

Comencé el capítulo proponiendo que la mudanza al PAU de estos hijos e hijas de la periferia obrera podía entenderse como parte de un conjunto más amplio de estrategias familiares de reproducción y movilidad social. Estrategias que, decía, hunden sus raíces y parte de su razón de ser en las condiciones sociales que rodean su contexto de origen en el barrio obrero, que se fraguan en trayectorias familiares y en disposiciones sociales que sedimentan a través de las generaciones. Me he aproximado así a tres tipos de estrategias desplegadas por estos habitantes tanto en el proceso de elección del nuevo vecindario como en la vida cotidiana que discurre en él. El primer grupo de estrategias arranca con el proceso de mudanza y la compra, relativamente asequible, de un piso en propiedad, a estrenar, en un residencial con servicios al interior y ubicado en la zona nueva de Carabanchel. El segundo tiene que ver con la *vida hacia dentro* que se genera en estos vecindarios, donde la socialización se articula en torno a los servicios y espacios privados de la urbanización y donde se ostenta un control del grupo de convivientes. En tercer lugar, el PAU es conceptualizado por sus propios habitantes, en especial por las mujeres que son madres, como un espacio particularmente idóneo y cómodo para la crianza. La urbanización se erige como un ámbito controlado física y socialmente donde los niños y niñas pueden jugar y relacionarse con otras criaturas de grupos sociales que se conocen y reconocen. Algo parecido sucede en las escuelas del entorno, tanto privadas/concertadas como públicas. Los programas bilingües, la

composición social del barrio y el sistema de segregación que existe entre los centros públicos proporciona a los menores, además de lo que se considera una buena formación, un entorno alejado de los colectivos más vulnerables y estigmatizados. La preocupación por su porvenir y por sus condiciones de vida futuras se traduce así en múltiples estrategias familiares que tratan de moldear sus valores, su formación y sus compañías en el espacio residencial y educativo.

Se puede decir entonces que esa mejora de la calidad de vida se define, en este contexto, en contraposición a ciertos elementos que caracterizan la vida en los barrios de la periferia obrera, como espacios atravesados por la escasez y la precariedad. El ascender socialmente, el *vivir mejor*, supone una mejora de las condiciones de las que se proviene. En este caso y para este colectivo social, implica mejorar algunos aspectos de la vida en la periferia habitualmente caracterizada por la mala calidad de las viviendas, su tamaño más pequeño y su deterioro por el paso de los años; el aparcamiento escaso; el contar con servicios y equipamientos saturados y compartirlos con población migrante, gitana o con pocos recursos; el habitar espacios estigmatizados donde la escasez y la violencia estructural hacen que los conflictos estallen... Se trata, en cierto modo, de un ejercicio de separación o diferenciación respecto del colectivo o colectivos inmediatamente inferiores en el espacio social.

Estas dinámicas de diferenciación están presentes en diversas esferas de la vida cotidiana del PAU. Consisten en prácticas que marcan un distanciamiento respecto del espacio social y físico de la periferia obrera, en relación a las condiciones de vida pero, sobre todo, en relación a ciertos grupos sociales que se asimilan como problemáticos y molestos. Se señalan enclaves del PAU que cuentan con estos moradores, como algunos edificios de vivienda pública y el centro de acogida municipal para personas en situación de calle. Y también algunos barrios de la periferia colindante que, estigmatizados hasta decir basta, gozan de una sobrerrepresentación en el imaginario de los vecinos el PAU, como es el caso de Pan Bendito.

1. Edificios de vivienda pública: “un bloque todo lleno de”

Como ya he explicado, los edificios de vivienda pública del PAU presentan diferencias manifiestas a nivel de arquitectura y servicios con el resto de urbanizaciones. Aunque algunas promociones obtienen además una visibilidad especial. Una parte importante de estas viviendas, sobre todo las desarrolladas por la Empresa Municipal de Vivienda y Suelo (EMVS), sirvieron como laboratorio de experimentación arquitectónica para situar a la ciudad de Madrid en los circuitos de competitividad internacional durante el *boom* inmobiliario (Vaquerizo, 2015). El Ayuntamiento, a través de la EMVS, llevó a cabo una política de “proyectos arquitectónicos innovadores” que buscaba motivar arquitecturas espectaculares y vanguardistas. Los proyectos envueltos en un discurso de “capitalismo verde” que preconizaba la construcción de una ciudad moderna y sostenible, funcionaron en realidad como ariete del modelo de ciudad neoliberal que intentaba promover el consistorio⁹⁷.

⁹⁷ Como ponen de manifiesto las intervenciones de la época por parte del alcalde Alberto Ruiz Gallardón o del delegado de la EMVS, Juan José Gracia, el Ayuntamiento perseguía explícitamente la creación de edificios que funcionaran como iconos arquitectónicos de la ciudad de Madrid y de su *marca urbana* (Vaquerizo, 2015). En el contexto de las estrategias de *márketing urbano* se buscaba la atracción de arquitectos estrella y la participación de estos proyectos en grandes eventos internacionales como ferias,

En los concursos de vivienda pública se seleccionaron proyectos que apostaban por la utilización de materiales novedosos, diseños eficientes y ecológicos, estructuras complejas y fachadas de formas y colores imposibles. Tanto en la redacción de los proyectos como en la difusión que el Ayuntamiento hacía de los mismos, los componentes de diseño y estetización resultaron fundamentales. La “calidad” no se entendía en términos habitacionales, sino fundamentalmente a través de una dimensión estética y de diseño vanguardista, algo que resulta preocupante tratándose de la construcción de vivienda pública. Por ello prácticamente la totalidad de estas construcciones cuentan con fachadas extravagantes que combinan materiales, colores y formas poco usuales en los edificios de uso residencial. De hecho, los propios vecinos y vecinas han terminado poniéndoles nombres en función de sus fachadas. En el PAU de Carabanchel está “el de bambú”, “el naranja”, “el de colores”, etc.

Sin embargo estos proyectos arquitectónicos diseñados “desde arriba” a través del conocimiento experto de arquitectos, urbanistas y políticos, contrastan con los significados “desde abajo” que les atribuyen los vecinos y vecinas del barrio. Sus prácticas y sus representaciones espaciales son completamente distintas. Podríamos decir que existe una lucha entre los usos y significados de estas viviendas en tanto que *espacio concebido* y *espacio vivido* (Lefebvre, 2013 [1974]). El *espacio concebido*, el espacio que diseñan y proyectan los planificadores, se muestra sustancialmente distinto al *espacio vivido* de los habitantes. Mientras que en el primer ámbito estos edificios constituyen símbolos arquitectónicos que en un tiempo reportaron estatus a la ciudad y a sus creadores, en el universo del segundo funcionan como un símbolo de la desigualdad. En el barrio los diseños arquitectónicos extravagantes e innovadores actúan como un marcador que señala y su vez amplifica la desigualdad porque hacen visible, de un solo vistazo, qué edificios son de vivienda pública y cuáles no. Y esto resulta fundamental en un barrio en el que la desigualdad y los procesos de diferenciación social están especialmente vinculados con las distintas tipologías residenciales. Como contaba Violeta, “tú cuando vas por el PAU sabes distinguir qué viviendas son sociales y qué viviendas no son sociales, porque las de colores y diversas formas son viviendas sociales”. Así, el diseño arquitectónico refuerza las dinámicas de estigmatización y segregación estableciendo una diferenciación rápida y visible entre las personas que habitan los bloques convencionales y aquellas que viven en los edificios “de colores”. Mientras que los habitantes con más recursos pueden obtener el privilegio de la invisibilidad, de la *normalidad*; los que tienen menos recursos y no pueden elegir su vivienda están condenados a vivir en edificios extremadamente visibles⁹⁸, que además son calificados por la mayoría de vecinos y vecinas del PAU — independientemente de la tipología residencial en la que vivan— como “feos”.

premios y exposiciones de arquitectura. Todo ello contribuía a mejorar el posicionamiento de la ciudad en los circuitos de competitividad interurbana por la atracción de capitales.

⁹⁸ En este caso la arquitectura reproduce la dinámica social por la cual la desigualdad —de clase, racial, de orientación sexual, etc.— se hace visible, en el sentido de volverse claramente perceptible, como algo anómalo, fuera de lugar, fuera de la *norma*. Los sujetos mejor situados en la estructura social gozan del privilegio de la normalidad y por tanto de lo que, a fuerza de repetirse e imponerse, oculta su condición parcial de clase, racial o de orientación sexual y parece natural, imparcial, neutro, universal, *normal*. La pluma visible de los gays y las lesbianas frente a la invisibilidad heterosexual; el color oscuro de la piel de la población gitana o afrodescendiente frente a la invisibilidad racial de la tez blanca; el gusto estético de las clases trabajadoras reconocible como “choni” o “cani” frente al “buen gusto” de las clases dominantes; o incluso los “cuerpos de clase” habitualmente más voluminosos, con menos inversiones estéticas y de salud, frente a los cuerpos delgados y cuidados de las clases más acomodadas, que pese a estar más



Fotos 13. Viviendas públicas (2019, 2015, 2019)

En mi trabajo de campo pude asistir a multitud de conversaciones entre vecinos y vecinas del PAU en las que se mostraba un edificio como el causante de problemas y conflictos. A modo de metonimia que nombra el contenedor por el contenido, se señala al edificio como forma de señalar a sus incómodos habitantes. Durante una de las sesiones del club de lectura se produjo una conversación que pone de manifiesto esta cuestión. Además resulta interesante analizar cómo se resuelve en la cotidianeidad del vecindario la cuestión de los premios de arquitectura: algo que se comenta sin mayor importancia, a modo de anécdota, pero que en ningún caso viene a revestir de estatus ni al edificio ni a sus habitantes:

Cuando terminamos de comentar el libro, mientras comemos los restos del tentempié que han quedado sobre la mesa, Hortensia nos cuenta un suceso familiar. Según ella, siempre que su madre

“producidos”, en el sentido de que han sido objeto de mayores inversiones, cuentan con la apariencia de una belleza natural.

viene de visita se queja del edificio de viviendas públicas que construyeron hace unos años junto a la urbanización. [...] Hace unos días vino su cuñada, que vive en un pueblo de la sierra de Madrid, y comentó que ese edificio le daba miedo. “Tranquila, que no saltan la valla”, le respondió Hortensia. Violeta toma la palabra y nos explica que ese edificio ha recibido un premio de arquitectura porque gracias a su forma todas las viviendas dan a ambos lados de la fachada, por lo que son muy luminosas. Flor y Rosa asienten, ya sabían lo del premio de arquitectura. En ese momento se cruzan las conversaciones, cada quien comenta la información de la que dispone sobre la promoción y su arquitectura. Al cabo de unos segundos todas coinciden en que es un edificio “muy feo” y cambian de tema. (Fragmento del diario de campo, 23 de junio de 2019)

El edificio al que se refieren es visto con especial preocupación por los habitantes de esta urbanización y de las próximas. Desde el anuncio de su construcción hasta la actualidad ha causado mucho revuelo y aún continúa levantando ampollas. Se trata de una promoción de viviendas públicas en régimen de alquiler temporal para personas que se encuentran en situación de emergencia habitacional. Algo que muchos vecinos y vecinas del PAU interpretan como un edificio para inmigrantes, gitanos, “gente de realojos” y en general para grupos que se piensan como problemáticos.

La mención a los realojos no es casual. Funcionan como una imagen amenazadora que cobra fuerza y genera un acuerdo en el rechazo hacia los habitantes de estas promociones que, por lo demás, solo en contadas ocasiones provienen de movimientos de realojo. Es posible que en el origen social de los vecinos y vecinas del PAU resida la explicación a este miedo que *a priori* podría parecer infundado. El temor a los realojos cobra sentido en la trayectoria de los barrios de la periferia, pues es aquí donde históricamente han intervenido este tipo de políticas de vivienda. Casi siempre articuladas bajo los principios rectores de la concentración de la pobreza, la falta de recursos y la ausencia de políticas sociales sensibles a estos procesos. Así, como explicaba en el capítulo 1, la mayor parte de los realojos se han efectuado en las zonas con menos infraestructuras y dotaciones públicas, sin tener en cuenta las redes sociales y de arraigo de las personas trasladadas y sin medidas para facilitar el tejido de nuevas dinámicas de vecindad en los barrios receptores (Ávila et al., 2015). Todo ello ha contribuido a generar múltiples conflictos y malestares en los barrios y también a alimentar el fantasma de los realojos, que aparece como un temor fundado en el repertorio de preocupaciones de los residenciales del PAU.

Flor me explica, mostrándose muy crítica, que sus vecinos y vecinas de urbanización reaccionaron ante la construcción de este bloque de viviendas poniendo el grito en el cielo y dando por sentado que se trataba un problema. Un problema de una naturaleza similar al que supone vivir a tan solo unos metros del barrio de Pan Bendito:

Flor. Respecto a ese edificio me acuerdo, además nunca ha habido ningún problema, pero es que vivimos enfrente de Pan Bendito. O sea es que, lo que hablamos, yo no sé la gente que, que... Es que vivimos en frente de Pan Bendito y nunca ha habido ningún, ¿qué problemas hay? Los problemas los hacemos nosotros. O sea los creamos [enfaticando esta palabra] de una manera artificiosa, pero no es real que haya en muchos casos problemas. Me acuerdo cuando estaban empezando a hacer estas casas, que ya sabíamos que eran casas, no sabíamos exactamente qué iba a pasar, pero sabíamos que eran protección oficial. O ni siquiera, eran para realojos y cosas así. Y claro, pues alguna vez salió algún vecino: “ya verás, ya verás”. O sea: “ya verás ahora lo que va a pasar, el a debacle universal, va a ser terrible y...”. Entonces claro, lo primero espérate a ver qué pasa.

Rosa, que vive en la misma urbanización, nos cuenta a Violeta y a mí que en los muros del residencial aún quedan restos de las pintadas que aparecieron en contra de la

construcción de estas viviendas: “gitanos no”⁹⁹, “marroquíes no”. Precisamente una de ellas se encuentra junto a la cafetería en la que habíamos quedado una tarde para merendar, en una de las fachadas laterales del edificio.

También nos explica algo que sucedió en su comunidad en relación a este tema. Como las viviendas públicas tienen vistas al patio interior del residencial, durante los meses de verano los niños y niñas se divertían molestando a los vecinos que disfrutaban de su piscina privada. Un día los más estrategas propusieron a la hija de Rosa que les dejara entrar a la urbanización para darse un baño y la niña aceptó. Rosa relata lo ocurrido en un tono a caballo entre el humor y la preocupación, consciente de las dimensiones del conflicto que puede causar algo así en su comunidad y de las consecuencias que puede tener para ella. Cuando nos está contando esta anécdota sucede, además, algo interesante. Violeta, que vive en el barrio de Carabanchel Alto, responde situándose en la misma posición que esos niños de las viviendas públicas: “los que vivimos al lado”, dice. Ella misma y sus hijas han experimentado sensaciones parecidas en relación al cierre que producen los muros de las urbanizaciones con sus servicios privados. Introduce entonces un sistema de desigualdades y exclusiones percibido en el que, por un lado, están los habitantes de los residenciales del PAU y por otro, los habitantes de los barrios aledaños de la periferia obrera y también aquellos que, viviendo en el PAU, ostentan otra posición social.

Rosa: Cuando hicieron este aquí, este edificio, que es el último que han hecho de la EMVS, pues aparecieron pintadas. De hecho queda alguna aquí detrás, de “gitanos no”, “marroquíes no”. Porque claro, la gente dijo: ¿ahora me vas a poner aquí un bloque todo lleno de...? Porque encima fue en el gobierno de Manuela [...] y se dijo que iba a ser para asilo, víctimas de violencia de género y no sé qué otra cosa. Claro, la gente imagínate, “al lado de mi tesoro donde yo quiero tener un súper portero las 24 horas del día”, dime tú para qué. Entonces aquí en este barrio hubo mucha movida. [...] Y efectivamente los vecinos son más ruidosos, los niños están todo el santo día en la calle. A mí me da una pena horrible porque me parece un machaque para los niños vivir aquí, ver al lado nuestro súper piscinote que en verano... Entonces claro, los niños insultan a los niños de nuestra comunidad, tiran piedras, sobre todo al principio, ahora ya... Claro, tú ves eso y es como cuando yo hice un crucero por El Cairo. Por El Cairo no, por el Nilo: la gente te quiere matar, están en la miseria y te ven a ti tomándote un cóctel ahí y dicen: “bueno, ¿esto por qué es?”. Es muy curioso eso. Entonces mi hija una de las que hizo fue invitar a unos niños porque claro, los niños tiran de estrategia, ¿no? Le dijeron, “invítanos a tu piscina”. Y entonces, pues tendría seis o siete años, estaba con mi madre un verano y dijo, “pues vale”. Cogió y les abrió. Claro, cuando me lo contó mi madre digo, me echan de la comunidad de vecinos. [...] Y le dije, “hija, está muy bonito lo que has hecho pero cuando lo vuelvas a hacer invítalos de uno en uno, no invites a más de dos porque es que si no...”. Yo diciendo, como hagan algo los críos es que me van a crucificar, colega. Claro tienes que mantener un poco también el, porque estar en contra todo el rato pues...

Violeta: Nosotros que somos, no los que tiramos piedras, pero los que vivimos al lado y mis hijas, sobre todo la pequeña, a las mayores no les ha tocado, pero la pequeña sí, ella lo que desea es que le inviten a la piscina de sus amigas. Entonces se generan también... Porque en nuestro cole estaba como mitad y mitad [mitad alumnos del PAU y mitad de Carabanchel Alto], entonces se generaban dinámicas muy curiosas. Cuando llegaba ya el verano: “¡ya han abierto la piscina de no sé qué urbanización!”. Y entonces las que no tenían piscina pues hacían: “a ver si nos invitan a la piscina”.

⁹⁹ Alguien, con una tinta diferente, ha escrito un “sí” encima del “no”—un fenómeno muy frecuente en las pintadas callejeras que presentan esta estructura sintáctica, sustantivo seguido de un sí o un no—, estableciendo así una lucha por los significados y los usos de este espacio urbano. Como ninguna de las dos inscripciones es lo suficientemente grande como para tapar a la otra, puede leerse “gitanos no” y al mismo tiempo “gitanos sí”.

Rosa: Fíjate qué barrera, qué barrera...

Violeta: [...] Sí que es verdad que los que viven fuera, sobre todo los niños, pues sí que tienen, [imitándoles] “¡tienen piscina!”.

II. *Pan Bendito y los de fuera*

Otro proceso de diferenciación se produce en relación a los barrios de la periferia obrera colindante. Violeta, que vive prácticamente en la frontera física entre el antiguo barrio y el nuevo, continúa explicándonos a Rosa y a mí su experiencia “viviendo en el borde”, como ella dice. Recurre de nuevo al tema de las piscinas privadas —que como ya he señalado no es un fenómeno menor en el contexto de la periferia— para explicarnos cómo se perciben los muros de los residenciales desde el otro lado. Para ella, el PAU y las urbanizaciones marcan una diferencia, una frontera, entre los habitantes de “dentro” y los de “fuera” —una dicotomía que utilizará durante toda la conversación—¹⁰⁰. De hecho, su hija menor siempre ha querido *ser* de una urbanización. Aspira a vivir en una, no solo porque tiene compañeros de colegio que lo hacen, sino porque advierte las comodidades de los servicios como la piscina o una zona de juegos privada justo debajo de casa. Para la niña el mundo interior de los residenciales ejerce un poder de atracción. Pero lo interesante es que también percibe este universo en términos de estatus, como una marca de diferenciación social. Desde pequeña traduce la vida en un residencial, en comparación con su casa y con las de su barrio, en términos económicos y de clase. “Decía que ella quería, que por qué no vivíamos en una urbanización, que si éramos pobres”, nos explica Violeta.

En relación a esto nos cuenta lo que sucedió un verano cuando fue a recoger a su hija a la urbanización de una compañera del colegio. Al llegar al portal llamó al telefonillo, pero como nadie respondía, decidió entrar detrás de un vecino que a su paso dejó la puerta abierta. El guardia de seguridad, cumpliendo con su mandato, se lo impidió. Tras un pequeño rifirrafe, en este contexto que de pronto coloca a Violeta en la situación de querer colarse en una propiedad privada, finalmente la mujer se queda en la calle. No pudo acceder al residencial. Nos cuenta la historia con visos de indignación y malestar que aún perduran en ella. “Me sentí tan mal”, confiesa. Y toma esta experiencia para

¹⁰⁰ Violeta también pone de manifiesto que esta tendencia a vallar y cerrar los espacios ha sucedido, a otro nivel, en los barrios de la periferia obrera. Nos cuenta que, cuando era joven, frente a su edificio había un aparcamiento que siempre estaba ocupado por jóvenes del barrio. Piensa que este espacio se cerró cuando llegaron nuevos pobladores inmigrantes: “Cuando los que se empezaron a sentar en la tapia mis vecinos empezaron a ver que no eran conocidos y además eran de colores, pues dijeron que había que cerrar la urbanización”. Sin pretender adentrarme más en esta cuestión, que ha sido etnografiada de forma exhaustiva en el contexto de Carabanchel por Sergio García (2012) y sobre la que existen investigaciones muy interesantes recogidas en Débora Ávila et al. (2015), es importante mencionar que los vecinos de barrios de las periferias han ido progresivamente cerrando sus fincas y edificios, vallando espacios antes abiertos y acotando propiedades que ahora solo pueden usar sus propietarios. Las intervenciones en el espacio físico —a veces artesanales y otras más sofisticadas— funcionan aquí como herramientas que ayudan a marcar una separación, y que descansan sobre centralidad que ha ido tomando la seguridad en sociedades neoliberales como un correlato del aumento de la desigualdad social. En los barrios obreros, los sujetos y colectivos que son objeto de dicho distanciamiento son, una vez más, las poblaciones más pobres, migrantes y gitanas. Los procesos de “separarse del desigual”, del que está más próximo en el espacio físico y social, no son exclusivos del PAU. Y tampoco lo es el uso privilegiado que adquiere en esta dinámica de exclusión y diferenciación los dispositivos securitarios como cámaras y muros que perimetran propiedades privadas. Ahora bien, la dimensión que este fenómeno adquiere en los PAU lo eleva a un nivel de planificación y diseño urbano de todo un barrio, que organiza social y espacialmente la vida en las nuevas periferias del *boom* inmobiliario.

explicarnos que, desde su posición, el PAU se levanta como una “fortaleza” — añadiendo esta connotación defensiva— que separa un barrio del otro, unos habitantes de los otros.

Violeta: Te digo una cosa como persona que vive en el borde del PAU, donde mis hijas, sobre todo la pequeña, a su cole van niños del PAU. Entonces mi hija tiene un trauma infantil enorme porque ella quiere ser de una urbanización. ¿Por qué quiere ser de una urbanización? Sus amigos y sus amigas, que son de una urbanización bastante grande que hay cerca de nuestra casa, muy grande, ¿eh?, tres veces esta [se refiere a la de Rosa], muy grande. Pues ella lo que ve es allá los niños jugando y tal. Cuando mis hijas han jugado en el parque que no tiene valla siempre que han querido, pero la libertad de bajar y subir y tal, pues eso lo echa mi hija en falta. Entonces decía que ella quería, que por qué no vivíamos en una urbanización, que si éramos pobres. Entonces nosotros le decíamos: “mira, no somos pobres pero no vivimos en una urbanización, esta es nuestra casa, vivimos en un tercero sin ascensor, te aguantas. Y ya si quieres ir pues vas con tus amigos a la urbanización, no hay problema”. Claro, no hay problema hasta que es imposible entrar en esa urbanización. Yo el segundo día que fui y casi no pude entrar porque tenía que, tenía que llamar al telefonillo, o sea la puerta cuando se quedaba abierta yo iba a entrar y el señor de la puerta me decía, “no, no puede entrar”. Digo, yo, una señora de cuarenta y cinco años, con una cara de... Y yo: “no, mira, vengo a buscar a mi hija que está en ese portal”. [Simulando la respuesta del guardia de seguridad] “No, no, tiene que llamar al telefonillo y si la abren yo le dejo entrar”. Yo decía, he llamado al telefonillo, entre que no estaban y no sé qué y no sé cuántos, no pude entrar a la urbanización. Me sentí tan mal. De decir, el sentido común de este pobre señor que seguro que está haciendo esto porque le obligan a hacerlo, pero era como que había perdido todo el sentido de: ¿no se puede entrar a un sitio? Parecía una fortaleza, o sea yo me sentí fatal, fatal, fatal. [...] Paso de tener la sensación de, ¿de qué se defiende esta gente? ¿De los que estamos fuera que somos igual que los que están dentro? De verdad que fue una sensación desagradable, ¿eh? Y nosotros le decíamos, “mira, te acompañamos y tú te apañas”, ¡porque yo paso de dar tantas explicaciones para entrar en una casa! Entonces esa sensación de vivir ahí en el borde la tenemos, la tenemos vamos, que yo he tenido esa vivencia, ¿no? Y es verdad que a nuestro cole iba mucha gente, el cole era un cole público, iba mucha gente del PAU porque es el cole que pillaba más cerca. Y es verdad que un tanto por ciento, no muy elevado, pero un tanto por ciento, luego cambiaba a los niños de cole a los concertados. Eso sí que es verdad.

Inés: ¿Sí?

Violeta: Sí, porque en mi colegio había niños de toda clase y condición. [...] Yo creo que hay un punto ahí que hay gente que piensa como que sube de estatus, como que es diferente a los que vivimos fuera. Estoy personalizando, entiendo que nadie... pero es verdad como que los que vivimos fuera dices, pero si eres igual, ¿no? Te pasan las mismas cosas que yo y somos iguales. Pero se hace ahí una barrera que distingue a los de fuera y a los de dentro y hay que defenderse de los de fuera, cuando los de fuera son iguales que los de dentro. Pero esa sensación yo la he tenido en mis carnes, ¿eh?, de decir, jolín, ¿por qué tengo que dar yo tantas explicaciones?

Pero, ¿a quién se refiere Violeta con ese “fuera”? ¿de quién intentan diferenciarse los habitantes del PAU? Hay un momento en el que, cuando está contando la experiencia a las puertas de la urbanización, dice: “yo, una señora de cuarenta y cinco años, con una cara de...”. Podemos entender este yo como un: yo que no soy migrante, ni adolescente, ni macarra; yo que soy madre y tengo un trabajo y buen aspecto; yo que no cargo con estigmas y aún así no puedo entrar.

Se vislumbran entonces algunas claves del proceso de diferenciación al que me refiero. La barrera física que ejercen las urbanizaciones es percibida por Violeta como un intento de separación que tiene por objetivo el diferenciarse del contexto social próximo. Y pone varios ejemplos de esta cuestión. Además de la frontera física que impide o no el acceso a determinados servicios de uso exclusivo, Violeta menciona la aspiración de su hija menor de vivir en una urbanización o el fenómeno de algunas familias del PAU que

sacan a sus hijos del colegio público ubicado en el barrio viejo para matricularlos en escuelas concertadas, algo que ella relaciona con la procedencia social del resto de familias del centro. Analiza todas estas cuestiones como un intento por parte de los habitantes del PAU de separarse o distinguirse —ella dice “defenderse”— de los habitantes de “fuera”, para “subir de estatus”. Lanza entonces una pregunta: “¿de qué se defiende esta gente?, ¿de los que estamos fuera que somos igual que los que están dentro?”. Aquí Violeta reubica a los habitantes del PAU en la misma posición que los vecinos y vecinas del barrio obrero porque, según ella, creen haber “subido de estatus”, algo que pone en duda. Y establece así una continuidad entre “los de fuera” y “los de dentro”, devolviendo a los primeros al que según ella es su lugar social. “Somos iguales”, afirma.

Sin embargo, como ya he explicado con más detalle en otro capítulo, los barrios de la periferia obrera distan mucho de ser espacios homogéneos. Aunque Violeta en algunos momentos de la conversación establezca una dicotomía entre el PAU y los barrios colindantes, en otros se pueden apreciar las desigualdades que existen entre estos últimos. Tanto es así que las dos mujeres charlan abiertamente sobre las diferencias entre “la zona de Violeta”, es decir, el tejido sociourbano que hace frontera con el PAU por sus extremos noroeste y norte —Cuatro Vientos, Las Águilas y Carabanchel Alto—, y la “parte de Pan Bendito”, la frontera noreste. Mientras que los primeros barrios remiten a espacios clásicos de lo que hemos denominado la periferia obrera y gozan, por lo general, de cierta normalización social, el segundo constituye un enclave estigmatizado —y particularmente algunas zonas dentro de él— del que rehúyen y se diferencian también muchos de los habitantes de los barrios, no solo del PAU. En este tipo de espacios el estigma permea el territorio y a sus pobladores, trasladando cuestiones como el deterioro de los espacios públicos, la vigilancia policial perimetral y la falta de servicios a características cuasi-innatas de sus habitantes y a categorías morales. Es decir, que la falta histórica de inversión por parte de las administraciones, la segmentación del mercado de trabajo y las políticas urbanas que no han hecho sino alimentar las desigualdades sociales, entrelazan al hábitat y a sus habitantes en una espiral de exclusión de la que es difícil escapar. Por todo ello, los enclaves estigmatizados de la ciudad son poco transitados por el resto de vecinos y vecinas, no solo por la mala fama de la que gozan, sino porque en raras ocasiones hay algún motivo por el que acudir —un nudo de transporte público, un parque grande y cuidado o un boyante tejido comercial—. “Donde está mi casa es permeable mucho más que esto porque [...] esta zona tiene más dificultades que la mía. Hay un parque, o sea que si estás en un lado te apetece irte al otro porque hay un parque. Un parque que si continuas te conecta con Aluche que es un nudo de comunicaciones”, nos explica Violeta. Y Rosa lo compara con la otra frontera: “Bajas un poco y Pan Bendito es un horror. Es un horror porque no han hecho nada de inversión. [...] O sea el parque que habla el Languí¹⁰¹ todo el rato, es una mierda, o sea es un secarral, no hay ni un columpio, no lo han cuidado, no han replantado, no han hecho nada. Y pasas por ahí en verano y ves a la

¹⁰¹ Se refiere al grupo La Excepción compuesto por El Languí y Gitano Antón, originarios de Pan Bendito. Su música habla de la realidad del barrio y sus gentes, como por ejemplo el tema “Infectado distrito” donde se alude al mal estado de los espacios y los equipamientos como consecuencia de la falta de inversión pública: “Queremos que nuestras zonas comunes se llenen de yerbajos y de flores. El Serengueti, ¡ay padrecito! Si esto es Pan Bendito, Carabanchel, infectado distrito. [...] Queremos flores, pero no mugre. Queremos que mandéis a operativos pa que las calles desinfecten. Queremos ver que realmente lo hacéis”.

gente en la calle pues como en las 3.000 viviendas, gente súper... un guetazo que te cagas". "Ahí no va ni Dios", concluye Rosa.

Flor y Rosa siempre dicen que sus vecinos y vecinas de residencial además de considerar Pan Bendito como un foco de problemas, lo observan con miedo. Algo que también le sucede a la hija de Rosa: "Le da miedo, ¿eh? [...]. O sea cuando, es verdad que aquí nada más cruzar hay un parque de yonkis [...]. Nunca me han atracado ni me han dicho nada, pero mi hija cuando vamos por ahí se pone nerviosa". E imita lo que le dice su hija: "es que Pan Bendito me lo das o te lo quito".

Junto a ciertos enclaves que están siempre bajo sospecha aparecen grupos de población que son vistos con desconfianza y a los que se les adjudica un carácter problemático —aquí volvemos a ese "yo, una señora [española y paya] de cuarenta y cinco tacos" que enunciaba Violeta—. Una preocupación muy extendida en el PAU, y que comparten los vecinos de todas las tipologías residenciales, es el robo de coches y de trasteros. Cuando se habla de estos robos, un tema muy recurrente, se suelen mencionar como focos de delincuencia Pan Bendito y determinados grupos que no se conceptualizan como virtuales habitantes del PAU, como "los rumanos". Recordemos que estas reservas hacia la población migrante también están presentes en la imagen que se proyecta sobre los guardias de seguridad de los residenciales, cuyos orígenes infligen un poso de desconfianza. Se alimenta entonces un imaginario en el que el PAU es representado como un espacio libre de inmigración, aunque esto no sea así.

Seguramente por algunas de estas cuestiones el PAU es un lugar de residencia elegido por muchos policías¹⁰². En las dos urbanizaciones en las que viví había un número nada desdeñable de policías entre los vecinos, pero reparé en este fenómeno cuando se quedó libre una habitación en mi primer piso y en pocos días recibimos muchos avisos de personas interesadas que pertenecían al cuerpo policial. Si los barrios de la periferia obrera, y con mayor énfasis algunos enclaves dentro de ella, son su espacio habitual de trabajo y los habitantes su objeto potencial de intervención, entonces el PAU aparece como una zona residencial de descanso que se supone geográficamente próxima pero socialmente distante.

III. "Nuestros peores temores": el centro de acogida

Dentro del PAU también se aloja un grupo cuya presencia se ha convertido en una obsesión para algunos vecinos y vecinas. Son personas en situación de calle que se hospedan temporalmente en el centro de acogida municipal ubicado en el límite sur del barrio. Es habitual encontrárselos en el espacio público haciendo uso de los bancos y los parques o caminando para llegar hasta el centro, que se encuentra lejos de los puntos por donde pasa el escaso transporte público que llega al PAU. Desde su apertura ha generado mucha polémica entre los vecinos, siendo el foco de multitud de quejas y debates que siguen estando de actualidad. Así lo muestran los hilos de discusión en el foro online Nuevos Vecinos, donde se ha comentado este tema hasta la saciedad, y

¹⁰² Debo agradecer a Sergio García —alguien que conoce bien las dinámicas policiales y securitarias del distrito de Carabanchel— algunas conversaciones sobre este asunto. Me confirmó que el PAU constituía un lugar de residencia relativamente habitual entre personas del cuerpo policial y que esto, lejos de tratarse de un asunto azaroso, tenía un trasfondo sociológico vinculado con la composición social de los diferentes barrios de Carabanchel.

también las conversaciones informales y las entrevistas que realicé durante el trabajo de campo, en las que con frecuencia afloraba el centro de acogida, a pesar de que en ninguna ocasión pregunté por ello.

Las diferentes posturas respecto al tema se pueden agrupar en dos grandes *puntos de vista o grupos estratégicos*¹⁰³ (Olivier de Sardan, 2018). El primer punto de vista podría resumirse con la expresión *por nuestro bien y por el suyo*. Aquí la consideración de que las personas del centro de acogida constituyen un problema —algo que se da por supuesto— se hace de forma sutil. Normalmente se elaboran reflexiones de corte paternalista sobre su situación de deterioro físico y abandono institucional, al mismo tiempo que esto sirve de excusa para ubicar al colectivo como un foco de peligro para las familias del barrio. Es decir, los reclamos para que estas personas desaparezcan del PAU se hacen de forma velada, partiendo de un discurso de preocupación por sus condiciones de vida.

Ana, por ejemplo, me comentaba que a ella le infunden cierta sensación de peligro, sobre todo por las noches, cuando el barrio está solitario. Me lo explicaba de esta manera: “Y luego hay una cosa que lo ha estropeado un poquito más: el tema del centro que hay aquí abajo. Es un centro solo de invierno, entonces en verano a esta gente la dejan totalmente tirada. Y hay gente que está muy enferma, así que... No es que sean malos, es que están enfermos. Entonces, claro, el barrio está solo y te cruzas con tres en una noche, pues... Por mí no, porque a mí no me da miedo, pero sí que...”. Ana usa el verbo “estropear” y Marisa lo define como “lo peor del barrio”. Esta última menciona varias razones por las que el centro no presenta unas buenas condiciones para los usuarios como su formato de albergue, la ubicación alejada o la poca inversión en servicios y dotaciones, pero su explicación también está salpicada de motivos por los que esta situación se vuelve en contra del barrio:

Marisa: En su momento Gallardón hizo el albergue para personas sin hogar que está allí abajo. Entonces lo hizo en un sitio donde tienen que ir caminando, que si es en invierno te pelas del frío y si es en calor te da el patatús por el camino. A gente que son personas sin hogar que están completamente desahuciadas. O sea, son las personas que por salud son las más perjudicadas porque hay otros albergues que están más ubicados en el centro de Madrid y son personas con más autonomía, que incluso pueden tener un empleo, pero que usan el albergue para pernoctar y tal. Entonces aquí esta lo peor, o sea, los más hechos polvo. Que están, los tienes que ver subiendo y bajando, andando con muletas o en silla de ruedas todo lo que es la cuesta, es que es inhumano. Son gente que está muy hecha polvo mentalmente y han provocado conflictos, han dado algún susto, o bueno, o deteriora el barrio porque se están orinando o se están defecando en cualquier lugar que pillan, ¿no? Y tenemos al Samur por aquí constantemente todos los días detrás de ellos, da muchísima pena. Entonces es muy mala ubicación. O sea yo estoy en contra de los albergues,

¹⁰³ Me remito aquí al término *espacio de puntos de vista* enunciado por Bourdieu (1999 [1993]), que en muchos sentidos es equiparable al de *grupo estratégico* desarrollado por Olivier de Sardan (2018). Ambos conceptos recalcan la importancia de situar los discursos en relación con los otros, reestableciendo así su contexto de producción-enunciación no solo a través de una lógica situacional, sino teniendo también en cuenta el espacio de las diferentes posiciones existentes y las relaciones que se dan entre ellas (Pazos, 2004). En palabras del propio Olivier de Sardan (2018): “Un «grupo estratégico» puede entenderse como una agregación de individuos que tienen globalmente, frente a un mismo «problema», una misma actitud, determinada ampliamente por una relación social similar con respecto a este problema [...]. Al contrario que las definiciones sociológicas clásicas de grupos sociales (como la clase social en la tradición marxista), los «grupos estratégicos» no están constituidos definitivamente ni tampoco son pertinentes sean cuales sean los problemas. Varían según los problemas considerados. [...] La noción de grupo estratégico es, por tanto, esencialmente de orden empírico. Supone simplemente que, en una colectividad dada, todos los actores no tienen los mismos intereses ni las mismas representaciones y que, según los «problemas», sus intereses y sus representaciones se agregan de manera diferente, pero no de cualquier forma” (p. 59).

tendrían que ser pisos donde, pues, efectivamente uno viva en un piso como cualquier familia normal, aunque sea un piso de dos o tres personas, pero nada de concentrar a la gente en albergues y mucho menos cómo está comunicado y dónde está ubicado. O sea, es una vergüenza donde está el albergue este, ¿no? Y lo peor del barrio eso, o sea, pero por la propia gente que vive allí.

En estos mensajes del Foro Nuevos Vecinos se observa de nuevo una posición que tiene en cuenta las condiciones de vida los usuarios, pero sin abandonar la idea de que, efectivamente, la ubicación del centro de acogida en el PAU es un problema para las familias al que se ha de poner remedio. Este discurso suele ir acompañado de frases exculpatorias que intentar aclarar que *es por su bien* —“no es que sean malos, es que están enfermos”, “lo peor del barrio, o sea, pero por la propia gente”—. Las diversas soluciones que se ensayan pasan casi siempre por distintas fórmulas de control para que, si el centro no puede trasladarse a otro lugar, al menos los usuarios estén el menor tiempo posible transitando por el barrio.

Vecina 1:

Bueno, parece que tanta carta, quejas y denuncias van dando su fruto... De esto se trata, de dar un trato digno a estas personas pero sin que salgan perjudicados las familias del barrio... Gracias a todo/as.

Vecino 2:

No se trata de cerrarlo, sino pedir más presencia policial y seguridad e intentar que situaciones como las que estamos empezando a ver no se repitan. Entiendo que el centro de acogida tiene que estar en algún sitio (siempre en los barrios del sur, pero bueno) y ya que se dedican recursos para ello, que se utilice bien y que no sea un foco de inseguridad para el barrio. Creo que no es incompatible ese centro con el barrio mientras no se den situaciones como las que estamos empezando a ver.

Vecina 3 [respondiendo a un mensaje previo]:

Simplemente están exponiendo su miedo a que esto afecte a sus familias en su vida y su seguridad diaria que hasta ahora y aún con los parques cada vez más descuidados al igual que el lindo Pinar de Carabanchel... es un barrio tranquilo en el que conviven familias jóvenes con mayores sin el más mínimo problema. Lo que la gente dice y tienen razón, es que para cuando nos traerán la Sanidad, la Seguridad Ciudadana y la obra cultural al barrio???? Porque evidentemente la del SAMUR SOCIAL ya la tenemos y de echo ya se ve y se palpa en tan solo una semana que llevan por allí... pero aviso a navegantes... en cuanto pasen las elecciones nos traen a otros 70 más..., pues la inquietud se comprueba porque es el comentario urgente en todas y cada una de las comunidades de vecinos de la zona. [...] Se un poco consecuente y simplemente apoya aquello que hará bien al barrio como es la seguridad, de que ya que los traen y por supuesto son personas que necesitan cuidados ya que como indican son INDIGENTES... gentes que libremente o no, han optado por esa forma de vida y ya que los traen que se responsabilicen de ellos, teniendo en cuenta que no pueden campar al libre albedrío haciendo actos que son penados por ley como por ejemplo hacer las necesidades fisiológicas en la vía pública. Son enfermos y necesitan cuidados, pues que el SAMUR SOCIAL patrulle por la zona para asistirlos. Todos sabemos que lo ideal sería la prevención para que estas cosas no llegarán a ocurrir, pero esa no hemos podido indicarla puesto que una vez mas nuestros queridos políticos... nos mienten y nos engañan llevando a la calle Serrano, la seguridad, el lujo, el bienestar y por supuesto el shopping y la cultura de altura. Y yo me pregunto, porque siempre les toca a los mismos, a los trabajadores?? [...].

El segundo punto de vista podría nombrarse bajo el título *ataque a los derechos de los habitantes del PAU*. Desde esta posición se muestra un desprecio más o menos explícito hacia las personas que utilizan el centro de acogida, refiriéndose a ellas con etiquetas como “indigentes” o “drogadictos”. Los vecinos y vecinas que adoptan esta postura se quejan de su presencia poco adecuada en el espacio público por estar

bebiendo, sentados en el suelo o ejerciendo “conductas incívicas” —una expresión que se repite en los foros—. Por ello son considerados una amenaza para las familias, especialmente para los niños y niñas. Además temen que su presencia se expanda por todo el PAU, no solo por las inmediaciones del centro. Piensan que la ubicación de este albergue en el barrio constituye una violación de los derechos fundamentales de sus habitantes y hacen continuas referencias a la necesidad de unirse y movilizarse contra dicha injusticia. Se trata de “salvar” el barrio. Para resolver el problema se enuncian algunas soluciones como ponerse en contacto con la Asociación de Vecinos de Carabanchel Alto o con diferentes instancias de la administración local, y de forma unánime se reclama una comisaría y más presencia policial. No deja de resultar curioso cómo, desde esta posición y en lo relativo a este tema, existe un acuerdo en que la organización vecinal es la llave para solucionar el problema, replicándose eslóganes como “la unión hace la fuerza”. Por lo demás, hay quien incluso propone la instalación de una barrera física entre el centro de acogida y el PAU, para impedir que las personas en situación de calle pasen al barrio.

Vecino 4:

Efectivamente mis peores temores se han hecho realidad, hoy ya he podido contar unos 5 indigentes, tres tirados en la puerta del Mercadona y otros dos en las puertas del centro de acogida con sus correspondientes cartones de vino, y esto sólo es el principio. De aquí a poco tiempo los veremos deambular por el barrio frecuentemente.

Es lo que va a vender el PP en su campaña electoral, vacian el centro de madrid de vagabundos, de hecho querían a probar una ley para poder trasladarlos a los centros aunque ellos no quisieran [...]. A ver si la asociación de vecinos da una solución al tema, por que si no me temo que va a haber un aluvion de casas en venta en la zona, entre ellas la mía.

Vecina 5:

Yo estoy de acuerdo con vosotros, de hecho quiero ir a la junta municipal o algun sitio para dar la queja, porque hoy he visto a uno tirado en el suelo con los pantalones bajados y en un estado lamentable.

Creo que todos los vecinos debemos unirnos y quejarnos de forma que nos oigan para que esto cambie, bien poniendo al lado una comisaria o haciendo que no puedan entrar en nuestro barrio por medio de una barrera o algo así, yo me estoy desesperando, porque el cole de mi hija esta cerca y la llevo en coche por miedo a que nos hagan algo. Que se los lleven a Boadilla o Pozuelo.

Vecina 6:

Es una pena que a un barrio sano, (con sus cosas como en todos los barrios) se lo hayan cargado de esta manera... Hay mucha gente joven con niños pequeños en los parques, sentados en el césped, paseando por el pinar... De verdad que es una vergüenza... Yo lo tengo claro; a la mínima que vea: POLICIA, POLICIA, POLICIA Y MÁS POLICIA... Esto no puede quedar como si no hubiesen puesto nada... Eso sí que lo han levantado pronto... El centro de salud va más despacito... Qué pena!

Vecina 5:

Acabo de escribir a la asociación de vecinos, os animo a que todos lo hagais y así poder hacer más fuerza, hoy ya he visto un mendigo por la calle de los morales abajo, eso es porque estaba sobrio, pero si este señor y como el otros, se emborrachan por zonas más alejadas del albergue, cuando quieran regresar no van a poder y nos los vamos a encontrar por las puertas de los bancos, a las urbanizaciones o simplemente tirados por la Avenida de la Peseta, esto quiere decir que el problema se esta extendiendo al resto del PAU.

A pesar de que ambos puntos de vista presentan diferencias sustanciales, también tienen elementos en común. Primero, coinciden en construir la presencia de las personas en situación de calle como un problema. Se asocia con el miedo, la inseguridad y la suciedad. Ambas posturas confluyen en que son una molestia en el espacio público y por eso es mejor que no estén. Aquí las soluciones oscilan desde el cierre total del centro, hasta la demanda para que se controle su presencia en el espacio público por parte de la institución o del Samur Social. También la petición de más presupuesto y dotaciones para el centro, con la esperanza de que pasen más tiempo dentro de las instalaciones y menos en la calle. Esto nos lleva a la segunda cuestión en común: el reclamo de seguridad. La seguridad se entiende como presencial policial o como actividades de control por parte los servicios sociales, pero siempre desde el prisma de la contención, cuando no directamente represivo. Una idea que se repite es la máxima de que “es mejor prevenir que curar”. Lo que se reproduce aquí es una lógica neoliberal de “policialización de los conflictos sociales” o incluso de “policialización de la pobreza” (Ávila y García, 2015b; Moreno Robles, 2021), que consiste en recurrir al terreno de lo securitario y lo policial para lidiar con los efectos de la desigualdad social.

Por último, en muchos discursos de los vecinos y vecinas aflora una cuestión que es central en estas dinámicas de diferenciación, y sobre lo que volveré más adelante: la idea de que servicios como el centro de acogida siempre se instalan en los barrios de la periferia sur, mientras que el centro de la ciudad y los barrios del norte reciben otro trato por parte de las administraciones. Existe la conciencia de que aquellos actividades y servicios que resultan incómodos y que *nadie* querría tener cerca de casa —aquí se engloban cuestiones tan dispares como vertederos y depuradoras o viviendas sociales y centros de atención a personas en riesgo de exclusión social— se emplazan siempre en los barrios humildes. Algo así como *lo que la ciudad no quiere*. Este discurso, muy común en los barrios de las periferias, es asumido también por los habitantes de esta periferia neoliberal. Se construye entonces una colectividad, un nosotros implícito, donde los vecinos y vecinas del PAU de Carabanchel se sitúan en un *continuum* con las periferias del sur de Madrid frente a zonas, con mayor estatus y poder adquisitivo, como Boadilla, Pozuelo e incluso los PAU del norte como Las Tablas o Sanchinarro. Se comparte entonces la sensación de que “siempre son los mismos” los que tienen que convivir con este tipo de problemas en sus vecindarios.

En relación con lo anterior, entre algunos habitantes del PAU existe el miedo a que realidades presentes en la periferia obrera y en su historia se reproduzcan ahora en su nuevo barrio. Como por ejemplo los temidos conflictos vecinales derivados del compartir espacio con población gitana y migrante o los problemas relacionados con la droga. “Lo mismo terminamos siendo una segunda Barranquilla”, apunta una vecina en un foro, trayendo a colación todo un imaginario de sufrimiento social que se localizó sobre todo en los barrios de la periferia. Las Barranquillas era un poblado chabolista situado en Villa de Vallecas y vinculado con la venta y el consumo de droga. Un enclave urbano de esos cuyo nombre permanecen en el tiempo y sobrevive a la muerte del propio lugar, puesto que aún hoy funciona como una imagen sobrecargada de significados que remiten a la marginalidad, la suciedad, la pobreza y la droga.

Vecino 7:

[...] Quizas deberiamos montar una plataforma lo antes posible y hacer ruido en el PAU, las asociaciones que se nos quieran apoyar que lo hagan. Mas que nada por que las elecciones están

al caer y es bueno que la gente del barrio se entere cuanto antes. Según la noticia son personas crónicas, es decir personas que no se considera que vayan a volver a reinsertarse o hasta ahora no lo han hecho. Yo ya me he tropezado con varios y sinceramente, creo que se han cargado el barrio, por que están enfermos buscando tabaco, vino y drogas. Si está prohibido beber en la calle pues que cojan a esta gente cuando estén con su litro de vino en la acera y se los lleven al centro.

Nos está costando horrores venir a comprarnos una casa aquí para que ahora como siempre vengamos a señalar la diferencia entre la zona norte y la zona sur. Pues si nos ponen un centro de este tipo, que pongan al lado una comisaría y los lleven al centro cada vez que estén bebiendo, no?

[...] Nos ha caído una buena desgracia, pero no tenemos por que rendirnos, tendremos que negociarlo y no vale con un centro de salud, donde hay una comisaría?????

Al situar las dos posiciones discursivas, los dos puntos de vista, en el entramado social amplio en el que se producen y formulan, afloran las historias de droga y violencia que marcaron el devenir de las periferias y, en concreto, la infancia y la juventud de los que hoy habitan del PAU. La expansión de la heroína a lomos de la crisis socioeconómica de los años setenta y ochenta reforzó los procesos de diferenciación social al interior de los barrios y también toda la colección de estigmas que caía sobre ellos. Eran “barrios culpables”, como dice Sergio García (2012), culpables de acumular paro, *tirones* y chicos enganchados a la droga; culpables de ser pobres, violentos e inseguros. Pienso que la repulsa al centro de acogida en el PAU atiende seguramente a un repertorio complejo de motivos, pero sin duda, entre ellos se encuentra esa memoria social de barrio que los habitantes comparten y que inevitablemente está presente en sus trayectorias sociales.

De hecho, en la conversación que mantuve con Ruth, estábamos hablando sobre la infancia y juventud de su pareja en Carabanchel, cuando ella misma ligó el centro de acogida con aquel contexto de los setenta y ochenta; haciendo ese ejercicio revelador que resulta, en ocasiones, al poner juntos dos fenómenos sociales diferentes:

Ruth: Hablando con Manu y con sus amigos que son del barrio, su infancia y mi infancia son completamente diferentes. O sea, yo hay veces que les miro y digo: ¿pero por qué seguís vivos?. Me parece increíble cómo este barrio, vamos, no este barrio sino Carabanchel Bajo, que atacó mucho la heroína y todo lo que... Es que me cuentan historias de *Perros Callejeros*. O sea, ¿de verdad vivíais así aquí? [...] Me parece increíble como en Carabanchel era caña, caña. Y desde luego ahora no se ve... Hay, bueno, el centro de... [señala con la mano hacia el sur del barrio donde está el centro de acogida], que sí que hay mucha gente que está así como...

Es decir, que los habitantes del PAU de Carabanchel aluden a un *continuum* entre la periferia obrera y la periferia neoliberal cuando dicen que “siempre nos toca a los mismos”, conectando en esa formulación algunas de las realidades pasadas y presentes de ambos vecindarios. De ahí que exista un temor, entre algunos de sus residentes, a que ciertos fenómenos de la vida en los barrios ahora alcancen también al PAU.

En un hilo de debate del Foro Nuevos Vecinos sobre el edificio de viviendas sociales al que me referí anteriormente, titulado “pisos de realojo”, encontré dos mensajes que condensan algunas de las dinámicas que he tratado de explicar¹⁰⁴. Muestran los

¹⁰⁴ No trato con ello de sobredimensionar la importancia de los foros. Soy consciente de que en este espacio online, como sucede en el resto de espacios sociales, participan un número limitado de sujetos y en ningún caso sus mensajes agotan la complejidad de sus discursos, necesariamente cambiantes, repletos de matices y contradicciones y siempre sujetos a las imposiciones del contexto y la situación. De nuevo, como sucede en cualquier otro espacio social. Tampoco pienso que los mensajes de un foro sean representativos del abanico de discursos que puede existir entre los habitantes del barrio, pero como sucede con todo lo

espacios y grupos, próximos en el espacio físico y social, de los que tratan de diferenciarse algunos habitantes del PAU y de cómo los vinculan con la vida en la periferia obrera.

Vecina 1:

Nuestros peores temores se han cumplido: parece ser que el edificio gris que están construyendo [...] ES DE REALOJO DEL POBLADO DE LAS MIMBRERAS Y SIMILARES. Y ojito al ritmo al que están trabajando, son 148 viviendas. Es indignante que el nos lo metan de recuelo, cuando ya están todas las parcelas urbanizadas y con gente que nos hemos gastado una pasta en estos pisos. Y al ladito de Pan Bendito, para que se monten peña. ¿No teníamos suficiente con el centro de acogida? ¿Y con que no tengamos un colegio construido? ¿Y con que el centro de salud siga sin abrirse? ¿Hasta cuándo van a estar apretando las clavijas a los mismos?

Vecino 2:

Alguno pese a vivir en frente de Pan bendito se piensa que vive en la Moraleja o Mirasierra...

Vecino 3:

Hombre, hay que entender que alguno ha pagado una pasta por su piso.

Vecino 4:

Yo no creo que sea el caso de la mayoría, la cuestión es otra bien distinta. Yo personalmente sé donde vivo: Carabanchel. No quiero lujos, ni gente pija andando por las calles, ni coches de lujo con chofer por las calles, ni asistentas con cofia bajando todas justas del autobus para entrar a trabajar en chalets de 2000m. Todo eso se lo dejo a los de la Moraleja o Mirasierra.

Si quiero vivir en un barrio tranquilo, sin sobresaltos, sin delincuencia, sin vandalismo, sin gritos de madrugada, sin tener a la policía todos los días en la puerta de casa. Creo que son aspiraciones legítimas independientemente del barrio en que viva. Y desgraciadamente, donde hay realojos, esa tranquilidad habitualmente brilla por su ausencia.

Hay una enunciación en el último mensaje que está cargada de importancia: el reclamo de *vivir tranquilo*. A lo largo de estas páginas el campo semántico de la *tranquilidad* ha hecho su aparición en múltiples ocasiones, siendo empleado por diferentes actores de la etnografía para definir el PAU. Cuando aún vivía ahí tenía un juego interno que consistía en adivinar cómo calificarían el barrio las personas con las que charlaba en situaciones cotidianas e informales. Si salía el tema, algo relativamente fácil porque yo era una vecina nueva, la mayoría empleaban el adjetivo “tranquilo”. No le di mayor importancia a esta cuestión hasta que, una vez cerrado el trabajo de campo, me enrolé en la tarea de revisar y organizar todos los materiales etnográficos. Casi por inercia, por llevar ese juego silencioso hasta sus últimas consecuencias, comencé a subrayar de un mismo color las apariciones de este término en el magma heterogéneo y disperso de mis datos de campo. Entonces me di cuenta de que el uso repetido de aquella palabra, empleada por distintas personas en situaciones muy dispares, atendía a algo más que a una azarosa coincidencia.

Los vecinos y vecinas utilizan el término “tranquilo” como una suerte de muletilla rápida, casi automática, que sirve para referirse de forma positiva al ambiente del barrio: con su *vida hacia dentro*, su escaso tejido comercial, su espacio público casi vacío y sus

demás y en tanto que constituyen prácticas sociales concretas, son significativos de una realidad que forma parte del espacio social de este vecindario.

dinámicas previsiblemente familiares. Pero, de lo que no fui consciente hasta hace poco es que este uso implica una dimensión relacional: ¿tranquilo en comparación con qué?, ¿en relación a qué? En algunos discursos —como sucede en ese último mensaje del foro, en la publicidad de ciertos residenciales o en las conversaciones con Flor y Ruth— aflora esta cualidad como algo que se valora del PAU frente a las características de la vida en otros barrios de la periferia obrera. Al compararlos, estos últimos aparecen como zonas más ruidosas y con espacios más pequeños y deteriorados —algo que señalaban Marisa, Ruth y Flor—. Una consecuencia lógica del propio diseño urbanístico de las calles y los edificios, de la falta acumulada de inversión y también de las características los habitantes, que tienen horarios laborales heterogéneos y que en ocasiones habitan en viviendas más pequeñas con un mayor número de personas. Así mismo, se contraponen el clima de problemas y conflictos que envuelve determinadas zonas de la periferia con la tranquilidad del PAU.

Y es que, más allá de las representaciones mediáticas y superficiales sobre los *barrios deprimidos y peligrosos*, es importante apuntar algunas claves sobre la (re)producción de los conflictos en las periferias. Débora Ávila, Sergio García y Daniel Parajuá (2019) —del colectivo Carabancheleando— reflexionan sobre cómo en estos contextos la precarización de la existencia y las duras condiciones de vida consiguen que las tensiones y la violencia afloren con más facilidad. De modo que los conflictos desbordan y estallan con frecuencia, tornándose más visibles. Es una lógica de (re)producción de las desigualdades sociales ya muy conocida, mediante la cual las violencias estructurales se trasladan a las relaciones entre las gentes, a las biografías individuales y colectivas. En el PAU, como en todos los espacios sociales, también existen conflictos, pero presentan diferencias. Seguramente muchos de los problemas son de distinta naturaleza, en tanto que las condiciones de vida no navegan tan al límite, y además gracias al diseño urbanístico que dibuja un espacio público vaciado y *pacificado*, los conflictos efectúan el movimiento contrario al desborde: se producen de forma atomizada en el ámbito de los residenciales y las comunidades vecinales. Esta cierta reclusión de los conflictos a la dimensión de edificio o de manzana hace que, por ejemplo, la mayoría de habitantes de los residenciales sean completamente ajenos al proceso de especulación con las promociones de vivienda pública y a la cascada de desahucios —y movilizaciones— que han vivido los habitantes de los edificios contiguos¹⁰⁵. A todo ello hay que añadir que, al no percibir el PAU como un espacio con diversidad cultural, es menor la tentación de culturalizar los conflictos y etiquetarlos indefectiblemente bajo ese prisma esencialista que tiende a magnificar los problemas.

¹⁰⁵ Una de las estrategias utilizadas por el movimiento de vivienda durante los desahucios es agruparse frente a la puerta del edificio, tomando la calle, para impedir el acceso a las fuerzas policiales pero también para informar y alertar al vecindario de lo que está sucediendo. Continuamente se corean mensajes como “vecina, despierta, desahucian en tu puerta” que tienen una doble función: tratan de romper el silencio y la vergüenza individual que rodean la experiencia de ser desahuciado, poniendo en conocimiento de todas las vecinas lo que está pasando, y al mismo tiempo solicitan su apoyo para que acudan y se sumen al intento de paralización. Ambas tratan de restituir una dimensión colectiva que es fundamental. Pues bien, cuando he presenciado ejecuciones de desahucio en el PAU, siempre localizadas en antiguas viviendas públicas ahora pertenecientes al fondo Blackstone, resulta prácticamente imposible observar nada de esto desde la calle y desde los portales de las urbanizaciones contiguas. La arquitectura de las promociones, cerradas sobre sí mismas sobre un espacio interior, hacía que el movimiento de vivienda y sus cánticos de alerta permanecieran reclusos en el patio del edificio en cuestión, por lo que su presencia y sus gritos no se apreciaban desde la calle. Así mismo, las dimensiones de la trama urbana y la arquitectura de las urbanizaciones cercanas marcaban unas distancias y unas fronteras físicas que redoblaban la dificultad para ver u oír algo de lo que estaba sucediendo a escasos metros.

Así, el *vivir tranquilo* repetido hasta la saciedad en el PAU, remite a la calidad de vida, al vivir bien: que no haya imprevistos, que la vida se desenvuelva en un cierto bienestar. Y esto, que podría ser una aspiración compartida por casi cualquiera, adquiere en el espacio social del PAU significados concretos que involucran una mejora de las condiciones de vida en comparación con los barrios de la periferia próxima. Por ello considero que las *estrategias residenciales* o *estrategias de movilidad residencial* se encuentran en el centro de las estrategias familiares de estos hijos e hijas de la periferia obrera, porque facilitan el despliegue de otras tantas en múltiples ámbitos de la vida.

La organización del espacio físico —es decir, los lugares habitados y sus habitantes— se construye a través de una distribución y un acceso desigual a bienes, servicios y recursos. Como apunta Bourdieu (1999 [1993]), se da una distribución “de diferentes especies de bienes y servicios y también de agentes individuales y grupos localizados físicamente (en tanto cuerpos vinculados a un lugar permanente) y provistos de oportunidades más o menos importantes de apropiación de esos bienes y servicios” (p. 120). Por eso en ocasiones se producen lo que el autor denomina *luchas por la apropiación del espacio* (Bourdieu, 1991 [1979]; 1999 [1993]): luchas por conseguir mayores posibilidades de apropiarse de los recursos y los bienes deseados, y también por alejarse o acercarse a grupos sociales (in)deseables. Algo que puede reportar beneficios materiales y simbólicos, a menudo inseparables uno del otro. La proximidad en el espacio físico permite que la proximidad en el espacio social produzca sus efectos, dando lugar al juego de exclusiones. En algunos casos favorece la acumulación de cierto capital social y el acceso a recursos que son valorados. Y, a la inversa, quienes ya carecen de recursos suelen estar alejados de ellos a través de una dinámica que tiene por efecto el redoblar esta separación¹⁰⁶.

No me refiero aquí a cuestiones que los sujetos perciben únicamente en forma de beneficio simbólico o de reconocimiento abstracto u honorífico. A lo que me refiero es a una movilidad en el espacio urbano como una forma de acceder a determinados bienes y servicios, materiales y simbólicos, que reportan una mejoría en la vida de los sujetos y los grupos familiares¹⁰⁷. La mudanza al PAU, la compra de una vivienda en un residencial o la escolarización de las hijas y los hijos en determinados centros educativos y no en otros, no se puede reducir a un mero intento de obtener un mayor

¹⁰⁶ Bourdieu (1999 [1993]) explora en este fragmento las diferencias entre, por un lado, los barrios que gozan de estatus y capital espacial, y que por tanto facilitan a sus moradores el acceso no solo a una representaciones más positivas sino también a sus beneficios en términos de servicios, recursos y capitales. Y por otro lado, los barrios situados en el extremo opuesto de la jerarquía social y urbana. “El barrio elegante, como un club fundado en la exclusión activa de las personas indeseables, consagra simbólicamente a cada uno de sus habitantes permitiéndoles participar del capital acumulado por el conjunto de los residentes; al contrario, el barrio estigmatizado degrada simbólicamente a quienes lo habitan, los cuales, en cambio, hacen lo mismo con él, ya que al estar privados de todas las cartas de triunfo necesarias para participaren los diferentes juegos sociales, no comparten sino su común excomunión. La concentración en un mismo lugar de una población homogénea en la desposesión también tiene el efecto de redoblar esta última, particularmente en materia de cultura y práctica cultural; las presiones que, en el nivel de la clase, el establecimiento escolar o la urbanización, ejercen los más indigentes o más alejados de las exigencias constitutivas de la existencia “normal”, producen un efecto de arrastre hacia abajo y por lo tanto de nivelación, y no dejan otra salida que la huida [...] hacia otros lugares” (p. 124).

¹⁰⁷ La antropóloga Rita Cachado (2009) apunta una idea similar en el caso de sus investigaciones con comunidades hindúes en la diáspora, vinculando la movilidad social con la movilidad residencial y urbana. En su caso, plantea una discusión en el marco de los estudios sobre transnacionalismo y migración para sugerir una ampliación del concepto de *movilidad*. Señala la importancia que tiene para estas familias los desplazamientos por distintos núcleos urbanos para tejer relaciones y contactos, alcanzar mejoras en materia de vivienda, encontrar oportunidades laborales o afianzar redes familiares y religiosas.

reconocimiento social. Antes bien, constituye una estrategia —un conjunto no coherente de estrategias— para acceder a unas mejores condiciones de vida. O, mejor dicho, para tener la posibilidad de acceder a ellas.

La centralidad de las *estrategias residenciales* en el conjunto de estrategias familiares de reproducción y movilidad social anteriormente descritas, tiene que ver entonces con su capacidad para influir de forma más o menos directa sobre el espacio de vida próximo y cotidiano; que al mismo tiempo constituye el espacio de socialización y aprendizaje de los hijos y las hijas. Esto es, el tipo de vivienda, las características de la comunidad de vecinos, la ubicación del barrio y su composición social, el lugar que este ocupa en el imaginario urbano, el centro educativo al que acuden las criaturas, qué grupos sociales están más cerca y cuales más lejos. La lucha por la apropiación del espacio se concreta así en una forma de tener acceso a unas mejores condiciones de vida y a un entramado de relaciones y de bienes.

Capítulo 4

Venir de barrio y otros asuntos de clase. Ambigüedades, contradicciones y dobles vínculos en la periferia neoliberal

Nuestra supervivencia, la supervivencia de las que venimos de pobres, nace del esfuerzo colectivo por sobrevivir, por dar a la siguiente generación una patada en el culo que nos aleje lo máximo posible de la línea de la miseria, por darnos las herramientas para salir adelante. Y entre esas herramientas está la de dotarnos de una cultura reglada que propicie nuestro acceso al capital económico. Alcanzar los títulos académicos como adquirir los idiomas importantes y alejarnos de las lenguas inútiles, aquellas que solo sirven para pedir cobijo en el corral de la vecina, entre el estiércol, pero que no sirven para conseguir un buen trabajo que te permita comprarte tu techo y que nadie te lo pueda quitar. Pero los títulos académicos, los idiomas importantes y los trabajos bien pagados, traen consigo la renuncia a los acentos, a los dejes, a la lengua «mal hablada», a la ropa vieja pero cómoda, a la libertad del cuerpo para engordar, para llenarse de pelos en las piernas y de bigotes en la cara, para envejecer, para oler a sudor, para comer con gusto hasta llenarte y más allá. Los títulos académicos traen consigo una narrativa de la historia que nos habló de civilización, de progreso y de atraso, de barbarie, que marcó la miseria del sistema como una vergüenza nuestra, esa gente atrasada que vivía entre el ganado, en esos lugares en los que nunca nacieron reyes ni héroes ni líderes de izquierda ni grandes sindicalistas ni Newtons ni Platones ni Virginias Woolf ni Kants ni Foucaults ni Dostoyevskis ni ballets nacionales ni nada que hubiese aportado al mundo nada o al menos nada que valiese la pena recordar. (Brigitte Vasallo, 2021: 76-77)

Cuando llegué al PAU de Carabanchel lo hice llena de expectativas, y en cierto modo de prejuicios, sobre la realidad de clase social que me esperaba en el barrio. Sigo sin saber lo que significa, pero aquello que esperaba encontrarme era un auténtico vecindario *de clase media*. Las lecturas que había hecho sobre los PAU —escasas debido a la poca bibliografía específica existente—, las decenas de textos sobre suburbanización y *urban sprawl* que había revisado y la orientación que le había dado a mi proyecto de investigación, que había crecido desde un Trabajo Fin de Máster hasta convertirse en una tesis doctoral, apuntaban a ello. Sin embargo, lo que comenzaban a poner de relieve las primeras observaciones en el campo era una realidad mucho más compleja y confusa y, sobre todo, una multiplicidad de prácticas y situaciones sociales tejidas en la cotidianeidad del barrio que no me parecían tan *de clase media* —lo que sea que significara eso— como habían vaticinado todas las lecturas y la propia orientación de mi proyecto. De modo que contemplar y describir la clase social en sus múltiples aterrizajes empíricos se convirtió pronto en una de mis grandes obsesiones en el PAU. No hizo falta mucho tiempo para que cayera en la cuenta de que todos los caminos me conducían al mismo lugar: en mis anotaciones en el diario de campo, fueran sobre los pasajeros del metro, sobre una conversación en el ascensor de la urbanización o sobre un cumpleaños infantil celebrado en el patio del residencial, me encontraba a mí misma escribiendo “de clase trabajadora” o “de barrio” como un comodín que me permitía eludir las propiedades, formas y características que tomaban aquellas prácticas y situaciones sociales, e incluso los cuerpos y la presencia de los sujetos. “Tenía un aspecto muy de barrio”, “parecían dos chicos de barrio”, “el ambiente en el metro era de clase trabajadora”. Todos mis análisis terminaban en el punto de partida, usando como

descriptor aquello que en realidad debía ser descrito. Usando como explicación lo que debía ser explicado. La propia estructura de clase que pretendía desentrañar estaba tan arraigada en mí que era incapaz de encontrar las palabras para nombrarla, para diseccionarla y desnaturalizarla, sin caer en su propia trampa: en las formas y operaciones que justamente la naturalizan. Era como si me faltaran las palabras, como si solo pudiera describir la clase a través de los propios estereotipos de clase. Se trataba de comprender, al fin y al cabo, que las clases sociales no existen como algo dado sino como algo que se tiene que construir. ¿Cómo interrogar entonces al espacio social de diferencias?, ¿cómo aterrizarlo en el plano empírico y describirlo?

Hay dos nociones bourdianas que me han resultado particularmente útiles a la hora de conceptualizar y operacionalizar las diferentes aristas y dimensiones de la clase social a las que me aproximo: los conceptos entrelazados de *habitus* y *disposiciones sociales*. De nuevo, no pretendo adentrarme en la complejidad analítica que despliega Pierre Bourdieu, cuyas propuestas epistemológicas y conceptuales uso en esta etnografía a modo de marcos y herramientas de apoyo en mi investigación, más que como incursiones exhaustivas en su obra. Pero sí me gustaría perfilar algunos rasgos de estos dos conceptos, centrales en su teoría de la acción. Quisiera explicar en qué sentido los utilizo y los pongo en práctica.

De acuerdo con Bourdieu (1991 [1980]), las condiciones de existencia que rodean la vida de un grupo social producen sistemas de disposiciones prácticas, lo que el autor denomina *habitus*. Se trata de una suerte de *incorporación* de la estructura social: “estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones que pueden ser objetivamente adaptadas a su meta sin suponer el propósito consciente de ciertos fines” (p. 92). Esto quiere decir, en primer lugar, que las condiciones de existencia de una determinada familia, que envuelven su economía doméstica y sus relaciones familiares, vecinales y laborales, producen estructuras del *habitus*. Generan, en la práctica y para la práctica, formas de ver y organizar la realidad y de comportarse en ella, a modo de principios de actuación y división del mundo. Así, el *habitus* —que es producto de la historia en general y de una historia familiar en particular— se encuentra en la base de prácticas individuales y colectivas que se vinculan a través del tiempo y las generaciones. De ahí que resulte importante restablecer, en la medida de lo posible, elementos como las trayectorias familiares de clase o las estrategias de reproducción que pusieron en marcha las unidades domésticas de origen de las vecinas del PAU. En segundo lugar, supone también que estas condiciones de existencia engendran *disposiciones* compatibles con esas mismas condiciones. El *habitus* puede entenderse entonces como una capacidad de crear en *total libertad* pensamientos, acciones, preferencias o consumos, que tienen siempre como límite las condiciones de su producción histórica y socialmente situada.

El *habitus* representa algo así como la inercia del grupo (Bourdieu, 2018), su herencia social, en tanto que deposita en cada sujeto unos esquemas de percepción que lo vinculan a una colectividad, manteniéndose en un nivel mucho más profundo que el de las tradiciones familiares o las adhesiones explícitas a tal o cual grupo o identidad social. “Tiende a reproducir en los sucesores lo adquirido por los predecesores, o, sin más, a los predecesores en los sucesores. La herencia social de los rasgos adquiridos que el *habitus* asegura ofrece al grupo uno de los medios más eficaces para perpetuarse como

tal” (p. 115). Por ello las prácticas de los agentes, como por ejemplo las diferentes estrategias familiares de reproducción, están en parte preñadas de una lógica de reproducción social porque tienden, sin saberlo, a resguardar la posición del grupo en la estructura social.

Quiero detenerme en la potencia de este concepto para iluminar lo que podría formularse como el *habitus de clase* (Bourdieu, 1991 [1980]), en tanto que sistema de disposiciones relativamente compartidas por un grupo social. Esto no significa que todos los sujetos hayan vivido las mismas experiencias, ni que les guste exactamente lo mismo o se identifiquen necesariamente como iguales. Lo que comparten es un mayor número de probabilidades de enfrentarse a situaciones, experiencias y recursos similares. El *habitus de clase*, que no es más que el *habitus* individual en la medida en que se vincula al de la clase, puede entenderse entonces como un sistema subjetivo de principios comunes de percepción, acción y división del mundo —estructuras interiorizadas— que avanza y reposa sobre la diversidad de cada una de las prácticas singulares¹⁰⁸.

El *habitus* al tiempo que engendra prácticas sociales engendra también principios y esquemas para clasificarlas, dividirlas y, finalmente, tomarlas como signos distintivos (Bourdieu, 1991 [1979]): lo que resulta fino y lo que resulta vulgar u ordinario, lo que se considera educado y maleducado, el hablar bien y el hablar mal, el tener estilo o el tener estilo de barrio —como si solo tuvieran barrio los pobres—. Este es el mecanismo que subyace a situaciones extraordinariamente cotidianas en las que percibimos que alguien es de tal clase o de tal otra, o que casi con total seguridad vive en un barrio y no en otro, pero no podemos explicar por qué lo sabemos. La paradoja del *conocimiento práctico* reside en este carácter indescriptible de la clase, pero al mismo tiempo inmediatamente perceptible. Aunque seamos incapaces de definir cuáles son las señales que hemos captado —las propiedades, características y rasgos— para adoptar este veredicto social casi automático, antes incluso de que podamos reparar en ello, hemos hecho una operación inconsciente de clasificación mediante la cual hemos relacionado y apodado a una persona, una forma de hablar, una vestimenta o una calle de un vecindario como “humilde”, “pijo”, “de pasta” o “de clase media”. Lo que se encuentra en el fondo de esta aptitud social para “ver la clase” son los esquemas prácticos y principios clasificatorios del *habitus* que traducen cualquier práctica en una práctica distintiva y ubicada en la estructura social, conformando una suerte de lenguaje que, por así decirlo, *habla por nosotros y por nosotras*, a pesar de nuestros intentos por comunicar lo contrario:

Las diferencias en las prácticas, en los bienes poseídos, en las opiniones expresadas, se convierten en diferencias simbólicas y constituyen un auténtico *lenguaje*. Las diferencias asociadas a las diferentes posiciones, es decir los bienes, las prácticas y sobre todo las *maneras*, funcionan, en cada sociedad, a la manera de las diferencias constitutivas de sistemas simbólicos, como el conjunto de los fenómenos de una lengua [...], es decir como signos distintivos (Bourdieu, 2002 [1994]: 20).

Esta forma de *conocimiento práctico* involucra al cuerpo, a las técnicas corporales, casi de un modo automático. No hay mejor forma de comprobar que una se encuentra en su

¹⁰⁸ Bourdieu (1991 [1980]) habla de una relación de diversidad en la homogeneidad: “Es una relación de *homología*, es decir, de diversidad en la homogeneidad reflejando la diversidad en la homogeneidad característica de sus condiciones sociales de producción, la que une los *habitus* singulares de los diferentes miembros de una misma clase: *cada sistema de disposiciones individual es una variante estructural de los otros, en el que se expresa la singularidad de la posición en el interior de clase y de la trayectoria*” (p. 104).

lugar social —en un espacio que conoce y en el que se reconoce, donde se encuentra cómoda y donde maneja las normas de comportamiento social— que observando de qué manera el cuerpo y toda una misma se desenvuelve con soltura, *como pez en el agua*. Y a la inversa, cuando nos encontramos *fuera de lugar* (social), la falta de herramientas para socializar e interactuar en ese entorno nos vuelve inmediatamente torpes y desatinados, y aquí lo corporal suele ser de nuevo la primera señal: llevar la ropa equivocada, mover el cuerpo de forma que llame la atención —por lo tosco y lo espasmódico o por lo recatado y comedido—, hablar demasiado alto o demasiado bajo, tener un tono de piel u otro, emplear unas palabras u otras.

Esta suerte de disonancia, de estar fuera del lugar social, la experimenté en múltiples ocasiones durante el trabajo de campo. Como ya he mencionado anteriormente, en el ambiente general del PAU mi condición de mujer joven, soltera y que vivía de alquiler en pisos compartidos me convertía en una auténtica *rara avis*. Sin embargo, en las clases de pilates esto no suponía un gran impedimento, ya que no hablábamos demasiado y mis compañeras me tenían por una suerte de “hija de mayor”. Mi vida también era muy distinta a la de las mujeres del club de lectura, más mayores y con hijos, pero el espacio de encuentro mediante la lectura nos acercaba a través de nuestro capital cultural compartido. Estaba cómoda con ellas, disfrutaba de nuestras charlas y tenía un lugar en el grupo. Pero cuando María y yo nos juntábamos con alguna de sus amigas todo era distinto. Aquí lo que se hacía evidente era la distancia social que nos separaba, la discontinuidad entre nuestros espacios y trayectorias sociales —especialmente en lo referente a la posesión de capital cultural—, que se manifestaba ante mí de múltiples maneras, pero sobre todo en una profunda incapacidad para acomodar mis disposiciones corporales, mis formas de *ser y estar*, a las suyas. Esto ocurría en situaciones en las que se daba una socialización en grupo entre mujeres relativamente jóvenes, en las que yo debía situarme como una par, como una *igual*, y a menudo sentía mi incapacidad y mi falta de aptitud social para plegarme a la situación y pasar desapercibida *como una más*. En mi relación individual con María esto no sucedía porque vivíamos juntas y habíamos encontrado en nuestra relación de convivencia múltiples puentes de unión, afectos, complicidades y un reparto de roles que desempeñaba cada una. Nos entendíamos y compenetrábamos en nuestra diferencia. Pero en las relaciones en grupo las reglas que definían la situación de interacción social eran otras. Y en efecto, estar lejos en el espacio social supone un desacuerdo inmediato y percibido por todas las partes en lo que se refiere a contenidos y formas de comunicación verbales y corporales. De modo que en estos casos se instauraba lo contrario a una atmósfera de familiaridad.

Recuerdo una mañana de verano en la que María y yo bajamos a la piscina del residencial y nos colocamos junto a una vecina amiga suya. Todos los rituales de feminidad que allí se daban cita ponían de relieve, sin que fuera necesario decirlo, mi desinterés cosmético y estético hacia esa feminidad normativa. Los temas de conversación, sobre chicos, dietas y deporte para adelgazar, me dejaban en la misma posición periférica. Y sentía que mi silencio junto a mi sonrisa nerviosa no me servirían durante mucho tiempo para pasar desapercibida. Nada más extender la toalla en el césped recordé que habían pasado varias semanas desde mi última depilación. Cientos de pelos asomaban su pequeña cabeza por mis piernas, ingles y axilas. No eran demasiado largos, pero lo suficiente para que las dos mujeres posaran discretamente

su mirada en ellos. Pasé todas las horas de piscina en un estado de semiagarrotamiento, tratando de cubrirme a mí misma con mi endeble cuerpo. Sentarme con las piernas flexionadas y no levantar demasiado los brazos me ayudó, y sin duda mi delgadez también funcionó como un plus. Las uñas de mis pies también estaban en el punto de mira. Cuando quise darme cuenta su pedicura contrastaba con mi técnica poco cuidada: demasiado cortas, con un estilo tan práctico como poco estético, rozando lo infantil. Era la única mujer de toda la piscina con las uñas sin pintar. Los accesorios de piscina también me delataban. Después de tantas mudanzas había perdido de vista mis toallas de piscina por lo que ese verano decidí utilizar una de ducha que ciertamente, al lado de las otras, desentonaba. Tampoco se me había ocurrido pensar que haría falta un pequeño neceser, con algún estampado estival, para guardar algún que otro producto de aseo y belleza como un peine, un producto para el pelo o un protector de sol labial. En lugar de eso bajaba a la piscina con una vieja bolsa de tela, color crema, en la que introducía el mínimo común múltiplo de objetos de baño necesarios: la toalla, la crema de sol y las llaves de casa. Siempre con mucho cuidado de colocar la bolsa de tal forma que quedase oculto el letrero de las jornadas feministas que lucía en un costado.

En otra ocasión quedé con María, su amiga Paula —ex vecina de residencial— y una vecina del actual residencial de esta para ir al cine del centro comercial Islazul, al que por supuesto acudimos en coche. Al llegar decidimos hacer una parada en una de las cadenas de restauración para tomar algo. Mientras bebíamos, Paula nos contó anécdotas de su trabajo como vendedora en una empresa dedicada a organizar paquetes promocionales y después la conversación derivó hacia los productos y técnicas de maquillaje. Mentalmente repasé mi famélica colección: el lápiz de ojos más barato que encontré en un supermercado y una barra de labios y una máscara de pestañas que María me regaló nada más llegar a su casa, ya que no podía comprender mi falta de abastecimiento cosmético. Después llegó el momento de pasar a la película, *Maléfica 2*. La elección me descolocó: una película orientada al público infantil que retoma parte de la trama de *La bella durmiente*. De modo que, tras comprarse un buen cargamento de palomitas, entramos a una sala repleta de niños y niñas para ver la segunda parte de una película infantil cuya primera parte no había visto ninguna de nosotras. Durante la proyección, el griterío de los niños y las guerras de maíz tostado que volaban por la sala se mezclaban con las reacciones de mis acompañantes, que se reían junto al resto de los asistentes en las escenas de humor infantil y emitían interjecciones de pena o asombro en las secuencias programadas para ello. Al salir del cine, en el que ciertamente yo no había disfrutado, todas dijeron que la película les había encantado y yo asentí sin saber muy bien qué decir: “bueno, estaba bien”.

Pero sin duda la situación en la que más descolocada y fuera de lugar me sentí fue la noche en la que María quedó con su vecina Mayte y varias amigas de esta para salir a bailar. Cuando María me invitó no pude rechazar la propuesta.

Sobre las 22:00h Mayte llama al timbre. Tiene unos 43 años y viene muy arreglada. Se ha planchado el pelo, dándole forma, y se ha maquillado concienzudamente. Tiene puestos unos *leggings* de imitación a cuero muy ajustados que dejan al aire unos tobillos finos, casi escuálidos. En los pies unos zapatos negros de tacón fino. María se ha vestido de forma más sencilla, su estilo es discreto, pero va igualmente arreglada. Lleva una camiseta negra que en función de la luz tiene algunos toques de brillo. Unos pantalones ceñidos y unas botas con un pequeño tacón. Se ha pintado los ojos y lleva los labios de un color rojo intenso. La melena suelta le llega hasta media espalda. Mayte

entra por la puerta con mucha energía, hablando sin parar y moviéndose por toda la casa con aspavientos. María le muestra su piso, es la primera vez que viene, y Mayte comenta y evalúa hasta el más mínimo detalle. Yo, ante tal huracán de energía, decido retirarme a mi cuarto tras el saludo de cortesía. Me siento tímida, intimidada, fuera de lugar. Me cuesta encontrar las palabras y las reacciones adecuadas y advierto mi torpeza, algo que en el campo no me suele pasar. Miro su ropa y la mía. Llevo un jersey de lana, de los más calientes que tengo, unos pantalones vaqueros y unas botas de borreguillo. Parezco un pastorcito del portal de Belén. Hace mucho frío y he pensado que una ropa caliente y sencilla sería suficiente para no desentonar. Le he quitado a mi mochila el pañuelo verde de la campaña argentina por el derecho al aborto y a mi abrigo la chapa de la huelga feminista, pero estos cambios han resultado del todo insuficientes para integrarme mínimamente en la estética del grupo. En ese momento me doy cuenta de que claramente no estoy en mi lugar social, vaticino una noche difícil. Mi cuerpo lo sabe: estoy incómoda y me siento torpe socialmente.

Vamos al garaje para coger el coche de María, ella conduce. Mayte va de copiloto y yo detrás. Tenemos que poner el GPS porque ninguna sabe cómo llegar al bar donde hemos quedado con las amigas de Mayte, en el centro de la ciudad. En el trayecto hablamos de muchas cosas, pero sobre todo charlan ellas dos. Mayte nos habla de su novio y después sale el tema de las navidades y los regalos. “Llegan las Navidades y qué regalias si todos tenemos de todo. Yo ya regalo experiencias”, afirma Mayte, y pone como ejemplo un balneario.

La discoteca está ubicada en el barrio Salamanca, una de las zonas con mayor poder adquisitivo de la ciudad. Cuando entramos a la zona callejamos durante unos minutos para buscar aparcamiento. “Tiene que ser muy caro vivir aquí” les digo, intentando iniciar una conversación sobre el barrio. Ambas responden que no les gustaría vivir aquí porque el aparcamiento es muy complicado y Mayte usa el coche “para todo”, como ella dice. Cuando llegamos el local todavía no ha abierto. Para hacer tiempo vamos al bar de la esquina. Nos pedimos tres vinos blancos y al poco llegan las amigas de Mayte: Vero, de 39 años, que es su amiga de toda la vida; Diana, de 35 y una chica que han conocido de fiesta la noche anterior. Nada más llegar se piden algo para cenar y un cubata. Irrumpen en el bar gritando y moviéndose bruscamente por el espacio. Interpelan al camarero a gritos y le llaman “gordo”. Se divierten y se ríen continuamente. Las tres van muy arregladas y maquilladas. Con tacones altos y ropa de fiesta: vestidos negros, medias con brillo, camisetas de tirantes con fruncidos y transparencias, abrigos de leopardo. Inmediatamente Mayte hace equipo con ellas y comienza a elevar el tono de voz, a seguir sus temas y su actitud, y María y yo nos quedamos algo fuera de la dinámica. Diana acapara toda la atención durante la primera media hora. Nos cuenta su reciente separación con su ex y la historia de su relación. Las conversaciones que se van sucediendo consisten en hablar de “los tíos malos”, que son los que les gustan, el estupor que genera esto es sus familias, las noches de fiesta, los amores en la fiesta y el rechazo a las “velcreras”, que son las lesbianas. Se relacionan entre ellas formando una especie de grupo, de equipo. Muestran continuamente su relación de complicidad, hacen bromas internas, usan palabras que para ellas tienen un significado propio, de modo que se genera claramente un grupo sobre el que pivota la atención y que excluye a quien no entre en esas dinámicas. María parece estar más a gusto, aunque no forma parte de su grupo sigue las conversaciones, se ríe, cuenta anécdotas y parece disfrutar. Sin embargo yo me siento muy incómoda, completamente fuera de lugar. Mi aspecto desentona, no soy capaz de participar en las conversaciones sin que se genere una suerte de silencio cuando intervengo y cuando lo hago meto la pata. Su feminidad heterosexual, fuerte y explosiva, contrasta con la mía; su lenguaje afilado y su forma de hablar escandalosa hacen que cada una de mis intervenciones parezca demasiado redicha y grandilocuente; su aspecto, su ropa e incluso sus bebidas hacen que mi forma de salir y divertirme parezca rancia y pretendidamente *cultureta*. Hay una diferencia de edad, pero sobre todo hay una discontinuidad social, una distancia en nuestras trayectorias sociales y en nuestras disposiciones que ellas y yo percibimos, aunque no del mismo modo. En esta situación soy yo la que está fuera de lugar. Ellas marcan el ritmo y las reglas de la interacción de modo que, la asimetría social que en otro contexto me hubiera colocado en una posición de poder, en esta ocasión me despoja completamente de él —algo que se redobla por mi edad—. Hasta el punto de que se permiten hacer bromas que yo siento como una pequeña humillación y una muestra de mi fracaso etnográfico. En uno de mis intentos antropológicos por unirme al grupo trato de buscar una cuña en el tema de la sexualidad —“el tema de la libertad sexo afectiva lo controlo”, pienso— y cuando están hablando de una “velcrera” decido que es buena idea aportar un comentario pseudo-feminista: “bueno, mejor, ¿no?, así hay más donde elegir, chicos y

chicas”. Aquel comentario no solo causó una mueca generalizada sino que me valió, naturalmente, la acusación de velcrera, arrastrando conmigo a María: “¡a ver si estas dos van a ser velcreras!”.

Cuando cierran el bar avanzamos unos metros hasta la discoteca. Se trata de una sala de fiestas que abrió en el año 2018 Vicky Martín Berrocal, una mujer conocida por su pertenencia al mundo televisivo y del *famoseo*. Al entrar me doy cuenta de que es un lugar para personas que superan los cuarenta. Hay hombres y mujeres de diferentes edades entre los cuarenta y los cincuenta y tantos. La discoteca tiene un escenario donde están tocando música en directo, pero tocan canciones antiguas. Suena “labios de fresa sabor de amor, pulpa de la fruta de la pasión”. Hay un clima permanente de cortejo y ligoteo. De hecho, hay hasta un relaciones públicas que fomenta este ambiente paseándose por la sala mientras saluda a la gente, guiña el ojo a los grupos de mujeres y las saca a bailar. En cuanto entramos Diana se va a una esquina para saludar al tipo con el que ha quedado, Vero se pone a hablar con otras personas y su tercera amiga desaparece. Mayte y María se van a saludar a alguien. El grupo que parecía tan unido se desarticula. Yo me paseo por la sala con mi mochila a la espalda y mis botas de borreguillo. Estoy incómoda, no sé cómo poner las manos, cómo bailar, a dónde mirar, cómo moverme. El relaciones públicas que va dando vueltas por la sala y enganchando a cada mujer que encuentra a su paso de pronto se topa conmigo, para desgracia suya y mía. Claramente no doy el perfil. Sospecho que por no hacerme un feo me agarra de la mano y me impulsa ligeramente a girar sobre mí misma para realizar un paso de baile. Hago lo propio y sonrío, e inmediatamente después salgo despavorida hacia el baño. Cuando llego me encuentro una fiesta paralela en los lavabos. Un grupo de seis mujeres arman escándalo, cantan y bailan. A los pocos segundos se une a ellas el relaciones públicas. Vuelvo a huir.

Sobre la 1:25h María me mira con ojos de irnos, mañana tiene que madrugar y francamente siento alivio. Mayte, María y yo nos despedimos, y la amiga de las amigas decide irse también a casa. Piensa coger el coche a pesar de que va muy bebida y se tambalea. Mayte pretende que nos subamos con ella para que nos lleve hasta nuestro coche que está aparcado lejos. Le hago a María un gesto para que entienda que no yo no quiero. Les digo que la chica va muy bebida y que no deberíamos dejar que se fuera a casa conduciendo. Mayte concluye la conversación diciendo que “ya es mayorcita”, y nos marchamos a por nuestro vehículo. (Fragmento del diario de campo, 19 de enero de 2019)

Se puede decir entonces que no hay opinión, silencio, cuerpo, objeto o acción que no se vea involucrado en este sistema de división y jerarquización, y que exprese por tanto una posición social —esto es, una relación de correspondencia entre su posición en la distribución del sistema de signos distintivos y su posición en la estructura social (Bourdieu, 1991 [1979])—. En un plano de la realidad social que discurre por fuera de la conciencia y la acción voluntaria, los esquemas del *habitus* orientan las expresiones que pasan más desapercibidas, los gustos que parecen más íntimos o las formas y movimientos del cuerpo más cotidianos, como los gestos con las manos, e incluso las manos mismas, con una piel más o menos áspera y unos dedos más o menos resistentes y curtidos. Todo ello son *disposiciones* sobre las que reposan los principios más fundamentales de división del mundo social y de dominación de unos grupos sobre otros.

En este sentido, el gusto —en materia matrimonial, educativa, decorativa, de vivienda o en el estilo de vestir— es una disposición adquirida que resulta central en la dinámica que trato de abordar, puesto que “hace penetrar a las diferencias inscritas en el orden físico de los cuerpos en el orden simbólico de las distinciones significantes” (Bourdieu, 1991 [1979]: 174), funcionando como una especie de *sentido de la orientación social*. Es decir, transforma las prácticas producidas en una determinada posición de la estructura social en una expresión simbólica de esa posición. Gracias al proceso de *incorporación*, el gusto opera traduciendo las condiciones de existencia en preferencias, necesidades, estrategias y elecciones “de clase” que, como no podía ser de otra

manera, están *enclasad*as. Son a la vez causa y consecuencia de las condiciones de las que son producto. Como dice Bourdieu (op. cit.: 174), “es el *habitus* el que hace que se tenga lo que gusta porque gusta lo que se tiene”. Gracias al gusto en tanto que sistema de clasificación social la *señora de dinero* se compra aquello que le gusta y que está hecho para ella, y el resto puede percibir y reconocer que, en efecto, aquello que la señora luce es una auténtica prenda cara y distinguida de *señora de dinero* que probablemente habrá adquirido en alguna tienda de determinado barrio, donde viven y consumen otras tantas *señoras de dinero*. Lo mismo que sucede en el otro extremo de la estructura social con la señora de barrio obrero. El gusto orienta a los agentes situados en un lugar determinado del espacio social “hacia las prácticas o los bienes que convienen —que les “van”— a los ocupantes de esa posición; implica una anticipación práctica de lo que el sentido y el valor social de la práctica o del bien elegido serán, probablemente, dada su distribución en el espacio social y el conocimiento práctico que tienen los demás agentes de la correspondencia entre los bienes y los grupos” (op. cit.: 478).

La *clase social*, en su faceta de mayor abstracción, es un concepto general tan escurridizo e informe que por sí solo no explica demasiado. Algo similar sucede con las grandes categorías de *clase obrera* o *clase media*. Al mismo tiempo lo dicen todo y no dicen nada. En esta etnografía he tratado de operacionalizar el concepto de clase aterrizándolo en situaciones de la vida cotidiana en el PAU, una operación que en muchos casos solo he sido capaz de identificar a posteriori de la producción de datos sobre el terreno. Me he aproximado entonces a varias dimensiones de la clase social que tienen su traducción en diferentes unidades empíricas. He intentado identificar y describir las situaciones y prácticas sociales —espacios, acciones, actitudes, interacciones— de las vecinas del PAU, hijas de la periferia obrera, tomándolas discretamente como indicios de su posición social, teniendo en cuenta además sus distintas tomas de posición¹⁰⁹, siempre cambiantes y contradictorias. Esto es, observar los contextos y las formas en las que se despliegan las *disposiciones* y los deslizamientos, cambios y ambivalencias a las que están sujetas las tomas de posición desde la óptica de la clase social. Para ello me he detenido en la observación y el análisis de cuestiones tan dispares como: las *disposiciones sociales*; algunos rasgos de las condiciones socioeconómicas, como la situación de las economías domésticas en el plano laboral y del consumo o las diferentes estrategias para ahorrar o para conseguir recursos, y también la situación económica y presupuestaria de los residenciales y sus comunidades de propietarios; las trayectorias sociales y familiares, algo que ya abordé en el capítulo 3 acercándome a las unidades domésticas de origen de algunas vecinas del PAU y que retomaré ahora de un modo más exhaustivo con las trayectorias de Flor y Rosa; y las tomas de posición o posicionamientos en torno a diversas cuestiones y en diferentes situaciones. Tomo todos estos elementos como indicios de la realidad de clase social¹¹⁰ que envuelve las formas y los modos en que estas vecinas, hijas de la

¹⁰⁹ Con *posición social* me refiero al lugar ocupado en el sistema de relaciones de clase social —sistema de jerarquías, distancias y desigualdades—. Lo que entiendo por *disposiciones sociales* ya está explicado con detenimiento más arriba y apunta a la incorporación práctica de esa estructura, generando unos determinados gustos, aficiones, preferencias, actitudes, preocupaciones, etc., que se enlazan con los esquemas y principios de visión y división del mundo social. Con tomas de posición me refiero a las elecciones o los posicionamientos que los agentes llevan a cabo en los diferentes ámbitos de la práctica como el educativo, la política o la organización de una comunidad vecinal.

¹¹⁰ Con ello no quiero decir que tales o cuales disposiciones, o tales o cuales tomas de posición expresen —sean signos de— las jerarquías y desigualdades de la clase social. Al contrario, todas esas situaciones,

periferia obrera, despliegan en su cotidianeidad las distintas estrategias familiares de reproducción social —es decir, todas las prácticas de socialización, educativas, de ocio, familiares, etc., que he analizado en el capítulo anterior—.

Trabajo aquí con la idea de *disposiciones sociales* en su dimensión de “maneras de hacer”¹¹¹. Me refiero a los gestos corporales más insignificantes, a la pronunciación de ciertas palabras, al volumen y la entonación al hablar, la forma que toma un cuerpo al sentarse, la dentadura que asoma tras una sonrisa, la manera de nombrar un alimento, de cocinarlo y de comerlo, el modo en como una madre llama a un hijo, la hora y la dirección en la que se toma un metro o un trayecto en coche, el modo en como se habita un espacio, la decoración de una casa o el tipo de reacción que genera una afirmación como “estoy haciendo un doctorado”, algo que puede navegar desde la admiración o la vinculación con los estudios de medicina, hasta la pena por no tratarse de *un trabajo*¹¹². Sin embargo, como decía anteriormente, hay un riesgo permanente, además del riesgo de sobreinterpretación: siempre resulta difícil y peligroso el ejercicio de describir las características de un sujeto o de un grupo como indicios de disposiciones de clase porque a menudo se corre el riesgo de echar mano de un lugar común, un estereotipo o un juicio de valor, tomando como explicación aquello que en realidad hay que explicar. ¿Por qué una vestimenta es humilde o es elegante?, ¿por qué una expresión resuena vulgar o el aspecto de alguien parece *pijo* o *choni*?

El resultado empírico ha sido un magma de anotaciones y descripciones en mi diario de campo que recoge las formas de hacer, de estar, de hablar y de habitar, de este grupo social en los diferentes espacios y situaciones de la vida cotidiana a los que he tenido acceso. Como una tertulia de lectura entre amigas, un viaje silencioso en el ascensor, la escucha de una conversación en la piscina o la observación de unos cuerpos haciendo deporte o tendidos plácidamente bajo el sol estival en una urbanización al borde de la M-40. He ordenado estas *disposiciones* en una serie de categorías o grupos y, aunque bien podrían haberse formulado otros, he elegido estos porque son los que más se repiten en mis diarios de campo —dejando como resultado una arqueología de mi observación: una prueba de los lugares donde mi mirada se ha posado y un testimonio de las prácticas sociales que han sido más visibles, accesibles y repetidas en el campo—. Son: la dimensión del cuerpo y la *hexis corporal*, las formas de hablar,

acciones, prácticas e interacciones a las que me aproximo constituyen —son— las distancias y la dominación de clase. Que la relación entre el fenómeno social amplio, podemos decir estructural, de la clase social y los hechos sociales concretos sea de tipo *indicial*, significa que lo que estamos haciendo al describir este compendio de prácticas sociales fragmentarias es examinar aquel fenómeno social general tal y como se desarrolla en contextos y situaciones concretas (Olivier de Sardan, 2018).

¹¹¹ Vuelvo a referirme a Michel de Certeau y sus investigaciones con Luce Giard y Pierre Mayol (De Certeau, 2007; De Certeau, Giard y Mayol, 2010) cuya categoría de “maneras de hacer” tomo prestada, diría que en una dimensión casi metodológica o procedimental y no tanto en la orientación teórica que le dan al concepto. Desde mi punto de vista, contribuye a iluminar el espacio de posibilidades etnográficas en el ámbito de las prácticas sociales cotidianas y alienta la imaginación sociológica en el plano de la indagación en el campo y el trabajo de análisis con los materiales.

¹¹² Los padres de María, mi casera y compañera de piso, se lamentaban a menudo por mi situación. No entendían por qué dedicaba tantas años y horas de mi vida simplemente a estudiar, sin la promesa de obtener un trabajo como recompensa al final del recorrido. Siempre nos veíamos me invitaban de distintas formas a preparar una oposición: “¡con todo lo que estudias ya tendrías plaza!”. Por otro lado, ya fuera del contexto del PAU, hay parte de mi familia política que piensa que con el doctorado curso estudios de medicina: en su universo social, mientras que la medicina goza de un gran prestigio, la inversión prolongada en una futura y difusa carrera académica ni si quiera se contempla como una opción entre las opciones. Puedo ver el desconcierto aún mayor en sus caras cuando intento explicar que, en realidad, esto tampoco vale para ser profesora de universidad.

las formas de habitar la urbanización, la decoración de las viviendas y el consumo en ámbitos como el turismo.

Una vez caracterizado en el anterior capítulo el conjunto heterogéneo de prácticas al que me he referido como *estrategias familiares de reproducción social y movilidad social*, me gustaría detenerme ahora en la dimensión de clase social que las atraviesa. En este capítulo me aproximo, en primer lugar, a las disposiciones que los vecinos y vecinas despliegan en distintas situaciones sociales de la vida cotidiana en el residencial. Intento también traspasar la barrera entre lo público y lo privado para abordar algunos rasgos de la situación de las economías domésticas, más precarias de lo que aparentan ser. En segundo lugar, me intereso por los significados y las representaciones que los habitantes del PAU elaboran sobre su propia condición social y la de sus vecinos y vecinas, explorando sus identificaciones y posicionamientos. Aquí adquieren un papel relevante la noción de *clase media* y también las continuas ambivalencias y contradicciones que surgen. Para explorar en detalle esta cuestión me detengo en las trayectorias sociales y residenciales de dos mujeres, Flor y Rosa, y en sus posicionamientos en relación al universo de clase social del PAU y de los barrios obreros aledaños. En tercer lugar, sugiero que la naturaleza cambiante y contradictoria de las disposiciones y las tomas de posición de estas hijas de la periferia, lejos de tratarse de un error o una inconsistencia a corregir, nos informa del doble compromiso afectivo y social que las interpela: una vinculación con el barrio obrero y al mismo tiempo con la periferia neoliberal.



Foto 14. La churrería del PAU (Otoño de 2019)

4.1. Disposiciones de clase. Decorar, habitar, hablar, viajar

I. Decorar. Buda, Klimt y algunos souvenirs

Como adelanté en el capítulo 3, la casa es un bien material en el que el componente simbólico cumple un papel especialmente relevante y donde el *ser social* de su propietario o propietaria —sus medios, sus gustos, su espacio social— se expone de manera más duradera que con otros bienes. El espacio privado de la vivienda funciona entonces como una ventana que permite asomarse al mundo social de los sujetos. A sus gustos —musicales, literarios, alimenticios, de decoración—, al tipo de consumo que practican, a su empleo, sus ingresos, sus historias familiares, aficiones y preocupaciones. Como puso de manifiesto Bourdieu (1991 [1979]), el gusto y las preferencias se pueden entender como como “disposiciones estéticas”, es decir, como manifestaciones de las distintas posiciones ocupadas en el espacio social. Por eso el gusto, en tanto que expresión distintiva —“la afirmación práctica de una diferencia” (p. 53)—, es una potente herramienta de clasificación social para los objetos y sujetos: vulgares, refinados, *chonis*, pijos, elegantes, modernos. Permite ordenarlos, jerarquizarlos y establecer identificaciones y analogías. El gusto une y separa:

Al ser el producto de unos condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia, une a todos los que son producto de condiciones semejantes, pero distinguiéndolos de todos los demás y en lo que tienen de más esencial, ya que el gusto es el principio de todo lo que se tiene, personas y cosas, y de todo lo que se es para los otros, de aquello por lo que uno se clasifica y por lo que le clasifican. [...] No es por casualidad que, cuando tienen que justificarse, se afirmen de manera enteramente negativa, por medio del rechazo de otros gustos: en materia de gustos, más que en cualquier otra materia, toda determinación es negación; y sin lugar a dudas, los gustos son, ante todo, disgustos, hechos horribles o que producen una intolerancia visceral (“es como para vomitar”) para los otros gustos, los gustos de los otros (pp. 53-54).

En cierta medida los gustos se *heredan*: se adquieren y se moldean en el seno del grupo familiar, con sus condiciones de existencia y su contexto sociocultural. Por ello cada hogar, con su mobiliario y su decoración, da cuenta de la trayectoria individual de su propietario o propietaria a la par que de la trayectoria colectiva de su familia y su grupo social. Da igual que la vivienda esté más o menos decorada, con más o con menos objetos, aunque su dueña no le otorgue demasiada importancia a los colores de las cortinas o al estilo del mobiliario, aunque no haya dedicado grandes cantidades de tiempo a diseñar el interior de su piso, en las acciones domésticas más involuntarias y cotidianas —como cocinar, limpiar, la forma en la que se ordena la ropa o en la que se disponen los muebles— se imponen las marcas de unas condiciones de existencia tan incorporadas que forman parte de las acciones ordinarias más inconscientes. Según Bourdieu (1991 [1979]), la influencia del grupo familiar y su contexto social es particularmente relevante en el campo de la decoración y el orden doméstico porque al tratarse de elecciones domésticas sumamente cotidianas y ordinarias se encuentran más alejadas del ámbito de intervención de la institución escolar. Al ser un campo que no está directamente sancionado por la escuela el gusto se muestra “al desnudo”, haciendo uso de las disposiciones estéticas más arraigadas en el grupo familiar y su mundo social¹¹³.

¹¹³ En palabras del propio Bourdieu (1991 [1979]): “El efecto del modo de adquisición nunca es tan señalado como en las elecciones más corrientes de la existencia cotidiana, como el mobiliario, el vestido o la cocina,

Así, como apuntan Michel de Certeau, Luce Giard y Pierre Mayol (2010 [1994]), un lugar habitado por una persona durante un cierto periodo de tiempo dibuja un retrato que se le termina pareciendo:

Dibuja un retrato que se le parece, a partir de los objetos (presentes o ausentes) y de los usos que éstos suponen. El juego de las exclusiones y las preferencias, el acomodo del mobiliario, la elección de los materiales, la gama de formas y colores, las fuentes de luz, el reflejo de un espejo, un libro abierto, un periódico desperdigado, una raqueta, ceniceros, el orden y el desorden, lo visible y lo invisible, la armonía y las discordancias, la austeridad o la elegancia, el cuidado o la negligencia, el imperio de la convención, los toques de exotismo y más aún la manera de organizar el espacio disponible, por exiguo que sea, y distribuir dentro de él las diferentes funciones diarias (comida, aseo, recepción, conversación, estudio, entretenimiento, descanso); todo compone ya un "relato de vida" antes que el señor de la casa haya pronunciado la menor palabra. La mirada sagaz reconoce ahí el abigarramiento de los trozos de la "novela familiar" (pp. 147-148).

La casa, en cuanto *lugar vivido*, es un espacio en el que podemos atisbar al menos tres dimensiones: es un *lugar del cuerpo* —como dicen de Certeau, Giard y Mayol (op. cit.)—, un *lugar de socialización* y un *lugar de memoria*. Al establecerse como un espacio propio, privado, se erige como el espacio de intimidad por antonomasia. Es aquí donde surge la primera dimensión. Se trata del lugar donde preparamos nuestros cuerpos para salir al espacio público: los aseamos, los vestimos, los adornamos y también los observamos en la soledad frente al espejo. Es un lugar fundamental de auto-observación. También es el lugar donde nuestros cuerpos descansan y reposan, se relajan y realizan actividades que no nos atreveríamos a mostrar en ningún otro sitio. Donde tal vez toman formas y apariencias que no adoptarían en el espacio público al calor de las miradas y los juicios externos. Aunque, por supuesto, esto no es así para todos los sujetos y en todas las situaciones¹¹⁴.

En segundo lugar, la vivienda es un *espacio de socialización*. Uno de los más importantes durante la infancia, pero también en la vida adulta. Funciona como un espacio donde encontrarse con la familia, las parejas, los amigos y amigas o los vecinos y vecinas. En este sentido es testigo y parte de las normas, compromisos y obligaciones propios de la socialización, y también de las relaciones de poder y tensiones que la atraviesan. Pero sobre todo desempeña un rol protagónico en una región fundamental de la vida social: la rutina. Habitualmente en la vivienda se despliega buena parte del quehacer cotidiano, de lo ordinario. "Lo que ocurre cada día y vuelve cada día, [...] el ruido de fondo", que diría Georges Perec (2008).

que son particularmente reveladoras de las disposiciones profundas y antiguas, porque, al estar situadas fuera del campo de intervención de la institución escolar, deben afrontarse, si así puede decirse, por el gusto desnudo, al margen de toda prescripción o proscripción expresa, como no sean las que proporcionan unas instancias de legitimación poco legítimas como las revistas femeninas [...]. Si los calificativos elegidos para calificar la decoración de una vivienda o la procedencia de los muebles poseídos están más estrechamente correlacionados con la posición social de origen que con el título escolar [...], es porque, sin duda, nada depende más directamente de unos aprendizajes precoces, y muy especialmente de aquellos que se realizan al margen de cualquier acción pedagógica expresa, que las disposiciones y los conocimientos que se emplean en el vestido, el mobiliario y la cocina o, con mayor precisión, en la manera de comprar los vestidos, los muebles y los alimentos. Por eso, el modo de adquisición de los muebles (gran almacén, anticuario, boutique, rastro) depende tanto por lo menos del origen social como del nivel de instrucción" (pp. 75-76).

¹¹⁴ Por ejemplo, para las mujeres la vivienda ha constituido históricamente un lugar privilegiado para el trabajo y la dominación. Al igual que muchas personas homosexuales o *trans* han vivido el espacio de la casa como un lugar de control y normativización de sus cuerpos.

Por último, la casa es un *lugar de memoria*. De Certeau, Giard y Mayol (op. cit.) señalan que la vivienda, sobre todo la familiar, es un espacio que sirve para traer el pasado al presente, ayudando a la memoria con la exposición de fotos y otros objetos. En ella hay rastros de historias familiares y del devenir de toda una vida que se enmarca en una trayectoria social colectiva. Funciona como un soporte material de la memoria por los elementos que ahí se guardan y también por los recuerdos que aviva el propio espacio físico.

Por todo ello, la vivienda puede considerarse uno de los bienes materiales que mejor muestra el *ser social* de quien la habita, no solo por aquello que contiene, sino también por cómo se muestra. Delata el origen social de su propietario o propietaria y sus gustos de forma que resultan reconocibles para el resto. En palabras de Bourdieu (2016 [2000]: 35): “el sistema de clasificación que pone en juego en sus actos de apropiación y que, al objetivarse en bienes visibles, da pábulo a la apropiación simbólica efectuada por los otros, que son así capaces de situarlo en el espacio social al situarlo en el espacio de los gustos”. Podría decirse, pervirtiendo un viejo dicho popular, que la vivienda es el espejo de la condición social.

En julio de 2017, cuando buscaba habitación en el PAU, realicé visitas a varios residenciales. Una de ellas fue a la vivienda de una pareja de hombres jóvenes que alquilaban una habitación. La casa estaba trabajosamente ordenada y decorada siguiendo un estilo moderno y elegante, como de revista de decoración:

Me recibe uno de los dueños. Tendrá unos 35 años y muestra un trato muy educado. Viste una camisa a cuadros ligeramente remangada, lleva unas gafas de ver con una montura grande de pasta y un corte de pelo moderno —el pelo de la nuca está algo más corto que el de la coronilla—. En el perfil de WhatsApp, por donde me mandó la ubicación de la urbanización, tiene una foto de un coche deportivo. No entiendo de coches pero parece un vehículo del que presumir: tiene aspecto de ser nuevo, la carrocería roja está brillante y luce las formas redondeadas que sugieren velocidad típicas de los coches deportivos. Entramos al piso. La pared que se encuentra frente a la entrada está pintada de un color morado, atrevido pero elegante: no desentona con su entorno sino que genera un equilibrio de tonalidades al contrastar con la madera del suelo y el blanco de algunos muebles. En los pomos de algunas puertas hay colgadores de decoración. En uno de ellos se puede leer la palabra *love*. El espacio del salón está lleno de figuritas y ornamentos pero en una combinación equilibrada: se percibe que todos los rincones están decorados pero la sensación no es de recargamiento. Hay fotografías de la pareja, algún que otro jarrón con diseños modernos, unas flores disecadas y unas figurillas de madera. El dueño, mientras tanto, me va informando con todo lujo de detalles de los espacios y servicios que ofrece la casa y también el residencial. Me sorprende cómo realiza los pequeños *lujos* con un estilo expositivo que irremediablemente me recuerda a la publicidad de los residenciales. “La piscina es mediolímpica”, “el suelo es termostático”, “la ducha tiene hidromasaje”, “el baño es de Porcelanosa”, “por las mañanas entra el sol por el interior del patio y por las tardes por el otro costado del edificio”, “en casa tenemos una máquina de hacer deporte”. (Fragmento del diario de campo, 7 de julio de 2017)

Recuerdo otra ocasión en el PAU, cuando Mayte entró por primera vez a la casa de María. Habíamos quedado para salir a tomar algo por la noche, Mayte llamó al timbre y pasó rápidamente al interior de nuestro piso. Entró por la puerta con mucha energía, hablando sin parar y moviéndose por todas las estancias permitidas para alguien que es ajeno a la unidad familiar: recibidor, salón-comedor, pasillo y cocina. Empezó a comentar, sin ninguna discreción, el aspecto del salón y de la entrada y la disposición de los muebles. Reparó también en algunos detalles de la decoración como los *souvenirs* de distintos viajes. María, a su lado, le hacía compañía en el recorrido atendiendo a sus dudas y comentarios. Preguntó por una mesita de mármol ubicada en

el recibidor del piso, debajo de un espejo de madera. “Me la hizo mi padre”, respondió María. El piso había sido completamente acondicionado y amueblado con la ayuda de sus padres y su hermana mayor. Había contado con sus consejos para la elección del mobiliario y con su mano de obra para las tareas de pintura, instalación del aire acondicionado, colocación de cortinas, montaje de los muebles, etc. Tras la inspección de la casa Mayte emitió su sentencia. Realizó una comparación entre su piso y el de María, ya que vivían en la misma urbanización y la estructura de ambas casas era idéntica. Lo que más le llamaba la atención era que los muebles no fueran de Ikea. Para ella, esto otorgaba a la casa de un toque personal, un ambiente “de hogar” que revelaba el trabajo de decoración invertido por María. “Se nota que el tuyo es un hogar”, concluyó.

Los espacios comunes de las urbanizaciones del PAU normalmente no tienen más elementos decorativos que el propio diseño de los portales, que viene de obra, y la jardinería y los espacios de estancia de los patios interiores —con bancos, árboles, setos y pérgolas o sombrillas—. Sin embargo en la época navideña la mayoría de los residenciales se decoran. Los encargados de hacerlo son los guardias de seguridad. En la primera urbanización en la que viví colocaron espumillón rojo encima de las puertas de acceso de los portales y un pequeño árbol de navidad con luces en el patio. La portería, que es el espacio de los guardias de seguridad, era el lugar más decorado y también el más visible, pues se ubica junto a la puerta principal de la urbanización. Recubrieron las ventanas con espumillón y colocaron adornos con forma de estrellas fugaces, de modo que era lo primero que se veía al entrar. También pasé la época navideña en la segunda urbanización en la que residí. Aquí la decoración de la portería estaba mucho más trabajada. Colocaron un espumillón de color azul rodeando el marco de las ventanas del que colgaban pequeñas campanitas doradas. En los cristales dibujaron motivos navideños con un spray blanco de imitación a nieve y tras una de las ventanas instalaron un pequeño belén. Aprovecharon una gran conífera que había en el patio para colgar figuras de navidad de sus ramas y rodearlas con luces de colores que se encendían por la noche. A su lado instalaron un gran Papá Noel hinchable que hondeaba sus brazos con el viento, dando la bienvenida a todo el que entraba a la urbanización.

Durante el tiempo que viví en el PAU siempre que accedía al patio interior de una urbanización observaba la constelación de ventanas que formaban las viviendas. Un efecto que me resultaba más sobrecogedor cuando era de noche. En cada una de esas celdillas, como si de un panal se tratase, había una casa, con sus habitantes y sus historias familiares. En mi estancia en el barrio pude conocer más o menos en detalle dos casas en propiedad: la de María, en la que viví un año, y la de Flor, a la que fui invitada en numerosas ocasiones para celebrar nuestras tertulias del club de lectura, para comer o para tomar un café a media tarde. Ambos pisos, como *espacios vividos*, informaban sobre los gustos de las dos mujeres y de nuevo, remitían a sus posiciones en el espacio social y sus trayectorias. Aunque tenían casi la misma edad, vivían en residenciales del PAU relativamente cercanos, en urbanizaciones de similares características y habían nacido en barrios muy parecidos del distrito Latina, sus casas mostraban dos trayectorias sociales claramente diferentes. Una, la de Flor, en la que los estudios universitarios habían devenido en una oportunidad para acumular capital cultural y poder emplearse en puestos en los que no ganaba demasiado pero que estaban relacionados con una profesión que cultivaba. Y otra, la de María, cuya

formación no tuvo una traducción en capital cultural y siempre se había empleado en trabajos heterogéneos, de baja cualificación y escasa remuneración. Mientras que el piso de Flor, compartido con su actual pareja y sus dos hijos, era una casa que mostraba por todos los rincones sus inquietudes culturales, como gran lectora, aficionada al cine y al teatro, a la montaña y a la naturaleza; el piso de María daba cuenta de otros gustos e intereses, relacionados con el cuidado femenino del cuerpo y la estética corporal, la literatura *managerial* de autoayuda o el turismo de masas.

El piso de María tiene unos 75 metros cuadrados. La puerta principal da acceso a un pequeño recibidor que funciona como distribuidor, de él salen la habitación pequeña —mi cuarto—, la cocina y el salón-comedor. Al fondo, en uno de los costados, se abre un pasillo de escasos metros que da acceso a un baño pequeño —que uso yo— y a la habitación principal, la de María, con cuarto de baño en su interior. De este modo, las ventanas del cuarto pequeño, la cocina y el salón están orientadas al patio de la urbanización, y el dormitorio grande a la calle.

María tiende a acumular, le cuesta mucho deshacerse de las cosas y guarda casi todo lo que pasa por sus manos: desde tickets de compra viejos, hasta envases de comida y envoltorios de regalos. De modo que el piso está lleno de una gran variedad de objetos que reposan sobre las estanterías, las mesas o las paredes. La sensación es de cierto recargamiento. El recibidor tiene dos estanterías de madera que llegan hasta el techo y que contienen una pequeña muestra de esta decoración recargada y acumulativa. En las baldas hay libros de todo tipo: manuales de *Word* y *Excel* para nivel usuario, diccionarios escolares de inglés, alguna novela de Isabel Allende y literatura que mezcla la espiritualidad con la autoayuda. A esta pequeña biblioteca se le suma una colección heterogénea de objetos que se van intercalando: pintaúñas, botes de ambientador vacíos, recipientes de cremas y colonias gastadas o en uso, recuerdos de invitaciones a bodas y comuniones, juguetes de alguna antigua mascota y pequeñas figuritas orientales de inspiración budista. A continuación de las estanterías hay un espejo y, bajo él, la mesilla de mármol a modo de repisa que le hizo su padre. En las paredes del recibidor y el pasillo lucen varios cuadros y objetos en una combinación ecléctica entre distintas profesiones religiosas, *souvenirs* de varios lugares y figuras de contenido religioso o espiritual que han devenido piezas de decoración estándar: dos pequeños retablos de madera con las figuras de dos santos, tres máscaras hechas de madera oscura —una con el rostro de Buda y las otras dos con figuras que también parecen de inspiración budista—, una postal de Roma en un marco y dos imitaciones de papiros egipcios enmarcados. Al fondo, en el pasillo, hay un espejo del que cuelgan un puñado de rosarios de distintos colores.

Cuando llegué al piso mi cuarto estaba lleno de objetos de los que solo pude deshacerme en parte. Le pedí a María que guardara los *souvenirs* de viajes y el reloj de arena que había en las baldas, pero aquello que estaba colgado en las paredes se quedó conmigo pasando a formar parte de la decoración de mi cuarto. Una reproducción del cuadro del Árbol de la vida de Gustav Klimt —en su dormitorio tenía una lámina de El Abrazo, también de Klimt— y un compendio de objetos que penden de una misma alcayata: una Mano de Fátima, una pequeña medalla con la imagen en color de una virgen que no he sabido reconocer y un atrapasueños metálico que tintinea cada vez que se abre o se cierra la puerta.

Mi cuarto está al lado de la cocina, una de las estancias más estrechas y reducidas de la casa. Al fondo tiene acceso a una pequeña galería cerrada que funciona como tendedero. María no cocina demasiado porque suele comer en casa de sus padres, de donde también se trae tápers, así que los botes y recipientes para guardar y transportar alimentos pueblan los armarios de esta estancia. El horno, convertido en un armario para almacenar sartenes, también da cuenta del poco uso que se hace de los artilugios de cocina. La puerta del frigorífico repleta con todo tipo de objetos es casi un panel de anuncios: calendarios con imán, postales religiosas, recetas recortadas de revistas o de envases de comida, imanes que recuerdan algún viaje, el horario laboral a turnos o *flyers* publicitarios de cadenas de comida son algunas de las piezas de esta exposición doméstica —y electrodoméstica— que funciona a medio camino entre la decoración, la exhibición de objetos que tienen valor sentimental y la necesidad de colocar en un lugar visible cuestiones que han de recordarse o que no desean perderse. Las neveras llenas de recuerdos y recordatorios muestran cómo el mundo ordinario de los espacios y objetos domésticos está repleto de indicios sobre la realidad social de los y las moradoras de una casa. Es posible encontrar en esta sucesión y

organización de objetos vínculos con la organización de la estructura del espacio social. Lo mismo sucede al abrir el frigorífico y los armarios para ver qué se come y cómo se come —algo que, en parte, explora Luce Giard (2010 [1994]) en su análisis del *cocinar* como un conocimiento práctico y cotidiano—. En la cocina de María no hay prácticamente alimentos frescos o que impliquen demasiada elaboración porque, como digo, come en casa de sus padres. De modo que solo acumula cosas para el desayuno, tal vez un poco de queso y fiambre, yogures y grandes cantidades de comida y preparados de contenido dietético y adelgazante: infusiones, complementos alimenticios, polvos, jarabes...

Pasada la cocina está el salón-comedor, la estancia más grande de la casa. Tal vez lo que más sorprenda de esta habitación es la cantidad de elementos que la componen y que apenas dejan ningún espacio al desnudo. Muebles, cuadros, plantas, cojines, libros, revistas y cientos de objetos que fluctúan entre el almacenaje y la decoración. El espacio se divide en dos ambientes: el del comedor y el del salón. En el ambiente del comedor encontramos una mesa con sus sillas, tan repleta de cosas que es necesario hacer hueco para comer, y dos armarios vitrinas. En las vitrinas se exponen vasos y tazas que nunca se usan —algunas tienen aún la etiqueta colgando—; un antiguo reproductor de música que jamás he visto en activo junto a un puñado de casetes y CDs; botellas de agua o de licor vacías que María conserva, supongo, por sus formas o estampados especiales; y una pequeña estructura de madera con una figurilla de un Buda, no más grande que la palma de una mano, colocada entre velas aromáticas y un viejo adorno de navidad recubierto de espumillón plateado. Al lado de la vitrina hay un caballete de pintura con un lienzo a medio pintar por lo que parece una mano infantil, aunque se expone en el salón como una pieza terminada. Se trata de un monigote con piernas y brazos de colores y un sol amarillo. En su primera visita al piso, Mayte, al ver el caballete, le preguntó a María si pintaba. Ante la negativa de María Mayte continuó indagando: “ah, ¿lo ha hecho tu sobrino?”, dijo convencida de que había resuelto el enigma. María respondió de nuevo que no y sin más explicaciones nos dejó a ambas con una inmensa intriga. Tal vez lo encontró en la calle y consideró que podía ser una buena pieza de decoración.

El otro ambiente corresponde al salón. Aquí el sofá y una butaca se orientan hacia al mueble donde está colocada la televisión, uno de los objetos más importantes de la casa. Hemos pasado cientos de horas frente a ella comiendo o charlando por las noches antes de irnos a la cama. Muchas veces, mientras veía con María los amores y desamores entre La Pantoja y Colate en el programa *Supervivientes*, y ella me explicaba al unísono las novedades en la prensa del corazón, pensaba si eso sería el famoso acercamiento a lo ordinario del trabajo de campo.

Entre el sofá y la televisión, haciendo una transición, una mesilla de madera luce en su parte superior un mapa turístico de Europa titulado “Special Tours” que hace las veces de posavasos permanente. Frente a ella está el mueble de la televisión. Rodeando el aparato hay una multitud de elementos: dos peluches, velas, sombreros de fiestas de pueblo, vasos de cartón promocionales que repartieron alguna vez en el cine, dos pequeñas pesas rosas de *fitness*, fotografías de familiares y de nuevo, una pequeña biblioteca situada en una de las baldas. En ella se suceden libros de autoayuda sobre cómo ser una persona más productiva, sobre cómo entender mejor “al otro sexo” o cómo triunfar en el amor. Entre ellos se encuentra el superventas en edición de bolsillo *Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus*. También hay libros que se desarrollan en el campo de la espiritualidad y las terapias de medicina alternativa —y que en muchas ocasiones rozan de nuevo la literatura de autoayuda—, y montones de revistas *femeninas* como *Lecturas* o *Woman* que María trae de casa de su madre cuando esta ya las ha leído. Al fondo de la habitación una amplia cristalera con vistas al patio de la urbanización y a la M-40 ilumina toda la estancia cuando hace sol. También ilumina las plantas que salpican el salón-comedor y la decoración de las paredes: unos cuantos espejitos y varias láminas con reproducciones de las pinturas y grabados más famosos de Hokusai, un célebre artista japonés del siglo XVIII del que María nunca ha oído hablar.

Las láminas de Klimt y Hokusai, las figuritas de Buda y los *souvenirs* turísticos que decoraban la casa me hicieron pensar en estos objetos como parte del universo popular de la decoración doméstica. Primero pensé en los cuadros y el valor de las obras de arte, no solo en términos económicos, sino sobre todo de capital cultural y simbólico. Algunas pinturas y sus artistas se han hecho tan famosas, difundiéndose hasta la saciedad, que las láminas de sus reproducciones han perdido todo su valor como

símbolos de distinción. Sobreviven como imágenes reconocibles y familiares en el espacio de la cultura popular, convirtiéndose en elementos de decoración habituales sin que nadie sepa el nombre del artista y sin que importe demasiado. Las obras se desligan de su significado original, pues no se cuenta con las disposiciones necesarias para apreciarlas en tanto que piezas de arte, y circulan como objetos que tienen un valor estético en sí, como instrumentos de decoración —porque se llevan, porque son bonitas, porque los colores pegan con el sofá—, más que por ser *un Klimt* o *un Picasso*.

Algo parecido sucede con la obsesión por los Budas como elementos decorativos. Tras ser consciente de que en el piso de María había prácticamente un Buda por cada estancia, me di cuenta de que también estaban en los escaparates de las tiendas de muebles de Carabanchel Alto, en la tienda de decoración del PAU y en los bazares regentados por población china. Por una de las ventanas que daba al patio interior de la urbanización asomaba la figura de otro Buda, en esta ocasión de medio metro, instalada en el salón-comedor de un segundo piso. Una búsqueda rápida en internet dio como resultado cientos de figuras y piezas decorativas de Buda: de todos los tamaños y materiales, para interior y para exterior —en terrazas, jardines y porches—, con solo la cabeza o el cuerpo entero, de todos los precios y comercializados por todas las grandes cadenas de muebles y decoración como Zara Home, Ikea, Banak Importa o Maisons du Monde. Encontré incluso una tienda de venta online especializada en artículos decorativos de Buda¹¹⁵ que se presentaba de la siguiente manera:

No hay un adorno mejor cuando entras en una habitación que una figura de Buda. Este tipo de adornos trasladan a un ambiente de calma y serenidad a tu vida. Hay muchas estatuas budistas, diferentes figuras que según [sic] su posición buda tiene diferentes significados. Según tus gustos o creencias puedes utilizar para embellecer tu casa o trabajo de una manera mágica.

Los Budas se han convertido en adornos estándar que pueden encontrarse en las tiendas y cadenas de muebles con precios más accesibles. Han abandonando su significado religioso y se exponen únicamente como elementos decorativos que aportan un toque exótico al diseño de interiores. Desconozco por completo el origen de este proceso de popularización de las imágenes budistas pero me aventuro a trazar una genealogía hasta las piezas de *arte indígena* o *exótico* que las clases altas adquirirían, y aún adquieren, en los mercados internacionales de arte —en muchas ocasiones expoliado— y también en los viajes exclusivos a paraísos recónditos que pasado un tiempo serán destinos turísticos *low cost*. De igual modo, los mapas y los *souvenirs* turísticos que María colocaba por toda la casa me parecieron la versión popular de las artesanías locales que se comercializan como piezas exclusivas de gran calidad y distinción —jarrones de cristal de murano, tallas de marfil, porcelanas, tejidos de seda, joyas con piedras preciosas, máscaras de caoba o de ébano, vajillas y cristalerías—. Con el desarrollo del turismo de masas nació también un universo popular de elementos de decoración turísticos: imanes, llaveros, pósteres, salvamanteles, delantales, tazas y todo tipo de objetos susceptibles de ser colocados en una estantería o colgados de una pared.

¹¹⁵ Enlace a su página web, recuperado 11 de agosto 2020 de <https://www.todobuda.com/figuras-de-buda/>



Fotos 15. Buda en escaparates (Otoño de 2019)

Béatrix Le Wita (1988) en su acercamiento etnográfico a la *cultura burguesa* aborda las prácticas cotidianas de miembros de la burguesía francesa. Describe sus expresiones y formas de hablar, la arquitectura de sus casas de campo, la decoración interior de sus viviendas, su aspecto personal, su manera de andar, etc. Añade también fotografías que inmortalizan algunas de estas *formas de hacer*: una dentadura cuidada al sonreír, la forma de colocarse un pañuelo o de sujetar un bolso, la coreografía corporal inmóvil de una mujer sentada en una cafetería o una estantería con fotografías familiares. Cuando estaba en el PAU, mientras fijaba la vista en los rincones de la casa de María, siempre recordaba dos fotografías del libro de Le Wita. La primera muestra el juego de café de una vajilla de cristal, compuesto por jarras y tazas de distintos tamaños que están sobre una bandeja de plata ovalada, custodiada a su vez por dos grandes jarrones. Este conjunto de piezas, cuidadosamente ordenadas en una composición por tamaños y formas, se expone encima de una cómoda de madera oscura, con grandes tiradores plateados. El mueble está recubierto en su parte superior con una losa de mármol oscuro con vetas color ocre. La segunda fotografía retrata una estantería de madera oscura y robusta en la que se expone una colección de figurillas de patos. Las figuras tienen distintos tamaños y, aunque la imagen es en blanco y negro, se alcanza a percibir

que son de diferentes colores y materiales. Tal vez madera tallada, cerámica y plata. En el pie de foto Béatrix Le Wita (1988: 5) añade la descripción que Madame O. Fille, la dueña, hace de su propia colección: “Los dos más bonitos son el pato coreano y el pato de plata mexicano. Esta colección data de una quincena de años. Ya tengo suficiente y ahora me he lanzado a por las ranas” [traducción propia del francés].

En un ejercicio mental comparo las fotografías del libro con la imagen que tengo delante. La exposición doméstica de una vajilla de cristal y una colección de figuras de *canards* de distintos países en una vivienda de la burguesía francesa, con la vitrina que está frente a mí en el PAU. Tazas con estampados —de monigotes con caras sonrientes, de vacas con flores en tonos chillones y otra con un letrero que reza “empieza tu día con energía”—, botellas de agua compradas en el supermercado y hechas con plástico de colores, un pequeño Buda, frascos de ambientadores gastados y algún *souvenir*. Los materiales de estos elementos decorativos no poseen ningún valor económico, no son porcelana, ni cristal, ni plata. Tampoco lo posee su proceso de elaboración, pues no se trata de ninguna obra delicada de artesanía, sino de productos de bajo coste fabricados en masa. No se comercializan en ningún mercado internacional de arte, galería o boutique exclusiva, sino en cadenas multinacionales de muebles, supermercados, pequeños comercios o incluso en bazares *todo a 100*. Sin duda su valor como piezas decorativas reside en otro lado, ha de buscarse en otro lugar del espacio social.

II. *Habitar, hablar. “¡Marco, sube a comer!”*

Al igual que sucede con el mundo interior de las viviendas, el residencial es un lugar privilegiado desde el que observar —indicios de— las disposiciones sociales que sus habitantes despliegan al habitarlo. Y el verano es sin duda la mejor época del año para esto. Con el buen tiempo y la apertura de las piscinas los vecinos y vecinas hacen un mayor uso del patio interior y de sus servicios, socializando incluso en pequeños grupos. Estas escenas de la vida cotidiana resultaban mucho más accesibles para mí que el espacio privado de los hogares, por eso con la inauguración de la temporada de piscina se disparaban las observaciones en el residencial y las anotaciones en mi diario de campo.

Sobre las 15:00h bajo a la piscina. Hay bastante gente dándose un baño y tomando el sol en el césped. Escucho una conversación sobre el Día del Orgullo LGTBI entre un padre, una madre y su hijo. El chico, de unos 24 años, está vestido de calle y apoyado en la valla que separa el espacio de la piscina. Charla con sus padres que están dentro del agua. Comentan el aspecto de los “travestis” entre risas. “Hay que tener cuidado”, dicen ellos dos, dejando a salvo su masculinidad y su heterosexualidad. También explican que había “dos tías muy buenas”, “una pena” exclaman, insinuando que eran lesbianas o trans. Hablan alto y cada tanto miran a su alrededor buscando la aprobación de las decenas de personas que ocupan ese momento la piscina. Yo, desde el otro extremo de la cubeta, puedo escuchar perfectamente la conversación. Al cabo de un rato el hijo anuncia que se va a comer “al Tony Roma’s” porque hay oferta 2x1, una cadena estadounidense de comida especializada en carnes. Celebra que ha conseguido un contrato de trabajo por una semana.

En la piscina también hay un grupo de niños pequeños, tendrán unos 8 años. Juegan a que cada uno de ellos elige el nombre de un restaurante y *el que se la lleva* tiene que adivinarlo. Durante el rato que dura el juego nombran el VIPs, el McDonalds, el Burguer, los 100 Montaditos, Domino’s Pizza, “el chino” y “el wok”. Después continúan el juego pero en esta ocasión nombrando colegios. Uno de los niños dice conocer únicamente el Ábaco y el Ártica, los dos centros privados/concertados del PAU.

Una voz que resuena entre los muros el patio interior distrae mi atención del juego infantil. “¡Marco!, ¡Marco!, ¡sube a comer!”. Una madre asomada a la ventana de un segundo piso está llamando a su hijo. Me giro sobre mí misma para buscar su silueta entre la colección de ventanas. Puedo ver también que a ras de suelo, colocadas junto a la entrada del portal, descansan como todos los veranos las sillas plegables de los vecinos y vecinas de escalera. (Fragmento del diario de campo, 8 de julio de 2018)

En el patio de los residenciales mientras se hace uso de los servicios comunitarios privados, los vecinos y vecinas en sus interacciones y en sus formas de ocupar el espacio apropiándose, despliegan disposiciones que a modo de aprendizajes incorporados dan cuenta de un *habitus de clase*. Como por ejemplo, mantener una conversación prácticamente a gritos, haciendo al entorno partícipe indirecto de la misma; celebrar un contrato de trabajo temporal y hacerlo en una cadena de comida rápida; vocear por la ventana para llamar al niño a comer o usar sillas plegables que se recogen en los portales. Son formas de relacionarse y de estar en el espacio que se encuentran arraigadas en los aprendizajes profundos y los capitales disponibles propios de un origen social trabajador.

Se crean así imágenes cotidianas que podrían resultar contradictorias. A los usos de la urbanización que reproducen los valores tradicionalmente ligados al urbanismo de la diferenciación social propio de las clases más pudientes, se les superponen aquellos que reproducen formas de habitar características de los vecindarios populares. Algunas prácticas siguen las lógicas de la arquitectura y el urbanismo segregador, privilegiando los espacios privados y cerrados, la individualidad y la intimidad. Y al mismo tiempo, llevadas a cabo por los mismo vecinos y vecinas, acontecen otras tantas que muestran formas de habitar la urbanización características de las regiones populares del espacio social, donde no suele abundar el capital económico ni tampoco el cultural o el simbólico.



Foto 16. Sillas plegables (Verano de 2018)

Durante mi primer año en el PAU, pasé las primeras horas de las tardes de verano en la piscina junto a Pili —mi compañera de pilates— y sus dos vecinas, Ángela e Isabel. Más cerca de los sesenta que de los cincuenta, eran el grupo de mujeres con mayor edad de la urbanización. Con ellas disfrutaba de la quietud y la calma de nuestra piscina privada a esas horas, y también de los mejores y más sombreados puestos en el césped. Un socorrista vigilaba el agua y un guardia de seguridad hacía las rondas correspondientes para vigilar la urbanización. Uno de los temas predilectos en esas conversaciones a remojo era la mala salud económica de la urbanización y la falta de ahorro, algo que dejaba al descubierto la naturaleza de las preocupaciones más frecuentes y la existencia de unas economías domésticas que, al no nadar en la abundancia, no podían permitirse el dejar de examinar minuciosamente la factura comunitaria de la luz. Pili se quejaba de que algunos vecinos conectaban neveras en los trasteros, consumo que después se veía reflejado en los gastos de comunidad: “la electricidad la pagamos entre todos”, repetía. Una tarde rompimos a reír cuando nos contó que habían pillado a un vecino de su portal con un pequeño cultivo de marihuana, algo que “¡consume muchísimo!”.

Otro día una conversación sobre bodas terminó derivando en una charla que, al mencionar cuestiones como las listas de regalos o la organización de la vida laboral en las parejas, abordaba asuntos sobre las economías domésticas y sus estrategias. Ángela explicó que las bodas son una celebración que, entre otros propósitos, sirven para conseguir recursos de cara a la nueva unidad doméstica que se forma. Algo que comprendía y aprobaba porque “si se casan les doy, y si no se casan no les doy”, argumentó. En aquella tertulia en el césped, las tres mujeres compartían un contexto social: uno en el que las economías domésticas cuentan con recursos limitados y despliegan múltiples estrategias familiares para bregar con esa situación. Pili lo verbalizó en un momento de la conversación estableciendo una diferencia entre “la gente rica”, que puede permitirse hacer lista de bodas, y “nosotros” que “damos dinero” en función de las posibilidades. Con este “nosotros” Pili se situaba a ella misma y a sus vecinas en una misma condición social que no nombraba con un término concreto, sino a través de una comparación o una relación de antagonismo con de la gente de dinero. Este origen social se evidenciaba también en la deriva que tomó la conversación, pues terminaron hablando sobre la organización laboral en los matrimonios. Las tres mujeres estaban de acuerdo en que cada miembro de la pareja ha de contar con un seguro económico, como un empleo propio, que asegure su supervivencia si la relación se rompe. Una certeza que se comparte cuando el apellido o la red familiar y social a la que se pertenece no son garantía de sostenimiento económico.

Al tiempo, esta situación de conversación estuvo acompañada de todo un repertorio de disposiciones sociales que se desplegaron en otros ámbitos como la estética y el consumo —Ángela tenía una boda y su hija acudía a su casa para teñirle el pelo, o el vestido de Primark de Pili—, los gustos e intereses culturales y televisivos —Ángela nos hablaba del matrimonio entre dos famosos de Telecinco como si fueran nuestros conocidos— o la necesidad de Pili de justificarse por adelantado para defender que ella no era una maruja.

Ángela nos explica que tiene una boda mañana. Su hija vendrá a casa esta tarde para teñirle y arreglarle el pelo. Después se pone a comentar la boda de dos chicos: el tiempo que llevaban juntos, dónde fue la celebración, cómo organizaron la fiesta. Al cabo de un rato comprendo que se trata de

una pareja que trabaja en la cadena de televisión Telecinco. Pili no entiende a las parejas que llevan muchos años saliendo, incluso conviviendo, y al cabo de un tiempo organizan un “bodorrio”, como dice ella. Ángela responde poniendo encima de la mesa que lo hacen “para sacar dinero” y que a ella le parece bien. Para explicarlo pone como ejemplo la boda que tiene ese mismo fin de semana: “en esta misma, pues si se casan les doy, y si no se casan no les doy”, “es comprensible”, argumenta. El interés por los enlaces matrimoniales continúa y Pili hace un comentario sobre la lista de bodas que me obliga a cerrar los ojos y prometerme a mí misma que seré capaz de recordarlo al llegar a casa: “la gente rica hará lista de bodas pero nosotros... pues damos dinero”, “cada uno mete en el sobre lo que puede”. Las otras dos mujeres asienten con la cabeza y Ángela interviene para reforzar lo dicho por su vecina. “En mi tierra [Extremadura] siempre damos dinero”, apunta. Tumbada en el césped del residencial le doy vueltas al comentario de Pili, que me ha parecido un autopoicionamiento subjetivo de clase, mientras intento no perder comba de la conversación más interesante de mi insulsa semana. Isabel, que hasta el momento había permanecido callada, nos cuenta la anécdota de un chico de origen humilde que se casó con una mujer de buena familia. En la boda los invitados del novio comían con voracidad el marisco, apuraban hasta la última gota de vino de sus copas y pedían a los camareros más *champagne* para brindar. “Tenían que aprovechar todo el ese lujo que no volverían a ver en la vida”, dice entre risas Isabel. Y todas nos reímos al unísono.

El tema de las bodas que tanto parece dar de sí deriva en una reflexión sobre las parejas y el empleo. Más bien en cómo, en algunas relaciones, uno de los miembros tiene que dejar su trabajo. Ángela relata la historia de una conocida que le pidió a su marido que abandonara el empleo para ponerse a trabajar en el negocio de su familia. Inmediatamente Pili critica esa actitud y defiende la importancia de tener un trabajo independiente, ya que siempre cabe la posibilidad de una separación. Me sorprende que ninguna ofrezca un matiz de género y, de hecho, los ejemplos que han usado hasta el momento son de hombres que tienen que renunciar a su empleo por sus mujeres, cuando en la mayoría de los casos ocurre lo contrario. Así que decido intervenir y digo que habitualmente sucede lo opuesto. A lo que todas responden mostrando un gran acuerdo y comienzan a añadir más argumentos a lo que acabo de decir. “Hay que tener un trabajo por si después viene una separación”, expone Ángela. “O por si enviudas”, completa Pili. Y esta última vuelve a sorprenderme con su comentario final: “y que te fuercen a hacer lo contrario [que los maridos obliguen a sus mujeres a quedarse en casa] es machismo”.

A rato Ángela anuncia que su hija está a punto de llegar, Pili que debe irse a planchar e Isabel se suma a la lista de los quehaceres domésticos. Así que nos ponemos a recoger. Isabel, mientras dobla su toalla, comenta que nos vamos a “marujear”, refiriéndose a la realización de las distintas tareas domésticas que acaban de nombrar. Pili malinterpreta su comentario y lo entiende como una acusación de cotilleo, pues al fin y al cabo hemos pasado la tarde charlando sobre bodas, emparejamientos y acuerdos maritales ajenos. Rápidamente se defiende diciendo que no hemos cotilleado. Y para despejar dudas repite en un par de ocasiones que ella “no marujea”, “que cada uno tiene su vida” y ella no se mete.

Antes de irnos cada una para su portal Pili se fija en el vestido que acabo de ponerme sobre el bikini mojado. Me dice que le gusta. Yo lo tomo como un halago y sonrío. “Yo me he comprado el mío el Primark”, me dice mientras se despide. (Fragmento del diario de campo, 29 de junio de 2018)

Todas estas situaciones sociales involucran, como no podía ser otra manera, una dimensión corporal que resulta fundamental. De hecho, de todos los indicios de disposiciones observados en la vida cotidiana del residencial, aquellos que movilizaban al cuerpo con mayor intensidad eran para mí los más fáciles de percibir y los más difíciles de describir. Dice Bourdieu que la *hexis corporal* es estructura social incorporada y convertida en disposiciones permanentes. El cuerpo se convierte en un operador práctico de las divisiones del mundo social —de las clases, los géneros, las generaciones— y por tanto se inscriben en él dichas divisiones. En palabras del autor (Bourdieu, 1991 [1979]: 484): “Todo sucede como si los condicionamientos sociales ligados con una condición social tendieran a inscribir la relación con el mundo social en una relación durable y generalizada con el cuerpo propio —una manera de llevar el

cuerpo, de presentarlo a los otros, de moverlo, de hacerle un sitio— que da al cuerpo su fisonomía social”.

Los cuerpos *muestran* entonces su clase; todas las propiedades socialmente calificadas de las que es portador un agente e, inseparablemente ligada a ellas, su posición en el espacio jerárquico del mundo social. Los movimientos más ordinarios de la gimnasia corporal y el aspecto físico y estético son para Bourdieu “necesidad convertida en naturaleza” (op. cit.). Es decir, unas condiciones de existencia y un cúmulo de experiencias convertidos en esquemas motores, en automatismos corporales y también en gustos y preferencias sobre cómo alimentar, vestir, adornar y presentar el cuerpo propio.

Cultura convertida en natura, esto es, incorporada, clase hecha cuerpo, el gusto contribuye a hacer el cuerpo de la clase: principio de enclasmamiento incorporado que encabeza todas las formas de incorporación, elige y modifica todo lo que el cuerpo ingiere, digiere, asimila, fisiológica y psicológicamente. De ello se deduce que el cuerpo es la más irrecusable objetivación del gusto de clase, que manifiesta de diversas maneras. En primer lugar, en lo que tiene de más natural en apariencia, es decir, en las dimensiones (volumen, estatura, peso, etc.) y en las formas (redondas o cuadradas, rígidas y flexibles, rectas o curvas, etc.) de su conformación visible, en las que se expresa de mil maneras toda una relación con el cuerpo, esto es, toda una manera de tratar el cuerpo, de cuidarlo, de nutrirlo, de mantenerlo, que es reveladora de las disposiciones más profundas del *habitus*. (Bourdieu, 1991 [1979]: 188)

Una noche cuando regresaba a casa de la universidad vi que había luz en uno de los locales del residencial. Era una reunión de la junta de propietarios en el antiguo gimnasio de la finca. Decidí acercarme para observar a través de los cristales. Como no podía escuchar lo que sucedía allí dentro, lo que obtuve fue una imagen de la situación casi a modo de foto fija. Los cuerpos de los vecinos y vecinas, sus posturas, su ropa y su disposición en el espacio arrojaban información sobre su *ser social* y la red de relaciones de la urbanización.

La sala está llena. Hay cerca de cincuenta personas, la mayoría hombres. Son casi las nueve de la noche y seguramente las mujeres de esta urbanización estén preparando las cenas y toda la intendencia infantil de mochilas, deberes, duchas y pijamas. Los asistentes se reparten por la sala dibujando una formación casi inmóvil. Una gran parte está de pie formando un semicírculo con varias filas concéntricas. Algunos llevan papeles en la mano, tal vez el orden del día de la reunión que se envía con antelación a los hogares propietarios. Me sorprende la falta de interacción que hay entre ellos, apenas hablan o se forman corrillos. Simplemente escuchan, en filas ordenadas. La coreografía corporal más reiterada se compone de brazos cruzados, piernas un poco abiertas como repartiendo el peso del cuerpo entre ambos pies y talones apoyados con fuerza en el piso. Una actitud de escucha típicamente masculina. La mayoría van vestidos de modo informal, tal vez algunos ya estuvieran en casa y otros hayan regresado hace poco del trabajo. Se repiten los chándal y el calzado deportivo. Me fijo en una mujer que está cerca del cristal desde el que observo. Me da la espalda así que no puedo ver su rostro. Diría que no tiene más de 45 años. Es corpulenta, aunque no demasiado alta. Tiene puesto un abrigo ancho que le infunde un aspecto de mayor envergadura a su cuerpo. Lleva una media melena descuidada: el pelo suelto, algo pajizo y con unas largas raíces sin teñir. En el centro de la sala hay una mesa en la que están sentados dos hombres, los únicos que cuentan con silla. Por un momento la disposición espacial me resulta de una violencia subrepticia. Es posible que, en esto de las reuniones y asambleas, ser de la *generación 15M* me haga especialmente sensible a las formas casi tanto como al contenido. De un lado, una mayoría de pie, en silencio, que escucha. Periférica a pesar de ser mayoría. De otro lado dos hombres. Centrales, sentados, que hablan a los que aguardan de pie. Uno de ellos, el que más uso hace de la palabra, va trajeado. El otro, a su lado, lo mira. Seguramente sean el administrador de fincas y el presidente de la comunidad.

Despego mi nariz del cristal antes de que pase más tiempo y mi presencia ya no pueda ser interpretada como la de una vecina que ansía información —este oficio le debe demasiado a las vecinas indiscretas—. Camino hacia mi portal cruzando el patio interior y mascando algunas impresiones. La disposición espacial de la junta de propietarios reproducía, de nuevo, una suerte de jerarquía empresarial. O de jerarquía, a secas. Pero me divierto pensando en el contraste entre la situación que acabo de observar y los cientos de espacios informales —conversaciones de piscina y de ascensor, garabatos en los carteles, cruces de información con los guardias de seguridad— donde los vecinos y vecinas del residencial critican con firmeza y vehemencia, por decirlo de una forma elegante, la gestión de la comunidad. (Fragmento del diario de campo, 19 de marzo de 2019)

El lenguaje, el *hablar*, es también una técnica corporal y por tanto otra de las dimensiones de la *hexis corporal* (Bourdieu, 1985). El *habitus lingüístico* está necesariamente ligado a sus condiciones de adquisición y en ellas la socialización en la familia y las experiencias en la institución escolar son clave. El aprendizaje de la lengua se realiza a través de la participación en distintos contextos en los que la dimensión lingüística nunca aparece de forma aislada, sino entreverada o imbricada en todo un mundo social: en medio de relaciones afectivas, en un contexto familiar, barrial, etc. De modo que, aquello que orienta las prácticas lingüísticas de los sujetos se inscribe en lo más profundo de sus disposiciones corporales, adoptando un determinado acento, un volumen, un tono, una gestualidad o un cierto léxico y no otro. Se constituyen entonces *formas de hablar* que caracterizan a tal o cual grupo social. Digamos que el *cuerpo de clase* tiene también *un habla de clase*¹¹⁶.

Según Bourdieu (op. cit), lo que descansa tras este fenómeno es un sistema de oposiciones y diferencias lingüísticas, como el uso del léxico, las variaciones en el orden de la pronunciación o las diferentes formas de entonación, que son sociológicamente pertinentes. Es decir, un sistema de diferencias lingüísticas articulado a través de un sistema de diferencias sociales que contribuye a (re)producir la oposición entre un uso legítimo de la lengua y los usos-otros: “los dialectos”, “los usos incorrectos”, “los usos particulares”. Para sancionar esta diferencia empleamos muchas expresiones coloquiales como “hablar bien” y “hablar mal”, o “hablar normal” y “hablar como una barriobajera o como un kinki”. Existe un conjunto de diferencias asociadas con los diferentes grupos y clases porque los usos de la lengua se organizan en un sistema de diferencias que remite a las condiciones sociales de adquisición¹¹⁷. La competencia para

¹¹⁶ Esta dificultad para separar o disociar los rasgos lingüísticos de la *hexis corporal* —aspecto, vestido, movimientos, gesticulaciones— y a su vez del juicio que nos lleva a ponerlo en relación con las clasificaciones del mundo social, está en la base de la naturalización de las diferencias sociales. Es relativamente sencillo encontrar en las diferencias sociales incorporadas y encarnadas la explicación a diferencias naturales o, siguiendo la retórica capitalista del esfuerzo, el resultado de la falta de trabajo y tesón.

¹¹⁷ Didier Eribon (2017), un periodista y académico francés de origen obrero, explica de una forma reveladora cómo al introducirse en el ambiente intelectual parisino tuvo que ir domando y modificando determinados elementos de su *hexis corporal*, como su postura al conversar, la forma de observar una pieza de arte o su forma de hablar. Ligado a su trayectoria ascendente y a un *habitus escindido* entre dos posiciones y mundos sociales parcialmente contradictorios, tuvo que *desaprender* aquellas *formas de estar y de hacer* que irremediablemente funcionaban, en los espacios universitarios y artísticos de la cultura dominante, como una carta de presentación de su origen trabajador. En relación a los registros sociales de los usos del lenguaje explica lo siguiente: “Debí reaprender a hablar: olvidar las pronunciaciones y las expresiones erróneas, los modismos regionales [...], corregir el acento del noreste y, al mismo tiempo, el acento popular, adquirir un vocabulario más sofisticado, construir secuencias gramaticales más adecuadas... En suma, controlar permanentemente mi lenguaje y mi elocución. “Hablas como un libro”, me decían con frecuencia en mi familia para burlarse de mis nuevas maneras, sin dejar de mostrar que tenían bien en claro lo que querían decir. Como consecuencia, comencé, inversamente, a prestar mucha atención —y lo sigo haciendo hoy en día—, cuando me encontraba con esas personas cuya manera de hablar había desaprendido, a no usar giros idiomáticos demasiado complejos o inusitados en los medios populares [...],

apropiarse del uso legítimo de la lengua depende entonces del capital lingüístico y el capital cultural —y estos, a su vez, de las diferentes oportunidades de apropiación en el entorno familiar y escolar—.

Se establece así una relación entre la jerarquía social y los usos de la lengua donde, por ejemplo, se valora como rasgo distintivo una forma de hablar caracterizada por la moderación, la discreción y la censura —valores que se asocian con la buena educación y el buen gusto— y se sanciona negativamente la manifestación excesiva de emociones o sentimientos, como gesticular, gritar o hablar muy alto. Se desvalorizan también aquellos acentos y pronunciaciones que remiten a experiencias de migración internacional, que adoptan la entonación y el léxico característicos del pueblo gitano o, como ocurre en el contexto concreto de Madrid, la “s” convertida en “j” que desvela un origen popular en los barrios y pueblos del sur metropolitano. Al igual que los acentos característicos del sur de España revelan el origen humilde y migrante de generaciones de madrileños y madrileñas provenientes de Extremadura o Andalucía. Estas características en la manera de hablar se asocian rápidamente con su valor social en el universo de clasificaciones sociales.

De vuelta al contexto de los residenciales, en ellos pude rastrear *formas de hablar* que con frecuencia daban cuenta de la condición social trabajadora de la mayoría de sus habitantes. Recuerdo una tarde de verano en la que la conversación entre una niña pequeña, su madre y una amiga de su madre me hizo pensar en la importancia del hablar como una dimensión de clase:

Sobre las 15:30h. bajo a la piscina de la urbanización. En el césped descansan una decena de sillas plegables. Sus dueñas y dueños se han ido a comer y las dejan colocadas para guardar el sitio. Extiendo mi toalla cerca de dos chicas, de unos treinta años, que están con una niña pequeña. Han puesto música en el teléfono y suena muy alto. Hablan por encima de la música así que puedo escuchar perfectamente lo que dicen. La niña, que no pasa de los tres años, se dirige a su madre como “mama” —marcando el acento en la primera “a”— y su madre le devuelve una explicación sobre el menú que tienen para comer: hay “arroz amarillo”. La música continúa sonando a todo volumen y el sol aprieta. Al cabo de un rato la niña se enrabieta, grita, y le suelta un manotazo a su madre. Ella se lo devuelve y continúa hablando con su amiga. (Fragmento del diario de campo, 24 de junio de 2018)

Otra cosa que llamaba mi atención, esta vez en su dimensión de lenguaje escrito, eran los carteles de anuncios y prohibiciones que la junta de gobierno estampaba por distintos lugares del residencial. Tal y como analicé en el capítulo anterior, estas circulares tienen entre sus funciones el propósito de recordar y vigilar el “quiénes somos”. Esto es, controlar los límites del grupo en tanto comunidad de habitantes y también su imagen —su capital social y simbólico colectivo—. Lo interesante es que, precisamente por esto, la forma en la que están escritos es relevante porque incide de nuevo sobre la imagen del residencial y su comunidad de propietarios. En los anuncios de las dos urbanizaciones en las que viví se hacía gala de un lenguaje rebuscado, repleto de palabras altisonantes, que venía a mostrar una carencia de recursos lingüísticos —del capital lingüístico como una forma de capital cultural—. La imagen del

a esforzarme por encontrar la entonación, el vocabulario, las expresiones que, si bien están relegadas en un recóndito lugar de mi memoria y ya casi no los uso, nunca olvidé. No se trata exactamente de un bilingüismo, sino de un juego entre dos niveles de lengua, dos registros sociales, en función del medio y de la situación” (p. 108).

“quiénes somos” que las juntas de gobierno tanto se esforzaban por perfilar revelaba, sobre todo, la condición social de sus habitantes.

Uno de mis carteles preferidos apareció en el ascensor en enero de 2019. Como siempre, estaba firmado por la junta de gobierno y decía lo siguiente: “Aviso importante: respeto y educación. Se ruega a los vecinos que realizan actos vandálicos y escatológicos tales como defecar y vomitar en zonas comunes se abstengan de hacerlo por su bien y el de sus vecinos. Cabe recordar que viven en comunidad y se espera de los comuneros una actitud cívica y educación al menos mínimos para una normal convivencia. La imagen de tales acciones por parte de la persona o las personas que las realicen desmerece la de la comunidad y la de las personas que si tienen respeto por las cosas y por sus vecinos”. El cartel dejaba claro que el motivo de la circular era la sucesión de algunos actos excrementicios, definidos por la junta de gobierno como actos “vandálicos y escatológicos”, y también que este fenómeno causaba un perjuicio a la imagen de la comunidad y en concreto a la de aquellos vecinos y vecinas de actitud “cívica”.

El tema de los actos incívicos y escatológicos, en palabras de la propia junta de gobierno, era recurrente. Con frecuencia aparecían en los portales y ascensores carteles que abordaban estas temáticas. Recuerdo uno, escrito en mayúsculas y sin tildes, del verano de 2019: “Para mantener de forma adecuada el riego por goteo de las jardineras, no se deben quitar las boquillas de goteo de la gomas. Se recuerda también que las piedras blancas del jardín son decorativas y no deben utilizarse como una manera de juego, ni tirarlas al suelo. Todos estos actos incívicos pueden generar gastos adicionales a la comunidad, que se derivaran a los responsables. La junta de gobierno”. Y otro, de la misma época, que convenía en llamar a las cacas de perro “descuidos fisiológicos de can”: “Se comunica a todos los propietarios que no esta permitido llevar los perros sueltos en la urbanización. Deben ir siempre atados y teniendo especial cuidado en los descuidos fisiológicos que puedan tener los canes, que se deberan recoger de inmediato por sus dueños. La junta de gobierno”.

La redacción de los carteles iluminaba la dificultad de la empresa administradora de fincas para usar el registro culto, al menos en formato escrito. La falta de destreza se reflejaba en un uso tope del léxico y giros de expresión y también alguna que otra falta de ortografía. Pero sobre todo en el empleo intencionado de palabras poco frecuentes en el habla coloquial, que resuenan “finas” por tratarse de palabras poco comunes, pero que en un efecto contrario al deseado producían una imagen algo estrambótica. Los carteles de la urbanización se revelaban como señales de una falta de manejo del registro culto y, en general, de una falta de instrumentos de apropiación del capital simbólico cultural. Dejaban al descubierto también la continuidad sociológica, en términos de clase social y capital cultural, entre el origen trabajador de la mayor parte de los vecinos y vecinas de la comunidad y las personas empleadas en la empresa administradora de fincas.

III. Viajar. El turismo desde la piscina

En los residenciales las conversaciones veraniegas suelen terminar siempre en el mismo tema: las vacaciones y los viajes¹¹⁸. Se recuerdan experiencias pasadas, se vive por adelantado las vacaciones que están por llegar o se comentan los destinos de los vecinos y vecinas que ya han huido del calor madrileño.

Una tarde de julio me encontré, como de costumbre, con Pili, que estaba bañándose con su vecina Isabel. Me invitaron a unirme a la conversación que mantenían en el agua, apoyadas sobre el borde de la piscina, y al cabo de un rato el socorrista, que estaba escasos metros sentado en su silla, se unió también a la charla. Pili volvió sobre algo

¹¹⁸ De ahí que esta última categoría de disposiciones se centre en un ámbito tan específico del consumo como el turismo.

que ya le había oído explicar varias veces ese mismo verano: los viajes que realiza su hijo a destinos que a ella le resultan del todo exóticos y aventurados. Es policía y como trabaja a turnos dispone de bastante tiempo para viajar con un grupo de compañeros. “Conoce Las Azores, Tailandia, Sudáfrica...”, aseguraba Pili. Y después afirmó que a ella solo le gustaba viajar por Europa: “yo por Europa todo lo que quieras, pero más lejos no que me da miedo”. Isabel enfatizó que a ella le gustaba mucho viajar y que por suerte lo había hecho bastante. Nos habló de sus visitas a México, Estambul, República Dominicana y Ámsterdam. Y se detuvo en un destino del que estaba particularmente orgullosa. Estuvo en Turquía en 1990, justo antes de la Guerra del Golfo, “cuando aún no era un lugar demasiado turístico”, aclaró. Para terminar nos comentó que al cumplir los 60 años se apuntaría a los viajes organizados de la Comunidad de Madrid y otras entidades porque resultan mucho más baratos que viajar por cuenta propia. Y después, algo pensativa, nos dijo que viajar era una de las mejores formas de invertir el dinero porque “al final es lo único que te llevas”, refiriéndose al disfrute de la experiencia.

El socorrista estaba desenado intervenir en la conversación. Rondaba los 20 años y a pesar de llevar puesto el uniforme reglamentario había elementos en su aspecto y en su manera de expresarse que llenaban de tonalidades y acentos la estética gremial de bañador rojo y camiseta blanca. Tenía el pelo cortado como lo llevan los futbolistas, con la parte superior de la coronilla algo más larga que la inferior. Tras su camiseta blanca asomaban varios tatuajes en el pecho y en los brazos, todos ellos con diseños en letras negras. También llevaba unas gafas de sol con cristales polarizados que en función de la luz azuleaban o se tornaban verdosos. Hablaba con ímpetu y de vez en cuando acompañaba sus afirmaciones con una palmada, como para reforzar lo dicho. El sonido “s” convertido en “j”, tan característico del sur de Madrid, también enmarcaba algunas de sus palabras. Pili, Isabel y yo lo escuchábamos apoyadas en el bordillo de la piscina, con medio cuerpo sumergido en el agua. Nos contó que antes no viajaba pero desde que había conocido a su actual novia no paraba de hacerlo. “Son ellas las que nos sacan”, explicaba. Había estado en Turquía pero era una parada rápida en un crucero por el Mediterráneo y solo pudo estar un día. Gracias a los vuelos de Ryanair también conocía Rabat. Después nos explicó que “lo que más le nacía” en ese momento no era tener hijos, sino viajar, y nos adelantó que el siguiente fin de semana viajaría cuatro días a Tailandia con su novia. “No podemos ir más tiempo porque no hay dinero”.

Al día siguiente volví a coincidir con Pili, que estaba en compañía de su otra vecina, Ángela. Al acabar el baño extendimos nuestras toallas en el césped y el tema de las vacaciones hizo de nuevo su aparición. Las dos mujeres iban a pasar el mes de agosto en sus respectivos pueblos de origen, Ángela en Extremadura y Pili en la meseta castellano-leonesa. Pero esta última aprovechó para contarnos algunas anécdotas de un viaje por Italia, un *tour* organizado en el que su marido y ella recorrieron varias ciudades junto a otros turistas. Le pareció un país muy caro y en el que “no se comía bien en relación calidad-precio”. “¡Qué me cuenten donde está la pasta!”, “donde mejor se come es aquí”, afirmaba con ímpetu. Según ella, para pagar tanto dinero por un plato de pasta mejor se lo hacía en su casa. Un argumento que se zanjaba con el convencimiento de que “en España se puede comer bien cualquier sitio”. Después nos contó que mientras estaban en Venecia comenzó a llover mucho, hasta el punto de que las calles se inundaron. La gente de su *tour* exigió a los organizadores que les trasladasen al hotel para ponerse a resguardo. Pero Pili y su marido se compraron unos

chubasqueros y se quedaron de visita por la ciudad. “Yo pensaba: solo voy a estar aquí una vez la vida, no me voy a ir al hotel”, añadía Pili recordando aquel momento.

Estas conversaciones veraniegas sobre las vacaciones y los viajes ofrecen pistas del capital cultural y económico de las familias de la urbanización y de sus disposiciones en materia de consumo turístico. La mayoría ha viajado y ha salido del país, pero no todos los años pueden afrontar los gastos que suponen unas vacaciones, de modo que muchos veranos transcurren en las casas del pueblo o en las segundas residencias familiares en la playa. El salir fuera supone un esfuerzo económico, por eso, como le sucedía a Pili, existe el imperativo de aprovechar al máximo cada día para sentir que se amortiza lo invertido y porque seguramente nunca se regresará al lugar. También se ponen en marcha estrategias turísticas de ahorro. Como María, que tenía por norma buscar una tarifa de alojamiento que incluyera el desayuno, “porque siempre sale más caro desayunar fuera”, decía. Así mismo, el tipo de viajes y de destinos frecuentados muestran la recurrencia de viajes organizados en grupo por agencias, bajo el modelo de cruceros o itinerarios en los que se visitan varios lugares, acudiendo a destinos preferentes del turismo de masas, y se incluye junto al alojamiento un abanico de actividades programadas. En el caso de Pili también es significativo el relativo rechazo hacia los países extranjeros y sus costumbres. En su discurso, España, entendida como “casa”, aparece como el lugar donde más barato y mejor se come, y se distancia de los discursos que promocionan las experiencias exóticas y el espíritu cosmopolita. Su vecina Isabel, sin embargo, pone en valor el viajar, algo en lo que hay que “invertir” según ella, y el conocer lugares antes de que sean turísticos; al mismo tiempo que desea aprovechar los viajes populares para personas mayores organizados por la Comunidad de Madrid y el Imsero, ya que suponen una manera cómoda y barata de viajar. En su discurso se aprecia una ambivalencia entre ciertos toques de distinción en los modos de viajar que se compaginan con formatos populares de consumo turístico.

Esta dimensión ambivalente también se muestra en la entrevista con Ana. En un momento de distensión, cuando parecía que ya había llegado el momento de apagar la grabadora, Ana me hace espontáneamente varias recomendaciones para mis vacaciones de verano —confirmando una vez más que el espacio de mayor confianza en las entrevistas suele aflorar al final, cuando el abandono de los temas aparentemente relevantes da paso a una relajación que con frecuencia resulta tan o más rica que aquellos temas que la antropóloga deseaba ver aflorar—. Me recomienda visitar la zona de Sanxenxo, en Galicia, y alojarme en un hotel que conoce bien. Me explica qué es lo que le gusta de ese destino, mostrándome aquello que valora cuando elige un lugar para irse de vacaciones con sus dos hijas.

Ana: Hay un hotel que es espectacular. Es un hotel como cerca de Sanxenxo, pero no es Sanxenxo, que ya sabes que Sanxenxo es horroroso, es Benidorm. Pero esto está en medio del campo y además es que te dan de comer y de cenar allí. Todos los días te ponen algo de marisco. Todos los días te ponen, a mí es que no me gusta el marisco, pero... Y es baratísimo. Lo estuve mirando y una amiga mía me dijo “vete, porque yo llevo yendo no sé cuantísimos años y es genial”. [...] Y me decía mi amiga “es que encima son tan majos que si alguna vez te piras de excursión te ponen la comida en... o te guardan la comida o te la descuentan”. Si no te la llevas te la descuentan, súper majos. [...] Tiene piscina como cubiertita de estas y luego está cerca de la playa, tiene las rías cerca. [...] El sitio está fenomenal, limpito. [...] Porque encima... ¿qué tenía? Ah, sí, la pista de tenis que para mis hijas es, bueno, les encanta. Es una cosa muy normalita, muy normalita. Yo, vamos, es a lo que llevo y tampoco... [...] Bueno, tú llama, mira a ver si tal. Es que este sitio es súper, súper

económico. Y ya te digo, me parece que es con desayuno, comida y cena, o algo así. O desayuno y comida. Y siempre te ponen un detallito de marisco.

El hotel tiene un precio muy económico. Incluye desayuno y comidas, y no cobran la comida que no se ha consumido, cosa que Ana valora muy positivamente. Repite en varias ocasiones que es barato y lo describe como “una cosa normalita”, que está dentro de sus posibilidades económicas: “yo es a lo que llego”, apunta. El sitio está “limpito” — algo que en otro estrato social se daría por descontado— y cuenta con algunos servicios, como piscina y pista de tenis, que suponen una ventaja cuando se viaja con niños.

Ana me explica que está cerca de Sanxenxo, un pueblo que es “horroroso como Benidorm”, pero no es Sanxenxo; estableciendo inmediatamente una diferenciación con este espacio, marcando una separación. Resulta muy interesante analizar el papel que juega aquí Benidorm, uno de los destinos turísticos por excelencia en el estado Español desde el franquismo. En el imaginario de nuestro país Benidorm se vincula con los viajes organizados por el Imsero, con los *guiris* tostándose al sol en la playa, con los grandes hoteles y casinos a la orilla del mar y, en general, con un tipo de turismo *low cost* que se desprecia por lo ordinario y lo vulgar, y por no valorar lo cultural y tampoco la naturaleza. En cierto sentido remite a los viajes de la antigua clase trabajadora nacional que se desplazaba por el territorio en busca de playa y buen tiempo, y que ahora practican fundamentalmente la población mayor y la fracción más precaria de la clase trabajadora. Lo que Ana intenta decirme es que este lugar que me recomienda es barato y está cerca de Sanxenxo, pero no es Benidorm.

IV. *Detrás de las apariencias. Apuntes sobre la situación de las economías domésticas*

Una vez analizadas estas disposiciones —que recorren ámbitos tan dispares como la decoración de las viviendas, la dimensión corporal y de habla, los modos de estar y habitar la urbanización y los gustos y consumos en diferentes materias—, diré que su dimensión de clase no se me reveló nunca tan evidente como cuando visité Valdebebas. Aún sin finalizar y con la mayoría de las parcelas por construir, este desarrollo evidenciaba las distancias sociales entre ambos barrios y situaba al PAU de Carabanchel más próximo a los vecindarios de la periferia obrera que a sus construcciones análogas en el norte de la ciudad. Valdebebas funcionó a modo de contrapunto sociológico. El ambiente general del barrio, las conversaciones de sus habitantes, sus cuerpos y vestimentas, sus coches y hasta los edificios podían observarse desde la lógica de un contraste entre dos realidades sociales y urbanas situadas en distintos puntos de la jerarquía social.

Son casi las cinco de la tarde y, tras haber recorrido a pie una larga carretera custodiada por solares y edificios en construcción, llegamos a un conjunto de residenciales que parecen estar terminados. Mi amigo David Prieto, que es sociólogo, ha accedido a acompañarme. Nos sentamos en la terraza del único que bar que encontramos abierto —aunque a lo largo de nuestro recorrido tampoco hallamos muchos más—. Cuando llegamos hay cuatro o cinco mesas ocupadas por gente que está terminando de comer o que ya ha pasado a los licores. Todas las personas, la mayoría mujeres, tienen un aspecto elegante. Bien peinadas, sin raíces por las que asomen canas o viejos tintes. Dentaduras ordenadas. Bien vestidas, con ropa conjuntada que parece de marca. Detengo la mirada en una mesa. Hay un hombre de unos cuarenta años apurando un café. Es moreno, alto, trajeado, con corbata. Lleva un reloj grande en la muñeca izquierda. A su derecha juegan sus dos hijas pequeñas. Las niñas llevan el uniforme del colegio y están peinadas con coletas recogidas con lazos

rojos, a conjunto con los colores corporativos del centro educativo en cuestión. Al rato llega una mujer joven, de unos treinta años. Saluda con un beso en la mejilla al padre que a su vez le presenta a las dos niñas. Ella es alta, delgada, rubia, con una media melena lisa. Lleva puestos unos pantalones blancos ajustados. Tiene las piernas largas y finas. Y en los pies unas manoleínas de color amarillo mostaza —reparo en que se trata del color estrella esta temporada—. Una camiseta de manga corta en tonos azulados y un bolso del mismo color que los zapatos cierran el conjunto. Los adultos charlan, a ratos haciendo más caso a las niñas y a ratos ignorándolas. Él recibe varias llamadas de teléfono que le desvían momentáneamente de la conversación. Tras unos minutos de observación me doy cuenta de que hablan de negocios. En el contexto de esta terraza él y ella afinan estrategias y planifican eventos empresariales. “Quiero que ya estés incorporada para cuando celebremos este evento”, dice él. Cuando nos vamos de la terraza para continuar nuestro paseo mi amigo David me susurra una apreciación al oído: “esa gente no vestía de Zara”.

En Valdebebas encontré múltiples elementos que pude leer como indicios de un espacio físico y social que acumulaba mayores recursos y capitales que el vecindario del PAU de Carabanchel. Las personas que estaban sentadas en la terraza del bar vestían con ropa elegante y a la moda —prendas de marca, trajes, colores cuidadosamente conjuntados—, sus cuerpos eran más bien delgados, en los cabellos de las mujeres no asomaban raíces de otro color o huellas de tintes caseros, las sonrisas mostraban dentaduras cuidadas y ordenadas, y sobre todo, las conversaciones y la forma de conversar eran distintas. Utilizaban un tono discreto, ajustándose al volumen estrictamente necesario para entenderse con su acompañante, ni una palabra más alta. En la mesa que estaba más cerca de mí charlaban sobre negocios. En el PAU de Carabanchel había escuchado cientos de conversaciones sobre trabajo, pero ninguna sobre “estrategias empresariales”.

Es cierto que no pude observar demasiadas interacciones entre los habitantes de Valdebebas, pues la *vida hacia dentro* de los residenciales se unía aquí a la condición de barrio sin finalizar, dejando como resultado un espacio público particularmente vacío. Pero al menos pude ver los coches que circulaban por el barrio o estaban aparcados y reconocer entre ellos una gran proporción de vehículos de gama alta. Recuerdo pensar: “la mayoría parecen nuevos o recién lavados”. Desde mi vista a pie de calle reparé también en dos urbanizaciones habitadas que, debido a su particular arquitectura y a mi maña para fisgar, dejaban entrever algunos espacios privados. Una de ellas tenía un patio interior de grandes dimensiones con pista de pádel, área de esparcimiento y una zona dispuesta a mayor altura que acogía, a modo de terraza, una gran piscina rodeada de barandillas acristaladas. Los bañistas, desde el agua, tenían una vista de la ciudad desde su extremo norte.

Aquel día me crucé por las aceras vacías con las mujeres latinoamericanas que estaban al cuidado de niños y niñas del barrio. Una de ellas paseaba un carrito de bebé e iba vestida con uniforme de trabajadora doméstica: llevaba un traje de casaca y pantalón, con la pieza superior en color rosa fucsia y la inferior en blanco. La otra jugaba en el arenero de un parque con dos criaturas. Estaba agachada de cuclillas sobre la arena, a la altura de los dos niños. Detrás, a pocos metros de distancia, una mujer y hombre que parecían ser los padres de las criaturas miraban la escena sentados en un banco. (Fragmentos del diario de campo, 14 de junio de 2018)

Frente a la situación aparentemente desahogada de los habitantes de Valdebebas, el escenario socioeconómico del PAU de Carabanchel —que contextualiza el despliegue de las disposiciones analizadas— es muy diferente. Para dar cuenta de ello voy a examinar dos dimensiones de este contexto. Primero, algunos rasgos de las economías domésticas y segundo, la situación económica y presupuestaria de los residenciales en los que viví¹¹⁹.

¹¹⁹ Quisiera advertir aquí de una cuestión. Los rasgos de la situación de las economías domésticas que analizo remiten casi exclusivamente al ámbito residencial —es decir, situaciones y estrategias que se localizan en el espacio de la vivienda y la urbanización—, dejando en un segundo plano dimensiones tan importantes como la laboral. Este hecho no tiene tanto que ver con la relevancia sociológica de cada uno de los factores que pueden ayudar a reestablecer las condiciones de vida de estos vecinos y vecinas, sino con el espacio de sus vidas al que yo he tenido un acceso más sistemático. Mi foco de interés y de observación —mi objeto de estudio y la construcción del campo— estaban orientados al ámbito residencial y barrial, y al devenir ordinario de la vida cotidiana aquí.

Para empezar, los datos estadísticos muestran algunas tendencias interesantes, especialmente al comparar el barrio administrativo de Buenavista —compuesto por el casco Antiguo de Carabanchel Alto y el PAU¹²⁰— con el resto de barrios del distrito de Carabanchel. Según los datos de 2018 aportados por el Ayuntamiento¹²¹, la tasa absoluta de paro registrado es la más baja del distrito. En relación a los datos de afiliación a la seguridad social, Buenavista con un 41,5% de su población afiliada presenta el mayor porcentaje del distrito —seguido de Opañel con casi el 38%—. Las diferencias más llamativas afloran al examinar el nivel de cotización, que nos orienta sobre el nivel de ingresos. En Buenavista reside un 26,4% de los afiliados de todo Carabanchel que se encuentran en el nivel más alto de cotización —ingenieros, licenciados y técnicos— (Tabla 1). Es decir, es el barrio que concentra el mayor número de personas del distrito con salarios más altos, presentando una gran diferencia con el resto, que oscila entre el 14,7% de Vista Alegre y el 9,7% de Puerta Bonita. Lo mismo sucede al analizar estos grupos de cotización en relación a la población afiliada de cada barrio (Tabla 2). Con un 49%, Buenavista vuelve a presentar el porcentaje más alto de cotización alta y media, distanciándose de barrios como Puerta Bonita y Vista Alegre que al rondar el 30% entre los dos grupos presentan los valores más bajos del distrito. Buenavista tiene el mayor porcentaje de personas que cotizan en los grupos alto y medio, con mayor cualificación y retribución salarial, pero lo interesante es que cuenta con un porcentaje considerable de población que cotiza en el grupo bajo. En Buenavista casi 5 de cada 10 afiliados y afiliadas a la seguridad social pertenece al grupo de *trabajadores de cuello azul*. Esto es, si bien en el conjunto del distrito despunta por arriba, el grueso de su población afiliada se emplea en trabajos poco cualificados y con bajo salario, mostrando aquí una continuidad con la composición fundamentalmente obrera de Carabanchel.

¹²⁰ No existe información estadística específica del PAU. La mayor desagregación de la información pública disponible nos remite al barrio administrativo Buenavista. Aquí la población del PAU representa casi dos tercios del conjunto, por lo que podemos aproximar algunas comparaciones con el resto del distrito de Carabanchel.

¹²¹ Ayuntamiento de Madrid (2018). *Distritos en cifras*.

Tabla 1. Afiliados de cada barrio en relación con el total de afiliados a la Seguridad Social en Carabanchel por grupo de cotización (Régimen General). En cifras absolutas y (%)

Grupos de cotización ¹²²	Comillas	Opañel	S. Isidro	Vista Alegre	Puerta Bonita	Buenavista	Abrantes	Carabanchel
ALTA (Ingenieros, licenciados y técnicos)	1.296 (10.5)	1.684 (13.7)	1.688 (13.7)	1.818 (14.7)	1.199 (9.7)	3.258 (26.4)	1.398 (11.3)	12.341 (100)
MEDIA (Trabajadores cuello blanco)	3.143 (8.6)	4.769 (13.1)	5.348 (14.7)	6.146 (16.9)	4.533 (12.4)	8.310 (22.8)	4.181 (11.5)	36.430 (100)
BAJA (Trabajadores cuello azul)	2.166 (8.0)	3.391 (12.5)	4.355 (16.0)	5.025 (18.5)	4.102 (15.0)	4.793 (17.6)	3.359 (12.4)	27.191 (100)
No consta	637 (7.9)	1.176 (14.7)	1.384 (17.3)	1.799 (22.5)	1.175 (14.7)	818 (10.2)	1.015 (12.7)	8.004 (100)
TOTAL								83.966

Fuente: Elaboración propia a partir de Ayuntamiento de Madrid (2018). *Distritos en cifras*.

Tabla 2. Grupos de cotización en relación con el total de afiliados a la Seguridad Social (Régimen General) en cada barrio. En cifras absolutas y (%)

Grupos de cotización	Comillas	Opañel	S. Isidro	Vista Alegre	Puerta Bonita	Buenavista	Abrantes
ALTA (Ingenieros, licenciados y técnicos)	1.296 (18)	1.684 (15)	1.688 (13)	1.818 (12)	1.199 (11)	3.258 (20)	1.398 (14)
MEDIA (Trabajadores cuello blanco)	3.143 (21)	4.769 (22)	5.348 (20)	6.146 (20)	4.533 (19)	8.310 (29)	4.181 (21)
BAJA (Trabajadores cuello azul)	2.166 (52)	3.391 (52)	4.355 (56)	5.025 (56)	4.102 (59)	4.793 (46)	3.359 (55)
No consta	637 (9)	1.176 (11)	1.384 (11)	1.799 (12)	1.175 (11)	818 (5)	1.015 (10)
TOTAL	7.242	11.020	12.775	14.788	11.009	17.179	9.953

Fuente: Elaboración propia a partir de Ayuntamiento de Madrid (2018). *Distritos en cifras*.

Si vamos a la información sobre renta media por hogar, según datos del Ayuntamiento de Madrid y de la Agencia Tributaria (2015) en el PAU de Carabanchel los valores de las secciones censales oscilan entre los 24.401 y los 40.980 € —exceptuando aquellas donde se concentra la vivienda pública que se sitúan en el tramo 22.488-24.000 €—. Estos niveles contrastan con los valores de algunas secciones localizadas en otros barrios del distrito, como Opañel o Comillas, que no llegan a los 22.488 €. Ahora bien, la cosa se torna más interesante cuando establecemos algunas comparaciones con los nuevos desarrollos del norte —como el PAU de Las Tablas, Montecarmelo o

¹²² Alta (Grupo 1: Ingenieros y Licenciados; Grupo 2: Ingenieros técnicos, peritos y ayudantes titulados). Media (Grupo 3: Jefes Administrativos y de taller; Grupo 4: Ayudantes no titulados; Grupo 5: Oficiales administrativos). Baja (Grupo 6: Subalternos; Grupo 7: Auxiliares Administrativos; Grupo 8: Oficiales de primera y segunda; Grupo 9: Oficiales de tercera y especialistas; Grupo 10: Peones; Grupo 11: Aquellos trabajadores menores de 18 años, sea cual sea su categoría profesional).

Sanchinarro—, pues encontramos que en muchas de sus secciones censales tienen unos ingresos entre 47.635 y 59.985 €.

Esta pauta vuelve a replicarse, por ejemplo, en la información relativa al nivel de estudios aportada por el Ayuntamiento de Madrid (2018). Buenavista con un 24% cuenta con la mayor proporción de personas con educación superior¹²³ del distrito, donde la media es de 19,6%. Pero sigue estando muy por debajo del 32% de Madrid ciudad.

Estos datos apuntan de nuevo hacia un contraste entre el PAU de Carabanchel y su contexto más próximo, los barrios de la periferia obrera colindante, pues el primero cuenta con menor paro, mayor proporción de habitantes con empleos cualificados y niveles de renta más altos. Pero al situar este nuevo barrio en el contexto sociourbano general de Madrid vemos reproducirse la histórica brecha entre el norte y el sur. Los mismos datos de renta, afiliación a la seguridad social y nivel de estudios muestran la continuidad de este PAU con Carabanchel y con los barrios de las viejas periferias.

De vuelta a la vida interior de las urbanizaciones, a pesar de que los niveles de renta sitúan a los habitantes del PAU por encima de la media del distrito, los datos de afiliación a la seguridad social nos muestran una composición en la que abundan los empleos con poca cualificación y en los grupos inferiores de cotización. De ahí que entre los habitantes de los residenciales existan muchas situaciones económicas en un equilibrio inestable para llegar a fin de mes. Hay que tener en cuenta además que este barrio comienza a habitarse en los albores de la crisis de 2008, por lo que las expectativas y las estrategias familiares han tenido que acomodarse a un contexto creciente de precariedad e inestabilidad. Al empeoramiento general de las condiciones laborales se suma el aumento en la temporalidad en los contratos y la congelación y reducción de los salarios; mientras avanza el deterioro y la privatización de los servicios públicos, consiguiendo que cada vez sea necesario pagar por más bienes y servicios básicos que deberían constituir un derecho. Tras el 2008, muchos habitantes del PAU se encontraron en una situación laboral inestable y precaria, con un piso nuevo, un endeudamiento astronómico recién estrenado y unas promesas de revalorización del patrimonio inmobiliario que se hundieron junto a la burbuja. Este escenario les dejó en una situación de bajos ingresos, con la obligación de pagar unas cuotas de hipoteca altas y prolongadas, y asumiendo al mismo tiempo unos costes de comunidad muy elevados por vivir en una urbanización con numerosos servicios. Esto ha llevado a muchos vecinos a dejar de pagar los gastos de comunidad o a desarrollar estrategias como alquilar una o varias habitaciones de su casa para cubrir gastos o para mantener el nivel de vida con el que contaban —por ejemplo, para continuar con la escolarización de sus hijos e hijas en centros privados—. En otros casos, como Carlos mi compañero de piso en la primera urbanización, la opción fue irse a vivir con su madre y después vivir en una habitación de alquiler mientras arrendaba por un monto superior su piso en propiedad, tratando así de hacer frente a la hipoteca.

Las dos veces que estuve buscando habitación en el PAU me topé con anuncios en los que propietarios y propietarias alquilaban habitaciones de la casa en la que residían. En algunos se explicitaba que el dueño o dueña vivía en el piso —con formulaciones como

¹²³ En la que se engloban diplomados, arquitectos o ingenieros técnicos, titulados en estudios superiores no universitarios y estudios de postgrado.

“yo vivo en el piso y lo prefiero” o “a compartir únicamente con el propietario”— y en otros se mencionaba “un ambiente familiar” o “una habitación en casa familiar”. Por ejemplo, en este anuncio se especificaba que solo aceptaban chicas estudiantes: “Somos una pareja con una hija de 18 años universitaria. Buscamos una chica estudiante [...]. Seriedad solo estudiantes”.

En los residenciales del PAU no se hablaba de estas cuestiones. Por más que pregunté e intenté sacar el tema en múltiples conversaciones y con distas personas, la respuesta siempre era la misma: *a priori* nadie se sentía identificado con situaciones de precariedad o de dificultad económica y nadie había oído hablar de habitaciones en alquiler. En todos los casos me remitían a los habitantes de las viviendas públicas, como si esas fueran las únicas economías domésticas con apuros. De hecho, en la primera urbanización, mis compañeras de pilates se mostraron completamente sorprendidas al saber que yo vivía de alquiler y aseguraron desconocer la existencia de viviendas alquiladas por habitaciones en el residencial.

Tras esta apariencia de bienestar se escondían situaciones como la de mi casera. María repetía con frecuencia que ganaba muy poco. Su empleo como cajera en una empresa de paquetería le dejaba un salario que a duras penas llegaba a los mil euros mensuales. Antes, cuando vivía sola, dependía del apoyo económico de sus padres porque su sueldo no alcanzaba para cubrir gastos y pagar la hipoteca. Me contó que en aquella época no ponía la calefacción para ahorrar y que pasaba frío. Fue entonces cuando se planteó poner una habitación en alquiler, algo que a su entorno no le pareció buena idea. “Mi hermana me decía que iba a estar más tranquila en casa sin nadie”, me contaba María. Finalmente se decidió a alquilar la habitación pequeña de su piso —que yo era la tercera chica en ocupar— y gracias a ese ingreso extra podía vivir más holgadamente, aunque seguía contando con la ayuda de sus padres en cuestiones como la cesta de la compra. Su situación económica era precaria e inestable, pues su contrato de trabajo tenía además fecha de caducidad, de modo que el compartir su vivienda hipotecada con otra persona ya no era para ella cuestión de elección. Un día me confesó que no entendía cómo se lo montaba su amiga Paula, quien vivía en un piso en el PAU por el que pagaba 600€ mensuales de alquiler. “No sé cómo puede vivir sola, a mí no me daría el sueldo”, decía.

A María no le gustaba que sus vecinas supieran que arrendaba una habitación. Evitaba tener que dar explicaciones y lo escondía. Entre nosotras solo hablamos de este tema una vez y lo hicimos veladamente, pues yo a esas alturas ya podía imaginar sus reservas. La conversación se planteó durante el verano, la época de mayor socialización en el residencial. En el contexto de la urbanización, ¿quién era yo?, ¿cómo debía presentarme?

Hace calor, es domingo y la piscina está a reventar. Media urbanización ha bajado al patio. María se asoma por la ventana de casa y divisa dos amigas del grupo de solteros y solteras de la *urba*, Paloma y Carmen. No se llevan bien entre ellas. Antes de bajar decide que se va a poner con la segunda y, tras una pausa, me pregunta cómo quiere que me presente. Entiendo lo que intenta decirme: no se encuentra cómoda explicando que me alquila una habitación y prefiere eludir el tema. Decido ponérselo fácil y sugiero que puede presentarme simplemente como “una amiga”. Noto que inmediatamente cambia el gesto, aliviada, como si hubiera encontrado la respuesta que andaba buscando. Para justificarse me dice que en realidad no está mintiendo, somos amigas, y que no le apetece dar más explicaciones, “porque luego la gente tampoco sigue preguntando”. Bajamos al césped que está junto a la piscina, hay mucha gente tomando el sol en grupos e individualmente.

María saluda a Carmen, me presenta como su amiga y extendemos las toallas a su lado. Carmen no hace más preguntas, solo dice que me había confundido con la prima de María, que por lo visto ha debido alojarse en mi cuarto la semana anterior, cuando yo estaba fuera de casa. Primera noticia. Yo sonrío y finjo estar al tanto. (Fragmento del diario de campo, 21 de julio de 2019)

María, con su diplomatura en turismo, era la primera de su familia en cursar estudios superiores, tenía un trabajo, un piso en propiedad en un residencial del PAU y un coche —ambos a medio pagar—. En comparación con sus padres había experimentado algunas mejoras en las condiciones de vida, pero su situación inestable, precaria, de endeudamiento y de dependencia económica la colocaba seguramente en una posición tanto o más vulnerable que la de sus progenitores a su edad. Al reintroducir su experiencia y la de sus padres en el tiempo histórico, al situarlas en sus contextos sociales de referencia, ambas remiten a la misma posición en el espacio social. En palabras de Didier Eribon (2017: 107), “toda una constelación familiar cuya situación, la inscripción relacional en el mundo de las clases, no ha cambiado”, al menos sustancialmente.

Un día, mientras yo intentaba trabajar en mi cuarto y María daba vueltas por la cocina, me contó entre idas y venidas retazos de su infancia en el barrio de Lucero. Aquella conversación inesperada me abrió paso a un campo que hasta ese momento me resultaba desconocido: las condiciones sociales, económicas y barriales que rodearon el contexto familiar de María, y también fragmentos deshilachados de su trayectoria.

Recuerda que en el barrio, en los años setenta y ochenta, no existían las grandes superficies comerciales, así que su madre acudía a una pequeña tienda para que le hicieran la ropa a María y a su hermana mayor: el uniforme del colegio y un chándal. Su padre era taxista y su madre tenía una peluquería en el barrio. Me habla de las celebraciones de cumpleaños en el salón de peluquería. Invitaban a todos los niños del vecindario, “aunque no les conociera”, dice. El local estaba en un primer piso y para las celebraciones su madre apartaba todos los muebles dejando un espacio amplio en el centro de la estancia. Los niños y las niñas corrían, subían y bajaban del piso a la calle, porque “entonces se jugaba en la calle”, puntualiza.

Su padre y su madre provenían de un pequeño pueblo de Castilla La Mancha del que se marcharon antes de cumplir los veinticinco años. Empaquetaron sus cosas y viajaron a Madrid en busca de trabajo y una vida mejor, asentándose en un barrio de la periferia sur, como tantos otros migrantes. Por eso María dice que en su casa estaban “solos”, refiriéndose a la ausencia de su familia extensa.

También me habla de su paso por el sistema educativo. Una experiencia que durante los primeros años de escolarización estuvo marcada por el esfuerzo de sus padres para que progresara en la escuela. Me explica que la matricularon en un colegio privado de Majadahonda donde la atención era muy personalizada: “parecido a como es la educación en el norte de Europa”, matiza. Después, ya en primaria, cambiaron a María a un colegio público de su barrio. “Lo pasé muy mal”, explica, “era una selva, se notaba que era público”. Era una niña introvertida y le costó adaptarse. Para asegurar su éxito escolar sus padres tuvieron que pagar varios profesores particulares, ya que ellos no podían ayudar a su hija en el estudio. Tiempo después estudió turismo en una escuela privada cuando, según ella, aún no existía como título oficial.

El gran esfuerzo que hicieron sus padres en esa inversión escolar y todas las estrategias familiares que desarrollaron para tener una vida mejor, han dado unos frutos esperados sociológicamente hablando. María es propietaria de una vivienda en un residencial del PAU, que aún sigue pagando, y de la que tiene que alquilar una habitación para poder cubrir gastos. Su padre y su madre continúan ayudándola económicamente. Sus estudios no se tradujeron en una acumulación de capital cultural ni le reportaron una buena posición en el mercado laboral. Actualmente tiene empleos temporales, de baja cualificación, con un sueldo que ella considera muy escaso. En algunos aspectos su calidad de vida ha mejorado en relación a la que tuvieron sus padres, pero si ubicamos su situación en el espacio de posiciones de clase social, tal vez la diferencia en términos comparativos entre la

condición de clase de ambas generaciones no sea tan grande. (Fragmento del diario de campo, 14 de febrero de 2019)

La vida laboral de María presenta una trayectoria cambiante y flexible que, alejándose de las viejas experiencias obreras lineales y acumulativas, se caracteriza por la máxima de “nada a largo plazo”. Formada en turismo y sin haber completado el curso oficial de adaptación a los estudios de grado, María había trabajado como esteticista en la peluquería de su madre, como recepcionista en un hotel y como azafata en una empresa de eventos. Todos ellos empleos poco cualificados, de baja remuneración y con contratos temporales. Durante el tiempo en el que viví en su casa, María tenía un contrato de cuatro años en una empresa de paquetería y envíos. Trabajaba como cajera, de cara al público, en turnos de ocho horas que iban cambiando del horario de mañana al de tarde. A menudo se quejaba de su empleo. Se sentía estancada y sin posibilidad de promoción y aumento salarial. Sus padres, ya jubilados, la reprendían por su falta de ambición y su comportamiento poco estratégico. Según ellos, debía hacer más la pelota a sus supervisores y no confrontar nunca con ellos. En nuestras conversaciones domésticas María se culpaba a sí misma por no ser competitiva con sus compañeros y compañeras, y se lo ponía como meta.

En este contexto de inestabilidad, y sin poder prever qué pasaría tras la finalización de su contrato en otoño de 2020, aspiraba a aprobar unas oposiciones de Correos para las que no estaba estudiando. Ser funcionaria se presentaba prácticamente como la única posibilidad para estabilizarse laboralmente, tener un buen salario y unas buenas condiciones y asegurarse una jubilación digna. Meses antes de irme de su casa acudió a inscribirse al examen de oposición y pagar las tasas. Me contó que había inscrito también a su hermana. A punto de cumplir los cincuenta y habiendo trabajado toda su vida en el servicio doméstico sin estar dada de alta en la seguridad social, apenas contaba con años de cotización. María solía repetir que su hermana era una mujer muy inteligente y que “tenía que haber estudiado”.



Foto 17. Calle del Dinero (Invierno de 2019)

La situación de las economías domésticas se reflejaba en las cuentas de cada residencial. De las dos urbanizaciones en las que residí, la primera gozaba de mejor salud financiera que la segunda, aunque en ambas existían quejas constantes ante la falta de presupuesto y la mala gestión de los administradores de fincas. Esto repercutía en los servicios privados comunitarios y en su mantenimiento. El estado de la sala en la que practicábamos pilates en la primera *urba* daba cuenta de ello, con la puerta rota y la ausencia de calefacción que nos acompañaba durante los meses de invierno. Tampoco había dinero para colocar algunos aparatos de gimnasio, como sí tenían otros residenciales más lujosos, cuestión que en ocasiones daba lugar a comparaciones. En una conversación sobre este tema en clase de pilates, Sole se quejaba de las limitaciones presupuestarias de la comunidad y de las malas decisiones económicas que se tomaban, contratando siempre los servicios y arreglos más baratos. Según ella, esto daba lugar a soluciones provisionales y de mala calidad que al cabo de un tiempo volvían a dar problemas. “Lo poco que hay se gasta mal”, argumentaba, “lo que ponen lo ponen mal y luego hay que volver a gastarse el dinero para arreglarlo”. Situándose como “pobre” empleaba un refrán que resumía esta espiral de relativa escasez en la que se encontraba el residencial: “el pobre siempre paga dos veces”. Enfrente de ella, Begoña, mientras calentaba los tobillos sobre la esterilla, asentía con la cabeza.

La segunda urbanización tenía un grave problema de impagos. Había propietarios que desde hacía tiempo no pagaban los recibos comunitarios. Entre ellos un número considerable de bancos e inmobiliarias que poseían viviendas, plazas de garaje y locales. Hasta siete entidades distintas —entre las que se encontraban el Banco Santander, BBVA o sociedades vinculadas al grupo Pryconsa— tenían propiedades que en su día no se llegaron a vender o que, como consecuencia de impagos hipotecarios, habían sido embargadas. La lista de recibos comunitarios sin pagar incluía a vecinos y vecinas que acumulaban deudas de hasta 10.000 y 11.000 euros. Como consecuencia, el horario de los guardias de seguridad y del servicio de conserjería había tenido que reducirse de 24 a 12 horas, y el gimnasio llevaba años cerrado. Tiempo atrás los vecinos que vivían encima de la sala se quejaron de los ruidos y como no había dinero para una insonorización la comunidad optó por clausurarlo.

4.2. Tomas de posición. La importancia de la contradicción

Un día saliendo de la urbanización me paré en la puerta para charlar con Nicolás, uno de los guardias de seguridad. Los contenedores de basura estaban aún en la calle porque no había pasado el camión municipal. Normalmente los residenciales guardan sus cubos en el edificio, los guardias se encargan sacarlos a la calle y, una vez pasado el servicio de recogida, los vuelven a meter. Mientras hablábamos llegó un vecino, vestido con el uniforme de conductor municipal de autobuses, que no dudó en unirse a la conversación. Nos explicó que los trabajadores del servicio de recogida basuras estaban en huelga, lo que dio lugar a comentar el reparto desigual de los servicios mínimos por la geografía de la ciudad:

Vecino: Con el cambio de contenedores [un nuevo sistema implementado por el ayuntamiento] solo hace falta un operario. Han reducido dos puestos de trabajo, por eso están en huelga.

Nicolás: Me parece justo.

Vecino: Claro, son dos puestos de trabajo.

Inés: Así que esta mañana en Carabanchel Alto había un contenedor hasta arriba de basura. No entendía qué pasaba...

Nicolás: Pero hay servicios mínimos.

Vecino: [riéndose] ¿Sabes dónde están los servicios mínimos?

Nicolás: [soltando una carcajada] En la calle Serrano.

Vecino: [asintiendo con la cabeza] Aquí no, que somos pobres.

En esta interacción rápida y ordinaria se aprecia una cierta complicidad entre el guardia de seguridad y el vecino. Por cierto, ambos vestidos con su uniforme de trabajo. Abordan un tema de conversación clásico en la periferia: el sentimiento de desatención y falta de inversión por parte de la administración. Y elaboran una comparación entre los vecindarios pudientes del norte de la ciudad —ejemplificados en la famosa calle Serrano— y los barrios de las periferias. Marco que el vecino utiliza para identificarse como *pobre*. “Somos pobres”, dice.

Durante mis dos años en el PAU mis cuadernos de notas se llenaron de interacciones cotidianas como esta. Conversaciones distendidas en las que vecinos y vecinas desplegaban tomas de posición, en forma de autoposicionamientos o posicionamientos subjetivos de clase, nombrándose alternativamente como *pobres* o como *clase media*. Identificaciones que con frecuencia se construían a través de una dicotomía o una distancia respecto a la *gente rica*, *los pijos* o los barrios con más renta de Madrid. “El pobre siempre paga dos veces”, que decía Sole en una clase de pilates; las alusiones a la lista de bodas de la “gente rica” frente al “nosotros damos dinero” que comentaba Pili en la piscina; o la aseveración de “los pobres no nos podemos separar” por parte de mi casera María, son ejemplos del tipo de posicionamientos a los que me refiero. Estas afirmaciones se daban cita junto a otras tantas, muchas veces enunciadas por las mismas personas y en las mismas conversaciones, en las que se situaban también como *clase media*. El día que quedé a desayunar con Ana me explicó que cuando salía de vacaciones con sus hijas se alojaba en un sitio muy barato porque era lo que su economía le permitía —“es una cosa muy normalita. Yo, vamos, es a lo que llego y tampoco...”—. Aunque minutos antes se había referido a los habitantes del PAU como una clase media muy privilegiada: “yo lo que veo es que aquí nos hemos quedado una clase media que podemos vivir de lujo, porque los pisos nos salieron muy baratos, entonces somos una clase media súper privilegiada”. De igual modo, en una tertulia en la piscina, una vecina podía definirse como *pobre* y a los cinco minutos como *clase media* sin que existiera ninguna contradicción, ni mucho menos un desconcierto por parte de su entorno. Es decir, era común presenciar posicionamientos en los que alternativamente se situaban como *pobres* o como *clase media*, trazando encabalgamientos y yuxtaposiciones entre identidades de clase que *a priori* serían contradictorias y que sin embargo en la cotidianeidad del PAU resultaban del todo compatibles.

Los datos del barómetro del CIS (junio de 2019) no hicieron sino alimentar mi curiosidad por este fenómeno que, evidentemente, no se restringe únicamente al PAU de Carabanchel. A la pregunta “¿cómo calificaría su situación económica personal en la actualidad: muy buena, buena, regular, mala o muy mala?”, un 47% de las personas

encuestadas en la Comunidad de Madrid contestó “regular”, siendo la respuesta más numerosa. Mientras que a la pregunta “¿a qué clase social diría usted que pertenece?”, un 48,4% respondió “clase media-media” —con respuesta espontánea—, acumulando de nuevo el mayor porcentaje. De modo que prácticamente la misma proporción de personas, alrededor del 48%, evaluaba su situación económica como regular y se consideraba clase media-media.

Podría resultar entonces perfectamente compatible el encontrarse en una situación precaria y considerarse al mismo tiempo de clase media. De hecho, regresando al contexto del PAU, la situación económica “regular” —*ni buena ni mala*— parece formar parte del contenido de esa clase media, asociando justamente el *ni bien ni mal* con la clase media. Por tanto, no es solo que no exista una contradicción entre ambos términos, sino que en algún punto forman parte de lo mismo. Al menos este contexto y para este grupo social —aunque no solo—, lo que se entiende como ser *pobre* forma parte del contenido de ser *clase media*. La formulación podría ser algo así como *pobres de clase media*. Como decía Omar, mi primer casero en el PAU: “esto de los autónomos es la hostia, ganas 5.000 y te quitan 2.000. La clase media”. Haciendo uso del sarcasmo, hablaba de su economía precaria *de clase media*. Trabajaba por cuenta propia haciendo arreglos e instalaciones y sus ingresos no eran suficientes para cubrir las multas de tráfico por mal estacionamiento, pasar la pensión a su exmujer, pagar el alquiler y los suministros. Durante el año que viví en aquel piso tuve que pagar por adelantado las facturas de teléfono para evitar que nos cortaran la línea cada mes.

Es este despliegue de disposiciones y tomas de posición contradictorias y ambivalentes el que me interesa, y el que también, en el campo, ponía a prueba mis esquemas previos de clase. Pero, ¿cómo nombraban las vecinas del PAU la realidad social de su propio barrio?, ¿cómo se percibían a sí mismas y a sus vecinos?, ¿qué significados y representaciones le atribuían a la *clase media*? A pesar de que estas cuestiones estuvieron de fondo en la mayoría de las entrevistas y conversaciones, en mis encuentros con Flor y Rosa surgieron de forma particularmente interesante. Con ellas tenía una relación más estrecha, de mayor confianza, y conocía mejor sus historias. Pero además eran dos mujeres cuyas trayectorias estaban marcadas, en parte, por unos estudios universitarios que habían tenido su traducción en términos de capital cultural, algo que las colocaba dentro del PAU en un espacio sociológico liminal. No se sentían del todo cómodas en su residencial ni se identificaban con los intereses y las preocupaciones de sus vecinos y vecinas, con los que se mostraban muy críticas. Soy consciente de que sus discursos son en este sentido bastante marginales o excepcionales, por lo particular de su situación, pero no por ello dejan de resultar interesantes y significativos para analizar ciertas dimensiones de clase. Al fin y al cabo, cuando Flor y Rosa me hablaban, desde sus esquemas prácticos, de la clase social de sus vecinas y de la suya propia, desplegaban representaciones que eran fruto justamente de la incorporación del sistema de clasificaciones sociales —expresiones del *habitus* percibidas según las categorías del *habitus*, en términos de Bourdieu (1991 [1980])—. Es decir, que hablándome de lo distanciadas que se sentían de sus vecinas, me estaban hablando también de dónde se ubicaban ellas y cómo querían ser percibidas. Y lo que es más interesante: cómo todo ello evolucionaba y mutaba a lo largo de la conversación, dando lugar a deslizamientos y contradicciones en sus disposiciones y tomas de posición.

4.2.1. Últimas tardes con Flor. “Un barrio de gente trabajadora con ínfulas de clase media”¹²⁴

Flor nació en 1971 en Aluche, un barrio de la periferia obrera cercano al PAU. Ella y su hermano, dos años menor, fueron la primera generación de la familia en ir a la universidad. Flor estudió filología francesa y desde entonces ha trabajado en distintos empleos en el sector editorial, realizando tareas de corrección, edición y distribución de publicaciones. Le gusta su trabajo, que no duda en considerar como *su oficio*, aunque también menciona las largas jornadas laborales que raramente van acompañadas de una buena remuneración económica. A punto de cumplir los 49 años, vive en un residencial del PAU con su actual pareja y sus dos hijos de 10 y 12 años, fruto de un matrimonio anterior.

Flor y yo nos encontramos por primera vez en un espacio activista de Carabanchel. Al contarle que estaba viviendo en el PAU enseguida entablamos relación y al poco tiempo me invitó al club de lectura que acababa de crear con sus vecinas de urbanización. El colectivo en el que nos conocimos ha generado algunas reflexiones sobre los PAU, mostrando una perspectiva crítica con su urbanismo y con los modos de socialización dominantes. Son planteamientos que Flor conoce y que casi con toda seguridad me atribuye a mí también, de modo que posiblemente esto actúe como una fuente de legitimidad y de censura durante nuestra entrevista.

Quedo con ella para merendar en una cafetería del PAU. Después de dos años de relación me he decido a pedirle una entrevista. Ha tenido que llegar diciembre, el último mes que pasaré en este barrio, para que me lance a hacer la propuesta¹²⁵. Nos citamos a las seis de la tarde en la puerta de una cafetería que está a medio camino entre su urbanización y la mía. Llegamos puntuales y nos sentamos en una mesa situada en la esquina del local, al lado de la ventana. Desde ahí podemos ver la calle. Yo me pido una café con leche y ella un descafeinado. Compartimos una porción de bizcocho de chocolate que vamos desmigando a lo largo de la conversación.

Flor es una mujer muy preocupada por su entorno y suele establecer relaciones de cuidado con las personas que la rodean. Aunque yo siempre intenté brindarle esa atención, procurando construir una amistad lo más igualitaria y recíproca posible, nuestra relación siempre ha incorporado ciertas dosis maternofiliales. Cuando pasaba mucho tiempo sin saber de mí, Flor me llamaba por teléfono para asegurarse de que estaba bien; con frecuencia me ofrecía comer en su casa “por si no tenía la comida

¹²⁴ En este epígrafe y en el siguiente, y a riesgo de hacer más pesada la lectura, opto por incluir fragmentos relativamente extensos de las entrevistas con Flor y con Rosa y Violeta. Con ello pretendo reintroducir, y elevar a una categoría de objeto de análisis, cuestiones como el lenguaje de las entrevistadas y su forma de nombrar diversas realidades; las afirmaciones que en un momento parecen rotundas y minutos después se contradicen al virar el tema en la conversación; las afirmaciones que por el contrario permanecen estables y regresan una y otra vez, apuntando a legitimidades y censuras estructurales e interaccionales; y por supuesto, mi propia presencia y participación en las entrevistas, con reacciones y comentarios algunas veces más desafortunados que otras. En estos epígrafes he querido seguir algunas pistas de la publicación colectiva *La Miseria del mundo* (Bourdieu, 1999 [1993]) y de la escritura etnográfica de Stéphane Beaud y Michel Pialoux (2014 [1999]), apostando por la restitución de diálogos y la inclusión de fragmentos largos de entrevistas.

¹²⁵ De ahí el título de este subepígrafe, que versiona el de la novela de Juan Marsé *Últimas tardes con Teresa*. Realmente pasé mis últimas tardes en el PAU de Carabanchel, en diciembre de 2019, haciendo entrevistas con Flor, Rosa y Violeta, e imbuida en una espiral de sensaciones agrídulces por abandonar, por fin, aquel lugar que tanto había amado y aborrecido al mismo tiempo.

hecha”, y siempre se dirigía a mí con ternura y cariño. Aunque esto no impedía que en ocasiones compartiera conmigo algunos problemas y preocupaciones. Esta confianza que nos envolvía hizo que la entrevista discurrea de forma relajada y en un ambiente de naturalidad —todo lo *natural* que puede ser una entrevista—.

Para arrancar enuncié algo que ya le había avanzado por teléfono: mi interés en el PAU y su relación con los barrios colindantes. Flor, con su descafeinado, fue hilando reflexiones, experiencias y anécdotas sobre su vida, recorriendo en su discurso diferentes momentos de su trayectoria vital. Abordó prácticamente todas las cuestiones que yo había memorizado como importantes sin que apenas me resultara necesario intervenir para sugerir temas o preguntas. Aquella tarde Flor habló mucho y con soltura y, como era de esperar, a la hora de marcharnos disputó conmigo el pago de la cuenta.

I. Del barrio a la universidad y las contradicciones de la herencia

A lo largo de nuestra conversación, y de forma entremezclada, Flor va dando pinceladas de diferentes etapas de su vida, localizadas en el espacio social y urbano de la periferia obrera y del PAU. Fragmentos que puedo reconstruir como parte de una trayectoria vinculada con la acumulación de capital cultural. Proveniente de una familia trabajadora y con una infancia marcada por unas condiciones de vida muy humildes, Flor encuentra en el sistema educativo y en la universidad una vía para formarse, conocer otros ambientes, cultivar su ambición cultural y finalmente escapar de las duras condiciones de su barrio, que en la década de los ochenta se sumía en un fenómeno de desestructuración social causado por la crisis socioeconómica y la droga.

Flor me cuenta que no conserva ninguna amistad en su barrio de origen. En su discurso existe una oposición entre por un lado, el ambiente que existía durante aquellos años en Aluche —de hecho usa la palabra “barrio” para remarcar la espiral de drogas, alcohol y atrapamiento— y por otro lado, emplea expresiones como “salir” y “perder” que aluden a su experiencia personal de cambio vinculada con la universidad. El sistema educativo le abre la puerta a otros mundos, a otros espacios sociales y finalmente le permite escapar de ciertas dinámicas que acontecían en su entorno.

Flor: Tampoco yo conservo amigos de Aluche. Yo mis amigos... Es que fueron... Es que, ¿sabes lo que pasa? Hemos mitificado mucho el rollo EGB, el rollo los años ochenta, pero fueron años muy, muy, muy, muy duros, ¿eh? Donde veáis a la peña, tus amigos, que se metían en unos embolados y en unos líos y tenías que desaparecer de ahí si no querías acabar... Es que la mitad de los colegas nuestros del barrio acabaron, o sea, no la mitad, pero una parte, acabaron muertos, yonkis, alcohólicos... Mi barrio... Y si eres una persona que no participa de esos hábitos, pues... En el instituto había “la gente del muro” que lo llamábamos. Era un murete así en mi barrio [me muestra con la mano derecha la altura del muro], su ocio era beber, fumar porros, beber, fumar porros, beber, fumar porros... Claro, tú vas a la universidad, digamos que ya tienes otra historia, sales mucho, sales en verano, te vas por ahí de viaje o de acampadas, y claro, ya empiezas también a perder un poco el, esas formas, esa forma de ocio que había en los años... Que sigue habiendo pero, pero que no se ha ido nunca: el beber, el fumar, drogarse. Entonces si tú no participas de eso es muy difícil mantener el ritmo. O sea, estar toda una tarde. Puede estar bien durante un tiempo pero estar todas las tardes sentada en un muro bebiendo litros de cerveza y fumando porros, pues llega un momento en que hay gente que le basta y hay gente que no nos bastó. Entonces por eso no mantuve yo mucha amistad, prácticamente ninguna, con nadie del barrio. También es verdad que el colegio, fui a colegio de monjas y luego al instituto ya fui a instituto público. Y el instituto fue para mi fantástico pero no mantuve ninguna amistad porque no... aquellos años fueron muy duros, ¿eh?, de verdad.

Las descripciones de su infancia en la casa familiar, la caracterización de sus padres y de su experiencia en la escuela y el instituto sirven para restituir tímidamente las condiciones sociales y familiares que dan sentido y contexto a la trayectoria social de Flor. Una trayectoria que se encuentra íntimamente vinculada con la unidad doméstica de origen y con las estrategias familiares de reproducción social que desarrollaron sus padres para que su hija y su hijo tuvieran una vida mejor de la que ellos habían tenido.

Los padres de Flor saben leer y escribir pero abandonaron la escuela a temprana edad para ponerse a trabajar y, en el caso de su madre, para encargarse también de las tareas domésticas. Cuando Flor relata su infancia en Aluche siempre habla de su madre como la figura que se quedaba a cargo de la casa, cuidando de su hermano y de ella, mientras su padre pasaba largas jornadas trabajando fuera. Su padre era conductor y, según Flor, su oficio consistía en trabajar de lo que fuera necesario: “gruista, camionero, todo lo que tuviera ruedas lo conducía. Fue autocarero, camionero, gruista, ha sido de todo”. En la década de los ochenta, Flor relata algunas desigualdades sociales que eran visibles en su barrio: muchos vecinos empezaron a comprarse segundas viviendas en la playa y a irse de vacaciones, algo que para su familia resultaba del todo impensable. Habla de largos veranos en Madrid, en su casa y en el pueblo de su madre. Aún hoy los agostos en la ciudad le siguen despertando un sentimiento “especial”, como ella dice. “No teníamos ni un pavo donde caernos muertos”, explica, Solo se fueron todos juntos de vacaciones en una ocasión, a Torremolinos. El médico les recomendó que llevaran a su hermano a la costa para tratar sus problemas de alergia. Para Flor y para su hermano la única oportunidad de viajar consistió en unos campamentos de verano que el Ayuntamiento de Madrid —bajo el gobierno de Tierno Galván— financiaba para las familias con menos recursos. “Mi padre tenía una mierda de nómina, entonces nos salía muy bien de precio”. Para que pudieran asistir a esos viajes su padre tenía que renunciar a sus días de descanso y pasar sus vacaciones de verano trabajando. Esos ingresos extra servían para cubrir los gastos de los campamentos pero no para unas vacaciones en familia.

Como suele ser habitual, la madre juega un rol protagónico en las estrategias educativas de sus hijos y en el amor por la lectura que desarrolló Flor. Desde que eran pequeños se empeñó en que estudiaran para poder escapar de las condiciones de vida en las que ella misma vivía. “Mi madre se dijo a sí misma, eso nos lo ha contado a nosotros muchas veces, que ella nunca jamás permitiría que su hija y su hijo siguieran su camino”, recuerda Flor. La mujer acudía a las papelerías del barrio y le comparaba libros a su hija, a veces títulos que escuchaba por la radio. “Y yo lo leía vorazmente, vorazmente”, recuerda Flor.

La figura materna también cumple un papel central durante los primeros años de escolarización. La andanza educativa de Flor comienza a los seis años en el colegio público del barrio. Su madre, muy preocupada por la marcha escolar de su hija, siente que en ese colegio no aprende nada, no progresa y se estanca. Así que decide cambiar y hacer la matrícula en un centro de monjas. Flor describe el colegio como un lugar que no le gustaba: “me costó mucho arrancar porque el colegio a mi no me gustó nunca”. Aunque piensa que en las monjas empezó a mejorar porque ahí “cogió los hábitos de estudio”. Que Flor sintiera el colegio como un lugar extraño, que no le gustaba y en el que no era competente, y que su madre tuviera que esforzarse tanto para conseguir que su hija progresara en esta primera etapa educativa, es de todo menos extraño. La

escuela demanda a los niños y niñas de forma implícita unos conocimientos previos, que se adquieren en el contexto familiar, con los que los estudiantes de clase obrera no cuentan. Con frecuencia lo más oculto y lo más determinante en la escuela es esta *transmisión doméstica del capital cultural* (Bourdieu, 2018), un trabajo continuo de inculcación en el contexto doméstico que pasa desapercibido y es naturalizado en términos de aptitudes o de capacidades naturales de las criaturas. Es decir, el rendimiento escolar depende fundamentalmente del capital cultural previamente invertido por la familia. Por eso en el relato de Flor la cuestión de la temporalidad no es baladí. Esas dificultades en las primeras etapas del sistema escolar que ella describe están relacionadas con una falta de códigos o del capital cultural necesario para participar exitosamente en la escolarización formal¹²⁶. Lo que llama “hábitos de estudio” no es otra cosa que la competencia, casi técnica, para *saber estar* en la escuela: comprender unos determinados contenidos y reproducirlos de un modo escolar —es decir, a través de los procedimientos sancionados positivamente en este campo—. Solo los chicos y chicas de clase trabajadora que cuentan con el suficiente apoyo familiar consiguen permanecer en la escuela el tiempo necesario para integrar ese *saber hacer* que muchos de sus compañeros ya traen de casa.

Para Flor el punto de inflexión llega en el instituto, cuando por primera vez se siente competente y empieza a progresar. Lo describe como una sensación de arranque o despegue: “ahí ya me convertí de capullo a mariposa. Yo ya ahí arranqué y mi universidad fue... lo mejor que me ha pasado”. En varios momentos de la entrevista menciona su paso por la universidad como un acontecimiento trascendente y además placentero. “La universidad es fabulosa”, me dice. Amplía también la perspectiva y reflexiona sobre cómo, a pesar de que muchos jóvenes llegaron a la universidad en aquel momento, en “los barrios del sur” la mayoría seguían quedándose por el camino. Y reflexiona sobre la relativa excepcionalidad de su caso, una chica de barrio que consigue terminar los estudios superiores a pesar de que sus padres no tenían estudios. Con frases y palabras entrecortadas intenta explicarme algo que le resulta complicado poner en palabras: aquello que experimenta socialmente el sujeto al pasar por la universidad y que le distingue para siempre de los que no lo han hecho. “La universidad yo creo que es fundamen... yo, me hubiera encantado que hubieran ido todos mis compañeros [...]. Es fabulosa. No tanto porque saques amigos o no amigos, porque te vayas de marcha o no te vayas de marcha, sino el paso por la universidad te da algo que no tienen las personas que no han ido a la universidad. [...] Hay algo ahí que te marca o te señala”¹²⁷. Precisamente porque el paso por esta institución escolar “te marca”, Flor desea que sus hijos puedan acceder a ella en un futuro.

¹²⁶ Existe por tanto una relación entre el tiempo y la acumulación de capital cultural. Bourdieu (2018: 215) lo explica de la siguiente manera: “La acumulación de capital cultural requiere una *incorporación* que, por cuanto supone un trabajo de inculcación y de asimilación, tiene un *costo de tiempo*, y de tiempo que debe ser invertido *personalmente* por el inversor [...]. El capital cultural es un tener devenido ser, una propiedad hecha cuerpo, devenida parte integrante de la “persona”, un *habitus*. Quien lo posee “ha pagado personalmente”, y con lo más personal que tiene: su tiempo”.

¹²⁷ Esto es algo que, tal vez, diferencia las posturas críticas de personas universitarias provenientes de familias que ya gozaban de capital cultural, de los planteamientos de aquellos titulados de origen obrero que no contaban con un ambiente intelectual en su hogar. Las críticas que los primeros, desde posturas progresistas, le hacen a la institución educativa como correa de transmisión del poder, contempla con frecuencia un cierto menosprecio a dicha institución e incluso los deseos de su abolición. Sin embargo, es más extraño encontrar estas posturas entre los críticos y críticas que proceden de familias trabajadoras. En general, son más conscientes de las virtudes que entraña la universidad para los grupos peor posicionados

Del barrio a la universidad. “Mi universidad fue... lo mejor que me ha pasado”

Inés: Y otra cosa que te quería preguntar, porque tú fuiste a la universidad siendo una chica de barrio. ¿Tu madre eso te lo inculcó o...?

Flor: Mi madre, yo si soy lo que soy es por mi madre. Porque mi madre fue la que me compraba los libros de pequeña, se iba a la papelería de barrio, existían muchas más librerías y papelerías de barrio que ahora, y entonces oía por la radio un libro, se lo apuntaba y me lo compraba. Y yo leía vorazmente, vorazmente, vorazmente.

Inés: Porque ella había estudiado algo o...

Flor: No, no, no. Mi madre es, no es analfa... sabe leer y escribir, igual que mi padre sabe leer y escribir, pero no han pasado de ahí. No fueron a la escuela, ni fueron más allá, los dos ya a los catorce o quince años ya estaban trabajando y estaban haciendo cosas. Mi madre más pequeña dejó de ir a la escuela para estar en su casa ayudando a las labores de la casa y con las cosas [...].

Mi madre ha empezado a leer novela muy tarde. Claro, no tenía tiempo, mi padre nunca estaba en casa. En mi barrio, en el jardín estábamos solas porque, bueno... Fíjate me acabo de dar cuenta de una cosa que también he pensado muchas veces. Cuando era muy, muy pequeña, del setenta al ochenta, ochenta y algo, estábamos todo el día en la calle, pero luego la gente se empezó a comprar segundas viviendas en la playa. Es decir que tampoco es real que estuviéramos todos los niños, todos los veranos, todo el tiempo en la calle. Yo sí estaba porque nosotros no teníamos ni un pavo donde caernos muertos pero muchos vecinos míos se iban a la playa con los niños. [...] Yo me acuerdo que todo mi barrio se empezó a comprar en los años ochenta casitas en la playa. Pero yo me he chupado veranos, veranos, veranos, veranos, veranos y veranos y veranos y veranos en Madrid y en el pueblo de mi madre, que lo pasaba bien pero en Madrid. Yo nunca he salido de Madrid, nunca me he ido de vacaciones con mis padres, nunca, nunca jamás. Una vez, a Torremolinos o no sé dónde fue, porque mi hermano tenía alergia y le recomendaron que se fuera al mar para el tema del asma y de la alergia. Hicieron un esfuerzo sobrehumano y nos fuimos a Torremolinos. Pero nunca, mi padre trabajaba... Es que los años ochenta, que en el Ayuntamiento de Madrid estaba todavía Tierno Galván, fueron muy buenos años a nivel social. Había muchos campamentos, pero muchos, muchos, muchos; para niños, para los chavales. Entonces durante muchos años hubo campamentos y nosotros nos apuntábamos a todos. [...] Los precios de los campamentos iban por nómina, con lo cual tú pagabas de acuerdo a tu nómina. ¿Qué pasa? Que mi padre tenía una mierda de nómina, entonces nos salía muy bien de precio. [...] Mi padre lo que hacía era trabajar quince días en verano para que se las pagaran esas vacaciones. Daba para que nosotros nos fuéramos de campamento porque los precios eran muy buenos, pero no daba para que nos fuéramos los cuatro de vacaciones. Entonces mi padre trabajaba quince días de verano para pagarnos los campamentos.

Inés: ¿En qué trabajaba tu padre?

Flor: Gruista, camionero, todo lo que tuviera ruedas lo conducía. Fue autocarero, camionero, gruísta, ha sido de todo. Y por eso te digo, que yo me he pasado veranos y veranos y veranos en Madrid, en Madrid, en Madrid, en Madrid sin salir. Pero yo ya de mayorcita sí tenía muchos amigos que se iban a las casas de las playas, ¿eh?

[...]

Inés: ¿Y de dónde crees que viene esa pasión tuya por la lectura?

Flor: Por mi madre, por mi madre. Vamos, porque tú eres cuando naces, como dice mi madre, “eres un libro abierto, en blanco” y van escribiendo tus padres sobre él. Al principio no hay nadie más que tus padres que escriba. Y mi madre se preocupó muchísimo por no ser lo que ella fue, de que nosotros no fuéramos ni tuviéramos el sufrimiento y las desgracias y las pocas oportunidades que ella tuvo. Mi madre es una, nació en el treinta y ocho, mi madre es una mujer de posguerra y claro,

en la estructura social, que de otra manera no podrían tener acceso a una formación y a unos recursos culturales, políticos y sociales vedados para las clases populares.

mi madre ha estado muy, muy marcada por la posguerra. Entonces ella hizo todo lo posible para que yo nunca jamás tuviera que depender de un hombre, ni que depender de nadie, ni la falta de cultura. Porque yo lo digo, digo "mamá, es que". Claro, ella a veces me dice, "es que hija, yo es que no valgo para nada". Digo, "tú no sabes para lo que podías haber valido", nadie sabe. [...] Mi madre se dijo a sí misma, eso nos lo ha contado muchas veces, que ella nunca jamás permitiría que sus hijos siguieran su camino. Estudiar, estudiar, estudiar, en mi casa es que... Los libros, estudiar, estudiar y estudiar ha sido como un mantra, como un mantra. Mi madre los libros, me compraba todos los libro que fuera. Claro ella también vio que yo era receptiva porque mi hermano era un zoquete, a mi hermano no le interesaba en absoluto, luego empezó a leer muy tarde ya. Pero era mi madre la que me compraba los libros [...] y todo lo que me compraba yo me lo tragaba, me lo tragaba, me lo tragaba, me lo tragaba.

Me costó mucho arrancar porque el colegio a mí no me gustó nunca y menos las monjas. Pero es que también mi madre me metió en las monjas porque, yo empecé en la enseñanza pública. El cole de mi barrio [...] estaba al lado de las monjas. Y mi madre se dio cuenta de que en el público no me enseñaban nada, la profesora era una señora mayor, recién heredada la... claro, ¡yo nací en el setenta y uno! Ni siquiera habíamos salido de la dictadura cuando yo nací. Entonces ella vio que cuando me metió en el colegio, porque como mi madre no trabajaba yo fui tarde, fui a partir de los seis años [...]. Claro, ya vio que a mí no me enseñaban nada, que no...

Inés: Que no arrancabas.

Flor: No arrancaba, que no. Porque yo empecé a leer muy pronto, muy pronto, muy pronto. Claro, vio mi madre que no me enseñaban. Entonces me cambió a las monjas. Y sí, sí, claro, fueron diferentes. No me gustó el colegio pero es verdad que ya cogí los hábitos de estudio. Y luego también me costó el instituto. Claro, siempre me han costado mucho las ciencias, hasta que ya llegué a tercero de BUP y ya ahí, yo ya me convertí de capullo a mariposa. Yo ya ahí arranqué, tía, y mi universidad fue... lo mejor que me ha pasado. Y claro siempre he sacado muy buenas notas y siempre he estudiado con beca y esa beca pues me la gastaba en libros. Hombre, mi madre me compraba porque yo consumía mucho libro, ¡porque además me gustaba tenerlos! [se ríe]. Entonces sí, compraba mucho libro, compraba mucho libro. Me daba para la matrícula y para bastantes libros la beca. Pero sí, es... muy poca gente. Mira, me cuenta siempre Alejandro [su pareja] que de su instituto solamente cuatro personas, de su curso de instituto, solo cuatro personas fueron a la universidad. O sea que no, también es un mito que todos nosotros hayamos ido a la universidad, no es cierto. Lo que pasa es que se usan las cosas políticamente, "la generación muy preparada, la generación más". Sí, ya, porque fuimos al colegio y al instituto, pero realmente de mi instituto no tanta gente fue a la universidad, Inés, o sea no es cierto. [...] Es verdad que podemos haber estado bien preparados en general, pero claro, éramos muchos. Mi generación y las posteriores hemos sido muchos durante muchas generaciones y claro, hombre, muchos, pues muchos a la universidad. Pero eso no es cierto de que todos los, "es que aquí hay demasiados", no, no, es mentira. Otra cosa es que te lo digan porque no quieren darte un buen trabajo, no te quieran pagar, te quieran esconder la realidad de ese discurso, pero la realidad es que tampoco hemos salido tantos [...].

Inés: ¿Tú fuiste a la Complu?

Flor: A la Complutense, sí. Es fabulosa. No tanto porque saques amigos o no amigos, porque te vayas de marcha o no te vayas de marcha, sino el paso por la universidad te da algo que no tienen las personas que no han ido a la universidad. Y eso es una realidad. La gente que no ha ido a universidad no sé pues, hay algo ahí que te marca o te señala...

Inés: Y es mucho más que a las clases a las que has ido, es el ambiente, todo...

Flor: Que no, que no. Es todo, es un... Por eso mis hijos, que no les gusta mucho estudiar, sí me gustaría que fueran a la universidad, me encantaría. Considero que es muy importante. La universidad es... [...] Y luego en los barrios hay mucha falta de universidad. Donde más se ha notado es en los barrios sobre todo los del sur. En los barrios del sur hay una falta de medios, porque claro, las estadísticas lo dicen: está íntimamente relacionado el nivel cultural de tus padres y de tu familia con el hecho de tus posteriores estudios. Sí, sí, está clarísimo. En mi caso fue un poco raro porque mis padres nada de nada, pero mi madre fue el detonante de todo, nunca se conformó con que

nosotros... Es que era un “estudia, estudia, estudia, estudia, estudia, estudia”. Era algo que se nos quedó grabado ahí. Ella nos lo decía, nos decía que era para que no fuéramos como ella.

De pronto, Flor me cuenta una historia que ilumina todo un universo de tensiones familiares vinculadas con su trayectoria de movilidad. Hace unos años su madre le sugirió deshacerse de sus libros. Por cómo lo relata, percibo que se trata de algo importante para ella, un acontecimiento que hace aflorar una maraña de emociones y sentimientos contradictorios hacia su madre y su familia. Noto también que es algo sobre lo que ha reflexionado bastante antes de decírmelo.

Me cuenta con asombro y con dolor cómo su madre, durante la mudanza al PAU, le recomendó deshacerse de la montaña de libros que acumulaba. Flor lo interpreta como un cambio por parte de su madre a la hora de *valorar lo que ella es*: pasa de sentir un gran orgullo por la biblioteca y la carrera académica y profesional de su hija, a desvalorizarlo por completo. “Mi madre estaba súper orgullosa de mi biblioteca, a todas las vecinas se lo enseñaba”, explica Flor. Se siente incomprendida y menospreciada porque su familia no valora su esfuerzo y su conocimiento. “Yo me he sentido en mi casa como el bicho raro y como, por supuesto, una persona sin valor ninguno”, afirma. Este acontecimiento da cuenta de una relación de incompreensión y distanciamiento entre Flor y su familia. Algo que para ella va unido a una comparación entre la trayectoria de su hermano menor —que estudia económicas y comienza a trabajar en una gran empresa— y la suya. Podemos conceptualizarlo como una tensión entre el capital económico que acumula él, y que en su casa tiene más valor; y el capital cultural, no fácilmente convertible en dinero, que posee Flor. Lo interesante es que pone en relación esta cuestión con el ciclo económico y financiero que atravesaba la sociedad en aquella España de 2005. Piensa que el auge de la burbuja inmobiliaria y de las políticas de la especulación están en la base de la trayectoria ascendente de su hermano y del “cambio en su madre”, es decir, que valore el éxito vital exclusivamente entendido en términos monetarios. El discurso de Flor está plagado de comparaciones y confrontaciones entre lo que ella ostenta y ejemplifica —la cultura, el amor por la literatura, un trabajo que le gusta pero con el que no gana demasiado dinero, etc.— y aquello que le asigna a su hermano —una carrera y un trabajo vinculados al mundo de la empresa privada, hacer dinero, la denostación de la educación y la cultura, etc.—. “Bien mi hermano pero, pero realmente no era para tanto. En cambio sí es para tanto que tengas una vasta cultura, eso sí es para tanto, porque al final lo otro se va, te pueden echar igual”, afirma Flor como parte de este juego de comparaciones.

En su relato puede apreciarse lo que Didier Eribon (2017) denomina “vergüenza social”. Un sentimiento que navega entre la vergüenza que suscitan ciertas formas de ser y estar características del lugar social popular del que se proviene, y la culpa¹²⁸ que aflora

¹²⁸ El sentimiento de culpa aparece con frecuencia en sujetos de origen humilde que han experimentado trayectorias de acumulación de capital cultural —lo que a veces se denomina *tránsfuga social*—. No tuve tiempo de ahondar en este fenómeno con Flor, tan solo pude acercarme a lo que de él se advertía en su relato, pero me serviré de otro caso para ejemplificarlo. Esa culpabilidad siempre ha estado presente en la figura de mi padre: hijo de una familia pobre de solemnidad que llegó a ser profesor de secundaria y a dar clases como asociado en la universidad. Mi padre creció en un barrio periférico de Santander junto a su madre, su hermana pequeña y un padre cuya presencia se tornó más problemática que su ausencia. Mi abuelo emigró a Venezuela para trabajar, como muchos otros jóvenes de su pequeño pueblo asturiano, y regresó sin dinero y bebiendo demasiado. Es posible que el mal temperamento, el poco amor por la conversación y la incapacidad para demostrar afecto que le caracterizaban fueran la forja de un carácter inevitable. Mi abuelo se pasó toda la vida trabajando y media juventud preso en distintas cárceles y campos

al saber que se ha tomado distancia con ese universo. Se genera entonces una mezcla compleja de afectos y sentimientos hacia el lugar de origen y hacia los sujetos que lo componen, donde es frecuente sentirse rechazada, incomprendida, minusvalorada y al mismo tiempo culpable. Se trata de un fenómeno característico de los sujetos que al haber experimentado trayectorias ascendentes transitan espacios y posiciones sociales parcialmente contradictorios —*habitus escindidos* que diría Bourdieu (2006)—. Por ejemplo, Flor repite en múltiples ocasiones que su hermano y su madre adoptan acríticamente el discurso, que ella define “capitalista” y “mercantilista”, sobre el valor del dinero por encima de todas las cosas. Y, en oposición a ello, defiende la importancia de cultivar el aprendizaje, la lectura y la cultura, algo que según Flor sus familiares no alcanzan a comprender. Al mismo tiempo disculpa a sus padres, especialmente a su madre, poniendo su visión en el contexto de la España de la burbuja inmobiliaria: “digamos que también vive en sociedad y se ve imbuida de los mensajes mercantilistas, capitalistas”, explica Flor. Y se lo repite a sí misma: “yo que me sentía menospreciada hasta cierto punto, no era la culpa de mi madre”.

Una de las *contradicciones fundamentales de la herencia* (Bourdieu, 1999 [1993]) reside en esta paradoja: los estudios universitarios y el capital cultural de Flor son, en parte, resultado de las estrategias familiares que sus padres desarrollaron durante su infancia y juventud —el empeño de esa madre por sacar a su hija adelante, porque estudiara, porque leyera, porque, contra todo pronóstico social, fuera a la universidad—, y al mismo tiempo constituyen una barrera en la relación con su propia familia. Edifican una distancia social en la forma de ver y estar en el mundo que finalmente se torna incompreensión. Así, aunque Flor esté cumpliendo con los deseos de su madre —con el imperativo de “estudia para no ser como yo”—, el éxito de esa herencia implica un alejamiento entre madre e hija, entre la familia y Flor. Implica la *superación* de la madre, de su estatus social y su capital cultural. De modo que las tensiones familiares, en este caso por la valorización del capital económico en detrimento del capital cultural,

de trabajo franquistas. Era una víctima de sus circunstancias y, como siempre sucede con los efectos multiplicadores de la violencia sedimentada en los cuerpos, también dejó víctimas a su paso. En casa de mi padre el clima familiar estaba impregnado por la violencia de mi abuelo, que día sí y día también protagonizaba ataques de ira y escenas con altas dosis de embriaguez. Mi abuela, que tampoco lo había tenido mucho más fácil —la sexta de siete hijas de una familia pobre originaria de un pueblo cántabro—, estaba en el *front row* de sus embestidas.

El ambiente en el barrio de mi padre tampoco era mucho mejor. El vecindario, sin apenas servicios y equipamientos, era un conglomerado humano hecho de procedencias diversas: andaluces, extremeños, gallegos, asturianos y montañeses de todos los centros emisores de población de la provincia. En su caso, el sistema educativo fue la clara vía de escape del entorno familiar y barrial. “A los diecisiete años yo entraba y salía del barrio, pero ya no vivía allí”, me explica. La culpa se condensa especialmente en la relación con su hermana y en el sentimiento de haberla *abandonado*. Mientras mi padre ascendía por las etapas del sistema educativo, que a su vez le permitían desplazarse por otros espacios de la ciudad y forjar nuevas redes, su hermana se quedó en el barrio. Abandonó pronto la escuela y desde muy pequeña ayudó con las tareas domésticas y trabajando en arreglos de ropa. Las trayectorias de mi padre y de su hermana se alargaron en el tiempo, distanciándose sociológicamente, hasta el punto de que él se marchó muy joven de casa para construir su familia, y mi tía formó la suya siempre en el piso familiar, donde continúa viviendo. Los amigos del barrio no tuvieron mejor suerte: “muchos no terminaron la primaria y empezaron a ser detenidos cuando yo aun no había terminado el bachillerato; algunos murieron de SIDA, otros me contaron su estancia en la cárcel, uno de ellos por un asesinato”, me explica mi padre. No fue hasta hace poco que mi padre y yo hablamos de esto. Lo hicimos a distancia, mediante correo electrónico. Nuestro intercambio concluyó así: “Las cosas no podían ser de otra manera: hijo listo de una madre tempranamente abandonada por su marido que intentó la aventura americana y regresó con el fracaso en una pequeña maleta y sobrino de muchas tías que veían en él una especie de redención familiar: ningún primo, ni prima, ni tío, ni tía, ni nadie logró nunca sacar tan buenas notas ni llegar tan alto en los estudios como el hijo de la Ción. Era la excepción que confirmaba la regla. Algún día hablaremos, si hubiera oportunidad, de esta losa que llevé durante mucho tiempo sobre mí”.

culminan en un estado en el que se mantienen y cuidan los afectos a sabiendas de que existen grandes dosis de incompreensión mutua.

“Me he sentido en mi casa como el bicho raro y como una persona sin valor ninguno”

Flor: Fíjate, mi madre me asombró un día, me asombró, [corrigiéndose a sí misma] me deprimió, un día... Es que al final el mercantilismo se lo come todo, esta sociedad de puro consumo y de ser lo más y tal. Me acuerdo hace muchos años, claro, yo siempre he ido con mi biblioteca a todos los lados, mi biblioteca es mi seña de identidad. O sea ella está muy orgullosa de mí pero digamos que también vive en sociedad y se ve imbuida de los mensajes mercantilistas, capitalistas, de cuanto más dinero más vales, cuanto más... Yo hice filología francesa y para ella, bueno, ella estaba orgullosa... Yo fui la primera de la familia en hacer una carrera, de toda la familia. Pero luego vino mi hermano y estudió económicas, entonces ya como que filología parecía una mierda. Y me acuerdo una vez, tía, porque luego ya mi hermano siguió como el, mi hermano no solo carrera sino además económicas y situado en un puesto en un sitio guay. Entonces me acuerdo que un día, durante muchos años mi madre estaba súper orgullosa de mi biblioteca, a todas las vecinas se lo enseñaba. Venía cualquiera, “¡ay!, mi hija, cuántos libros tiene”. Y al mudarme yo de casa, claro, ese mensaje... porque yo me mudé entre 2005 y 2006. Claro, España era el este de Aznar, el milagro español y su puta madre.

Inés: Era pleno *boom*.

Flor: Era pleno *boom*, pleno *boom* de ladrones, de corruptos y pleno *boom* de dinero. Es que fue la hostia. Y de repente mi madre pasó de... Pero, claro, no mi madre, sino el pensamiento social pasó de “qué biblioteca tienes, qué cosa más maravillosa” a “pero hija mía, ¿por qué no metes los libros en una caja en el trastero?, total, si para qué los quieres tú ahí en casa”. La dije, claro, yo que no soy más inteligente que ella, seguro, porque mi madre es una mujer muy inteligente, pero sí que tengo otra forma de pensar y de ver las cosas, no la dije nada pero pensé en ese momento: fíjate tú cómo ha calado el discurso mercantil, el discurso económico, el discurso de las humanidades no sirven para nada, el discurso de más dinero tienes más vales. Caló profundísimamente en la sociedad española. De manera que mi madre que siempre estaba orgullosa de mi biblioteca, de repente me dijo que por qué no la metía en cajas en un trastero. Eso ha sido la historia de España en esos años. Luego ya con el tiempo y con la crisis digamos que me ha vuelto a visitar mi madre a mí, a mis libros más bien. O sea, a mí y a mis libros. Es que esos años fueron muy fuertes, muy terribles, muy terribles y tanta gente se quedó en el camino, tía. Fueron años muy desagradables, deplorables, sobre todo en Madrid y en otros sitios, pero en Madrid fue deplorable. Era el reino de la corrupción, el reino de la, es que fue terrible, de denostar absolutamente la cultura, los libros, la educación... Sigue porque el PP sigue en la Comunidad de Madrid, es un proyecto a largo plazo suyo, claro. Y luego ya con el tiempo ha ido reencontrándose con la cultura. No con la cultura, con mi cultura... Claro, mi hermano que sigue estando en el mismo sitio pero que no sabe si le van a echar, digamos que perdió valor ya lo económico con la crisis de repente. Como que ha habido un, se ha desinflado lo que nunca debió de estar inflado, se desinfló y como que en mi familia las cosas volvieron un poco. Es decir, yo digamos que el valor de la cultura, lo que yo representaba, volvió otra vez para ponerse en alza y mi hermano se quedó ahí bien, pues normal, con su empresa. Que bien mi hermano pero, pero, pero realmente no era para tanto. En cambio sí es para tanto que tengas una vasta cultura, eso sí es para tanto. Porque al final lo otro se va, te pueden echar igual, pero si tienes una vasta cultura, si tienes unos libros, si tienes unos conocimientos, si tienes una forma de conducirte por la vida diferente, pues eso se ha revalorizado de nuevo, no en todos los aspectos, en mi casa ha pasado eso, ¿no? [...] Entonces pues mi madre sí, sí, digamos que sentía... no sentía vergüenza de que yo hubiera estudiado filología francesa, de que yo hubiera estudiado una carrera, pero: ¿para qué te has quedado?, para librera. Eso es que es muy significativo durante esos años, ¿no? Muy significativo en mi familia, que es un resultado de la sociedad, del contexto, entonces fue muy, “huy, tú en una editorial, ¿qué se hace ahí?, qué raro, no gana dinero”.

Inés: [interrumpiendo] ¡Por suerte no guardaste los libros!

Flor: No, no, no guardé. Nunca voy a guardar mis libros. Y luego pasó una cosa, que cuando me quedé en el paro en 2015, ya después de toda la crisis, fíjate para mi madre fue un orgullo que me cogieran en la otra editorial. Ya ahí como que volvió a tomar comba las personas, no el dinero. [...]

O sea, que ya me volvió a poner en el lugar que me correspondía, pero hubo muchos años donde yo me he sentido en mi casa como el bicho raro y como, por supuesto, una persona sin valor ninguno. No se lo achaco a ellos, evidentemente no... Tampoco es culpa de mis padres, como tampoco es culpa de los vecinos que tengas una casa con un patio cerrado y una piscina. O sea las responsabilidades hay que asumirlas y cada cosa lo que tiene. Mi madre no es responsable, o sea, yo que me sentía menospreciada hasta cierto punto, no era la culpa de mi madre, entiéndeme, era la culpa del bombardeo, de esa sociedad, de esa vida que teníamos y del puto, puto, dinero. Donde todo estaba envenenado por el puto dinero, que lo sigue estando pero un poquito menos. Digamos que con la crisis, claro, muchos mitos han caído.

II. Ambivalencias

Como se puede apreciar a estas alturas, Flor muestra disposiciones y tomas de posición cambiantes en relación a la periferia obrera y al PAU, y también a sus respectivos imaginarios de clase social. Este hecho nos informa de que lejos de presentar una identidad fija y una visión estable y estática sobre ambos mundos sociales, nos movemos en el terreno de las yuxtaposiciones, las ambigüedades y los cambios de posición. En la entrevista esta cuestión toma un gran protagonismo.

Por un lado, en lo que se refiere al PAU, en su discurso se observa un vaivén entre dos movimientos contrarios: algunas veces se distancia de sus vecinos y vecinas, alejándose de sus intereses y necesidades, mientras que otras muestra un acercamiento o una identificación con ellos y sus prácticas cotidianas en el barrio. Durante la entrevista, critica en varias ocasiones y con cierta dureza a sus vecinos de comunidad, y se distingue de ellos y sus preocupaciones. Según ella, le dan demasiada importancia a cuestiones como cerrar la urbanización, aumentar los servicios de vigilancia, tener una casa más grande y diferenciarse de los barrios periféricos colindantes. Pero, por poner solo un ejemplo, en distintos puntos de la conversación justifica los servicios privados al interior de la comunidad y los valora positivamente, identificándose ella misma con la imagen vecinal que minutos antes había puesto en cuestión. Así, muchas de las afirmaciones que parecen rotundas y estables en un momento de la conversación, son invertidas o matizadas en otro, cuando el tema del que estamos hablando, las legitimidades o las censuras cambian. Por último, resulta interesante analizar cómo Flor conoce las críticas que se le han hecho a los PAU desde algunos sectores activistas y de la izquierda alternativa en la ciudad —espacios con los que empatiza políticamente y entre los que sabe que me muevo—, y más recientemente también desde los medios de comunicación. En algunos momentos de la entrevista responde de manera velada a esas críticas que finalmente siente como objeciones a su barrio y a ella misma como vecina.

Por otro lado, la periferia obrera aparece aquí territorializada en Aluche. De nuevo sus valoraciones y sus experiencias sobre el barrio son cambiantes y contradictorias. Considera que cuenta con mejores servicios y dotaciones que el PAU, pero también le parece un entorno ruidoso, envejecido y que en los últimos tiempos experimenta “problemas” con los inmigrantes.

Comenzaré por la representación que Flor realiza de sus vecinos y vecinas del PAU como “gente trabajadora con ínfulas de clase media”. “Gente que de verdad se pensó que eran clase media”, puntualiza. Voy a intentar mostrar algunos elementos que están detrás de esta imagen que proyecta de su vecindario.

En su discurso establece un constante juego de comparaciones e identificaciones entre barrios y clases sociales. Identifica, por un lado, la periferia obrera con la clase trabajadora, y por otro, los barrios de Madrid con cierto estatus —como Las Rozas o Majadahonda— con la clase media. En mitad de esos dos espacios sociourbanos se ubicaría el PAU y sus habitantes. Gente que Flor define como “trabajadora”, porque de hecho viven en Carabanchel y porque además muchos han nacido en los barrios colindantes; pero con “ínfulas de clase media” por residir en el PAU y vivir en residenciales con servicios privados como piscina y conserje 24 horas. En el discurso de Flor aparecen múltiples referencias a los recursos limitados con los que cuentan sus vecinos y vecinas, que alguna ocasión define como “los pobres desgraciados de mis vecinos”. Recursos que “no dan” para tener un piso más grande o para adquirir una casa en otro barrio con más estatus. Por ejemplo, hablando de un vecino de su urbanización dice: “tampoco le daba para comprarse otra casa en... pero en el fondo le hubiera gustado”. En este fragmento se muestra bien este juego de comparaciones e identificaciones entre espacios urbanos y clases sociales: “gente que no puede irse a Las Rozas y se queda por aquí en una vivienda, que está muy bien y tal, pero no deja ser el barrio de Carabanchel”. Al final añade que, para sus vecinos, vivir en el PAU implica también distanciarse de los barrios donde vive la población migrante.

Cuando le pregunto en qué nota ella esas “ínfulas de clase media” comienza a citar algunos ejemplos de sus vecinos. Para Flor la pretensión de ser clase media —el significado que aquí le atribuye— se mostraría en fenómenos como los siguientes. En primer lugar, el voto a Ciudadanos (Cs) en las elecciones generales de abril de 2019. En este punto me gustaría detenerme para analizar de qué manera el aluvión de noticias y artículos de prensa sobre los PAU que se publicaron tras dichas elecciones han influido en la representación que tienen los propios habitantes sobre su barrio. A la pregunta *en qué notas las pretensiones de clase meda*, Flor comienza respondiendo: “lo noto en el voto [...], Ciudadanos arrasó, arrasó”. Este comentario es sumamente interesante al menos por dos motivos. Primero porque a nivel de barrio el partido más votado fue el PSOE (Partido Socialista Obrero Español), en consonancia con los resultados del resto del distrito, y solamente en tres secciones censales del PAU ganó Ciudadanos —es cierto que una de ellas es justo en la que vive Flor—. Sin embargo, el titular de los artículos y ensayos periodísticos fue indefectiblemente que en los nuevos ensanches había arrasado Cs, haciendo extensibles a todos los barrios los resultados electorales de los del norte. Obviando por completo la realidad sociológica y electoral de los nuevos desarrollos de la periferia sur, los medios de comunicación proyectaron una imagen homogénea de los PAU que los habitantes del sur han incorporado de distintas maneras: en algunas ocasiones plegándose a ella y en otras contradiciéndola, pero en cualquier caso actúa como una fuente de legitimidad. Esto conecta con el segundo motivo. Parece que la atención puesta por Flor en los resultados electorales a nivel de barrio es, en parte, una consecuencia de este conglomerado de artículos periodísticos. Una de las grandes noticias de dichos comicios fueron los resultados en los nuevos ensanches de Madrid, otorgándoles una visibilidad en el debate público de la que nunca antes habían gozado. En cuestión de semanas los PAU pasaron de ser grandes desconocidos a ocupar un lugar central en los análisis políticos estatales. Con esto quiero decir que ese “lo noto” es un sentir, un *notar*, que está mediatizado e influenciado por la representación mediática que ha ido construyendo la prensa sobre su barrio.

En segundo lugar, Flor alude a las necesidades e inquietudes de sus vecinos de residencial, poniendo ejemplos de conversaciones y disputas en la comunidad. Según ella, reclaman continuamente más seguridad, más “rejas” e incluso cerrar los áticos. Y entiende esto último como una estrategia para tener un piso más grande por el mismo precio: algo que condensa las aspiraciones de tener una mejor casa contando con recursos escasos. Introduce un matiz interesante sobre esta cuestión al señalar que en esa dinámica de aspiraciones influyó la burbuja inmobiliaria, contexto en el que se construyó el PAU y la gente compró las viviendas.

Después establece una comparación con otros barrios de mayor estatus en los que supuestamente querrían vivir sus vecinos y vecinas. Menciona concretamente Las Rozas y Majadahonda. En un momento posterior de la entrevista, como ya analicé en anteriores capítulos, Flor explica que algunas personas de su comunidad han utilizado el PAU como un lugar de paso porque la vivienda era asequible y de buena calidad. Una vez pasado el periodo de protección de las viviendas, vendieron su piso o lo alquilaron para poder adquirir otro en alguno de estos barrios. Piensa que sus vecinos no aprecian ni valoran el barrio de Carabanchel, en contraposición a una supuesta admiración por esos enclaves de mayor poder adquisitivo.

Finalmente, Flor condensa muchas de estas cuestiones al explicar una discusión que tuvo en su comunidad, cuando un vecino propuso cerrar los áticos de la urbanización. A través de la explicación que hace de este suceso podemos analizar no solo la representación que proyecta de sus vecinos y vecinas, sino también la imagen de sí misma que intenta ofrecer y las contradicciones que van aflorando en su discurso al mostrar distintos posicionamientos y disposiciones de clase.

En el debate sobre los áticos, Flor está en contra del cerramiento porque lo considera antiestético. Según ella, el vecino que hizo la propuesta mostró un claro desinterés hacia el barrio de Carabanchel. No le importaba vivir en un barrio “feo” porque solamente se preocupaba por conseguir una casa más grande. Frente a él, Flor construye una posición en la que se ubica como parte de Carabanchel —y en general como parte de los barrios de la periferia obrera—, como una vecina que quiere cuidar su barrio, que se preocupa porque esté bonito y que le da importancia a lo colectivo. Pero al mismo tiempo, haciendo uso de su capital cultural, elabora una reflexión distinguida sobre la estética y la arquitectura, poniendo de manifiesto que las fachadas de las periferias obreras son “feas” y parecen “cochiqueras”. Define el paisaje urbano de estos barrios con un: “todo es muy feo”. “Ves los áticos, esas terrazas cada una cerrada de un color”, continúa diciendo. Así, se distancia del barrio que supuestamente quiere defender y con el que se identifica, reproduciendo una imagen degradada de la periferia obrera y defendiendo criterios estéticos característicos del urbanismo burgués e higienista. Quiere una “ciudad bonita”, donde prime la “coherencia” y la “belleza”, con una estética uniforme, como en los ensanches burgueses o en los barrios residenciales de urbanizaciones.

“Gente trabajadora con ínfulas de clase media”

Flor: [...] Claro, yo también, el PAU es un barrio de gente con ínfulas. Es decir, es un barrio de gente trabajadora con ínfulas de clase media.

Inés: [interrumpiendo] ¿Tú eso por ejemplo en qué lo notas?

Flor: Pues lo noto en las conversaciones de vecinos, en... Bueno, y lo noto en el voto. ¿Quién ha ganado las últimas elecciones? Ha ganado Ciudadanos. Ahora no sé, en estas no sé, habrá sido a lo mejor el PSOE, pero en las anteriores Ciudadanos arrasó, arrasó. Y, bueno, se nota en detalles como "es que yo quiero más seguridad en la casa, quiero que me pongan más rejas, quiero que...". En la urbanización y estas cosas es eso, ¿no? Y dices, pero...

[Me pide un azucarillo de la mesa de al lado, me levanto para acercárselo]

Inés: Claro, es que yo todas esas cosas, como yo alquilo aquí pero no estoy en las comunidades de vecinos y tal. Y la relación que he tenido es con vosotras que, vamos, estáis en otra honda.

Flor: Luego también en el PAU se juntan vivienda protegida, vivienda de cooperativas y vivienda libre. La vivienda libre es brutal, pues eso, gente que no puede irse a Las Rozas se queda por aquí en una vivienda, que está muy bien y tal, pero no deja ser el barrio de Carabanchel. Una vez tuve una conversación porque en mi comunidad hace muchos años intentaron cerrar los áticos y yo me opuse. Yo me opuse porque yo siempre he pensado que las casas tienen su estructura, el arquitecto las construye de una manera y luego pues ya está, no hay que tocar esa estructura ni esa... porque todo entonces es muy feo. Siempre he propuesto una ciudad bonita, una ciudad, no te digo yo una ciudad decimonónica [incomprensible], no, pero al menos lo que haya que esté bien. Entonces siempre me pareció, de toda la vida yo veía... de hecho si te fijas ves los áticos, esas terrazas cada una cerrada de un color, ahora ya un poco menos, toda la vida cada uno ha hecho lo que le salía de los huevos porque eso es muy español también: "yo hago lo que me sale de los huevos con mi casa". Incluso estos barrios siempre he pensado que deberían tener una coherencia, cierta belleza entre comillas, y eso no se consigue si cada uno cierra su terraza como quiere. Pero claro, te compras un ático por un cierto dinero y luego amplías la terraza, pones una habitación más por el mismo dinero. Entonces yo prohibí, vamos, con un voto en contra ya no se puede. Entonces yo di el voto en contra, dije "no quiero". Tuve enfrentamientos en mi comunidad y el propietario de este ático me dijo: "total, vives en Carabanchel, ¿qué más te da?". Porque yo decía que no me gustaba que todo fuera feo, que se veía en los demás sitios que todo era feo, cada uno cerraba como quería, eran como... como cochiqueras. No entendía muy bien. Además si te has comprado una casa de tres habitaciones, haberte comprado una casa de cuatro habitaciones en otro sitio. Pero no da. Me dijo, me contestó esto, me contestó, "si total, vives Carabanchel, ¿qué más te da que sea una mierda y que sea feo?".

Inés: ¿Y este era vecino tuyo de la comunidad?

Flor: [asiente] Entonces eso me dio mucho qué pensar y me da mucho qué pensar siempre. Sobre cómo este, que es muy potentado, tiene muy buenos ingresos, o sea, que el tío tiene un dinero; en realidad está aquí porque, bueno, la casa le costó bien, él también era de Aluche, de la otra parte, pero no le da ninguna importancia al barrio. Tenía esta casa y en su momento le iba bien tener esa casa porque, no sé, tampoco le daba para comprarse otra casa en... Pero en el fondo es lo que le hubiera gustado, comprarse una casa en Las Rozas o en Majadahonda o no sé dónde, y allí seguramente sí diría que todo era precioso.

[...]

Flor: ¿Necesitas un conserje 24 horas? ¿En qué mundo hemos vivido? ¿En qué mundo vivimos? ¿Quiénes nos creemos que somos por vivir en una urbanización cerrada con piscina? Ahí está el asunto, ¿no?, de los nuevos PAU. Claro, es que todo esto se generó en los años del *boom* inmobiliario cuando la pasta iba a raudales. Evidentemente nadie sabe ni cómo ni por qué ni de dónde salía tanta pasta. Bueno, sí lo sabemos, pero la gente verdaderamente se pensó... porque todo es una cuestión de clase, la gente de verdad se pensó que eran clase media, mis vecinos se creen de verdad que son clase media, los pobres desgraciados de mis vecinos. Entonces, mira, ayer vi un incidente muy desagradable en el supermercado que está ahí al lado de mi casa. Bueno, pues, yo estaba en la cola de una caja y de repente oigo unos chillidos tres cajas más allá, que yo no veía. Pues era un enfrentamiento, un enfrentamiento... racista. Unos árabes se ve que habían protestado por algo o habían dicho algo y una empezó: "iros a vuestro...". Bueno, pero, pero, una cosa brutal, ¿no? Teniendo en cuenta que en el supermercado trabajan, los trabajadores son muchos sudamericanos y los que están allí son muchos sudamericanos, los que compramos somos normales y sudameri... o sea, normales, me refiero, españoles y sudamericanos. Pero es que además tú no sabes si esa señora que es árabe es española, o sea, que tampoco lo sabes. Entonces

bueno, bueno, pues fue muy desagradable, muy desagradable. Una tía que luego yo la vi y, pues eso, una que puede vivir en cualquier PAU y que verdaderamente cree que ella tiene más derechos que nadie por vivir en un PAU y porque se cree que es clase media.

Nuestra conversación avanza y al cabo de unos minutos, cuando estamos charlando sobre otra cosa, Flor enuncia algo que en cierto modo se contradice con lo anterior. Con los virajes de tema pueden cambiar las legitimidades y censuras que envuelven al discurso, el punto de vista y también el nivel de trascendencia que se le otorga a cada cuestión, de forma que afloran posicionamientos que vienen a desestabilizar algunas cosas dichas. En este momento de la entrevista Flor da un cambio en la representación que ha hecho de sus vecinos y vecinas durante la mayor parte de la conversación. Me cuenta que hay muchas enfermeras en su residencial y eso le lleva a explicar las causas por las que, según ella, la gente elige una vivienda. Si antes enfatizaba sus supuestas “pretensiones de clase media” y aseguraba que les hubiera gustado vivir en otro barrio con mayor nivel socioeconómico, ahora el discurso cambia. Al pensar en los motivos que pudieron tener sus vecinos para comprarse un piso en el PAU menciona algunos que se parecen bastante a los suyos: un lugar cómodo, fácil para compatibilizar la vida familiar con el descanso laboral, cerca del barrio de origen, etc. Es decir, mientras que en las anteriores ocasiones ofrecía una imagen de su vecindario de la que se distanciaba, aquí realiza un desplazamiento de su posición y elabora otra imagen en la que se identifica con ellos y ellas.

Otro punto de acercamiento aparece después, cuando charlando sobre la educación de los niños y niñas termina poniendo en valor los servicios privados del residencial. En este fragmento elabora una comparación entre su infancia y adolescencia en el barrio obrero de los años ochenta y la de sus hijos actualmente en el PAU. Contrapone dos realidades. Por un lado, una época pasada en la que había muchos niños y jóvenes porque eran hijos del *baby boom*, que estaban más en la calle pero en un barrio que era peligroso; un escenario que Flor define como unos “años muy duros”, “con mucha droga”, en los que “te robaban en todos los lados”. Y por otro lado, la realidad actual del PAU, un lugar en el que “no se ven niños” porque, según ella, hay menos nacimientos y porque están jugando en el interior de las parcelas. Argumenta que las criaturas “están en la calle pero están dentro”. Y acaba explicando que los servicios al interior de la comunidad cerrada son muy cómodos para la época de crianza: “En una ciudad como Madrid [...] viene muy bien cuando tienes niños tener tu piscina y tener tus zonas comunes. O sea yo tengo 3.000 metros cuadrados de zonas comunes”. Aunque en varias ocasiones apunta, tal vez tratando de justificar esta realidad, que es así cómo se ha construido este barrio.

Finalmente se sumerge en una comparación entre su barrio de origen en la actualidad y el PAU. Y aquí emerge una cadena de enunciados en la que se suceden afirmaciones contradictorias sobre las ventajas e inconvenientes de ambos lugares: “Pero, ¿qué me gusta más mi barrio...? No lo sé, no lo sé. Es muy ruidoso también el barrio de mis padres [...]. A mí no me disgusta, me gusta mucho vivir aquí, no me disgusta nada. Me gusta, está un poco más tranquilo, y luego claro, le coges el gusto también a tener tu piscina, tus cosas”.

“Viene muy bien cuando tienes niños tener tu piscina y tus zonas comunes”

Flor: Yo era una adolescente en los años ochenta. Fueron años muy duros. Mucha droga tía, mucha droga, mucho mogollón, mucho robarte por to los laos: te robaban en el metro, te robaban en el parque, te robaban en to los laos y es así. [...] O sea, era divertido, era otra forma de estar en el barrio, de estar en la calle, era diferente pero no mejor. Es que parece que ahora es todo una mierda. Pues no, la realidad es que no. Yo pensando en hablar contigo pensaba, a ver, nosotros estábamos más en la calle porque la forma... Porque, claro, la ciudad se hace depende de cómo la construyas. Si construyes casas solamente, pues tienes una casa y la calle para jugar. Y si construyes casas con patio, piscina y sus zonas comunes, no es que los niños no bajen, claro que están en la calle, pero están dentro. Pero están. “Es que ahora los niños no bajan a la calle”, eso no es cierto. Sí bajan a los parques, sí bajan a... Yo creo que todo como que se generaliza tanto que es mentira. Lo que pasa es que cuando tú vas a un parque y ves más perros que niños, el problema no es que nos niños no estén, es que no están, pero no están porque no existen. Claro, o sea, tú vas a un parque y hay más perros que niños, porque los señores y las señoras tenemos perros y no niños, porque es imposible tener un puto niño ahora. O sea, “es que antes” [imitando otra voz]. Claro, es que éramos el *boom* de los setenta. [...] Mira, hay días que hay cincuenta niños en mi patio, o sea que están, claro que están los niños, existen los niños, están. Y en una ciudad como Madrid si tienes una piscina te viene muy bien, también es cierto. O sea se demoniza todo, pero no se puede demonizar, hay que ir al fondo, al fondo, al fondo de las cosas. Lo primero, no elegimos de construir así, eso se eligió como influencia suramericana, una influencia de no sé dónde, pero viene muy bien cuando tienes niños tener tu piscina y tener tus zonas comunes. O sea, yo tengo 3.000 metros cuadrados de zonas comunes, ahí hay cincuenta y sesenta niños en verano y en otoño y en primavera, y hoy seguramente habrá en el patio. Pero nosotros no somos los mismos, no es ni mejor ni peor, Inés.

Inés: Es otro contexto...

Flor: Es otro contexto, es otro concepto, y sobre todo que no hay niños. [...] Es que aquellos años fueron muy duros, muy duros. Veías jeringuillas por todos los lados, eso es una realidad, lo hemos vivido todos. Por eso cuando ahora dicen, “es que antes, es que los niños estaban en la calle”, dices sí, sí. [...] Es verdad que había menos miedo quizás por parte de los padres, inexplicablemente [nos reímos]. ¡Era un puto desastre todo! Realmente los años ochenta, o sea, los años de mi infancia y de mi juventud fueron terribles. [...].

Eso sí, es verdad que paseas, alguna vez lo hemos hablado, paseas por el PAU a las siete de la tarde y no ves a nadie porque están dentro, en las piscinas y tal. Pero si no hubiera esa forma de construcción estarían fuera también. [...] Los nuevos barrios es verdad que son menos... son menos agradables en el sentido de que son más inhóspitos porque no hay tiendas, porque no hay tanto movimiento de gentes, pero en el barrio de mis padres tampoco ya hay tanto movimiento de gente porque la población ha envejecido. Es verdad que el día el día sí, está el mercado, está el centro de salud... Claro, si hay dotaciones hay vida, aquí no. Pero es verdad que poco a poco pues se irán haciendo, como todo. Pero, ¿me gusta más mi barrio? No lo sé, no lo sé. Es muy ruidoso también el barrio de mis padres porque una avenida gigantesca y hay mucho ruido y... ¿Ves? A mi no me disgusta, me gusta mucho vivir aquí, no me disgusta nada. Me gusta, está un poco más tranquilo. Y luego, claro, le coges el gusto también a tener tu piscina, tus cosas. Puede ser muy burgués pero es así. Es lo que, o sea lo tengo y lo disfruto mucho.

Este encabalgamiento de afirmaciones que se dicen y desdicen en relación al espacio social de la periferia obrera y del PAU, se produce en múltiples ocasiones durante la entrevista. Flor explica las cosas que le gustan del nuevo vecindario y también sus inconvenientes, estableciendo vaivenes y comparaciones con Aluche y el resto de barrios de la periferia colindante. En estos momentos de la conversación se muestran, tal vez con mayor claridad, las dobles vinculaciones que comprometen a Flor, pues se genera un repertorio de disposiciones y tomas de posición que se van sucediendo y enlazando a través de ambigüedades y contradicciones.

A lo largo de la entrevista, de forma desperdigada, nombra elementos que le gustan del PAU y de su vida en este barrio y también inconvenientes. Como cuestiones positivas señala: el precio de la vivienda y su calidad, le parece un lugar agradable para pasear, con vegetación y grandes avenidas y, al estar próximo a Carabanchel Alto, cuenta con servicios cercanos. “Me gusta vivir en mi barrio”, dice en varias ocasiones. “No está mal, no es un mal barrio”. Como inconvenientes nombra “que fuera un poco más habitable” y apela también a otras cuestiones como las aspiraciones de sus vecinos y vecinas o la escasez de pequeño comercio.

En varias ocasiones toma una cierta posición defensiva, como si tuviera que justificarse por vivir donde vive. Les (se) quita responsabilidad a los habitantes por residir en urbanizaciones cerradas y pone el foco en quien se encargó de urbanizar el barrio. “La planificación de las ciudades se hace desde arriba”, apunta, “no elegimos”, “no puedes decidir”. Aquí Flor parece estar debatiendo con dos fuentes de legitimidad. Por un lado, dialoga con una concepción “de izquierdas” —como ella dice— que es crítica con el urbanismo de los PAU. Una perspectiva que me presupone a mí y que en muchas ocasiones ella misma adopta. Y por otro lado, con la imagen mediática de los PAU que ha ido construyendo la prensa durante los últimos meses a raíz de los comicios electorales.

Hay un momento, particularmente interesante, en el que Flor utiliza el PAU de Vallecas como un contrapunto para decir que hay nuevos barrios en peor situación que el PAU de Carabanchel. No solo porque está sin finalizar y cuenta con menos servicios, sino porque está aislado geográficamente. Aquí Flor explica que uno de los valores fundamentales de su PAU reside en su cercanía con “Carabanchel antiguo”. Gracias a esto el barrio nuevo puede hacer uso de los servicios y dotaciones del antiguo. Considera que con el tiempo el PAU irá mejorando y eso quiere decir que se irá pareciendo en algunos aspectos a Carabanchel —sobre todo en lo que a dotaciones y vida vecinal se refiere—: “primero es el PAU de Carabanchel y luego quizás con el tiempo será Carabanchel”. Esta relación entre el antiguo barrio y el nuevo da pie a que Flor vuelva a elaborar comparaciones entre ambos, retornando a un fenómeno de posiciones múltiples y contradictorias que dan cuenta de la vinculación de Flor con ambos espacios sociales: le gusta el PAU pero también le gusta Aluche porque “tiene más vida”; si se tuviera que mudar se iría a un barrio como este último, no a un PAU, aunque considera que el PAU de Carabanchel es un sitio muy agradable; y por último, explica que Aluche como tantos otros barrios, se han llenado de población inmigrante y eso ha traído “problemas”, sobre todo con “bandas”. Al igual que los discursos de otras vecinas del PAU —como ya apunté en capítulos anteriores—, en el relato de Flor la llegada de población migrante aparece como un vector de transformación de su barrio de origen. Un hecho que *a priori* se concibe como un problema.

“Me gusta mi barrio, me gusta mucho también el barrio de mi madre, no te puedo decir más porque, ya te digo”

Flor: Son barrio envejecidos. ¿Qué se ocupen luego...? Digamos el reto viene en cómo se van a ocupar esos barrios. Mucha gente del centro se está viniendo a los barrios porque el centro es in... Pero yo no veo tanta diferencia. A mí me gusta vivir en mi barrio. Me gustaría que hubiera un poquito más de vida, sí, de puertas para afuera, pero lo tengo de puertas para adentro también. Y sobre todo que se construye así y no lo elegimos nosotros. ¿Sabes lo que pasa? Los gobernantes se eximen de toda responsabilidad, la responsabilidad nos la dan a los ciudadanos. Entonces cuando se habla de eso que se critica tanto, “es que no sé qué, es que la gente, es que vive”, nosotros mismos

hablamos despectivamente. Es que no lo elegimos, elegiste una casa que costaba una cosa asequible. ¿Qué casualmente se ha empezado a construir? Pues sí, pero es que el urbanismo se hace desde arriba y la planificación de las ciudades se hace desde arriba, no la hacemos nosotros, hasta ahora. ¿Que deberíamos participar en la planificación de las ciudad? Por supuesto, por supuesto. ¿Quién es quien tiene que hacer la ciudad? El ciudadano. Por el momento no es así, entonces tampoco yo elegí. Claro, la casa estaba bien y el precio estaba muy bien y la casa estaba muy bien, ¿y por qué voy a decir que no? Entonces pues, no sé, todo es una contradicción porque sí me gustaría que fuera más, un poco más habitable. Pero luego, claro, hay casas que no tienen bajos comerciales y si son solo viviendas pues no puedes hacer nada.

Inés: Claro, muchos de los edificios no tienen bajos comerciales.

Flor: Claro, porque son ciudades dormitorio. Porque son una influencia pues eso, americana o europea, o lo que sea.

Inés: Ahí tienes toda la razón, eso es una cuestión de diseño. O sea, quien va a vivir ahí no puede elegir eso.

Flor: Claro, eliges una casa que está bien, una zona que está bien, que sea agradable, es amplio. Es decir, toda esta zona es una zona agradable para pasear, para vivir... Otra cosa es que no se haga. Pero se puede estar, se puede pasear, son grandes avenidas, hay relativamente buena vegetación. O sea, que no está mal. Pues claro, tú te vas a un sitio cerca de tu barrio o cerca de tu trabajo que esté bien, pero tú no puede decidir, se ha construido así. Empezó a construirse así en cierto momento, con casas cerradas, como con manzanas cerradas hacia dentro y ya está. De todas formas, no está mal, no es un mal barrio. Pero por ejemplo me han dicho, yo he pasado poco por el PAU de Vallecas, eso sí que creo que es bastante horrible. Eso creo que sí que es para morirte, de servicios, de gente, de todo. En cambio aquí será porque Carabanchel nos pilla más cerca porque este PAU sí que está como mejor. Subes esta calle y estás en Carabanchel antiguo, yo me cojo la Avenida de los Poblados y estás en Carabanchel. Entonces hemos heredado, o sea, digamos que todo al final se va como relacionando, ¿no? Este barrio se va convirtiendo en Caraban... primero es el PAU de Carabanchel y quizás con el tiempo será Carabanchel. Cosa que no pasa en otros PAU y en otras zonas que están muy aisladas por carretera. [...] Esto se va pareciendo cada vez un poco más a los barrios antiguos, pero porque tenemos las influencias.

Inés: Sí, yo creo que este PAU es especial también por eso. Y el de Vallecas es verdad que, a parte de que está bastante más lejos de Villa de Vallecas, me parece que hay zonas... Bueno, yo cuando fui, que hará igual ya unos cuatro años, había zonas que eran todavía descampado con suelo abierto y muchos menos servicios que aquí. O sea, este está terminado, es un barrio terminado.

Flor: Efectivamente, es un barrio terminado. Es un barrio que ya está, una vez terminado ahora... Porque está terminado pero no hecho, no cocinado del todo. Pero esto se acabará cocinando y se acabará pues llenando de cosas, de historias. Y sí, ya va cogiendo más barrio. Luego también es verdad que los centros comerciales quitan mucha vida a los barrios. Vas al centro comercial, tienes que comprar algo y de paso ya te das un paseo, una vuelta, y de paso ya compras, claro [...].

Pero mi transición ha sido agradable, reconozco que agradable. Me gusta mi barrio, me gusta mucho también el barrio de mi madre, no te puedo decir más porque, ya te digo, es diferente pero me gusta más la, tiene más vida, pero es diferente. Pero a mí me gusta mi barrio, me gusta estar aquí, no sé. Y de hecho si cambiara de vivienda curiosamente me iría a una zona más habitada, o sea, me iría no a un PAU de nuevo, no, no. Me iría a una zona más de barrio. Si alguna vez me cambiara de vivienda quizás me compraría una casa en un, en Aluche o en, o más cerca incluso de Carabanchel o... Sí, pero lo más lejos que voy a irme. Pero me gusta, me gusta estar aquí. Pero creo que es injusto como... por parte incluso de la izquierda, como se menosprecia un poco el, pues el PAU: "es que viven ahí como...". Sí, es verdad que mucha gente del PAU es gilipollas y piensa que son clases medias y piensa que es que está viviendo en Las Rozas, pero es verdad que no hubo donde... Es decir, la posibilidad era una casa aquí, no hay más, ¿no? Y no me parece bien que a veces se menosprecie un poco... no a la gente que vive sino en general, ¿no?

Inés: Sí, a mi también me da mucha... Cuando leo las noticias estas, alguna parte me da rabia porque también creo que hay un poco de estereotipo. Hay una parte que comparto, pero llevo un tiempo viviendo aquí y también veo otras cosas. O sea la vida siempre es más compleja...

Flor: Por supuesto, ahí está, ahí está. Es la complejidad lo que, y sobre todo en este PAU la complejidad de que estamos cerca del barrio normal. O sea, del barrio normal, del barrio de toda la vida. Y que nosotros somos gente del barrio de toda la vida, también eso da su... Entonces pues, bueno, ya te digo, que falta porque se cocine un poco más el barrio. Pero es un buen barrio, es un sitio muy agradable. Pero en general Carabanchel, Aluche, son zonas agradables. Y luego también, por ejemplo, la zona de Aluche de al otro del metro, lo llaman "la pequeña Ecuador" o algo así, porque hay canti... O sea, la cantidad de inmigración ecuatoriana y todo eso es gigantesca y sí ha habido problemas sobre todo con bandas. Ahí ha sido más complicado y es el barrio de toda la vida. Luego también los barrios son sus ciudadanos y sus habitantes y, claro, dependiendo también de las movidas que tengan sus habitantes pues así se harán. Hay mucho problema ahora con los barrios, se ha casi vaciado de gente digamos que no sea sudamericana.

4.2.2. Últimas tardes con Rosa y Violeta. "Como que has escalado una clase"

Unos días después de mi cita con Flor quedo con Rosa y Violeta en otra cafetería del PAU. Rosa tiene 46 años, está separada y vive con su hija de 11 años en el mismo residencial que Flor. Nació en Carabanchel Bajo en el seno de una familia trabajadora de la que apenas me habla. Inició sus estudios de magisterio de forma algo tardía, tras haber pasado unos años trabajando en diferentes empleos, y siempre dice que para ella la docencia es una *vocación*. Me confiesa que hace un tiempo se planteó seguir estudiando, cuando realizó el curso de adaptación al grado de su diplomatura en magisterio. "Me gustaba la sociología y también la antropología pero me puse un freno a mí misma pensando que no iba a poder con la estadística", explica. Justo en ese momento me doy cuenta de que Rosa valora mi trayectoria académica y la interpreta, en cierto modo, como un símbolo de estatus. La tarde de la entrevista repitió en varias ocasiones que para ella era un honor participar en mi tesis.

Violeta trabaja como profesora en el mismo colegio público que Rosa. Tiene 49 años, es de Aluche y reside en Carabanchel Alto con su marido y sus tres hijas. Es una mujer con muchas inquietudes culturales, además de una buena lectora, por eso Rosa le hizo una invitación para unirse al club de lectura.

En este epígrafe me centraré especialmente en las experiencias de Rosa como vecina del PAU. Me interesa aproximarme a los discursos que elabora sobre sus vecinos y vecinas de residencial y cómo se sitúa a sí misma en este escenario. Aunque, como ahora explicaré, la presencia de Violeta en la conversación resulta fundamental —cuyo discurso sobre el PAU está analizado en anteriores epígrafes—.

En la concertación de la entrevista existió un malentendido que dio lugar a una entrevista doble. En la última sesión del club de lectura les pregunté a Flor y Rosa si podían concederme una entrevista para la tesis. No solo aceptaron encantadas, sino que además esta última mostró una especial ilusión: "yo, ¡ayudando en una tesis!", exclamó. Al hacer la propuesta a las dos mujeres al mismo tiempo pensaron que lo más conveniente era quedar juntas y yo no supe enmendar el error. Como ambas presentaban trayectorias sociales similares, y además vivían en la misma urbanización, pensé que podía resultar interesante. Pero al cabo de unos días Rosa me escribió para saber si Violeta podía unirse también "al grupo de discusión" o si "el requisito era vivir

en la urbanización”. En efecto, yo había pedido ayuda y ahora todas querían ayudarme. No podía negarme, así que acepté la propuesta enseguida.

A medida que avanzaban los días comencé a dudar de esta entrevista en grupo que había sido organizada por mí y a pesar de mí. Había puesto en circulación una petición que, como consecuencia de mi falta de claridad y de la gran generosidad de mis compañeras, había terminado escapándose por completo a mi control. Con las pocas semanas que me quedaban en el campo no tenía apenas tiempo para rectificar y reorganizar los encuentros y sospechaba que una entrevista grupal, aunque fuera muy interesante, no era lo que más necesitaba en ese momento final del trabajo de campo. Las mujeres que iban a participar ya ni siquiera tenían trayectorias residenciales en común. Así que decidí llamar a Flor, explicarle la situación —con la justificación de que en una conversación a cuatro no iba a dar tiempo a profundizar en las experiencias de cada una— y pedirle una entrevista individual, juntando a Rosa y Violeta en otra cita.

Lo cierto es que esta serie de acontecimientos que rodearon el proceso de negociación de las entrevistas —con restricciones de tiempo, malentendidos y grandes dosis de amabilidad por parte de mis vecinas— dieron lugar a unos encuentros que, seguramente yo no hubiera organizado así, pero que resultaron particularmente sugerentes. Rosa vivía en un residencial del PAU y Violeta en un edificio de Carabanchel Alto, justo en la frontera entre la zona antigua y la zona nueva. En la entrevista se generó una conversación entre las dos mujeres que, ubicadas en distintos espacios físicos del barrio —una en la periferia obrera y otra en la neoliberal—, compartían puntos de vista sobre algunas cuestiones y se distanciaban en otras.

La dinámica conversacional derivó en un ambiente en el que las dos se mostraron bastante críticas con el PAU y sus habitantes. Rosa adopta una posición de crítica *desde dentro*, cuestionando muchas de las dinámicas vecinales de su urbanización. Su lugar de enunciación es experiencial y nombra siempre situaciones concretas. En cambio Violeta adopta una perspectiva de crítica *desde fuera*, colocándose todo el rato como vecina que no vive en un residencial del PAU y que por tanto se encuentra excluida de su vida social. En ocasiones hace uso de reflexiones y términos más abstractos, echando mano de discursos expertos. El lugar de enunciación en el que se sitúa cada una y las lógicas de estatus imperantes en el barrio —que colocan a Rosa en la *zona pija* o *zona bien*—, generan unos juegos y tensiones, casi imperceptibles, que producen en Rosa un cierto poso de culpabilidad. En algunos momentos de la conversación tiende a dejarse llevar por las enunciaciones de Violeta, orientándose hacia ellas. A esto se suma, como no podía ser de otra manera, la relación previa que ellas mantienen como compañeras de trabajo, con unas dinámicas que no tengo manera de controlar ni de conocer, y que influyen en la dinámica interaccional de la entrevista.

I. Ambivalencias

La conversación resulta interesante para confrontar dos experiencias sobre el PAU, desde dentro y desde fuera, aunque en realidad comparten muchos puntos de vista. Ambas construyen una imagen de los habitantes del PAU como gente que “piensa que ha subido de clase social” y de “nivel” y que intenta alejarse de la realidad social de los barrios obreros, contexto del que provienen. Por eso ambas mujeres repiten

expresiones como “somos iguales, somos los mismos” y “todos venimos del mismo sitio” —refiriéndose a la población del PAU y a la de los barrios—.

Sin embargo, existen algunas diferencias en sus discursos y sus tomas de posición. Por un lado, Violeta adopta un punto de vista que podría resumirse de la siguiente manera: considera que la gente del PAU, originaria de barrios de la periferia obrera, piensa que ha subido de estatus e intenta diferenciarse de los que siguen viviendo ahí. Como ya analicé en anteriores capítulos, siente que la urbanización cerrada es una forma de separarse y de excluir a los habitantes de los vecindarios contiguos, entre los que se encuentra ella. Por otro lado, la posición de Rosa presenta diferentes aristas. Piensa que sus vecinos han subido de clase social y reniegan de los barrios colindantes, que constituirían su lugar de origen. Y al mismo tiempo intenta mostrar que ella, a pesar de “haber subido también de clase social”, no reniega de la periferia obrera de la que proviene, sino que se identifica con ella. Su posición está atravesada por una tensión característica de las múltiples vinculaciones que la comprometen: el mundo social de la periferia obrera del que proviene, y la nueva periferia en la que habita tras su trayectoria ascendente. Estas tensiones relacionadas con su *multiposición* afloran en diversos momentos de la entrevista, incluso en su forma de hablar. Rosa tiene el acento distintivo de los habitantes de la periferia sur de Madrid, convirtiendo algunos sonidos “s” en “j”. Habla alto y fuerte, y en sus intervenciones mezcla cultismos y palabras del registro académico con muletillas y expresiones propias de un ambiente popular —macho, colega, tío, flipas, movida—. Es cierto que se trata de una conversación relajada entre mujeres que se conocen y que comparten espacios de amistad e informalidad, pero no puedo evitar pensar que esta mezcla de registros y de tonos guarda relación con las disposiciones de clase de Rosa —con su *habitus* en parte *escindido* (Bourdieu, 2006)—. Su lenguaje, su forma de hablar y de expresarse, da cuenta de su trayectoria social.

Rosa inicia la entrevista, sin que yo formule ninguna pregunta, con una reflexión que ya trae mascada de casa. Nos lo cuenta, a Violeta y a mí, de forma enérgica y sin apenas dejar silencios, como si efectivamente tuviera ganas de contarlo. Nos muestra la percepción que tiene de sus vecinos y vecinas, y de la vida en su urbanización, y para ello va recorriendo diferentes ámbitos y temas: la relación con los barrios colindantes, las normas y los debates presentes en su residencial —en torno a la seguridad, el control social entre vecinos o el uso de los locales y la organización de actividades— y la relación con los servicios privados educativos y sanitarios. Rosa construye una representación de sus vecinos vertebrada por lo que ella define como una intención de “subir de clase social”: tienen una manera de estar y de usar estos espacios y servicios “como si hubieran subido de clase social”. Así, por cada tema que aborda ofrece ejemplos que reubican a sus vecinos en la clase social de la que provienen: “los barrios”. Repasemos estos ámbitos que Rosa va nombrando.

En primer lugar, en su discurso toma un gran protagonismo la relación entre los barrios de la periferia obrera colindante y el PAU, como dos espacios urbanos que albergan a su vez dos espacios de clase social. Sus vecinos no se acercan a los barrios de alrededor, no los transitan y los observan con “miedo”. Los perciben como de “otra condición social” cuando, según ella, “todos los que estamos aquí venimos de barrios igual que este, y nuestros padres y nuestra familia”. “Tú provienes de la misma clase social que tienes ahí al lado”, reflexiona Rosa.

En segundo lugar, este distanciamiento de los barrios colindantes se edifica también sobre un cierre, hacia dentro, en el propio espacio de la urbanización y su comunidad vecinal restringida. Piensa que en su comunidad hay una “obsesión por la seguridad”: quieren que todo esté bien cerrado, que solamente exista un acceso a la urbanización, que haya una vigilancia con guardia de seguridad y que nadie ajeno a la comunidad acceda a la piscina o al resto de espacios privados. Rosa no puede comprender este temor por parte de sus vecinos y vecinas teniendo en cuenta su origen social. Piensa que sería más comprensible si se tratase de gente que ha crecido en barrios más adinerados, donde los dispositivos de seguridad forman parte de la socialización temprana. Utiliza como ejemplo Pozuelo y Boadilla —estableciendo una dicotomía que ya conocemos entre barrios y clases sociales, entre “Pozuelo y Boadilla” y “aquí”—: “a lo mejor si vienes de vivir en Pozuelo o en Boadilla o de zonas así más adineradas [...], pues chica, lo entiendo, pero no entiendo que aquí exista ese miedo”. Además, cómo ya expliqué en otro capítulo, considera que existe un fuerte “control social” entre los vecinos y vecinas de la comunidad para restringir el acceso a la urbanización. En su residencial no gusta que alguien tenga muchas visitas e invite a demasiada gente de fuera, y tampoco se aprueba la organización de actividades lúdicas y deportivas. Según Rosa, sus vecinos aparentan ser muy “modernos y muy progres y de una clase social elevada” pero a través de estos ejemplos les resitúa en un estatus inferior: “al final se establece el mismo control social que en pueblos [...]. Mucha crítica, que eso también lleva mucho cotilleo”.

Por último, para Rosa el uso de los servicios privados en detrimento de los públicos también es sintomático de ese “pasar a ser otra clase social”. La mayoría de sus vecinos y vecinas hacen uso de la sanidad privada y escolarizan a sus criaturas en los múltiples colegios concertados y privados de la zona. Y de nuevo les resitúa en otra posición social mencionando los problemas económicos existentes en muchas familias.

Así, se distancia de sus vecinos y vecinas y se identifica abiertamente como parte de los barrios de la periferia. Se sitúa lejana a los intereses y preocupaciones de su vecindario, según ella, demasiado centrados en cerrar la urbanización, en el aislamiento, en controlar los accesos para que nadie entre y en negarse sistemáticamente a las nuevas propuestas. En su discurso hay varios campos semánticos que se repiten y que muestran este contraste: por un lado la dicotomía entre “cerrado” y “abierto”, y por otro lado la dicotomía entre “obsoleto” y “progre” o “moderno”. Es decir, en el discurso de Rosa sus vecinos defienden una forma de vida “cerrada” y “obsoleta” —usa términos como “control social”, “cotilleo” y también “avispero”, “sistema cerrado” y “enfermo”—, mientras que ella se coloca en una visión más “abierto”, “progre” y “moderna”, proponiendo actividades como yoga, taichí o un videoforum. Iniciativas que reposan sobre un cierto capital cultural.

Sin embargo, estas actividades que propone para contrarrestar la dinámica de “cierre hacia dentro” que impulsan sus vecinos, vienen a reproducir ese mismo cierre. Cuando Rosa explica que trata de organizar fiestas infantiles, ludotecas y clases de taichí, entiende esas actividades para el “común” como actividades para el común de los vecinos de la urbanización. Actividades que vendrían a romper el aislamiento doméstico al interior pero no supondrían la apertura de la urbanización hacia el exterior, y por lo tanto estarían reforzando el modelo de servicios privados de uso restringido que Rosa parece criticar. Lo que trato de decir entonces es que en su discurso se observan, de

nuevo, deslizamientos y contradicciones en las disposiciones y posicionamientos de clase —una *multiposición*— y valoraciones sobre la vida en el PAU que escapan a cualquier intento de petrificarlas como posiciones e identidades fuertes y estáticas.

En relación a esto último, Rosa también pone en valor los servicios al interior de la urbanización y las oportunidades de encuentro que este espacio ofrece desde su propia experiencia de movilidad social. De pequeña, en su barrio, jugaba entre barro y descampados, por eso considera que contar con un patio interior acondicionado es un lujo: “Me parecía un espacio flipante porque yo, claro, que tenía mi barrio en Carabanchel, que al principio no teníamos ni parque, porque teníamos un descampado donde jugábamos todos los niños y las niñas, entonces el tener espacios cerrados de invierno me parece una posibilidad de generar con tantos vecinos”.

Como que tú ya has traspasado una clase social y estás en otra

Rosa: Yo lo que he reflexionado, es que cuando me vine a vivir al PAU de Carabanchel [...] lo que más me sorprendía es la poca capacidad de la gente de acercarse a barrios aledaños, en donde esto en teoría está inserto ¿no? Por ejemplo, mis vecinos y mis vecinas no pasan a comprar al mercado que está al otro lado porque se considera... te da miedo. Porque es otra condición social, cuando todos los que estamos aquí venimos de barrios igual que este, y nuestros padres y nuestra familia de...

[Llega la camarera con nuestras bebidas. Hacemos algunos comentario sobre el té con avena que se ha pedido Rosa y después continúa con su reflexión]

Rosa: Pues entonces me llamó la atención la poca capacidad de interpelación de la gente de este barrio con el otro, cuando tú provienes de la misma clase social que tienes ahí al lado. Y luego otra característica que me llama mucho la atención de este tipo de barrio y de la configuración de la vivienda, que es vivienda cerrada en urbanización y tal, es... la obsesión por la seguridad, ¿no? Que todo esté cerrado, que haya un portero 24 horas, que no pueda entrar nadie a la piscina de tu urbanización... Que va contra mis principios sociales de vida. Y no entiendo ese temor de dónde viene porque yo creo que basta que pongas más medidas de seguridad para que la gente las boicoteé más y se las salte. Entonces es algo como que no entiendo muy bien, porque a lo mejor si vienes de vivir en Pozuelo o en Boadilla, o de zonas así más adineradas o con más problemas... No problemas sino con más características de haber tenido seguridad en tu infancia. Pues chica, lo entiendo, pero no entiendo que aquí exista ese miedo, ¿no? Como que tú ya has traspasado una clase social y estás en otra y no quieres por nada del mundo que nadie acceda a tu nuevo modo de vida. Y luego me llama poderosamente el control social que se establece en este tipo de viviendas cerradas, donde aparentemente todos somos muy modernos y muy progres y de una clase social elevada, pero todas mis vecinas se saben si tú eres abogado, si tú eres... Y al final se establece el mismo control social que en pueblos [...]. Pero aquí yo lo que veo es que existe mucho control social dentro de los vecinos, mucha crítica, que eso también lleva mucho cotilleo y mucho cuidado con que nadie entre a tu urbanización. Y si eres como yo que invito a mogollón de gente pues te miran mal y si hubiera más gente como yo... [...] Por ejemplo, la utilización de los espacios comunes, como locales que tenemos infrautilizados porque no se utilizan para nada, solo se quieren utilizar para cosas privadas, cumpleaños familiares y tal. Yo por ejemplo que planteé una actividad deportiva, ya que teníamos el espacio, de contratar a una persona y tal, me costó un huevo convencer a la comunidad de que pagando una cuota pudiéramos pagar a su vez a una profesora que viniera a dar un deporte. Que además era un bien común, ¿no? También intenté que hubiera un espacio de ludoteca cuando los chicos eran más pequeños, los niños y las niñas, y por supuesto se me dijo absolutamente que no [...].

Luego pues, no sé, reflexiono mucho sobre el tipo de servicio que utilizamos los... mis vecinos. La mayoría de mis vecinos y vecinas llevan a los niños a colegios concertados, que la zona también lo da, también ayuda mucho. Pero es como que hemos pasado a ser otra clase social, utilizando la sanidad privada, el colegio concertado... Cuando hay mogollón de gente que se ha tenido que ir

porque no lo han podido pagar, porque han venido situaciones económicas sobrevenidas como a toda la ciudadanía le ha pasado, ha habido rupturas familiares por divorcios...

Inés: [Interrumpiendo] ¿Dices aquí en...?

Rosa: En este vecindario, en esta comunidad. [...] Y bueno, yo la verdad es que huyo un poco. Al principio tenía como una ilusión de que era un espacio para generar actividades, interrelaciones... [...] Yo al principio organizaba las fiestas de verano, las fiestas de invierno, con los niños... Me parecía un espacio flipante porque yo, claro, que tenía mi barrio en Carabanchel Bajo que al principio no teníamos ni parque porque teníamos un descampado donde jugábamos todos los niños y las niñas, entonces el tener espacios cerrados de invierno me parece una posibilidad de generar con tantos vecinos. Pues quién no puede mostrar yo qué sé, algo que hace, o compartir un videoforum.

Una vez más, Rosa se distancia de sus vecinos y vecinas y se identifica abiertamente como parte de los barrios de la periferia, desplegando vínculos y tomas de posición a caballo entre los dos espacios físicos y sociales. Por ejemplo, se identifica con la zona antigua de Carabanchel —“vivo en el PAU pero vivo más cerca, yo me identifico más con este barrio de aquí”—, pero en lo hace desde una distancia que le permite realizar esa elección. Es decir, gracias a su trayectoria social, relativamente ascendente, vive en una urbanización cerrada del PAU. Esta distancia le permite aislar determinados aspectos de la periferia obrera que le parecen enriquecedores —y que a veces llega incluso a romantizar y folklorizar— como, por ejemplo, las relaciones barriales interculturales o la socialización en el espacio público. Hace uso entonces de su capital cultural para poner en valor ciertas dimensiones de los barrios y así acercarse selectivamente a ellos, sin tener que bregar con las dificultades de la vida cotidiana en dichos territorios. “Cuando busco mi ocio, busco un restaurante, o un bar, no me gusta irme a los del PAU porque me parece que no tienen historia, que no tienen, que son todo franquicias”, explica, y se refiere al PAU como un barrio “muy superficial”. También se acerca a la periferia obrera como ambiente idóneo para la socialización ocasional de su hija. Preocupada por el contexto en el que está creciendo, una urbanización que ella describe como una “microsociedad cerrada” desconectada de la realidad social de su entorno, quiere que su hija conozca otros espacios de la ciudad. Para ella, el PAU —al igual que las zonas nuevas de urbanizaciones que se han creado en otros barrios periféricos— está alejado de la realidad “del sur de Madrid”. Sin embargo, su hija, que inevitablemente es *heredera* de la trayectoria social de su madre, siente miedo al traspasar la frontera del PAU y caminar por Pan Bendito, aunque Rosa le recuerde cuál es el origen de su familia.

Podemos observar entonces cómo Rosa, aunque se distancia de la actitud de sus vecinos y se identifica continuamente con la periferia obrera, en ocasiones lo hace de forma “culturalista” o “folklorista”. Su distancia física y social con algunas realidades de la periferia —fruto de su trayectoria social— le permite poder elegir cuándo y para qué acercarse a estos barrios.

“Yo me quiero insertar en este barrio, no en un barrio que es muy superficial”

Rosa: Yo, me pasa al revés que Violeta, cuando digo “yo vivo en Carabanchel”. Vivo en el PAU pero vivo más cerca, yo me identifico más con este barrio de aquí [la zona de Carabanchel Alto que está cerca de su urbanización] que con el PAU porque, es que yo tengo más cerca este barrio y...

Violeta: [Interrumpiendo] Los servicios que da este barrio son los que utilizas.

Rosa: Claro, son los que yo utilizo. Yo voy al mercado ahí, el centro de salud es viejo, pero bueno. Pero voy aquí no me voy al PAU porque es que me pilla lejísimos. Incluso mi ocio, cuando busco mi ocio, busco un restaurante o un bar, no me gusta irme a los del PAU porque me parece que no tienen historia, que no tienen, que son todo franquicias... No sé, entonces busco pues irme hacia Oporto, hacia Usera, le pregunto a estos de aquí de toda la vida: “Oye, ¿dónde puedo ir?”. Porque yo me quiero insertar en este barrio, no en un barrio que es muy superficial. Y cuando mi hija era pequeña a mí me preocupaba que creciera en una microsociedad en donde no había niños inmigrantes, donde no había niños diferentes [...]. O sea, no me parece un reflejo de la vida este barrio, de la sociedad actual. Entonces a veces nos bajábamos abajo y ahora le encanta ir a ver y ver a los peruanos ahí que se echan sus...

Violeta: [Interrumpiendo] El vóley...

Rosa: El vóley y le flipa, ¿no? Y los chicos pues hacen peleas de estas de cantar. Le da miedo, ¿eh? Fíjate ya ha adquirido el rollo del miedo. Es verdad que aquí nada más cruzar hay un parque de yonkis, de yonkis de [por debajo se escucha a Violeta decir: “de toda la vida”], que asusta, asusta. A mí no me asusta mucho. [...] Nunca me han atracado ni me han dicho nada, pero mi hija cuando vamos por ahí se pone nerviosa [...]. Digo, “pero vamos a ver Sandra, si mamá ha nacido en un barrio como este, de verdad, si es que es gente que no tiene oportunidades que...”. Yo quiero que mi hija vea eso porque es que vivimos en el sur de Madrid, o sea, es que esto es una micro realidad, que está basado en... Que no es real, vamos, para mí no es real. Para mí la realidad del sur no es esta. Sí que es cierto que en el sur, pues aquí en Leganés, en Móstoles, en Alcorcón, se han creado urbanizaciones anexas, en Vallecas también ha pasado, pues un poquito mejores. ¿Pero esa es la esencia de esa ciudad o de...? Para mí no lo es.

Casi llegando al final de la entrevista Rosa y Violeta comienzan a charlar sobre la gente que “es de barrio” y “se le nota”. El tema da inicio a raíz de un comentario de Rosa. Recuerda las redes vecinales que había en su barrio cuando era pequeña, y cómo se compartían los pocos coches y teléfonos que había. Piensa que en su urbanización también se dan algunas prácticas de apoyo —aunque considera que se urden en grupos más pequeños que antes— y sobre todo, que existe una gran diferencia en el comportamiento vecinal que tiene cada uno en función de su procedencia. “Los que venimos de barrio o de movimiento asociativo se nos nota”, aclara, y pone como ejemplo a un vecino que participa en el movimiento asociativo de Aluche y “se tira todo el día arreglando las plantas, los azulejos” porque “cree en la comunidad, en el bien común”.

Violeta toma la palabra para hacer una distinción entre, por un lado, la gente que es “de barrio”, entre los que se incluye con efusividad —“yo soy muy de barrio”, repite varias veces—. Gente que, según ella, ha crecido en un contexto humilde y no se ha distanciado de él, sino que forma parte de su personalidad y se identifica con ello —“eso no lo has perdido”—. Y por otro lado, la gente “desclasada”, que reniega de sus orígenes populares y que intenta distanciarse de dicha realidad social. En esta última categoría incluye a los habitantes del PAU que “sienten que suben de nivel” y utilizan la urbanización cerrada para tejer una distancia entre *los de fuera* y *los de dentro*. De nuevo, les reubica en su mismo origen social porque para ella estos moradores de urbanización “te hacen esa diferencia de soy distinto a ti”, pero en realidad provienen del mismo contexto.

Después introduce un matiz al explicar que la gente de su generación, sus amigos y amigas de Aluche, no pudieron quedarse en el barrio por los altos precios de las viviendas y alquileres. Lo expresa en términos de “expulsión”. Ahora la mayoría de ellos viven en pueblos de la sierra de Madrid y para Violeta también se han desclasado en cierto sentido. Lo interesante de esta reflexión de Violeta es que, al tomar distancia con

el PAU y comentar la trayectoria residencial de sus amigos y amigas del barrio, podemos vislumbrar un proceso social y generacional más amplio. Como expliqué en capítulos anteriores, muchos jóvenes de la periferia obrera que iniciaron la compra de una vivienda durante la burbuja tuvieron que salir de sus barrios ante la falta de productos inmobiliarios disponibles. Y encontraron viviendas que encajaban con su poder adquisitivo, sus gustos y expectativas en otros lugares aún más periféricos, que además conectaban con el impulso por mejorar sus condiciones de vida. “En general la gente lo que intenta es mejorar en función de la vivienda”, dice Violeta. Y explica cómo sus amigos han ido cambiándose de casa para conseguir progresivamente una mejora de su calidad de vida: “en general esa gente vive en mejores sitios en los que ha vivido”, apunta. Por ello, al menos en el contexto de nuestro país, no es posible desconectar las estrategias residenciales de las estrategias de reproducción social y de movilidad social. En contraste con su círculo de amistades, Violeta siente que “ha bajado de clase” porque “ha empeorado en relación a las condiciones en las que vivía con sus padres”. Según ella esto se explica, en parte, porque no se ha cambiado de casa, a pesar de que durante los años de la burbuja muchas personas les animaron a ella y a su pareja a vender el piso o alquilarlo para comprarse otra casa mejor. Así, en la dinámica de clase social — mejorar o no mejorar las condiciones de vida, “subir o no subir de nivel”— reaparece la importancia de la vivienda no solo como un vector de la movilidad social, sino también como uno de los elementos centrales para definir la clase social.

Rosa responde a la reflexión que lanza su compañera afirmando que ella “ha subido de clase social” aunque de forma “circunstancial”, porque optó a la compra de su vivienda cuando era inquilina sin haberlo premeditado. Y de nuevo afloran las tensiones características de una posición como la suya, como múltiples vinculaciones. Proviene de un barrio de la periferia sur y se vincula con dicho contexto social y, al mismo tiempo, siente que “ha subido de clase” al ser propietaria de un piso en el PAU, un lugar donde no termina de sentirse a gusto. “A mí me ha costado vivir aquí, ¿eh? Yo los primeros años lo pasé francamente, francamente, porque no veía...”, confiesa Rosa.

“Los que venimos de barrio”. Subir o no subir

Rosa: También en mi comunidad hay apoyo lo que pasa que es verdad que tiendes a juntarte al final con gente que es como tú, [...] al final pues con quien tienes más afinidad, ¿no? Y sí que hay un apoyo social como existía en mi barrio que yo lo recuerdo de pequeña, que en mi casa había teléfono y venían todos los vecinos a llamar, que mi padre tuvo coche y daba vueltas a los vecinos. Pues como en Cuéntame, ¿sabes? Y bueno, pues ves que aquí al final también dentro de tu grupo... Porque por ejemplo también hay gente muy solidaria en mi comunidad. El marido de Clara es un tío que viene del movimiento asociativo de Aluche, entonces los que venimos de ahí se nos nota. Se tira todo el día arreglando las plantas, los azulejos... y cree en la comunidad, en el bien común, entonces él está todo el día [se ríe].

Violeta: Claro, yo creo, ahí lo que dices “los que venimos de barrio” y tal...

Rosa: [Interrumpiendo] Se nota, tía. De barrio y de movimiento asociativo.

Violeta: Claro, ahí está, los que somos de barrio, hemos vivido unas determinadas circunstancias, nos creemos eso. Porque yo soy muy de barrio, a mí yo soy de Aluche y soy de Aluche [...]. Entonces eso no lo has perdido. Y luego los desclasados [Rosa dice por debajo “sí, sí”] que es, que hay mucha gente, que es lo que comentabas tú al principio de: yo vivo en esta urbanización y siento que he subido de nivel, ya no soy como los demás y me tengo que diferenciar, que es no dejando entrar a los de fuera. Que es como yo me siento cuando a mí no me dejan entrar o tengo que dar tantas explicaciones para entrar en una casa y decir, “mira tú, vete a la porra”, ¿sabes?

Rosa: Sí, son estupendos...

Violeta: Soy igual que tú, ¿no? Y es cuando te hacen esa diferencia de "soy distinto a ti". [...] Y yo eso, yo ahí les llamo desclasados. De no querer tener, de que no te relacionen con o tus orígenes, o no... Sí, ahí hay un punto de que las gente no quiere, pues eso, un poco de desclasado, desclasado.

Rosa: Sí, de... como que te vas a intoxicar.

Violeta: Yo tengo, o sea, dentro de mi red de amigos, que nadie se ha ido al PAU que yo creo que fue un poco... [...] Si lo pienso fue porque no nos pilló, a lo mejor si nos llega a pillar un pelín más mayores o... El caso es que nadie de mi red, alguien cercano pero no de mi red, acabó en el PAU. Pero todos mis amigos que somos de Aluche nadie vive en Aluche porque es verdad, y esto lo hemos hablado, que nos sentimos expulsados. No podíamos vivir en Aluche porque no teníamos dinero para vivir en Aluche, ¿sabes? [...] Y todos mis amigos, todos, viven fuera de Madrid, viven en la sierra. Todos viven en la sierra y son un poquito desclasados.

Rosa: Manzanares y por ahí, ¿no?

Violeta: Viven en el Escorial, viven en Morzarzal, viven en Cercecilla... Todos mis amigos, todos de mi red de mis amigos, amigos, viven fuera. Nadie pudo quedarse en Aluche [...].

Rosa: Yo mis amigos de Carabanchel Bajo sí están todos por la zona [...], ninguno vive así en un barrio nue... Bueno, solo uno de todo el grupo de amigos. Y ahora ya, pues eso, cuando ya me compré la casa le decían a mis vecinos: "que ya es propietaria nuestra amiga y nosotros también, ¿eh?, ya no nos podéis echar" [se ríe]. ¡Aquí venimos ya por derecho! [se ríe] Así que sí, a mí me ha costado vivir aquí, ¿eh? Yo los primeros años lo pasé francamente, francamente, porque no veía... O sea, la gente tiende a tener una vida más individual, más *pa dentro*, más para su... Cerrarlo todo, cerrarlo todo. Yo, macho, es que no lo entiendo. Hace poco yo detecté en esta zona una serie de robos porque robaron en los dos bares de aquí y luego a la semana en otro de ahí detrás. Además con la misma técnica, debían de ser la misma de... Claro dirán, "vámonos a la zona de los ricos a robar", porque como aquí todos nos sentimos ricos, todo es más nuevo, todo es más tal. Y me fijé, ¿no?, es esta movida. Y por ejemplo cuando voy a las fiestas de Aluche o cuando participo en otra red digo, "¿qué nos diferencia de esta gente, tío?". Es que no nos diferencia nada.

[...]

Violeta: Y luego estaba pensando una cosa que, yo creo que el tema del precio de la vivienda hace también, que genera mucho, ¿eso sí que es para estudiar el precio de la vivienda! La gente que va a los barrios está en función también del dinero que tú pagas, que puedes pagar, que no puedes pagar... Y pensando que todos mis amigos tuvimos que salir de Aluche, también he pensado, bueno, esto lo he pensado muchas veces, en general la gente lo que intenta es mejorar en función de la vivienda. No todo el mundo, no es mi caso por ejemplo, yo he empeorado en relación a las condiciones en las que yo vivía con mis padres, yo he empeorado. [...] Entonces en general esa gente vive en mejores sitios en los que ha vivido, más o menos. Yo por ejemplo no vivo en un mejor sitio en el que he vivido, yo he como bajado de clase, entonces entiendo que no me dejen entrar en el... [nos reímos].

Rosa: Yo he subido, yo he subido de clase social, he subido. Increíblemente porque yo opté a la compra de esta vivienda por chiripa, ¿sabes? Porque yo vivía de alquiler y fue todo circunstancial. No tenía intención yo de comprar ni nada, me vino así un poco dado.

Rosa nos cuenta algo que también explica Flor en su entrevista: algunos vecinos y vecinas de su residencial esperaron a que pasase el periodo de protección de su vivienda para venderla a precio de mercado y así poder mudarse a otra más amplia, de mejor calidad o en un mejor barrio. En el PAU se puede observar esa dinámica por conseguir una vivienda más grande, sobre todo cuando aumentan los hijos en la familia. Como explica Rosa, "la gente que tiene dos hijos aunque tengan tres habitaciones se quieren ir a otra casa que tengas una cuarta habitación".

Otra de las grandes atracciones es el deseo de tener un ático. Los áticos son muy codiciados en el PAU por varios motivos. En primer lugar, tal y como recalcan los anuncios publicitarios de los residenciales, cuentan con varios metros de terraza que los moradores aprovechan para instalar mesas con sillas, butacas y pérgolas, a modo de cenadores o zonas de dispersión. Los metros de terraza amplían las estancias de la casa y, como explicaba Flor, siempre cabe la posibilidad de cerrarlos para construir otra habitación. En segundo lugar, los áticos son viviendas de altura, donde circula mejor el aire y llega durante más horas el sol y la claridad. Las vistas también son mejores y además con una particularidad: se obtiene una vista panorámica contando con el privilegio de no ser visto. Esto enlaza con otro de los atractivos del ático, su preciada intimidad y privacidad.

Rosa nos relata un acontecimiento en el que confluyen en las estrategias residenciales de los habitantes del PAU estos dos elementos, la amplitud de la vivienda y la atracción del ático. Unos meses antes de la realización de la entrevista, apareció en una de las parcelas vacías del barrio una caseta de obra que anunciaba la construcción de nuevas viviendas y la comercialización de un número reducido de áticos por un precio inferior al habitual. Según Rosa, la gente se lanzó a la calle para hacer cola y no quedarse sin ático. Llegaron incluso a dormir durante varias noches a la intemperie para no perder la posición de llegada. “Mi vecina ha pillado uno, tres noches estuvo ahí durmiendo”, explica.

Las estrategias de reproducción que desarrollan los sujetos se despliegan, como no podía ser de otra manera, a partir de determinadas posiciones y disposiciones de clase. No solo por el contenido de esa mejora de la calidad de vida, sino también por el modo de conseguirlo. Las prácticas que llevan a cabo los sujetos para mejorar su posición y sus condiciones de vida, y el modo en cómo se desarrollan —el contenido procedimental de esas estrategias—, son inseparables de las mismas condiciones sociales en las que producen. Por eso con relativa frecuencia llevan dentro de sí la semilla de su propia reproducción social.

No es difícil encontrar ejemplos en los que, ante la falta de otros recursos, la gente que no tiene otra cosa para invertir más que su tiempo, debe hacer cola para compensar esa falta. El embarque no prioritario en un avión, la entrada a un evento o a un club para que el no se tiene invitación, o conseguir el acceso a un centro educativo reservado para la clase alta. En enero de 2020 me topé en el periódico con una noticia (De Vega, 2020, enero 8) sobre un acontecimiento que, al parecer, sucedía cada año. Varias familias habían pasado la noche a la intemperie haciendo cola para conseguir una de las pocas plazas ofertadas por el Santa Bernardita. Un centro infantil privado que, a su vez, abre la puerta a El Pilar, el famoso colegio concertado religioso por el que han pasado durante generaciones las élites de nuestro país. Madres, padres, abuelas, tíos y tías de niños y niñas de otro origen social se turnaban para permanecer en la fila que daba acceso al colegio.

Esta imagen presenta algunos elementos en común con la fila para conseguir un ático en el PAU. Ambas están protagonizadas por familias que tratan de conseguir mejoras en sus condiciones de vida y en las de sus hijos e hijas, ya sea mediante la vivienda o la educación. Hacen cola para intentar alcanzar por la vía del azar —o la excepcionalidad— algo que de otro modo les resultaría prácticamente inalcanzable. No

cuentan con los recursos suficientes, ni con el capital social ni con el económico, para acceder a esa vivienda o a ese colegio. Volviendo la vista sobre los modos en los que se desarrollan estas estrategias de reproducción, la forma en la que despliegan sus esfuerzos para conseguir mejoras en la posición del grupo familiar y en sus condiciones de vida —haciendo cola en lo que prácticamente es un sorteo— nos informa de sus disposiciones de clase. Los ricos no hacen fila. Las filas son la práctica, la apuesta, la inversión, de quienes no tienen otra cosa que invertir más que su propia fuerza física, su tiempo y su esperanza.

Hacer cola para conseguir un ático

Rosa: Esta cooperativa donde vivo yo está hecha por una empresa que fracasó, que era una cooperativa de vivienda de un señor vinculado a la izquierda [...]. Pero la gente estaba deseando que descalificaran la VPP para venderlo al precio del PAU y forrarte, y poderte ir a otra casa más grande todavía. Porque luego muchas familias que han tenido dos niños...

Inés: ¿O sea que ha habido gente que vino y aquí y luego se fue a otro sitio aprovechando la venta de esta casa?

Rosa: Claro. Porque claro, si tienes dos hijos quieres tener cuatro habitaciones. Nosotras, yo crecí en una casa de 50 metros con 4 personas. Pero aquí yo lo veo, que la gente que tiene dos hijos aunque tengan tres habitaciones se quieren ir a otra casa que tengas una cuarta habitación. Que lo respeto, ¿no?, que a todo el mundo le gusta...

Inés: ¿Y a qué barrios se van, Rosa?, ¿se quedan por aquí o se van a otros sitios?

Rosa: O se quedan aquí en vivienda, en viviendas más grandes... De hecho aquí ocurrió un hecho hace poco y es que un día apareció una caseta de una nueva cooperativa que se iba a hacer.

Violeta: [Interrumpiendo] ¿En uno de los descampados?

Rosa: Sí, este de aquí y otro en el PAU que no sé dónde es. Entonces yo veía a la gente dormir por la noche aquí.

Violeta: ¿Haciendo cola?

Rosa: Haciendo cola. Claro, porque te daban una opción de un ático con tres habitaciones o cuatro por 320.000€. Pero es que eso es un chollazo aquí porque es que aquí te compras un ático por 400.000€, ¿sabes? Entonces la gente ha dormido ahí dos o tres noches que yo me iba a currar y les miraba: “¡hostial!, mira, está ahí”. De hecho mi vecina ha pillado uno, tres noches estuvo ahí durmiendo. Y era la primera, me parece, o la segunda ha sido.

Inés: Como en un concierto de Los Beatles.

Rosa: ¡Como en un concierto, tía! Fíjate qué chollazo 300.000€. A mí me parece perverso, perverso.

4.2.3. Subir de clase. Espacio, vivienda y clase social

En las conversaciones con Flor, Rosa y Violeta encontramos diferentes puntos de vista en lo que a la percepción sobre la condición social de los habitantes del PAU se refiere. Es decir, sobre cómo se perciben a sí mismas y a sus vecinos, y cómo lo enuncian. A pesar de que, como hemos visto, estas tomas de posición distan mucho de ser estables, podemos encontrar un primer punto de vista caracterizado por la percepción —y en algunos casos autopercepción— de “haber subido de clase”. Esta actitud es adoptada en términos generales por Rosa, quien expresa en distintos momentos de la entrevista

que “ha subido de clase social”. Aunque eso no suponga, según ella, un rechazo y un alejamiento de su contexto social de origen —punto en el que surge el abanico de ambigüedades y contradicciones que reposan sobre esa vinculación múltiple—. Marisa, por ejemplo, también adoptaba este punto de vista cuando me explicaba que la vida en el PAU discurre fundamentalmente dentro de los residenciales. Empleando el humor me decía: “hemos caído en la trampa de ser muy burgueses”. El segundo punto de vista, en cambio, considera que los vecinos y vecinas del PAU “se piensan que son clase media” —por emplear la formulación de Flor—, pero en realidad siguen siendo trabajadores. Aquí se ubicarían el discurso de Flor, quien describe mediante ejemplos una suerte de espejismo o ilusión de ascenso social, y el de Violeta, vecina de la periferia obrera. También Laura adoptaba esta posición en su entrevista, refiriéndose a los habitantes del PAU de la siguiente manera: “somos gente pobre o gente pobre que se cree clase media”.

Pese a sus diferencias, estos discursos presentan algunos elementos en común: emplean la comparación entre barrios como una forma de nombrar y medir realidades de clase social, utilizan el término “clase media” como una palabra clave que se repite, y sitúan la vivienda y el lugar donde se ubica como el epicentro del mejorar o el ascender socialmente. Podría decirse que comparten los principales mecanismos y estrategias discursivas para nombrar la clase social, y también las representaciones o imágenes sobre las que reposa.

En primer lugar, en casi todas las conversaciones afloran comparaciones entre barrios con distinto estatus y poder adquisitivo, algo que ha hecho su aparición en más ocasiones a lo largo de esta etnografía. Podemos identificar entonces un imaginario compartido por los habitantes del PAU que se articula a través de una comparación entre, por un lado, Carabanchel y Pan Bendito —como diferentes espacios de la periferia obrera, donde el segundo desempeña un rol como enclave particularmente estigmatizado y marginal— y por otro lado, vecindarios del norte de la ciudad como Las Rozas, Boadilla o Majadahonda que gozan de mayor renta y estatus. Estos últimos barrios y sus pobladores a veces son también nombrados como “la gente con dinero de verdad”. Es un imaginario al que se recurre en situaciones muy dispares y por parte de sujetos diversos, para hacer analogías y comparaciones que tienen que ver con el estatus y la clase social. A lo largo de esta etnografía hemos visto cómo lo empleaban algunos vecinos para quejarse de la desatención que recibe el PAU por parte de las administraciones, ubicando viviendas de alquiler social o no enviando servicios mínimos en una jornada de huelga; se lo hemos visto usar a Flor para señalar los barrios en los que querrían o no vivir sus vecinos de residencial; y a Pili y sus vecinas para nombrar diferencias de poder adquisitivo. En definitiva, para expresar las distancias existentes entre los habitantes del PAU, los vecindarios de la periferia obrera colindante y otros barrios residenciales de Madrid con mayor estatus.

Estos barrios cuyos nombres se repitieron hasta la saciedad durante el trabajo de campo, constituyen para las vecinas del PAU una suerte de arquetipos que condensan un universo de diferencias y jerarquías sociales relevantes. Lo interesante, además, es que en este imaginario el PAU aparece con frecuencia como un espacio intermedio o en disputa entre los dos polos: Carabanchel/Pan Bendito y Las Rozas. Podríamos formularlo como un imaginario “entre Pan Bendito, Carabanchel y Las Rozas”. En esta línea, el PAU se entiende también como un espacio de paso en trayectorias

ascendentes hacia barrios con mayor estatus. Es el caso de algunos vecinos y vecinas del residencial de Flor y Rosa, que vendieron o alquilaron su piso para adquirir otra vivienda en Las Rozas, Majadahonda o Boadilla; o la experiencia de una familia que, habiéndose comprado un piso en Valdebebas, vivían de alquiler en el PAU de Carabanchel mientras se construía su residencial en el nuevo barrio del norte. También el PAU aparece como una opción intermedia en la trayectoria residencial del hermano de Ana, que se mudó con su familia desde Carabanchel Bajo. “En aquel momento ni se podía ir a Boadilla, ni se podía ir...”, explica Ana.

Como señalaba al inicio de este epígrafe, las tomas de posición —o los autoposicionamientos de clase— casi siempre se realizan a través de una comparación o un contraste con otros vecindarios, que se perciben *por abajo* o *por arriba* en estatus y poder adquisitivo. Esto guarda relación con dos cuestiones. En primer lugar, con la experiencia social que se forja a través del proceso de socialización en un determinado ambiente familiar, barrial, económico y social, donde la vivencia de un sinfín de situaciones concretas de la vida cotidiana —algunas se viven en primera persona y otras que se viven a través de las vivencias del resto— van forjando un *sentido de la orientación social*. Y en segundo lugar, con el contraste que se advierte respecto a otras condiciones de existencia, próximas y también lejanas en el espacio social: en el barrio o en el colegio siempre hay quien está peor y quien está mejor, y a su vez existen también otros barrios y otros colegios que perfilan diferencias por abajo y por arriba. De modo que la percepción del *lugar social* es siempre relacional. Nos percibimos en relación a unos y en contraste con otros. Didier Eribon (2017: 104) lo expresa a través de una pregunta: “¿Cómo no saber qué se es cuando uno ve cómo son los otros y hasta qué punto son diferentes de uno?”.

En segundo lugar, el término *clase media* se repite como una palabra clave, como una representación clave. En todos los casos se observa cómo el residencial —es decir, la vivienda y en concreto un tipo particular de vivienda— se sitúa en el centro de ese “subir de clase social”, que es *real* para unas y *ficticio* para otras. La clase media se definiría para estas vecinas por un distanciamiento del lugar físico y social de origen —los barrios de la periferia obrera y su universo social de clase trabajadora— que se materializa en al menos dos cuestiones. Uno, la urbanización cerrada y dos, el uso de servicios privados, ya sea en el terreno de la sanidad y la educación o en el de los servicios de ocio y deporte al interior de las urbanizaciones. De este modo, el término clase media, tal y como lo emplean estas mujeres, toma en este contexto un significado particular. Es la palabra que permite nombrar algo que se percibe como un ascenso social —*intento de*, para algunas— ligado a un proceso de movilidad residencial.

Las disposiciones y tomas de posición analizadas, aún con sus diferencias relevantes, apuntan hacia un lugar común: la centralidad de las estrategias residenciales en el conjunto de estrategias familiares de reproducción y movilidad social. Tal y como expuse en el anterior capítulo, la organización del espacio físico se construye a través de una distribución y un acceso desigual a bienes, servicios y recursos, y por tanto, también de agentes y grupos que, localizados en el territorio, cuentan con opciones más o menos (im)probables de apropiación de esos recursos materiales y simbólicos. En este marco se hace inteligible la importancia de la vivienda y su emplazamiento en la percepción y autopercepción de la condición social. Es decir, se revela cuán unidas están la posición en el espacio físico y la posición en el espacio social —la posición urbana y la posición

social— y a su vez, las tensiones que en torno a esa relación se generan en el caso de estos sujetos de clase trabajadora. No hay que perder de vista que nos situamos en un contexto en el que la larga transformación de la clase trabajadora y la progresiva adopción de políticas neoliberales por parte de las administraciones, junto al protagonismo del sector inmobiliario en nuestro país, han construido un escenario donde la propiedad inmobiliaria es una de las pocas garantías de bienestar, mientras elementos como el trabajo o los derechos sociales pierden su fuerza como resortes para sostener la vida de las clases trabajadoras. No es descabellado pensar que en este escenario la vivienda y el barrio se vuelvan un ámbito privilegiado para desplegar estrategias familiares de reproducción.

Como he mostrado, las disposiciones y tomas de posición de las vecinas del PAU se despliegan dando lugar a continuas ambigüedades, cambios y deslizamientos. Pienso que el carácter contradictorio de sus estrategias familiares, de sus prácticas y discursos, emerge precisamente de esa tensión entre la posición en el espacio físico y la posición en el espacio social, y de las múltiples lealtades, afectos y vínculos que se tejen con ambos espacios urbanos.

4.3. Dobles vínculos. Entre el PAU y el barrio obrero

Se puede decir que las prácticas sociales de estas vecinas están atravesadas por un *doble vínculo* (Bateson, 1991 [1972]). Una doble vinculación, aparentemente contradictoria, entre dos espacios físicos y sociales: el barrio de la periferia obrera, como su contexto de origen, y la periferia neoliberal del PAU, como su espacio de vida. De un lado, el barrio en el que han crecido y con el que siguen manteniendo vínculos afectivos, sociales y económicos relevantes; y que ha mutado con los años, experimentando cambios que guardan relación con el largo proceso de transformación de la clase trabajadora y sus vecindarios. De otro lado el PAU, un nuevo barrio de residenciales, con un urbanismo que recuerda a los vecindarios de alto estatus, en el que se concretan muchas de las estrategias de reproducción y que, en cierto modo, territorializa una distancia con algunas dimensiones de la vida en la periferia obrera. Se trata de un compromiso afectivo con dos mundos sociales que da lugar a un despliegue de tomas de posición y disposiciones de clase contradictorias y cambiantes, que son características de la posición de este grupo, o más bien de su *multiposición*.

Esta suerte de arraigo múltiple puede observarse, por ejemplo, atendiendo a los desplazamientos por la ciudad. Pierre Mayol (2010 [1994]), en su etnografía en el barrio de la Croix-Rousse, siguió los recorridos y trayectos cotidianos de los miembros de una familia de clase obrera. Pretendía mostrar que las relaciones familiares y de amistad resultan fundamentales en la construcción de la “cultura obrera urbana”, y que dicha trama de relaciones se encuentra estrechamente vinculada con el movimiento y la ocupación de determinados lugares en la ciudad. Mayol se refiere a una “topografía del sistema relacional”, es decir, a la existencia de una continuidad entre el paisaje urbano y el paisaje social, entre la pertenencia social y el uso del espacio. Así, valora los enclaves frecuentados por estos familiares como *puntos de sujeción*: territorios relevantes y significativos que dan cuenta de un entramado de relaciones personales y familiares, y también de una geografía local de clase social. Los espacios de la ciudad

más transitados suelen señalar una relación amistosa o familiar importante, o también un vínculo laboral; mientras que los “barrios intermedios” o “de paso”, como dice el autor, pueden ser lugares a los que se acude ocasionalmente pero que no se encuentran inscritos en la red de relaciones afectivas, como por ejemplo el centro de la ciudad. Aparecerán también, como en los juegos de luces y sombras, barrios que nunca se han transitado y que casi con toda seguridad no se transitarán. Algunos quedarán excluidos de manera indiferente, porque están lejos y no se conoce a nadie allí, y otros, cuya exclusión resulta más significativa, presentarán una lejanía que se mide en términos de distancia social. Lo que esta cartografía revela es un conjunto de espacios que geográficamente pueden ser lejanos, pero que socialmente están muy próximos. Del mismo modo que la física diferencia el espacio recorrido —en términos de trayectoria— del desplazamiento —la distancia entre la posición inicial y final—, siendo posible que un cuerpo realice una trayectoria de varios kilómetros pero al volver a su posición de origen el desplazamiento final sume cero, un sujeto puede transitar diferentes barrios sin moverse del mismo lugar sociológico.

Cuando estaba entrevistando a Flor y nos encontrábamos en esa coda final en la que ya no hay grabadora, Flor me pide que vuelva a encender el aparato porque quiere contarme una cosa. Me explica, en un tono más grave del que ha mantenido hasta el momento, que desde hace unos años su vida discurre únicamente “en el barrio”. “Madrid es tu barrio”, musita pensando en voz alta, y al decirlo se da cuenta de que ha dicho algo importante y lo repite. Entonces describe su vida como una cotidianeidad que se teje entre desplazamientos por tres barrios de la periferia sur. Una topografía de *puntos de sujeción* que es el correlato de su entramado de relaciones: el PAU donde vive, Aluche donde creció y aún residen sus padres y Usera, donde trabaja actualmente y donde residió durante varios años antes de mudarse al PAU. Sus días transcurren en un ir y venir entre estos tres espacios. Flor decidió escolarizar a sus hijos en Aluche porque sus horarios laborales no le permitían ir a buscarlos a mediodía, así que los niños comen en casa de sus abuelos. Por las tardes, cuando sale del trabajo, acude a su viejo barrio para recogerlos. Normalmente los sábados y los domingos también vuelve para hacer alguna visita a sus padres, aunque organizan muchos encuentros familiares en su residencial, en el que también reside su hermano. Su empleo está en Usera, un barrio emplazado al otro costado de Carabanchel, en dirección este. Aquí trabaja y además tiene un par de amigas que conserva desde que se mudó. Algunas veces Flor acude a visitarlas y otras son ellas las que van a su casa. El resultado es que, ya sea entre semana, en sábado o en domingo, lo más normal es que Flor realice desplazamientos entre alguno de estos tres barrios en los que se localiza su mapa social relacional.

En su discurso establece una continuidad entre estos barrios del “corredor sur”, como ella dice, frente a un ente extraño que sería “Madrid” y que localiza en el centro de la ciudad. Un centro que ahora se le antoja caro, bullicioso, lleno de turistas y prohibitivo. Para Flor, la ciudad, su ciudad, son los tres barrios del sur que transita diariamente. “Yo me recorro todo el corredor sur y no subo a Madrid”, afirma. A la par que me explica esta cuestión, no sin mostrar un cierto sentimiento de atrapamiento en este anclaje al territorio, afloran en su lenguaje las disposiciones de clase propias de alguien que ha crecido en la periferia obrera de Madrid. La ciudad, representada en los barrios del centro, siempre se nombra como algo lejano, como un espacio en el que no se está y al

que hay que ir, al que hay que *subir* —“ir a Madrid”, “subir a Madrid”—¹²⁹; y los barrios del norte permanecen invariablemente como territorios desconocidos.

Flor: Es que cuando vives en Madrid realmente haces vida de barrio. Es decir, Madrid es tu barrio. Llega un momento en que Madrid es el barrio no es la ciudad. Porque yo no salgo, yo me puedo tirar de verdad días y días y semanas sin ir a Madrid, porque la vida en el barrio no vas a... En el barrio, el colegio, tu madre, tu familia, tus compras, tus cosas. [...] Porque mi vida, o sea, yo no soy casi de Madrid ya, soy de Carabanchel, no soy casi de Madrid. Realmente es como que me siento... Durante mi juventud molaba, era muy de Madrid, yo era de Madrid, salía por Madrid, me... Pero ahora ya, desde hace muchos años, sobre todo desde que tengo dos niños, pero antes también, ¿eh? Que todo es tan caro, que sales y te cuesta todo una pasta, que hay tanta gente. Y luego, sobre todo últimamente, que hay tanto turismo en Madrid que es que a veces vas a los sitios del centro y te tienes que ir, y yo me voy. Entonces pues realmente yo me siento, siento que Madrid se ha convertido en Carabanchel, todo gira en torno a Carabanchel, a Carabanchel y Aluche. Incluso Usera que tengo amigos todavía y de vez en cuando voy, y trabajo en Usera de hecho. O sea, que yo me recorro todo el corredor sur y no subo a Madrid. Voy por el sur, me voy moviendo por el sur y no subo nunca. Bueno, hay barrios, por supuesto en el norte, que nunca he visto en mi vida. Pero ahora mismo Madrid: [imitando un diálogo] “¿de dónde eres?”, “de Carabanchel” [se ríe]. Te lo juro, me sale eso. Ni siquiera me sale decir “soy de Madrid” porque Madrid para mí ahora es un ente extraño donde no voy. Algún sábado por la mañana me puedo pasear por algún barrio, o sea, para comprar a los niños algún cómic o alguna cosa, o irnos... Pero vamos que no, mi vida es barrio, total.

Observé una dinámica parecida durante el tiempo que viví en casa de María y fui testigo de sus movimientos diarios. Siempre en coche, sus trayectos cotidianos dibujaban desplazamientos pendulares del sur al norte de la ciudad, a través de la M-40, donde estaba su puesto de trabajo; mientras el resto de la vida discurría en el PAU de Carabanchel y sus inmediaciones. María iba diariamente a casa de sus padres, que residían en otra urbanización del PAU, donde comía y pasaba gran parte de las tardes. Cuando el tiempo lo permitía, salía a pasear por el PAU o por los parques de los barrios aledaños con su madre y sus sobrinas, que almorzaban en casa de los abuelos los lunes y miércoles. A veces llevaba a las niñas al cine del Islazul, el centro comercial del PAU, intentando aprovechar los descuentos con motivo del día del espectador. Normalmente

¹²⁹ Este “subir a Madrid” tan característico del habla de las periferias condensa en una expresión todo un sistema de oposiciones y diferencias geográficas y sociales. Sin embargo, no es exclusiva de Madrid la sensación que tienen los habitantes de los barrios de no pertenecer a la ciudad; o más bien, de que su ciudad es el barrio y la ciudad con mayúsculas es el centro y también los vecindarios ricos. Es una impresión relativamente compartida en las periferias que surge de la intersección entre la posición social y la posición física en la ciudad. El escritor Javier Pérez Andújar (2011), nacido en el barrio obrero de Sant Adrià de Besòs, da cuenta de esta experiencia en el caso de Barcelona: “Estaba yo más cerca de los pisos de la M30 de Madrid, o de los bloques checoslovacos de *Pan Tau* (una serie para niños que habían pasado en la tele), o de las canastas de baloncesto y de las vallas metálicas de Harlem que se veían en el cine, estaba más cerca yo de todo aquel callejeo tan distante que del paseo de Gràcia o de cualquier otra calle del centro de Barcelona. [...] Barcelona se concretaba en las torres apartadas y borrosas de la Sagrada Familia vistas desde nuestro balcón, más allá del río como faros del fin del mundo. Porque nosotros teníamos nuestras propias torres al lado. Las tres chimeneas de la central eléctrica, con su voltaje, que escuchábamos callados los días de humedad, su zumbido atmosférico, su apariencia de central atómica. A pesar de los muchos apagones, creíamos antes en la luz eléctrica que en la luz divina. La luz de la Fecsa se iba y luego volvía como se iban y venían los hombres un rato al bar. Aquellas chimeneas gigantes eran las tres cruces de un Gólgota de hormigón poblado de manobras, de gente que se había venido a vivir a Barcelona y que no iba a pisar Barcelona en lustreros, quizá en su vida. [...] De nuestra casa, de San Adrián del Besòs, estaban más cerca los bloques del suburbio de La Chana, en Granada [...], que Pedralbes, Sant Gervasi o la Bonanova, que es donde contaban que vivían los ricos. La Sagrada Familia no formaba parte de nuestra familia. [...] No hay manera de estar cerca de Barcelona si antes no lo estuvieron tus antepasados. A Barcelona hay que acercársele con el tiempo. Aquí el espacio, los montes como Montjuïc, el Carmel, la Muntanya Pelada, el Turó de la Peira..., es para los que no tienen nada. [...] Nadie pertenece a Barcelona por el mero hecho de vivir en ella, ni siquiera de haber nacido en la ciudad. En Barcelona se están en el cuarto de los invitados durante un par de generaciones, y luego ya se accede al cuarto de servicio. Porque de Barcelona solo se es por familia y por dinero, riguroso orden” (p. 19-25).

los sábados y los domingos María y su hermana, con su marido y las niñas, iban a casa de sus padres para comer todos juntos. Al fin y al cabo vivían bastante cerca: los abuelos y María en el PAU, y la hija mayor con su familia en una urbanización en Villaverde, un barrio cercano de la periferia obrera. Algunas tardes María aprovechaba para practicar deporte, e iba al gimnasio ubicado frente al Islazul o salía a hacer *running*. Cuando sus turnos de trabajo lo hacían posible quedaba con su amiga Paula, a la que pasaba a recoger en coche a pesar de que también vivía en el PAU.

Se puede decir que a la actitud de distanciamiento respecto de los barrios colindantes que algunos vecinos y vecinas presentan en ámbitos como los problemas vecinales, la supuesta delincuencia o la escolarización de sus hijas y sus hijos; se le superpone una total porosidad entre ambas periferias en términos de desplazamientos cotidianos y de relaciones sociales. Es decir, mientras que algunas veces ambos espacios aparecen como parte de un *continuum* en el que ni siquiera se nombran los dos barrios como espacios distintos —las vecinas habitualmente dicen “voy aquí al lado” o “voy a casa de mi madre”—; en otras se hace una diferenciación marcando el contraste entre ambas periferias. Todo parece indicar que estos sujetos se encuentran inmersos en un entramado de relaciones y lealtades múltiples, que los vincula y conecta con la periferia obrera y la periferia neoliberal, y que involucra valencias contradictorias o en tensión (Elias, 2008 [1970]).

Estos hijos e hijas de la periferia obrera que ahora habitan la periferia residencial, transitan física y afectivamente ambos espacios, desplegando tomas de posición de naturaleza ambigua, cambiante y contradictoria. Algo que, como he tratado de mostrar en la etnografía, se aprecia en sus prácticas cotidianas y en sus discursos en torno a diferentes temas¹³⁰. Por un lado, el barrio obrero del que se proviene es el epicentro de la red familiar y de muchas amistades. Como decían las vecinas cuando me hablaban de su mudanza: el PAU era casi una forma de “quedarse en el barrio”. En él se encuentran los espacios vividos —las calles, las plazas, los edificios— y en general el contexto en el que se socializó durante la infancia y la adolescencia y con el que todavía se mantienen vínculos afectivos y económicos. Allí se ubican los pequeños comercios a los que en ocasiones se continúa acudiendo y que se valoran mucho, al igual que algunos servicios municipales como mercados, centros de salud o polideportivos. Pero a la par son barrios donde generalmente las condiciones de vida son más precarias y habitan la estigmatización y los “problemas sociales”. Como ya hemos visto, las vecinas del PAU coinciden en describirlos como entornos que han cambiado, se han “afeado” y “han empeorado por la migración”. En sus discursos se construyen como espacios que se han deteriorado con el envejecimiento de sus primeros pobladores y la llegada de habitantes de la migración internacional, y que se han tornado más conflictivos y sucios —estableciendo una continuidad entre el hábitat y los habitantes—. Como vemos, en sus discursos se activa una cierta idealización o romantización del pasado del barrio obrero, el barrio de su infancia y adolescencia, que se evoca como un vecindario con

¹³⁰ No hay que olvidar que este doble vínculo se ve reforzado por algunos factores sustantivos, sobre los que al mismo tiempo reposa. Los datos analizados sobre los niveles de renta o de afiliación a la seguridad social, o el propio emplazamiento geográfico del PAU como una extensión de la trama urbana de Carabanchel, reproducen también el doble vínculo del que hablo. En el contexto de la periferia obrera, el PAU se presenta como un barrio donde las condiciones y el nivel de vida son algo mejores que en los barrios de su contexto más próximo. Pero al ampliar la perspectiva y restablecer su posición en el conjunto de la estructura urbana de Madrid, este PAU se encuentra más próximo sociológicamente a Carabanchel y a los barrios del sur que a cualquier otro barrio del norte.

vínculos sociales más fuertes, con mayor vitalidad, más armónico y homogéneo socialmente. Al tiempo que la población migrante aparece como un vector de transformación fundamental —cuestión que concuerda con el análisis de Sergio García (2012) sobre el paso de un imaginario de “barrio culpable” a “barrio víctima” entre los habitantes de Carabanchel—.

Estas cuestiones encuentran su traducción incluso en una percepción del propio espacio físico de la ciudad. La mayoría de vecinos y vecinas del PAU valora positivamente la escala urbana del barrio —esa pérdida de escala humana de la que tanto hablan los arquitectos y urbanistas, con un viario sobredimensionado, grandes alturas y un inmenso espacio público vacío—. Consideran que, no solo es algo que está bien, sino que es una de las grandes ventajas del nuevo vecindario. Ruth, por ejemplo, aprecia las amplitudes y la existencia de muchos carriles: “las amplitudes de las zonas verdes, las calles de dos carriles y tres carriles... o sea, como que no estoy asfixiada”, dice. Y Marisa directamente establece una comparación con la periferia obrera: “no lo tiene el barrio viejo, ¿no?, que se nota más, pues eso, la suciedad, el estrechamiento de aceras, todas las viviendas así como más encajonadas”. Marisa caracteriza el PAU como un lugar amplio, con zonas verdes y agradable para pasear, en contraposición a una zona vieja de aceras estrechas, viviendas encajonadas y sucia. Es interesante ver cómo funciona aquí la asociación entre amplitud, limpieza y bienestar —pasear, respirar, no estar asfixiada—, y entre estrechez y suciedad. Unos preceptos que, por lo demás, se encuentran en el corazón de las reformas urbanas burguesas impulsadas en el siglo XIX (Harvey, 2008), y de los valores que en esta época revisten de nuevos significados a la vivienda y el hogar (Davidoff y Hall, 1994 [1987]).

Por otro lado, la mudanza al PAU supone la inscripción en el espacio físico de una mejora en las condiciones de vida que, para este grupo social, como ya he dicho, se define en contraposición a ciertos elementos simbólicos y materiales que atraviesan la vida en la periferia obrera. Allí los servicios y equipamientos, desfinanciados y saturados, han de compartirse con población migrante, gitana y de bajos recursos. Las viviendas suelen ser más pequeñas, antiguas y deterioradas. Y la propia arquitectura de los edificios, junto con el diseño urbano, generan espacios cotidianos de mayor proximidad física —y menor privacidad—. Las economías domésticas y las vidas navegan al límite y a veces los conflictos estallan, ocupando el rellano del edificio o el espacio público, e irritando al vecindario. Frente a esto, el PAU ofrece la oportunidad de vivir en un entorno *tranquilo* y en un piso de nueva construcción, más grande y luminoso, con mejores calidades, y situado en una urbanización cerrada. Todo por un precio que en otro lugar de la ciudad sus habitantes no podrían asumir por una vivienda de semejantes características. Y esto no implica solo el contar con servicios privados, sino ejercer al tiempo un control sobre los grupos y colectivos con los que se socializa. Ofrece, como hemos visto, un espacio físico y social idóneo para desplegar múltiples estrategias de reproducción en distintos ámbitos, y mejorar la calidad de vida del grupo familiar y su posición.

Sin embargo, muchas vecinas coinciden en señalar la falta de espacios públicos como lugares de encuentro en el PAU y se quejan del aislamiento al interior de los residenciales, reavivando así querencias del viejo barrio obrero.

Podemos decir que con la mudanza al PAU se da una cierta renuncia a la vida social que caracteriza los barrios de la periferia obrera, o al menos a parte de su entramado cotidiano de relaciones y espacios, donde por lo general existe más heterogeneidad social, un mayor uso del espacio público y de los equipamientos colectivos, más relaciones de proximidad, etc. Un contexto de vida que, en parte, se sustituye por otro donde prima una mayor individualización. Aunque, como digo, conviene no idealizar la socialización en los barrios de la periferia obrera —ni en el pasado ni en el presente—, ya que, entre otras cosas, también experimentan un proceso de neoliberalización desde hace varias décadas (Ávila y García, 2015a). Se trata de una dinámica general, ya bien conocida, de debilitamiento de las antiguas redes comunitarias y de solidaridad impulsada por una multiplicidad de políticas neoliberales que promueven en todos los ámbitos de la vida relaciones de fragmentación, competitividad e individualización. Sin embargo, en los PAU estas dinámicas de atomización son aún mayores: con su diseño urbano, el escaso uso del espacio público, la centralidad que toman la urbanización y la propia vivienda como espacios de socialización, la presencia de dispositivos de seguridad, etc. Se puede decir, incluso, que estos procesos de individualización y atomización forman parte del contenido de las estrategias de movilidad social de sus habitantes.

Por tanto, una de las dimensiones en las que se muestra la doble vinculación entre ambas periferias es la tensión permanente entre dos grandes dinámicas de socialización. Una vida social en los barrios de la periferia obrera que tiende a idealizarse por parte de estas vecinas, proyectándose como más cercana, con relaciones vecinales más fuertes y con un mayor uso del espacio público como lugar de encuentro —una imagen en la que habitualmente se mezclan los recuerdos del barrio en tiempos pasados—; frente a una cotidianeidad en el PAU marcada por la *vida hacia dentro* en los residenciales.

Por ejemplo, en su entrevista, Flor compara las relaciones que tenía su madre con las vecinas del barrio y las que ella tiene ahora en el PAU. Piensa que su madre contaba con una red de mujeres que se ayudaban y apoyaban, y que lo hacían “por necesidad”. Los maridos estaban fuera de casa todo el día y ellas se quedaban solas al cuidado de las criaturas y del hogar. Flor contrapone esta situación con su experiencia en el PAU y piensa que aquí las relaciones vecinales son más “una cuestión de voluntad, de querer llevarte bien, de quererte formar grupo”. En la descripción que hace de su urbanización se observa una tensión entre dinámicas de individualización y dinámicas más comunitarias de vida vecinal, aunque según ella sigue primando la relación “por voluntad” y no por “necesidad”. Me explica cómo ella misma tiene que hacer un esfuerzo por ir más allá de los encuentros fortuitos de “hola y adiós” en el ascensor, pero también menciona que el patio interior de la urbanización se convierte en una zona de encuentro donde la gente se acaba relacionando y se forman “grupos”, sobre todo a raíz de la crianza.

Flor. Nuestras madres necesitaban el apoyo de otras vecinas sí o sí porque no había dinero para contratar a alguien, como ahora sí hay, porque los maridos se pasaban fuera de casa horas y horas, jornadas interminables. [...] Antes era necesario, te tenías que ir a comprar y tenías que dejar... Tú no trabajabas pero si tenías que salir tenías que dejar a los niños con alguna vecina. Fue una cuestión de necesidad y de voluntad también, por supuesto, pero ahora ya es más de voluntad que de necesidad. Sí, antes era pura necesidad, necesitabas a las vecinas, efectivamente. Ahora no, es

una cuestión de voluntad, de quererte llevar bien, de quererte formar un grupo... Yo pregunto por ahí y no es lo normal tampoco.

Inés: Eso te iba a decir que yo, por ejemplo, me encanta el grupo de vecinas que tenéis [me refiero al club de lectura].

Flor: Mi madre lo tuvo, muchas madres, ya te digo [...]. Pero era más necesidad, pero ahora es más voluntad, de verdaderamente querer: hacer por verte, hacer por estar, hacer por crear, que la comunidad no solo sea el “hola” y “adiós” del ascensor. [...] Y luego ya es como que la gente se va acoplando porque al fin y al cabo necesitas relacionarte. Necesitas relacionarte y el verano es muy largo y los niños hay que ocuparse de ellos, entonces pues sí se ve luego que se hacen amistades veraniegas.

Laura, originaria de Carabanchel Bajo, me explica cómo su vida se desarrolla entre el PAU y el viejo barrio. Dice que no volvería a vivir en Carabanchel Bajo, sin embargo la mayor parte de su socialización es allí —puesto que es su entorno principal de ocio y amistades— y describe el PAU como un lugar donde prima la individualización, en contraste con los recuerdos del barrio obrero de su juventud.

Laura: Hombre, a mí Carabanchel Bajo me gusta mucho. Ya te digo que yo no volvería, ¿eh? Y es mi barrio y es mi barrio de toda la vida, pero yo ya no volvería, quizá porque mi situación ya ha cambiado. [...] Yo no tengo hijos ni nada, pero es cierto que me apetecen más otras cosas. Me apetece más la tranquilidad, me apetece pues otras cosas ya más que el bullicio de... Entonces ya es otra historia. [...] Jo, pues te hubiera contado más si me hubieras preguntado de abajo, que ese sí que es mi barrio, barrio.

Inés: Ah, ¡pues cuéntame cosas! Supongo que notas diferencias, ¿no?

Laura: Muchísima. Simplemente la gente que vive aquí y la que vivían allí abajo. De hecho la población es mucho más mayor, más vieja, la de allí que la de aquí, pero...

Inés: ¿Y en el rollo vecindad por ejemplo?

Laura: Aquí yo no conozco, yo vivo en una urbanización en la que conozco muy pocos vecinos, muy pocos. Y allí conocía a todo el mundo. O sea, partiendo que nosotros las noches en verano nos bajábamos a la calle, todas las vecinas a la puerta con nuestras sillicas, todos los vecinos. Entonces claro, es que esto no tiene nada que ver, esto es otra historia totalmente diferente, muy diferente. Aquí no... O sea, yo la verdad que he tenido muy buena acogida con mis vecinos, que como vivo sola y tal, la verdad que mi vecinos siempre están como muy pendientes de mí. [...] Pero es un poco rollo raro, bueno cada uno va a su rollo y ya está. Y luego hay un montón de vecinos que ni los conozco, me los cruzo en el ascensor y digo, ¿estos serán de alquiler? No sé si son de alquiler o son gente realmente que vive allí que no los conozco.

Me gustaría señalar dos características más de este doble vínculo, introduciendo en el análisis el paso del tiempo y con él, el ciclo de vida y los cambios experimentados en las trayectorias de los sujetos. Si retomamos el caso de Laura, en su discurso se aprecia que la relación social y afectiva con ambos barrios va cambiando con el paso de los años. Las dobles vinculaciones no permanecen inmutables y estáticas sino que permutan y se transforman con el transcurso de la vida y sus acontecimientos. Por ejemplo, como consecuencia de cambios en la composición de la familia —separaciones, muertes o nacimientos—, virajes en el ámbito laboral o relacionados con el propio proceso de crecimiento o envejecimiento y su redefinición de prioridades.

Cuando Laura se mudó al PAU sus espacios de socialización permanecían en su antiguo barrio: su madre, con la que mantenía una relación muy estrecha, sus amigas y amigos y su ocio. En esta época vivió la mudanza como un exilio, alejándose del

contexto en el que se urdía toda su trama de relaciones y su mundo social. En el PAU se encontraba sola y aislada. Pero su experiencia en el nuevo barrio cambia poco a poco, y en su explicación introduce una relación entre los dos espacios que muta y evoluciona a medida que también lo hace su vida. El PAU se va poblando, llegan algunos servicios públicos y equipamientos —aunque escasos—, y ella va construyendo una parte de su cotidianeidad aquí. Además, su hermano, su cuñada y sus sobrinos se mudan a la urbanización de al lado. Laura me explica cómo la centralidad que el barrio obrero tenía en su vida poco a poco pierde intensidad para dejar de convertirse en el epicentro de su día a día. Y me ofrece varios motivos. En primer lugar, vive la muerte de su madre como un punto de inflexión. Supone el fin del barrio obrero como el lugar de reagrupamiento familiar y el inicio del PAU como el enclave que a partir de entonces va a cumplir esa función de encuentro. En segundo lugar, Laura acompaña el relato de estos hechos con una reflexión sobre su propio ciclo de vida y los cambios que ha experimentado con la edad. Me explica que sus gustos, su ocio y sus necesidades han ido cambiando. Ya no le apetece demasiado irse de fiesta y tener que hacer muchos trayectos, ahora valora más un ocio centrado en el descanso, en pasar tiempo en casa y en dar paseos y salir a tomar algo, pero sin volver tarde. Piensa que el PAU es un lugar que posee las características idóneas para realizar todo eso que ahora le apetece hacer.

Laura no tenía hijos ni hijas —cuestión que, como abordé en el capítulo 3, en parte explica su *miseria de posición* (Bourdieu, 1999 [1993]) en la vida social del PAU—, pero otras mujeres con las que me relacioné sí los tenían, y ahí pude identificar otra dimensión del doble vínculo en su conexión con el paso del tiempo y la relación entre generaciones. En varias ocasiones escuché a Rosa comentar, con cierta preocupación, que su hija Sandra recelaba de los barrios aledaños y especialmente de Pan Bendito. A las retahílas populares que la niña reproducía, tales como “Pan Bendito si no me lo das te lo quito”, se le sumaba el sentimiento de miedo e incomodidad que Rosa detectaba en su hija cuando pasaban por este vecindario cercano a su urbanización. “Si mamá ha nacido en un barrio como este”, le explicaba sin mucho éxito, tratando de despertar en una suerte de inconsciente generacional el origen social de su madre que parecía adormecido. Probablemente la niña había aprendido de muchas formas —y tal vez la menos eficaz sea esta: el marcaje, el recordatorio oral— que su madre “viene de barrio”, pero con toda seguridad también había aprendido que ya no vivía en él. Como no podría ser de otra manera, las disposiciones de Sandra son herederas de la trayectoria social de su madre y sus transformaciones personales, incluso de las que se escapan a su control.

También hubo algo de todo esto en la entrevista con Flor. Durante un rato charlamos sobre las amistades de sus hijos y sus espacios de vida y de ocio, y me explicó que se repartían entre la periferia obrera, donde acuden al colegio y tienen a sus abuelos, y la urbanización. Según Flor, al mayor le gusta mucho estar en casa aunque en la urbanización no tiene demasiados amigos. En cambio disfruta acudiendo a los parques del barrio antiguo para encontrarse con compañeros del colegio. “Es que le gustan otras cosas, como a otros niños de su colegio”, explica Flor. “Me dice, mama llévame el viernes al parque, y yo le llevo, claro, pero es que es el parque de mi barrio”. Y continúa trasladándome las palabras de su hijo: “a veces me ha dicho, podríamos vivir en el barrio de la abuela, mamá”.

En este caso, la trayectoria social de Flor y el vínculo que mantiene con las dos periferias comienza a reproducirse también en su hijo de 12 años. El niño transita ambos lugares, los dos forman parte de su vida y en ellos mantiene vínculos y afectos importantes, y de algún modo comienza a sentir disonancias. Ha heredado el doble vínculo de su madre y también los frutos de su movilidad social. Ha crecido en una casa y en un ambiente donde el capital cultural se cultiva y se valora y es ahora cuando empieza a percibir diferencias con sus amigos del colegio: está más cómodo con ellos que con sus vecinos de urbanización, pero se da cuenta de que al invitarles a casa los chicos se asombran por la cantidad de libros que hay en su salón, algo que a él le resulta del todo normal. “El pobre, le pasa una cosa, y es que cuando sus amigos vienen y ven tantos libros flipan”, dice Flor, y concluye con la siguiente enunciación: “para él es normal, entonces claro, pero vamos que sus amigos son los del barrio de mi madre, o sea los de mi antiguo barrio”.

Al reintroducir el tiempo en el análisis, encontramos que los dobles vínculos evolucionan y se transforman con los cambios que estas vecinas experimentan en sus vidas, y a la par descubrimos que los dobles vínculos también se heredan. Se aprenden, se incorporan y se transmiten de generación en generación como parte de una herencia inconsciente —y por ello tanto más eficaz—¹³¹.

Como he tratado de exponer, en las conversaciones informales del trabajo de campo y en las entrevistas, las vecinas muestran continuamente tomas de posición cambiantes en relación a los barrios de la periferia obrera y al PAU. En sus acciones y discursos se forman secuencias y cadenas de afirmaciones contradictorias que se enlazan de distintas maneras a través de ambigüedades y desplazamientos de la posición. Es posible identificar cientos de ejemplos en la vida cotidiana en los que en la sucesión de acciones o enunciados sobre ambos espacios físicos y sociales se “encadenan posiciones, o una se transforma en otra o se sigue de ella, rompe con ésta, se concilia o se contrapone” (Pazos, 2004: 94). Algo que da cuenta de la multiplicidad de vínculos socio-afectivos que interpelan a estas hijas de la periferia obrera y de la complejidad de las afecciones que les solicitan (op. cit). Lejos de tomar dichas inconsistencias o contradicciones como errores o faltas en los sujetos que sería necesario despejar para acceder al sustrato verdadero —a su opinión más pura, más real, sin ambages—, estos deslizamientos constituyen oportunidades de indagación. De acuerdo con Enrique Martín Criado (2014), analizar las estrategias discursivas que se desarrollan en distintas interacciones permite acceder a las ambivalencias que se hallan estructuralmente en los sujetos, o en determinados grupos sociales, y las soluciones contextuales que se ensayan a estos dilemas. Ambas cuestiones apuntan hacia las múltiples censuras,

¹³¹ Cuando estaba entrevistando a Raúl, el hijo de Marisa, al final de la conversación dijo algo que, de pronto, me transportó a un viaje por las distintas generaciones de familiares trabajadoras en la capital. Le pregunto si siempre ha vivido *aquí*, refiriéndome al PAU de Carabanchel, y me responde refiriéndose al barrio y a la ciudad de Madrid en general. “Yo nací aquí, soy madrileño completamente”, asevera. Y después añade un matiz sumamente interesante: “este es mi pueblo, por así decirlo”. Como es sabido, a partir de la década de los cincuenta la ciudad de Madrid se llena de migrantes que provienen del campo, atraídos por la industrialización de la ciudad y su creciente sector servicios. Son estas familias las que van a poblar lo que más tarde serán los barrios de la periferia obrera. Por ello la mayoría de personas en Madrid “tienen pueblo”, como se dice popularmente, lo que quiere decir que sus familias procedían del ámbito rural de alguna provincia. Por eso resulta significativo que Raúl, con tan solo 12 años, diga que el PAU es “su pueblo”, haciendo una conexión con el origen rural de la mayoría de familias de los barrios del sur. Esta expresión permanece en la capital a través de las generaciones como un vestigio de lo que en otro tiempo fue un doble vínculo vivo.

legitimidades, vínculos y lealtades que se dan cita, e incluso el eventual carácter contradictorio entre todas ellas.

En muchas ocasiones los barrios obreros y algunos de sus pobladores son objeto de crítica explícita o de queja por parte de los habitantes del PAU. Pero la cuestión es que dichos discursos se mueven en una dialéctica subjetiva que pivota entre el distanciamiento y los lazos que siguen manteniendo vivo el arraigo —y en un nivel aún menos explícito, las disposiciones de estos habitantes que remiten a un origen trabajador—. Una de las tentaciones que existen al encontrarse con estas críticas al barrio obrero —y que sin duda fue mi primera propuesta de análisis— es tomarlas como una suerte de ruptura total con el lugar de origen, desoyendo los vínculos y los afectos que de hecho siguen existiendo. Como si dichas críticas o malestares revelaran, entre los habitantes del PAU, la forja de una nueva identidad fuerte y estable, definida en oposición al universo social de la periferia. Lo que digo, justamente, es que no estamos ante la sustitución de un espacio por otro, de una identidad por otra. Antes bien, se trata de comprender que lo relevante se abre camino en ese universo de múltiples vinculaciones: se trata de abrazar el espacio mestizo y complejo que surge de la superposición y la imbricación cotidiana entre ambos mundos sociales relacionales. Como señala Álvaro Pazos (2004: 94): “Las críticas que, desde un determinado lugar y a partir de un momento histórico, hace el sujeto, no niegan ni invalidan el valor afectivo de los vínculos anteriores; incluso, es posible que éste resulte singularmente subrayado gracias a ello”. Desde mi punto de vista, si algo ponen de manifiesto las continuas menciones al barrio obrero que se hacen desde el PAU, es hasta qué punto dicho espacio social se mantiene como una realidad de referencia para sus habitantes.

Lo que propongo entonces es que las estrategias de reproducción social se despliegan dando lugar a posiciones y disposiciones en parte contradictorias, y que esto, lejos de ser un efecto distorsionado —o un *ruido* en la imagen, como se dirían en fotografía—, constituye una propiedad fundamental de dichas estrategias y del espacio social en el que se gestan. Se identifican así por su carácter variable, ambiguo y contradictorio, escapando a toda lógica de exclusividad o de identidad fuerte de clase —como una adhesión sin fisuras a la *clase obrera* o la *clase media*— para abrazar la yuxtaposición y la hibridez. Podríamos hablar más bien de una situación de *multiposición* de clase social atravesada por una tensión o una doble vinculación entre las viejas y las nuevas periferias.

Capítulo 5

La trampa del obrero. Hacia una comprensión de las estrategias familiares de reproducción en tiempos neoliberales

El marxismo al que adherí [*sic*] durante mis años de estudiante, al igual que mi compromiso con la izquierda, quizá no eran más que una manera de idealizar a la clase obrera, de transformarla en una entidad mítica frente a la cual la vida de mis padres me parecía extremadamente condenable. Ellos deseaban con ardor poseer todos los bienes de consumo corrientes y yo veía, en la triste realidad de su existencia cotidiana, en sus aspiraciones a una comodidad que les había estado vedada por tanto tiempo, el signo a la vez de su “alienación” social y de su “aburguesamiento”. Eran obreros, habían conocido la miseria y, como todos en mi familia, como todos los vecinos, como toda la gente que conocíamos, los movía el deseo de poseer todo lo que hasta ese momento les había sido negado y todo lo que les había sido negado a sus padres antes que a ellos. Apenas pudieron, compraron, multiplicando los créditos, todo aquello con lo que soñaban: un auto usado y luego un auto nuevo, una televisión, muebles que encargaban por catálogo (una mesa de fórmica para la cocina, un sillón de cuerina para la sala, etc.). Me afligía verlos permanentemente impulsados por la búsqueda del bienestar material e incluso por la envidia —“¡y por qué nosotros no podemos tener eso también!”— [...]. En mi familia, a todos les gustaba jactarse del precio que había costado tal o cual objeto, pues eso mostraba que uno no estaba necesitado, que había logrado salir adelante. Este gusto pronunciado por el alarde numérico estaba cargado de sentimientos de orgullo y honor. Claramente no correspondía a los grandes relatos del “movimiento obrero” que atiborran mi cabeza. Pero ¿qué tipo de relato político no tiene en cuenta quiénes son realmente aquellos cuyas vidas interpreta y que conduce a que se condene a los individuos de los que habla porque no se encuadran en esa ficción construida? En todo caso, es un relato que conviene cambiar para deshacer su unidad, su simplicidad, e integrar en él la complejidad y las contradicciones. (Didier Eribon, 2017: 86-87)

En la primavera de 2019 los PAU madrileños, que hasta entonces habían pasado desapercibidos para la prensa y la opinión pública¹³², se convirtieron de pronto en el epicentro de los análisis políticos y electorales del momento. Las Elecciones Generales celebradas en abril y las Autonómicas y Municipales que se dieron cita tan solo un mes después —el 28 de abril y 26 de mayo respectivamente—, parecieron elevar a los “nuevos ensanches”, como empezó a llamarlos la prensa, a la categoría de arquetipos de la “nueva clase media urbana” y de oráculos de la sociedad del porvenir. El partido Ciudadanos (Cs), situado en una derecha de corte liberal y con una nueva influencia en el ámbito electoral estatal, había obtenido amplias mayorías en los PAU del norte.

¹³² Antes del ciclo electoral de 2019 se caracterizaban por su invisibilidad en el espacio del debate público y de actualidad. Eran más bien desconocidos y desde luego nadie parecía preocuparse demasiado por quiénes eran sus habitantes y por cómo vivían. No eran noticia. Únicamente aparecían en la prensa, y de forma secundaria, en relación al proceso judicial por la venta de vivienda pública a fondos de inversión durante el gobierno de Ana Botella. Y cuando digo de forma secundaria me refiero a que los PAU, en tanto barrios, no eran objeto de interés en sí, sino que quedaban regalados a una posición de mero telón de fondo. Eran tan solo el escenario en el que sucedía el acontecimiento, el hecho noticiable. Algo interesante es que, mientras que en el segundo cuerpo de noticias los barrios resultaron invisibles, en el debate suscitado con las elecciones fueron los protagonistas. Era de esperar entonces que, como temas separados en la agenda mediática, ambas problemáticas nunca apareciesen conectadas a pesar de coincidir en tiempo y espacio: en ninguno de los artículos en los que se habla de los resultados electorales en los PAU se menciona que son también los barrios donde se emplazan las viviendas públicas vendidas por el Ayuntamiento.

Periodistas, comentaristas de actualidad, politólogos y ensayistas comenzaron a hablar del fenómeno del “cinturón naranja” de Madrid, aludiendo al color corporativo del partido.

En el campo de los especialistas de la opinión pública (Champagne, 1999 [1993]) — espacio heterogéneo que aglutina a los medios de comunicación, pero también la difusión que periodistas y analistas de actualidad hacen de sus propios planteamientos en redes sociales y plataformas digitales— me voy a detener en las representaciones sobre los PAU que han elaborado agentes y medios que estarían en una posición comúnmente entendida como progresista o de izquierdas. Y lo hago por dos motivos: en primer lugar porque considero que han hecho de esta representación una imagen poderosa que ha experimentado una amplia difusión y circulación en la sociedad — también entre los vecinos y vecinas de los PAU, como después veremos—, y en segundo lugar porque en ella adquiere un rol clave la cuestión de la clase social.

Uno de los primeros artículos en mencionar —y fabricar— el fenómeno del “cinturón naranja”, marcando con el nombre una comparación latente con los tradicionales *cinturones rojos* de las periferias obreras, se publica en *elDiario.es* (Plaza y Sánchez, 2019, mayo 18) y va a trazar algunas líneas de reflexión que después otras crónicas retomarán. Se habla de una suerte de nueva clase media urbana, con formación y con empleo, compuesta por familias jóvenes con hijos que tienen un elevado nivel adquisitivo. Este grupo se caracterizaría por una vida con relativas comodidades, entre ellas el acceso a bienes de consumo, la importancia de la propiedad privada y la búsqueda de la tranquilidad, acompañada de un cierto lujo, viviendo en urbanizaciones cerradas en las nuevas periferias. Según la prensa este “modo de vida” o “estilo de vida” alimenta progresivamente una ideología de tipo liberal cuyos intereses y necesidades se verían representados en Ciudadanos, tras la decepción del bipartidismo en dicha generación. De modo que convierten a los PAU y a sus habitantes en una suerte de retrato robot sin fisuras que vendría a encarnar no solo el perfil del votante de Cs, sino un intento de predicción sociológica de la sociedad española. Algunos periodistas hablan incluso de la “nueva clase Ciudadanos” como si de una auténtica clase social se tratase (Rigal, 2019, mayo 2).

La morfología del espacio urbano hace su aparición como un elemento determinante. Se describen los PAU como nuevos barrios sin apenas dotaciones, con calles anchas y vacías, solo transitadas por vehículos, grandes urbanizaciones con servicios y escasez de relaciones vecinales. Y en un ejercicio de causalidad lineal se toma la cuestión de la baja densidad urbana¹³³ como un factor concluyente en el voto.

Lo curioso es que si se acude a los datos electorales¹³⁴ los PAU ubicados en la periferia sur obtuvieron unos resultados bien diferentes, a pesar de contar con la misma

¹³³ Estos análisis no solo resultan problemáticos por la propia argumentación en términos de causa-consecuencia, sino también por la elaboración que se hace de los datos. En el artículo citado (Plaza y Sánchez, 2019, mayo 18) se pone en relación el voto y la densidad de habitantes, comparando la densidad de distritos enteros con la de barrios concretos. Cuando, en todo caso, lo que debería someterse a comparación sería barrios con barrios, distritos con distritos, o el valor medio de cada distrito en relación al valor de su PAU de referencia —por ejemplo la densidad media de habitantes en Carabanchel y la densidad del PAU de Carabanchel y sus respectivos resultados electorales—.

¹³⁴ *El PAÍS* habilitó un buscador para explorar los resultados de las Elecciones Generales del 28 de abril de 2019 por sección censal. En vecindarios como los PAU, donde los residenciales ocupan prácticamente una manzana entera, esta herramienta permite aproximar los datos de voto casi hasta el nivel de urbanización

morfología y diseño urbano. En el PAU de Carabanchel obtuvo mayoría el PSOE (Partido Socialista Obrero Español) y en el de Vallecas el voto estuvo repartido entre este partido, Unidas Podemos y Cs, mostrando en ambos casos una continuidad con los resultados de sus distritos de referencia. Es decir, en estos ensanches el voto estuvo en consonancia con el voto mayoritario en Carabanchel y Villa de Vallecas. En los desarrollos más recientes del sur como Los Berrocales el voto también fue para el PSOE y en El Cañaveral para Cs, tal vez por eso muchos artículos incluyeron este último junto a los PAU del norte a pesar de estar geográficamente en el sureste. Así, en estos análisis los ensanches del sur quedaron subsumidos en unas representaciones, por lo demás bastante estereotipadas, elaboradas a partir de las características de los del norte, experimentando un doble efecto de invisibilización: que se omita su realidad específica y que se les imponga al mismo tiempo la de otros contextos.

Pude comprobar los efectos de esto último en mis conversaciones con algunas vecinas del PAU de Carabanchel. Al charlar con Marisa y con Flor observé que reproducían, en parte, los discursos de la prensa y los usaban para valorar su propio vecindario. Tal y como analizo con más detalle en el epígrafe dedicado a Flor en el capítulo 4, ella me hablaba con preocupación de la supuesta victoria de Cs en el barrio, proyectando sobre sus vecinos y vecinas la imagen que la prensa había construido en base a los ensanches del norte y había hecho extensible a todos los PAU. Y al mismo tiempo se defendía de esa representación argumentando que ningún habitante pudo decidir sobre el urbanismo de su barrio. El uso de las visiones mediáticas integrándolas en los discursos propios, a veces para adoptarlas y otras para contradecirlas, muestra hasta qué punto actúan como fuentes de legitimidad. Los efectos de realidad (Champagne, 1999 [1993]) de estas noticias han generado una tergiversación de los resultados electorales y de las propias realidades sociológicas de los PAU, contribuyendo al mismo tiempo a fabricar y a recrear la realidad social que sus propias representaciones proyectan. De hecho, en el PAU de Carabanchel se dio un fenómeno electoral bastante interesante al que estos discursos mediáticos han sido ciegos. En medio del mapa rojo del voto mayoritario al PSOE, hubo cuatro secciones censales en las que obtuvo mayoría Cs. Esto significa que el partido naranja ganó en realidad en un conjunto bastante reducido y concreto de urbanizaciones: cuatro o cinco residenciales que debido a sus particularidades o a su coyuntura específica votaron así. Podrían tratarse, como me comentó un miembro de la Asociación de Vecinos de Carabanchel Alto, de cooperativas de vivienda “gremiales” de determinados cuerpos como policías municipales o empleados de otros servicios. Aunque es cierto que, si bien en los PAU del sur Ciudadanos no obtuvo la mayoría que mediáticamente se les atribuyó, sí existió un aumento del voto a este partido entre sus habitantes.

Durante los siguientes meses continuó la difusión de artículos y reflexiones (véase Dioni López, 2019, mayo 15; Caballero, 2019, junio 9; Prieto, 2019, julio 21) que retomaron las líneas de análisis comentadas, aunque introduciendo elaboraciones algo más complejas —como manejar la influencia del espacio urbano de un modo menos determinista—. Poco a poco los análisis fueron extendiéndose también a los nuevos vecindarios de urbanizaciones localizados por todo Madrid, sin hacer apenas diferencias entre el origen social de sus habitantes y apelando de un modo general a esa difusa

o de conjunto de dos o tres urbanizaciones. Puede consultarse en el siguiente enlace: https://elpais.com/politica/2019/05/01/actualidad/1556730293_254945.html

clase media. De nuevo el planteamiento que primaba, la idea de fondo que se compartía, era que los habitantes de los nuevos barrios eran víctimas de una suerte de alienación mecánica, una manipulación política y económica que los empujaba, cual moscas a la miel, a un estilo de vida consumista, complaciente e individualista. Y por tanto que sus prácticas económicas y residenciales eran el resultado de un interés ulterior que los manejaba a su antojo: una reacción mecánica que además no puede dejar de observarse con cierta decepción. Estos discursos no dejaban otro motivo más que la alienación capitalista para explicar por qué cientos de personas se fueron a vivir a los nuevos barrios de la periferia durante la burbuja inmobiliaria.

Los comicios electorales se fueron sucediendo, el voto en los PAU siguió cambiando — al igual que lo hizo en otros tantos sitios en un contexto caracterizado por la poca estabilidad en términos electorales— y sin embargo los análisis sobre los nuevos ensanches de este sector de la opinión pública no se modificaron sustancialmente. Lo que valía para explicar un voto también ha valido para explicar el contrario¹³⁵, reforzando así una representación de los nuevos ensanches cada vez más estereotipada y despegada de sus realidades sociales. Hasta llegar a las últimas elecciones celebradas en la Comunidad de Madrid en mayo de 2021, cuando algunos analistas y periodistas terminaron por consagrar a los PAU y a sus habitantes en la encarnación del centro sociológico, en el votante medio, entendido como el perfil de una mayoría social de “clase media aspiracional” cuyo voto estaría en disputa entre la derecha y la izquierda. En estos comicios, por cierto, el Partido Popular cosechó amplias mayorías por todo Madrid.

Me gustaría analizar dos de los planteamientos que comparten estas visiones mediáticas y que actúan como presupuestos implícitos. Por un lado, se apoyan en una concepción determinista y esencialista del espacio urbano y por otro, manejando una noción de clase social igualmente sustancialista y unívoca, lanzan una representación de los habitantes de los PAU que no deja margen para la comprensión de la diversidad, los cambios y las contradicciones que surgen al calor del proceso de transformación de la clase trabajadora.

En primer lugar, el tipo de relación determinista que se establece entre el espacio físico y el espacio social podría entenderse, retomando las investigaciones recogidas en la *Miseria del Mundo*, como un *pensamiento sustancialista de los lugares* (Bourdieu, 1999 [1993]: 119). Con este término Pierre Bourdieu se refiere a las representaciones sociales y mediáticas que se generan sobre determinados enclaves urbanos asimilados como problemáticos. Vecindarios con mala fama que, obviando los efectos más violentos de la desigualdad cotidiana encarnada, se construyen como peligrosos y marginales. Con frecuencia sus apariciones en la opinión pública tienen su origen en sucesos que la prensa aprovecha para sacar de contexto y continuar alimentando un imaginario que discurre entre la victimización y la condena. Se ponen en circulación imágenes simplistas, caricaturizadas y estereotipadas que vienen a reforzar, si no a empeorar, la representación que se tiene de algunos lugares y de las gentes que los habitan. En el

¹³⁵ Me refiero al aumento del voto a Vox en la repetición de las Elecciones Generales en noviembre de 2019 (Barraza, 2019, noviembre 11; Prieto, 2019, noviembre 12; Maestre, 2019, noviembre 12; Vicente Guisado y Pérez-Guzmán Arbáizar, 2019, noviembre 13) y a las amplias mayorías obtenidas por el Partido Popular en las Autonómicas celebradas en mayo de 2021 (Maestre, 2021, marzo 23; Dioni López, 2021, marzo 27; Prieto, 2021, mayo 11).

caso de las visiones mediáticas que me ocupan tomo este concepto, salvando las distancias entre los PAU y los contextos a los que Bourdieu se refiere, para señalar el tipo de relación entre el hábitat y los habitantes que en ambos casos se presupone.

Estos discursos reposan sobre la tesis de que irse a vivir a un PAU, en cuanto barrio de urbanizaciones cerradas, conlleva progresivamente un aburguesamiento y la adopción de una ideología liberal o conservadora que se reflejaría en el voto electoral. Implicaría entonces la incorporación por parte de jóvenes parejas de las capas “medias” o “medias-bajas” —el origen social permanece siempre como un asunto difuso— de un estilo de vida y unos valores individualistas y consumistas, que pasarían a formar parte de su modo de ver el mundo y de sus esquemas políticos e ideológicos. Este planteamiento aúna dos tipos de esencialismo o de sustancialismo. Primero, que el comportamiento a la hora de votar en unas elecciones refleja la verdad de quien vota. Algo así como su opinión más verdadera o su ideología más real. Lo que supone, de entrada, la confianza en que los sujetos tienen una única opinión consciente, coherente y verídica, y que se mueven por unas guías de acción estables a las que hay que acceder a través de un desvelamiento. Y el segundo tipo de esencialismo consiste en pensar que el espacio urbano tiene la capacidad de generar de un modo automático y determinante ciertas formas de vida, valores e ideologías. El urbanismo bastaría para producir por sí solo unos comportamientos y actitudes, como si el espacio construido portara un virus y fuera capaz de inoculárselo a quienes residen en él. Por usar una imagen, podríamos decir que el espacio aparece como un molde que obliga a adoptar su forma a todos los cuerpos que caen en su superficie¹³⁶.

En segundo lugar, se representa a los habitantes del PAU, en ocasiones rozando la condescendencia y en otras el desprecio, como un grupo social homogéneo y alienado, que ha sido víctima de la sociedad del consumo sucumbiendo a la propiedad privada y a la comodidad de todo lo que puede comprarse —seguridad, privacidad, vacaciones, un coche o dos, colegio concertado—, y que habría experimentado un aburguesamiento de poca monta. *Un quiero y no puedo* como suele decirse. La representación que se elabora de esta población, que pivota entre la victimización y la culpabilización, podría resumirse en la idea “culpables de haber sido víctimas”. Las distintas argumentaciones parten de un tronco común que entiende los PAU a través de la siguiente ecuación: un barrio de urbanizaciones, piscina, coche y casa en propiedad genera necesariamente una ideología (neo)liberal y un grupo de población que, a través del consumo de esa forma de vida, desea ser clase media. Como señalaba anteriormente, estas representaciones eliminan por completo la posibilidad de que existan prácticas sociales —como decisiones familiares, económicas o educativas—, no necesariamente conscientes, por fuera de una suerte de dominación mecánica capitalista. Por eso entre análisis y análisis electoral se abrió camino un debate sobre la llamada “clase media aspiracional” —en el que ha tenido cierta relevancia el escritor y periodista Daniel Bernabé (2018; 2021, mayo 17)— donde lo que se nombra como aspiración solo se entiende como el resultado de una dominación hacia la acumulación capitalista. Y nunca

¹³⁶ Esta concepción del espacio también está presente en muchas visiones desde las Ciencias Sociales. De hecho, recuerda sobremanera a los planteamientos de la Escuela de Chicago —precursores de la etnografía urbana (Cachado, 2018)—: su *modelo ecológico de ciudad* consideraba que el tamaño y la densidad del espacio urbano definía los comportamientos sociales que en él se producían.

desde el prisma de las estrategias orientadas a la reproducción. Del empuje por vivir mejor, por dejarle algo más a los hijos y a las hijas.

La clase social aparece entonces, aunque se hable de cambio, como algo más bien estático, coherente y homogéneo. Como un receptáculo del que se desea salir o entrar —uno del que escapar y otro al que acceder—. Se emplea una idea de clase esencialista y unívoca que no es capaz de incorporar las complejidades, ni en relación a la diversidad y heterogeneidad de las realidades sociales, ni en lo relativo a las múltiples contradicciones y tomas de posición que pueden convivir en un mismo sujeto. Y entre líneas estos analistas manejan una determinada concepción de la clase trabajadora, de su *deber ser*, que actúa como referente. Una definición que en muchos aspectos sigue pegada a la imagen idealizada de la clase obrera fordista del siglo XX, reproduciendo una vez más todos los vacíos y realidades ensombrecidas que dicha noción trae consigo: con una impronta racista al contemplar solo un tipo de sujeto obrero que es nacional; patriarcal, al estar asentada sobre el modelo heterosexual de familia nuclear y ser ciega al trabajo reproductivo; al estar construida sobre la esfera productiva salarial, valorando únicamente las actividades formales y remuneradas y por tanto construyendo los derechos sociales desde esa plataforma; o excluyendo múltiples actividades, contextos y sujetos que formarían parte de un espacio social trabajador y popular que siempre ha sido diverso.

De este modo los discursos mediáticos sobre los PAU capturan a su población en una suerte de prescripción paradójica. Les sitúan ante dos órdenes contradictorios de clase que no pueden obedecerse simultáneamente. De un lado se encuentra la idealización de una clase obrera que ya no existe —si es que alguna vez lo hizo bajo esta forma— y la construcción de un pasado mítico de sus vecindarios, como barrios obreros homogéneos sociológicamente, vertebrados por la solidaridad, la conciencia de clase, la escasez y las duras condiciones de vida. Y de otro lado aparece la condena y la culpabilización por el aburguesamiento. Aquí las mejoras que los sujetos desean para sí y para los suyos se entienden como muestras del triunfo de la sociedad capitalista y como deseos de pertenecer a una clase media que permanece en lo aspiracional. Finalmente lo que hacen es aprisionar a la población de las nuevas periferias en la clásica dicotomía *resistencia o sumisión*, interpretando sus prácticas alternativamente como evidencias de lo uno o de lo otro. Según Jesús Ibáñez (1997) —y apoyándome en el trabajo de Marina Requena-i-Mora (2015)— este tipo de disyuntivas, características de las situaciones de doble vínculo, enmarcan a la población en un orden simbólico que resulta paradójico: “si obedece, no obedece; si no obedece, obedece”. De forma que hagan lo que hagan caerán en falta.

Frente a dichas representaciones, y a sus presupuestos sobre el espacio urbano y la clase social, en esta etnografía he intentado construir otra propuesta, una sensible a las estrategias prácticas de reproducción desarrolladas por los sujetos y los grupos familiares. Mi planteamiento se apoya sobre tres ejes que aparecen entretejidos a lo largo del trabajo. Uno, la necesidad de restablecer las condiciones sociales de producción en las que ciertas decisiones o prácticas sociales como irse a vivir a un PAU, adquirir una vivienda en propiedad, elegir un modelo de residencial, comprar dos coches, escolarizar a las criaturas en centros concertados o nombrarse alternativamente como pobre y como clase media, se vuelven no solo razonables o comprensibles sino *necesarias* —*taken for granted* que dice Bourdieu (1999 [1993]: 542)—. Por eso he

tratado de dibujar un mapa lo más complejo posible en el que los discursos de las vecinas del PAU y sus estrategias familiares se vuelvan inteligibles al calor de procesos sociohistóricos, trayectorias personales y familiares, contextos presentes y pasados, y también situaciones concretas. Dos, las prácticas desarrolladas en torno a la vida en el nuevo barrio pueden entenderse como acciones que no tienen su origen ni en una elección consciente y racional ni en una dominación determinista. Son *estrategias prácticas* que se desarrollan en un contexto y bajo unas exigencias cuyos protagonistas no eligen. Y tres, frente a la tentación de desechar las inconsistencias que despliegan los sujetos —algo que sin saberlo estaba en mis primeras propuestas de análisis—, he tratado de abrazar las ambivalencias de este grupo de clase trabajadora, las hijas de la periferia obrera que habitan los PAU, para tomarlas como parte de la complejidad que lo caracteriza. Contra los planteamientos esencialistas sobre el espacio urbano y la clase social, he querido desarrollar un enfoque sensible a lo procesual, a los cambios y a las transformaciones, a la heterogeneidad y a las contradicciones. La clase social no puede tratarse como una *cosa* cerrada, predefinida y homogénea, que está allá lejos y allá arriba, por fuera de los sujetos. No es un traje que se pueda quitar y poner. Al hacerse cargo desde una perspectiva constructivista de su dimensión dinámica y conflictiva, y de lo que implican los procesos de encarnación e incorporación de las construcciones sociales, se abre un vasto universo a explorar de vínculos, disposiciones y tomas de posición cambiantes, estratégicas y ambiguas que hacen saltar por los aires cualquier intento de capturar analíticamente a este grupo social en una vitrina de cristal.

Con todo ello he tratado de ofrecer algunas respuestas, siempre provisionales, a los dos interrogantes o líneas de reflexión que se abrieron en la introducción del trabajo. Estos partían del largo proceso de transformación de la clase trabajadora y sus modos de reproducción para preguntarse cuál era la relación, en primer lugar, entre dicho proceso y las nuevas periferias de urbanizaciones y, en segundo lugar, su relación con los cambios en las identidades individuales y colectivas. Esto es, qué papel juegan en el proceso de transformación de la clase trabajadora las periferias neoliberales de los PAU —la propia transformación de los espacios de vida— y qué características presenta la dimensión de clase social que envuelve la vida en ellas.

5.1. “Mejorar a través de la vivienda”. Hijas del barrio obrero y estrategias de reproducción social

I. Las condiciones sociales

Las visiones mediáticas construidas en torno a los PAU madrileños difunden una imagen de estos espacios, monolítica y acabada, como barrios que materializan el triunfo de la clase media, los valores capitalistas del consumo y la propiedad privada, y el abandono por parte de sus habitantes de una supuesta vida e identidad de clase obrera. A contrapelo de estas representaciones, la etnografía en el PAU de Carabanchel muestra un panorama sin duda más complejo que, si bien no es extrapolable en su totalidad al resto de nuevos desarrollos, ilumina algunas claves que pueden resultar útiles para comprender tanto el contexto general que comparten como sus diferencias.

Durante el último ciclo financiero-inmobiliario (1995-2007) muchos jóvenes nacidos en los años setenta en los barrios de la periferia obrera de Madrid se endeudaron para adquirir una vivienda en los nuevos barrios residenciales conocidos como PAUs, especialmente en los ubicados al sur de la ciudad. Aunque parezca alejarse demasiado en el tiempo, esta decisión económica y familiar puede enmarcarse en el largo proceso de transformación de la clase trabajadora y de sus vecindarios que discurre en paralelo a la adopción de políticas neoliberales. Como expliqué en el capítulo introductorio, una de las características del proyecto político neoliberal y de su reconstrucción de los nexos entre mercado, Estado y ciudadanía, ha consistido en dinamitar las bases sobre las que se desplegaban los medios de vida de la clase trabajadora —por ejemplo mediante los ataques al salario y la flexibilización del mercado laboral—, destruyendo también las protecciones colectivas y generando una paulatina desresponsabilización del Estado en la provisión de los bienes y servicios básicos para sostener la vida. Como consecuencia de este abandono de la responsabilidad estatal en la reproducción social emerge con fuerza el principio de la responsabilidad individual y la búsqueda de soluciones atomizadas. Para las economías domésticas, y especialmente para las más vulnerables, la provisión de bienes fundamentales y la búsqueda del bienestar pasa necesariamente por la sumisión al empleo flexible y por estrategias cada vez más centradas en el consumo y el endeudamiento, reforzando con ello el peso del mercado. Se trata por tanto de una transformación de los medios y las estrategias familiares de reproducción que emergen, se modifican, adaptan y reinventan al compás de los cambios políticos, económicos y sociales.

En el caso del Estado español, el sector inmobiliario, con su inserción como uno de los pilares del sistema productivo, ha jugado un papel central en el proceso de privatización de la reproducción social. En nuestro país las políticas de vivienda desde los años del desarrollismo franquista han promocionado la vivienda libre y en propiedad haciendo de la tenencia un recurso fundamental para las economías domésticas y fraguando así, década tras década, unas disposiciones sociales propensas a la compra. Tal y como se muestra en los primeros capítulos, esta dinámica se refuerza a medida que avanzan las políticas neoliberales y alcanza su máxima expresión en la burbuja de 1995-2007. Durante ese ciclo el repertorio de políticas financieras e inmobiliarias impulsaron aún más la propiedad como un recurso y un seguro para las familias, utilizando la vivienda como un vector privilegiado para el proceso de financiarización de las economías domésticas: mientras disminuía el peso del salario en la composición de la renta de las familias y en su capacidad de consumo, ganaban importancia la revalorización de los bienes inmobiliarios, los créditos y el endeudamiento como recursos a su disposición (López y Rodríguez, 2010).

La adopción por parte de las administraciones de políticas neoliberales ha impulsado varios procesos interrelacionados que nos interesan: la desregulación y precarización del mercado de trabajo, el deterioro y la privatización de los bienes públicos y comunes, y el abandono del compromiso estatal en la provisión de recursos y servicios esenciales para sostener la vida. Esto significa que se degradan el salario, los mecanismos de aseguración colectiva y los derechos sociales, al tiempo que se sustituyen por un proceso de responsabilización individual de la reproducción social que recae sobre los recursos y la deuda de los hogares. Todo ello en un proceso de precarización general de la vida. En este marco se hace comprensible la centralidad que adquiere la propiedad

inmobiliaria en el conjunto de estrategias familiares, construida sobre un poso histórico de políticas de vivienda y renovada durante la pasada burbuja.

Mientras tanto, al calor de la misma burbuja se proyectan al sur de Madrid, a través de las formas del urbanismo neoliberal —algo que se detalla en el capítulo 1—, unos nuevos desarrollos que se levantan en las proximidades de las antiguas periferias obreras. Presentan unos rasgos urbanísticos, arquitectónicos y simbólicos muy distintos a los de sus vecindarios cercanos. Son barrios de grandes dimensiones con escasos servicios y equipamientos públicos, con una trama reticular de amplias avenidas y urbanizaciones cerradas que recuerda al urbanismo de los barrios con estatus, y están protagonizados por residenciales con servicios privados al interior. Unos productos inmobiliarios que debido a su localización, precio, características y disponibilidad, se ajustaban a las necesidades de una generación de chicos y chicas de barrio que, despuntando la veintena y recién incorporada al mercado laboral, iniciaba el proceso de compra de una vivienda.

En esta etnografía me he aproximado a esa generación que creció en unos barrios donde las economías domésticas eran casi tan precarias como los servicios y equipamientos públicos, y se hizo adulta de la mano de unas políticas neoliberales que progresivamente iban transformando la sociedad y también aquellos antiguos barrios obreros, introduciendo en ellos los principios de escasez y de inclusión diferencial (Ávila y García, 2015a). Unos vecindarios, ya de partida heterogéneos, que fueron complejizándose en relación a las múltiples procedencias y niveles de vida de sus habitantes —ya no solo provenientes de todos los rincones del territorio nacional, sino también del mapa internacional—, y que acogieron en su seno un nuevo abanico de espacios, expectativas y trayectorias sociales (Carabancheleando 2013a, 2017; Ávila, García, García, García, Montero y Parajuá, 2015). En esta investigación, dentro de la diversidad de gentes que habitan el PAU de Carabanchel, me he centrado en ese grupo de población que denomino hijos e hijas de la periferia obrera, y especialmente en ellas: las vecinas del PAU.

II. *Unas prácticas razonables*

Lo que propongo es que la mudanza al PAU de Carabanchel y la compra de una vivienda en un residencial pueden entenderse como *estrategias de movilidad social* que forman parte de un conjunto más amplio de *estrategias familiares de reproducción social* (Bourdieu 1991 [1979], 2002 [1994], 2018). Me refiero a un conjunto no coherente y diverso de prácticas por medio de las cuales los individuos y las familias tienden a mejorar sus condiciones de vida y su posición social. Lo que he perseguido al inscribir estas decisiones residenciales, económicas o educativas en su contexto de referencia —en el conjunto de condiciones y relaciones que las hacen ser lo que son—, es que se revelasen como *prácticas razonables*: que no tienen su origen ni en una decisión libre y racional —no son proyectos diseñados de forma consciente y acabada por los sujetos— ni en una dominación mecánica —ni tampoco la consecuencia determinista de una alienación—. A contra corriente del grupo de periodistas y analistas que mencionaba antes, creo que no deben entenderse como el resultado de una manipulación que conduce irremediabilmente hacia una suerte de falsa conciencia de “clase media aspiracional”, pues esta perspectiva implica reducir la complejidad de la acción social a un simple engaño. En cambio, pueden conceptualizarse como *estrategias prácticas* que

estos hijos e hijas de la periferia obrera, y sus redes familiares, desarrollan en determinados campos y que son fruto de necesidades, gustos, aspiraciones e intereses que se gestan en contextos sociales particulares. Esto no implica abandonar toda posibilidad activa o inventiva. Más bien se trata de ubicar al agente social como productor de prácticas con capacidad de improvisación, teniendo en cuenta que su margen de maniobra depende de las condiciones sociales y de su posición relativa en el espacio en el que dichas prácticas se encuentren comprometidas.

En mi trabajo me centro en tres tipos o grupos de estrategias familiares —desarrolladas en el capítulo 3— que los habitantes del PAU despliegan en la cotidianeidad del nuevo barrio, y especialmente en los dos residenciales en los que viví, enfocándome en las experiencias y discursos de mis vecinas mujeres.

En primer lugar, abordo las *estrategias residenciales y económicas* involucradas en la compra de la vivienda y la elección del vecindario, intentando restablecer algunas de las condiciones de producción que rodearon esa decisión. Para ello resulta pertinente la tensión que se produce entre: la orientación de la política de vivienda en el Estado español, la oferta inmobiliaria de residenciales durante la burbuja y sus discursos publicitarios, y las disposiciones en materia habitacional del grupo social en el que centro mi etnografía. He intentado así *comprender* sus motivaciones como jóvenes de barrio para mudarse al PAU, preguntándome *por qué* compran un piso en un residencial con servicios privados y *cómo* lo adquieren. Entre otras cuestiones, aquí se revela la importancia de las trayectorias familiares y el contexto de la unidad doméstica de origen. Cuando mis vecinas me explicaban cómo llegaron al PAU, en sus relatos aparecían a menudo figuras familiares que habían intervenido en este proceso: brindando información sobre las cooperativas, asesorando en la decisión, ayudando en el plano económico y en la puesta a punto del piso o proporcionando un lugar donde vivir mientras se realizaba la entrega del nuevo apartamento. Las redes familiares y también las redes de amistades vinculadas al barrio obrero jugaron un papel crucial en el proceso de compra. Y no solo en este plano explícito, también a través de todo un repertorio de gustos, preferencias, expectativas y trayectorias que hunden sus raíces en el contexto familiar y social de origen.

En segundo lugar, me inmiscuyo en la cotidianeidad de las dos urbanizaciones en las que residí para explorar cómo se organiza la vida y las relaciones vecinales en estas comunidades de propietarios. El conjunto de estrategias que se desarrollan en este ámbito guarda relación con la construcción de las urbanizaciones como espacios fundamentales de socialización en el PAU, lo que he definido como *vida hacia dentro*. Como muestro en el capítulo 3, esta dinámica presenta al menos cuatro rasgos.

(I) Primero, se produce una atomización en la célula familiar. El ámbito del hogar se erige como un espacio de vida fundamental. La vida familiar toma tal centralidad que las relaciones vecinales, tanto en el barrio como en la urbanización, se organizan a través de ella, especialmente en torno a las prácticas que envuelven la crianza¹³⁷. Además,

¹³⁷ En la etnografía se muestran grupos y sujetos que se sitúan de diversas maneras ante esta dinámica general de *vida hacia dentro*, y aparecen también espacios, actividades y situaciones que se desarrollan en las periferias de estas lógicas de socialización. Como el club de lectura feminista o los grupos de solteros y solteras de los residenciales. También se recogen historias de mujeres, como María o Ana, que atraviesan situaciones de soledad por no haber formado la familia que deseaban o por haberse separado.

gran parte de las actividades de ocio y socialización se desarrollan en el residencial, en sus espacios y servicios privados, y por tanto, en detrimento del espacio y los bienes comunes y públicos. (II) Segundo, la constitución de las urbanizaciones como espacios cerrados con un repertorio de dispositivos securitarios, formales e informales, alienta las dinámicas de atomización, facilitando el control de la propia comunidad vecinal y de sus límites. Se produce entonces una socialización controlada, en un espacio privado-cerrado y con grupos sociales que se (re)conocen y se entienden como semejantes. (III) Tercero, en estos modelos de residencial que generan gran cantidad de tareas y servicios se urde también una red de empleados y empleadas que trabajan para la comunidad, la mayoría personas migrantes y/o de los barrios de la periferia obrera. En estas relaciones, mediadas por vínculos laborales pero no solo, se reproducen algunas continuidades y discontinuidades sociales sobre las que se asienta la periferia neoliberal del PAU en relación a la periferia obrera. Todas estas cuestiones se encuentran involucradas en ese mejorar las condiciones de vida que persiguen las estrategias familiares de reproducción. Como me decía Ruth mientras charlábamos sentadas junto a la piscina de su residencial, viendo a su hijo jugar: “aquí lo tienes un poco todo”.

Quisiera detenerme en el cuarto rasgo (IV): la relación que se establece entre esta configuración de la socialización y las dinámicas de género. Lo que he llamado *vida hacia dentro* es consustancial a la expansión y el sobredimensionamiento de la esfera privada que se produce en el PAU. Tal y como he mostrado, se efectúa sobre una retracción del espacio y la dimensión pública, y en paralelo, sobre una recentralidad del hogar y la célula familiar en detrimento de otras relaciones sociales. Se puede decir que el patio interior y en general los espacios comunes del residencial se convierten en una prolongación del ámbito doméstico. Lo doméstico se dilata, se estira, rebasa las fronteras de la casa y se desparrama por la urbanización. Esto se traduce en una mayor carga de trabajo reproductivo para las mujeres: además de cuidar y acompañar a los hijos e hijas y encargarse de las actividades domésticas, son las que mayoritariamente realizan actividades deportivas dentro del residencial —como clases de yoga, pilates o zumba—. Esto les permite simultanear el tiempo de ocio con el tiempo reproductivo. Al ser ellas las que más tiempo pasan en la urbanización, y además lo hacen socializando en torno a la crianza o al deporte, juegan un rol clave en el espacio residencial, tanto al interior de la unidad familiar como en el mantenimiento de las relaciones vecinales. Y esto supone un influjo de recursos, información y contactos para la unidad doméstica.

Considero que el papel tan importante que desempeñan las mujeres en *la vida hacia dentro* de los residenciales pone de manifiesto el aporte específico que realizan a las estrategias de reproducción y la centralidad que ostenta el trabajo reproductivo en ellas. Se puede decir que son las protagonistas del espacio residencial, un ámbito que, tal y como evidencia esta etnografía, ocupa un lugar privilegiado en las estrategias familiares. Es más, pienso que esta cuestión no puede desligarse del proceso general de privatización de la reproducción en las unidades domésticas: si las políticas neoliberales reintroducen el peso del hogar y la familia en la provisión de recursos y en la responsabilidad de mantener el bienestar de sus miembros, esto genera también mutaciones en el tipo de aportes que ha de realizar el trabajo reproductivo, todavía hoy desempeñado fundamentalmente por mujeres. Por eso, a modo de interrogante, dejo abierta siguiente reflexión: teniendo presentes las características que adquiere la socialización en los PAU —lo que implica esa *vida hacia dentro*—, y contextualizándolo

en la dinámica general de privatización de la reproducción social, me pregunto si no nos encontramos ante una rearticulación del modelo de familia patriarcal. O al menos ante una transformación o reinención de su papel ante las exigencias del capitalismo neoliberal.

En tercer lugar abordo un último grupo de estrategias, las educativas, que se desarrollan tanto en el espacio residencial como en el escolar y por medio de las cuales las familias intervienen en el proceso de socialización de sus hijos e hijas. Una dimensión fundamental de las estrategias de reproducción y de movilidad social es precisamente su carácter intergeneracional: su razón de ser está íntimamente ligada a la posibilidad de dejar como herencia a los hijos e hijas las mejores condiciones posibles para desarrollar su vida en un futuro. Y no solo en un plano económico o material, sino en un acervo de recursos formativos, morales, culturales y sociales. En lo relativo al espacio residencial, la mayoría de madres valoran la comodidad de las urbanizaciones para la época de crianza, ya que son un lugar controlado física y socialmente donde los niños y niñas pueden jugar y relacionarse con otras criaturas semejantes. Algo parecido sucede en las escuelas del PAU, en las privadas y concertadas y en las públicas. A través de los programas bilingües y de otros sistemas de segregación más o menos informales, se termina derivando a los niños migrantes, gitanos o con menos recursos a los centros que están en el barrio contiguo. De modo que las escuelas del PAU, estando en el distrito de Carabanchel, se configuran también como un entorno alejado de los colectivos sociales más vulnerables y estigmatizados.

Se puede argumentar entonces que esa mejora de *la calidad de vida*, como suele decirse, se define en este contexto en contraposición a ciertos elementos que caracterizan la vida en los barrios de la periferia obrera, como espacios atravesados por la escasez y la precariedad. El ascender socialmente, el *vivir mejor*, supone una mejora de las condiciones de las que se proviene. En este caso y para este colectivo social, implica mejorar algunos aspectos de la vida en la periferia caracterizada, por lo general, por la mala calidad de las viviendas, su tamaño más pequeño y su deterioro; el aparcamiento escaso cuando las jornadas laborales se dilatan y los trayectos en coche se hacen necesarios; el contar con servicios y equipamientos saturados que han de compartirse con poblaciones de bajos recursos; el habitar espacios donde la violencia estructural hace que los conflictos estallen con más facilidad... Se trata, en cierto modo, de un ejercicio de separación o diferenciación respecto de los colectivos inmediatamente inferiores en el espacio social.

Estas dinámicas de diferenciación están presentes en diversas esferas de la vida cotidiana del PAU. Consisten en prácticas que marcan un distanciamiento respecto del espacio social y físico de la periferia obrera, en relación a las condiciones de vida pero, sobre todo, en relación a ciertos grupos sociales que se asimilan como problemáticos. Se señalan enclaves del PAU que cuentan con estos moradores, como algunos edificios de vivienda pública y el centro de acogida municipal. Y también barrios estigmatizados de la periferia colindante como Pan Bendito.

Considero que la mudanza a la nueva periferia que, como hemos visto, funciona como un paraguas capaz de aglutinar múltiples estrategias de reproducción en diversos ámbitos de la vida, puede entenderse como parte de las *luchas por la apropiación del espacio* (Bourdieu, 1991 [1979]; 1999 [1993]). Si la organización del espacio físico y de

los grupos que lo habitan se construye a través de una distribución y un acceso desigual a bienes y servicios; con frecuencia se producen luchas para conseguir mayores posibilidades de apropiarse de los recursos deseados y también para alejarse o acercarse a grupos sociales (in)deseables. Conviene tener en cuenta que la proximidad en el espacio físico permite que la proximidad en el espacio social produzca sus efectos, dando lugar al juego de exclusiones. En algunos casos favorece la acumulación de capital social y el acceso a recursos que son valorados. Y, a la inversa, quienes ya carecen de recursos suelen estar alejados de ellos a través de una dinámica que tiene por efecto el redoblar esa separación.

En este caso, la movilidad en el espacio urbano sería una forma de acceder a determinados bienes y servicios, materiales y simbólicos, que reportan una mejoría en la vida de los sujetos y los grupos familiares. La mudanza al PAU, la compra de una vivienda en un residencial o la escolarización de las hijas y los hijos en determinados centros educativos y no en otros, constituye un conjunto disperso de estrategias para acceder a unas mejores condiciones de vida, a un entramado de relaciones y de bienes.

III. *Entre contradicciones y dobles vínculos*

En esta investigación he tratado de operacionalizar el concepto de clase social concretándolo en situaciones de la vida cotidiana en el PAU. Para ello en el capítulo 4 identifiqué y describo algunas prácticas sociales —espacios, acciones, actitudes, interacciones— de las vecinas hijas de la periferia obrera tomándolas discretamente como indicios de su posición social, y valorando también sus distintas tomas de posición.

Me detengo primero en varios ámbitos, indicios de *disposiciones sociales*, como la decoración y organización de las viviendas, la dimensión del cuerpo y la *hexis corporal*, las formas de hablar y de expresarse, y los modos de habitar la urbanización —ocupando el espacio y apropiándose de él—. Disposiciones todas ellas que nos remiten, no sin ambigüedades, a unos *habitus de clase* y a un origen social trabajador. Nos informan de las propiedades socialmente calificadas de las que son portadores estos sujetos y por tanto de su posición y su trayectoria por el espacio social jerarquizado. En la misma línea, analizo algunas características de la situación de las economías domésticas, que son más precarias de lo que aparentan ser. A pesar de que los niveles de renta sitúan a los habitantes del PAU de Carabanchel por encima de la media del distrito, los datos de afiliación a la seguridad social muestran una composición en la que abundan los empleos con poca cualificación y en los grupos inferiores de cotización. De ahí que existan familias con problemas para llegar a fin de mes y que en algunos residenciales se acumulen los impagos. El caso de María, por ejemplo, muestra una situación de precariedad e inestabilidad laboral que, sumada al endeudamiento hipotecario, le obliga a conjugar la ayuda económica de sus padres con estrategias de ahorro como poner una habitación de su casa en alquiler.

Después me intereso por los significados y las representaciones que las habitantes del PAU elaboran sobre su propia condición social y la de sus vecinos y vecinas, explorando sus identificaciones y posicionamientos. Y me detengo especialmente en las conversaciones con Flor y Rosa. Se observan unas tomas de posición cambiantes en relación a la periferia obrera y al PAU, y también a sus respectivos imaginarios de clase social. Lejos de presentar una posición fija y una visión estable y estática sobre ambos

espacios sociales, nos movemos en el terreno de las yuxtaposiciones, las ambigüedades y los posicionamientos contradictorios.

El análisis etnográfico arroja en este punto al menos dos evidencias. Primero, aunque entre las vecinas existan diferentes puntos de vista en lo que a la percepción sobre la condición social de los habitantes del PAU se refiere, estos discursos tienen algunos elementos en común: emplean la comparación entre barrios como una forma de nombrar y medir realidades de clase social, y sitúan el tipo de vivienda y el lugar donde se ubica como el epicentro del mejorar o el ascender socialmente —donde el término “clase media” se repite con frecuencia—. Es decir, las estrategias discursivas y las referencias que se usan para nombrar las distancias de clase social reposan sobre la importancia de la vivienda, su lugar de emplazamiento y el acceso que ofrece a determinados servicios que en este caso son privados.

Esto nos muestra la importancia que se le otorga a la vivienda y al barrio en la percepción y autopercepción de la condición social. Algo que, una vez más, pone de relieve la centralidad que ocupan las estrategias residenciales en el conjunto de estrategias familiares de reproducción y movilidad social. Y repito: la organización del espacio físico se construye a través de una distribución y un acceso desigual a bienes y servicios, y por tanto a través también de agentes y grupos que, localizados en el territorio, cuentan con más o menos opciones de apropiación de esos recursos materiales y simbólicos. De ahí que la posición en el espacio físico y la posición en el espacio social se encuentren tan unidas y que, en el caso de estos sujetos de clase trabajadora, se produzcan continuas tensiones en torno a dicha relación.

Conviene recordar que nos situamos en un contexto donde la propiedad es una de las pocas garantías de bienestar, mientras elementos como el trabajo o los derechos sociales pierden su fuerza como resortes para sostener la vida de las clases trabajadoras. Tras el proceso de flexibilización laboral desde el que emerge una adaptación a la precariedad y una dificultad para conseguir mejoras a través del empleo; la desarticulación de los mecanismos de aseguración colectiva; o el colapso del sistema educativo como una vía para mejorar la posición social, no es descabellado pensar que la vivienda y el barrio se vuelvan un ámbito preferente para desplegar estrategias de reproducción y también una referencia práctica para medir o evaluar la posición social. Como muestra la etnografía en el PAU de Carabanchel, la ventaja de las estrategias residenciales reside en su capacidad para influir de forma directa sobre el espacio de vida próximo y cotidiano, actuando al mismo tiempo sobre una multiplicidad de ámbitos. Esto es, el tipo de vivienda, las características de la comunidad de vecinos, la ubicación del barrio y su composición social, el lugar que este ocupa en el imaginario urbano, el centro educativo al que acuden los hijos y las hijas o qué grupos sociales están más cerca y cuales más lejos. La lucha por la apropiación del espacio se concreta aquí en una forma de tener acceso a unas mejores condiciones de vida y a un entramado complejo de relaciones y de bienes. Como le decía Violeta a Rosa: “en general la gente lo que intenta es mejorar en función de la vivienda”.

Esto nos lleva a la segunda cuestión. Pienso que el carácter ambivalente de las estrategias familiares emerge justamente de esa tensión que mencionaba entre la posición en el espacio urbano y la posición en el espacio social, y de los diversos vínculos y afectos que estos vecinos y vecinas tejen con las dos periferias. Es decir,

considero que sus prácticas sociales están atravesadas por una doble vinculación (Bateson, 1991 [1972]) entre dos espacios físicos y sociales: el barrio de la periferia obrera como su contexto de origen y la periferia neoliberal del PAU como su espacio de vida. Todo parece indicar que estos sujetos se encuentran inmersos en un entramado de relaciones y lealtades múltiples que los vincula y conecta con ambos lugares y que involucra valencias parcialmente contradictorias o en tensión (Elias, 2008 [1970]).

Se trata de un compromiso afectivo con dos mundos sociales que da lugar a un despliegue de tomas de posición y disposiciones de clase de naturaleza ambigua y cambiante. Esto se aprecia en sus prácticas cotidianas y en sus discursos en torno a diferentes temas. Por un lado, el barrio obrero del que se proviene es el epicentro de la red familiar y de muchas amistades. Como decían las vecinas cuando me hablaban de su mudanza: el PAU era casi una forma de “quedarse en el barrio”. En él se encuentran los espacios vividos y el contexto general en el que se socializó durante la infancia y la adolescencia y con el que todavía se mantienen vínculos afectivos y económicos. Allí se ubican los pequeños comercios y algunos servicios municipales que se valoran mucho y a los que se continúa acudiendo. Pero a la par son barrios donde las condiciones de vida suelen ser más precarias y habitan la estigmatización y los “problemas sociales”. Por eso las vecinas del PAU coinciden en describirlos como entornos que han cambiado, se han “afeado” y “han empeorado por la migración”. Consideran que se han deteriorado con el envejecimiento de sus primeros pobladores y la llegada de habitantes de la migración internacional, y que se han tornado más conflictivos y sucios. En sus discursos se activa también una idealización del pasado del barrio obrero, el barrio de su infancia y adolescencia, que se evoca como un vecindario con vínculos sociales más fuertes, con mayor vitalidad, más armónico y homogéneo socialmente.

Por otro lado, la mudanza al PAU supone la inscripción en el espacio físico de una mejora en las condiciones de vida que, para este grupo social, como ya he mostrado, se define en contraposición a ciertos elementos simbólicos y materiales que atraviesan la vida en la periferia obrera. Allí los servicios y equipamientos, desfinanciados y saturados, han de compartirse con población estigmatizada y de bajos recursos. Las viviendas suelen ser más pequeñas, antiguas y deterioradas. Y la propia arquitectura de los edificios, junto con el diseño urbano, generan espacios cotidianos de mayor proximidad física y menor privacidad. Mientras las economías domésticas y las vidas navegan al límite y a veces los conflictos estallan. Frente a esto, el PAU ofrece la oportunidad de vivir en un entorno *tranquilo* y en un piso de nueva construcción, más grande y luminoso, con mejores calidades constructivas, y situado en una urbanización cerrada. Esto implica disponer de cómodos servicios privados al tiempo que se ejerce un control sobre los grupos y colectivos con los que se socializa.

Sin embargo, muchas vecinas coinciden en señalar la falta de espacios públicos como lugares de encuentro en el PAU y se quejan del aislamiento al interior de los residenciales, reavivando así querencias del viejo barrio obrero. Podemos decir que con la mudanza al PAU se da una cierta renuncia a la vida social que caracteriza los barrios de la periferia obrera, o al menos a parte de su entramado cotidiano de relaciones y espacios.

Lejos de tomar estas contradicciones como errores o faltas en los sujetos que sería necesario despejar, he querido mostrar que dichas inconsistencias son en realidad oportunidades de indagación: pues dan cuenta de la multiplicidad de vínculos socio-afectivos que interpelan a estas hijas de la periferia obrera y de la complejidad de las afecciones que las solicitan (Pazos, 2004). En muchas ocasiones los barrios obreros y algunos de sus pobladores son objeto de crítica o de queja por parte de los habitantes del PAU. Una de las tentaciones que existen al encontrarse con estos juicios —y que como he dicho fue mi primera propuesta de análisis— es tomarlos como una suerte de ruptura total con el lugar de origen. Como si dichas críticas o malestares revelasen, entre los habitantes del PAU, la forja de una nueva identidad fuerte y estable, definida en oposición al universo social de la periferia. Lo que he querido mostrar, justamente, es que no estamos ante la sustitución de un espacio por otro, de una identidad por otra, y que antes bien, lo relevante se abre camino en ese universo de múltiples vinculaciones.

Lo que propongo en esta etnografía es que las estrategias de reproducción social se despliegan dando lugar a posiciones y disposiciones en parte contradictorias, y que esto, lejos de ser un efecto distorsionado, constituye una propiedad fundamental de dichas estrategias y del espacio social en el que se gestan. Se identifican así por su carácter variable, ambiguo y contradictorio, escapando a toda lógica de exclusividad o de identidad fuerte de clase —como una adhesión sin fisuras a la *clase obrera* o la *clase media*— para abrazar la yuxtaposición y la hibridez. Podríamos hablar entonces de una situación de *multiposición* de clase social atravesada por una tensión o una doble vinculación entre las viejas y las nuevas periferias.

Si los habitantes de los nuevos ensanches han sido representados, de un modo esencialista y homogeneizante, por un sector de la opinión pública como víctimas del aburguesamiento y los valores capitalistas del consumo, mi etnografía en el PAU de Carabanchel aporta un análisis alternativo. He tratado de situar las prácticas económicas, residenciales y familiares involucradas en la mudanza al PAU en un contexto de políticas urbanas neoliberales, donde los grupos familiares tejen sus estrategias de reproducción social para mejorar sus condiciones de vida y su posición. Prácticas que con frecuencia tienden a reproducir las propias condiciones neoliberales de las que son fruto y que, en el caso de los habitantes procedentes de los viejos barrios de la periferia obrera, se despliegan a base de contradicciones y dobles vínculos entre su lugar de origen y su nuevo lugar de vida.

IV. *Un interrogante final*

Me gustaría aventurar un último planteamiento que, más que como una certeza o una conclusión, se abre como un interrogante. Me pregunto si las estrategias de reproducción desplegadas por este grupo social pueden encontrarse atrapadas en la paradoja de lo que Bourdieu (1979) [1991] denomina *traslación de la estructura*. Si entendemos las estrategias familiares como parte de *luchas por la apropiación del espacio* —orientadas a conseguir más oportunidades de acceso a recursos materiales y simbólicos—, lo que con frecuencia termina sucediendo en esa lucha, en la que todos los grupos sociales van desarrollando sus estrategias, es el mantenimiento de la propia diferencia entre grupos: la persistencia de las distancias entre condiciones de vida y entre posiciones sociales. Según Bourdieu (1991 [1979]: 163), “lo que la lucha

competitiva eterniza no son unas condiciones diferentes, sino la diferencia de las condiciones”.

En el caso de esta investigación, al reintroducir el transcurso del tiempo en el análisis etnográfico encontramos que las habitantes del PAU, hijas de la periferia obrera, han obtenido muchas de las mejores que sus progenitores deseaban —educación superior, vivienda en propiedad, acceso al consumo de bienes y servicios privados, etc.—, pero si reinscribimos las vidas de ambas generaciones en sus contextos sociales de referencia encontramos que remiten a posiciones similares en el espacio social. Las clases desfavorecidas, dice Didier Eribon (2017), pueden estar accediendo a recursos y espacios sociales de los que antes se las excluía, pero habitualmente cuando acceden a ellas:

dichas posiciones ya ha perdido el lugar y el valor que tenían en un estadio anterior del sistema. La relegación se efectúa más lentamente, la exclusión se produce más tardíamente, pero la distancia entre dominantes y dominados sigue intacta: se reproduce desplazándose. Es lo que Bourdieu llama “traslación de la estructura”. Lo que se denominó “democratización” es una traslación en la que la estructura más allá de las apariencias de cambio, se perpetúa y se mantiene casi igual de rígida que antes (p. 186).

No hay que olvidar que las estrategias de reproducción se definen siempre relacionamente. Por ejemplo, la etnografía recorre el proceso de relativa difusión entre las clases populares de las tipologías edificatorias de urbanización cerrada, antes reservadas para los grupos más acomodados. Pero también muestra que no se alojan en los mismos barrios ni en las mismas urbanizaciones, y que no despliegan las mismas estrategias ni las mismas formas de habitar los espacios residenciales¹³⁸. Mientras tanto, como si se tratase de un fractal que se replica a distintas escalas, en los barrios de las periferias obreras se extienden también diferentes variantes de cerramientos, muros y espacios vallados y privatizados —algo que Sergio García (2012) ha investigado en profundidad—. A lo largo del trabajo se analizan distintas dimensiones del PAU que ponen de manifiesto este patrón de desigualdad que se reproduce: en el contexto de la periferia obrera, el PAU de Carabanchel se presenta como un barrio donde las condiciones y el nivel de vida son algo mejores que en los barrios de su contexto más próximo —como muestran el tamaño y la calidad de las viviendas, los niveles de renta o los datos de afiliación a la seguridad social—. Pero al ampliar la perspectiva al conjunto del área urbana de Madrid, este PAU se encuentra más próximo sociológicamente a Carabanchel y a los barrios del sur que a cualquier otro barrio del norte —incluidos los nuevos desarrollos allí ubicados, como señalan las diversas comparaciones realizadas con Valdebebas a lo largo del texto—.

Lo que sugiero, aunque parezca contra intuitivo, es que en este caso la permanencia podría estar asegurada por el cambio. Como explica Bourdieu (1991 [1979]: 163-164):

¹³⁸ Por hacer una comparación con el campo educativo, sería algo parecido a lo que sucede con el acceso relativo de las clases trabajadoras a los niveles superiores del sistema de enseñanza: el proceso moderado de democratización de la universidad ha discurrido en paralelo a la devaluación de los títulos universitarios, de modo que, para cuando los sujetos de clase trabajadora han podido llegar a las facultades, sus títulos ya no poseían tanto valor en el mercado laboral ni infundían el mismo estatus en la sociedad. Mientras tanto, las clases acomodadas han continuado distinguiéndose a través de otras estrategias como la proliferación de títulos de posgrado, los estudios en el extranjero o la matriculación en determinados centros e instituciones públicas y privadas de prestigio. Y ojo, esto no significa que el acudir a la universidad no suponga mejoras tangibles en la vida de los sujetos de origen popular.

La permanencia puede estar asegurada por el cambio y la estructura perpetuada por el movimiento [...]. El principio mismo de la reproducción por translación [...] asegura la perpetuación de la estructura de las posiciones mediante la transformación de la "naturaleza" de las condiciones. Es también comprender que los que, apoyándose en las propiedades que pueden llamarse cardinales, hablan de "aburguesamiento" de la clase obrera, y los que tratan de refutarlos invocando las propiedades ordinales tienen en común, evidentemente, el ignorar que los aspectos contradictorios de la realidad que ellos retienen son, de hecho, unas dimensiones indisolubles de un mismo proceso.

Todo sucede como si a través de las estrategias familiares, y en un entramado de contradicciones y vinculaciones múltiples indisoluble del mismo proceso, se volviera a reproducir de un modo actualizado el sistema de diferencias y desigualdades sociales que está en el origen de esas mismas estrategias. Como si las condiciones de vida que intentan mejorar las estrategias familiares de reproducción mutasen junto con el desarrollo de las mismas, reactualizando de distintas formas las jerarquías del espacio social. Como hemos visto, hay prácticas, sujetos y trayectorias que seguramente *escapan* a esta dinámica —aunque ahora mostraré cuáles son los rasgos característicos de esas trayectorias en el contexto PAU—, pero considero que en la mayoría de casos y para este grupo social, de lo que hablamos en el PAU de Carabanchel es de una *traslación de la estructura*. Esto no se puede desligar, como expliqué en el capítulo 3, de lo siguiente: las estrategias de reproducción tienen por principio las disposiciones del *habitus*, que tiende a su vez a reproducir las condiciones de su propia producción. De modo que las estrategias familiares suelen reproducir, en alguna de sus formas, la propia condición de clase en la que se han fraguado. Al escribir estas líneas no puedo dejar de pensar, por ejemplo, en algo que me contó Rosa durante el trabajo de campo y se me quedó grabado: la historia del grupo de vecinos y vecinas del PAU que durmieron varias noche en la calle, en las proximidades de una parcela vacía, haciendo fila para conseguir un ático a precio rebajado.

El análisis etnográfico de los espacios de vida y los usos cotidianos de los lenguajes y del cuerpo —que yo concreto en esas formas de decorar, de hablar, de estar y de habitar la urbanización—, muestra una cierta persistencia encarnada del origen social. Algo que se observa tal vez con mayor claridad en las disposiciones que comprometen explícitamente lo corporal, como es el aspecto, el gusto estético y los modos de hablar y de expresarse. Seguramente porque el origen social logra su preservación a través del cuerpo más que en ningún otro sitio. Del mismo modo, como ya he mencionado, las trayectorias sociales, residenciales y laborales, o la situación socioeconómica de las unidades domésticas nos informarían de aquello que persiste con el cambio y que incluso se perpetúa a través de él —algo así como la existencia de una continuidad social inscrita en un movimiento de cambio—.

Ahora bien, en casos como el de Flor, donde el paso por la universidad supuso la posibilidad de acumular mayor capital cultural y social, encuentro algunas diferencias, algunos procesos específicos —siempre remitiéndome, insisto, al contexto etnografiado—. Por un lado, fruto de las transformaciones que acompañan al sujeto, surgen experiencias de distanciamiento y de cierta incompreensión con su contexto de origen y sobre todo con su familia. Me refiero al proceso que involucra el desaprender los gestos más automáticos del cuerpo, las formas de hablar, de reír, de caminar. Los acentos. Una trayectoria que implica abrazar unos modos, unas formas y unos gustos que no son los aprendidos en casa y en el entorno próximo. Y plegarse en el sistema

escolar y en la universidad a unos requerimientos que son de clase. Se trata de que el adoptar un capital cultural cambia de algún modo al sujeto y eso supone un cierto distanciamiento, y una incompreensión, con la red de relaciones del espacio social de origen. Por otro lado, y al menos en los casos de Flor y Rosa, surge también una incomodidad en el espacio del PAU. Pues no terminan de sentirse cómodas entre sus vecinos y vecinas, y ocupan una posición algo liminal o periférica, mostrándose como mujeres feministas, con intereses culturales y abiertamente críticas con el resto de integrantes de su comunidad de propietarios. Aunque también en sus casos continúen aflorando las contradicciones propias de la doble vinculación entre los espacios físicos y sociales de la periferia obrera y la periferia neoliberal.

Por todo ello me resulta problemática la idea de *movilidad social* entendida como un salto lineal de una clase a otra, de una posición a otra. Esta perspectiva implica reducir la clase social a un fenómeno unidimensional, acotado y estático, que se organiza a través de diferentes estratos bien diferenciados por los que los sujetos pueden deslizarse hacia arriba y hacia abajo, entrando y saliendo. Un manejo de la categoría que es predominante en el sector de la prensa que he analizado pero diría que también en la tradición sociológica. Y me pregunto hasta qué punto el concepto se encuentra tan preñado de este significado como para que sea posible dotarlo de otros sentidos y si en mi investigación hubiera sido conveniente deshacerse de él. De hecho, tal vez la lectura por las páginas de este trabajo deje al descubierto las dudas y el desencanto progresivo que yo misma he experimentado con el término, cuyo uso he ido limitando a medida que avanzaba el proceso de escritura hasta optar casi por eliminarlo en este capítulo final. Con ello he querido dejar paso a los efectos paradójicos, ambiguos y contradictorios que discurren por fuera de la simplificación de subir o bajar de clase. Pues una práctica enmarcada en estrategias residenciales o educativas puede conllevar mejoras en ciertas dimensiones de la vida y al mismo tiempo reafirmar las distancias y jerarquías sociales de las que es fruto. De la misma forma que pueden acumularse recursos en unos ámbitos y no necesariamente en otros —como las trayectorias a través del capital cultural que no tienen su traducción en una acumulación económica—.

Y así es como esta etnografía, tras dos años viviendo en el PAU de Carabanchel —allá donde la periferia obrera pierde su nombre— y después de múltiples desplazamientos y virajes en la construcción del objeto de estudio, ha terminado rechazando la mayoría de planteamientos que residían en sus principios de partida, aquellos que sustentaron los comienzos. Dándose la vuelta sobre sí misma en un intento, que necesariamente tiende al imposible, por *comprender* quiénes son realmente aquellas y aquellos cuyas vidas interpreta. O mejor dicho: cuáles son las causas y las razones que tienen para ser lo que son.

Epílogo

La tesis tras la tesis (o la construcción de unos intereses de investigación)

Cuando llegué a Madrid en septiembre 2011 no tenía claro lo que significaba la *periferia*. Lo había visto por televisión, en las películas, en *Manolito Gafotas* y en alguna canción, pero nunca había pisado una. O al menos eso creía. Tampoco sabía cuál era exactamente mi clase social porque pronto descubrí que en una ciudad como Madrid la clase social estaba íntimamente relacionada con el barrio en el que nacías y crecías. Y también con el barrio al que conseguías mudarte finalmente, si es que llegaba esa oportunidad.

Nací a principios de los años noventa en Las Presillas, un pueblo del interior de Cantabria con trescientos habitantes, donde la clase social era algo así como el prestigio del alcalde, el cura y el veterinario. Y donde mi familia no estaba del todo mal situada debido al estatus de mi madre como maestra. Aunque dejó de trabajar en la escuela unitaria en 1996 —que se cerró con tres estudiantes, de las cuales una era yo—, siempre continuó siendo *la maestra del pueblo*. El centro al que asistí después del cierre de mi pequeña unitaria, la última de todo el municipio, estaba en un pueblo cercano, más grande. Por aquel entonces tendría unos cuatro mil habitantes. Allí todos los niños y las niñas éramos más o menos iguales. O eso me parecía a mí. Todos los padres trabajaban y algunas madres también, la mayoría eran *amas de casa*. Las niñas nos pedíamos casi los mismos juguetes por reyes y a casi todas nos los traían. Algunas familias tenían ganado y a veces las aulas olían a cuadra, pero nadie lo decía en alto. En el colegio había algunos gitanos, aunque no muchos, y recuerdo que decíamos que olían mal. Eso sí se decía en alto. Migrantes no había, solamente dos hermanos con nombres árabes pero que habían nacido *aquí*. Se trataba de un pueblo, urbano pero rural —como es frecuente en Cantabria—, donde la población pertenecía más o menos al mismo universo social, humilde y trabajador, y los que iban de pijos quedaban absolutamente desbancados por los auténticos pijos de la ciudad.

Cuando llegué a Madrid para ingresar en la universidad quedé totalmente fascinada por mis nuevos compañeros y compañeras de clase urbanitas. Teníamos la misma edad pero me parecía que aquella gente había vivido mil vidas. Los padres y madres de muchos de ellos y ellas también eran profes de colegio e instituto, como los míos. Pero aquellos estudiantes entendían de política, habían leído más, sabían moverse por una gran ciudad y adquirirían fácilmente los domingos en el Rastro todos los discos y camisetas que en Santander resultaban imposibles de conseguir. Comencé entonces a preguntarme por mi clase social. ¿De qué clase venía yo?, ¿cómo podía situarme en un espacio jerarquizado de clases que nada tenía que ver con el espacio de mi pueblo?, ¿cuáles eran las reglas de la división social en el contexto rural y en el urbano? Una pregunta que se volvió más insistente conforme aumentaba mi obsesión y mi fascinación por lo urbano y especialmente por los barrios de las periferias. Aunque no lo planease conscientemente, y aunque huya de la tentación de encontrar en el quehacer académico una suerte de redención personal o política, puedo decir que

conforme avanzaba en esta etnografía el impulso por *comprender* de dónde vengo en términos sociales y espaciales, en términos de clase social, se fue tornando inevitable.

Con permiso de los lectores y lectoras más atentas, hago aquí un breve inciso para rebobinar. Mi etnografía aborda las estrategias familiares que desarrolla una generación de hijos e hijas del barrio obrero. Unas prácticas que se enraízan de distintas maneras en las trayectorias de sus progenitores. Como he mostrado en el trabajo, son sujetos que en su mayoría se hallan en una doble vinculación entre dos espacios físicos y sociales: la periferia obrera y la periferia neoliberal. Aquí emerge el distanciamiento como estrategia, la necesidad de escapar de las duras condiciones de vida y de aquellos vecinos que, debido a los efectos multiplicadores de la miseria, empujan hacia abajo como un lastre. Aquí surge *la patada* hacia arriba de una generación hacia la siguiente, que dice la escritora Brigitte Vasallo (2021). La incesable lucha por vivir más y mejor. Pero aquí emergen también los aprendizajes incorporados y las disposiciones de clase que esta generación de hijos e hijas del barrio obrero llevan inscritas en sus cuerpos. Sus aprendizajes domésticos más discretos y profundos. La socialización en un entorno, y no en otro. En una escuela, y no en otra. El volver al barrio los domingos para comer en familia y el añorar las tardes de la infancia en una plaza que ha cambiado. El haber pisado en contadas ocasiones los barrios al norte de la M-30. Todo un entramado, al fin y al cabo, de relaciones, de vínculos y afectos que les envuelve y les involucra. Están aquí y allá. Y no hay forma de situarse solamente en uno de los lugares.

Un día, en la etapa final de esta investigación, cuando ya había abandonado mi casa en el PAU, entendí que las vidas de mi padre y mi madre dibujaban trayectorias sociales a través del capital cultural y el sistema educativo, que en su época aún funcionaba como medio para la reproducción social y la mejora de la posición de algunos sujetos de clase obrera. Hijo e hija de dos familias trabajadoras, habían sido los primeros en ir a la universidad, llegando a ser profesores. Y entendí también que mi vida y mis expectativas estaban vinculadas de algún modo con esa trayectoria, tal y como lo estaban, a su modo, las expectativas de las mujeres con las que había trabajado en el PAU. Era lo mismo que había estudiando en el campo, pero en otro lugar del espacio social: mis estrategias, en parte, eran las estrategias de reproducción familiar que mis padres habían procurado para ellos mismos, para mis hermanos y para mí. La pregunta por mi clase que me había formulado de manera insistente y que había llegado a torturarme encontraba entonces una respuesta: yo era hija de la trayectoria ascendente de mis padres, de su travesía por un capital cultural que me habían legado.

Lo que se revelaba ante mí como algo sorprendente era el enorme parecido entre mi objeto de estudio etnográfico —mis intereses de investigación y la construcción del objeto, que había mutado hasta convertirse en lo que es— y mi historia familiar. La historia de mis padres y la mía propia.

Así, existe algo más allá de los intereses de investigación explícitos y conscientes, de los planteamientos políticos y de las convicciones analíticas, que seguramente influye de un modo más radical en la construcción de una investigación que todo lo anterior. Justo por su proceder silencioso, invisible, diría que casi preconsciente. Me refiero de nuevo a las disposiciones de clase social y a cómo, el propio *habitus* académico y el capital cultural —actuando sobre lo anterior— como condiciones necesarias para formular la propia investigación, envuelven nuestra existencia investigadora y la

moldean. Venimos de un lugar y no de otro. Somos hijas de una trayectoria y no de otra. No es que esté descubriendo nada nuevo, a estas alturas queda claro que leo a Bourdieu. Es que lo estoy descubriendo en mi historia y en la de mi propia investigación.

Me disculpo entonces por terminar por el principio.

Bibliografía

Abramo, Pedro (2012). Producción de las ciudades latinoamericanas: informalidad y mercado del suelo. En María Cristina Cravino (Comp.), *Repensando la ciudad informal en América Latina* (pp.199-232). Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Alonso, Luis Enrique (2010). Cambios sociales, concepto de ciudadanía y estado de bienestar. *Gaceta sindical: reflexión y debate*, 15, 125-142.

Alonso, Luis Enrique y Fernández Rodríguez, Carlos J. (2013) *Los discursos del presente. Un análisis de los imaginarios sociales contemporáneos*. Madrid: Siglo XXI.

Alonso, Luis Enrique y Fernández Rodríguez, Carlos J. (2020). La vía semiperiférica hacia la sociedad de consumo: una interpretación sobre el modelo español. *Revista Española de Sociología*, 29 (3, supl. 1), 197-214.

Alonso, Luis Enrique; Fernández Rodríguez, Carlos J. e Ibáñez Rojo, Rafael (2011). Del consumismo a la culpabilidad: en torno a los efectos disciplinarios de la crisis económica. *Política y Sociedad*, 48(2), 353-379.

Aricó, Giuseppe (2016). *De proletarios a propietarios, o los orígenes de la lógica espacial del urbanismo neoliberal*. Recuperado 15 de abril 2021, de <https://observatoriconflicteurba.org/2016/05/23/de-proletarios-a-propietarios-o-los-origenes-de-la-logica-espacial-del-urbanismo-neoliberal/>

arquIRUTAS. *Carabanchel: un laboratorio de arquitectura*. Recuperado 18 de mayo 2020, de <http://www.arquirutas.com/ficha-detalle.php?id=13#>

Arteaga Arredondo, Isabel (2005). De periferia a ciudad consolidada. Estrategias para la transformación de zonas urbanas marginales. *Revista Bitácora Urbano Territorial*, 9 (1), 98-111.

Asociación de Vecinos de Orcasitas (1986). *Del barrio al barro. La Meseta de Orcasitas*. Madrid: Asociación de Vecinos de Orcasitas.

Ávila, Débora y García, Sergio (2015a). Introducción. En Débora Ávila y Sergio García (coord.), *Enclaves de riesgo. Gobierno neoliberal, desigualdad y control social* (pp. 15-32). Madrid: Traficantes de Sueños.

Ávila, Débora y García, Sergio (2015b). Entre el riesgo y la emergencia: la nueva protección social en el marco del dispositivo securitario neoliberal. En Débora Ávila y Sergio García (coord.), *Enclaves de riesgo. Gobierno neoliberal, desigualdad y control social* (pp. 83-103). Madrid: Traficantes de Sueños.

Ávila, Débora; García, Beatriz; García, Eva; García, Sergio; Montero, Virginia y Parajuá, Daniel (2015). Viejas y nuevas periferias en la ciudad neoliberal: seguridad y desigualdad social. En Débora Ávila y Sergio García (coord.), *Enclaves de riesgo*.

Gobierno neoliberal, desigualdad y control social (pp. 127-161). Madrid: Traficantes de Sueños.

Ávila, Débora; García, Sergio y Parajuá, Daniel (2019). ¡Cuidado con las periferias! O algunas claves para entender el desborde de los cuidados en los barrios periféricos. En Pérez Alonso, Edith; Girón, Antonio y Ruiz-Giménez, Juan Luis (coord.), *Los cuidados. Saberes y experiencias para cuidar los barrios que habitamos* (pp. 131-188). Madrid: Libros en acción.

Ayuntamiento de Madrid (2006). *Nuevos desarrollos urbanos. En Memoria de gestión 2006*. Madrid: Ayuntamiento de Madrid, Área de Gobierno de Urbanismo y Vivienda.

Ayuntamiento de Madrid (2008). *Las viviendas del Ayuntamiento, ejemplo de arquitectura sostenible*. Recuperado 16 de mayo 2020, de <https://cutt.ly/7yQHpsv>

Bachiller, Santiago (2015). *Toma de tierras y dificultades de acceso al suelo urbano en la Patagonia central*. Río Gallegos: Universidad Nacional de la Patagonia Austral.

Barraza, Jorge (2019, noviembre 11). No es el “cinturón industrial”, son municipios residenciales con expansiones urbanísticas recientes donde los hijos del baby boom se han comprado chalés y adosados en los años de la burbuja [hilo de Twitter]. Recuperado 2 de julio 2021, de <https://twitter.com/JorgeBF/status/1193996921070899200?s=19>

Bateson, Gregory (1991) [1972]. *Pasos hacia una ecología de la mente. Una aproximación revolucionaria a la autocomprensión del hombre*. Buenos Aires: Lohlé-Lumen.

Beaud, Stéphane y Pialoux, Michel (2015) [1999]. *Repensar la condición obrera. Investigación en las fábricas de Peugeot de Sochaux-Monbéliard*. Recuperado 10 de agosto 2020, de <https://lostrabajadoresenargentina.files.wordpress.com/2013/09/beaud-y-pialoux-2015-repensar-la-condicic3b3n-obrera.pdf>

Belver, Marta (2017, octubre 16). La venta de 1.660 viviendas públicas por parte del Gobierno de Ana Botella vuelve a los tribunales. *El Mundo*. Recuperado 20 de mayo 2020, de <https://www.elmundo.es/madrid/2017/10/16/59e3a692e5fdea18638b45bc.html>

Belver, Marta (2018, abril 19). Aguirre gastó 19 millones de euros en dos edificios ‘fantasma’ de la Ciudad de la Justicia. *El Mundo*. Recuperado 6 de mayo 2020, de <https://www.elmundo.es/madrid/2018/03/24/5ab55914e5fdeaba668b4595.html>

Benach Rovira, Núria (2021). En las fronteras de lo urbano: una exploración teórica de los espacios extremos. *Scripta Nova*, 25 (2), 11-35.

Bernabé, Daniel (2018). *La trampa de la diversidad. Cómo el neoliberalismo fragmentó la identidad de la clase trabajadora*. Madrid: Akal.

Bernabé, Daniel (2021, mayo 17). La clase media aspiracional, un fantasma para tiempos de escasez. *Público*. Recuperado 4 de julio 2021, de <https://blogs.publico.es/otrasmiradas/49140/la-clase-media-aspiracional-un-fantasma-para-tiempos-de-escasez/>

Blanco Oliva, Eduardo (2017). Madrid distrito 11 Carabanchel. Recuperado 1 de junio 2020, de <https://eblancooliva.com/2017/04/04/madrid-distrito-11-carabanchel/>

Blasco, Pedro (2013, abril 11). El Gobierno aprueba de forma definitiva la zona única escolar. *El Mundo*. Recuperado 2 de noviembre 2020, de <https://www.elmundo.es/elmundo/2013/04/11/madrid/1365689942.html>

Bourdieu, Pierre (1985). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akal.

Bourdieu, Pierre (1991) [1979]. *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

Bourdieu, Pierre (1991) [1980]. *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.

Bourdieu, Pierre (1999) [1993]. *La miseria del mundo*. Madrid: Akal.

Bourdieu, Pierre (2000). *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Desclée De Brouwer.

Bourdieu, Pierre (2002) [1994]. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.

Bourdieu, Pierre (2006). *Autoanálisis de un sociólogo*. Barcelona: Anagrama.

Bourdieu, Pierre (2016) [2000]. *Las estructuras sociales de la economía*. Manantial: Buenos Aires.

Bourdieu, Pierre (2018). *Las estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bourdieu, Pierre; Chamboredon, Jean-Claude y Passeron, Jean-Claude (1976) [1968]. *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Madrid: Siglo XXI.

Brandis, Dolores (2014). La producción de la periferia inmobiliaria (1991-2013). En Juan José Michelini (ed.), *Desafíos metropolitanos: un diálogo entre Europa y América Latina* (p. 169-189). Madrid: Catarata.

Caballero, Fernando (2019, junio 9). ¿Por qué Madrid es de derechas? *El Confidencial*. Recuperado 2 de julio 2021, de https://blogs.elconfidencial.com/espana/tribuna/2019-06-09/por-que-madrid-es-de-derechas_2061214/

Cachado, Rita Á. (2009). Trajectos interurbanos na diáspora: o elo esquecido da mobilidade social. *CIES e-Working Paper*, 83.

Cachado, Rita Á. (2018). Urban Ethnography, an interdisciplinary field of knowledge? En el congreso *Two decades discourse about globalizing social sciences: concepts, strategies, achievements* (Lisbon). Recuperado 2 de julio 2021, de <https://ciencia.iscte-iul.pt/publications/urban-ethnography-an-interdisciplinary-field-of-knowledge/57117>

Caldeira, Teresa (2007). *Ciudad de muros*. Barcelona: Gedisa.

Calvo López, Rodrigo; García Pérez, Eva; Molina Costa, Patricia; Rieznik Lamana, Natalia y Sánchez Moya, Almudena (2007). La explosión urbana de la conurbación

madrileña. En Observatorio Metropolitano de Madrid (ed.), *Madrid, ¿la suma de todos? Globalización, territorio, desigualdad* (p. 223-325). Madrid: Traficantes de Sueños.

Carabancheleando (2013a). *Hipótesis periferia*. Recuperado 15 de junio 2020, de <https://carabancheleando.net/hipotesis-periferia/>

Carabancheleando (2013b). *#Carabancheleando I: Fronteras*. Recuperado 11 de junio 2020, de <https://carabancheleando.net/2013/06/15/carabancheleando-i-fronteras/>

Carabancheleando (2014). *#Carabancheleando V: Vidas de PAU, la vida en el PAU*. Recuperado 7 de mayo 2020, de <https://carabancheleando.net/2014/11/30/>

Carabancheleando (2017). *Diccionario de las periferias. Métodos y saberes autónomos desde los barrios*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Carmona Pascual, Pablo y Rodríguez López, Emmanuel (2007). Barrios: planificación, inmigración y movimiento vecinal (1939-1986). En Observatorio Metropolitano de Madrid (ed.), *Madrid, ¿la suma de todos? Globalización, territorio, desigualdad* (p. 333-389). Madrid: Traficantes de Sueños.

Castells, Manuel (1986). *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*. Madrid: Alianza Editorial.

Cavallero, Luci y Gago, Verónica (2019). *Una lectura feminista de la deuda: Vivas, libres y desendeudadas nos queremos*. Buenos Aires: Fundación Rosa Luxemburgo.

Champagne, Patrick (1999) [1993]. La visión mediática. En Pierre Bourdieu (dir.), *La miseria del mundo* (p. 51-63). Madrid: Akal.

Collier, Jane y Rosaldo, Michelle (1981). Politics and gender in simple societies. En Sherry B. Ortner y Harriet Whitehead (eds.), *Sexual Meanings. The cultural construction of gender and sexuality* (p. 275-329). Cambridge: Cambridge University Press.

Comas D'Argemir, Dolors (1998). *Antropología económica*. Barcelona: Ariel.

Contreras, Jesús (1991). Estratificación social y relaciones de poder. En Joan Prat, Ubaldo Martínez Veiga e Isidoro Moreno (ed.), *Antropología de los pueblos de España* (pp. 499-600). Madrid: Taurus.

Cravino, María Cristina (comp.). (2012). *Repensando la ciudad informal en América Latina*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento

Cucó, Josepa (2013) *Metamorfosis urbanas. Ciudades españolas en la dinámica global*. Barcelona: Icaria.

Cuesta Ávila, Rafael (2004). Reflexiones en torno al discurso de los informantes umbrales y otros asuntos del trabajo de campo. En Anastasia Téllez Infantes (coord.), *Experiencias etnográficas* (pp. 215-229). Alicante: Editorial Club Universitario.

Dalla Costa, Mariarosa (2009). *Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista*. Madrid: Akal.

Davidoff, Leonore y Hall, Catherine (1994) [1987]. *Fortunas familiares. Hombres y mujeres de la clase media inglesa 1780-1850*. Madrid: Cátedra.

De Certeau, Michel (2007) [1980]. *La invención de lo cotidiano. I Artes de Hacer*. México DF: Universidad Iberoamericana e Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

De Certeau, Michel; Giard, Luce y Mayol, Pierre (2010) [1994]. *La invención de lo cotidiano II. Habitar, cocinar*. México DF: Universidad Iberoamericana e Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

De la Cruz, Luis (2016). *Contra el running. Corriendo hasta morir en la ciudad postindustrial*. Jaén: Piedra Papel.

De Martino, Ernesto (1999) [1961]. *La tierra del remordimiento*. Barcelona: Bellaterra.

De Vega, Luis (2020, enero 8). Día y medio al raso para que sus hijos estudien en el colegio de Aznar y Rubalcaba. *El País*. Recuperado 10 de marzo 2021, de https://elpais.com/ccaa/2020/01/08/madrid/1578467369_515117.html

Devillard, Marie José; Mundanó Franzé, Adela y Pazos, Álvaro (2012). Apuntes metodológicos sobre la conversación en el trabajo etnográfico. *Política y Sociedad*, 49 (2), 353-369.

Díaz, Eva (2017, octubre 16). Militares, policías y bomberos, los más afectados por hipotecas multividua. *El Economista*. Recuperado 26 de agosto 2020, de <https://n9.cl/ip6q0>

Díaz de Rada, Ángel (2011). *El taller del etnógrafo. Materiales y herramientas de investigación en etnografía*. Madrid: UNED.

Díaz Orueta, Fernando (2013). Sociedad, espacio y crisis en la ciudad neoliberal. En Josepa Cucó (ed.), *Metamorfosis urbanas. Ciudades españolas en la dinámica global* (p. 81-107). Barcelona: Icaria.

Díaz Orueta, Fernando y Lourés Seoane, María Luisa (2012). Suburbanización y cambio social en la metrópoli madrileña. *Revista de Ciencias Sociales*, IV (138), 111-124.

Dioni López, Jorge (2019, mayo 15). PAUers. Una aproximación. *La Marea*. Recuperado 2 de julio 2021, de <https://apuntesdeclase.lamarea.com/analisis/pauers-una-aproximacion/>

Dioni López, Jorge (2021, marzo 27). Aquí se deciden las elecciones: la disputa del Madrid de las piscinas. *El Confidencial*. Recuperado 2 de julio 2021, de https://blogs.elconfidencial.com/espana/tribuna/2021-03-27/disputa-madrid-piscinas_3009591/

Efe (2013, septiembre 24). La pesadilla de un edificio 'Pritzker'. *El Mundo*. Recuperado 18 de mayo 2020, de <https://www.elmundo.es/elmundo/2013/09/24/suivienda/1380038562.html>

Elias, Norbert (2008) [1970]. *Sociología fundamental*. Barcelona: Gedisa.

- Eribon, Didier (2017). *Regreso a Reims*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Esteban, Mari Luz (2011). *Crítica del pensamiento amoroso*. Barcelona: Bellaterra.
- Esteban, Paloma (2019, enero 24). Carmena da luz verde a Los Berrocales, la mayor bolsa de viviendas del sur de Madrid. *El Confidencial*. Recuperado 27 de mayo 2020, de https://www.elconfidencial.com/espana/madrid/2019-01-24/carmena-luz-verde-berrocales-desarrollos-sureste-madrid_1778362/
- Europa Press (2009, enero 14). Inaugurado en Madrid el Complejo Deportivo 'Paco Fernández Ochoa'. *Europapress*. Recuperado 6 de junio 2020 de <https://www.europapress.es/deportes/noticia-varios-inaugurado-madrid-complejo-deportivo-paco-fernandez-ochoa-20090114175950.html>
- Federici, Silvia (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Federici, Silvia (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Fernández, David (2016, octubre 25). La Gürtel ideó el lema de la campaña que Rajoy perdió en 2004: 'Juntos vamos a más'. *El Confidencial*. Recuperado 13 de abril 2021, de https://www.elconfidencial.com/espana/2016-10-25/gurtel-correa-crespo-rajoy-elecciones-2004-lema-campana_1280047/
- Fernández Durán, Ramón (1985). La crisis y el territorio: El caso de Madrid. En *Actas de la IX Reunión de Estudios Regionales Crisis, autonomías y desarrollo regional* (pp. 395-416). Universidad de Santiago de Compostela.
- Fernández Durán, Ramón (2006). *El Tsunami urbanizador español y mundial*. Recuperado 15 de abril 2021, de <https://www.ecologistasenaccion.org/>
- Fernández Enguita, Mariano (2008). Escuela pública y privada en España: la segregación rampante. *Revista de la Asociación de Sociología de la Educación*, 1 (2), 42-69.
- Franquesa, Jaume (2013). *Urbanismo neoliberal, negocio inmobiliario y vida vecinal. El caso de Palma*. Barcelona: Icaria.
- Gago, Verónica (2015). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Gaitero, Javier M. y Quintanilla, Paloma (Guion.), y Arzuaga, Irene (Dir.) (2015). Soy gitano [Episodio de serie de televisión]. En Miguel Ángel Bernardeau y Javier Cuadrado Carrera (Productores ejecutivos), *Ochéntame otra vez*. Madrid: Ganga Producciones y RTVE.
- Gamella, Juan F. (1997). Heroína en España, 1977-1996. Balance de una crisis de drogas. *Claves de razón práctica*, 72, 20-30.
- Gamella, Juan F. (2001) [1990]. *La historia de Julián. Memorias de heroína y delincuencia*. Madrid: Editorial Popular.

García García, Sergio (2008). Seguridad e identidad en Carabanchel. Los significados de un barrio como herramienta para el Trabajo Social. *Cuadernos de Trabajo Social*, 21, 63-85.

García García, Sergio (2012). *Co-producción (y cuestionamiento) del dispositivo securitario en Carabanchel* (Tesis doctoral). Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

García, Sergio y Ávila, Débora (2015). Introducción. En Débora Ávila y Sergio García (coord.), *Enclaves de riesgo. Gobierno neoliberal, desigualdad y control social* (p. 15-32). Madrid: Traficantes de Sueños.

García Navarro, Pilar y Gutiérrez Cueli, Inés (En prensa). La Huelga Feminista en Madrid. Revueltas del feminismo de lo común en tiempos neoliberales. En Adriana Razquin y Gomer Betancor (Eds.), *Diez años construyendo ciudadanía en movimiento(s). El 15M y otras luchas hermanas*. Barcelona: Bellaterra.

Gaviria, Mario (1979). La ideología clorofila. *Ciencia Urbana*, 4, 59-62.

Giard, Luce (2010) [1994]. Hacer de comer. En Michel de Certeau, Luce Giard y Pierre Mayol (ed.), *La invención de lo cotidiano II. Habitar, cocinar* (p. 151-255). México DF: Universidad Iberoamericana e Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

Gil, Javier (2019). *Crisis, innovación tecnológica y mercantilización neoliberal de la vida. El caso de Airbnb* (Tesis doctoral). UNED, Madrid.

Gil, Javier (2020). La subida de los alquileres: ¿falta de oferta o fondos buitres?. *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*, 148, 85-95.

Gómez Crespo, Paloma (2013). El comercio de barrio como espacio de sociabilidad en contextos locales de migración. *Polis*, 35. Recuperado 19 de abril 2019, de <http://journals.openedition.org/polis/9291>

González, J. Sérvulo (2011, mayo 4). Madrid será “zona única educativa”. *El País*. Recuperado 2 de noviembre 2020, de https://elpais.com/elpais/2011/05/04/actualidad/1304497029_850215.html

Gualtieri, Thomas (2015, julio 31). La EMVS, condenada a pagar 2 millones por no arreglar unas viviendas sociales. *El País*. Recuperado 18 de mayo 2020, de https://elpais.com/ccaa/2015/07/31/madrid/1438342135_557586.html

Gutiérrez, Alicia B. (2003). La construcción social de la pobreza. Un análisis desde las categorías de Pierre Bourdieu. *Anduli. Revista Andaluza de Ciencias Sociales*, 2, 29-44.

Gutiérrez Cueli, Inés (2016). *Donde las periferias cambian su nombre. Una aproximación al urbanismo y las relaciones sociales en las nuevas periferias urbanas del Madrid neoliberal* (Trabajo Fin de Máster). Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.

Gutiérrez Cueli, Inés y Martínez Aranda, M^a Adoración (2020). A vueltas con la noción de periferia. Diversidad y desigualdad en las nuevas periferias urbanas de Madrid. *Cuadernos Manuel Giménez Abad*, 7, 45-50.

Gutiérrez Cueli, Inés; Prieto Serrano, David y Requena-i-Mora, Marina (En prensa). *Tras la burbuja inmobiliaria: vida cotidiana, clase social y dobles vínculos en las nuevas periferias urbanas*. En José Luis Moreno Pestaña y Jorge Costa Delgado (Eds.), *Todo lo que entró en crisis*. Madrid: Akal.

Harvey, David (2005). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.

Harvey, David (2008). *París, capital de la modernidad*. Madrid: Akal.

Harvey, David (2012) [2000]. *Espacios de esperanza*. Madrid: Akal.

Harvey, David (2013). *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal.

Hernández, Esteban (2014). *El fin de la clase media*. Madrid: Clave Intelectual.

Ibáñez, Jesús (1997). *A contracorriente*. Madrid: Fundamentos.

Jacobs, Jane (2011) [1961]. *Muerte y vida en las grandes ciudades*. Madrid: Capitán Swing.

Le Wita, Béatrix (1988). *Ni vue ni connue: approche ethnographique de la culture bourgeoise*. Paris: Maison des sciences de l'homme.

Lefebvre, Henri (2013) [1974]. *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.

Leguina, Joaquín (2004). *Que veinte años no es nada*. En Jordi Borja y Zaida Muxí (ed.) *Urbanismo en el siglo XXI. Una visión crítica* (p. 65-77). Barcelona: UPC.

León, Pablo (2019, junio 29). *El fondo buitres Fidere no podrá vender los 1.860 pisos que compró al Ayuntamiento de Botella*. *El País*. Recuperado 20 de mayo 2020, de https://elpais.com/ccaa/2019/06/27/madrid/1561666390_004056.html?fbclid=IwAR3ckBUf6ZRU3fkV2kEtKikD4SugqV7_bSeP_rvPUffLLhkLiNNkyf31cm8

Linde, Pablo (2009, septiembre 13). *Una ruina muy sofisticada: Nueva avería en el inmueble del PAU de Carabanchel diseñado por un ganador del 'Nobel' de la arquitectura*. *El País*. Recuperado 19 de mayo 2020, de https://elpais.com/diario/2009/09/13/madrid/1252841057_850215.html

Löfgren, Orvar (1984). *The Sweetness of Home: Class, Culture and Family Life in Sweden*. *Ethnologia Europaea*, XIV, 44-64.

López, Isidro (2007). *Sin los pies en el suelo. Acumulación de capital y ocupación del territorio en la Comunidad de Madrid*. En Observatorio Metropolitano de Madrid (ed.), *Madrid, ¿la suma de todos? Globalización, territorio, desigualdad* (p. 171-222). Madrid: Traficantes de Sueños.

López, Isidro y Rodríguez, Emmanuel (2010). *Fin de ciclo. Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010)*. Madrid: Traficantes de Sueños.

López Calle, Pablo; Alas-Pumariño, Andrés y Fernández Gómez, Julio A. (2019). *Ciudad Periferia: el "fracaso" de la reconversión industrial madrileña 1980-2020*. Madrid: Ediciones Complutense.

López Carrasco, Luis (Dir.). (2020). *El año del descubrimiento* [película]. España: Lacima Producciones, Cromagnon Producciones, Magnética Creative Lab y Alina Film.

López de Lucio, Ramón (2013). *Vivienda colectiva, espacio público y ciudad. Evolución y crisis en el diseño de tejidos residenciales 1860-2010*. Buenos Aires: Nobuko.

López de Lucio, Ramón; Ardura Urquiaga, Álvaro; Bataller Enguix, José Javier y Tejera Parra, Javier (2016). *Madrid, 1900-2010: Guía de urbanismo y diseño, urbano*, vol. 2. Madrid: Ayuntamiento de Madrid.

Lundsteen, Martin; Martínez Veiga, Ubaldo y Palomera, Jaime (2014). Reproducción social y conflicto en las periferias urbanas del Estado español. En Agustí Andreu et al. (ed.), *Periferias, fronteras y diálogos. Una lectura antropológica de los retos de la sociedad actual* (pp. 111-117). Tarragona: Publicacions URV.

Maestre, Antonio (2019, noviembre 12). En Fuenlabrada los barrios donde ha ganado VOX son las zonas en las que Ciudadanos tenía más fuerza o que tienen las características de los PAUers [hilo de Twitter]. Recuperado 2 de julio 2021, de <https://twitter.com/AntonioMaestre/status/1194185360689029120?s=20>

Maestre, Antonio (2021, marzo 23). Con Iglesias no, y no subiré los impuestos. Los dos ítems de Ángel Gabilondo van destinados a recoger el voto de los PAUers que las elecciones de 2019 votaron a Ciudadanos [hilo de Twitter]. Recuperado 2 de julio 2021, de <https://twitter.com/AntonioMaestre/status/1374277015000522753?s=20>

Mahmood, Saba (2008). Teoría feminista y el agente social dócil: algunas reflexiones sobre el renacimiento islámico en Egipto. En Liliana Suárez y Rosalva Aída Hernández (coord.), *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes* (pp. 165-222). Barcelona: Cátedra.

Martín Criado, Enrique (2014). Mentiras, inconsistencias y ambivalencias. Teoría de la acción y análisis del discurso. *Revista Internacional de Sociología*, 72 (1), 115-138.

Mayol, Pierre (2010) [1994]. Habitar. En Michel de Certeau, Luce Giard y Pierre Mayol (ed.), *La invención de lo cotidiano II. Habitar, cocinar* (p. 3-132). México DF: Universidad Iberoamericana e Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

McDowell, Linda (2000). *Género, identidad y lugar*. Madrid: Anaya.

Monclús, Fco. Javier (1998). Suburbanización y nuevas periferias. Perspectivas geográfico-urbanísticas. En Fco. Javier Monclús (ed.), *La ciudad dispersa. Suburbanización y nuevas periferias* (p. 5-16). Barcelona: Centre de Cultura Contemporània de Barcelona.

Monreal, Pilar (2014). Imágenes y representaciones de un espacio urbano: el papel de los medios de comunicación en la reproducción de las desigualdades. *Anthropologica*, 32 (33), 39-66.

- Moore, Henrietta L. (1991). *Antropología y feminismo*. Madrid: Cátedra.
- Moreno Robles, Sergio (2021). *La convivencia inseguritaria en Margaritas y Alhóndiga (Getafe). Reproducción y desdibujamiento del gobierno neoliberal de la inseguridad social* (Tesis doctoral). Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Naredo, José Manuel y Montiel Márquez, Antonio (2011). *El modelo inmobiliario español y su culminación en el caso valenciano*. Barcelona: Icaria.
- Narotzky, Susana (2004). *Antropología económica. Nuevas tendencias*. Barcelona: Melusina.
- Observatorio Metropolitano de Madrid (2013). *Paisajes devastados. Después del ciclo inmobiliario: impactos regionales y urbanos de la crisis*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Oliver, Miguel (2006, febrero 19). Las «viviendas árbol» de Thom Mayne en Carabanchel se entregarán en marzo de 2007. *ABC*. Recuperado 13 de mayo 2020, de https://www.abc.es/espana/madrid/abci-viviendas-arbol-thom-mayne-carabanchel-entregaran-marzo-2007-200602190300-132399649320_noticia.html
- Olivier de Sardan, Jean-Pierre (2018). *El rigor de lo cualitativo. Las obligaciones empíricas de la interpretación sociológica*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Ortí, Alfonso (1987). Estratificación social y estructura del poder: viejas y nuevas clases medias en la reconstrucción de la hegemonía burguesa”. En VV.AA. (ed.), *Política y Sociedad. Estudios en homenaje a Francisco Murillo Ferrol* (p. 711-736). Madrid: CIS.
- Ortí, Alfonso (1992). Para una teoría de la sociedad de las clases medias funcionales de los 80. La estratificación competitiva como universalización de la dominación del capital. *Documentación Social*, 88, 209-234.
- Palomera, Jaime (2011). Los efectos de la desresponsabilización del Estado en el espacio de la clase trabajadora desde la óptica de la vivienda. En Ignasi Terradas (ed.), *Antropología Jurídica de la responsabilidad* (pp. 313-354). Santiago de Compostela: Andavira Editora.
- Passeron, Jean-Claude (2014) [1991]. *El razonamiento sociológico. El espacio comparativo de las pruebas históricas*. Madrid: Siglo XXI.
- Pazos, Álvaro (2004). Narrativa y subjetividad. A propósito de Lisa, una niña española. *Revista de Antropología Social*, 13, 49-96.
- Perec, Georges (2001) [1974]. *Especies de espacios*. Barcelona: Montesinos.
- Perec, Georges (2008). *Lo infraordinario*. Madrid: Impedimenta.
- Pérez Andújar, Javier (2011). *Paseos con mi madre*. Barcelona: Tusquets.
- Pérez Orozco, Amaia (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Pernas, Begoña (2002). *La política en la periferia*. Recuperado 1 de agosto de 2020, de <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n24/abper.html>

Perona, Nélica y Schiavoni, Lidia (2018). Estrategias familiares de reproducción social. En Juan Ignacio Piovani y Agustín Salvia (ed.), *La Argentina en el siglo XXI. Cómo somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual. Encuesta nacional sobre la estructura social* (pp. 467-496). Buenos Aires: CLACSO.

Plaza, Analía y Sánchez, Raúl (2019, mayo 18). El cinturón naranja de Madrid: por qué Ciudadanos triunfa en Montecarmelo, Las Tablas o Sanchinarro. *elDiario.es*. Recuperado 1 de julio 2021, de https://www.eldiario.es/madrid/cinturon-naranja-madrid-ciudadanos-paus_1_1548454.html

Prieto, Carlos (2019, julio 21). La Operación Chamartín es una vergüenza y una humillación a los madrileños. *El Confidencial*. Recuperado 2 de julio 2021, de https://www.elconfidencial.com/cultura/2019-07-21/mangada-operacion-chamartin-madrid-carmena_2132331/

Prieto, Carlos (2019, noviembre 12). Abascal y el freno de los aristogatos. ¿Están los rojos de Vallecas votando a Vox? *El Confidencial*. Recuperado 2 de julio 2021, de: https://www.elconfidencial.com/espana/2019-11-12/abascal-vox-monasterio-espinoza-elecciones_2331767/

Prieto, Carlos (2021, mayo 11). Ayuso en el Mercadona del PAU: ¿por qué la izquierda nunca gana en Madrid? *El Confidencial*. Recuperado 2 de julio 2021, de https://www.elconfidencial.com/espana/madrid/2021-05-11/ayuso-gabilondo-elecciones-madrid-comunidad_3072792/

Prieto, David (2015, octubre 27). *En las Encrucijadas* [Podcast de audio]. Recuperado el 16 de junio 2020, de: <https://elestadomental.com/radio/en-las-encrucijadas/del-barro-al-barrio>

Quesada, Juan Diego y Viejo, Manuel (2020, junio 1). La última sesión del primer dj de balcón de España: “Aznar me ganó al pádel en la Moncloa”. *El País*. Recuperado 10 de junio 2020, de <https://elpais.com/espana/madrid/2020-05-31/la-ultima-sesion-del-primer-dj-de-balcon-de-espana-aznar-me-gano-al-padel-en-la-moncloa.html>

Rabinow, Paul (1992) [1977]. *Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos*. Madrid: Ediciones Júcar.

Rendueles, César (2013). *Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital*. Madrid: Capitán Swing.

Rendueles, César (2016). *Elitismo educativo, escuelas concertadas y bilingüismo*. Recuperado 2 de noviembre 2020, de <https://espejismosdigitales.wordpress.com/>

Requena-i-Mora, Marina (2015). Entre *natros* i *mosatros*: representacions socials, discursos agraris i discursos mediambientals al Delta de l'Ebre i l'Albufera de València (Tesis doctoral). Universitat de València.

Rigal, Álvaro (2019, mayo 2). Más allá de los típicos barrios de derechas y de izquierdas de Madrid, atención a la nueva Clase Ciudadanos de parejas jóvenes con hijos que se

está formando en los PAU del norte [tuit]. Recuperado 1 de julio 2021, de https://twitter.com/a_rigal/status/1124008579747459073

Rincón, Reyes (2019, diciembre 13). El Supremo confirma la nulidad de la venta de 3.000 pisos de la Comunidad de Madrid a un fondo buitre. *El País*. Recuperado 20 de mayo 2020, de https://elpais.com/ccaa/2019/12/12/madrid/1576168137_552059.html

Roch, Fernando (2004). Naturaleza de la conurbación madrileña y sus tendencias actuales. Primera parte. Agentes sociales y tendencias urbanísticas: hegemonía inmobiliaria y pérdida de urbanidad. En Jordi Borja y Zaida Muxí (ed.), *Urbanismo en el siglo XXI. Una visión crítica* (p. 79-101) Barcelona: UPC.

Rodríguez, Emmanuel (2007). Nuevos diagramas sociales. Renta, explotación y segregación en el Madrid global. En Observatorio Metropolitano de Madrid (ed.), *Madrid: ¿la suma de todos? Globalización, territorio, desigualdad* (pp. 81-164). Madrid: Traficantes de Sueños.

Rodríguez, Emmanuel (2016). La clase media es el Estado. *Viento Sur*, 149, 93-100.

Rodríguez, Emmanuel y López, Isidro (2010). *Fin de ciclo. Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010)*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Rodríguez, Emmanuel; García, Beatriz y Muñoz, Óscar (2013). Del Madrid global a la crisis urbana. Hacia la implosión social. En OMM (Ed.) *Paisajes devastados. Después del ciclo inmobiliario: impactos regionales y urbanos de la crisis* (pp. 123-177). Madrid: Traficantes de Sueños.

Rodríguez Alonso, Raquel y Espinoza Pino, Mario (2017). *De la especulación al derecho a la vivienda. Más allá de las contradicciones del modelo inmobiliario español*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Roseberry, William (2014) [1989]. *Antropologías e historias. Ensayos sobre cultura, historia y economía política*. Michoacán: El Colegio de Michoacán.

Sanz, Elena (2013, septiembre 1). Valdebebas, la luz al final del túnel. *El Confidencial*. Recuperado el 27 de mayo 2020, de: https://www.elconfidencial.com/vivienda/2013-09-01/valdebebas-la-luz-al-final-del-tunel_22847/

Sanz Paratcha, Diego (2018, junio 8). El PP vendió 3.000 viviendas sociales en Madrid (y va a costar recuperarlas). *El Salto*. Recuperado 20 de mayo 2020, de <https://www.elsaltodiario.com/vivienda/venta-ivima-goldman-sachs-pp-sentencia-navalcarnero>

Scheper-Hughes, Nancy (1997). *La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil*. Barcelona: Ariel.

Segura, Ramiro (2015). *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General San Martín.

Segura Soriano, Isabel (2018). *Cuines de Barcelona. El laboratori domèstic de la ciutat moderna (1859-1976)*. Barcelona: Comanegra.

Sennett, Richard (2001) [1998]. *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.

Sennett, Richard (2013). *Artesanía, tecnología y nuevas formas de trabajo*. Barcelona: CCCB y Katz.

Servimedia (2004, febrero 26). El PP mantiene el lema 'Juntos vamos a más' pese a coincidir con el eslogan de una caja andaluz. *El Mundo*. Recuperado 13 de abril 2021, de <https://www.elmundo.es/elmundo/2004/02/26/enespecial/1077797657.html>

Smith, Neil (2012) [1996]. *La nueva frontera urbana. Ciudad revanchista y gentrificación*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Stack, Carol B. (1975). *All Our Kin: Strategies for survival in a black community*. New York: Harper & Row.

Tapada-Berteli, Teresa (2021). Comentario: los espacios extremos como categoría analítica. *Scripta Nova*, 25 (2), 179-188.

Theodore, Nik; Peck, Jamie y Brenner, Neil (2009). Urbanismo neoliberal: la ciudad y el imperio de los mercados. *Temas Sociales*, 66, 1-11.

Thompson, Edward P. (2012) [1963]. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Capitán Swing.

Time Out (2020). *El Madrid más feo*. Recuperado 19 de mayo 2020, de <https://www.timeout.es/madrid/es/que-hacer/el-madrid-mas-feo>

Torrús, Alejandro (2015, mayo 19). Denuncian vínculos de Aznar Jr. con los fondos buitres que compraron pisos sociales en Madrid. *Público*. Recuperado 21 de mayo 2020, de <https://www.publico.es/politica/denuncian-vinculos-aznar-jr-fondos.html>

Vaquerizo, Elena (2015). La arquitectura de la «nueva periferia»: dinámicas socioculturales urbanas en el PAU de Vallecas. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LXX (2), 503-526.

Vasallo, Brigitte (2021). *Lenguaje inclusivo y exclusión de clase*. Barcelona: Larousse.

Vicente Guisado, Daniel y Pérez-Guzmán Arbáizar, Víctor (2019, noviembre 13). El ascenso de Vox en los ensanches urbanos y otras cuatro claves de las elecciones. *El Salto Diario*. Recuperado 2 de julio 2021, de <https://www.elsaltodiario.com/elecciones-10n/cinco-datos-claves-ascenso-vox-elecciones-10n>

Wacquant, Loïc (2010). *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona: Gedisa.

Wacquant, Loïc (2012). *Tres pasos hacia una antropología histórica del neoliberalismo real*. Recuperado 19 de abril 2021, de <https://biblat.unam.mx/es/revista/herramienta-buenos-aires/articulo/tres-pasos-hacia-una-antropologia-historica-del-neoliberalismo-real>